

JULIO CÉSAR

GUERRA CIVIL

•

AUTORES DEL CORPUS CESARIANO

GUERRA DE ALEJANDRÍA

GUERRA DE ÁFRICA

GUERRA DE HISPANIA

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

GUERRA CIVIL
•
CORPUS CESARIANO

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 342

JULIO CÉSAR

GUERRA CIVIL

•

AUTORES DEL CORPUS CESARIANO

GUERRA DE ALEJANDRÍA

GUERRA DE ÁFRICA

GUERRA DE HISPANIA

INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE

PERE J. QUETGLAS

TRADUCCIÓN DE

JULIO CALONGE Y PERE J. QUETGLAS



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: JOSÉ JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., las traducción de este volumen ha sido revisadas por JESÚS ASPA CEREZA.

© **EDITORIAL GREDOS, S. A.**

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2005.

www.editorialgredos.com

La Introducción y las notas de este volumen han sido llevadas a cabo por PERE J. QUETGLAS.

La traducción ha sido realizada por JULIO CALONGE (*Guerra Civil*) y PERE J. QUETGLAS (*Guerra de Alejandría, Guerra de África y Guerra de Hispania*).

Depósito Legal: M. 37991-2005.

ISBN 84-249-2781-8.

Gráficas Cóndor, S. A.

Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2005.

Encuadernación Ramos.

INTRODUCCIÓN

1. EL *BELLVM CIVILE* Y LOS *TRIA BELLA*

Las obras cuya traducción presentamos en este volumen transmiten en su conjunto la actividad desarrollada por Julio César en sus campañas a lo largo y ancho del Mediterráneo entre enero del año 49 —cuando, culminando el largo proceso de desencuentros con el senado y con Pompeyo, cruza el Rubicón y entra en Italia, dando comienzo así a la Guerra Civil— y la última semana de abril del 45 —momento en que el discurso inconcluso pronunciado en Híspalis pone fin a la narración de la campaña de Hispania. Se trata de un conjunto de cuatro obras, una, el *Bellum Ciuile* (*Guerra Civil*), de probada autoría cesariana, y otras tres, recogidas corrientemente bajo la denominación genérica de *Tria Bella*: *Bellum Alexandrinum*, *Bellum Africum* y *Bellum Hispaniense* (o bien en su traducción española, *Guerra de Alejandría*, *Guerra de África* y *Guerra de Hispania*, respectivamente), que no son obra de César o en las que, en todo caso, la autoría de César es muy dudosa.

Por otro lado, estas obras constituyen lo que, en sentido extenso, se puede denominar como *Corpus Caesarianum Hispanicum*; es decir, se trata de las obras de autoría cesariana o pseudocesariana en las que Hispania tiene un papel relevante. Esta descripción cuadra perfectamente a la mayoría de las obras (*Bellum Ciuile*, *Bellum Alexandrinum* y *Bellum Hispaniense*)¹, con la única excepción del *Bellum Africum*, donde la presencia de Hispania, y más en concreto de sus islas orientales, es más bien anecdótica, aunque se puede adivinar su gran trascendencia a la vista de los acontecimientos subsiguientes².

1.1. *Bellum Ciuile*

En el *Bellum Ciuile*, dividido actualmente en tres libros³, se narran los acontecimientos acaecidos en los años 49 y 48. Constituye, por tanto, el núcleo central de la Guerra Civil, ya que incluye la decisiva batalla de Farsalia y la muerte de Pompeyo. Las primeras operaciones realizadas por César en Italia tras cruzar el Rubicón crean la inquietud y el desánimo en Roma, y fuerzan a Pompeyo a tomar la decisión de embarcarse para Grecia desde el puerto de Brindis. Enterado de la maniobra, César intenta cortarle el paso o, como mínimo, impedirle el embarque, pero fracasa en el intento. En esta situación, como le resultaba imposible seguir inmediatamente la estela de Pompeyo, dado que éste tenía en su poder la totalidad de la flota, puesto en la tesitura de tener que construir una flota nueva, decide aprovechar este espacio de tiempo para trasladar la acción a las dos Hispanias, que eran provincias pompeyanas gobernadas por los legados Afranio, Petreyo y Varrón; simultáneamente, toma posiciones en Cerdeña y Sicilia de cara a iniciar también operaciones en África. Camino de la Hispania Citerior, topa con la negativa de los marseleses a sometersele, lo cual le obliga a distraer una parte de sus efectivos para poner cerco a la ciudad; no renuncia, sin embargo, a su objetivo, de manera que, tras conseguir que una avanzadilla ocupara con un hábil golpe de mano los pasos pirenaicos, se presenta ante Lérida, donde Afranio y Petreyo habían concentrado sus tropas. Allí intenta repetidamente trabar batalla con los pompeyanos, pero éstos lo rehúyen sistemáticamente, fiados en su superior posicionamiento táctico, pues disponían del control de la ciudad y del puente de acceso, lo que les facilitaba las operaciones de aprovisionamiento, en tanto que las crecidas del río Segre dificultaban a los cesarianos el mantenimiento de la comunicación entre las dos orillas del río y con ello se le impedía abastecerse con facilidad. La situación cambia de manera repentina a partir del momento en que César consigue establecer unos puentes sobre el Segre que le facilitan la

maniobrabilidad y, con ello, el aprovisionamiento. Surgidas las dudas entre sus adversarios, intentan éstos cruzar el Ebro para reforzarse en la Celtiberia, región proclive a sus intereses; pero César logra cortarles el paso y dificultarles en gran manera el retorno a Lérida, lo que fuerza la rendición de Afranio y Petreyo. Esta campaña, conocida como la campaña de Lérida o del Segre, es, como otras muchas de César, una operación eminentemente táctica apoyada en un excelente aprovechamiento de la caballería, gracias a la cual César consigue dificultar primero e impedir después la marcha del ejército adversario y, a la postre, bloquearle toda posibilidad de maniobra hasta forzarlo a la rendición. En este sentido, pues, la campaña de Lérida no presenta ninguna batalla decisiva, sin que por ello deje de ser una gran muestra de la pericia militar de César. Con el licenciamiento y la repatriación del ejército pompeyano concluye el libro primero del *Bellum Ciuile*. El período temporal comprendido en esta narración abarca desde el 1 de enero del 49 hasta mediados de agosto del mismo año.

En el libro II encuentran su lugar los acontecimientos que ocupan el resto del año 49 y sólo en parte cuentan con la presencia de César. Éstos se reparten en tres escenarios: en primer lugar, la continuación del asedio de Marsella iniciado en el libro I y que concluirá, tras diversos avatares, con la rendición de la ciudad después de la llegada de César. En segundo lugar, la intervención personal de César en la Hispania Ulterior, donde la difusión del resultado de la campaña de Lérida hará inútiles los esfuerzos de resistencia dirigidos, sin mucha convicción, por el otro legado de Pompeyo, Varrón. Éste, incapaz de frenar la progresiva desafección de la provincia, ve cómo las ciudades le van cerrando una a una sus puertas de manera que, imposibilitado de usar Cádiz como último refugio o vía de escape, no tiene más remedio que acudir a Córdoba a presentar su rendición a César. Tras tomar las disposiciones oportunas para el buen

gobierno de la provincia, César se embarca hacia Tarragona con la escuadra que había aprestado Varrón y deja la provincia en manos de Quinto Casio Longino, personaje que será en gran parte responsable de la posterior revuelta de la provincia y que hará necesaria una nueva intervención cesariana: será la campaña de Córdoba, relatada en el *Bellum Hispaniense*. El tercero y último de los escenarios contemplado en este II libro es el de África, a donde había acudido Gayo Curión desde Sicilia, siguiendo las órdenes de César. Allí, Curión, tras algunos episodios victoriosos, se ve sorprendido cerca de Útica por la acción combinada de Juba, rey de Numidia, y de su lugarteniente Saburra. El resultado del encuentro fue fatal para Curión, quien acabó suicidándose tras perder a todo su ejército.

En el libro III del *BC* se narran los importantes y trascendentales acontecimientos que tienen lugar en el año 48, durante el segundo consulado de César. Con la flota aparejada mientras se encontraba en Hispania, César decide que ha llegado el momento de salir en pos de Pompeyo, quien a su vez también había aprovechado la pausa para reforzar sus efectivos en Grecia y en Asia. El paso del Adriático y el posterior desembarco en el Epiro constituían una operación no exenta de riesgo, dado que toda la costa estaba controlada por los pompeyanos; pero ya fuera por la desidia de éstos o por la proverbial fortuna de César, el desembarco se produjo sin mayores incidentes, lo que forzó el inmediato regreso de Pompeyo quien, confiado en la efectividad de su capacidad de bloqueo, se hallaba despreocupado en el interior de Macedonia en labores de recluta y aprovisionamiento. Al tener noticia Pompeyo de que César se estaba apoderando de algunas ciudades marítimas y de que se dirigía a Durazo, ciudad en la que Pompeyo había situado la base central de su operativo bélico, acudió a marchas forzadas justo a tiempo de interceptar la llegada de César a Durazo. Esto provocó un estancamiento de posiciones, pues, si de un lado César controlaba las

ciudades costeras, la escuadra pompeyana controlaba el mar e impedía que la flota, que César, tras desembarcar, había reenviado de nuevo a Brindis, pudiera transportar al resto del ejército. Acuciado por la necesidad, César insta a su lugarteniente Marco Antonio a completar el traslado de las tropas estacionadas en Brindis, pese a las condiciones adversas; el envite le sale bien y la llegada de este contingente provoca el movimiento simultáneo de César y Pompeyo: el primero, porque quería juntar los dos cuerpos de ejército, y Pompeyo, para dificultar e impedir esta conjunción. Al mismo tiempo, Pompeyo insta a Escipión, que se encontraba en Asia, a que se le una de forma inmediata. En su camino hacia la costa del Adriático, Escipión realizó algunos amagos de enfrentamiento con columnas cesarianas, especialmente la de Domicio, que intentaban extender su área de influencia por Tesalia, Etolia y Macedonia, pero sin llegar en ningún caso a un choque directo.

Emplazados los dos ejércitos principales entre Asparagio y Durazo, César logra por medio de una maniobra de diversión cortar las comunicaciones directas por tierra entre la posición de Pompeyo y Durazo. Y, de forma inmediata y pese a la inferioridad de sus efectivos, intenta rodear con un cinturón fortificado la posición de Pompeyo, quien responde construyendo una contralínea de protección interior. En esta situación se suceden los intentos de forzar el bloqueo por uno y otro lado, al tiempo que se agravan los problemas de abastecimiento por ambos bandos. Finalmente, Pompeyo puede realizar un desembarco de tropas fuera del perímetro de bloqueo cesariano, justo en el punto de la costa opuesto a Durazo, lo que pone en desventaja posicional a César, puesto que hace inútiles sus fortificaciones. En este instante, en una de las habituales disputas por el control de las posiciones fortificadas, un grave error de maniobra del ejército de César le supuso una fuerte derrota y estuvo a punto de hacerle perder la guerra. Salvó mal que bien la situación con un forzado

repliegue hacia el sur, en dirección a Apolonia, que no fue bien aprovechado por Pompeyo. Desde Apolonia los dos ejércitos giran hacia el interior, hacia Macedonia y Tesalia, con la intención de juntarse con los cuerpos de ejército allá destacados: César con el de Domicio y Pompeyo con el de Escipión. Realizada la conjunción de efectivos en uno y otro bando, los dos ejércitos se dispusieron a librar la batalla decisiva, con una clara superioridad numérica y anímica de la parte pompeyana, resultado del combate librado anteriormente, a las que se unía una superioridad posicional, puesto que el ala derecha pompeyana tenía el flanco cubierto por el cauce del río Enipeo. Con esta disposición, el resultado de la batalla dependía básicamente de si el ala derecha de César podría sostener la acometida de los adversarios, habida cuenta de que, carente de toda protección, podía ser rebasada fácilmente por la caballería contraria, manifiestamente superior en número. Sin embargo, a pesar de que todas las circunstancias favorecían a Pompeyo, la batalla la decidió el genio estratégico de César, quien previendo el desarrollo de los acontecimientos había habilitado con efectivos detraídos a las legiones una reserva operativa de tropas para cubrir el sector del frente que flaqueara tras la primera acometida. Y fue esta reserva la que, acudiendo en ayuda del ala derecha, desbarató y puso en fuga a la caballería pompeyana, lo que provocó una caída en cadena de todo el frente adversario. Pompeyo huyó y su ejército, copado en los altos de un monte y carente de suministros y de agua, se vio obligado a rendirse. Acaba así la batalla de Farsalia.

Pompeyo se embarcó y en su huida pasó por Anfípolis, Mitilene, Cilicia y Chipre, camino de Egipto. Aquí la situación era de guerra civil entre Cleopatra y su hermano, Tolomeo XIV, quienes debían gobernar conjuntamente el país según el testamento de su padre. Los allegados al rey, fingiendo dar a Pompeyo una acogida cordial, le dan muerte a traición, confiando en ganarse de esa forma el favor de César.

César, por su parte, siguiendo los pasos de Pompeyo llega también a Alejandría acompañado de dos legiones. Allí mismo se entera de la muerte de su rival y, dispuesto a intervenir como cónsul en el problema sucesorio, se hace enviar por tierra otro contingente de tropas. Mientras tanto, la camarilla regia hace que el ejército de Ptolomeo a las órdenes de Aquilas se presente en Alejandría dispuesto a plantarle batalla a César. Éste, que no creía tener suficientes efectivos como para librar una batalla en campo abierto, decide hacerse fuerte en el sector de la ciudad que controlaba. Los egipcios, por su parte, intentaron apoderarse de la flota amarrada en el puerto a fin de cortar a César toda posibilidad de recibir refuerzos y provisiones, pero no pudieron culminar su intento puesto que César hizo quemar la totalidad de la flota y ocupar simultáneamente el islote en que se encontraba el famoso faro de Alejandría, para controlar así el acceso al puerto. En cuanto a la disputa por la ciudad, César consiguió de momento mantener las posiciones en su sector. En este punto acaba el relato del *Bellum Ciuile* y empieza el *Bellum Alexandrinum*.

1.2. *Bellum Alexandrinum*

Constituye la continuación natural de lo narrado en el *Bellum Ciuile*, a la que se añaden noticias sobre otros hechos contemporáneos y posteriores. Su contenido podemos dividirlo en cinco partes: 1. La lucha por el control de Alejandría y Egipto (de octubre del 48 a marzo del 47). 2. La situación de Asia Menor (contemporáneamente al apartado anterior). 3. La situación del Ilírico (de octubre del 48 a marzo del 47). 4. La situación de Hispania (de septiembre del 49 a diciembre del 48). 5. Intervención de César en Asia (de mayo a agosto del 47).

1.2.1. *La lucha por el control de Alejandría y Egipto*

César, que, siguiendo a Pompeyo, había llegado a Alejandría con escasas tropas, ve cómo los acontecimientos se tuercen en su contra por la animadversión del pueblo instigado

por la camarilla real. Forzado, por tanto, a luchar para mantener su posición, reclama el envío de una flota de socorro procedente de Siria, Grecia y Asia Menor, al tiempo que se apresura a fortificar sus posiciones dentro de la ciudad. Y de la misma forma, los alejandrinos rodean y bloquean el área ocupada por César, a la par que realizan nuevas levadas y aumentan la producción de armas. Por otra parte, las disensiones surgidas entre Arsínoe, la hija menor de Ptolomeo XIII, y Aquilas, el comandante del ejército, acaban con la muerte de éste y el subsiguiente traspaso del control del ejército al eunuco Ganimedes, quien toma algunas iniciativas importantes como la de anegar con agua de mar los pozos de los que se abastecía la ciudad. Esta operación crea malestar en muchos de los soldados cesarianos, que abogaban por un reembarco inmediato. La pronta llegada de refuerzos y el hallazgo de agua en pozos excavados en la costa mitigan la apurada situación de César, aunque no por mucho tiempo, puesto que los alejandrinos, insistiendo en su táctica de acorralar a César, se vuelcan en la construcción y reparación de naves con la finalidad de obtener el dominio del mar y así impedir la llegada de más refuerzos y provisiones para César. La complicada situación fuerza a César librar un combate naval del que sale vencedor. Además, para evitar que la situación de bloqueo marítimo pudiera repetirse decide apoderarse de la isla de Faro y del Heptaestadio, el largo puente que unía la isla con el continente y que, al mismo tiempo, dividía en dos el puerto de Alejandría. De esta forma, César se aseguraría un cierto control sobre los dos sectores del puerto. La toma de Faro se realizó sin contratiempos destacables, que sí se dieron en la operación de ocupación del Heptaestadio, pues cuando las tropas de César acometían, avanzando desde la isla, el bastión que los alejandrinos defendían en la parte más próxima a la ciudad, se vieron sorprendidas por la llegada por mar de un contingente de alejandrinos que, presionándolas por el flanco derecho, acabó

por arrojarlas al mar y el propio César tuvo que buscar a nado la salvación.

En esas circunstancias, los alejandrinos enviaron una embajada a César pidiéndole que liberara al rey (Ptolomeo XIV), con la excusa de que si estaba con los suyos sería más fácil llegar a un acuerdo. César, ya fuera engañado, ya fuera porque pensara que iba a obtener otras ventajas con su liberación, dejó marchar al joven monarca, quien se apresuró a ponerse al frente de las operaciones contra César. Éstas consistieron, básicamente, en intentar bloquear de nuevo la llegada de suministros por vía marítima y en interceptar los refuerzos que por tierra llegaban desde Siria al mando de Mitridates de Pérgamo. Sin embargo, tras tomar Pelusio, Mitridates resuelve favorablemente un primer choque con una avanzadilla enemiga, e inmediatamente acude desde Alejandría César para facilitarle la marcha; pero también se presenta el rey para interceptar la confluencia de los dos ejércitos. El enfrentamiento, conocido como la batalla del Nilo, acabó con la derrota de los alejandrinos, el asalto a su campamento y la muerte del rey. De inmediato se dirige César a Alejandría. La ciudad, conocedora de la debacle sufrida por su ejército, se le rinde sin resistencia. César, una vez que dejó ordenados los asuntos de la ciudad y de Egipto, a cuyo frente puso a Cleopatra y al hermano menor de ésta, Ptolomeo XV, partió para Siria.

1.2.2. La situación en Asia Menor

Mientras se desarrollaban los acontecimientos de Egipto (de septiembre-octubre del 48 a febrero del 47) la situación en Asia Menor se había visto alterada por la actitud expansionista de Fárnaces, rey de Crimea, quien aprovechándose de la situación de debilidad propiciada por la Guerra Civil se había apoderado de Armenia Menor y de Capadocia, en un intento de recomponer lo que había sido el imperio de su padre, Mitridates el Grande. Las reclamaciones de Deyótaro, rey de

Armenia Menor, fuerzan la intervención de Domicio Calvino, que tenía a su cargo el gobierno de Siria. Aunque Domicio se había tenido que desprender de dos de las tres legiones de que disponía para mandárselas a César que se encontraba en situación apurada en Alejandría, creyó conveniente intervenir para poner freno a la osadía de Fárnaces. Así, con una única legión, pero contando con el apoyo de dos legiones del rey Deyótaro y de otra reclutada en el Ponto, se dirigió al encuentro de Fárnaces. La batalla, librada junto a la ciudad de Nicópolis, supuso un duro revés para Domicio, quien a duras penas logró salvar su legión y retirarse con ella hacia la provincia de Asia. Fárnaces, envanecido por la victoria, ocupó a continuación el Ponto sin encontrar resistencia y dando muestras de una terrible crueldad.

1.2.3. La situación del Ilírico

El conflicto civil también tenía a la sazón sus ramificaciones en esta provincia. Por una parte, Quinto Cornificio imponía por tierra el dominio del bando cesariano; por la otra, Marco Octavio se aseguraba con su escuadra el dominio pompeyano en el mar. La proximidad de Macedonia, donde se habían refugiado los restos del ejército pompeyano tras Farsalia, indujo a César a mandar una expedición de refuerzo al mando de Aulo Gabinio; sin embargo, esta expedición, acuciada por el rigor del invierno, falta de provisiones y agobiada por la presión enemiga, en su marcha hacia Salona sufrió un duro revés, lo que incrementó la confianza de Octavio quien ya se veía con el control de la provincia.

A esta peligrosa situación puso fin el comandante cesariano de Brindis, Vatinio, que improvisó a la desesperada una escuadra de naves ligeras que unió a las naves de guerra de que disponía y embarcó en ellas un importante contingente de legionarios que por circunstancias diversas habían quedado en Brindis; con esta flota, de potencial sensiblemente inferior a la

del enemigo por su bajo puntal, marchó al encuentro de Octavio. Lo sorprendió en las inmediaciones de la isla de Tauris y tuvo la suerte de poder trabar combate en un espacio reducido, lo que dificultaba la maniobrabilidad de las naves y reducía sensiblemente la superioridad enemiga; de esa forma, el combate se redujo a una sucesión de abordajes en los que las tropas legionarias de Vatinio lograron imponerse al tiempo que forzaban la huida de Octavio, quien acabó recalando en África, donde los pompeyanos se estaban haciendo fuertes. De esta forma, Vatinio consiguió consolidar el dominio de César en el Ilírico, tras lo cual se retiró con la escuadra a Brindis.

1.2.4. La situación en la Hispania Ulterior

En septiembre del 49, César, tras someter la Hispania Ulterior, marchó a Roma dejando como gobernador de la provincia a Quinto Casio Longino con un contingente de cuatro legiones. Los abusos y vejaciones que sufrió la provincia de parte de Longino junto con la existencia de amplios sectores pompeyanos provocó una situación general de malestar, de la que en principio se mantuvieron al margen las legiones gracias a la obsequiosidad de Longino para con ellas. En esas circunstancias, personajes importantes del entorno provincial organizan un complot para acabar con su vida, que estuvo muy a punto de alcanzar su objetivo aunque finalmente sólo lograron herir, pero no matar, a Casio. Naturalmente, esta acción fue seguida por las acostumbradas represalias, con la peculiaridad de que los implicados pudieron redimir su responsabilidad contra la entrega a Casio de importantes sumas de dinero. Simultáneamente, había ido creciendo el malestar entre el ejército al conocerse la orden de César de que Casio pasara a África con sus legiones. Para cumplir este encargo, Casio recluta una nueva legión, la V; esto aumenta el malestar en la provincia. De las cinco legiones de que Casio disponía, dos, la XXI y la XXX, habían llegado con César y tenían, por tanto, pocos lazos con la provincia. En cambio, la indígena y la V, formadas por ciudadanos

provinciales, y la II, por su ya larga permanencia en la Ulterior, se sentían ya muy ligadas al terreno y no veían con buenos ojos la orden de pasar a África. Así pues, dada la orden de marchar hacia el estrecho, se le sublevan dos legiones, la indígena y la II, y parte de la V, que estaba de guarnición en Córdoba, con lo que se le vuelve también en contra la ciudad. Tras una corta etapa de incertidumbre en que los disidentes levantaron la bandera de Pompeyo para dignificar su causa, viendo que esta opción carecía de arraigo, decidieron mantenerse en el bando cesariano y tomar como comandante a Marcelo, cuestor de Casio Longino. Los dos ejércitos estuvieron a punto de enfrentarse, primero en los alrededores de Córdoba y luego en Ulia, posición tomada por Casio y asediada por Marcelo. La llegada del rey Bógudo y de Marco Lépido, gobernador de la Hispania Citerior, a los que Casio había llamado en su ayuda, podrían haber inclinado la balanza hacia Casio; sin embargo fue Marcelo el que se puso espontáneamente a disposición de Lépido, quien de esta forma se convertía en árbitro de la situación, en perjuicio de Casio, que persistía en mantenerse en sus posiciones. La tregua pactada entre los dos bandos permitió a Casio escapar del asedio, pero le sirvió de poco, pues la llegada de Trebonio, el procónsul que le iba a sustituir en el gobierno de la Ulterior, provocó su huida hacia Málaga. Desde allí se embarcó para Italia, objetivo que no llegó a alcanzar pues murió al naufragar su nave en la desembocadura del Ebro. Era el mes de diciembre del 48.

1.2.5. Intervención de César en Asia Menor

Pese a que la situación en Roma requería su inmediata presencia en la ciudad, decidió César retrasar su vuelta hasta dejar solucionado el conflicto provocado por Fárnaces en el Ponto. La campaña destaca especialmente por su rápido desarrollo. En efecto, César, tras poner orden en Siria y Cilicia, se dirige hacia el Ponto. De camino, acepta las disculpas que le presenta Deyótaro, tetrarca de Galogrecia y

rey de la Armenia Menor, por haber colaborado por Pompeyo. Sin duda, en la decisión de César pesó mucho la necesidad que tenía de incrementar sus menguadas fuerzas. Mientras tanto, entabla conversaciones con Fárnaces por ver si conseguía reconducir la situación sin necesidad de combatir; pero, al constatar que éste no pretendía otra cosa que dilatar el proceso, consciente de que el tiempo jugaba en contra de César, que se vería forzado, más pronto que tarde, a volver a Roma, optó por forzar una solución rápida en forma de enfrentamiento directo. En la batalla librada en las inmediaciones de Zela, César salió vencedor gracias al atrevimiento y torpeza de Fárnaces, quien, fiado en la superioridad numérica de sus fuerzas, se atrevió a plantar batalla en un terreno plenamente desfavorable para sus tropas. Resueltos los problemas en Asia Menor, pudo regresar César a Roma antes de lo previsto, en agosto del 47.

1.3. *Bellum Africum*

No pudo permanecer César mucho tiempo en Roma tras regresar en agosto del 47 de su campaña contra Fárnaces en el Ponto, sino que ya en diciembre del mismo año 47 tiene que iniciar una nueva expedición; esta vez las operaciones se centrarán en la provincia de África, donde los pompeyanos se habían reorganizado con mucha fuerza bajo el mando de Escipión, el suegro de Pompeyo, y de Catón. Como ya había hecho al cruzar el Adriático, César se decidió a pasar a África desde Sicilia sin tomar demasiadas precauciones y sin poder trasladar de una vez todo el ejército, lo que marcará en cierta manera la campaña al obligarle a adoptar en muchos casos una actitud defensiva a la vista de la inferioridad numérica de su ejército.

Tras desembarcar en las inmediaciones de Hadrumeto y no viendo posibilidades de apoderarse de esta plaza dadas las escasas tropas que habían llegado con él, se traslada hasta Rúspina, localidad en cuyas inmediaciones va a transcurrir la primera etapa de su estancia en África. Desde el campamento

allí instalado realiza algunas incursiones para tomar alguna plaza como Leptis y, sobre todo, para hacer acopio de provisiones de las que andaba escaso. Asimismo, pretendía fijar un punto de referencia para que la parte de la flota que se había dispersado durante el viaje pudiera reagruparse y, por tanto, desembarcar al resto de tropas que constituían esta primera expedición. Al mismo tiempo, consciente de la inferioridad numérica de su ejército, no dejará de pedir el envío de refuerzos y provisiones desde Cerdeña y Sicilia.

Durante esta primera etapa, que se prolongará hasta mediados de marzo. César tendrá que conformarse con mantener sus posiciones, retener a su ejército en emplazamientos fortificados, rehuir la batalla en campo abierto y resistir el acoso del adversario. Una vez que César pudo reunir toda la fuerza de la primera expedición, se decidió ya a realizar alguna salida más atrevida en busca de provisiones, pero estuvo a punto de resultarle fatal, pues la llegada imprevista de la caballería pompeyana al mando de Labieno, que utilizaba la táctica nómada de acosar y retirarse rápidamente, desconcertó y agotó las tropas de César a las que acabó por rodear; esta difícil situación la solventó César con una hábil maniobra táctica que le permitió iniciar un duro y costoso repliegue hacia su campamento, acosado en todo momento por la caballería enemiga. Esta batalla pudo costarle a César la derrota total e incluso la vida.

Con César confinado en su campamento, la llegada de Escipión procedente de Útica con la infantería legionaria y de su aliado el rey Juba parecía torcer definitivamente la situación a favor de los pompeyanos. Sin embargo, los problemas internos del reino obligaron a Juba a volverse casi de inmediato. Entretanto, le llegan a César peticiones de diversas ciudades para que acuda en su ayuda y, al mismo tiempo, él pide reiteradamente el envío de refuerzos desde Sicilia y manda algunas expediciones en busca de provisiones como la de Salustio a la isla de Cercira. Vista la apurada situación del

ejército cesariano, Escipión ofrece en diversas ocasiones a César la posibilidad de librar un combate en campo abierto, a lo que César responde con cambios en el emplazamiento de su campamento y fortificando y atrincherando los accesos al mismo, operaciones que son sistemáticamente dificultadas por los pompeyanos. La llegada de dos legiones de refuerzo (XIII y XIV) palia un poco la situación de inferioridad de César y le anima a desplazarse hasta Uzita, donde los dos ejércitos forman en línea de combate, aunque ninguno de los dos bandos se decide a iniciar la batalla. La llegada de Juba parece desnivelar de nuevo la situación, pero ésta se equilibra nuevamente porque le llegan a César otras dos legiones (IX y X) y, además, Juba se ve obligado a reexpedir parte de su ejército para hacer frente a los conflictos que tenía en su reino por la sublevación de los getulos. Una vez más, los dos ejércitos forman frente a frente y una vez más parece que todo va a quedar en una mera tentativa, cuando un amago de la caballería nómada provoca la respuesta de la caballería y de la infantería ligera cesarianas que sufren un considerable revés. Se vuelve, pues, a la práctica habitual de fortificarse por parte de unos y de contrafortificar y obstaculizar por parte de los otros. Y en este ir y venir, en esta situación de indefinición, llegamos a mediados de marzo, momento en que le llega a César una nueva expedición con otras dos legiones (VII y VIII). A partir de aquí cambia el rumbo de los acontecimientos.

César, considerando que dispone ya de unas fuerzas suficientemente equilibradas con respecto a las del adversario y continuando con las dificultades de aprovisionamiento, empieza a tomar la iniciativa y desplazarse en dirección a Agar, siempre hostigado por la caballería pompeyana. Instala allá su campamento y brinda a Escipión la posibilidad de entablar batalla, pero éste rechaza el envite. Desde allí realiza, con suerte diversa, intentos de tomar el control de algunas ciudadelas que reclamaban su ayuda. Un nuevo intento de

librar la batalla decisiva tiene lugar en las inmediaciones de la ciudadela de Tegea, próxima a Agar, cuando César lanzó a su caballería contra el enemigo, intentando provocarlo. Después de esta escaramuza, en parte inducido por la falta de agua, en parte por la renuencia del enemigo a abandonar la posición favorable que tenía en las alturas y bajar al llano, decidió César partir de Agar en dirección a Tapso y empezó a asediarla de inmediato. Esto obligó a Escipión a acudir en ayuda de la ciudad y a formar su ejército en línea de combate. César hace lo propio, pero no se decide a dar la orden de ataque; mas en ese instante un corneta, inducido por los soldados, dio la señal y César, incapaz de refrenar el ímpetu de sus propias fuerzas, decidió dar por buena la orden. El resultado fue una derrota total de los pompeyanos. Era el día 6 de abril del 46. Aunque Tapso no se rindió de inmediato, no pudo resistir mucho tiempo tras la avalancha de ciudades que se entregaron a César: Uzita, Hadrumeto, Útica, Zama, Tisdra. Por otra parte, la suerte no les fue propicia a los jefes pompeyanos, muchos de los cuales, incluido el rey Juba, encontraron la muerte en su huida. Relieve especial tiene el suicidio de Catón en Útica. César, a su vez, tras ordenar la situación de la provincia e imponer sanciones a las ciudades, de acuerdo con su potencial económico, embarcó en Útica el día 13 de junio del 46.

Mención aparte debe hacerse de un episodio que, inserto en medio del plan general de la narración, no interfiere directamente en ella, pero que sí tendrá, en cambio, repercusiones posteriores. En los capítulos 22-23 se cuentan los reproches que le hace Catón a Gneo Pompeyo, el Joven, echándole en cara su inactividad. De resultas de ello, el joven Pompeyo intentará, en vano, tomar una ciudad de Mauritania y a reglón seguido se retirará enfermo a las Baleares, desde donde marchará a Hispania para continuar la lucha.

1.4. *Bellum Hispaniense*

La situación en la Hispania Ulterior se había aparentemente calmado tras la huida de Quinto Casio Longino y la llegada del nuevo gobernador, Trebonio, tal como se narra en el *Bellum Alexandrinum*. Sin embargo, a la vista de lo sucedido es preciso creer que Longino no era la causa de todo el problema y que la provincia no era tan decididamente cesariana como se ha querido ver a menudo. Por ello, no es de extrañar que Gneo Pompeyo, hijo, pensara en esta región para mantener viva la bandera anticesariana. Así pues, tras salir de África a fines del año 47 y pasar un período de convalecencia en las Baleares, llegó a la Hispania Ulterior a mediados del 46, después de la derrota de Tapso, y le bastó poco tiempo para darle la vuelta a la situación, de manera que a la llegada de César, a fines del 46, había logrado someter a sangre y fuego a una buena parte de la provincia.

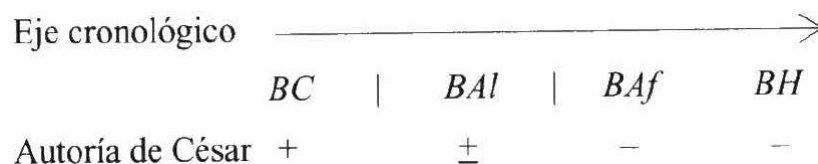
El teatro de operaciones que encuentra César es el siguiente: Córdoba, la ciudad más importante, estaba en manos de Sexto, el hijo menor de Pompeyo Magno, mientras su hermano con el grueso del ejército se encontraba asediando y a punto de tomar *Vlia* (Montemayor), una de las pocas plazas proclives a los cesarianos. La táctica de César se encaminó a evitar la caída de esta plaza y tuvo dos escenarios: por una parte, hizo llegar refuerzos a los asediados y, por otra, realizó un intento de tomar Córdoba, con lo que logró que el hijo mayor de Pompeyo levantara el asedio de Ullia y acudiera en ayuda de su hermano; la confluencia de los dos ejércitos junto a Córdoba dio paso a que se produjeran diversas escaramuzas por el control del puente que facilitaba el acceso a la ciudad. Visto que los pompeyanos no parecía que tuvieran intención de presentar batalla en campo abierto, César decide forzar la situación y pone sitio a la importante plaza de Ategua. Pompeyo lo sigue y en un primer momento la caballería cesariana se ve sorprendida y sufre un notable revés. Sin embargo, en ningún momento Pompeyo hace un intento real por impedir la toma de la plaza y se limita a cambiar la

ubicación de su campamento para evitar que quedara cortada su línea de aprovisionamiento con respecto a Córdoba. El resultado final es la entrega de Ategua que tiene lugar el 19 de febrero del 45. A partir de este momento se invierte el sentido de la guerra, de manera que si hasta este momento era Pompeyo quien se movía en función de César, ahora será al revés. La línea de movimientos pasa por Ucubis, Soricaria, Espalis y Carruca, y siempre va acompañado de encontronazos, alguno importante, como el habido junto a Soricaria. Finalmente, el teatro de operaciones se traslada a los alrededores de Munda, donde Pompeyo, en buena medida inducido por las voces que hablaban de su cobardía, se decide a formar su línea de combate, apoyando su retaguardia en la ciudad y en la elevación del terreno. César hace lo propio en la llanura contigua, pensando que los pompeyanos tenían la intención de bajar a luchar; pero visto que esta maniobra no se produce, las tropas de César se deciden a subir por la pendiente pese al riesgo que ello conllevaba. El resultado final fue la derrota y la desbandada del ejército pompeyano, cuyos restos se refugiaron en la plaza de Munda. Llegada la noticia a Córdoba, Sexto Pompeyo huye de la ciudad; por su parte, Gneo Pompeyo escapa en dirección a Carteya, donde es acogido amistosamente, pero enseguida se ve obligado a huir de allí al surgir disensiones entre la población sobre la conveniencia de entregarlo. Perseguido por tierra y mar, capturado y ejecutado, su cabeza es enviada a César.

Mientras tanto, César se va haciendo con el control de las diferentes plazas: Córdoba, Híspalis, Hasta, Cádiz, Munda. La obra termina con el discurso de reconvencción que dirige César a los provinciales reunidos en Híspalis.

2. EL PROBLEMA DE LA AUTORÍA

Si situamos sobre un eje cronológico las obras recogidas en este volumen, tal como representamos a continuación:



resulta sencillo dividir las cuatro obras en tres grupos distintos en cuanto a la autoría cesariana se refiere, en una progresión de más a menos. Es decir, en un extremo tendríamos la obra más indudablemente cesariana, el *BC*, mientras que en el otro quedarían las dos obras de carácter marcadamente no cesariano y además ordenadas, ya que el *BH* es menos cesariano que el *BAf*. Justo en el centro quedaría el *BAl*, la obra que más controversias ha suscitado.

Pero vayamos por partes. En lo que se refiere al *BC*, no existe en la actualidad ninguna teoría más o menos sostenible que defienda que César no es su autor⁴, y respecto a las obras situadas en el otro extremo, tampoco se sabe de ninguna teoría que defienda sólidamente que sean obra de César. Las causas de que esto sea así hay que buscarlas en el estilo radicalmente diferente de las tres obras y en los testimonios antiguos. Por supuesto que las cuestiones referentes al estilo hay que tomarlas con muchísima precaución; pero hay cosas tan obvias y tan claras que no admiten discusión alguna. En efecto, si comparamos el *BC* con el *BAf* y con el *BH* se observa, en primer lugar, que están redactadas con una concepción diferente del espacio narrativo, que es global en el caso del *BC* y muy parcial en el caso del *BAf* y, todavía más, en el del *BH*. Ello se plasma en que en un caso encontramos que la obra refleja una visión amplia y general del conflicto bélico que se corresponde con la de quien debía de tener en su cabeza la situación geoestratégica general y una previsión clara de las consecuencias de cada operación. En el extremo opuesto, en cambio, lo que encontramos es una sucesión de algo que podrían ser muy bien partes de guerra de las unidades orgánicas y que, por tanto, reflejan aspectos muy parciales del conflicto ya que, por ceñirse a un ámbito muy limitado, no pueden hacer otra cosa que recoger las nimiedades del día a

día, algo que queda muy lejos de los objetivos o los intereses de un general en jefe⁵. A este rasgo de carácter global se suman las numerosas diferencias morfológicas, léxicas y sintácticas que separan una obra de otra y que han sido puestas de manifiesto por investigaciones filológicas muy detalladas⁶. Citemos, a guisa de ejemplo, la exagerada tendencia del *BAf* al uso reiterativo de fórmulas de transición: *interim* (ochenta y cinco casos), *subito* (veintidós), *praeterea* (diecisiete), etc.; o en el caso del *BH* y como muestra de su propensión al uso de formas propias del latín vulgar, la aparición del que pasa por ser el primer ejemplo de oración completiva con *quod*, dependiendo de verbos declarativos: *renuntiauerunt quod Pompeium in potestate haberent* (*BH* 36, 1)⁷.

En lo que se refiere a los testimonios antiguos, hay que destacar por encima de cualquier otro el de Suetonio, quien, escribiendo a una distancia de ciento cincuenta años, confiesa su ignorancia sobre el autor de los *Tria Bella*, apuntando como posibilidad los nombres de Opio e Hircio, lo que equivale, indirectamente, a negarle de forma clara e indudable la paternidad a César⁸.

Pero una vez establecido que el *BC* es obra de César y el *BAf* y el *BH* no lo son, se acaba prácticamente todo atisbo de consenso. En el caso del *BH*, la carencia de datos positivos ha conducido la investigación por una curiosa senda, en la que más que identificar al autor se pretende ubicarlo dentro del ejército. Así, encontramos, siempre con escasos indicios, quien defiende que el autor era un *praefectus equitum* (Storch), un miembro de la X legión (Pascucci), un integrante de la V legión en la batalla de Munda (Klotz), un simple soldado (Adcock), un oficial de grado medio (Diouron); incluso hay quien se atreve a más y avanza los nombres de *Arguetius*, comandante de la caballería cesariana (Kohl), o *Fabius Maximus* o *Pedio*, integrantes del estado mayor de César (Van Hooff). Ése es, en nuestra opinión, uno de los casos en que la filología debería hacer acto de contrición, reconocer su

impotencia y admitir que con la documentación disponible no hay forma de saber quién pudo escribir el *BH*⁹.

No corre mejor suerte el *BAf*, aunque cuenta con la ventaja de que han sido nombres ilustres los que se han propuesto como responsables de su elaboración. Y efectivamente, si fuera por los nombres de los supuestos autores, el *BAf* ocuparía un lugar mucho más destacado en la historia de la literatura latina. Así, a la atribución que ya en la antigüedad hacía Suetonio a Hircio u Opio, se han añadido otros nombres no menos destacables: Asinio Polión (Landgraf), Munacio Planco (Koestermann, Pallavisini), Salustio (Pötter, W. Schmidt) y Trogo el Voconcio (Harmand)¹⁰. Pero tampoco aquí tenemos más certidumbres que en el caso anterior y sin duda es difícil tenerlas, si consideramos que Suetonio, mucho más cercano a los acontecimientos que nosotros, citaba como supuestos autores a Hircio y a Opio, cuando sabemos positivamente que ninguno de los dos pudo serlo, ya que no participaron ni en la campaña de África ni en la de Hispania, siendo así que los dos textos exigen internamente la participación directa de sus autores en los hechos narrados. Por lo que se refiere a los demás autores que se han propuesto, hay que convenir que argumentos como el que sostiene la candidatura de Munacio Planco sobre la base de que éste es el único legado de César cuyo nombre se menciona en la campaña (Koestermann) difícilmente pueden ser probatorios en uno u otro sentido. Y acerca de los argumentos estilísticos que apuntaban a Asinio Polión o a Salustio, nos quedaríamos con la aguda ironía de Bouvet, editor del *BAf* (pág. XXII): «La critique a eu aisément raison de ces hypothèses hasardeuses dont le moins qu'on puisse dire est qu'elles n'étaient flatteuses ni pour Asinius Pollion, ni pour Salluste». Hoy en día, la postura más extendida, y también la más prudente, es la que se limita a defender que los dos textos fueron escritos a petición de Hircio, quien pensaba servirse de ellos para redactar la

continuación de las guerras civiles. Su inesperada muerte en el 43 le habría impedido cumplir sus objetivos¹¹.

El *BAl* quedaba en el esquema anterior en una posición intermedia y, en consecuencia más comprometida, ya que en su caso la autoría de César ni es indiscutible como sucedía con el *BC* ni es del todo descartable, como acaecía con el *BAf* y el *BH*. Aumenta así la complicación. Con todo, existe un punto en que la crítica está totalmente de acuerdo: el autor del *BAl* ni puede coincidir con el del *BAf* ni con el del *BH*, dado que muestra un dominio muy superior de los recursos estilísticos o, lo que es lo mismo, está como autor mucho más cerca de César que de los autores del *BAf* y del *BH*. En estas circunstancias, a la hora de determinar quien pudo ser su autor, ha jugado un papel destacado la carta proemio que Aulo Hircio situó al comienzo del libro VIII del *Bellum Gallicum*, libro que habría redactado él para completar las gestas de César enlazando el *BG* con el *BC*.

De la carta proemio a Balbo nos interesan especialmente dos párrafos. En el primero, con independencia de que se acepte o no la conjetura de Constans¹², el texto explicita de forma concisa dos cosas: 1) Hircio ha completado el *BG* y lo ha enlazado con el comienzo del *BC*; y 2) ha completado (así, en pasado: *confeci*) el relato del resto de las gestas a partir de la actuación en Alejandría hasta llegar a la muerte de César. En el segundo párrafo¹³ precisa Hircio un nuevo elemento, 3) que esta labor la llevó a cabo a pesar de que no estuvo presente ni en Alejandría ni en África. De estos textos se extraen varias conclusiones: 1.^a) Que Hircio es autor del libro VIII del *BG*; 2.^a) Que es autor del *BAl*, *BAf* y *BH*. Dejemos aparcada de momento la primera de las conclusiones y centrémonos en la segunda. La autoría de Hircio aplicada al *BAf* entraña una contradicción con lo que hemos dicho más arriba, cuando dejamos establecido fuera de toda duda que el autor del *BAf* tuvo que estar presente en las operaciones, circunstancia que el propio Hircio admite que no se produjo (prescindimos del caso

del *BH*, porque Hircio no lo menciona expresamente, aunque sabemos que tampoco participó en aquella guerra). La incuestionabilidad del argumento objetivo de la necesaria presencia del redactor en el teatro de operaciones, combinado con la también incuestionable ausencia de Hircio en el lugar, ha hecho, con toda razón, que los filólogos se esforzaran por justificar el uso de los perfectos de acción acabada usados por Hircio (*supplevi, contexui, confeci*), aduciendo la justificación de que la composición de la carta proemio pudo haber sido previa a la labor de redacción, de manera que habría que interpretarla como una carta de intenciones que, desgraciadamente, la muerte de Hircio impidió que pudieran llevarse a término. Admitiendo que esto fuera así, seguimos teniendo el mismo problema que antes: sabemos que el *BH* y el *BAf* no son de Hircio, pero no sabemos qué pensar del *BAl*, ya que en este caso ni la concepción de la obra (no exige la presencia del redactor sobre el terreno) ni su estilo (evidencia una calidad literaria superior a las otras dos) nos impide negarle la paternidad a Hircio. Pero claro está, como tampoco sabemos hasta dónde llegó en la realización de sus objetivos o dónde los empezó exactamente, no hay forma de decidir si el *BAl* es obra suya, de César o de otros autores. Por otra parte, los detalladísimos estudios comparativos del léxico y de los elementos estilísticos del *BAl*, del libro VIII del *BG* y del llamado César auténtico (*BG, BC*) denotan la existencia de coincidencias cruzadas entre una y otra obra, pero también discrepancias notables entre ellas; en suma: no prueban que el latín del *BAl* sea más próximo al de Hircio que al de César¹⁴.

Así las cosas, no puede extrañar que hayan proliferado teorías de lo más dispar y muy detalladas para solucionar el problema. Entre los partidarios de adjudicar la autoría a Hircio se puede citar, aparte del ya mencionado Nipperdey, a Petersdorff y a Schiller, quienes, no obstante, pensaban que Hircio no había hecho más que copiar palabra por palabra los informes que le llegaban; y de la misma opinión se muestra

Klotz, aunque en ese caso la base de su teoría reside en los problemas que presenta la obra en el manejo del lenguaje técnico militar¹⁵.

Con todo, son mayoría los que apuestan por repartir la autoría entre César e Hircio. En primer lugar cabe citar a Landgraf, quien, aun admitiendo que la recopilación es de Hircio, piensa que éste usó notas de César para la redacción de los capítulos 1-33, mientras que la fuente habrían sido las notas de Asinio Polión en el caso de los caps. 48-64. Zingerle atribuye a César los caps. 1-21 y el resto a Hircio. Opinión con la que coincide parcialmente Dahms, para quien son obras de César los caps. 1-21, y el resto se los reparten Hircio, los caps. 22-33 y 65-78, y Pompeyo Macro, los caps. 34-64. Con Dahms coincide Pötter en la segmentación, pero difiere en el reparto: 1-21 y 65-78 para César y 22-64 para Hircio, aunque los caps. 34-64 se basarían en informes ajenos¹⁶.

El tema de la autoría se ha mantenido durante largo tiempo sin grandes cambios hasta que la aparición en 1993 de un artículo de L. Canfora¹⁷ ha introducido nuevas perspectivas. La tesis central de Canfora parte de considerar que la carta proemio a Balbo es una falsificación tardía elaborada sobre la base del texto de Suetonio. Las consecuencias son importantes, pues la figura de Hircio pierde su principal base de sustentación y desaparece incluso su candidatura como autor del libro VIII del *BG*.

3. EL PROBLEMA DE LA IDENTIFICACIÓN DE LOS TOPÓNIMOS

Posiblemente uno de los aspectos que más llama la atención a quien se acerca al escenario geográfico de la larga guerra civil entre César y Pompeyo sea el de la identificación de los topónimos antiguos. Tras lo fructíferos intentos del coronel Stoffel¹⁸ y de Heuzey¹⁹ es mucho lo que se avanzó en su momento, pero todavía quedan algunos puntos clave por dilucidar y éstos se refieren básicamente a las campañas de

Hispania²⁰. Y dentro de este ámbito geográfico son dos las localidades que más quebraderos de cabeza han proporcionado a filólogos e historiadores, Otogesa y Munda.

3.1. *El caso de Otogesa*

El nombre de *Octogesa*, asociado a la campaña de Lérida (BC I 61, 68 y 70), es la lectura corriente con que se designa la localidad en que los pompeyanos decidieron construir un puente de barcas para cruzar el río Ebro en la marcha que tenían el proyecto de realizar hacia Celtiberia. Dos son las cuestiones que se suscitan respecto a este topónimo: la forma del topónimo en sí y la identificación de su emplazamiento.

En efecto, las lecturas de los manuscritos no son en absoluto concluyentes, puesto que ofrecen formas como *octogesma*, *toto gesma*, *toto gesima*, *octogesam*, *otogesam*, *octogesmam* u *octogensam*. Así las cosas, los editores, siguiendo a Fabre, han optado mayoritariamente por *Octogesa*. Sin embargo, Klotz y Schulten, en su edición de los *Fontes*²¹, considerando una posible influencia del numeral *octo*, se habían inclinado anteriormente por la reducción *Otogesa*. Los editores hispanos (Morató y Calonge²²), en cambio, a partir de la edición de Mariner, se inclinan por *Otobesa*, sobre la base de una conjetura formulada por Vallejo²³. Es, por tanto, este estudio el que hemos que tomar como punto de referencia. La argumentación de Vallejo nos parece impecable en su primera parte en la que, partiendo de argumentos de crítica textual, concluye que el primer elemento formativo del topónimo tiene que ser *Oto-* y no *Octo-*, con lo que acaba coincidiendo con la lectura de Klotz y Schulten. Sin embargo, la segunda parte de su artículo es mucho más cuestionable. En efecto, sin entrar en el contenido, toda su argumentación se basa en una cuestión de principio no demostrada: la localidad ribereña del Ebro de la que nos ocupamos habría dispuesto de una ceca en la que se habrían acuñado monedas ibéricas cuya lectura e interpretación apoyaría su tesis a favor de una lectura de la

parte final del topónimo como: *-besa* < *-gesa*. Pero, si resulta, como veremos a continuación, que el *oppidum* de referencia no tenía entidad ni capacidad para acuñar moneda, la argumentación desarrollada por Vallejo no es de aplicación en este caso. Por todo ello nos inclinamos por *Otogesa*.

Mucha más polémica todavía ha levantado la ubicación de este enclave. Se lo ha querido identificar con Mequinenza (Stoffel²⁴) Flix (Schneider²⁵), Ribarroja (Ramorino²⁶) y Almatret (von Göler²⁷), pero la información suministrada por César y la realidad geográfica del terreno nos impide aceptar cualquiera de ellas. Empezando por la última, la de Almatret, una observación directa del terreno obliga a su descarte inmediato, pues la altura de la población con respecto al cauce del Ebro presenta un importantísimo desnivel en un terreno muy abrupto, lo que lo convierte en un obstáculo imposible de superar para un gran ejército de no ser a costa de disminuir de forma muy notable la velocidad de marcha y de situarse en una posición netamente desfavorable para un enemigo que pudiera venir en su persecución. Establecido esto, parece poco o nada relevante que la distancia a la que se encuentra Almatret de Lérida se avenga mejor con las XX millas en que César establece la separación de *Ilerda* y *Otogesa*. Las opciones de Flix y de Ribarroja deben asimismo descartarse también por motivos geográficos, aunque de índole diferente. El motivo básico para descartar estas poblaciones deriva del simple análisis del texto cesariano y del papel referencial otorgado al Montmeneu. Efectivamente, el Montmeneu es un monte de 491 m de altura y de aspecto cónico que se eleva de forma muy destacada sobre todo su entorno y que, sin lugar a dudas, debe identificarse con el *montem qui erat in conspectu omnium excelsissimus*, del que habla César (BC I 70, 4). Recordemos la situación en que se encontraban los ejércitos. El ejército pompeyano intenta llegar al Ebro a través de unos desfiladeros, pero su marcha es copada por una hábil maniobra de César. Como alternativa inmediata a esta posibilidad

frustrada, intentan los pompeyanos llegar al río a través de unas alturas cercanas al Montmeneu. Pues bien, la distancia que media entre los desfiladeros que conducen a Ribarroja y Flix y el Montmeneu convierte en absolutamente imposible que la segunda opción pompeyana se desarrolle en las inmediaciones del Montmeneu si la primera tentativa ha tenido lugar en el desfiladero de Ribarroja, ya que la distancia entre los dos puntos hace inviable que uno de ellos sea escenario alternativo inmediato de una operación desarrollada en el otro. Por tanto, forzosamente tenemos que concluir que ni Flix ni Ribarroja son buenas candidatas para ser identificadas con *Otogesa*. Y nos queda, finalmente, Mequinenza, población situada en la confluencia del Segre con el Ebro, a la derecha del primero y a la izquierda del segundo. Es la candidata que ha gozado de mayor aceptación desde que la propuso Stoffel y por ella parece inclinarse, aunque con reparos, Mariner²⁸. Y cito concretamente a este autor porque en su edición puso el dedo en la llaga acerca del problema de la identificación de *Otogesa* con Mequinenza al afirmar²⁹:

La lectura sin prejuicios del texto cesariano lleva a pensar de modo natural que Otobesa estaba no a la derecha del Ebro, como Flix y Ribarroja, ni al otro lado del Segre, como Mequinenza, sino en el lado izquierdo de aquél [del Ebro] y después de su confluencia con el Segre, cf. cap. 68, donde se habla de «camino que llevaban a Otobesa», sin aludir al paso del Ebro, aunque se mencione el río; y cap. 70, donde se habla de «ganar Otobesa por las crestas», aquí sin citar el río ni su paso.

No parece posible exponerlo con mayor claridad y concisión, pero la realidad es ésta: tampoco Mequinenza es una buena candidata. A Mariner sólo le faltó entrar a matar para culminar una excelente faena. Veamos si nosotros podemos conseguirlo. La situación de Mequinenza, la antigua Mequinenza, no muy alejada del emplazamiento actual,

resulta, a la vista del razonamiento de Mariner, un emplazamiento inadecuado porque, caso de estar ubicada en ella *Otogesa*, el ejército pompeyano hubiera tenido que cruzar primero el Segre y luego el Ebro, operación que, aún en la distancia e incluso para un ejército bien preparado, se nos antoja demasiado complicada. A ello debemos añadir la ausencia en sus inmediaciones de restos arqueológicos romanos que pudieran avalar su candidatura³⁰. Restos que sí se encuentran, en cambio, en una zona próxima a Mequinenza, a la izquierda del Ebro —la situación requerida por Mariner— en el paraje conocido como Els Castelletts³¹. Claro está que la identificación de *Otogesa* con Els Castelletts requiere una recomposición de todo el panorama, empezando por la categoría del emplazamiento que no tendría por qué ser una ciudad grande ni famosa. Y, de hecho, César no dice en absoluto lo contrario pues califica a *Otogesa* de *oppidum*; y este término, traducido por fortín o destacamento militar, se avendría perfectamente con la realidad de lo que pudieron ser Els Castelletts. Por otro lado, la ubicación del paraje explica a la perfección lo que hubieran debido ser los movimientos del ejército pompeyano. Situémonos nuevamente en el teatro de operaciones. El ejército pompeyano, pretendiendo cruzar el Ebro, reúne en un lugar indeterminado de su curso, en Otogesa, todas las barcas disponibles para construir con ellas un puente. La marcha no la realizan siguiendo el curso del Segre, sino por el interior de la planicie e instalan un primer campamento cerca del pueblo de Maials. Desde allí pretendían alcanzar la orilla del río a través de los desfiladeros situados a unas cinco millas del campamento (*BC* I, 65, 3-4). Estos desfiladeros no pueden ser otros que el desfiladero del Aiguamoll y, en todo caso, el desfiladero de Els Castelletts. César, como hemos señalado antes, les corta el paso hacia esos desfiladeros y ellos, como alternativa, intentan, también en vano, llegar hasta el río por las crestas de los montes que unen el Montmeneu con el Ebro, la llamada Sierra de Campells (*BC*

I 70, 4). Hablando con propiedad no se trata de crestas, pues la realidad es que la Sierra de Campells presenta en su cima una meseta perfectamente practicable. Pues bien, como cabía esperar, las dos rutas confluyen en el recinto fortificado de Els Castellet, que, obviamente, proponemos identificar con la *Otogesa* cesariana. El poblado presenta señales de ocupación permanente desde la época del Bronce Medio hasta el siglo I a. C., época en que fue abandonado, si bien en sus cercanías se han hallado restos de un yacimiento de época altoimperial³².

3.2. *Los topónimos de la Hispania Ulterior. El caso de Munda*

El problema de *Otogesa* queda como un problema secundario o insignificante cuando lo comparamos con la situación que presenta la actual Andalucía, pues allí no es uno sino que son muchos los casos en que la identificación de los topónimos antiguos con los actuales está todavía lejos de alcanzar un consenso generalizado. Lugares como, *Aspauia*, *Bursauo*, *Carruca*, *Soricaria* o *Ventippo* están todavía a la espera de hallar una ubicación definitiva. Y, sin duda, no es ajeno al problema el sistema de agricultura extensiva practicado en la región, pues ha convertido en zonas cultivables lo que habían sido ciudades y fortalezas. En este sentido, los emplazamientos conservados y claramente identificables, como *Ategua*, *Corduba*, *Vlia* o *Vcubis* son casi la excepción. Sin embargo, por encima de todos ellos destaca el problema que representa el fijar el emplazamiento de *Munda*, la localidad que da nombre a la crucial batalla entre César y el joven Gneo Pompeyo.

El problema de la identificación de la plaza de *Munda* y del *Campus Mundensis*, donde tuvo lugar la definitiva batalla, así como la de muchos emplazamientos cesarianos, tiene una larga historia que, por suerte, podemos afirmar que está alcanzando la buena senda. A este positivo cambio de orientación podríamos decir que ha contribuido la conjunción

de dos líneas investigación: la que se ocupa de leer e interpretar lo que dicen exactamente los textos y la línea arqueológica en dos de sus vertientes, por un lado, la que se ocupa del estudio de las vías romanas de la Bética y, por otro, la de la vía arqueológica más estricta y tradicional, que se ocupa del estudio de los materiales. Sobre la importancia de esta última no es preciso insistir. En cambio, se hace necesario resaltar que el estudio de las vías es importante porque ha llamado la atención sobre un hecho del que apenas somos conscientes cuando hablamos del desplazamiento de tropas: los ejércitos para moverse entre poblaciones hacían en la Antigüedad lo mismo que hoy en día, seguir los caminos y evitar el campo a través. Este aspecto es especialmente relevante en el caso de la campaña de la Ulterior porque en el *BH* se describen movimientos de tropas bastante precisos, de manera que la fijación exacta de la ruta seguida puede permitir la fijación del origen y destino del movimiento³³.

El interés por la determinación exacta del emplazamiento de *Munda* y del *Campus Mundensis* tiene una larga y profusa historia en cuyos detalles no vale la pena que nos extendamos³⁴. Atrás dejamos en el tiempo por su escaso interés las propuestas que situaban *Munda* en Ronda la Vieja (Málaga)³⁵ o en Monda (Málaga)³⁶, y nos centraremos en las dos propuestas que han atraído mayoritariamente la atención de los investigadores partir del siglo XIX. En primer lugar tenemos la que ha sido casi hasta hoy mismo la postura oficial y generalizada, la que identifica *Munda* con Montilla (Córdoba) y el *Campus Mundensis* con los llanos de Vanda. Esta identificación, propuesta por Ceán Bermúdez en 1832³⁷, se mantuvo viva entre los generalistas españoles del XIX³⁸ y fue la adoptada por el coronel Stoffel³⁹, sin duda el autor más influyente por lo que al estudio de las campañas de César se refiere. No es de extrañar, pues, que las ideas de Stoffel se generalizaran y fueran adoptadas por los principales autores que se han ocupado del estudio de la campaña de Córdoba.

Así, siguiendo los pasos de Stoffel, la identificación de *Munda* con Montilla aparecerá de forma generalizada y preponderante en las principales ediciones y traducciones del *Bellum Hispaniense* (Klotz, Schulten, Pascucci, Icart) y, luego, en otras muchas obras de divulgación hasta llegar a mediados de la década de los ochenta del siglo XX. Es en este instante en que se produce lo que para nosotros constituye el sesgo fundamental en la investigación con la presentación de la tesis doctoral de Manuel Ferreiro⁴⁰, que cambiará radicalmente el panorama. La propuesta de Stoffel estaba fuertemente condicionada, aparte de por la similitud nominal, por la creencia, sin duda a considerar desde el punto de vista militar, de que Pompeyo no pudo alejarse demasiado de Córdoba, su base central de operaciones. Pero con esto, evidentemente, no basta. El mérito de Ferreiro reside en haber sabido desprenderse de esta atadura geográfica y de haber sabido aprovechar la conjunción de elementos indiciarios que avalan su teoría. Es cierto que la propuesta de Ferreiro de ubicar Munda en los alrededores de Osuna no es radicalmente nueva y que tiene antecedentes, incluso algunos muy alejados en el tiempo⁴¹, pero también es cierto que no existe coincidencia entre ellos a la hora de precisar con exactitud el lugar. A la identificación de *Munda* con el Alto de las Camorras y del *Campus Mundensis* con los Llanos del Águila, la teoría de Ferreiro, se habían acercado mucho, hasta incluso coincidir con ella, Engel, Corzo y Didierjean⁴²; sin embargo, quedaron en buena medida olvidados hasta que Ferreiro les dio forma y difusión⁴³, de modo que sus ideas han calado y han influido profundamente en las dos ediciones del *BH* aparecidas con posterioridad, la de José Castro (1992) y la de Nicole Diouron (1999).

En nuestra opinión, el mérito de esta propuesta estriba en que se encuentra respaldada por las tres líneas de investigación a las que antes nos referíamos. En primer lugar, responde a una lectura cabal de los textos ya que la orografía de los

Llanos del Águila se corresponde bien con lo que exige *BH* 29, 1-2: una llanura de unos siete kilómetros y medio, recorrida al pie del montículo en que se ubicaba la plaza de Munda por un riachuelo (el arroyo Salado, de Jarda o de Calderón) que al desbordarse en época de lluvias solía empantanar los terrenos colindantes. Asimismo, el Alto de las Camorras (*Munda*) se encuentra a una distancia prudencial de Osuna (*Urso*), unos diecisiete kilómetros, lo que justifica que los cesarianos que asediaban Urso acudieran a Munda en busca de la madera precisa para las obras y fortificaciones y que no se podía encontrar en un radio de nueve kilómetros alrededor de Urso (*BH* 41, 5); sin duda la concentración de material compensaba la mayor distancia a recorrer. Por otro lado, los diecisiete kilómetros que separan las dos poblaciones explican también que los cesarianos no tuvieran necesidad de ir a buscar el agua a Munda, dado que la tenían a su disposición más cerca, a doce kilómetros (*BH* 41, 4).

En el aspecto arqueológico, el estudio con fotografía aérea realizado por Didierjean⁴⁴ revela la existencia de un recinto amurallado en el Alto de las Camorras, la ubicación propuesta para *Munda*. Asimismo, en este emplazamiento son frecuentísimos los hallazgos de balas bicónicas de plomo con la inscripción CN.MAG.IMP⁴⁵.

Finalmente y en tercer lugar, detrás del emplazamiento de *Munda* y a corta distancia de la misma corría la llamada Vía del Estrecho y que llegaba hasta *Carteia*, localidad en la que se refugió Gneo Pompeyo al escapar de la derrota⁴⁶.

4. MANUSCRITOS E HISTORIA DEL TEXTO

A diferencia de *Bellum Gallicum*, que tiene una historia textual particular, el *Bellum Ciuile* y los *Tria Bella* tienen una historia textual concordante, puesto que han sido transmitidos de manera conjunta por unos mismos manuscritos. En efecto, la fijación del texto de las cuatro obras se realiza en la crítica textual moderna tomando como base ocho manuscritos:

- L *Louaniensis*, siglo XI/XII (British Museum de Londres, Additional Ms. 10084),
- M *Mediceus* siue *Laurentianus*, siglo X/XI (Biblioteca Medicea Laurenziana de Florencia, Plut. Lat. 68.8,
- N *Neapolitanus*, siglo XI (Biblioteca Nazionale de Nápoles, IV, c. 11),
- R *Riccardianus*, siglo XII (Biblioteca Riccardiana de Florencia 541),
- S *Laurentianus Ashburnhamensis*, siglo X (Biblioteca Medicea Laurenziana de Florencia, Ashburnhamensis 33),
- T *Thuaneus*, siglo XI (Bibliothèque Nationale de París, Parisinus Latinus 5764),
- U Vrsinianus, siglo XI/XII (Biblioteca Apostolica Vaticana, Vaticanus Latinus 3324),
- V Vindobonensis, siglo XII (Österreichische Nationalbibliothek de Viena 95).

Todos ellos contienen el *Bellum Gallicum*, el *Bellum Ciuile*, el *Bellum Alexandrinum*, el *Bellum Africum* y el *Bellum Hispaniense* con una única excepción: el *Louaniensis* no contiene el *Bellum Hispaniense*. A partir de la edición del *Bellum Ciuile* de P. Fabre⁴⁷, los ocho manuscritos se dividen en dos ramas, la β (M, R, T, U, V) y la σ (L, N, S). Sin embargo, con posterioridad han surgido discrepancias acerca del establecimiento del *stemma*, que han dado como resultado la minusvaloración de los códices L, N y R, al considerarse que son copias: L y N de S, y R de U⁴⁸.

5. BIBLIOGRAFÍA

En las circunstancias actuales en que existe la posibilidad ilimitada de realizar a través de Internet búsquedas bibliográficas en los catálogos de bibliotecas o en páginas

especializadas, resulta con frecuencia prolijo y poco operativo ofrecer en impresión sobre papel largas listas bibliográficas; no obstante, no se puede fiar todo en las posibilidades que ofrece la red, entre otros motivos, por el peligro real de saturación de la capacidad de discernimiento del lector que puede verse literalmente —la posibilidad no es ni baladí ni inusitada— sepultado bajo toneladas de información. Por eso, más que nunca, es necesario que las ediciones aporten indicaciones críticas precisas que orienten y guíen al lector en medio de una selva que puede ser inextricable y procelosa. Por ello, son de gran utilidad los repertorios bibliográficos, ya que, como mínimo, ofrecen una clasificación temática de los estudios existentes. En este campo son de importancia capital, aparte de la bibliografía recogida en las ediciones y traducciones que se citan más adelante, las recopilaciones siguientes:

- J. H. COLLINS, «A Selective Survey of Caesar Scholarship since 1935», *The Classical World* 57 (1963), 45-51 y 81-88.
- J. KROYMANN, «Caesar und das Corpus Caesarianum in der neueren Forschung: Gesamtbibliographie 1945-1970», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*. I, 3, Berlín-Nueva York, 1973, págs. 457-487. Contiene una *addenda* referida a los años 1971-1972.
- H. OPPERMAN, «Probleme und heutiger Stand der Caesarforschung». En D. RASMUSSEN (ed.), *Caesar*, Darmstadt, 1980³, págs. 485-522.
- M. RAMBAUD, *L'art de la déformation historique dans les Commentaires de César*, París, 1953, págs. 375-395.
- , «Bilan des études césariennes». En *Présence de César. Hommage au Doyen M Rambaud*, París 1985, 7-24. Reproducido también en *Autour de César*, Lyon, 1987, 9-65.

En España debemos tener también presente por su claridad la selección contenida en

G. LAGUNA MARISCAL y A. RAMÍREZ DE VERGER, *Bibliografía selecta de autores latinos*, Madrid, 1997, págs. 47-49.

5.1. Ediciones y traducciones

Llama en principio la atención que un autor tan importante como César, cuya obra y personalidad han sido objeto de infinidad de estudios, haya atraído tan parcamente la atención de los filólogos modernos a la hora de realizar ediciones críticas de su obra. Existen, es verdad, infinidad de ediciones del texto de César, pero la mayoría de ellas no son trabajos originales sino copia de unas pocas. Entre las ediciones de la obra completa hay que seguir contando hoy en día con la de

R. DU PONTET, *C. Iuli Caesaris Commentariorum pars prior qua continentur libri VII De Bello Gallico cum A. Hirti supplemento. Pars posterior qua continentur libri III De Bello Ciuili cum libris incertorum auctorum De Bello Alexandrino, Africo, Hispaniensi*. Recensuit breuique annotatione instruxit —, Oxford, 1900. Con múltiples reimpresiones.

5.1.1. *Bellum Ciuile*

J. CALONGE RUIZ, *César, Guerra Civil*. Libros I-II — Libro III, Madrid, 1986-1989 (Segunda reimpresión de la segunda edición de 1979).

P. FABRE, *César, La guerre civile*. I (Livres I et II). Texte établi et traduit par —. Neuvième tirage revu et corrigé par A. BALLANO, París, 1997⁹.

J. F. GARDNER, *Caesar, The Civil War together with The Alexandrian War, The African War and The Spanish War by other Hands*. Translated with an introduction by —, Londres, 1967.

- A. KLOTZ-W. TRILLITZSCH, C. *Iuli Caesaris Commentarii*. Edidit A. KLOTZ. Vol. II: *Commentarii belli ciuilis*. Editio stereotypa correctior editionis alterius. Addenda et corrigenda collegit et adiecit W. TRILLITZSCH, Leipzig, 1957.
- S. MARINER BIGORRA, G. *Julio César, Memorias de la Guerra Civil*. Texto revisado y traducido por —. I-II, Barcelona 1959-1961.
- J. M. MORATÓ, G. *Juli César, Comentaris de la Guerra Civil*. I-II, Barcelona, 1973-1978.
- A. PENNACINI, G. *Giulio Cesare, Opera omnia*, a cura di —; traduzione di A. La PENNA e A. PENNACINI; commenti di M. FARAGUNA, A. GARZETTI e D. VOTTERO, Turín, 1993.
- A. G. PESKETT, *The Civil War*, Londres-Cambridge (Mass.), 1957 (= 1914).
- M. RAMBAUD, C. *Iulius Caesar, De bello civili. Liber Primus*. Édition, introduction et commentaire de —, París, 1962.
- V. A. SIRAGO, *Cesare, Opere II: La guerra civile, Guerra di Alessandria, Guerra di Africa, Guerra di Spagna*, a cura di —, Nápoles, 1973.
- E. VALENTÍ FIOL, *Cayo Julio César, Guerra Civil*. Libro primero. Introducción, comentario y vocabulario por —, Barcelona, 1941.
- 5.1.2. *Tria bella:*
- J. ANDRIEU, *César, Guerre d’Alexandrie*. Texte établi et traduit par —, París, 1954.
- A. BOUVET, *Pseudo-César, Guerre d’Afrique*. Texte établi et traduit par —. Revu, corrigé et augmenté par J.-C. RICHARD, París, 1997.

- J. CASTRO SÁNCHEZ, *Anónimo, La guerra de Hispania*, Madrid, 1992.
- N. DIOURON, *Pseudo-César, Guerre d'Espagne*. Texte établi et traduit par —, París, 1999.
- J. F. GARDNER, *Caesar, The Civil War together with The Alexandrian War, The African War and The Spanish War by other Hands*. Translated with an introduction by —, Londres, 1967.
- J. ICART, [G. *Juli César*], *Guerra d'Alexandria*. Text revisat i traducció de —, amb la col·laboració de M. DOLÇ, Barcelona, 1987.
- , [G. *Juli César*], *Guerra d'Àfrica, Guerra d'Hispania*. Text revisat i traducció de —, amb la col·laboració de M. DOLÇ, Barcelona, 1988.
- A. KLOTZ, C. *Julius Caesar, Commentarii*. Edidit —. Vol III: *Commentarii Belli Alexandrini, Belli Africi, Belli Hispaniensis. Accedunt C. Iulii Caesaris et A. Hirti fragmenta*. Stuttgart-Leipzig, 1993 (Editio stereotypa editionis primae 1927).
- G. PASCUCI, [C. *Iulii Caesaris*], *Bellum Hispaniense*. Introduzione, testo critico e commento a cura di —, Florencia, 1965.
- A. PENNACINI, G. *Giulio Cesare, Opera omnia*, a cura di —; traduzione di A. La PENNA e A. PENNACINI; commenti di M. FARAGUNA, A. GARZETTI e D. VOTTERO, Turín, 1993.
- R. SCHNEIDER, *Bellum Africanum*. Herausgegeben und erklärt von —, Berlín, 1962².
- , *Bellum Alexandrinum*, Berlín, 1962².
- A. SCHULTEN, *Fontes Hispaniae Antiquae. Vol. V: Las guerras de 72-19 a. de J.C.* Edición y comentario por —, Barcelona, 1940. Contiene en apéndice la traducción

de E. VALENTÍ FIOL del *Libro de la guerra de España* (págs. 281-300).

V. A. SIRAGO, *Cesare, Opere II: La guerra civile, Guerra di Alessandria, Guerra di Africa, Guerra di Spagna*, a cura di —, Nápoles, 1973.

A. G. WAY, *Caesar, Alexandrian, African and Spanish wars*, with an English Translation by —, Cambridge (Mass.) - Londres, 1978 (= 1955).

6. LA TRADUCCIÓN Y LA ANOTACIÓN

Las traducciones que aquí se ofrecen obedecen a momentos y circunstancias diferentes: La del *Bellum Ciuile*, debida a Julio Calonge, remonta al año 1947, en plena posguerra, y está basada en la edición del propio Calonge, a la que acompaña. Pese al respeto que nos merece esta traducción, hemos creído oportuno actualizarla en aquellos pasajes en que la crítica textual moderna ofrece soluciones radicalmente diferentes del texto en el que se basó el traductor en su momento; todas ellas se indican oportunamente en las correspondientes notas a pie de página.

Por lo que se refiere a los *Tria Bella*, el texto tomado como base ha sido el de la edición de J. Andrieu para el *Bellum Alexandrinum*, la de A. Bouvet para el *Bellum Africum* y la de N. Diouron para el *Bellum Hispaniense*. Como en el caso anterior, se indican también en nota los casos en que la traducción toma como base una edición diferente.

Por lo que se refiere a la traducción de estas tres últimas obras debemos también señalar que no nos ha parecido oportuno, y quizá tampoco sería lícito, hermohear un original que en muchos casos no lo es; por ello, hemos optado por mantener la inmensa mayoría de la veces una correspondencia única entre la forma latina y forma castellana, aunque el resultado pueda ser, de hecho es, en algunos casos de una notable y pesada reiteración, que, por otro lado, es

exactamente la que ofrece el texto latino. Esta circunstancia se da de manera especial en la traducción del *Bellum Africum*, pues no en balde el original presenta, como ya hemos señalado antes, múltiples ejemplos de reiteración en el uso de las fórmulas de transición: más de ochenta veces aparece, para citar un ejemplo, la fórmula de transición *interim*, casi una por capítulo.

En lo que se refiere a las notas, hemos procurado facilitar la labor del lector situándolo en cada momento en las coordenadas que afectan a los antecedentes, a los personajes, al lugar y al tiempo. Respecto a este último aspecto, conviene poner de manifiesto que el calendario romano presentaba en la época de la Guerra Civil, y seguramente a causa de ésta, un desfase que en el año 46 alcanzaba la nada despreciable cifra de sesenta y siete días como consecuencia de que en algunos años no se había añadido el correspondiente mes intercalar. El problema lo resolvió César a finales del año 46 incrementando en 67 días la duración de este año y estableciendo la conocida reforma del calendario⁴⁹. Esta reforma entró en vigor con el comienzo del año 45, por lo cual los acontecimientos de este año, referidos básicamente a la «Guerra de Hispania» ya se encuentran cronológicamente normalizados. En cambio, los acontecimientos anteriores a este año y muy en particular los que afectan a la «Guerra de África» del 46 están plenamente afectados por el citado desfase. Por ello y para facilitar al lector la situación dentro de la sucesión ordinaria de las estaciones hemos optado en este caso por facilitar en nota la fecha oficial prejuliana acompañada de la fecha que correspondería en el caso de que aplicáramos retrospectivamente la reforma; así, el lector podrá saber fácilmente en qué momento del año ordinario debe situar los acontecimientos.

P. J. QUETGLAS

¹ Nos referiremos a ellas con las abreviaturas respectivas de *BC*, *BAl*, *BAf* y *BH*. Asimismo, nos referiremos también al *Bellum Gallicum* (*Guerra de las Galias*) con la correspondiente abreviatura: *BG*.

² No puede ni debe olvidarse, en efecto, que Gneo Pompeyo dejó África y que, tras recalar en las Baleares, acabó por poner rumbo a Hispania, donde levantó de nuevo la bandera de su padre contra César, propiciando así la campaña narrada en el *Bellum Hispaniense*.

³ La práctica habitual en César de dedicar cada libro a un año induce a pensar que, en realidad, los dos primeros libros del *BC* constituyeron en principio un único libro. Esta idea viene reforzada por el hecho de que algunos manuscritos no indican separación de libros entre el I y el II, a la par que el comienzo de este segundo libro (*Dum haec in Hispania geruntur*) cuadra mejor con un inicio de capítulo o sección que con un comienzo de libro.

⁴ El más destacado defensor de negarle a César la paternidad del *BC* hay que buscarlo a mediados del siglo XIX: H. MOSNER, *Quaestio habetur num Caesar bellum ciuile scripserit*, Kulmbach, 1865. Más éxito tuvieron en su momento las teorías que señalaban que muchos capítulos en el *BC* (especialmente los referentes al asedio de Marsella) eran interpolados; es el caso de R. MENGE (*De auctoribus Commentariorum de Bello civili, qui Caesaris nomine feruntur*, Progr. Weimar, 1873 y *Emendationes Caesarianae*, Halle, 1894) y de su hijo P. MENGE (*Ist Cäsar der Verfasser des Abschnittes über Kurios Feldzug in Afrika?*, Progr. Landesschule Pforta, I-II, 1910-1911).

⁵ Cf., por ejemplo, *BH* 27, 5, donde se informa de la muerte a bastonazos de un soldado que había degollado a su hermano. Éste es un episodio importante en el día a día de una unidad, pero no tiene ninguna relevancia en la marcha general de las operaciones.

⁶ Además de las ediciones de Andrieu, Bouvet, Diouron, Fabre, Klotz, Pascucci y de la información bibliográfica complementaria que aportan, deben tenerse en cuenta los estudios comparativos de L. CANALI, «Osservazioni sul Corpus Cesariano», *Maia* 18 (1966), 115-137; R. FRESE, *Beiträge zur Beurteilung der Sprache Cäsars mit besonderer Berücksichtigung des Bellum Ciuile*, Diss. Munich 1900; A. KLOTZ, *Cäsarstudien*, Leipzig 1910; y P. MILITERNI DELLA MORTE, *Struttura e stile del Bellum Africum*, Nápoles, [1996].

⁷ Cf. P. CUZZOLIN, «Sulle prime attestazioni del tipo *dicere quod*», *Archivio Glottologico Italiano* 76 (1991), 26-78; y *Sull'origine della costruzione 'dicere quod': aspetti sintattici e semantici*, Florencia, 1994.

⁸ SUETONIO, *César* 56, 1: *Nam Alexandrini Africique et Hispaniensis incertus auctor est: alii enim Oppium putant, alii Hirtium qui etiam Gallici belli nouissimum imperfectumque suppleuerit*. «Pues de las guerras de Alejandría, de África y de Hispania el autor no es seguro: unos las atribuyen a Opio y otros a Hircio, que al menos completó también el último e inacabado libro de la guerra de las Galias» [trad. de A. RAMÍREZ DE VERGER, Madrid, Gredos, 1992].

⁹ F. E. ADCOCK, «Caesar's Dictatorship». En *Cambridge Ancient History*, Cambridge, 1955, pág. 703; N. DIOURON, *Pseudo-César, Guerre d'Espagne*, París, 1999, pág. XVII; A. J. L. VAN HOOFF, «The Caesar of the *Bellum Hispaniense*», *Mnemosyne* 27 (1974), 125-138; A. KLOTZ, *Kommentar zum Bellum Hispaniense*, Leipzig, 1927, pág. 96; J. KOHL, «Der Verfasser des Kriegstagesbuchs vom *Bellum hispaniense*», *Bayerische Blätter für das Gymnasial-Schulwesen* 60 (1924), 38-42; G. PASCUCI, [*C. Iulii Caesaris*], *Bellum Hispaniense*, Florencia, 1965, págs. 26 y 326; R. H. STORCH, «The Autor of the *De Bello Hispaniensi*: a Cavalry Officer?», *Acta Classica* 20 (1977), 201-204.

¹⁰ G. LANDGRAF, *Untersuchungen zu Caesar und seinen Fortsetzern insbesondere über Autorschaft und Komposition des Bellum Alexandrinum und Africanum*, Munich, 1888; J. HARMAND, «Des Gaulois autour de César», *Rivista Storica dell'Antichità* 2 (1972), 158-165; E. KOESTERMANN, «*L. Munatius Plancus* und das *Bellum Africum*», *Historia* 22 (1973), 48-63; A. PALLAVISINI, «Il capitolo 22 del *Bellum Africum* e la propaganda augustea», en *Propaganda e persuasione occulta nell'antichità. Contributi dell'Istituto di Storia Antica*, Milán, 1974, págs. 107-114; H. PÖTTER, *Untersuchungen zum Bellum Alexandrinum und Bellum Africanum. Stil und Verfasserfrage*, Leipzig, 1932; W. SCHMID, *Frühschriften Sallusts im Horizont des Gesamtwerks*, Neustadt-Aisch, 1993, págs. 137-188.

¹¹ Esta tesis fue propuesta por primera vez por C. NIPPERDEY, *Quaestiones Caesarianae*. Introducción a *C. Iulii Caesaris commentarii cum supplementis A. Hirici et aliorum*, Leipzig, 1847, pág. 34; fue seguida y notablemente ampliada por K. BARWICK, «Probleme zu den *Commentarii* Caesars und seiner Fortsetzer», *Forschungen und Fortschritte* 15 (1939), 130-181.

¹² El texto que ofrecen mayoritariamente los manuscritos es el siguiente: *Caesaris nostri commentarios rerum gestarum Galliae non comparantibus superioribus atque insequentibus eius scriptis contexui nouissimumque imperfectum ab rebus gestis Alexandriae confeci usque ad exitum non quidem ciuilibus dissensionis, cuius finem nullum uidemus, sed uitae Caesaris*. L. A CONSTANS en su edición de la *Guerra de la Galias (César, Guerre des Gaules*, París, 1926) propuso la lectura *conparentibus suppleui rebus*, en lugar de *comparantibus superioribus*.

¹³ *Mihi ne illud quidem accidit, ut Alexandrino atque Africano bello interesset; quae bella quamquam ex parte nobis Caesaris sermone sunt nota, tamen aliter audimus ea quae rerum nouitate aut admiratione nos capiunt, aliter quae pro testimonio sumus dicturi*.

¹⁴ Así, por ej., C. NIPPERDEY (*Quaestiones Caesarianae*. Introducción a *C. Iulii Caesaris commentarii cum supplementis A. Hirici et aliorum*, Leipzig, 1847) creía que el léxico y el estilo el *BAI* apuntaban a Hircio, mientras que L. VIELHABER («*C. Iulii. Caesaris commentarii de bellis gallico et civili*», *Zeitschrift für die österreichischen Gymnasien* 20 [1869], 541-576), E. FISCHER (*Das 8. Buch vom Gallische Kriege und das Bellum Alexandrinum*, Progr. Passau, 1880) y F. FRÖHLICH («Realistisches und Stilistisches zu Caesar und dessen Fortsetzern», *Festschrift des philologischen Kränzchens in Zürich*, Zürich, 1887,

págs. 1-55) creyeron que este mismo estilo y léxico lo alejaban de Hircio. Un análisis detallado de los estudios comparativos se puede ver en la edición del *BAL* de J. ANDRIEU.

¹⁵ R. PETERSDORFF, «Die Quellenfrage zu Caesars *bel. Gal. lib. VIII, bel. Alex., bel. Afric. und bel. Hispan.*», *Zeitschrift für das Gymnasial-Wesen* 34 (1880), 215-219; H. SCHILLER, «Zur Hirtiusfrage», *Zeitschrift für das Gymnasial-Schulwesen* 16 (1880), 246-252; A. KLOTZ, *Cäsarstudien*, Leipzig, 1910, 149-157.

¹⁶ G. LANDGRAF, *Untersuchungen zu Caesar und seinen Fortsetzern, insbesondere uber Autorschaft und Komposition des «Bellum Alexandrinum» und «Africum»*, Hildesheim, 1972 (= Erlangen, 1888); J. ZINGERLE, «Zur Frage nach der Autorschaft des *Bellum Alexandrinum*, und dessen Stellung im *Corpus Caesarianum*», *Wiener Studien* 14 (1892), 75-119; W. DAHMS, *Curae Hirtianae*. Progr. Berlin (Diss. Rostock), 1906; H. PÖTTER, *Untersuchungen zum «Bellum Alexandrinum» und «Bellum Africum». Stile und Verfasserfrage*, Leipzig, 1932.

¹⁷ L. CANFORA, «La ‘lettera a Balbo’ e la formazione della raccolta cesariana», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* 23, Serie 3 (1993), 79-103.

¹⁸ STOFFEL, *Histoire de Jules César. Guerre Civil. I-II*, París, 1887.

¹⁹ L. HEUZEY, *Les opérations militaires de César étudiées par la mission de Macédoine*, París, 1886.

²⁰ Evidentemente, los problemas no afectan sólo a Hispania. Para las cuestiones geográficas referidas a África pueden consultarse: H. H. ABDULWAHAB, «La ‘Vaga’ du *Bellum Africum*», *Les Cahiers de Tunisie* 8, 31 (1960), 19-23; L. FOUCHER, «César en Afrique: autour d’Aggar», *Les Cahiers de Tunisie* 8, 31 (1960), 11-17; *idem*, *Hadrumetum*. Publications de l’Université de Tunis, Faculté des Lettres, 1ère série, Architecture, histoire, vol. X. París, 1964; *idem*, «Localisation de la ville de Vaga mentionnée dans le *Bellum Africum*», *Mélanges d’archéologie et d’histoire offerts à A. Piganiol*, París, 1966, págs. 1205-1210; St. GSELL, *Histoire ancienne de l’Afrique du Nord*. VIII, París, 1928; G. VEITH, en J. KROMAYER-G. VEITH, *Antike Schlachtfelder: Bausteine zu einer antiken Kriegsgeschichte*. III: *Antike Schlachtfelder in Italien und Africa*, Berlín, 1912.

²¹ A. SCHULTEN, *Fontes Hispaniae antiquae V: Las guerras del 72-19 a. de J.* Edición y comentario, Barcelona, 1940.

²² De hecho, Calonge en la primera edición de 1947 opta por *Octogesa*, para cambiar a *Otobesa* a partir de la aparición de la edición de Mariner.

²³ J. VALLEJO, «Sobre la Otogesa de César, *Bell. Ciu.* 61, 68, 70», *Emerita* 14 (1946), 259-272.

²⁴ *Op. cit.* en nota 18, I, págs. 58-61.

²⁵ R. SCHNEIDER, «Ilerda. Aportación a la historia de las guerras romanas» [traducción de J. SANS SISCART, Berlín, 1886], *Ilerda* 14 (1950), 117-154.

²⁶ F. RAMORINO, *Cesare, De bello ciuili*. Commento e note di —, Turín, 1945 (reimpresión de la 5.^a edición de 1924), pág. 87.

²⁷ A. VON GÖLER, *Caesars gallischer Krieg und Theile seines Bürgerkriegs nebst Anhängen über römische Kriegswesen und über römische Daten*, Tubinga, 1880.

²⁸ Sin embargo, el propio Mariner como complemento del vol. I de su edición se limita a reproducir el plano de Schulten que sitúa *Octogesa* en Ribarroja. Por otro lado, ya en el siglo XVIII CH. GUISCHARD (*Mémoires critiques sur plusieurs points d'antiquités militaires*, Berlín, 1773, II, p. 82) se había pronunciado claramente contra la identificación de *Otogesa* con Mequinenza, partiendo de criterios parecidos.

²⁹ S. MARINER BIGORRA, *G. Julio César, Memorias de la Guerra Civil*, vol. II, pág. 203.

³⁰ Téngase en cuenta que la antigua población de Mequinenza desapareció casi en su totalidad bajo las aguas del pantano del Ribarroja.

³¹ Acerca del emplazamiento véase J. I. ROYO GUILLÉN-A. FERRERUELA GONZALVO, «Noticia preliminar sobre la necrópolis de inhumación e incineración de los Castelletts (Mequinenza, Zaragoza), Museo de Zaragoza, *Boletín* 2 (1983), 211-219; *idem*, «El poblado y necrópolis tumular de Los Castelletts (Mequinenza, Zaragoza). Estudio preliminar de los materiales depositados en el Museo Provincial de Zaragoza», *XVII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 1985, págs. 393-417. Un claro y útil compendio de las investigaciones sobre este yacimiento puede verse en *Arqueología* 92 [Catálogo y guía de la Exposición], Zaragoza, Museo de Zaragoza, 1992, 230-233.

³² Agradecemos muy profundamente la ayuda recibida de D. Josep Carbonell que nos acompañó gentilmente en nuestro deambular por los lugares cesarianos y que nos aleccionó sobre la existencia de Els Castelletts.

³³ Sobre las vías de la Bética en relación a la campaña de Córdoba hay que contar básicamente con los trabajos de P. SILLIERS, *Les voies de communication de l'Hispanie Méridionale*, París, 1990 y de E. MELCHOR GIL, *Vías romanas de la provincia de Córdoba*, Córdoba, 1995.

³⁴ Puede verse una sistemática y bien documentada exposición en V. DURÁN RECIO y M. FERREIRO LÓPEZ, «Acerca del lugar donde se dio la batalla de Munda», *Habis* 15 (1984), 113-135, y también en M. FERREIRO LÓPEZ, «Munda», *Julio César y Corduba: tiempo y espacio en la Campaña de Munda (49-45 a.C)*, Córdoba, 2005, págs. 381-396. Se pueden complementar con las notas adicionales de la edición del *Bellum Hispaniense* de N. DIOURON, págs. 116-119.

³⁵ J. y M. OLIVER HURTADO, *Munda Pompeyana. Memoria escrita por — y premiada por votación unánime de la Real Academia de la Historia en el concurso de 1860*. Madrid, 1861, págs. 341-342. Trabajo que recoge asimismo la retahíla de propuestas anteriores. Con todo, uno de los autores, José Oliver, se retractó posteriormente de esta identificación en *Viaje arqueológico emprendido en el mes*

de mayo de 1864 de orden de la Real Academia de la Historia, Madrid, 1866, pág. 70,

³⁶ Es la propuesta de J. F. de MASDEU, *Historia de España*. IV, Madrid, 1787 y TH. MOMMSEN, «Zum Bellum Hispaniense», *Hermes* 28 (1893), 607-614.

³⁷ J. A. CEÁN-BERMÚDEZ, *Sumario de las Antigüedades Romanas que hay en España*, Madrid, 1832, pág. 321.

³⁸ Así M. CORTÉS Y LÓPEZ, *Diccionario geográfico-histórico de la España antigua*, vol. II, Madrid, 1835, págs. 203-204, y P. MADDOZ, *Diccionario Geográfico-estadístico de España y sus posesiones de Ultramar*. Vol. XI, Madrid, 1848, pág. 50.

³⁹ Cf. nota 18.

⁴⁰ M. FERREIRO LÓPEZ, *César en España*. Tesis doctoral, Universidad de Sevilla, 1986. Publicada en microficha por la Universidad de Cádiz, 1988.

⁴¹ Entre los partidarios de situar Munda en los alrededores de Urso (Osuna) hay que citar a J. ORTÍZ Y SANZ (*Disertación histórico-geográfica, acerca del parage de la célebre ciudad de Munda, junto a la cual venció Julio César a los hijos de Pompeyo*. Madrid, 1862), A. FERNÁNDEZ-GUKRRA Y ORBE (*Munda pompeyana. Informe*, Madrid, 1866), J. OLIVER HURTADO (*Viage arqueológico emprendido en el mes de mayo de 1864, de orden de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1866), y, ya más modernamente, A. ENGEL («Une forteresse ibérique á Osuna (fouilles de 1903)», *Nouvelles Archives des Missions scientifiques et littéraires* 13 [1906], 357-491), T. R. HOLMES (*The Roman Republic and the Founder of the Empire*, Oxford, 1923), R. CORZO SÁNCHEZ («Munda y la vías de comunicación en el Bellum Hispaniense», *Habis* 4 [1973], 241-252), A. CARUZ ARENAS («La última campaña de César en la Bética: Munda», *Actas del I Congreso de historia de Andalucía, diciembre de 1976. Fuentes y Metodología, Andalucía en la Antigüedad*, Córdoba, 1978, págs. 143-157) y F. DIDIERJEAN («Enceintes urbaines antiques dans la province de Seville», *Prospections aériennes. Les paysages et leur histoire. Cinq campagnes de la Casa de Velázquez en Espagne* [1978-1982], París, 1983, 73-80), V. DURÁN RECIO (*La batalla de Munda*, Córdoba, 1984, págs. 12-16).

⁴² Cf. nota anterior.

⁴³ Son diversos los artículos en que ha insistido sobre el tema, véanse, entre otros, «Munda y el Campus Mundensis», *Anales de la Universidad de Cádiz*, 3-4 (1986-1987), 123-135 (artículo reproducido con algunas variantes en *Homenaje al profesor Antonio Blanco Freijeiro*, Madrid, 1989, 187-196) o «El emplazamiento de Munda», *Actas del I Congreso sobre historia de Écija*, Écija, 1989, págs. 271-278.

⁴⁴ Véase nota 41.

⁴⁵ Véase F. FERNÁNDEZ CHICARRO, *Catálogo del Museo Arqueológico de Sevilla*, Madrid, 1969, pág. 60). Para nosotros resulta absolutamente irrelevante que el pasador de plata con la inscripción A. VARO (uno de los comandantes del ejército

pompeyano), hallado por V. DURÁN (*La batalla de Munda*, Córdoba 1984, págs. 14 y 17) y que constituía uno de los soportes de la que podríamos llamar teoría Ferreiro-Durán, se haya demostrado falso (véase *CIL* II2/5, 327), pues era una prueba espectacular y llamativa, pero en absoluto esencial. De hecho, en su último artículo M. FERREIRO (cf. nota 34) ya admite la falsedad del pasador.

⁴⁶ Véase M. CORZO SÁNCHEZ, «Munda y las vías de comunicación en el *Bellum Hispaniense*», *Habis* 4 (1973), 241-252.

⁴⁷ P. FABRE, *César, La guerre civile*, I, París, 1936.

⁴⁸ Todo lo referente a la crítica textual está perfectamente expuesto en la obra de V. BROWN, *The Textual Transmission of Caesar's Civil War*, Leiden, 1972. Especialmente claro e ilustrativo es el estado crítico de la cuestión que realiza N. DIOURON, *Pseudo-César, Guerre d'Espagne*, París, 1999, págs. LXXXIV-LXXXVI.

⁴⁹ La fijación del desfase en sesenta y siete días se debe a los cálculos realizados por Le Verrier a petición de Napoleón III e incorporados por STOFFEL en la *Histoire de Jules César. Guerre Civile*. II, París 1887, págs. 299-304 y Apéndice A, págs. 387-418, desde donde se han generalizado. No son, sin embargo los únicos existentes, ya que la historiografía alemana ha optado preferentemente por los cálculos de P. Groebe (W. DRUMANN-P. GROEBE, *Geschichte Roms in seinem Übergange von der republikanischen zur monarchischen Verfassung*. I-VI, Berlín-Leipzig 1899-1929; III, págs. 759-825), quien supone que el desfase acumulado llega a los 90 días.

GUERRA CIVIL

LIBRO PRIMERO

SINOPSIS

AÑO 49

- [1-6](#). Deliberaciones del senado sobre las propuestas de César.
- [7](#). César arenga sus tropas.
- [8-13](#). César entra en Italia. Intercambio de mensajes entre César y Pompeyo. César ocupa diversas plazas de la costa adriática.
- [14](#). Temor y desconcierto en Roma.
- [15-23](#). Avance triunfal de César. Toma de Piceno, Firmo, Sulmona, Corfinio. Llega a Apulia.
- [24-28](#). Pompeyo ordena reunir todos sus efectivos en Brindis. César bloquea la ciudad. Nuevo intento de negociación. Pompeyo logra romper el bloqueo y embarcar a su ejército.
- [29-31](#). Mientras se prepara una flota para seguir a Pompeyo, César decide intervenir en Hispania y tomar posiciones en Cerdeña, Sicilia y África.
- [32-33](#). César en Roma. Justificación de su comportamiento. Falla un nuevo intento de enviar emisarios a Pompeyo.

- [34-37](#). Camino de Hispania, los marselleses le cierran las puertas de la ciudad. Preparativos para el asedio. Él continúa su marcha hacia Hispania y envía a Gayo Fabio como avanzadilla.
- [38-39](#). Recuento de los efectivos pompeyanos y cesarianos.
- [40-47](#). Operaciones y fortificaciones en torno a Lérida.
- [48-55](#). Una crecida del Segre crea problemas de comunicación y de abastecimiento en el ejército de César. Construcción de un puente de barcas y reequilibrio de la situación.
- [56-58](#). Victoria naval cesariana junto a Marsella.
- [59-70](#). César cierra alianzas con diferentes pueblos y asegura sus líneas de aprovisionamiento. El desconcierto cunde entre los pompeyanos que deciden pasar a Celtiberia. César logra vadear el río e interceptarlos.
- [71-72](#). César rechaza la posibilidad de librar un combate abierto.
- [73-77](#). Indecisión y problemas de aprovisionamiento de los pompeyanos. Confraternización de los dos ejércitos. Reacciones contrapuestas de Afranio y Petreyo.
- [78-83](#). Decididos, Afranio y Petreyo, a regresar a Lérida, ven dificultada su marcha por la presión de César.

84-87. Cortadas todas sus líneas de suministro y profundamente desmoralizados, los pompeyanos capitulan y sus tropas son licenciadas.

Entregada a los cónsules¹ la carta de César², se consiguió [1] de ellos con mucha dificultad y gran esfuerzo de los tribunos de la plebe³ que se leyera en el senado; pero no se pudo conseguir que se propusiera al senado una deliberación sobre el contenido de la carta. Los cónsules ponen a deliberación [2] la situación general de la república. El cónsul Lucio Léntulo⁴ promete no abandonar al senado y a la república, si los senadores se deciden a dar su opinión con energía y valor; pero si tienen en cuenta a César y buscan su amistad, [3] como lo habían hecho anteriormente, él tomaría las decisiones por sí mismo sin obedecer al senado; también él tenía [4] acceso al favor y amistad de César. En el mismo sentido habla Escipión⁵: que era intención de Pompeyo no abandonar a la república si le seguía el senado; pero si éste dudaba en sus decisiones y obraba con debilidad, en vano imploraría su ayuda si la solicitaba después.

[2] Como la sesión del senado se celebraba en la ciudad y Pompeyo estaba en los alrededores⁶, parecía que el discurso [2] de Escipión había salido de la misma boca de Pompeyo. Algunos hicieron proposiciones más suaves, como por ejemplo, en un principio Marco Marcelo⁷, que, al empezar su intervención, dijo que no era conveniente proponer al senado una decisión sobre este asunto antes de que se hicieran levadas en toda Italia y se alistaran ejércitos, con cuya protección el senado se sentiría fuerte para decidir con seguridad y libertad [3] lo que quisiera; como Marco Calidio⁸, que proponía que Pompeyo marchase a sus provincias⁹ a fin de que no hubiera motivo de guerra; explicaba su opinión diciendo que César temía que Pompeyo conservara y retuviera en las proximidades de Roma, con el propósito de dirigirlas contra él, las dos legiones que le habían sido arrebatadas¹⁰; como [4] Marco Rufo¹¹, que seguía poco más o menos la opinión de Calidio. Todos estos eran amedrentados por los ataques del cónsul Lucio Léntulo. Éste se negó en absoluto a poner a [5]

votación la proposición de Calidio. Marcelo, atemorizado por estos ataques, abandonó su opinión. Así muchos arrastrados [6] por las voces del cónsul, por el temor del ejército cercano y por las amenazas de los amigos de Pompeyo, se adhieren a la proposición de Escipión, coaccionados y contra su voluntad; el contenido de la proposición era éste: que César licenciara su ejército en una fecha determinada¹²; si no lo hacía se le consideraría enemigo de la república. Ponen [7] el veto los tribunos de la plebe Marco Antonio y Quinto Casio¹³. Inmediatamente se consulta al senado sobre el veto [8] de los tribunos. Se hacen proposiciones violentas, y a medida que cada uno se expresa con más dureza y crueldad es más alabado por los enemigos de César.

[3] Se levanta la sesión del senado al anochecer; entonces Pompeyo convoca a todos los senadores¹⁴. Alaba a los decididos y les anima para el futuro; amonesta y anima a los indecisos. [2] Se reenganchan por doquier muchos soldados de los antiguos ejércitos de Pompeyo, con la esperanza de conseguir premios y ascensos; son llamados muchos de las dos [3] legiones que fueron entregadas por César¹⁵. La ciudad, la rampa del Capitolio y el comicio¹⁶ se llenan de tribunos, de [4] centuriones, de reenganchados. Todos los amigos de los cónsules, los familiares de Pompeyo y todos los que tenían arraigada enemistad contra César se reúnen en el senado; [5] con su aglomeración y gritos se atemorizan los débiles, se animan los indecisos y se priva a muchos de la facultad de [6] decidir libremente. El censor Lucio Pisón¹⁷ e igualmente el pretor Lucio Roscio¹⁸ se comprometen a ir a César para informarle de estas decisiones; piden seis días para llevar a cabo esta misión¹⁹. Algunos proponen también que se envíen emisarios a César para exponerle la decisión del senado.

Los discursos del cónsul, de Escipión y de Catón²⁰ [4] hacen resistencia a todas estas proposiciones y se oponen a todos. Incitan a Catón su antigua enemistad contra César y el resentimiento de su fracaso. Impulsan a Léntulo la magnitud

[2] de sus deudas, la esperanza de mandar un ejército y gobernar provincias y los regalos de los que deseaban obtener el título de rey; se gloría ante los suyos de llegar a ser otro Sila que obtendría el mando absoluto²¹. Estimula a Escipión [3] la misma esperanza de gobernar una provincia y de mandar ejércitos, que espera compartir con Pompeyo a causa de su parentesco²²; al mismo tiempo, el temor de un proceso, la propia ostentación y la adulación de los poderosos, que tenían entonces gran influencia en la república y en los tribunales. [4] El propio Pompeyo, incitado por los enemigos de César y porque no quería que nadie le igualara en dignidades, se había apartado totalmente de su amistad y se había reconciliado con los enemigos comunes, gran parte de los cuales se los había creado a César el mismo Pompeyo en la época [5] de su parentesco²³; al mismo tiempo, movido por la mala reputación que le creaba el haber desviado a las dos legiones de su destino a Siria y Asia en provecho de su ambición de poderío y dominio²⁴, deseaba que la cuestión se decidiera por las armas.

[5] Por estas razones se hace todo con apresuramiento y confusión. No se concede tiempo a los parientes de César para informarle, ni se permite a los tribunos de la plebe la posibilidad de evitar con sus ruegos el peligro que les amenaza, ni tampoco la de conservar el supremo derecho de veto [2] que Sila les había dejado, sino que se ven precisados a pensar en el peligro de su vida en un término de siete días, peligro que aquellos turbulentísimos tribunos de la plebe de tiempos pasados solían considerar con temor solamente al [3] cabo de los ocho meses de su acción²⁵. Se recurre a aquel grave y supremo decreto del senado al cual nunca había llegado antes la audacia de los senadores, a no ser en el inminente peligro de incendio de la ciudad y de la vida de todos los ciudadanos²⁶: procuren los cónsules, pretores, tribunos de la plebe y los procónsules que estén en las afueras de Roma, que la república no sufra ningún detrimento. Estas

[4] órdenes fueron dadas por decreto del senado el siete de enero. Así pues, en los cinco primeros días en los que pudo reunirse el senado desde que Léntulo tomó posesión del consulado, exceptuados los dos días dedicados a los comicios²⁷, se toman muy graves y muy duras decisiones sobre el mando de César y sobre tan importantes magistrados como los tribunos de la plebe. Huyen éstos inmediatamente de la ciudad [5] y se dirigen a César. Estaba en aquel tiempo César en Ravena y esperaba la respuesta a sus moderadas peticiones²⁸, por si una cierta equidad de sus enemigos podía conducir la situación a la paz.

En los siguientes días se reúne el senado fuera de la ciudad²⁹. [6] Pompeyo trata los mismos puntos que ya había dado a conocer por medio de Escipión; alaba el valor y firmeza del senado; enumera sus fuerzas: dice que tiene preparadas diez legiones; además sabe con seguridad que los soldados [2] de César no le son adictos y que no les puede persuadir a que le defiendan o al menos le sigan³⁰. Se presentan al senado [3] otras proposiciones: que se hagan levass en toda Italia, que se envíe a Mauritania al propretor Fausto Sila³¹; que se [4] den a Pompeyo fondos del erario. Se propone también que el rey Juba sea declarado aliado y amigo³²; Marcelo dice que de momento él no permitirá esto³³. El tribuno de la plebe [5] Filipo³⁴ pone el veto al nombramiento de Fausto. Se redactan decretos del senado sobre los restantes asuntos. Se asignan provincias a particulares, dos consulares, las otras pretorias. Corresponden Siria a Escipión; la Galia a Lucio Domicio³⁵. Filipo³⁶ y Cota³⁷ son preteridos por acuerdo de [6] unos pocos y no entran a sorteo. Se envían pretores a las demás provincias. Y no esperan, como había sucedido en años anteriores, a que se dé cuenta de su mando al pueblo, y a que, una vez hechos los sacrificios, partan revestidos con [7] el manto militar³⁸. Los cónsules, lo que no había sucedido hasta entonces, salen de la ciudad³⁹, y personas particulares tienen lictores en la ciudad y en el Capitolio, contra toda costumbre

anterior⁴⁰. Se hacen levadas en toda Italia, se manda [8] entregar armas, se exige dinero a los municipios, se quita de los templos, se trastornan todas las leyes divinas y humanas.

Al tener conocimiento de estos hechos, César arenga a [7] sus soldados⁴¹. Les relata las injurias que, en todo tiempo, le han hecho sus enemigos; se queja de que Pompeyo haya sido inducido y arrastrado por ellos por envidia y resentimiento de su gloria, mientras que el propio César siempre había favorecido y ayudado a Pompeyo en sus cargos y dignidades. Se lamenta de que se haya sentado un precedente en la [2] república al perseguir y oprimir con las armas el derecho de veto de los tribunos que había sido restablecido en años anteriores. Sila, que había despojado de todas las prerrogativas [3] a la potestad tribunicia, sin embargo le había dejado el libre [4] derecho del veto; Pompeyo, con la apariencia de haberles restituido lo perdido, les había arrebatado incluso los derechos [5] que antes poseían. Cuantas veces se había decretado que los magistrados procurasen que la república no sufriera ningún daño, fórmula y decreto del senado con que se llama a las armas al pueblo romano, se había hecho con motivo de leyes peligrosas, de violencia por parte de los tribunos, de división del pueblo en bandos, habiéndose apoderado de los [6] templos y lugares elevados; y les muestra que estos hechos de tiempos pasados fueron expiados con la muerte de Saturnino y de los Gracos⁴². En aquella circunstancia no se había producido ni siquiera pensado nada semejante; no se había promulgado ninguna ley; no se había tratado de agitar al pueblo; [7] no se había producido ninguna escisión. Les exhorta a que defiendan contra sus enemigos el prestigio y la dignidad del general bajo cuyo mando habían servido felizmente a la república durante nueve años, habían librado muchos combates victoriosos y pacificado toda la Galia y Germania⁴³. [8] Gritan unánimemente los soldados de la legión XIII que se encontraba allí (pues la había llamado al principio de aquel movimiento: las restantes aún no habían

llegado): que estaban dispuestos a defender a su general y a los tribunos de la plebe, de las injurias de sus enemigos.

Conocida la disposición de ánimo de los soldados, se dirige [8] a Rímini con aquella legión y allí encuentra a los tribunos de la plebe que habían ido a refugiarse junto a él; llama a las demás legiones de los cuarteles de invierno y ordena que le sigan⁴⁴. Llega allí Lucio César el Joven, cuyo padre [2] era legado de César⁴⁵. Terminada la misión que le había llevado allí⁴⁶, informa a César que tenía para él instrucciones de carácter particular de parte de Pompeyo: que quiere éste [3] justificarse ante César para que no considere como un agravio personal lo que Pompeyo había hecho en bien de la república. Que él siempre había considerado superior el bien de la república a las obligaciones particulares. También César, por su propia dignidad, debía abandonar en beneficio de la república su propósito y su ira, y no irritarse tan gravemente contra sus enemigos que, al intentar perjudicarlos, perjudicase a la república. Añade algunas razones más en el [4] mismo sentido, justificando a Pompeyo. El pretor Roscio trata con César aproximadamente lo mismo y con las mismas palabras, y le indica que Pompeyo se lo había encargado.

[9] Aunque esta misión no parecía servir de nada para atenuar las injurias, sin embargo, César, disponiendo de personas adecuadas para informar a Pompeyo de lo que deseaba, pidió a ambos que, puesto que le habían llevado a él las instrucciones de Pompeyo, tuvieran a bien ser, del mismo modo, mensajeros de sus peticiones, por si con un pequeño trabajo podían evitar grandes desavenencias y tranquilizar a [2] toda Italia. Para él siempre la dignidad había sido lo primero y más importante que la propia vida. Le causaba dolor que los enemigos le arrebataran afrentosamente el beneficio concedido por el pueblo romano y quitándole seis meses de mando se viera obligado a regresar a Roma, a pesar de que el pueblo había decidido que fuera tenida en cuenta su candidatura en los próximos comicios, aun estando ausente⁴⁷.

[3] Sin embargo, había soportado con ecuanimidad este menoscabo de su honor por la república. Había enviado una carta al senado pidiendo que todos resignaran el mando de los [4] ejércitos y ni siquiera había conseguido esto⁴⁸. Se hacían levass en toda Italia, eran retenidas las dos legiones que le habían sido quitadas con pretexto de una guerra contra los partos, la ciudad estaba en armas. ¿Adónde se dirigía todo esto sino a su perdición? Sin embargo, él estaba dispuesto a [5] ceder en todo y a sufrirlo todo por la república. Que marche Pompeyo a sus provincias⁴⁹, que licencien ambos sus ejércitos, que todos abandonen las armas en Italia, que cese el terror en la ciudad, que la libertad de los comicios, la plena administración del Estado se entreguen al senado y al pueblo romano. Para que esto se cumpla más fácilmente, con [6] determinadas condiciones y quede asegurado por un juramento, o que Pompeyo se dirija a donde él está o permita que César vaya allí; todas las diferencias se podían arreglar con una entrevista.

Recibidas estas instrucciones, Roscio y Lucio César se [10] dirigen a Capua y allí encuentran a los cónsules y a Pompeyo⁵⁰; les comunican las peticiones de César. Ellos, después [2] de haber deliberado, envían a César por medio de los mismos mensajeros la respuesta escrita, cuyo contenido fundamental era el siguiente: que César volviese a la Galia, se retirara [3] de Rímini, licenciara sus ejércitos; si cumplía estas condiciones, Pompeyo iría a Hispania⁵¹. Hasta que hubiese [4] seguridad de que César cumpliría lo que prometía, los cónsules y Pompeyo no cesarían de hacer levass.

[11] Era una condición injusta pedir que César abandonara Rímini y volviera a su provincia, mientras que Pompeyo ocupaba provincias y retenía legiones que no eran suyas; exigir que César licenciara su ejército y al mismo tiempo [2] Pompeyo hacer levass; prometer irse a su provincia y no determinar la fecha de la marcha, de tal manera que, si no había ido al cumplirse el plazo del mando de César, no

quedaría [3] tachado de haber faltado a su promesa. El no fijar una fecha para una entrevista y no hacer ninguna indicación de que se acercaría a César no hacía concebir ninguna esperanza [4] de paz. Así pues, César envía a Marco Antonio con cinco cohortes desde Rímini a Arretio; él permanece en Rímini con dos y decide hacer allí una leva; ocupa con sendas cohortes Pisauro, Fano y Ancona⁵².

[12] Informado mientras tanto de que el pretor Termo⁵³ ocupaba Iguvium⁵⁴ con cinco cohortes y fortificaba la ciudad, pero que todos los habitantes de Iguvium eran muy adictos a él, envió allí a Curión⁵⁵ con tres cohortes que tenía en Pisauro y [2] Rímini⁵⁶. Al conocer su llegada, Termo, que no tenía confianza en la adhesión del municipio, sacó las cohortes de la ciudad y huyó. Los soldados le abandonaron en el camino y se fueron a sus casas. Curión se apoderó de Iguvium con gran [3] alegría de todos los habitantes. Al tener noticia de estos acontecimientos, César, confiando en la adhesión de los municipios, sacó de las guarniciones las cohortes de la legión XIII y se dirigió a Áuximo⁵⁷; ocupaba esta ciudad con algunas cohortes Atio⁵⁸, que estaba haciendo una leva en todo el Piceno⁵⁹, enviando a los senadores por toda la comarca.

Al conocer la llegada de César los decuriones⁶⁰ de [13] Áuximo, acuden en gran número a Atio Varo; le declaran que la cuestión no les corresponde decidirla a ellos; pero que ni ellos ni sus conciudadanos podían permitir que se impidiese la entrada en la muralla y en la ciudad al general Gayo César, benemérito de la república y que había conseguido tan grandes victorias; por consiguiente, que tuviera en cuenta lo que iba a suceder y el peligro que le amenazaba. Asustado Varo por estas palabras, sacó de la ciudad la guarnición [2] que había establecido y huyó. Algunos soldados de la [3] vanguardia de César le alcanzaron y le obligaron a detenerse. Entablado el combate, Varo fue abandonado por los suyos; [4] una parte de los soldados se marchó a sus casas; el resto se unió a César y junto con ellos fue llevado prisionero Lucio Pupio, centurión

primipilo⁶¹ que anteriormente había tenido este mismo cargo en el ejército de Gneo Pompeyo. [5] César alabó a los soldados de Atio y dejó en libertad a Pupio, dio las gracias a los habitantes de Áuximo y les prometió que tendría presente lo que habían hecho.

[14] Al conocerse en Roma estos acontecimientos⁶², se produjo de repente un terror tan grande que, habiendo ido el cónsul Léntulo a abrir el erario para entregar a Pompeyo el dinero, según decreto del senado, apenas abierto huyó de la ciudad; pues corría el falso rumor de que César estaba a punto de llegar [2] y que su caballería ya estaba allí⁶³. Siguieron a Léntulo su colega Marcelo y muchos magistrados. Gneo Pompeyo se [3] había alejado de Roma el día anterior⁶⁴ y se dirigía a tomar el mando de las legiones cedidas por César que había establecido en los cuarteles de invierno en Apulia⁶⁵. Se interrumpen [4] las levadas en los alrededores de Roma; todos consideran que no hay ninguna seguridad al norte de Capua⁶⁶. Sólo en Capua empiezan a perder el miedo y recobran sus ánimos, y deciden hacer una leva entre los colonos que habían sido establecidos en Capua por la ley Julia⁶⁷; Léntulo lleva al foro a los gladiadores que César tenía en un centro de entrenamiento, les anima con la esperanza de concederles la libertad, les asigna caballos y les ordena que le sigan⁶⁸; amonestado por los suyos, porque todos censuraban este hecho, los repartió después entre [5] los grupos de esclavos de la comunidad de Campania para que fueran custodiados.

Partiendo de Áuximo, César recorre todo el campo Piceno. [15] Todas las prefecturas de esta región le reciben con mucho agrado y ayudan a su ejército con todos los medios. Incluso de Cíngulo⁶⁹, ciudad que había organizado Labieno⁷⁰ [2] y había acabado de construir a su costa, vienen legados a comunicarle que es su mayor deseo hacer lo que él ordene. Pide soldados; los envían. Mientras tanto la legión XII alcanza [3] a César. Con estas dos legiones⁷¹ se dirige a Ásculo Piceno⁷². Ocupaba esta ciudad con diez cohortes Léntulo Espínter⁷³, quien al

conocer la llegada de César huye de la ciudad, y, al intentar llevar consigo las cohortes, es abandonado [4] por gran parte de los soldados. Habiéndose quedado en el camino con unos pocos, encuentra a Vibulio Rufo⁷⁴, que había sido enviado por Pompeyo al Piceno para mantener la adhesión de los habitantes. Informado Vibulio por Léntulo de lo que sucede en el Piceno, se incorpora las tropas de éste [5] y le deja irse. Igualmente recoge en las regiones vecinas las cohortes que puede de las levadas hechas por Pompeyo; entre otras tropas se incorpora a Lucilio Hirro⁷⁵, que huía de Camerino⁷⁶ con cinco cohortes que había tenido allí de guarnición; [6] reunidas todas formó diecinueve cohortes⁷⁷. Con ellas se dirige a marchas forzadas a Corfinio⁷⁸, para reunirse con Domicio Enobarbo y le anuncia que César está a punto de [7] llegar con dos legiones. Domicio, por su parte, había reclutado unas veinte cohortes en Alba,⁷⁹ el territorio de los marsos y pelignos⁸⁰ y en las regiones vecinas.

Después de la toma de Firmo⁸¹ y de la huida de Léntulo, [16] César ordena recoger a los soldados que habían abandonado a Léntulo y hacer una leva; se detiene allí un solo día para abastecerse y se dirige a Corfinio. Al llegar aquí, cinco cohortes [2] enviadas por Domicio desde la ciudad ocupaban un puente sobre el río que distaba de la ciudad aproximadamente tres mil pasos⁸². Entablado combate con las tropas [3] avanzadas de César, los soldados de Domicio fueron rechazados del puente rápidamente y se retiraron a la ciudad. César [4] pasó sus legiones al otro lado del río, hizo alto cerca de la ciudad y colocó su campamento junto al muro.

Advertida la situación, Domicio envía a Pompeyo, que [17] estaba en Apulia, mensajeros conocedores de la región, a los que promete una gran recompensa; llevaban una carta y su objeto era pedir y suplicar a Pompeyo que le socorriera, diciendo que se podía fácilmente con dos ejércitos cercar a César, por las dificultades del lugar, e impedirle el abastecimiento. Si Pompeyo no le socorría, él se encontraría

en un [2] gran peligro con más de treinta cohortes y muchos senadores y caballeros romanos⁸³. Mientras tanto exhorta a sus 3 soldados, coloca máquinas de guerra en los muros y asigna a cada uno partes determinadas para la defensa de la ciudad; reúne a los soldados y les promete tierras de sus propiedades, quince yugadas a cada uno y en proporción a los centuriones y reenganchados⁸⁴.

[18] Mientras tanto llega a conocimiento de César que los habitantes de Sulmona, que dista de Corfinio siete mil pasos⁸⁵, deseaban ponerse bajo su obediencia, pero que se lo impedían el senador Quinto Lucrecio y Atio Peligno⁸⁶, que ocupaban la ciudad con una guarnición de siete cohortes. [2] César envía allí a Marco Antonio con cinco cohortes de la legión XIII. Tan pronto como los de Sulmona vieron nuestras enseñas abrieron las puertas, y todos, ciudadanos y soldados, salieron al encuentro de Antonio, manifestándole su [3] alegría. Lucrecio y Atio se descolgaron del muro. Llevado Atio a presencia de Antonio pidió ser llevado a César. Antonio regresa con las cohortes y con Atio el mismo día que [4] había salido⁸⁷. César incorporó aquellas cohortes a su ejército y dejó en libertad a Atio. En los primeros días César decidió fortificar el campamento con grandes obras, transportar a él trigo desde los municipios próximos y esperar la [5] llegada de las restantes tropas. En los tres primeros días llegó a él la legión VIII, veintidós cohortes de las nuevas levadas hechas en la Galia y unos trescientos jinetes enviados por el rey de Nórico⁸⁸. A la llegada de estos refuerzos coloca otro campamento al otro lado de la ciudad, pone al frente de él a Curión⁸⁹. En los días siguientes decide rodear la ciudad con [6] una estacada y torres. Terminada ya una gran parte de esta obra de fortificación, regresan los mensajeros enviados a Pompeyo.

Leída la carta de Pompeyo, Domicio, disimulando, anuncia [19] en el consejo que Pompeyo vendrá rápidamente en su ayuda, y les exhorta a que no se desanimen y a que preparen todo lo que sea útil para la defensa de la ciudad. Pero

secretamente [2] habla con algunos amigos y decide emprender la huida. Como la expresión del rostro de Domicio no estaba [3] de acuerdo con sus palabras y obraba con más temor y desconfianza que en los días precedentes, como conferenciaba frecuentemente en secreto con los suyos para aconsejarse, lo que no hacía habitualmente, y como evitaba los grupos y reuniones, la verdad no pudo encubrirse y ocultarse más tiempo. En efecto, Pompeyo le había contestado que no estaba [4] dispuesto a llevar la situación a un grave peligro y que él no le había dado ni el consejo ni la orden de encerrarse en Corfinio; por consiguiente, si encontraba alguna posibilidad, que se uniera a él con todas sus tropas⁹⁰. Era imposible cumplir [5] esta orden por el asedio y cerco de la ciudad.

Divulgado el propósito de Domicio, los soldados que estaban [20] en Corfinio se amotinan al atardecer y por boca de los tribunos, centuriones y soldados más distinguidos, hablan de [2] este modo: que estaban cercados por César, que las obras de fortificación estaban casi terminadas, que su jefe Domicio, en quien tenían puesta su esperanza y confianza, traicionando a todos, tenía el propósito de huir⁹¹, también ellos debían [3] pensar en salvarse. Al principio los marsos están en desacuerdo con éstos y ocupan la parte de la ciudad que parecía mejor fortificada, y se produce tal disensión entre ellos que [4] intentan venir a las manos y acudir a las armas; sin embargo, al poco tiempo, por medio de mensajeros enviados de una a otra parte, se informan del propósito de huida de Domicio, [5] que ignoraban. Así pues, todos de común acuerdo, sacan a Domicio, le rodean y custodian, y de entre ellos mismos envían legados a César y le dicen: que están dispuestos a abrir las puertas, a cumplir sus órdenes y a entregarle vivo a Domicio.

[21] Al tener conocimiento de esto, César, aunque consideraba de gran importancia apoderarse cuanto antes de la ciudad e incorporar a su ejército las cohortes que la ocupaban,

no fuera a ser que cambiara su determinación por dádivas, por haberse reanimado o por recibir falsas noticias (porque con frecuencia en la guerra pequeñas causas producen grandes [2] efectos), sin embargo, temiendo que la ciudad fuera saqueada al aprovechar los soldados la ventaja de entrar de noche, felicita a los que habían venido, los envía de nuevo a la ciudad [3] y les ordena que guarden puertas y muros. Coloca los soldados en las obras que había hecho, pero no a intervalos determinados, como acostumbraba en días anteriores, sino en una línea continua de puestos y centinelas de forma que [4] estén en contacto entre sí y cubran toda la fortificación; envía de unos puntos a otros a los tribunos militares y prefectos⁹² y les exhorta no solamente a que vigilen las salidas en grupo, sino también a que presten atención a las evasiones de personas aisladas. Y ciertamente no hubo nadie de espíritu [5] tan débil e indolente que fuera capaz de dormir aquella noche. Era tan grande la expectación por el resultado de los [6] acontecimientos, que su espíritu se debatía en diferentes suposiciones sobre la suerte de los corfinienses, de Domicio, de Léntulo y los demás, y sobre la fortuna que correría cada uno.

Aproximadamente al amanecer, Léntulo Espínter habla [22] desde el muro con nuestros centinelas y puestos, pidiendo que se le permita entrevistarse con César. Concedido el [2] permiso, se le deja salir de la ciudad, pero sin abandonarle los soldados de Domicio hasta dejarle en presencia de César. Trata con éste de su propia vida; pide y suplica que le [3] perdone, le recuerda su antigua amistad y los grandes beneficios que había recibido de César: por él había entrado en el [4] colegio de los pontífices, por él había obtenido la provincia de Hispania al terminar su cargo de pretor, había sido ayudado por él en su candidatura al consulado⁹³. César interrumpe [5] su discurso diciendo que él no había salido de su provincia para hacer daño a nadie, sino para defenderse de las afrentas de sus enemigos, para restituir en su dignidad a los tribunos de la

plebe expulsados de Roma por esta disputa y para devolver la libertad a sí mismo y al pueblo romano, oprimido por un grupo. Animado por estas palabras, [6] Léntulo pide que le permita regresar a la ciudad, manifestándole que el haber conseguido su perdón alentaría la esperanza de los demás, pues algunos estaban tan atemorizados que se sentían impulsados a atentar contra su propia vida⁹⁴. Concedido el permiso, se marcha.

[23] Al amanecer, César ordena que sean llevados a su presencia todos los senadores, hijos de senadores, tribunos militares [2] y caballeros romanos. Estaban allí los siguientes senadores: Lucio Domicio, Publio Léntulo Espínter, Lucio Cecilio Rufo, Sexto Quintilio Varo, cuestor, y Lucio Rubrio⁹⁵; además, el hijo de Domicio y otros muchos jóvenes y gran número de caballeros romanos y decuriones que Domicio [3] había llevado de los municipios. Llevados todos a su presencia, les protege de los insultos y afrentas de los soldados; les dirige algunas palabras reprochándoles que no hayan correspondido a los grandes beneficios que les había [4] hecho; y después deja a todos en libertad. Seis millones de sestercios que Domicio había traído y depositado en el tesoro público, cantidad que le había sido entregada a César por los duúnviro de Corfinio, la devolvió a Domicio, temiendo que se le considerara más moderado en perdonar la vida que en apoderarse del dinero, aunque sabía con certeza que aquella cantidad era del Estado y que Pompeyo la había entregado [5] para pagar a los soldados⁹⁶. Hizo prestar juramento ante él a los soldados de Domicio, y aquel mismo día levantó el campamento, caminó una etapa ordinaria⁹⁷, después de haberse detenido en total siete días en Corfinio⁹⁸, y llegó a Apulia a través del territorio de los marrucinos, frentanos y larinates⁹⁹.

Al conocer Pompeyo lo sucedido en Corfinio, se dirige [24] desde Luceria a Canusio, y desde allí a Brindis¹⁰⁰. Ordena [2] que se le junten las tropas alistadas en todas partes en las

nuevas levass; arma a los esclavos y pastores, y les da caballos; forma con ellos unos trescientos jinetes. El pretor Lucio [3] Manlio¹⁰¹ huye de Alba con seis cohortes, el pretor Rutilio Lupo¹⁰², de Tarracina¹⁰³ con tres; estas tropas, al ver de lejos a la caballería de César, mandada por Vibio Curio¹⁰⁴, abandonan al pretor, transfieren sus enseñas a Curio y se pasan a él. Igualmente en las marchas siguientes algunas cohortes [4] se topan con el grueso del ejército de César, otras con su caballería. Es llevado a su presencia, hecho prisionero en el camino, Numerio Magio, de Cremona, prefecto de las tropas [5] de ingenieros de Gneo Pompeyo. César lo envía de nuevo a Pompeyo con la misión de decirle que, como hasta aquel momento no había habido posibilidad de entrevistarse y él mismo tenía el propósito de ir a Brindis, era de interés para la república y para la paz general, que él conferenciara con Pompeyo, pues no se consigue el mismo resultado cuando se hacen las proposiciones a gran distancia por medio de emisarios, que cuando se trata frente a frente de todas las condiciones.

[25] Entregadas estas instrucciones, se dirige César a Brindis con seis legiones¹⁰⁵, tres veteranas y las restantes formadas con la nueva leva y completadas en el camino, pues había enviado inmediatamente desde Corfinio a Sicilia las cohortes [2] de Domicio. Se entera de que los cónsules han marchado a Durazo¹⁰⁶ con gran parte del ejército y que Pompeyo permanece [3] en Brindis con veinte cohortes; y no podía saberse con certeza si se había quedado allí para retener Brindis en su poder y dominar así más fácilmente todo el mar Adriático desde las costas de Italia y la región opuesta de Grecia y poder hacer la guerra desde ambas partes, o si se había quedado [4] por falta de naves¹⁰⁷; temiendo César que Pompeyo pensara no abandonar Italia decidió cortar la salida y el tráfico del puerto de Brindis. El proyecto de las obras era el siguiente: [5] en la parte más estrecha de la boca del puerto iba colocando un dique de tierra partiendo de ambas orillas, pues

el mar era allí vadeable. Al progresar la obra y no poder [6] continuarse el terraplén por la profundidad del agua, colocaba en el extremo de cada uno de los diques balsas de treinta pies de lado¹⁰⁸. Las sujetaba por los cuatro ángulos [7] con cuatro anclas para que no fueran movidas por las olas. Terminadas y colocadas éstas, les unía a continuación otras [8] balsas de igual magnitud. Cubría estas balsas con tierra y [9] material a fin de facilitar el rápido acceso para defenderlas; protegía el frente y ambos lados con zarzos y manteletes; cada cuatro balsas levantaba torres de dos pisos para defenderlas [10] más fácilmente contra los ataques de las naves y los incendios.

Para hacer frente a esto Pompeyo equipaba grandes naves [26] de carga que había encontrado en el puerto de Brindis. Construía en ellas torres de tres pisos y llenándolas de muchas máquinas de guerra y de toda clase de armas arrojadizas, las lanzaba contra las obras de César a fin de romper la línea de balsas e interrumpir los trabajos. Así pues, se luchaba diariamente por ambas partes desde lejos con hondas, saetas y demás dardos. César llevaba a cabo estas operaciones [2] sin pensar en abandonar las negociaciones de paz; y aunque le extrañaba mucho que no se le hubiera enviado de nuevo a Magio, a quien había enviado con una misión para Pompeyo, y aunque la repetición de estas tentativas retardaba su impulso y sus planes, sin embargo pensaba que debía perseverar en este intento por todos los medios. Así pues, [3] envía al legado Caninio Rébilo¹⁰⁹, amigo y pariente de Escibonio Libón¹¹⁰, a conferenciar con éste; le encarga que exhorte a Libón a interesarse en la paz; pide especialmente [4] que se le concierte una entrevista con Pompeyo; le indica que él tiene gran confianza en que, si esta entrevista tiene lugar, terminará la guerra con un tratado justo; gran parte de la gloria y alabanza de este hecho recaería sobre Libón, si [5] por su iniciativa y mediación se abandonan las armas. Al terminar de hablar con Caninio, Libón se dirige a Pompeyo. Poco después le contesta que los cónsules están ausentes y [6] que sin ellos

no se puede tratar sobre la paz. Así pues, habiendo intentado en vano tantas veces la misma cosa, César decide abandonarla de una vez y hacer la guerra.

[27] Casi terminada ya la mitad de la obra de César e invertidos en ella nueve días¹¹¹, vuelven a Brindis, enviadas por los cónsules desde Durazo, las naves que habían transportado [2] allí la primera parte del ejército. Pompeyo, bien atemorizado por las obras de César, bien porque desde un principio hubiera decidido abandonar Italia, a la llegada de las naves [3] empezó a preparar la marcha; y para retardar con más facilidad la entrada de César y evitar que sus soldados irrumpieran en la ciudad en el mismo momento de su marcha, obstruye las puertas, levanta obras en calles y plazas, construye fosos transversales en las calles y clava en ellos estacas y [4] palos puntiagudos; los disimula con zarzos poco consistentes cubiertos de tierra; además interrumpió los accesos y los dos caminos que llevaban al puerto desde extramuros con grandes estacas puntiagudas clavadas en tierra. Una vez preparado [5] todo esto, ordena embarcar en silencio a los soldados, coloca en el muro y en las torres, a grandes intervalos, algunos soldados sin bagaje elegidos entre los reenganchados, arqueros y honderos. Acordó llamarlos con una señal [6] convenida cuando todos los soldados hubieran embarcado y les dejó naves ligeras en un lugar conveniente.

Los habitantes de Brindis, inducidos por las injurias de [28] los soldados pompeyanos y las afrentas del mismo Pompeyo, eran partidarios de César. Así pues, al conocer la marcha [2] de Pompeyo, cuando aún los soldados andaban de un lado para otro y estaban ocupados en los preparativos de marcha, hicieron señales por todas partes desde los tejados. Informado por ellos, César manda preparar las escalas y tomar las armas para no perder aquella ocasión. Pompeyo se hace a la [3] mar al anochecer. Los soldados que habían sido dejados para la custodia del muro son llamados con el signo convenido y por caminos conocidos se dirigen corriendo a las naves. Los

soldados de César, colocando las escalas, pasan el muro, [4] pero, advertidos por los habitantes de Brindis de que tengan cuidado con la estacada oculta y los fosos, se detienen, y, conducidos por ellos, dando un gran rodeo, llegan al puerto y con lanchas y barcas alcanzan y se apoderan de dos naves llenas de soldados que habían quedado detenidas en los diques hechos por César.

Aunque César consideraba lo más conveniente para terminar [29] la guerra, reunir naves, atravesar el mar y seguir a Pompeyo antes de que éste pudiera reforzarse con tropas del otro lado del mar, sin embargo temía el retraso y la gran cantidad de tiempo que exigía este plan, porque Pompeyo, al llevarse todas las naves, le había quitado la posibilidad de [2] seguirle en aquel momento. Le quedaba el recurso de esperar la llegada de naves de las alejadas regiones de la Galia, Piceno y el estrecho de Mesina. Dada la estación del año, [3] esto parecía largo y difícil. Además no quería que durante su ausencia se alentara al antiguo ejército pompeyano¹¹² y a las dos Hispanias (una de las cuales estaba unida a Pompeyo por los grandes beneficios recibidos)¹¹³, que se organizaran refuerzos y caballería y que se intentara una acción sobre la Galia e Italia¹¹⁴.

[30] Así pues, abandona de momento el propósito de seguir a Pompeyo y decide dirigirse a Hispania; ordena a los duunviros de todos los municipios que procuren naves y se encarguen [2] de llevarlas a Brindis. Envía a Cerdeña con una legión al legado Valerio¹¹⁵, a Sicilia con tres legiones al propretor Curión; ordena a éste que después de ocupada Sicilia pase inmediatamente el ejército a África. Gobernaba Cerdeña Marco Cota¹¹⁶, Sicilia, Marco Catón; según lo decidido [3] por sorteo, debía gobernar África Tuberón¹¹⁷. Los caralitanos¹¹⁸ tan pronto como tuvieron noticia de que se les enviaba a Valerio, cuando aún no había partido de Italia, expulsan a Cota de la ciudad por propia iniciativa. Atemorizado éste, porque sabía que toda la provincia estaba de acuerdo, huye de

Cerdeña a África. En Sicilia Catón reparaba [4] las naves de guerra viejas y mandaba construir otras a las ciudades. Se entregaba a esta ocupación con todo afán. Por medio de sus legados hacía levás de ciudadanos romanos en Lucania y Brutio¹¹⁹ y exigía a las ciudades de Sicilia determinado número de jinetes e infantes. Cuando casi estaban [5] terminados estos preparativos, se enteró de la llegada de Curión y se queja en la asamblea de que había sido abandonado y traicionado por Pompeyo que, sin haber hecho preparativo alguno, había emprendido una guerra innecesaria y que, al preguntarle en el senado él y los demás senadores, había asegurado que tenía dispuesto y preparado todo para la guerra. Habiendo expuesto estas quejas en la asamblea, huyó de la provincia¹²⁰.

Encontrando Valerio abandonada por su gobernador Cerdeña [31] y Curión, Sicilia, entran en ellas con sus ejércitos. Tuberón [2] a su llegada a África encuentra en el gobierno de la provincia a Atio Varo, que después de haber perdido sus cohortes en Áuximo, como ya hemos dicho¹²¹, huyó directamente a África y al encontrarla sin mando la había ocupado por su propia iniciativa¹²²; por medio de una leva había formado dos legiones, encontrando facilidades para sus intentos por el conocimiento de personas y lugares y la experiencia en el gobierno de aquella provincia, pues la había gobernado pocos años antes al terminar su cargo de pretor. Al llegar Tuberón a Útica¹²³ con sus naves, le prohíbe la entrada [3] en el puerto y en la ciudad y ni siquiera consiente que desembarque su hijo que estaba enfermo, sino que le obliga a llevar anclas y abandonar aquel lugar.

Terminadas estas acciones, César reparte sus soldados [32] en los próximos municipios para que descansaran algún tiempo. Él mismo marcha a Roma. Reunido el senado, [2] expone las injurias de sus enemigos¹²⁴. Dice que él no ha buscado ningún cargo extraordinario, sino que, habiendo esperado el plazo legal para solicitar el consulado, se había

contentado con lo que estaba permitido a todos los ciudadanos. Con gran oposición por parte de los enemigos, y especialmente [3] de Catón, que según su tradicional costumbre había empleado varios días en exponer su opinión, los diez tribunos de la plebe habían propuesto que se tuviera en cuenta la candidatura de César aun en su ausencia; este debate había tenido lugar siendo cónsul el mismo Pompeyo: si éste lo desaprobaba ¿por qué permitió que se hiciera la proposición?, y si lo aprobaba, ¿por qué le impedía disfrutar el beneficio concedido por el pueblo?¹²⁵. Les hace ver su paciencia [4] al solicitar por propia iniciativa el licenciamiento de los ejércitos, con lo que llegaba a sacrificar su dignidad y honor¹²⁶. Expone el ensañamiento de sus enemigos que se [5] niegan a hacer ellos lo que le exigen a él y prefieren trastornar todo antes que abandonar su poder y licenciar los ejércitos. Manifiesta la injusticia cometida al arrebatarle las legiones¹²⁷. la crueldad y la insolencia al limitar las funciones [6] de los tribunos de la plebe¹²⁸; recuerda las condiciones que él había propuesto, las entrevistas que había pedido y que le habían sido denegadas¹²⁹. Por estas razones exhorta y pide a los senadores que tomen a su cargo el gobierno de la república [7] y lo administren juntamente con él. Pero si el temor se lo impide, él soportará esta carga y gobernará por sí mismo el Estado. Añade que es conveniente enviar legados a Pompeyo para intentar un acuerdo; pues no le preocupa lo que [8] poco antes había dicho Pompeyo en el senado: que el enviar legados supone atribuir autoridad a aquéllos a quienes se les envía y temor por parte de quienes los envían. Estas ideas parecen propias de un espíritu débil y apocado. Pero él, que [9] ha procurado sobresalir en las obras, desea también ser superior en justicia y equidad.

El senado aprueba la proposición de enviar legados; pero no se encontraba a quién enviar; especialmente por temor [33] todos procuraban rehuir el encargo de la embajada. En efecto, Pompeyo al abandonar Roma había dicho en el senado [2] que

consideraría igual a los que se hubieran quedado en Roma y a los que estuvieran en el campamento de César. Así se pasan tres días en disputas y excusas. E incluso los enemigos de César inducen al tribuno de la plebe Lucio Metelo [3] a que entorpezca esta proposición y vete cualquier cosa que César intente¹³⁰. Conocido el propósito de Metelo y perdidos inútilmente algunos días, César, para no dejar pasar más tiempo, sale de Roma sin haber llevado a cabo lo que se había propuesto y se dirige a la Galia Ulterior¹³¹.

[34] Aquí supo que había sido enviado por Pompeyo a Hispania Vibulio Rufo, al que pocos días antes él había dejado libre después de haberle hecho prisionero en Corfinio¹³²; [2] igualmente supo que Domicio había marchado para ocupar Marsella con siete naves ligeras recogidas a particulares en Igilio¹³³ y el Cosano¹³⁴, a las que había equipado con sus esclavos, [3] libertos y colonos¹³⁵; también que habían sido enviados anteriormente a su patria unos legados de Marsella, jóvenes nobles a los que Pompeyo al salir de Roma había exhortado a que los recientes beneficios de César no les hicieran olvidar los que habían recibido de él con [4] anterioridad¹³⁶. Con estas instrucciones los marselleses cerraron las puertas a César; llamaron en su ayuda a los albicos, gente bárbara que desde hacía mucho tiempo estaban bajo su protección y que habitaban los montes que dominan Marsella; [5] transportaron a la ciudad el trigo de las regiones próximas y de todos los fuertes, establecieron en ella fábricas de armas y estaban reparando los muros, las puertas y la escuadra.

César llama a su presencia a los quince ciudadanos más [35] importantes de Marsella¹³⁷. Trata con ellos de que no inicien las hostilidades; debían seguir el ejemplo de toda Italia más bien que obedecer a una sola persona¹³⁸. Les expone todo lo [2] que juzga conveniente para hacerles ver la razón. Los legados [3] comunican a la ciudad su petición y en su representación contestan a César que ellos sabían que el

pueblo romano estaba dividido en dos bandos. No era de su arbitrio ni correspondía a sus fuerzas determinar cuál de las dos partes defendía la causa más justa. Ciertamente los jefes de los dos [4] bandos eran Gneo Pompeyo y Gayo César, patronos de su ciudad¹³⁹, uno de los cuales les había concedido públicamente los campos de los volcas arecómicos y de los helvios¹⁴⁰, el otro les había entregado las ciudades de la Galia sometidas en la guerra¹⁴¹ y había aumentado sus rentas. Por [5] consiguiente, a iguales beneficios debían responder con igual agradecimiento, no ayudar a ninguno de ellos contra el otro, ni permitirles la entrada en la ciudad ni en el puerto.

[36] Mientras tratan esto entre ellos, llega Domicio a Marsella con las naves y es recibido por los marselleses que le entregan el mando de la ciudad y la dirección suprema de la [2] guerra. Bajo su mando envían la escuadra a todas partes y llevan al puerto las naves mercantes que apresan donde pueden; usan para armar y reparar las restantes aquellas que [3] estaban mal provistas de clavazón, madera y aparejos; llevan al depósito público el trigo que encuentran y reservan las otras mercancías y abastecimientos para el caso de que la [4] ciudad sea cercada. Impulsado César por estas injurias, lleva tres legiones a Marsella¹⁴²; ordena hacer torres y manteletes para el asalto de la ciudad y construir doce naves de guerra [5] en Arles. Fueron construidas y equipadas en treinta días a partir de la corta de la madera y, llevadas a Marsella, pone al frente de ellas a Décimo Bruto¹⁴³ y deja al legado Gayo Trebonio¹⁴⁴ con la misión de atacar Marsella por tierra¹⁴⁵.

[37] Mientras se hacían estos preparativos, envía por delante a Hispania al legado Gayo Fabio¹⁴⁶ con tres legiones¹⁴⁷ que estaban alojadas para invernar en Narbona y sus alrededores; le ordena ocupar rápidamente los pasos de los Pirineos¹⁴⁸, que por entonces estaban ocupados con guarniciones del legado Lucio Afranio¹⁴⁹. Ordena que le sigan

las [2] otras legiones que invernan más lejos. Fabio, según se le [3] había ordenado, con la mayor rapidez desaloja del puerto la guarnición de Afranio y se dirige a marchas forzadas contra su ejército.

A la llegada de Vibulio Rufo, al cual se ha indicado que [38] Pompeyo había enviado a Hispania¹⁵⁰, Afranio, Petreyo¹⁵¹ y Varrón¹⁵², legados de Pompeyo, de los que el primero ocupaba con tres legiones la Hispania Citerior, Petreyo con dos legiones la Ulterior desde el desfiladero de Cazlona¹⁵³ hasta el río Anas¹⁵⁴, y Varrón, también con dos legiones, la Lusitania y el territorio de los vetones¹⁵⁵ desde el Anas, reparten [2] éstos sus funciones, de modo que Petreyo se dirija con todas sus tropas desde Lusitania, por el territorio de los vetones¹⁵⁶, a reunirse con Afranio y que Varrón guarde con sus legiones [3] toda la Hispania Ulterior. Tomada esta determinación, Petreyo exige a toda Lusitania jinetes y tropas auxiliares, Afranio hace lo mismo con los celtíberos, cántabros y todos [4] los bárbaros que habitan en la costa del Océano. Una vez reunidas estas tropas, Petreyo se dirige rápidamente al encuentro de Afranio por el territorio de los vetones. Deciden de común acuerdo hacer la guerra en las proximidades de Lérida por las ventajas de este lugar.

[39] Como se ha dicho antes, Afranio tenía tres legiones, Petreyo, dos; disponían, además, de unas cuarenta¹⁵⁷ cohortes, armadas con escudo las procedentes de la provincia citerior y armadas con rodela¹⁵⁸ las procedentes de la Hispania Ulterior, y de, aproximadamente, cinco mil jinetes de ambas [2] provincias. César había enviado a Hispania seis legiones, tropas auxiliares de infantería en número de seis mil, tres mil jinetes —estas tropas habían servido con él en todas las guerras anteriores— e igual número de jinetes procedentes de la Galia, que él había pacificado; hizo esta recluta escogiendo individualmente a los más nobles y valerosos de todas las ciudades; además, dos mil hombres del valiente pueblo de Aquitania y montañeses que limitan con la provincia de la

Galia. Tenía noticia de que Pompeyo con las legiones [3] se dirigía a Hispania por Mauritania y que llegaría inmediatamente. Al mismo tiempo tomó dinero prestado de los tribunos militares y centuriones, y lo distribuyó entre el ejército, con lo cual consiguió dos fines: asegurarse con el préstamo [4] la fidelidad de los centuriones y ganarse con su liberalidad la adhesión de los soldados¹⁵⁹.

Fabio trataba de atraerse por cartas y mensajeros la adhesión de las ciudades próximas. Había establecido en el río [40] Segre dos puentes distantes entre sí cuatro mil pasos¹⁶⁰. Por estos puentes enviaba a forrajear, porque en los días precedentes había consumido lo que existía a este lado del río. Casi lo mismo y por el mismo motivo hacían los jefes del ejército pompeyano y se libraban frecuentemente entre ellos [2] combates de caballería¹⁶¹. En cierta ocasión en que dos legiones de Fabio, según la costumbre cotidiana, habían salido [3] como guarnición de los forrajeadores y habían pasado el río por el puente cercano¹⁶² y les seguía el bagaje y toda la caballería, de repente la violencia del viento y la gran cantidad de agua cortó el puente y dejó cerrado al resto de la caballería. Al enterarse Petreyo y Afranio por el material que arrastraba [4] la corriente, con rapidez Afranio hizo pasar cuatro legiones y toda la caballería por el puente próximo a la ciudad y a su campamento¹⁶³, y fue al encuentro de las dos legiones [5] de Fabio. Al tener noticia de su llegada, Lucio Planeo¹⁶⁴, que mandaba las legiones, obligado por la necesidad, ocupa una altura¹⁶⁵ y forma su línea en dos frentes para evitar ser [6] rodeado por la caballería. Habiendo entablado combate con número inferior de tropas, resiste los fuertes ataques de las [7] legiones y de la caballería. Durante el combate ecuestre ven ambas partes a lo lejos las enseñas de dos legiones que Fabio había enviado en auxilio por el puente más lejano¹⁶⁶, sospechando que sucedería lo que realmente sucedió, que los jefes enemigos aprovecharían la ocasión y el beneficio de la Fortuna para atacar a los nuestros. A la llegada de estas

legiones se suspende el combate y cada uno vuelve sus legiones al campamento.

[41] A los dos días¹⁶⁷ llegó César al campamento con novecientos jinetes que se había reservado para escolta. El puente que había sido cortado por el temporal casi estaba reparado; [2] ordenó que fuera terminado por la noche. Reconocido el terreno, deja todo el bagaje y seis cohortes¹⁶⁸ para custodia del puente y campamento, y al día siguiente¹⁶⁹ se dirige a Lérida con todas las tropas formadas en triple línea, se detiene frente al campamento de Afranio y, manteniéndose allí algún tiempo sobre las armas, ofrece la posibilidad de luchar en campo llano. Ante esta situación Afranio saca sus tropas y las forma junto al campamento a la mitad de la colina. Cuando César advirtió que dependía de Afranio el que no se [3] entablara combate, decide establecer el campamento a unos cuatrocientos pasos¹⁷⁰ de distancia de la falda del monte, y [4] para evitar que los soldados fuesen amedrentados mientras construían la fortificación por un repentino ataque enemigo y se interrumpieran los trabajos, prohibió que se hiciera estacada, que forzosamente habría de sobresalir y ser vista a distancia¹⁷¹, sino que ordenó abrir un foso de quince pies¹⁷² frente al enemigo. La primera y segunda línea continuaba [5] sobre las armas como en un principio; detrás de ellas la tercera línea hacía la fortificación sin ser vista. Así toda la fortificación quedó terminada antes de que Afranio advirtiera que se estaba construyendo el campamento. Al anochecer, [6] César coloca las legiones detrás de este foso y pasa allí aquella noche sobre las armas.

Al día siguiente¹⁷³ mantiene todo el ejército al lado de [42] acá del foso y, como era preciso ir a buscar lejos los materiales, continúa de momento el mismo plan de trabajo; asigna a cada legión un lado del campamento para fortificarlo y ordena que los fosos se hagan del mismo tamaño; mantiene sobre las armas frente al enemigo las restantes legiones sin [2] bagaje. Afranio y Petreyo, para atemorizar a nuestros soldados

e impedir los trabajos, adelantan sus tropas hasta el pie de la colina y hostigan a los nuestros, pero César no interrumpe por ello la obra, confiado en el apoyo de las tres legiones [3] y en la protección del foso. Aquéllos, sin detenerse mucho tiempo ni alejarse demasiado de la falda de la colina, [4] vuelven sus tropas al campamento. Al tercer día¹⁷⁴ César fortificó el campamento con una estacada y ordenó que se le incorporaran las cohortes y el bagaje que había dejado en el anterior campamento.

[43] Había entre la ciudad de Lérida y la colina próxima, donde tenían su campamento Petreyo y Afranio, una llanura de trescientos pasos¹⁷⁵ aproximadamente y casi en medio de [2] ella un cerro de cierta elevación¹⁷⁶; César confiaba en que, si lo ocupaba y fortificaba, aislaría a los enemigos del puente de la ciudad y del abastecimiento que habían reunido en [3] ella. Con esta esperanza saca tres legiones del campamento y, habiendo formado la línea de combate en un lugar conveniente, ordena a los soldados que precedían a las enseñas [4] avanzar a la carrera y ocupar el cerro. Al advertirlo el enemigo, son enviadas rápidamente a ocupar este mismo lugar, por un camino más corto, las cohortes de Afranio que estaban [5] de guardia en el campamento. Se entabla combate y, como los soldados de Afranio habían llegado antes al cerro, rechazan a los nuestros y, con el envío de nuevos refuerzos enemigos, les obligan a volver la espalda y a replegarse hacia las enseñas de las legiones.

El modo de combatir de aquellas tropas era salir corriendo [44] al principio con gran ímpetu, apoderarse audazmente de un lugar, no conservar su formación cuidadosamente y luchar aislados y dispersos; si el enemigo les acosaba no [2] consideraban vergonzoso retroceder y abandonar el lugar, por estar acostumbrados a tal modo de lucha por sus enfrentamientos con los lusitanos y demás bárbaros; porque suele suceder que los soldados se habitúen al género de lucha de los países donde han estado mucho tiempo. Esta manera [3]

de combatir trastornó a los nuestros que no estaban acostumbrados a ella; pues creían que iban a ser rodeados por el lado derecho¹⁷⁷ al verlos avanzar corriendo uno a uno; por parte, otra creían que era necesario guardar sus puestos, no apartarse de las enseñas ni abandonar sin grave motivo el lugar que habían ocupado. Así pues, desordenados los soldados [4] que precedían a las enseñas, la legión que estaba en aquella ala no pudo mantener su puesto y se retiró a la próxima colina.

César, viendo atemorizada casi toda su formación contra [45] su esperanza y la costumbre de sus tropas, exhorta a los suyos y envía en socorro la novena legión; detiene al enemigo, que perseguía a los nuestros audaz y denodadamente, le obliga a volver la espalda, a retirarse a la ciudad de Lérída y acogerse bajo la protección de la muralla. Pero los soldados [2] de la novena legión, impulsados por el ardor del combate, y queriendo resarcirse de la pérdida sufrida, siguen temerariamente a los fugitivos, avanzan hasta un lugar desventajoso y llegan junto al monte donde estaba construida la ciudad [3] de Lérída. Cuando quieren retirarse de allí, nuevamente los enemigos presionan a los nuestros desde un punto más elevado. [4] El lugar era escarpado, cortado a pico por los dos lados y de una extensión tal que sólo cabían en él tres cohortes formadas¹⁷⁸ y ni podían enviarse refuerzos por los flancos, ni la caballería podía prestar ayuda a los que estaban en [5] peligro. Pero desde la ciudad una pendiente suave descendía [6] en una longitud como de cuatrocientos pasos¹⁷⁹. Por allí podían retirarse los nuestros, que habían avanzado temerariamente hasta aquel punto llevados por su ardor; se luchaba en este lugar desfavorable por la angostura y porque nuestros soldados estaban situados al mismo pie del monte de modo que ningún dardo se arrojaba inútilmente contra ellos. Sin embargo, resistían por su valor y su paciencia y soportaban [7] todas las heridas. Aumentaban las tropas enemigas y continuamente eran enviadas cohortes desde el campamento a través de la ciudad, de modo que las tropas de

refresco relevaban [8] a los ya cansados. César se veía obligado a hacer lo mismo, enviar cohortes a aquel punto y retirar a los soldados agotados.

[46] Después de haber luchado ininterrumpidamente en estas condiciones durante cinco horas y estando gravemente acosados los nuestros por la multitud enemiga, agotados ya todos los dardos, nuestros soldados empuñan las espadas, atacan a los enemigos monte arriba, derriban a algunos y [2] obligan a los demás a retirarse. Rechazadas las cohortes enemigas hasta la muralla y llevados algunos por su miedo hasta el interior de la ciudad, se ofrece a los nuestros una fácil retirada. Además, nuestra caballería, aunque estaba situada [3] en un lugar más bajo y dominado, se esfuerza con gran valor en alcanzar la cima por los dos lados y, corriendo entre las dos formaciones, proporciona a los nuestros una retirada más fácil y segura. Se luchó con suerte variable. En el [4] primer encuentro cayeron unos setenta de los nuestros, entre ellos Quinto Fulgino, centurión del manípulo de *hastati* de la primera cohorte de la decimocuarta legión, que por su extraordinario valor había llegado a aquel puesto desde grados inferiores¹⁸⁰; fueron heridos más de seiscientos. De las tropas [5] de Afranio murieron el centurión *primopilo* Tito Cecilio¹⁸¹, otros cuatro centuriones y más de doscientos soldados.

[47] La impresión que unos y otros manifiestan sobre el combate de aquel día es la de que ambos habían resultado [2] vencedores: los soldados de Afranio porque, aunque a juicio de todos eran considerados inferiores, habían resistido tan largo tiempo el combate cuerpo a cuerpo, habían soportado el ataque de los nuestros, habían mantenido desde el principio el cerro que había dado motivo al combate y habían obligado a nuestros soldados a volver la espalda en el primer [3] encuentro; los nuestros por su parte, porque habían sostenido el combate durante cinco horas luchando en un lugar desfavorable y contra mayor número de tropas, porque habían subido monte arriba empuñando las espadas, porque habían

obligado a volver la espalda al enemigo que ocupaba una posición dominante y le habían rechazado hasta el interior [4] de la ciudad. Los enemigos fortificaron con grandes obras el cerro por el que se había luchado, y pusieron en él una guarnición.

[48] Además, a los dos días de esta acción sucedió otro contratiempo inesperado¹⁸². Se produjo una tempestad tan grande que nunca se había visto en aquellos lugares mayor cantidad [2] de agua. Además, se fundió entonces la nieve de todas las montañas y el río se desbordó y cortó en el mismo día [3] los dos puentes que había hecho Gayo Fabio. Este accidente ocasionó grandes dificultades al ejército de César. Pues, como ya se ha dicho¹⁸³, el campamento estaba entre los ríos Segre y Cinca, que distaban entre sí treinta millas¹⁸⁴; ninguno de los dos ríos podía atravesarse y todas las tropas estaban encerradas necesariamente en este estrecho espacio. Las [4] ciudades que habían hecho amistad con César no podían transportar el trigo, ni los que se habían alejado para forrajear podían regresar, cerrado el paso por los ríos; tampoco podían llegar al campamento los grandes abastecimientos que venían de Italia y la Galia. Además, la época era muy [5] difícil, porque no había trigo en los graneros y faltaba poco para que madurara en los campos¹⁸⁵; las ciudades estaban exhaustas porque Afranio había acopiado en Lérida casi todo el trigo antes de la llegada de César y, si algo había quedado, lo había consumido el mismo César en los días precedentes; las ciudades vecinas habían alejado por temor a la [6] guerra el ganado, que podía haber sido otro recurso para esta escasez. Los que habían salido para hacer forraje o aprovisionamiento [7] de trigo eran perseguidos por los lusitanos armados a la ligera y por los soldados de la Hispania Citerior, armados de rodela, que conocían muy bien aquellas regiones y a quienes era muy fácil pasar el río por ser costumbre de todos ellos no salir de campaña sin odres¹⁸⁶.

El ejército de Afranio, por el contrario, tenía gran abundancia [49] de todo. Había hecho provisión y acopio de gran cantidad de trigo en el tiempo precedente; se le suministraba en gran cantidad de toda la provincia; tenía gran abundancia de [2] forraje. La posibilidad de todas estas cosas la suministraba, sin peligro alguno, el puente de Lérida y los lugares del otro lado del río que no habían sufrido daño, y cuyo acceso era totalmente imposible a César.

[50] Esta crecida se mantuvo durante varios días. Intentó César rehacer los puentes, pero ni lo permitía la magnitud de la crecida ni consentían que se llevara a cabo las cohortes [2] enemigas colocadas en la orilla; con facilidad podían impedirlo, tanto por la naturaleza del río y la gran cantidad de agua, cuanto porque los enemigos arrojaban dardos desde toda la orilla opuesta sobre un solo espacio de poca extensión; [3] era difícil, dada la velocidad de la corriente, llevar a cabo las obras y evitar los dardos al mismo tiempo.

[51] Se comunica a Afranio que está detenido junto al río un gran convoy que se dirigía a César. Venían en él arqueros de Rutenia¹⁸⁷, jinetes de la Galia, con muchos carros y bagaje, [2] según costumbre gálica. Venían, además, unos seis mil hombres de todas clases, con sus esclavos y libertos; pero no llevaban ningún orden, ningún jefe determinado, cada uno iba a su propio arbitrio y todos caminaban sin temor, con la indisciplina [3] de jornadas anteriores. Había allí muchos jóvenes nobles, hijos de senadores y personas pertenecientes al orden ecuestre; embajadas de las ciudades; legados de César. Todos éstos estaban detenidos por la crecida de los ríos. [4] Afranio sale de noche con tres legiones y toda la caballería para aniquilarlos, y, enviando por delante la caballería, les ataca por sorpresa. Sin embargo, rápidamente los jinetes galos [5] se despliegan y entablan combate. Mientras pudieron pelear con armas iguales, resistieron aunque eran pocos a gran cantidad de enemigos; pero cuando empezaron a aproximarse las enseñas de las legiones se retiraron a los montes próximos

con pocas pérdidas. El tiempo que duró este combate [6] fue de gran importancia para la salvación de los nuestros; pues aprovechando este tiempo se retiraron a lugares elevados¹⁸⁸. Se perdieron en este día unos doscientos arqueros, pocos jinetes y un número no considerable de acemileros y bagaje.

Con todo esto aumentó el precio del trigo; lo que suele [52] suceder no sólo por la escasez actual, sino también por el temor del futuro. Había llegado la carestía a que un modio¹⁸⁹ [2] costara cincuenta denarios¹⁹⁰; las fuerzas de los soldados disminuían por la escasez de trigo y cada día aumentaban las dificultades; se había producido tal cambio de circunstancias [3] en tan pocos días y la fortuna se había inclinado de tal manera, que los nuestros estaban agobiados por una gran escasez de lo más imprescindible y los enemigos tenían gran abundancia de todo y eran considerados superiores. Como [4] no había trigo suficiente, César reclamaba ganado a las ciudades que habían hecho amistad con él; enviaba a los acemileros a ciudades más alejadas; él mismo intentaba mitigar la escasez presente por todos los medios a su alcance.

Petreyo, Afranio y sus amigos describían esta situación, [53] exagerada y aumentada, a los de su partido en Roma. Con los rumores se imaginaban más reveses de manera que parecía que la guerra estaba casi terminada. A la llegada de estas [2] cartas y mensajeros a Roma, las gentes se dirigían en gran número a casa de Afranio y se congratulaban grandemente; muchos partían de Italia para reunirse con Gneo Pompeyo, unos para ser los primeros en llevarle la noticia, otros para no parecer que habían esperado el resultado de la guerra o que eran los últimos en llegar.

[54] Cuando la situación estaba en este grado de dificultad y todos los caminos se encontraban ocupados por los soldados y jinetes de Afranio y no podían repararse los puentes, César ordena a los soldados que construyan naves de la clase que la experiencia en Bretaña le había enseñado en los años [2]

anteriores¹⁹¹. La quilla y armazón se hacían de madera ligera; el resto del casco, hecho de mimbre trenzado, se cubría [3] con pieles. Una vez terminadas, las conduce durante la noche en carros unidos a veintidós mil pasos del campamento¹⁹²; en estas naves transporta al otro lado del río a los soldados y ocupa de improviso una colina próxima a la orilla. [4] La fortifica rápidamente antes de que lo advierta el enemigo. Después lleva allí una legión y, trabajando desde ambas [5] orillas, consigue terminar un puente en dos días¹⁹³. De este modo recoge con seguridad el convoy y a los que habían marchado para buscar trigo, y empieza a facilitar el abastecimiento.

[55] Aquel mismo día transporta al otro lado del río gran parte de la caballería. Ésta ataca a los forrajeadores que estaban desprevenidos y esparcidos sin ningún temor, se apodera de gran número de animales y personas, y a la llegada de las cohortes de soldados armados con rodela enviadas en socorro, se distribuye hábilmente en dos partes: una para guardar el botín capturado, otra para resistir y rechazar a los que venían; rodean y aniquilan, después de haberla separado de las [2] demás, a una cohorte que había avanzado temerariamente ante las otras y se había apartado de la línea de combate; sin haber recibido daño vuelven al campamento, por el mismo puente, con gran cantidad de botín¹⁹⁴.

Mientras sucede esto en Lérída¹⁹⁵, los marselleses, por [56] consejo de Domicio, preparan diecisiete naves de guerra, once de las cuales eran cubiertas. A éstas agregan muchas [2] naves pequeñas para atemorizar a nuestra escuadra por el número. Embarcan en ellas gran cantidad de arqueros y gran cantidad de los albicos de que hemos hablado¹⁹⁶, y los incitan con premios y promesas. Domicio reclama para sí una [3] cantidad determinada de naves y las llena de los colonos y pastores que había llevado consigo. Equipada la escuadra de [4] todo lo necesario, avanzan con gran confianza contra nuestras naves,

que mandaba Décimo Bruto. Se hallaban éstas ancladas en la isla que está frente a Marsella¹⁹⁷.

La escuadra de Bruto era muy inferior en número; pero [57] César había asignado para ella a hombres valerosos elegidos entre todas las legiones, centuriones y soldados que precedían a las insignias, que habían solicitado este servicio. Éstos [2] habían preparado garfios de hierro y arpones, y se habían equipado con gran número de picas y jabalinas y demás armas arrojadizas. Al conocer la llegada del enemigo, sacan sus naves del puerto y entablan combate con los marselleses. Se luchó por ambas partes con mucho valor y encarnizamiento; [3] los albicos, hombres rudos de las montañas, habituados a combatir, no eran inferiores en valor a los nuestros; [4] y como acababan de separarse de los marselleses, conservaban viva en su ánimo la reciente promesa de aquéllos; los pastores de Domicio, animados por la esperanza de alcanzar la libertad, deseaban probar su esfuerzo ante los ojos de su dueño.

[58] Los marselleses por su parte, confiados en la rapidez de sus naves y en la destreza de sus pilotos, eludían a los nuestros, burlaban sus ataques y, en cuanto les era posible extender su línea en un espacio amplio, intentaban rodear nuestras naves o atacar con muchas a una sola o, si podían, quebrar [2] los remos de las naves rozándolos al pasar; cuando no podían evitar un encuentro, dejando la pericia y maniobra de [3] los pilotos, recurrían al valor de los montañeses; era un inconveniente para los nuestros emplear remeros poco ejercitados y pilotos poco diestros, que habían sido llevados de repente desde las naves mercantes y aún desconocían los nombres de los aparejos; también por otra parte la pesadez y falta de celeridad de las naves, pues, construidas rápidamente [4] con madera aún verde, no tenían la misma rapidez. Así pues, cuando se presentaba la oportunidad de luchar cerca, exponían sin temor una nave contra dos enemigas y, echados los garfios y sujetas ambas naves, luchaban por las dos partes

y abordaban las naves enemigas. Y, después de haber matado gran número de albicos y pastores, hundieron parte de las naves, apresaron algunas con la tripulación y rechazaron [5] al puerto a las restantes. Aquel día perdieron los marselleses nueve naves, contando las capturadas.

[59] Primero se anuncia a César en Lérida esta victoria y al mismo tiempo, terminado el puente¹⁹⁸, cambia rápidamente [2] la fortuna. El enemigo, atemorizado por el valor de nuestros jinetes, hacía sus salidas con menos libertad y audacia; unas veces, se alejaban poco del campamento para poder acogerse a él rápidamente y forrajeaban en un espacio reducido; otras veces, daban un largo rodeo y evitaban así a los centinelas y los puestos de caballería, o bien por haber sufrido algún daño o ver de lejos a la caballería, huían abandonando su bagaje en el camino. Finalmente, habían decidido no forrajear [3] durante muchos días o, contra la costumbre general, forrajear de noche.

Mientras tanto, los oscenses y los calagurritanos¹⁹⁹, que [60] eran tributarios de los oscenses, envían legados a César y le prometen obediencia. Hacen lo mismo los tarraconenses, jacetanos²⁰⁰ [2] y ausetanos²⁰¹ y, pocos días después, los ilurgavonenses que habitan junto al Ebro²⁰². Pide a todos estos [3] que le ayuden con trigo. Lo prometen y, requisando por doquier todas las bestias de carga, llevan trigo al campamento. Además, se pasa a él una cohorte de ilurgavonenses que, al [4] conocer la decisión de su ciudad, cambia de bando cuando está montando guardia. Se produce un rápido cambio de situación: [5] la terminación del puente, la alianza de cinco grandes ciudades²⁰³, el abastecimiento de trigo, la extinción de los rumores referentes a las legiones de refuerzo que se decía que venían con Pompeyo a través de Mauritania; por consiguiente, muchas ciudades más alejadas abandonan a Afranio y buscan la alianza de César.

[61] Puesto que los enemigos estaban amedrentados con estos sucesos, César, queriendo evitar el largo rodeo que siempre tenía que dar la caballería por el puente, decide hacer, en lugar apropiado, varias fosas de treinta pies de anchura²⁰⁴ para desviar por ellas una parte del Segre y conseguir un [2] vado en este río²⁰⁵. Cuando ya estaban casi terminadas estas fosas, se apoderó de Afranio y Petreyo un gran temor de que se les cortara totalmente el abastecimiento de trigo y forraje, porque la caballería de César era muy poderosa. Así pues, deciden abandonar aquellos lugares y hacer la guerra en [3] Celtiberia²⁰⁶. Apoyaba también esta determinación el hecho de que, de los dos bandos contrarios en la anterior guerra contra Quinto Sertorio²⁰⁷, las ciudades vencidas temían el nombre y el poder de Pompeyo aun en su ausencia, y las que habían estado en su alianza le eran muy adictas por haber recibido grandes beneficios; sin embargo, el nombre [4] de César era menos conocido entre los bárbaros. Allí esperaban encontrar grandes refuerzos de caballería e infantería y pensaban prolongar la guerra hasta el invierno en lugares [5] ventajosos. Tomada esta decisión, ordenan buscar naves en todo el río Ebro y conducir las a Otobesa²⁰⁸. Esta ciudad estaba junto al Ebro y distaba veinte mil pasos²⁰⁹ del campamento. A esta altura del río mandan hacer un puente con [6] barcas unidas, pasan dos legiones al otro lado del río Segre y fortifican el campamento con una estacada de doce pies²¹⁰.

Informado por los exploradores de esta tentativa, César, [62] con gran esfuerzo de los soldados y habiendo continuado día y noche la obra de desviar el río, había conseguido ya que los jinetes pudieran y se atrevieran a pasar el río, aunque con mucha dificultad y trabajo; pero la profundidad [2] del agua, y más aún el ímpetu de la corriente, impedían el paso a los soldados de infantería a los que el agua cubría hasta los hombros. Pero, sin embargo, la noticia de que los [3] enemigos tenían poco menos que terminado un puente en el Ebro llegó

casi al mismo tiempo en que se conseguía un vado en el Segre²¹¹.

[63] Petreyo y Afranio pensaban ya que debían apresurar aún más su marcha. Así pues, dejan dos cohortes auxiliares para guarnición de Lérida, pasan todas las tropas al otro lado del Segre y establecen contacto con las dos legiones que habían [2] pasado el río días antes. No le quedaba a César más recurso que molestar y hostigar con la caballería a la columna enemiga. Pues su puente requería un gran rodeo, de manera que los enemigos podían llegar al Ebro por un camino mucho [3] más corto. Los jinetes enviados por César cruzan el río y, aunque Petreyo y Afranio habían levantado el campamento después de media noche, aparecen de repente sobre su retaguardia y, extendiéndose ampliamente, empiezan a retardar e impedir la marcha.

[64] Al amanecer²¹², se veía desde las alturas inmediatas al campamento de César²¹³ que las últimas tropas de la columna enemiga eran acosadas insistentemente por el ataque de nuestra caballería, algunas veces la retaguardia se detenía y suspendía la marcha toda la columna, otras veces atacaban y los nuestros eran rechazados por el ímpetu en masa de las cohortes; después, cuando otra vez habían iniciado la marcha, [2] nuevamente los nuestros les perseguían. En el campamento de César los soldados hacían grupos en todas partes y se dolían de que el enemigo se les escapara de las manos y de que la guerra se prolongara sin necesidad; van al encuentro de los centuriones y tribunos militares y les suplican que informen a César de que no trate de evitarles trabajo ni peligro alguno; que estaban dispuestos, podían y tenían ánimo para pasar el río por donde lo había pasado la caballería. [3] Estimulado César por estas manifestaciones de valor, aunque temía exponer el ejército a un río de tal magnitud, juzga, sin embargo, que es preciso intentarlo y hacer una prueba. En consecuencia, ordena seleccionar a los soldados más [4] débiles de todas las centurias, cuyos ánimos o vigor parecían incapaces de este

esfuerzo. Los dejó, con una legión de [5] guarnición en el campamento; saca las demás legiones sin bagaje, coloca gran número de bestias de carga, curso arriba y curso abajo del río²¹⁴, y pasa el ejército. Algunos soldados, [6] arrastrados por la corriente, son recogidos y ayudados por la caballería; pero ninguno muere. Pasado el ejército sin ninguna pérdida, César ordena sus tropas y empieza a avanzar en formación de batalla en tres líneas. Y fue tanto el [7] afán de los soldados que, a pesar de haber dado un rodeo que prolongaba el camino en seis millas y de la gran pérdida de tiempo producida por el paso del río, alcanzaron antes de la hora novena²¹⁵ a los que habían salido después de la media noche.

Cuando Petreyo y Afranio los vieron a lo lejos y los reconocieron, [65] asustados por la sorpresa, se detuvieron en un lugar elevado y formaron la línea de combate. César da descanso [2] al ejército en la llanura, para que no vaya cansado al combate. Pero cuando nuevamente los enemigos intentan avanzar los persigue y retarda su marcha. Petreyo y Afranio 3 se ven obligados a poner el campamento antes de lo que habían decidido²¹⁶. Pues había cerca unos montes y a cinco mil pasos²¹⁷ de allí empezaban caminos estrechos y difíciles. Deseaban penetrar en estos montes para evitar la caballería [4] de César, colocar guarniciones en los desfiladeros, impedir el paso a nuestro ejército y llevar sus tropas al otro [5] lado del Ebro, sin peligro ni temor. Debieron haberlo intentado y llevado a cabo por todos los medios; pero, cansados por la lucha de todo el día y por la fatiga del camino, lo aplazaron para el día siguiente. También César pone su campamento en una colina próxima.

[66] Hacia media noche²¹⁸ son apresados por nuestros jinetes unos soldados enemigos que se habían alejado de su campamento para hacer provisión de agua; por ellos se informa César de que los jefes enemigos están sacando en silencio sus tropas del campamento. Al saberlo, César ordena dar la señal de marcha con las trompetas y que se den las

voces [2] para recoger el bagaje al modo militar. El enemigo, al oír este clamor, temiendo verse obligado a entablar combate durante la noche y bajo el peso del equipaje o ser sorprendido en los desfiladeros por la caballería de César, suspende la [3] marcha y retiene las tropas en el campamento. Al día siguiente²¹⁹ sale Petreyo ocultamente con algunos jinetes para explorar los lugares. Igualmente desde el campamento de César es enviado Lucio Decidio Saxa²²⁰ con un grupo para [4] examinar la naturaleza del terreno. Ambos vuelven con las mismas noticias: los cinco mil pasos primeros²²¹ eran de terreno llano; desde allí empezaban lugares escarpados y montañosos; el que primero ocupara estos desfiladeros impediría fácilmente el paso al enemigo.

En consejo de guerra se delibera por parte de Petreyo y [67] Afranio la fijación de la hora conveniente para emprender la marcha. Proponían muchos que se hiciera el camino de noche, porque se podía llegar a los desfiladeros antes de que el enemigo lo advirtiera. Otros apoyaban su opinión de que no [2] era posible salir ocultamente en el hecho de que la noche anterior se había dado la señal de marcha en el campamento de César. Decían que por la noche se desplegaba la caballería [3] de César y que amenazaba todos los lugares y caminos; además debían evitarse los combates de noche, porque en una guerra civil el soldado atemorizado suele obrar más por su temor que por el juramento prestado. Pero la luz del día [4] por sí misma produce gran pudor al encontrarse delante de todos y también produce mucha vergüenza la presencia de los tribunos militares y centuriones; todo esto suele sujetar a los soldados y mantenerlos en el cumplimiento de su deber. Por lo cual es preciso por todos los medios salir de día; aunque [5] se sufra alguna pérdida, sin embargo, la mayor parte del ejército puede llegar sin daño al lugar propuesto. Prevalece [6] en el consejo esta opinión y deciden emprender la marcha al amanecer del día siguiente²²².

César, conocido ya el terreno, al amanecer saca todas [68] sus tropas del campamento y, sin ninguna dirección determinada, conduce su ejército dando un gran rodeo. Pues los caminos que conducían al Ebro y Otobesa estaban ocupados por tener los enemigos colocado allí el campamento. Tenía [2] que atravesar valles profundos y de difícil paso, en muchos lugares impedían el camino rocas escarpadas, hasta el punto de que era preciso pasarse las armas de mano en mano y que los soldados hicieran la mayor parte del camino sin armas y [3] ayudados unos por otros. Pero nadie rehusaba este trabajo porque creían que constituiría el fin de todas sus fatigas si podían impedir al enemigo la llegada al Ebro y cortarle el abastecimiento.

[69] Al principio los soldados de Afranio salían contentos del campamento para verlos y acompañaban a los nuestros con palabras afrentosas diciendo que, obligados por la falta del alimento necesario, huían y se volvían a Lérida. En efecto, la ruta era distinta de la propuesta, parecía que se caminaba [2] en dirección opuesta. Ciertamente sus jefes se alababan de haber tomado la decisión de mantenerse en el campamento; contribuía mucho a fortalecer su creencia el hecho de que veían que se había iniciado la marcha sin bestias de carga ni bagaje, de manera que se ratificaban en que no se podía sostener [3] más tiempo la escasez. Pero cuando vieron que la columna torcía lentamente hacia la derecha y advirtieron que ya los primeros habían rebasado la línea de su campamento, no hubo nadie tan tardo ni perezoso que no estimara preciso [4] salir inmediatamente del campamento e ir a su encuentro. Se da la voz de tomar las armas y, dejando unas cohortes de guarnición en el campamento, salen todas las tropas y se dirigen al Ebro en línea recta.

[70] La decisión de la lucha estaba colocada en la rapidez para ser los primeros en ocupar los desfiladeros y montes; las dificultades del camino retardaban la marcha del ejército de César, pero la caballería de éste, persiguiéndolas, detenía a [2]

las tropas de Afranio. Sin embargo, los afranianos se habían puesto fatalmente en esta situación: si eran los primeros en ocupar los montes a donde se dirigían, ciertamente evitaban el peligro, pero no podían salvar el bagaje de todo el ejército ni las cohortes dejadas en el campamento, que, aisladas por el ejército de César, no podían en modo alguno recibir auxilio. César llega el primero y, encontrando a la salida de grandes [3] rocas una llanura²²³, forma en ella su línea de combate cara al enemigo. Afranio, al ver su retaguardia acosada por la caballería y al enemigo ante su vanguardia, alcanza una colina y allí se detiene. Desde allí envía cuatro cohortes de [4] rodeleros a un monte altísimo²²⁴ que era visible por todos. Les ordena que lo ocupen lanzándose a la carrera con el propósito de dirigirse él mismo allí con todas las tropas y, cambiando el itinerario, llegar a Otobesa por las cumbres²²⁵. Cuando se dirigían allí, por camino oblicuo, les vio la caballería [5] de César y los atacó; los rodeleros no pudieron sostener ni un momento el impulso de los jinetes y, rodeados por ellos, fueron muertos todos a la vista de ambos ejércitos.

Era la ocasión de alcanzar la victoria. En efecto, César [71] veía claramente que el ejército, aterrorizado por haber sufrido a su vista tan grave daño, no podría resistir, especialmente al ser rodeado por todas partes por la caballería y entablándose combate en un lugar llano y en campo abierto; por todas partes los soldados le pedían que atacara. Iban a él los [2] legados, centuriones, tribunos militares a pedirle que no dudara en entablar combate; que el ánimo de todos los soldados estaba muy dispuesto; por el contrario, los afranianos [3] habían dado muchas muestras de su temor: no habían socorrido a los suyos, no abandonaban la colina, apenas hacían frente a las incursiones de nuestra caballería y, agrupando todas las enseñas en el mismo lugar, estaban apiñados y no guardaban sus formaciones ni sus puestos. Que si temía la [4] desventaja del lugar, encontraría posibilidad de combatir en algún otro

terreno, porque inevitablemente Afranio tendría que abandonar aquel punto, pues no podría estar sin agua.

[72] César había concebido la esperanza de terminar la guerra sin combate y sin daño para sus tropas, puesto que había [2] cortado a los enemigos el abastecimiento; ¿por qué, entonces, iba a perder a algunos de los suyos, aun en un combate victorioso? ¿por qué iba a permitir que fuesen heridos soldados a los que debía agradecimiento? ¿por qué, finalmente, iba a tentar a la fortuna?, sobre todo cuando no es menos propio de un general vencer por habilidad que por las armas. [3] Le inducía también la conmiseración por los ciudadanos que habrían de morir; prefería obtener la victoria dejándolos sanos [4] y salvos. La mayoría desaprobaba esta decisión de César; incluso los soldados hablaban abiertamente entre ellos diciendo que, puesto que se dejaba escapar tal ocasión de conseguir la victoria, ellos no lucharían cuando César lo ordenase. Pero él persevera en su opinión y se retira un poco [5] de aquel lugar para aminorar el temor de los enemigos. Petreyo y Afranio aprovechan esta ocasión y se vuelven al campamento. César coloca puestos en los montes, impide todo paso hacia el Ebro y establece su campamento lo más cerca posible del campamento enemigo.

[73] Al día siguiente²²⁶ los jefes enemigos, que se encontraban confusos por haber perdido toda esperanza de abastecerse de trigo y de alcanzar el río Ebro, deliberaban sobre la [2] decisión que debían tomar. Si querían volver a Lérida tenían un camino; otro, si se dirigían a Tarragona. Mientras deliberaban les anuncian que nuestra caballería atacaba a los que [3] hacían provisión de agua. Al tener conocimiento de ello colocan a pequeños intervalos puestos de caballería y de cohortes auxiliares entre los cuales intercalan cohortes legionarias y empiezan a construir una trinchera desde el campamento hasta el agua, a fin de poder abastecerse de ella sin temor, al abrigo de una fortificación y sin necesidad

de establecer puestos. Petreyo y Afranio se reparten esta obra y [4] para llevarla a cabo se alejan del campamento

A su marcha, aprovechan los soldados la posibilidad de [74] hablar libremente, salen en masa y cada uno busca y llama al conocido o paisano que se encontraba en el campamento de César. En primer lugar, dan todos las gracias porque el [2] día anterior les habían perdonado la vida cuando estaban aterrorizados; por consiguiente vivían por su beneficio. Después se informan del respeto de su general a la palabra empeñada y si harían bien entregándose a él; se lamentan de no haberlo hecho al principio y de haber combatido con amigos y parientes. Animados con estas conversaciones, piden la [3] garantía del general sobre la vida de Petreyo y Afranio, para que no pareciera que habían concebido un crimen y traicionado a los suyos. Al recibir esta garantía, aseguran que pasarán al momento sus enseñas y envían a César, como legados para tratar de la paz, a los centuriones de más categoría. Entre tanto, unos llevan a sus amigos al campamento para [4] invitarlos y otros son llevados al campamento de César por sus amigos, de manera que ya parecía que de los dos campamentos se había hecho uno solo; muchos tribunos militares y centuriones vienen a César y se encomiendan a él; lo [5] mismo hacen los príncipes hispanos a quienes Petreyo y Afranio habían llamado y tenían consigo en el campamento como rehenes. Cada uno de estos buscaba al conocido o huésped por cuyo medio pudiera llegar a César. Incluso el [6] hijo adolescente de Afranio trataba con César sobre su vida y la de su padre por medio del legado Sulpicio²²⁷. Todo era [7] alegría y agradecimiento por parte de los que habían evitado tan gran peligro y de los que creían haber dado fin a tan gran empresa, sin ningún daño; a juicio de todos, César conseguía un gran fruto de su anterior moderación y todos aprobaban su decisión.

[75] Al enterarse Afranio de lo que sucedía, deja la obra empezada y vuelve al campamento, preparado, según parecía,

a soportar con ecuanimidad y paciencia cualquier desgracia [2] que sucediera. Pero Petreyo no se desanima. Arma a sus esclavos; con ellos y con la cohorte pretoria de soldados armados con rodela y con unos pocos jinetes bárbaros, favorecidos por él, a los que solía llevar como escolta, se presenta de improviso en la trinchera, corta las conversaciones de los soldados, expulsa a los nuestros del campamento y mata a [3] los que coge. Los demás, aterrorizados por el peligro repentino, se agrupan, envuelven el brazo izquierdo con el manto²²⁸, empuñan las espadas y de este modo se defienden de los rodeleros y de los jinetes, confiados en la proximidad del campamento a donde se retiran siendo protegidos por las cohortes que estaban de guardia en las puertas.

[76] Después de esto, Petreyo recorre llorando los manípulos, llama a los soldados y les conjura a que no pongan en manos del enemigo para la muerte, ni a él mismo, ni a Pompeyo, [2] su general ausente. Rápidamente se forma una aglomeración en el pretorio²²⁹. Pide que todos juren no abandonar ni traicionar al ejército ni a los jefes, ni tomar ninguna decisión [3] aparte de los demás. Él mismo jura el primero esta fórmula; obliga a Afranio a hacer el mismo juramento; siguen los tribunos militares y centuriones; los soldados, avanzando por centurias, juran lo mismo. Se da la orden de que [4] quien tenga consigo un soldado de César lo entregue; matan en el pretorio a la vista de todos a los soldados entregados. Pero muchos ocultan a los que habían recibido y de noche les dejan salir por la trinchera. Así, el terror suscitado por [5] los jefes, la crueldad del castigo y la renovación del juramento, disiparon por el momento la esperanza de entrega, cambiaron el pensamiento de los soldados y restablecieron la anterior situación de la guerra.

César ordena buscar con gran diligencia y dejar en libertad [77] a los soldados enemigos que habían ido a su campamento durante las conversaciones. Pero se quedaron con él [2] voluntariamente algunos de los tributos militares y

centuriones, a quienes después tuvo en gran estimación; devolvió a los centuriones sus anteriores grados y a los caballeros romanos la dignidad de tribunos²³⁰.

Se encontraban los afranianos agobiados por la falta de [78] forraje y se proveían de agua con dificultad. Los legionarios tenían alguna cantidad de trigo, porque se les había ordenado sacar de Lérida trigo para ocho días, pero los soldados armados de rodela y las tropas auxiliares carecían de él, pues sus recursos eran escasos para adquirirlo y sus cuerpos estaban desacostumbrados a llevar peso²³¹. Así pues, diariamente [2] pasaba al campo de César un gran número de ellos. Tal era la gravedad de la situación. Pero de los dos proyectos propuestos parecía más practicable regresar a Lérida, porque allí habían dejado algo de trigo. Confiaban en planear [3] allí el futuro. Tarragona estaba más lejos y comprendían que en este camino podrían sufrir muchos daños. Aprobado [4] este proyecto, salen del campamento. César envía delante la caballería para hostigar la retaguardia y retrasar su marcha y sigue él mismo con las legiones. No pasaba un instante sin que las últimas filas enemigas combatieran con nuestra caballería.

[79] El modo de combatir era éste. Cerraban la columna cohortes ligeras y muchas de ellas hacían frente en los lugares [2] llanos. Si había que subir un monte, la misma naturaleza del lugar evitaba fácilmente el peligro, pues los que iban delante [3] protegían desde la altura a los que ascendían; pero cuando se presentaba un valle o un lugar cuesta abajo y los que precedían no podían ayudar a los rezagados y, además, nuestra caballería arrojaba sus dardos desde posición ventajosa contra el enemigo que estaba de espaldas, entonces la situación [4] era muy grave. Sólo quedaba el recurso, cuando se aproximaban a tales lugares, de ordenar detenerse a las legiones y rechazar con gran ímpetu a la caballería y, una vez rechazada ésta, de repente descender todos al valle a la carrera y habiéndolo pasado de este modo, detenerse de nuevo en las [5] alturas. Pues lejos de recibir ayuda de su caballería, de la

que disponían en gran cantidad, a ésta, atemorizada por los combates anteriores, la recogían y protegían en medio de la columna: ninguno de ellos podía apartarse de la formación sin ser alcanzado por la caballería de César.

[80] Luchando así se avanza lenta y paulatinamente, hay que detenerse a menudo para auxiliar a los compañeros, como [2] sucedió entonces. En efecto, después de avanzar cuatro mil pasos²³² duramente hostigados por nuestra caballería, ocupan un monte elevado²³³ y en él fortifican el campamento en un solo frente cara al enemigo y no descargan los jumentos. Cuando advirtieron que estaba establecido el campamento [3] de César, montadas las tiendas y que los jinetes habían sido enviados a forrajear, se pusieron en marcha de improviso hacia la hora sexta²³⁴ de aquel día y emprendieron el camino con la esperanza de que se demorara su persecución por la ausencia de nuestros jinetes. César, al observarlo, les sigue [4] con las legiones ya descansadas y deja pocas cohortes para guarnición del bagaje; ordena a éstas que le sigan a la hora décima²³⁵ y que se llame a los forrajeadores y jinetes. Rápidamente la caballería vuelve a su cotidiana función durante la marcha. Se lucha duramente en la retaguardia hasta el [5] punto de que casi emprenden la huida los enemigos; muchos soldados e incluso algunos centuriones son muertos. La columna de César estaba muy cerca y amenazaba con la totalidad de sus tropas.

Entonces no hallando posibilidad de explorar un lugar [81] favorable para campamento ni de avanzar, se ven obligados a detenerse y colocan el campamento en un lugar alejado del agua y poco conveniente²³⁶. Pero César, por las mismas razones [2] que se han indicado antes²³⁷, no les ataca y no permite colocar las tiendas aquel día²³⁸ a fin de que todos estuviesen más preparados para perseguir al enemigo, bien emprendiera [3] la marcha de noche bien de día. Ellos, al advertir el defecto de su campamento, durante toda la noche adelantan las fortificaciones y cambian el emplazamiento del campamento. Esto mismo hacen al día siguiente²³⁹ desde el

amanecer, [4] y emplean en ello todo el día. Pero cuanto más adelantaban en sus obras y llevaban más adelante el campamento, tanto más se alejaban del agua y remediaban el presente mal con [5] otros males. Durante la primera noche nadie sale del campamento para hacer provisión de agua; al día siguiente dejan una guarnición en el campamento y sacan todas las tropas para hacer provisión de ella, pero nadie es enviado a forrajear. [6] César prefería que sufrieran estos males y se vieran obligados a entregarse antes que presentarles batalla. Intenta, sin embargo, cercarlos con una estacada y un foso para evitar todo lo posible sus repentinas salidas, recurso al que [7] juzgaba que habían de acudir necesariamente. Los enemigos, obligados por la escasez de forraje y a fin de estar más libres para la marcha, ordenan dar muerte a todas las bestias de carga.

[82] En estos trabajos y proyectos se emplean dos días; al tercero²⁴⁰ gran parte de la obra de César había salido adelante. Ellos, para impedir su continuación, dan la señal hacia la hora novena²⁴¹, sacan las legiones y forman la línea de combate [2] junto al campamento. César retira a sus legiones de las obras de fortificación, ordena reunir toda la caballería y forma la línea de combate; pues le causaba gran desprestigio parecer que había evitado el combate contra la opinión de [3] sus soldados y de todos. Pero las mismas causas ya conocidas²⁴² le movían a no querer combatir; y tanto más cuanto que, incluso puestos en fuga los enemigos, la poca extensión del terreno no podía ayudar mucho a una victoria decisiva. En efecto, la distancia entre los dos campamentos no era de 4 más de dos mil pies²⁴³; las dos formaciones ocupaban dos terceras partes de este terreno; la otra quedaba libre para la acometida y choque de las tropas. Si se entablaba combate, [5] la proximidad del campamento daba a los vencidos una rápida retirada en su huida. Por esta razón había determinado resistir si le atacaban, pero no iniciar el combate.

La formación de Afranio compuesta de cinco legiones [83] estaba dividida en dos líneas; las cohortes auxiliares en reserva ocupaban la tercera línea; la formación de César era [2] de tres líneas; constituían la primera cuatro cohortes de cada una de las cinco legiones; a éstas seguían tres en la segunda línea y otras tres en la tercera, pertenecientes a cada una de las legiones²⁴⁴; los arqueros y honderos se encontraban en medio de la formación y la caballería cubría las alas. Con tal [3] formación era evidente que ambos bandos mantenían su propósito: César el de no entablar combate excepto si se veía obligado; los enemigos el de impedir las fortificaciones de César. Esta situación se prolonga y las formaciones de combate se mantienen hasta la puesta del sol; entonces unos y otros se retiran al campamento; al día siguiente²⁴⁵ César se [4] dispone a terminar las fortificaciones empezadas; ellos a buscar un vado en el Segre, por si podían atravesarlo. Al [5] advertirlo César pasa al otro lado del río a los germanos armados a la ligera y parte de la caballería y coloca en las orillas numerosas guarniciones.

[84] Finalmente, asediados por todas partes, sin haber sacado a forrajear durante tres días a los animales, sin agua, sin leña, sin trigo, piden una entrevista, si es posible, lejos de los [2] soldados. Al rechazar César esta condición y conceder, si quieren, una entrevista pública, le entregan como rehén al [3] hijo de Afranio. Se reúnen en el lugar designado por César. Ante ambos ejércitos habla Afranio; dice que no se deben indignar contra ellos ni contra los soldados porque hayan deseado conservar la fidelidad a su general Gneo Pompeyo. [4] Pero que ya habían cumplido suficientemente su deber y habían soportado bastantes sufrimientos; habían padecido la carencia de todo; incluso ahora cercados casi como fieras se les priva de agua, se les priva de movimientos, y su cuerpo [5] no puede soportar el dolor ni su ánimo la ignominia. Así pues, se confiesan vencidos; suplican encarecidamente, si queda algún lugar para la clemencia, no verse obligados a llegar al

último sufrimiento. Expone estas razones con la mayor humildad y sumisión posibles.

[85] A estas palabras respondió César que a nadie menos que a Afranio convenían estas lamentaciones y peticiones de [2] clemencia. Pues todos los demás habían cumplido con su deber; el mismo César, que no había querido entablar combate incluso en condiciones ventajosas, en lugar y tiempo favorables, con el fin de que todo estuviera lo más dispuesto para la paz²⁴⁶; su ejército, que, a pesar de la injuria recibida y de la muerte de los suyos, había guardado y protegido a los que tenía en su poder; finalmente, los soldados del ejército de Afranio, que por su propia cuenta habían entablado negociaciones de paz en las que pensaron que debían procurar la salvación de todos los suyos²⁴⁷. Así, las acciones de [3] todos se habían basado en la clemencia. Únicamente los generales habían rehuido la paz; no habían guardado las leyes de las negociaciones, ni de las treguas, y habían dado muerte cruelmente a hombres desprevenidos y confiados en las conversaciones²⁴⁸. Así, pues, les había sucedido lo que generalmente [4] suele suceder a los hombres excesivamente tercos y arrogantes, que recurren y desean ardientemente lo que poco antes han despreciado. Ciertamente él no pretendía ahora [5] aumentar sus propias fuerzas por verlos humillados y tener una ocasión favorable, sino que quería que se licenciaran los ejércitos que durante muchos años habían mantenido contra él. Pues, en efecto, no por otra razón habían sido enviadas a [6] Hispania seis legiones y se había alistado allí la séptima, se habían preparado tan grandes escuadras y enviado generales expertos en la guerra. Ninguna de estas medidas se destinaba [7] a pacificar las Hispanias ni a las necesidades de la provincia, que no requería ningún auxilio por la larga duración de la paz. Desde hacía mucho tiempo todo esto se preparaba [8] contra él; contra él se establecían mandos de nueva creación, de modo que la misma persona dirigía la política de la Ciudad en las puertas de Roma y tenía durante

tantos años el mando de dos provincias muy belicosas, estando ausente de ellas²⁴⁹. Contra él se habían cambiado los derechos de [9] las magistraturas, de modo que no obtuvieran el mando de las provincias, como siempre, los que salían de los cargos de pretor y cónsul, sino los aprobados y elegidos por unos poeos²⁵⁰; en su perjuicio no se admitía la exención por la edad, puesto que generales probados en anteriores guerras eran [10] llamados al mando de los ejércitos²⁵¹; sólo contra él no se mantenía lo que siempre se había concedido a todos los generales, a saber, que después de una campaña victoriosa volvieran a Roma con algún honor o, al menos, sin ignominia [11] y licenciaran su ejército. Que, sin embargo, él había soportado pacientemente todas estas medidas y las seguiría soportando; y ahora no procuraba retener el ejército del que les privaba, lo que sin embargo no le sería difícil, sino que [12] ellos no lo pudieran utilizar contra él. Por lo tanto, como ya había dicho, que salieran de las provincias y licenciaran el ejército; si se hacía esto, él no dañaría a nadie. Ésta era la única y última condición de paz.

[86] Esto fue muy agradable y alegre para los soldados, como pudo advertirse por sus manifestaciones, pues, cuando esperaban un justo castigo, conseguían inesperadamente el premio [2] de su licenciamiento. En efecto, cuando se inició la discusión sobre el lugar y tiempo para ello, todos empezaron a manifestar con palabras y gestos, desde la trinchera donde estaban, que se les licenciara inmediatamente y que ninguna promesa podría garantizarles si se difería para más tarde. [3] Después de haber discutido en pocas palabras sobre una y otra opinión, se llega a la conclusión de que los que tuvieran domicilio o posesiones en Hispania, sean licenciados inmediatamente; los demás al llegar al río Varo²⁵²; César garantiza [4] que ninguno de ellos recibirá daño ni será obligado contra su voluntad a alistarse.

César promete abastecerles de trigo desde entonces hasta [87] que lleguen al río Varo. Añade, además, que lo que cada

uno de ellos haya perdido en la guerra y esté en poder de sus soldados, les sea restituido a quienes lo perdieron; paga a sus soldados en dinero el valor de estas cosas después de hacer una justa estimación. En todas las controversias que [2] tuvieron después los soldados entre sí, se sometieron espontáneamente al juicio de César. Las legiones, casi en rebeldía, [3] pidieron a Petreyo y Afranio su estipendio; ellos decían que aún no había llegado el plazo; así pues se pidió que César juzgara; y ambas partes quedaron contentas con su decisión. Licenciada aproximadamente la tercera parte del ejército en [4] los dos días siguientes, ordenó César que dos legiones suyas precedieran a los pompeyanos y les siguieran las restantes, de modo que establecieran el campamento a poca distancia unos de otros; puso al frente de esta misión al legado Quinto Fufio Caleno²⁵³. Siguiendo esta orden suya se hizo la marcha [5] desde Hispania hasta el río Varo y allí fue licenciado el resto del ejército.

¹ Se trata de Lucio Cornelio Léntulo Crus y de Gayo Claudio Marcelo, quienes precisamente aquel día (el 1 de enero del 49 a.C.) tomaban posesión de su cargo.

² La carta fue llevada a Roma desde Ravena, donde se encontraba César, por Gayo Escribonio Curión, quien acababa de terminar su mandato como tribuno de la plebe. Véase cap. 12. En esta carta César se ofrecía a licenciar su ejército siempre y cuando Pompeyo hiciera lo mismo con el suyo y se produjera una desmovilización general en Italia. César, con esta propuesta, se ponía en una situación de paridad con el poder establecido que resultaba inaceptable para el senado. A Curión, perteneciente en principio al partido de los optimates, logró César atraérselo a su causa mediante soborno.

³ Los tribunos de la plebe eran Marco Antonio y Quinto Casio Longino.

⁴ El cónsul Lucio Cornelio Léntulo era un decidido anticesariano, a quien César presenta como egoísta, violento y cobarde. Tras la derrota de Farsalia trató de refugiarse en Rodas y Egipto, donde murió asesinado.

⁵ Quinto Cecilio Metelo Pío Escipión, hijo de Publio Cornelio Escipión Nasica, había sido adoptado por Quinto Cecilio Metelo Pío; sin embargo, César se refiere siempre a él como Escipión. Suegro de Pompeyo, por el matrimonio de éste con su hija Cornelia, estos lazos familiares le llevaron a compartir parcialmente con Pompeyo el consulado del año 52. Se manifestó siempre como un convencido defensor del partido pompeyano. Como tendremos ocasión de ver, participó en la batalla de Farsalia y tuvo el mando general de las tropas pompeyanas en las operaciones descritas en el *Bellum Africum*.

⁶ En estos instantes Pompeyo en su calidad de gobernador de las dos Hispanias estaba revestido del *imperium*, lo que le impedía entrar en la ciudad, si no renunciaba antes a él, cosa que, cabe suponer, no le interesaba en absoluto.

⁷ Marco Claudio Marcelo, cónsul en el 51 a. C., era un destacado partidario de Pompeyo. Con todo, después de la batalla de Farsalia, consiguió el perdón de César y pudo así volver a Italia. CICERÓN alabó la actitud de César en el *En defensa de Marcelo*.

⁸ Marco Calidio, pretor en el 57 a. C., favoreció el retorno de Cicerón del exilio, a lo que éste correspondió alabando sus dotes de orador (*Bruto* 274).

⁹ Las dos Hispanias, la Citerior y la Ulterior, en las que todavía no había puesto los pies en esta ocasión.

¹⁰ En el año anterior el senado había exigido a César y a Pompeyo que se desprendieran de una legión cada uno con la finalidad de enviarlas a Oriente. César cedió una de la suyas y Pompeyo también, sólo que en su caso la legión escogida era la que en el año 53 le había cedido a César para reforzar la campaña de las Galias, con lo que, de hecho, era César el que había perdido dos legiones. Además, en base a pretextos diversos, las dos legiones no habían marchado a Oriente y seguían estacionadas en Italia y, por tanto, bajo la influencia de Pompeyo.

¹¹ Marco Celio Rufo, tribuno de la plebe en el 52, defendido por Cicerón en la *Pro Caelio*, era un decidido partidario de César, de quien, sin embargo, se apartó en el 48 a. C. al ver frustradas sus aspiraciones políticas.

¹² Esta fecha en cualquier caso rompería los acuerdos entre los triunviros que en principio habían decidido que César no abandonaría el mando de las legiones hasta alcanzar de nuevo el consulado en el año 48. Era lo mismo que pedirle a César la rendición incondicional.

¹³ Marco Antonio es el lugarteniente de César y, luego, rival de Octavio en la lucha por el poder que siguió al asesinato del dictador. Por su parte, Quinto Casio Longino es hermano de Gayo Casio, uno de los principales promotores del complot contra César. Aparece de nuevo en el *Bellum Alexandrinum* (49 y ss.) como gobernador cesariano de la Hispania Ulterior.

¹⁴ Las sesiones del senado estaban enmarcadas legalmente por la salida y la puesta del sol. El texto deja entrever, por tanto, cierta ilegalidad en la convocatoria de Pompeyo. Por otra parte, es dudoso si Pompeyo convocó a todo el senado o solamente a los senadores que estaban a su favor.

¹⁵ Cf. nota 10.

¹⁶ Partimos de la lectura adoptada por Mariner: *Completur urbs, cliuus, comitium, tribunis, centurionibus, euocatis*. El comicio era una explanada situada al norte del foro, delante de la curia; era el lugar indicado para la reunión de las asambleas del pueblo.

¹⁷ Lucio Calpurnio Pisón Cesonino había sido cónsul en el año 58 y era suegro de César.

¹⁸ Lucio Roscio Fabato, legado de César en las Galias (*BG* V 24, 2; 53, 6), desempeñaba el cargo de pretor urbano en este año 49 a. C.

¹⁹ Era el tiempo en que se estimaba un viaje de ida y vuelta de Roma a Ravena.

²⁰ Marco Porcio Catón, llamado de Útica, biznieto de Catón el Censor; su conservadurismo republicano le llevó a oponerse tanto a César como a Pompeyo; de hecho en las elecciones para el consulado del año 51 a. C. había sido derrotado por los dos candidatos pompeyanos Marco Claudio Marcelo y Servio Sulpicio Rufo. Sin embargo, los avatares de la disputa entre los dos líderes le llevó a inclinarse por la causa de Pompeyo en la medida en que ésta estaba más próxima a los ideales republicanos encarnados por el senado y, luego, por lo que se verá en el *BAf* como única forma de luchar contra las tendencias absolutistas de César.

²¹ Lucio Cornelio Sila es el célebre dictador que lideró la causa de los optimates contra Mario, representante de los populares, en las guerras civiles de principios del siglo I a. C. Su férrea y sangrienta dictadura (82-79 a. C.) acabó, sin embargo, con un inusual caso de renuncia del propio dictador.

²² Cf. nota 5.

²³ Antes de casarse con Cornelia, hija de Escipión, Pompeyo había estado casado con Julia, la hija de César, muerta de parto en el 54 a. C.

²⁴ Cf. nota 10.

²⁵ Es decir, que los tribunos de la plebe temían ya por sus vidas tan solo tras siete días de ejercer el cargo, cuando lo habitual era que no empezaran a temer represalias por el ejercicio de su potestad de veto hasta ocho meses después de ejercer el cargo, que era cuando empezaban a celebrarse nuevas elecciones, que podían otorgar el poder a sus rivales políticos.

²⁶ El *senatus consultum ultimum* era el procedimiento formal por el cual se atribuían poderes extraordinarios a los cónsules o a otros magistrados en caso de máximo peligro para el estado.

²⁷ El día tres y el día cuatro, en tanto que reservados para la reunión de los comicios, no pudieron celebrarse reuniones del senado.

²⁸ Evidentemente, la valoración cambia según el punto de vista. Lo que para César son «peticiones moderadas», para CICERÓN (*Fam.* XVI 11, 2) resulta ser una carta «amenazante y durísima».

²⁹ Sesiones celebradas el 8 y 9 de enero, precisamente fuera de Roma para permitir la presencia de Pompeyo.

³⁰ Esta creencia obedecía a una intoxicación informativa promovida por los oficiales superiores de las dos legiones sustraídas a César (cf. PLUTARCO, *César* 29, 4; *Pompeyo* 57, 4; APIANO, *Guerras civiles* II 30).

³¹ Lucio Cornelio Sila Fausto unía a su condición de yerno de Pompeyo la de ser hijo del dictador Lucio Cornelio Sila (cf. nota 21). Su misión consistiría en atraer al partido pompeyano a los reyes Boco y Bógudo de Mauritania, hasta entonces aliados de César.

³² Juba, rey de Numidia, estuvo siempre de parte de Pompeyo, con quien le ligaban antiguos lazos de amistad familiar: su padre, Hiémpsal II, había obtenido el reino gracias a Pompeyo.

³³ Gayo Claudio Marcelo era el colega de Léntulo en el consulado y partidario también de Pompeyo. Hermano del Marco Claudio Marcelo mencionado en I 2, 2.

³⁴ Obsérvese cómo en este caso el veto del tribuno de la plebe Lucio Marcio Filipo no parece despertar ningún recelo especial.

³⁵ Lucio Domicio Enobarbo había desempeñado el consulado en el año 54 a. C.

³⁶ Este Lucio Marcio Filipo es el padre del tribuno Filipo al que se hace referencia en 6, 4. Había sido cónsul en el 56 a. C.

³⁷ Lucio Aurelio Cota había sido cónsul en el 65 a. C. y elegido censor al año siguiente.

³⁸ Detrás de las críticas de César se encuentra la *lex Pompeia de prouinciis ordinandis*, promulgada por Pompeyo en el año 52 a. C. Antes de esta ley los magistrados, cónsules o pretores, que cesaban en un cargo pasaban de forma automática a regir una provincia, de forma que no dejaban de tener el *imperium* (mando militar) en ningún momento. Con la modificación de Pompeyo las provincias pasaban a asignarse a los magistrados que hubieran cesado en el cargo cinco años antes, de manera que, al haber perdido el *imperium* en el período intermedio, éste debía serles renovado por la asamblea del pueblo. En suma, César critica que ni siquiera se aplique con rigor la *Lex Pompeia*, que ya de por sí le era adversa, al otorgarse gobiernos provinciales a Escipión y a Domicio, que todavía no habían cumplido con el período de cinco años de carencia, al tiempo que se excluía de esta posibilidad a Cota y a Filipo, padre, que sí tenían derecho a que se les adjudicara una provincia. El manto militar de color rojo (*paludamentum*) era la insignia del mando militar o *imperium*.

³⁹ No está nada claro a qué se refiere César, pues no sabemos de ninguna norma que impidiera la salida de los cónsules de la ciudad.

⁴⁰ Se trata de los procónsules y propretorees a los que se les acababan de adjudicar los gobiernos provinciales. Estos cargos electos, al no haberse sometido todavía al refrendo de la asamblea del pueblo, no eran para César más que simples ciudadanos privados.

⁴¹ Esta arenga debió de tener lugar en Rímini y no en Ravena, como se quiere hacer desprender del texto.

⁴² Tiberio Graco ocupó el Capitolio en el año 133 a. C.; su hermano Gayo Graco ocupó el Aventino en el 133; y, finalmente, Apuleyo Saturnino se apoderó también del Capitolio en el 100 a. C. A los tres intentos sediciosos respondió el senado con un *senatus consultum ultimum* que desembocó en la muerte de los tres reformadores.

⁴³ Si bien es cierto que en sus nueve años de campaña (58-50 a. C.) César había logrado el sometimiento de las Galias, es, en cambio, exagerado pretender la conquista de la Germania, que no llegó a producirse ni en los momentos más felices del Imperio.

⁴⁴ César disimula en este episodio un hecho trascendental: el paso del río Rubicón, que marcaba la frontera entre la Galia Cisalpina e Italia, puesto que Rímini es la primera ciudad italiana que se encuentra tras cruzar el río. Mientras César se mantuviera más allá del río, estaría dentro de la legalidad; en cambio, el mismo hecho de poner los pies en la ribera italiana suponía actuar al margen de la ley. Consciente de ello, César difumina su acción intentando presentarla como la única salida que le quedaba vista la actuación del senado, cuando parece evidente que ya había iniciado las operaciones antes de conocer lo que decidirían los senadores o, quizá, presuponiéndolo exactamente. La llegada de César a Rímini se sitúa en el día 12 de enero del 49 a. C., día que puede considerarse con precisión como el del comienzo de la Guerra Civil.

⁴⁵ De los dos Lucio Julio César, el padre había sido cónsul en el 64 a. C., fue legado de César en la Galia (52-49), pero se mantuvo al margen de la guerra civil;

el hijo, en cambio, fue un decidido pompeyano que participó activamente en la campaña de África (cf. II 23, 3-4).

⁴⁶ Esta misión no era otra que la de comunicar a César las decisiones tomadas por el senado.

⁴⁷ Insiste César en lo que es el meollo legal de la cuestión: la pérdida del paraguas protector que le suponía el tener un ejército a su mando o el ejercicio de una magistratura. En efecto, el entramado de los acuerdos pactados en Luca por los triunviros en el 56 a. C. se venía abajo si César tenía que abandonar el ejército con anterioridad al 1 de julio del 49 a. C. (fecha en que comenzaban los comicios) para poder participar en las elecciones al consulado del año siguiente, cuando un plebiscito votado en el 52 a. C. le autorizaba a presentar su candidatura *in absentia*, mientras continuaba sus campañas en las Galias. Cf. Introducción.

⁴⁸ Cf. cap. 1 y nota 2.

⁴⁹ Las dos Hispanias, la Citerior y la Ulterior.

⁵⁰ CICERÓN (*Ático* VII 14, 1) precisa que el encuentro tuvo lugar el 23 de enero en Teano y no en Capua. Sin embargo, la resolución sí se toma en Capua, dos días después.

⁵¹ La concisión, sin duda querida por César, parece que esconde algunos de los términos de la respuesta. En este sentido, Cicerón llega a hacerse pesado en su insistencia por reiterar que a César se le había ofrecido por parte de Pompeyo un segundo consulado y, además, el triunfo (*Ático* VII 15, 2-3; 18, 1; 26, 2; VIII 9, 2; 11d, 7; 12, 2). Asimismo, resulta también claro que César no sólo se había apoderado de Rímini, sino también de otras ciudades como Pisauro, Fano, Ancona y Arretio (Arezzo); de todas ellas exigía el senado que se retirase (CICERÓN, *Ático* VII 14, 1; *Fam.* XVI 12, 3). Con todo, importa señalar que no existe diferencia de enfoque con respecto a la obligación de licenciar al ejército, el único punto en el que César no estaba dispuesto a ceder.

⁵² En realidad, las ciudades aquí citadas ya habían sido ocupadas antes por César, entre el 12 y el 15 (cf. nota 51); sin embargo, el relato quiere dar a entender que la ocupación se produjo tras recibir la embajada de Roscio y Lucio César, quienes no pudieron llegar ante Julio César antes del 23 de enero.

⁵³ Quinto Minucio Termo había sido tribuno de la plebe en el 64 a. C. y gobernador de Asia entre el 52 y el 50.

⁵⁴ Actual Gubbio, al nordeste de Perugia, en el interior, en la zona de influencia de la *Via Flaminia*.

⁵⁵ Cf. nota 2.

⁵⁶ Tanto Pisauro (actual Pésaro) como Rímini son localidades costeras del Adriático.

⁵⁷ Actual Osimo, al sur de Ancona.

[58](#) Publio Atio Varo, miembro distinguido del partido pompeyano, puso al servicio de Pompeyo la experiencia adquirida como gobernador de África. Volveremos a encontrarlo en las operaciones de África (*BC* II, 23-26, 33-36 y 41-44; *BAf* 45) y de Hispania (*BH* 27, 31).

[59](#) El Piceno es la región situada entre los Apeninos y el Adriático, en torno a Ancona, su puerto principal.

[60](#) Los decuriones eran los miembros del consejo que gobernaba las colonias y municipios de ciudadanía romana o latina. Su número variaba según la importancia de la ciudad y su condición era vitalicia e irrenunciable.

[61](#) El primipilo era el centurión que comandaba la primera centuria de la primera cohorte y representaba el grado más alto entre los centuriones de cada legión.

[62](#) Resulta un hecho constatado que el pánico en Roma se produjo a consecuencia del paso del Rubicón (11-12 de enero) y no de la toma de Áuximo (3 de febrero). Sólo así se explica que Pompeyo saliera de Roma el día 17 de enero y los cónsules el día 18. En consecuencia es sumamente creíble la conjetura que sitúa el capítulo 14 tras el 11, y ambos intercalados entre el 9 y el 10. Esta transposición, buscada o no, permite disimular el hecho de que César continuara la ofensiva mientras había negociaciones abiertas.

[63](#) En el erario se guardaba el producto del impuesto del 20 por ciento sobre la liberación de esclavos; constituía la última reserva de Roma, a la que sólo se acudía en casos de extrema necesidad. El episodio está sujeto a controversia, si consideramos que APIANO (*Guerras civiles* II 41) y FLORO (IV 2, 21) acusan a César de ser él quien violentó el erario para apoderarse de su contenido.

[64](#) El 17 de enero.

[65](#) Es la región correspondiente al sudeste de Italia, actual Puglia.

[66](#) Capital de la Campania, al norte de Nápoles.

[67](#) La *Lex Iulia agraria* había sido aprobada en el año 59 a propuesta de J. César. En virtud de esta ley se repartió el terreno público de Campania entre veteranos de Pompeyo

[68](#) No hay que descartar la posibilidad de que los pompeyanos consideraran peligroso tener una agrupación de gladiadores, propiedad de César, en el interior del territorio que controlaban.

[69](#) Actual Cingoli, al sudoeste de Ósimo.

[70](#) Tito Acio Labieno es el principal lugarteniente de César en la campaña de las Galias. Ligado con Pompeyo por lazos de clientela, se pasó al bando de éste el 24 de enero (Cf. CICERÓN, *Ático* VII 13b, 3; 16, 4; *Fam.* XVI 12, 4).

[71](#) La XII y la XIII. La legión XII, estacionada en la Galia, había sido reclamada por César antes del paso del Rubicón.

[72](#) Actualmente Ascoli Piceno, era una plaza que permitía un control estratégico sobre la Vía Salaria que unía Roma con el Adriático.

[73](#) Publio Cornelio Léntulo Espínter había sido pretor en el 60 y cónsul en el 57; en el 59 ejerció de propretor en la Hispania Citerior.

[74](#) Abnegado pompeyano al que César no consiguió unir a su causa pese a haberlo hecho prisionero y liberado en dos ocasiones (cf. 23 y 38).

[75](#) Gayo Lucilio Hirro había sido tribuno de la plebe en el 53; a él se debió en primera instancia la propuesta de nombrar a Pompeyo cónsul único en el 52.

[76](#) Al noroeste de Ascoli.

[77](#) Sobre el número de cohortes, nos acogemos al texto propuesto por Michel Rambaud.

[78](#) Antigua capital de los pelignos, su emplazamiento sobre la Vía Valeria le confería un importante valor estratégico al dominar el acceso a Roma desde el este.

[79](#) Actual Massa d'Albe, al norte de Avezzano, en la ruta de Corfinio a Roma.

[80](#) Los marsos ocupaban la parte montañosa de la Italia central situada al sur del lago Fucino; y los pelignos, cuya capital era Corfinio, el valle del río *Aternus*.

[81](#) Actual Fermo, junto a la costa, al norte de Ascoli.

[82](#) Se trata del río *Aternus*, llamado actualmente Pescara. Tres mil pasos equivalen a 4,5 Km.

[83](#) Evidentemente César carga las tintas para dejar entrever que Pompeyo abandona a los suyos. Sin embargo, desde el punto de vista pompeyano la cosa no es tan simple, si consideramos que Domicio, en realidad, se está resistiendo a obedecer las órdenes de Pompeyo de retirarse a Apulia para reagrupar sus fuerzas, tal como se recoge en dos cartas dirigidas por Pompeyo a Domicio y recogidas en el epistolario de CICERÓN (*Cartas a Ático* VIII 12b y 12c).

[84](#) Traducimos a partir de la conjetura de Fabre, *quina dena...iugera*, en lugar del *quaterna... iugera* adoptado por Calonge.

Domicio había conseguido hacerse con importantísimas posesiones en tiempos de Sila (DIÓN CASIO, XLI 51). La yugada era una medida de superficie correspondiente al terreno que podía arar una yunta de bueyes en un día. La equivalencia actual de la yugada sería de 25 áreas; por tanto, las quince yugadas del donativo equivaldrían a poco menos de cuatro hectáreas.

[85](#) A unos 10,5 Km al sudeste de Corfinio, Sulmona constituía una posición estratégica importante para Domicio, puesto que su pérdida le cortaba la línea de escape hacia las posiciones de Pompeyo e impedía la llegada de refuerzos.

[86](#) Poco sabemos de estos dos pompeyanos: Atio Peligno era seguramente un caballero de la región y Quinto Lucrecio (Vespilón) puede ser el mismo personaje que alcanzó el consulado en el año 19 y que en el año 48 comandaba una parte de la flota de Pompeyo (cf. III 7, 1).

⁸⁷ El 16 de febrero.

⁸⁸ Reino que ocupaba una parte de la Austria actual, al sur del Danubio.

⁸⁹ En estos momentos César contaba ya con un contingente de unos 40.000 soldados.

⁹⁰ Cf. nota 83.

⁹¹ Una versión diferente la proporcionan SÉNECA (*Sobre los beneficios* III 24) y PLUTARCO (*César* 45) que mantienen que Domicio intentó suicidarse.

⁹² Cada legión contaba con seis oficiales superiores, los tribunos militares, que constituían una especie de plana mayor, pues no tenían asignado el mando de unidades inferiores como las cohortes. Por su parte, los prefectos eran los oficiales superiores de las alas o escuadrones de caballería.

⁹³ Cf. nota 73.

⁹⁴ Posible alusión al intento de suicidio de Domicio (cf. nota 91).

⁹⁵ En el texto de Calonge se lee erróneamente *L. Vibullius Rufus* en lugar de *L. Caecilius Rufus*, que es el texto transmitido por los manuscritos y adoptado por los editores. De los dos personajes no aparecidos hasta ahora, Lucio Cecilio Rufo y Lucio Rubrio, carecemos de datos sobre este último; en lo que atañe a Cecilio Rufo sabemos que había sido tribuno de la plebe en el 63 y pretor en el año 57; tenía una larga trayectoria anticesariana cuyo episodio más destacado fue su oposición a la ley agraria propuesta por César en el año 59.

⁹⁶ CICERÓN (*Ático* VIII 14, 3), sin embargo, se hace eco de un rumor que corría precisamente en sentido contrario: no se le había devuelto el dinero a Domicio.

⁹⁷ En torno a los 30 Km.

⁹⁸ Del 15 al 21 de febrero.

⁹⁹ El orden en que se citan estos tres pueblos da a entender que César ganó el Adriático a través del territorio de los marrucinos, y desde allí, siguiendo la costa, alcanzó la Apulia, cruzando por el territorio de los frentanos y los larinates, pueblos de la misma etnia, aunque separados políticamente.

¹⁰⁰ En realidad la partida de *Luceria* (actual Lucera) tuvo lugar el 18 de febrero y, por tanto, antes de la capitulación de Corfinio, que se produjo el día 20; asimismo, Pompeyo partió de *Canusium* (actual Canosa) el 21, que es el mismo día en que César partió de Corfinio. La llegada a Brindis se sitúa en el día 25. Brindis era el punto final de la Vía Apia, el puerto natural de embarque para Grecia.

¹⁰¹ A Lucio Manlio Torcuato, pretor en el 49, lo encontraremos de nuevo en Farsalia. Era amigo de Cicerón, poeta y orador famoso (CICERÓN, *Bruto* 265).

¹⁰² Publio Rutilio Lupo había sido tribuno de la plebe en el 56.

¹⁰³ Actual Terracina, a unos 100 Km al sur de Roma, sobre la Vía Apia.

[104](#) Posiblemente se trate del mismo personaje del que se burlaba Cicerón por esconder su edad (QUINTILIANO, *Institutiones Oratorias* VI 3, 75).

[105](#) La llegada de César a Brindis se sitúa en el 9 de marzo.

[106](#) *Dyrrachium* (actualmente Durrës, en Albania); era el principal puerto de entrada en Grecia desde Italia.

[107](#) Es interesante la opinión expresada por DIÓN CASIO (XLI 12) quien considera que Pompeyo envió por delante a los cónsules para evitar que acabaran aceptando las propuestas de César y que, al destacar un contingente importante de tropas para que los acompañaran, él en persona se había encontrado falto de navíos para realizar la travesía.

[108](#) Treinta pies equivalen a unos 9 m.

[109](#) Gayo Caninio Rébilo había sido legado de César en la campaña contra Vercingetórix en el año 52. Participará luego activamente en las campañas de África (cf. *BAf* 86) y llegará a ser *consul suffectus* (sustituto) en el año 45.

[110](#) Lucio Escribonio Libón había sido tribuno de la plebe en el año 56. Casó a una hija suya con Sexto, el hijo menor de Pompeyo. Cicerón le atribuye la autoría de una obra histórica (*Ático* XIII 30, 3; 32, 3; 44, 3).

[111](#) Nos encontramos en el 17 de marzo.

[112](#) El ejército pompeyano estacionado en Hispania y comandado por los legados Petreyo, Afranio y Varrón.

[113](#) En el año 72, Pompeyo había culminado con éxito la guerra contra Sertorio, quien había establecido una especie de república independiente en la Hispania Citerior.

[114](#) Fracasado César en su tentativa de cortarle la retirada a Pompeyo, justifica su renuncia a perseguir de forma inmediata a Pompeyo por la necesidad de asegurar su retaguardia.

[115](#) Se trata de Quinto Valerio Orea.

[116](#) Marco Aurelio Cota, gobernador pompeyano de Cerdeña, no debe confundirse con el cesariano Lucio Aurelio Cota mencionado en I 6, 5.

[117](#) Quinto Elio Tuberón, gobernador de África en el 49, militaba en el bando pompeyano, si bien, con posterioridad, se reconcilió con César. Fue un reputado jurista que también destacó como historiador.

[118](#) Los habitantes de la capital de Cerdeña, la actual Cagliari.

[119](#) Regiones costeras del sur de Italia, en la parte más cercana a Sicilia.

[120](#) CICERÓN (*Ático* X 16, 3) sitúa la fecha de la partida de Catón en el 23 de abril.

[121](#) Cf. cap. 13, 1-4.

[122](#) El propretor Gayo Considio Longo, a quien le había correspondido el gobierno en el año 50, ya se había ido, y Quinto Elio Tuberón, el gobernador del 49, todavía no había llegado.

[123](#) La capital de la provincia de África, era por entonces el puerto más importante de la región. Hoy se encuentra tierra adentro, a unos 30 Km al noroeste de Túnez.

[124](#) Para permitir la presencia de César, que al tener mando militar no podía entrar en la ciudad, el senado se reunió fuera de Roma: era el día primero de abril y la convocatoria la habían realizado los tribunos de la plebe Marco Antonio y Quinto Casio Longino.

[125](#) Cf. nota 38.

[126](#) Cf. nota 2, cap. 9, 3, y nota 48.

[127](#) Cf. 2, 3, nota 10 y cap. 9, 4.

[128](#) Cf. 2, 8 y 5, 4-5.

[129](#) Cf. 9, 3 y 6, 24, 5 y 26, 2-6.

[130](#) Lucio Cecilio Metelo era un caso extraño entre los tribunos de la plebe al no ser favorable a César. Según el testimonio de CÍCERÓN (*Ático* X 4, 8), se habría opuesto a que César se apoderara del contenido del erario público (cf. nota 63).

[131](#) La salida de Roma tuvo lugar el 7 de abril.

[132](#) Cf. 23, 1-3.

[133](#) Pequeña isla, actualmente denominada Giglio, situada en la costa de Etruria enfrente del promontorio del Monte Argentario.

[134](#) Territorio dominado por la ciudad de Cosa, puerto importante del mar Tirreno, emplazado en los alrededores del actual Orbetello.

[135](#) César deja entrever que Domicio actúa como un particular, cuando, de hecho, estaba en ejercicio del proconsulado de las Galias, cargo en el que había substituido al propio César (cf. 6, 5).

[136](#) Pompeyo había favorecido a los marselleses en el año 71 cuando retornaba de su campaña en Hispania, en tanto que César los había beneficiado en los años en que se había ocupado de la conquista de la Galia: 58-50.

[137](#) Marsella contaba con un senado de quinientos miembros entre los cuales se escogía un grupo de quince que ejercía el poder ejecutivo.

[138](#) César distorsiona la realidad, puesto que Pompeyo no actuaba en solitario, sino que contaba con el apoyo de gran parte del senado y de los cónsules.

[139](#) Las ciudades se ponían bajo el patronato de algún ciudadano influyente de quien se esperaba que defendiera los intereses de la ciudad ante el senado.

[140](#) Pueblos que habitaban las llanuras situadas entre el Ródano y los Pirineos.

[141](#) Incorporamos la conjetura de Rambaud: *bello uictas urbes Galliae*, en lugar de la conjetura generalmente aceptada de Glandorp y que es la adoptada por Calonge: *bello uictos Sallyas*.

[142](#) Se trata de las legiones VI, X y XIV que iban de camino hacia Italia desde su emplazamiento al norte de la Galia.

[143](#) Décimo Junio Bruto Albino era el comandante de la flota de César desde el año 57. Acabaría participando en el complot contra César.

[144](#) Gayo Trebonio fue tribuno de la plebe en el 55; alcanzaría luego la pretura en el 48 y el consulado en el 45. También acabó participando en la conjura contra César.

[145](#) La marcha de César se sitúa en el 5 de junio. La concisión esconde una vez más la realidad: César intentó en vano tomar Marsella antes de tomar la decisión de partir hacia Hispania.

[146](#) Gayo Fabio fue gobernador de Asia los años 58-57 y legado de César en la Galia a partir del 54.

[147](#) Se trata de la VII, de la IX y la XI.

[148](#) No está claro si se trataba del puerto de la Percha, en la Cerdaña, o del Pertús.

[149](#) Lucio Afranio tenía un largo historial militar y político: había sido legado de Pompeyo en Hispania durante la guerra contra Sertorio, cónsul en el 60 y, de nuevo, legado pompeyano en Hispania a partir del 55, cuando se le adjudicaron estas provincias a Pompeyo, quien en esta ocasión se abstuvo de visitarlas.

[150](#) Cf. 34, 1.

[151](#) Marco Petreyo, anticesariano declarado, tenía en su haber la victoria sobre Catilina en Pistoya; en el año 59 apoyó a Catón en su oposición a la ley agraria propuesta por César. Entre el 55 y el 52 actuó, junto con Afranio, en calidad de legado de Pompeyo en Hispania. Tras la campaña de Lérida pasó a África, donde tuvo un destacado papel, tal y como se recoge en *BAf* 18 y ss.

[152](#) Marco Terencio Varrón —más conocido por su faceta literaria como autor de innumerables obras, de las que sólo nos han llegado un tratado de agricultura y, parcialmente, un tratado gramatical sobre la lengua latina— participó sin demasiado éxito en la campaña de Hispania en el bando pompeyano. Reconciliado con César, éste lo puso al frente de su proyecto de crear una gran biblioteca pública en Roma.

[153](#) En Sierra Morena.

[154](#) El Guadiana.

[155](#) El territorio de los vetones ocupaba aproximadamente las provincias de Salamanca, Cáceres y Badajoz.

[156](#) Es evidente que tiene que existir una confusión, quizá atribuible al propio César, en virtud de la cual se habrían intercambiado los territorios adjudicados a Petreyo y a Varrón.

[157](#) Nos acogemos a la conjetura propuesta por Mariner, por ser la forma más simple de resolver la muy improbable, por excesiva, cifra de *LXXX* que dan los manuscritos.

[158](#) El escudo tiene forma rectangular y cubre casi todo el cuerpo y, en cambio, la rodela es un pequeño escudo redondo.

[159](#) Todo el capítulo presenta dificultades en lo que respecta a la fijación de los diferentes contingentes de tropas; por tanto, todas las cifras deben tomarse con gran prudencia.

[160](#) Unos 6 Km.

[161](#) Hay que entender que los dos campamentos, el de Fabio y el de Afranio, así como la propia ciudad de Lérida, se encontraban en la margen derecha del Segre; el de Afranio en las inmediaciones de la ciudad (en la colina de Gardeny) y el de Fabio más alejado río arriba. También río arriba y separados por varios kilómetros estarían los dos puentes construidos por Fabio; en cambio el puente utilizado por Afranio sería el puente de piedra contiguo a la ciudad.

[162](#) Debía estar instalado en la actual Vilanova de la Barca.

[163](#) Se trata, obviamente, del puente de piedra dominado por los pompeyanos.

[164](#) Lucio Munacio Planco era el comandante de la VII legión, si bien en estos instantes tenía a su mando todo el grupo que había salido a forrajear. En estos momentos se encontraba en los inicios de una brillante carrera política que coronaría con el cargo de censor en el año 22.

[165](#) La que sirve de asiento a la población de Alcoletge.

[166](#) Debía estar situado en las cercanías de Tèrmens.

[167](#) El 22 de junio.

[168](#) Cada legión se dividía en 10 cohortes, cada una de las cuales contaba con 600 soldados (6 centurias); si las cohortes estuvieran al completo de efectivos, hablaríamos de 3.600 hombres. Sin embargo, debe tenerse presente que ni las legiones ni las cohortes solían alcanzar el número máximo de efectivos, ya fuera por la merma de las sucesivas campañas y marchas, ya fuera porque sus generales las prefirieran con efectivos más reducidos para ganar en movilidad, opción esta última que se le suele atribuir a César.

[169](#) El 23 de junio.

[170](#) A unos 600 m.

[171](#) La estacada o empalizada que rodeaba el campamento se construía sobre el terraplén formado con la tierra extraída al cavar el foso que también rodeaba el campamento, de forma que podía alcanzar unos cinco metros de altura.

[172](#) Unos 4'5 m de anchura.

[173](#) El 24 de junio.

[174](#) El 25 de junio.

[175](#) Unos 450 m.

[176](#) Se trata del Puig Bordell.

[177](#) El ala derecha de una formación siempre es su punto débil, puesto que sus soldados no tienen la protección del escudo por el lado derecho.

[178](#) Es difícil establecer el frente que pueden cubrir tres cohortes formadas una al lado de la otra, pues la distancia puede variar sensiblemente según el número de soldados que integren cada línea; el margen de variación va de los 200 a los 400 metros.

[179](#) Unos 600 m.

[180](#) En la época de César la división de los soldados en tres categorías, *hastati*, *príncipes* y *triarii*, que antiguamente se correspondía con diferencias en el armamento y en la experiencia, había desaparecido y se mantenía únicamente como una división administrativa. Cada cohorte legionaria estaba dividida en tres manípulos: manípulo de *hastati*, manípulo de *príncipes* y manípulo de *triarii*; cada manípulo constaba de dos centurias, la *prior* y la *posterior*. La carrera de un centurión empezaba por el grado inferior de la décima cohorte hasta llegar a la primera. Dentro de cada cohorte el orden inverso de categoría era el siguiente: *hastatus posterior*, *princeps posterior*, *pilus posterior*, *hastatus prior*, *princeps prior* y *pilus prior*; el centurión *pilus prior* además de mandar la primera centuria de la cohorte, tenía el mando de toda la cohorte. Obsérvese, además, que las centurias de *triarii* se denominaban *pilus*. Por otro lado, y pese a lo dicho anteriormente, no había auténticas diferencias de categoría entre las cohortes excepto en lo que se refiere a la primera, que era donde tenía lugar la auténtica promoción entre los centuriones. La primera cohorte tenía únicamente cinco centurias, pero sus efectivos eran el doble que el de las restantes cohortes, y además carecía de la centuria *pilus posterior*; de resultas de ello, el primer centurión de la primera cohorte se denominaba *primus pilus*, y era el grado más alto en el centurionado. Dada esta organización, hay que deducir que Quinto Fulgino ocupaba el tercer lugar (en todo caso, el quinto) en el rango de centuriones de la XIV legión.

[181](#) Atendiendo a lo dicho en la nota anterior, Tito Cecilio era el centurión más importante de su cohorte, al tiempo que su comandante.

[182](#) Nos situamos ya en el 28 de junio.

[183](#) Nos encontramos ante una remisión falsa, pues en ningún momento ha precisado César con anterioridad su ubicación entre los dos ríos, por más que así

fuera en realidad; pero el detalle no se convierte en relevante hasta que se desencadena la tempestad.

[184](#) Unos 45 Km. Naturalmente, la distancia depende del sitio en que se considere, dado que los dos ríos acaban confluyendo.

[185](#) Hay que considerar que los hechos se sitúan a finales del mayo astronómico y que en estas latitudes la siega del trigo se realiza a finales de junio.

[186](#) Era habitual entre los pueblos bárbaros la utilización de los odres como flotadores.

[187](#) Los rutenos se localizaban en torno a la actual ciudad de Rodez, en el valle del río Aveyron, al noroeste de la Provenza.

[188](#) Seguramente la sierra de Almenara.

[189](#) Medida de capacidad equivalente a 8'75 l.

[190](#) El precio ordinario del modio de trigo era de un denario.

[191](#) Cf. *BG* III 13; IV 29; V 1.

[192](#) A unos 33 Km, en los alrededores de Sant Llorenç de Montgai. Aunque esta hipotética ubicación es muy lejana, quizás se pueda explicar por la necesidad de encontrar un emplazamiento adecuado al nuevo tipo de puente y mantenerse fuera del alcance inmediato de las tropas enemigas.

[193](#) El 11 y 12 de julio, aproximadamente. Las fechas, a partir de aquí, deben tomarse con suma prudencia.

[194](#) Si la situación del puente es la que se ha indicado antes, resulta sumamente difícil realizar todas estas operaciones en un solo día.

[195](#) Continúa la narración de lo sucedido en Marsella retomando la situación tal como se dejó en el cap. 36.

[196](#) Cf. 34, 4.

[197](#) La isla de Ratonneau.

[198](#) Cf. 54, 4.

[199](#) Se trata del pueblo que habitaba en torno a la ciudad de *Calagurris Fibularensis*, actual Loarre. No se debe confundir con *Calagurris Nassica*, la actual Calahorra.

[200](#) Pueblo que habitaba la zona de Jaca.

[201](#) Ocupaban la plana de Vic.

[202](#) Los ilurgavonenses habitaban en la cuenca baja del Ebro, desde su confluencia con el Cinca hasta el delta: su capital era Dertosa, la actual Tortosa.

[203](#) No se cuentan los calagurritanos en la medida que eran estipendiarios de los oscenses.

[204](#) Unos 9 m.

[205](#) El vado habría que situarlo en el actual Parque Municipal de la Mitjana.

[206](#) Celtiberia se corresponde con parte de la meseta central superior, abarcando, en todo o en parte, las provincias de Guadalajara, Soria, Burgos, La Rioja, Teruel, Cuenca y Zaragoza.

[207](#) El enfrentamiento contra Sertorio —antiguo lugarteniente de Mario que se había hecho fuerte en el nordeste de Hispania y que cuestionaba la autoridad de Roma— se extendió del año 80 al 72 y era, por tanto, bastante reciente.

[208](#) Mantenemos la forma adoptada por J. Calonge a partir de la segunda edición pese a nuestra preferencia por la forma *Otogesa* (cf. lo dicho en la introducción, págs. 37-42). La identificación de la ciudad de Otobesa, denominada también Octogesa u Otogesa por otros autores, constituye uno de los temas pendientes de solución en lo que a la campaña de César en Hispania se refiere. Se ha propuesto ubicarla en Flix, Ribarroja, Mequinenza, Almatret o Utxesa, aunque ninguna de las propuestas se adecua con la realidad del terreno. Nuestra propuesta es identificarla con el emplazamiento de Els Castelletts, cercano a Mequinenza y en la margen izquierda del río (cf. asimismo la introducción).

[209](#) Unos 30 Km.

[210](#) Unos 4 m.

[211](#) Esta circunstancia es básica para la comprensión de la táctica de uno y otro bando. Los pompeyanos confiaban en que César, para ir en su persecución, tuviera que ir 30 Km río arriba hasta su puente, lo que les daba prácticamente dos jornadas de ventaja, ya que ellos habían cruzado por el puente de piedra controlado desde la ciudad de Lérida. Sin embargo, al lograr cruzar César por el vado situado a menos de 5 Km de Lérida, todas las expectativas de los pompeyanos se vienen abajo.

[212](#) Del 26 de julio.

[213](#) Seguramente en las colinas del Malpas.

[214](#) Unas para cortar la corriente y las otras para formar una barrera que recogiera a los arrastrados por la fuerza de las aguas.

[215](#) Antes de las dos y media. Seis millas equivalen a unos 9 Km.

[216](#) Instalan el campamento en la Serra Grossa, a unos 7 Km al norte de Maials, en las ruinas de Adar.

[217](#) A unos 7 u 8 Km.

[218](#) Del 26 al 27 de julio.

[219](#) El 27 de julio.

[220](#) Lucio Decidio Saxa era un celtíbero que logró por sus méritos militares que César le concediera el derecho de ciudadanía, lo que le permitió alcanzar la dignidad senatorial y el tribunado de la plebe en el año 44.

[221](#) Unos 7'5 Km.

[222](#) El 28 de julio.

[223](#) La llanura que se extiende al sudoeste de Maials.

[224](#) El Montmeneu.

[225](#) Efectivamente, desde el Montmeneu la sierra de Campells forma una meseta estrecha y serpenteante, pero perfectamente practicable hasta llegar al Ebro.

[226](#) El 29 de julio.

[227](#) Publio Sulpicio Rufo, legado de César en la guerra de las Galias (*BG* IV 22, 6; VII 90, 7), continuaba contando con la confianza de César. Era el comandante de la VIII legión.

[228](#) Para suplir el escudo que habían dejado en su campamento.

[229](#) El pretorio era en sentido estricto la tienda del comandante en jefe del cuerpo de ejército. Por extensión, se denominaba también así la plaza que se trazaba delante del mismo para la celebración de las asambleas.

[230](#) En la época de César la mayoría de tribunos militares eran caballeros. Cf. nota 92.

[231](#) En el ejército romano eran los propios soldados quienes con su paga debían adquirir las provisiones de boca. Por otro lado, sólo los legionarios estaban entrenados para llevar un equipaje cuyo peso en ocasiones podía rondar los 50 Kg.

[232](#) Unos 6 Km.

[233](#) Seguramente la Serra Grossa.

[234](#) Entre las 11 y las 12 del mediodía.

[235](#) Entre las 4 y la 5 de la tarde.

[236](#) Tradicionalmente, a partir de Stoffel, se ubica este emplazamiento entre los valles de Utxesa y Burgebut. Evidentemente, la configuración del terreno ha cambiado sustancialmente por la presencia de embalses de manera que ilustra poco sobre cómo debía ser exactamente la realidad. Sin embargo, extraña que pueda ser ésta la situación en este momento por la cercanía del Segre, que ni se encontraba lejos ni tenía difícil acceso.

[237](#) Cf. 72, 1-3.

[238](#) El 29 de julio.

[239](#) El 30 de julio.

[240](#) El 1 de agosto.

[241](#) Entre las dos y las tres de la tarde.

[242](#) Cf. 72, 1-3.

[243](#) Unos 600 m.

[244](#) Es decir, veinte cohortes en la primera línea y quince en la segunda y en la tercera.

[245](#) El 2 de agosto.

[246](#) Cf. 72, 1-3; 81, 2; 82, 3.

[247](#) Cf. 74, 3-6.

[248](#) Cf. 75-76.

[249](#) Manifestación irónica: acaba de decir que las provincias no necesitaban ejércitos por disfrutar de un largo periodo de paz. Asimismo no tiene sentido que un general esté ausente de su provincia, si ésta está verdaderamente alzada en armas. Naturalmente, el referente es Pompeyo.

[250](#) Cf. nota 38. Al dejar de ser automática la adjudicación de las provincias a los cónsules y pretores salientes, no dependía de la voluntad del pueblo que era el que había escogido a los magistrados, sino que el ámbito de decisión pasaba al senado, que tenía que escoger entre los magistrados que hiciera cinco o más años que hubieran ejercido el cargo.

[251](#) Se hace referencia a Vibulio Rufo (cf. 84).

[252](#) Llamado actualmente Var, es el río que desemboca en las inmediaciones de Niza. En este momento constituía la frontera entre la Provincia romana y la Galia Cisalpina.

[253](#) Quinto Fufio Caleno había sido tribuno de la plebe en el 61, pretor en el 59. Fue también legado de César en las Galias. Alcanzó el consulado en el 47.

LIBRO SEGUNDO

SINOPSIS

AÑO 49 (CONTINUACIÓN)

- [1-2](#). La situación y las defensas de Marsella. Dispositivos de Gayo Trebonio en el asedio de la ciudad.

- [3-7](#). Los marselleses animados por la llegada de una flota pompeyana se deciden a librar otro combate naval del que salen nuevamente malparados.

- [8-11](#). Los cesarianos construyen una torre y a su amparo inician labores de zapa bajo las murallas de Marsella.

- [12](#). Los marselleses, asustados, piden una tregua y se ofrecen a entregar la ciudad a la llegada de César.

- [13-16](#). Aprovechando la relajación de los cesarianos, los marselleses realizan varias salidas y destruyen e incendian parte de las obras de asedio. Reposición de éstas y continuación del asedio.

- [17-18](#). Disposiciones de Varrón en la Hispania Ulterior ante la temida llegada de César.

- [19-21](#). César convoca en Córdoba a los representantes de la provincia. Las continuas defecciones obligan a Varrón a renunciar a todo intento de defensa y a entregar la provincia. César pone

orden en la provincia y marcha con la flota de Varrón rumbo a Marsella.

22. Rendición de Marsella.

23-26. Curión, enviado por César, desembarca en África procedente de Sicilia. Decidido a tomar Útica, obtiene algunas victorias.

27-32. Acampado junto a Útica, se producen desertiones en su ejército. Curión reúne a su consejo y arenga a los soldados.

33-35. Conseguida la adhesión de sus tropas, un conato de combate se salda con una escaramuza de nuevo favorable a Curión.

36-42. Curión pone cerco a Útica, pero se ve obligado a levantarlo ante las noticias de la llegada del rey Juba. Llegadas falsas noticias de la retirada del rey, Curión realiza con éxito una incursión nocturna contra la avanzadilla de las tropas reales. Creyendo que eran el grueso del ejército se empeña en perseguirlas; pero el cansancio de su ejército y la llegada del resto del ejército de Juba lo llevan a una derrota sin paliativos, por lo que opta por el suicidio.

43-44. Huida y reembarque de los restos del ejército. Crueldad de Juba.

Mientras sucede esto en Hispania¹, el legado Gayo Trebonio, [1] a quien César había dejado para dirigir el sitio de Marsella², decide estrechar el cerco de la ciudad por dos partes con un terraplén, manteletes y torres. Una de ellas estaba [2] próxima al puerto y a los astilleros, la otra junto a la puerta por donde se entra, viniendo de la Galia e Hispania, por la parte del mar próxima a la desembocadura del Ródano. Pues Marsella está bañada por el mar casi por tres partes; a [3] la otra cuarta parte se tiene acceso desde tierra. Además, la parte de este espacio próxima a la ciudadela, defendida por su posición natural y un profundo valle, exige un cerco largo y difícil. Para llevar a cabo estos trabajos, Trebonio reúne [4] de toda la provincia gran cantidad de animales y hombres; ordena transportar mimbres y madera. Preparado todo esto, construye un terraplén de ochenta pies de altura³.

Pero había en la ciudad desde hacía mucho tiempo tantos [2] preparativos de todas clases para la guerra y tanta cantidad de máquinas, que ningún género de manteletes de mimbre podía resistir su potencia. Pues vigas de doce pies de [2] longitud⁴ provistas de hierro en su punta y arrojadas por grandes ballestas se clavaban en tierra después de haber [3] atravesado cuatro capas de zarzos. Así pues, uniendo maderos de un pie de espesor⁵, se construían galerías y por allí [4] pasaban el material de mano en mano. Les precedía para allanar el lugar una tortuga⁶ de sesenta pies⁷ hecha igualmente de maderos fortísimos y recubierta con todo lo que pudiera dejar sin efecto los proyectiles incendiarios y las [5] piedras⁸. Pero la magnitud de las obras, la altura del muro y de las torres y la cantidad de máquinas de guerra de que disponía [6] el enemigo retardaban la ejecución del trabajo. Además, valiéndose de los albicos, hacían frecuentes salidas de la ciudad y arrojaban fuego en el terraplén y las torres; fácilmente los nuestros rechazaban estos ataques y además

hacían volver a la ciudad con grandes daños a los que habían hecho la salida.

[3] Entretanto, enviado por Gneo Pompeyo con una escuadra de dieciséis naves, entre las que pocas tenían las proas de bronce, en auxilio de Lucio Domicio y de los marselleses, Lucio Nasidio⁹ pasa por el estrecho de Sicilia, sin advertirlo [2] ni sospecharlo Curión¹⁰, y llega a Mesina; a causa del repentino terror, los jefes y el senado¹¹ huyen de allí y [3] Nasidio se apodera de una nave del arsenal. Unida ésta a las demás, continúa rumbo a Marsella, envía ocultamente una navecilla e informa de su llegada a Domicio y a los marselleses y les exhorta vivamente a que entablen de nuevo combate contra la escuadra de Bruto contando con los refuerzos que él lleva.

Los marselleses, después de la anterior derrota¹², habían [4] sacado del arsenal y reparado un número de naves viejas igual al que habían perdido; las habían pertrechado con gran diligencia (disponían de gran cantidad de remeros y pilotos); además de éstas, habían incorporado naves de pesca protegidas [2] de modo que los remeros estuvieran al resguardo de los dardos; las llenaron de arqueros y máquinas de guerra. Equipada la escuadra de este modo y animados por el llanto [3] y los ruegos de los ancianos, las madres de familia y las jóvenes a que socorrieran a la ciudad en una situación tan crítica, embarcan en las naves con no menos ánimo y esperanza que en el anterior combate. Pues sucede por defecto [4] común de la naturaleza humana que tengamos más confianza y también sintamos más terror ante las situaciones imprevistas y desconocidas, como entonces sucedió. En efecto, la llegada de Lucio Nasidio había producido en todos los ciudadanos una gran esperanza y deseo de combatir. Aprovechando [5] un viento favorable salen del puerto y se unen a Nasidio en Tauroenta¹³, fuerte de los marselleses; allí ordenan sus naves, y de nuevo se animan a combatir y se

participan sus proyectos de combate. Se asigna el ala derecha a los marseleses; la izquierda, a Nasidio.

Al mismo punto se dirige Bruto, aumentado el número [5] de sus naves. Pues a las construidas por orden de César en Arles¹⁴ había añadido seis capturadas a los marseleses, que en los días anteriores había reparado y provisto de todo lo [2] necesario. Así pues, lleno de confianza y decisión se dirige contra los adversarios, después de exhortar a los suyos a que desprecien como vencido a un enemigo al que habían derrotado [3] cuando aún no había sufrido pérdida. Desde el campamento de Trebonio y desde todos los lugares elevados era fácil observar la ciudad y ver cómo toda la juventud que había quedado en ella y todos los de edad más avanzada, acompañados de sus hijos y esposas, tendían las manos al cielo en los lugares públicos, en los puestos de guardia o desde la muralla, o bien iban a los templos de los dioses inmortales y postrados ante sus imágenes les suplicaban la [4] victoria. No había ninguno que no juzgara que de la suerte [5] de aquel día dependía el futuro de la fortuna de todos, pues los jóvenes más nobles y las personas más importantes sin distinción de edad habían sido llamados nominalmente y se les había rogado que embarcaran, de modo que si sucedía alguna desgracia veían que no les quedaba posibilidad ni siquiera de hacer una nueva tentativa; si vencían, confiaban en salvar la ciudad, bien con sus propios recursos bien con ayuda exterior.

[6] Entablado el combate¹⁵, los marseleses desplegaron todo su valor, pues teniendo presentes las exhortaciones que poco antes habían escuchado a los suyos, peleaban con tal ánimo que parecía que no tendrían otra ocasión para luchar y creían que los que caían en la batalla no se adelantaban mucho al destino de los demás ciudadanos que habrían de [2] sufrir la misma suerte una vez tomada la ciudad. Al separarse poco a poco nuestras naves unas de otras, se daba la posibilidad de que el enemigo usara la habilidad de sus pilotos y la movilidad de sus naves, y, si alguna vez los nuestros encontraban la

ocasión de sujetar una nave con los garfios, por todas partes socorrían a los suyos que estaban en peligro. Mezclados con los albicos combatían bien cuerpo a [3] cuerpo y no eran muy inferiores a los nuestros en valor. Al mismo tiempo, lanzando a distancia desde naves pequeñas gran cantidad de dardos, causaban muchas heridas a los nuestros, sorprendidos e impedidos para defenderse. Habiendo [4] visto dos trirremes la nave de Décimo Bruto, que se podía conocer fácilmente por la enseña, se lanzaron contra ella por las dos partes. Vista la maniobra. Bruto se empeñó tanto en acelerar la velocidad de su nave que se adelantó un poco. Lanzadas aquéllas una contra otra, chocaron tan violentamente [5] que ambas quedaron maltrechas a consecuencia del encuentro e incluso una, rota la proa, se abrió completamente. Al advertirlo las naves de la escuadra de Bruto que [6] estaban próximas a aquel lugar, las atacaron sin que pudieran defenderse y hundieron ambas rápidamente.

Las naves de Nasidio no fueron de ninguna utilidad y [7] rápidamente se retiraron del combate: en efecto, ni la patria presente ni las exhortaciones de los parientes las obligaban a llegar hasta el final. Así pues, ninguna de aquellas naves se [2] perdió; de la escuadra de los marselleses cinco fueron hundidas, cuatro apresadas, una huyó con las de Nasidio; todas éstas se dirigieron a la Hispania Citerior. Enviada a Marsella [3] una de las restantes para llevar esta noticia, al aproximarse a la ciudad, toda la multitud se precipitó para conocer la noticia, y al conocerse se produjo tanto dolor que parecía que la ciudad había sido tomada por el enemigo en aquel mismo momento. Sin embargo, los marselleses no dejaron de hacer [4] los demás preparativos para la defensa de la ciudad.

Los soldados legionarios, que trabajaban en el lado derecho [8] de la fortificación, advirtieron, a causa de las frecuentes salidas del enemigo, que podía servirles de gran defensa si construían junto al muro una torre de ladrillo a modo de fuerte y refugio. Primeramente la hicieron pequeña y baja [2] contra

los ataques repentinos. Allí se refugiaban; desde allí se defendían si les atacaban fuerzas mayores; desde allí partían para rechazar y perseguir al enemigo. Esta torre tenía treinta pies de lado, pero el espesor de las paredes era de [3] cinco pies¹⁶. Después, como la experiencia es maestra de todas las cosas, añadida además la inteligencia humana, se descubrió que podía ser de gran utilidad si la torre se hacía más elevada. Se hizo de este modo.

[9] Cuando la altura de la torre llegó al entablado, encajaron a éste en las paredes, de manera que la parte exterior de éstas cubriera los extremos de las vigas para que no sobresaliera [2] nada donde pudiese prender el fuego enemigo. Por encima de este maderamen siguieron construyendo en ladrillo hasta donde lo permitió la protección del parapeto móvil y de los manteletes, y al llegar a esta altura, colocaron dos vigas de muro a muro cerca de la superficie exterior, para colocar sobre ellas el maderamen que serviría de techo a la torre; sobre estas dos vigas y transversalmente a ellas, colocaron [3] viguetas de muro a muro y las sujetaron con tablas. Hicieron estas viguetas un poco más largas, de modo que sobresalieran de la superficie exterior de las paredes de la torre, a fin de poder colgar de ellas las cortinas de protección que evitaran y rechazaran los proyectiles, mientras edificaban las paredes [4] bajo la protección de aquel techo; cubrieron dicho techo con ladrillos y barro para que no pudiese causar daño el fuego arrojado por el enemigo y encima pusieron colchados para que los proyectiles arrojados por máquinas no rompieran las tablas, ni las piedras lanzadas por catapultas desmoronaran [5] el ladrillo. Además, hicieron tres esteras de cable de ancla de la anchura de las paredes y de cuatro pies de altura¹⁷ y las sujetaron alrededor de la torre, de modo que quedaran colgando de las viguetas sobresalientes por las tres partes que miraban al enemigo; éste era el único género de protección que habían experimentado en otros lugares, que no podía ser atravesado por ningún dardo, ni aun por los lanzados

por máquinas. Cuando aquella parte de la torre que [6] estaba ya terminada quedó cubierta y protegida contra toda clase de proyectiles, retiraron los manteletes a otras obras; por medio de alzaprimas empezaron a suspender y levantar, desde el primer piso, el techo de la torre independientemente. Cuando lo habían levantado tanto como permitía la altura [7] de las esteras, ocultos y amparados dentro de esta protección, seguían construyendo las paredes con ladrillo y otra vez con una nueva maniobra de alzaprima se facilitaban el espacio para seguir construyendo. Cuando parecía llegado [8] el momento de colocar otro piso, ponían como la primera vez las vigas cubiertas por la estructura exterior de las paredes y desde este nuevo piso elevaban otra vez el techo y las esteras. Así, con seguridad y sin herida alguna ni peligro, [9] construyeron seis pisos, y, mientras edificaban, dejaron en los lugares que creyeron convenientes ventanas para arrojar proyectiles por medio de máquinas.

Cuando tuvieron la seguridad de que desde aquella torre [10] podían proteger las obras que hicieran alrededor, decidieron construir una galería de sesenta pies¹⁸ de longitud hecha con vigas de dos pies¹⁹ de espesor, que condujera desde la torre de ladrillo hasta el muro y torre enemigos; ésta era la forma de la galería. Primeramente colocan en el suelo dos vigas de [2] igual longitud a cuatro pies²⁰ de distancia una de otra y empotran [3] en ellas columnas de cinco pies²¹ de altura. Unen éstas entre sí por caballetes de suave inclinación para colocar sobre ellos los maderos destinados a proteger la galería. Sobre los caballetes colocan vigas de dos pies²² y las sujetan [4] con tablas y clavos. En el borde del techo de la galería y de las vigas laterales clavan listones de cuatro dedos²³ de anchura para sujetar los ladrillos que se coloquen sobre la galería. [5] Así construido el tejado ordenadamente y dotado de inclinación a ambos lados, a medida que las vigas eran colocadas en los caballetes, cubrían la galería con ladrillos y barro para que quedara protegida del fuego que se

arrojara [6] desde el muro. Sobre los ladrillos colocan pieles para evitar que el agua lanzada por conductos pudiera disgregar los ladrillos. Además, para que a su vez las pieles no sean destruidas por el fuego y las piedras, las cubren con colchados. [7] Acaban toda esta obra junto a su propia torre bajo la protección de los manteletes y repentinamente, sin que el enemigo lo esperara, con el procedimiento usado para las naves, colocando debajo rodillos, la llevan hasta la torre enemiga de modo que quede en contacto con la construcción.

[11] Amedrentados los sitiados por este peligro repentino, aproximan con la ayuda de palancas piedras de gran tamaño que dejan caer desde el muro y rodar sobre la galería. La firmeza de la madera resiste el golpe, y lo que cae se desliza [2] por la pendiente del techo de la galería. Al ver esto, cambian de propósito: prenden fuego a toneles llenos de resina y pez, y desde el muro los dejan rodar sobre la galería. Dando vueltas caen por ambos lados y son separados de la obra con pértigas y horcas. Mientras tanto, bajo la protección de la [3] galería, los soldados arrancan con palancas las piedras inferiores de la torre enemiga que formaban los cimientos. Los nuestros, con dardos y proyectiles lanzados por máquinas, defienden la galería desde la torre de ladrillo; obligan a retirarse al enemigo del muro y de las torres; no se le da posibilidad de defender el muro. Cuando ya habían sido quitadas [4] muchas piedras de la torre enemiga que estaba junto a la galería, de repente una parte de dicha torre se vino abajo, la otra parte contigua amenazaba ruina; entonces los enemigos, atemorizados ante la idea del saqueo de la ciudad, se lanzan todos fuera de la puerta desarmados y con las banderas de suplicantes²⁴ y tienden las manos hacia los legados y el ejército.

Ante esta nueva situación cesan todas las operaciones de [12] guerra, y los soldados, dejando el combate, son arrastrados por el deseo de oír y saber. Cuando los enemigos llegaron [2] hasta los legados y el ejército, se postraron todos a

sus pies y rogaron que se esperara la llegada de César. Decían que [3] ellos veían su ciudad tomada, las obras de asedio terminadas, su torre derribada; por consiguiente, abandonaban la defensa. Que no podía evitarse que la ciudad fuera saqueada al momento si cuando llegara César no cumplían sus órdenes a una simple señal. Hacen saber que si la torre cae completamente, [4] no podría evitarse que los soldados irrumpieran en la ciudad por la esperanza del botín y la destruyeran. Pronuncian estas palabras y otras semejantes como hombres doctos²⁵, excitando la clemencia y acompañadas de gran llanto.

[13] Movidos los legados por estas razones, retiran a los soldados de los trabajos empezados, abandonan el cerco y dejan [2] guardias en las obras. Hecha una especie de tregua por misericordia, se espera la llegada de César. No arrojan ningún dardo desde el muro ni tampoco los nuestros: como si la guerra hubiera terminado, todos disminuyen su cuidado y [3] diligencia. En efecto, César había recomendado por carta con gran interés a Trebonio que no permitiera que la ciudad fuera tomada al asalto para evitar que, irritados gravemente los soldados por la defección de los marselleses, por el desprecio de que habían sido objeto y por el continuo trabajo, [4] dieran muerte a todos los adultos como amenazaban; con dificultad se pudo impedir entonces que irrumpieran en la ciudad, lo que llevaron con gran disgusto, porque parecía que dependía de Trebonio el que no se hubieran apoderado de la ciudad.

[14] Pero los enemigos, sin lealtad, buscan tiempo y ocasión para una traición y engaño, y pasados algunos días, cuando los nuestros estaban descuidados y con menos tensión de ánimo, y unos se habían alejado, otros, en las mismas obras, se entregaban al descanso del continuo trabajo, incluso todas las armas estaban guardadas y enfundadas, de repente, al mediodía, se lanzan fuera de las puertas y, favorecidos [2] por un fuerte viento, prenden fuego a las obras. De tal manera lo propagó el viento, que al mismo tiempo se prendieron el

terraplén, los manteletes, la tortuga, la torre y las máquinas, y todo esto se consumió antes de que pudiera advertirse [3] de qué modo había sucedido. Asustados los nuestros por esta repentina desgracia, toman las armas que pueden y algunos se lanzan fuera del campamento. Atacan a los enemigos, pero se ven impedidos de perseguirles en la huida [4] por los proyectiles arrojados desde el muro. Ellos se acogen a la protección del muro y allí incendian impunemente la galería y la torre de ladrillo. Así acabó en un momento la obra de muchos meses por la perfidia del enemigo y la violencia del temporal. Al día siguiente los marselleses intentaron lo [5] mismo. Favorecidos por el mismo viento, hicieron una salida con mayor confianza, lucharon junto a la otra torre y terraplén y prendieron fuego en muchos lugares²⁶. Pero así [6] como los nuestros en los días anteriores habían disminuido la vigilancia cuidadosa de la época precedente, del mismo modo, advertidos por la desgracia del día anterior, habían preparado todo para la defensa. Así pues, habiendo dado muerte a muchos, rechazaron a los demás al interior de la ciudad sin que hubieran conseguido su objetivo.

Trebonio decidió, ayudado por un afán mucho mayor de [15] los soldados, organizar y reparar las obras que se habían perdido, pues cuando vieron que sus trabajos tan grandes y sus preparativos habían sido inútiles y que las treguas habían sido violadas por la traición, se dolieron de que su esfuerzo sirviera para burla, porque no había ningún lugar de donde se pudiera llevar material, pues habían sido cortados [2] y transportados todos los árboles en los alrededores de Marsella; decidieron construir un terraplén de un género nuevo y desconocido, formado por dos muros de ladrillo de seis pies²⁷ de espesor, cuyo piso tenía aproximadamente la misma altura que había tenido el terraplén de madera amontonada. Cuando la separación entre los muros o la debilidad [3] del material parecían requerirlo, colocaban en medio pilastras, y encima ponían vigas de lado a lado que pudieran servir de refuerzo; la

parte techada se cubría con zarzos, y sobre los zarzos se echaba barro. Protegidos los soldados por [4] el techo, a derecha e izquierda por cada muro y de frente por el mantelete, transportan sin peligro los materiales necesarios para la obra²⁸. Se ejecuta ésta rápidamente; el ingenio y el valor de los soldados repara en poco tiempo el fracaso de un largo esfuerzo. En los puntos en que parece conveniente, dejan puertas en el muro para hacer salidas.

[16] Cuando los enemigos vieron que con el trabajo de pocos días habían sido reparadas las obras que ellos esperaban que no podrían serlo en mucho tiempo, de tal modo que no quedaba ninguna posibilidad de traición ni de ataque, ni medio alguno de dañar a los soldados por las armas o a las obras [2] por el fuego; cuando advirtieron que por el mismo procedimiento podía ser cercada con un muro y con torres toda la ciudad por la parte que daba a tierra, de tal modo que no les fuera posible permanecer en sus fortificaciones, pues veían que las obras habían sido hechas por nuestro ejército casi junto a sus propios muros y que los dardos podían ser arrojados [3] a mano; cuando se dieron cuenta de que la utilidad de sus máquinas de guerra, en las que habían puesto grandes esperanzas, había quedado anulada por la poca distancia, y que, puestos en iguales condiciones de lucha desde el muro y las torres, no podían igualarse a los nuestros en valor, volvieron de nuevo a las mismas condiciones de capitulación.

[17] En la Hispania Ulterior Marco Varrón²⁹, conocidos los acontecimientos de Italia, al principio desconfiando de la situación de Pompeyo, hablaba de César muy amistosamente: [2] decía que él estaba comprometido por ser legado de Gneo Pompeyo, que estaba sujeto por el juramento, pero que su amistad con César no era menor; que él no ignoraba cuál era la obligación de un legado que desempeñaba una misión de confianza, cuáles eran sus fuerzas y cuál la disposición de ánimo de toda la provincia para con César. Pronunciaba estas [3] palabras en todas las conversaciones, sin inclinarse a

ninguna de las dos partes. Pero después, cuando supo que César [4] estaba detenido en Marsella, que se habían unido las tropas de Petreyo con el ejército de Afranio, que habían llegado grandes refuerzos, que se esperaba y se daba por segura la llegada de otros y que toda la provincia citerior estaba de acuerdo; cuando recibió noticias de lo que había sucedido después, esto es, la escasez de víveres del ejército de César en Lérida, además de que Afranio le escribía estas noticias aumentadas y exageradas, él también empezó a moverse según la inclinación de la fortuna³⁰.

Hizo una leva en toda la provincia; añadió aproximadamente [18] treinta cohortes auxiliares a dos legiones completas. Reunió gran cantidad de trigo para enviarlo a los marselleses y a Petreyo y Afranio. Ordenó a los gaditanos que construyeran diez naves de guerra, además procuró que se hicieran varias en Híspalis³¹. Llevó a la ciudad de Cádiz todo el [2] tesoro y todos los ornamentos del templo de Hércules³²; envió allí para guarnición seis cohortes de la provincia y dio el mando de la ciudad de Cádiz a Gayo Galonio, caballero romano amigo de Domicio que había ido allí enviado por éste para administrar una herencia; hizo llevar todas las armas públicas y particulares a la casa de Galonio. Él mismo pronunció [3] graves arengas contra César. Con frecuencia dijo públicamente desde su tribunal que César había sufrido derrotas y que gran número de sus soldados se había pasado a Afranio; que él sabía esto por mensajeros seguros, por personas [4] bien informadas. Obligó a los ciudadanos romanos de esta provincia, alarmados por estas noticias, a prometerle para la administración de su gobierno dieciocho millones de sestercios, veinte mil libras³³ de plata y ciento veinte mil [5] modios³⁴ de trigo. Exigía mayores contribuciones a las ciudades que creía partidarias de César, colocaba en ellas guarniciones y autorizaba los juicios contra los particulares; confiscaba los bienes de los que hubieran pronunciado discursos contra la república. Obligaba a toda la

provincia a jurarle [6] fidelidad a él y a Pompeyo. Al conocer los acontecimientos que se desarrollaron en la Hispania Citerior se preparaba militarmente. Sus planes consistían en ir con dos legiones a Cádiz y concentrar allí todo el trigo y las naves; pues sabía que toda la provincia ayudaba al partido de César. Juzgaba que no era difícil prolongar la guerra teniendo dispuesta en la isla³⁵ la escuadra y el abastecimiento de trigo³⁶. [7] Aunque muchas y muy importantes razones reclamaban a César en Italia, sin embargo había decidido no dejar en Hispania foco alguno de guerra porque conocía los grandes beneficios hechos por Pompeyo y la gran clientela de éste en la provincia citerior.

Así pues, envió dos legiones a la Hispania Ulterior con [19] el tribuno de la plebe Quinto Casio; él se adelantó con seiscientos jinetes a marchas forzadas y envió previamente un edicto fijando el día en el que quería que los magistrados y jefes de todas las ciudades se presentaran a él en Córdoba. Divulgado este edicto en toda la provincia, no hubo ciudad [2] que no enviara en la fecha fijada parte del senado a Córdoba ni ciudadano romano de algún renombre que no se presentara aquel día. Al mismo tiempo la corporación de Córdoba [3] cerró por sí misma las puertas a Varrón, colocó puestos y centinelas en las torres y el muro y retuvo para defender la ciudad dos cohortes llamadas colónicas³⁷ que habían ido allí por casualidad. Por la misma fecha los habitantes de Carmona, [4] ciudad que es con mucho la más fuerte de toda la provincia, expulsaron por sus propios medios a tres cohortes que Varrón había colocado de guarnición en la ciudadela y cerraron las puertas.

Por este motivo Varrón se apresuraba más a llegar lo antes [20] posible a Cádiz con las legiones, temiendo que se le cerrara el camino por tierra o por mar: tanta y tan firme era la adhesión de toda la provincia a César. Cuando ya había [2] avanzado algo le entregaron una carta de Cádiz informándole de que, tan pronto como se había tenido conocimiento del

edicto de César, los jefes gaditanos se habían puesto de acuerdo con los tribunos de las cohortes que estaban allí de guarnición para expulsar a Galonio de la ciudad y custodiar la ciudad y la isla para César. Que después de que habían [3] tomado esta decisión, le habían comunicado a Galonio que saliera espontáneamente de Cádiz, mientras le fuera posible hacerlo sin peligro; que, si no lo hacía, ellos tomarían una determinación. Inducido por este temor, Galonio había [4] salido de Cádiz. Al conocer esta noticia, una de las dos legiones, la llamada vernácula³⁸, abandonó el campamento de Varrón en su presencia y a su vista, se retiró a Híspalis y se [5] instaló en el foro y los pórticos sin dañar a nadie. Los ciudadanos romanos de esta corporación dieron tal aprobación a este hecho que los alojaron gustosamente en sus casas. [6] Alarmado por estos acontecimientos, Varrón, cambiando la dirección, había enviado mensajeros anunciando que iría a Itálica³⁹, pero fue informado de que habían sido cerradas las [7] puertas. Entonces, sin tener otro camino, envió mensajeros a César diciendo que estaba dispuesto a entregar la legión a quien él mandara. César envió a Sexto César⁴⁰ y ordenó que [8] a éste le fuera entregada la legión. Entregada dicha legión, Varrón fue a Córdoba al encuentro de César y presentándole con lealtad las cuentas públicas le entregó el dinero que tenía en su poder y le indicó la cantidad de naves y trigo que tenía y el lugar donde se hallaban.

[21] En una arenga pronunciada en Córdoba, César dio las gracias a todas las clases: a los ciudadanos romanos, porque habían procurado tener la ciudad en su poder; a los hispanos, porque habían expulsado las guarniciones; a los gaditanos, porque habían hecho fracasar los intentos enemigos y habían reivindicado su libertad; a los tribunos militares y centuriones que habían ido allí como guarnición, porque con su valor habían asegurado las determinaciones de aquéllos. Perdonó las cantidades que los ciudadanos romanos habían [2] prometido a Varrón para el erario; restituyó los bienes a aquellas personas

que sabía que habían sido privadas de ellos porque habían hablado libremente. Habiendo concedido [3] premios a algunas ciudades y a particulares, llenó de esperanzas a los demás para el porvenir, después de una estancia de dos días en Córdoba, se dirige a Cádiz; ordena que se lleven nuevamente al templo de Hércules las riquezas y ofrendas que habían sido reunidas en una casa particular⁴¹. Pone al frente de la provincia a Quinto Casio; le asigna cuatro [4] legiones. César, con las naves que había construido Marco Varrón y las que los gaditanos habían hecho por orden del mismo Varrón, llegó en pocos días a Tarragona⁴². Allí esperaban su llegada embajadas de casi toda la provincia citerior. Del mismo modo que en Córdoba, concedió honores [5] a algunas ciudades y a particulares, salió de Tarragona y se dirigió por tierra a Narbona y desde allí a Marsella. Allí tuvo noticia de que había sido propuesta una ley para la creación de un dictador y que él mismo había sido nombrado dictador por el pretor Marco Lépidio⁴³.

Los marselleses, agotados por toda clase de desgracias, [22] reducidos a la máxima escasez de trigo, vencidos dos veces en combates navales⁴⁴, rechazados en frecuentes salidas, afligidos además por una grave peste a consecuencia del largo encierro y de la alteración de los alimentos (pues se alimentaban todos de panizo pasado y de cebada corrompida que, preparados desde hacía tiempo para situaciones semejantes, habían almacenado en el granero público), derribada la torre, arruinada gran parte de la muralla, perdida toda esperanza de socorro de las provincias y los ejércitos que sabían que habían caído en poder de César, decidieron entregarse [2] sin engaño⁴⁵. Pero unos días antes Lucio Domicio, al conocer la intención de los marselleses, equipó tres naves, de las cuales asignó dos a sus amigos: él embarcó en la otra y partió [3] aprovechando una violenta tempestad. Al verle las naves que por orden de Bruto hacían guardia en el puerto diariamente, [4] levaron anclas y empezaron a seguirle.

Sólo la nave de Domicio se esforzó y perseveró en la huida y con el auxilio de la tempestad se perdió de vista; las otras dos, atemorizadas por la presencia de nuestras naves, se refugiaron en el [5] puerto. Los marselleses sacaron de la ciudad las armas y máquinas de guerra, como se les ordenó; llevaron las naves fuera del puerto y de los astilleros, entregaron el dinero del [6] erario⁴⁶. Cumplidas estas condiciones, César no destruyó la ciudad, más por su nombre y antigüedad, que por los méritos para con él; dejó en ella dos legiones de guarnición y envió las demás a Italia; él se dirigió a Roma.

[23] Por esta misma época, Gayo Curión partió de Sicilia para África⁴⁷ y despreciando ya desde el principio las tropas de Atio Varo, llevaba quinientos jinetes y dos legiones de las cuatro que César le había entregado⁴⁸, e invirtiendo en la navegación dos días y tres noches, desembarcó en el lugar llamado Anquilaria⁴⁹. Este punto dista de Clúpea veintidós [2] mil pasos⁵⁰ y ofrece en verano un puerto bastante bueno y está colocado entre dos elevados promontorios. Esperaba su [3] llegada junto a la costa de Clúpea⁵¹, Lucio César, hijo, con diez naves de guerra; Publio Atio había procurado reparar para esta guerra estas naves, sacadas a tierra en Útica después de la guerra de los piratas⁵²; Lucio César, temiendo el gran número de naves enemigas, había huido de alta mar y, tomando tierra en la costa próxima con una trirreme cubierta que abandonó en la orilla, huyó por tierra hasta Hadrumeto⁵³. Defendía esta ciudad Gayo Considio Longo⁵⁴ con una [4] legión de guarnición. Las otras naves de Lucio César, al conocer la huida de éste, se retiraron a Hadrumeto. Le persiguió [5] el cuestor Marcio Rufo⁵⁵ con doce naves que Curión había llevado desde Sicilia para protección de las naves de carga; cuando vio abandonada la nave en la orilla, la arrastró a remolque y volvió junto a Curión con la escuadra.

Curión envía delante a Marcio con las naves a Útica; él [24] se dirige al mismo punto con el ejército y después de una marcha de dos días, llega al río Bagrada⁵⁶. Deja allí al legado

Caninio Rébilo con las legiones y él se adelanta con la caballería a explorar el Campamento Cornelio⁵⁷, pues este [3] lugar se consideraba muy adecuado para campamento. Es un promontorio abrupto que domina el mar, por ambos lados escarpado y áspero, pero con una pendiente más leve [4] por la parte que mira a Útica, de la que dista en línea recta poco más de mil pasos⁵⁸. Pero en este camino hay un arroyo donde el mar penetra bastante y lo inunda en gran extensión; si se quiere evitar es preciso dar un rodeo de seis mil pasos⁵⁹.

[25] Después de reconocer este lugar, Curión observa el campamento de Varo, unido al muro de la ciudad junto a la puerta llamada Bélica⁶⁰ y extraordinariamente protegido por la naturaleza del lugar; de una parte, por la misma ciudad de Útica; de otra, por el teatro, que está delante de la ciudad, construcción cuya parte inferior es de gran fortaleza; el acceso [2] al campamento es difícil y estrecho. Al mismo tiempo, advirtió que de todas partes se transportaban, y ocupaban completamente los caminos, las muchas cosas que se suelen llevar de los campos a la ciudad por el miedo repentino de [3] una guerra. Envio allí la caballería para saquearlos y hacer botín; al mismo tiempo, para protegerlos, Varo envió desde la ciudad seiscientos jinetes númeridos y cuatrocientos infantes que pocos días antes había enviado a Útica el rey Juba [4] como refuerzo. Unían a éste, desde tiempos de su padre, lazos de hospitalidad con Pompeyo⁶¹ y tenía enemistad con Curión porque siendo éste tribuno de la plebe había propuesto una ley por la que se confiscaba el reino de Juba⁶². Se produjo el encuentro de los jinetes y los númeridos no pudieron [5] resistir ni el primer ataque de los nuestros, sino que se retiraron al campamento junto a la ciudad habiendo tenido aproximadamente ciento veinte muertos. A la llegada de [6] las naves de guerra, Curión ordena que se anuncie a las naves mercantes que estaban en Útica, aproximadamente en número de doscientas, que consideraría como enemigo al que no llevara inmediatamente las naves al Campamento Cornelio.

Hecha esta proclama, al instante todas leván anclas, [7] abandonan Útica y se dirigen al punto ordenado, lo cual procuró al ejército gran abundancia de todas las cosas.

Después de estas acciones Curión se retira al campamento [26] del Bagrada y por aclamación de todo el ejército es proclamado *imperator*⁶³, y al día siguiente conduce el ejército a Útica y establece el campamento cerca de la ciudad. Aún no terminada la fortificación del campamento anuncian [2] los jinetes desde su puesto de guardia que grandes refuerzos de infantería y caballería enviados por el rey se dirigen a Útica; al mismo tiempo se veía a lo lejos una gran nube de polvo y en aquel mismo instante la vanguardia estaba ya a la [3] vista. Alterado por esta situación inesperada, Curión envía delante la caballería para que haga frente al primer ataque y retrase la marcha; él mismo retira rápidamente las legiones [4] de las obras y forma la línea de combate. Entablan combate los jinetes y, antes de que las legiones pudieran desplegarse completamente y ocupar sus puestos, ponen en fuga a todas las tropas del rey, imposibilitadas para defenderse y desordenadas porque habían hecho el camino sin ninguna formación y sin temer un ataque⁶⁴; y, aunque toda la caballería quedó casi incólume porque se retiró rápidamente a la ciudad por la orilla del mar, murió gran número de infantes.

[27] En la noche siguiente, dos centuriones marsos se pasaron con veintidós soldados de su manípulo del campamento [2] de Curión al de Atio Varo. Éstos, bien porque lo creyeran cierto, bien por halagar a Varo (pues lo que deseamos lo creemos gustosamente y esperamos que los demás sientan lo que nosotros sentimos), aseguran firmemente que todo el ejército es hostil a Curión y que es preciso colocar el ejército [3] frente a frente y dar posibilidad de comunicarse. Inducido Varo por esta opinión, al amanecer del día siguiente saca las legiones del campamento. Lo mismo hace Curión y ambos forman sus tropas separadas solamente por un pequeño valle.

[28] En el ejército de Varo estaba Sexto Quintilio Varo, del que ya hemos dicho que estuvo en Corfinio⁶⁵. Dejado en libertad entonces por César, había ido a África; por otra parte, Curión había llevado las legiones que en tiempo anterior César había incorporado en Corfinio, de modo que las formaban las mismas centurias y manípulos, cambiados solamente unos pocos centuriones⁶⁶. Aprovechando esta oportunidad [2] de dirigirse a ellos, Quintilio empezó a recorrer la formación de Curión y a suplicar a los soldados que no abandonaran el recuerdo de su primer juramento que habían prestado ante Domicio y ante él mismo como cuestor y que no llevaran las armas contra los que habían sufrido la misma suerte y habían padecido lo mismo durante el cerco⁶⁷, ni lucharan por aquéllos que por afrenta les llamaban desertores. Añadió a estas palabras otras pocas para excitar su esperanza [3] en las recompensas que debían alcanzar de su liberalidad si le seguían a él y a Atio. Pronunciado este discurso, el ejército de Curión no dio señales en un sentido ni en otro, y así cada uno volvió sus tropas al campamento.

Pero en el campamento de Curión un gran temor se apoderó [29] de todos los ánimos. Este temor aumentó rápidamente por los diferentes rumores; pues cada uno se forjaba sus opiniones y a lo que había oído a otro añadía algo de su propio temor. Cuando la opinión de uno se había extendido [2] a muchos y había pasado de uno a otro, parecían muchos sus autores ***⁶⁸.

Por estas razones Curión convocó un consejo de guerra [30] y puso a deliberación la situación general. Algunos pareceres [2] expresados proponían que por todos los medios había que hacer un esfuerzo y asaltar el campamento de Varo, porque pensaban que el ocio era lo más pernicioso para situaciones de esta clase; decían que en último término era preferible probar con valor la fortuna de la guerra en un combate que sufrir la muerte abandonados y traicionados [3] por los suyos. Algunos proponían que después de media noche

debían iniciar la retirada al Campamento Cornelio para que con más tiempo se sosegaran los ánimos de los soldados; además, si sucedía algo grave, la retirada a Sicilia se presentaba más segura y fácil por la gran cantidad de naves⁶⁹.

[31] Curión desaprobaba ambos proyectos diciendo que el valor que le sobraba al uno le faltaba al otro; unos proponían una huida vergonzosa, otros creían que se debía luchar [2] incluso en lugar desfavorable. «¿En qué confiamos, decía, para poder tomar un campamento fortificadísimo por su posición [3] natural y por sus obras de defensa? ¿Qué ganamos si después de sufrir un grave daño abandonamos el ataque al campamento? ¡Como si el éxito de las operaciones no atrajera la adhesión del ejército a los jefes y las derrotas el odio! [4] Por otra parte, ¿qué significa el cambio de campamento sino la huida vergonzosa, la pérdida de toda esperanza y la desafección del ejército? Pues no conviene que los buenos soldados sospechen que se confía poco en ellos ni que los malos sepan que se les teme, porque nuestro temor aumenta la [5] audacia de unos y disminuye la diligencia de los otros. Porque si ya hemos investigado lo que se dice respecto a la poca adhesión del ejército, cosa que yo creo o completamente falsa, o al menos menor de lo que se cree, ¿no es mejor disimularlo y ocultarlo que confirmarlo nosotros mismos? [6] ¿Acaso no se ha de ocultar la debilidad del ejército como las heridas del cuerpo para no aumentar la esperanza de los [7] enemigos? Pero añaden además que nos pongamos en camino a media noche, quizá, creo yo, para que tengan mayor libertad los que desean faltar a su deber. Pues las acciones de este género se cohiben por la vergüenza y el miedo, sentimientos que no surgen durante la noche. Por lo cual, ni soy [8] tan temerario como para proponer que se debe atacar el campamento enemigo sin ninguna esperanza, ni tan tímido que yo mismo pierda el ánimo: considero que antes debemos probar todo y confío en que junto con vosotros podré

enseguida formarme, a grandes rasgos, un juicio sobre la situación».

Terminado el consejo manda reunir a los soldados. Les [32] recuerda cuánta fue su adhesión a César en Corfinio y cómo por sus servicios y su ejemplo había hecho suya gran parte de Italia. «En efecto, después, todos los municipios os siguieron [2] a vosotros y a vuestra acción y no sin motivo César os juzgó muy amistosamente y los enemigos, muy severamente. Pues Pompeyo, sin haber sido vencido en combate, [3] abandonó Italia desanimado por el precedente de vuestra acción; César confió a vuestra lealtad no sólo a mí, su muypreciado amigo, sino también las provincias de Sicilia y África, sin las que no es posible defender Roma e Italia. Algunos [4] os exhortan a que nos abandonéis, porque ¿qué más pueden desear sino perdernos a nosotros y al mismo tiempo cargar sobre vosotros un crimen nefando?⁷⁰, ¿y qué peor sentimiento pueden abrigar en su ira que el de que traicionéis a los que creen que os deben todo y caigáis en poder de quienes os juzgan causa de su perdición? ¿No han llegado a [5] vuestros oídos los éxitos de César en Hispania: dos ejércitos deshechos, dos generales vencidos, dos provincias sometidas? y todo esto en cuarenta días a partir de aquél en que [6] César se puso frente al enemigo⁷¹, ¿Acaso los que no han podido resistir antes de sufrir pérdida alguna podrían resistir ya derrotados? Además, vosotros que seguisteis a César cuando la victoria estaba indecisa ¿vais a seguir al vencido cuando ya se ha decidido la fortuna y debierais recoger el [7] premio de vuestros servicios? Dicen que los habéis abandonado y traicionado y os recuerdan vuestro anterior juramento. [8] Pero, ¿abandonasteis vosotros a Domicio, o fue Domicio el que os abandonó a vosotros? ¿No os dejó él cuando estabais dispuestos a sufrir la suerte más desgraciada? ¿No buscó la salvación en la huida sin vuestro conocimiento? ¿No conservasteis la vida, después de su traición, por beneficio [9] de César? ¿Cómo hubiera podido

obligaros a mantener el juramento cuando, abandonadas las fasces y perdido el *imperium*⁷², él mismo, ya un simple particular y, más aún, prisionero, [10] había caído en poder de otro?⁷³. Existe aún una manera nueva de lealtad, la de que olvidéis el juramento al que estáis sujetos y os sintáis sujetos por el que fue anulado por la entrega del general y la pérdida de sus derechos de [11] ciudadanía. Pero, supongo que, contentos con César, no estáis satisfechos de mí. No voy a exponer mis méritos para con vosotros que hasta ahora ciertamente son menores que mis deseos y que vuestras esperanzas; sin embargo, siempre los soldados han pedido el premio de sus servicios con el resultado de la guerra, del cual ni siquiera vosotros dudáis. ¿Por qué he de callar mi diligencia o mi fortuna al menos en lo que he alcanzado hasta ahora? ¿Acaso lamentáis que haya [12] transportado el ejército salvo e incólume sin perder ni una sola nave?, ¿que a mi llegada haya puesto en fuga al primer ataque la escuadra enemiga?, ¿que haya vencido en combate ecuestre dos veces en dos días?, ¿que haya sacado doscientas naves de carga del interior del puerto enemigo y haya colocado a éste en situación de no poder recibir víveres ni por tierra ni por mar? ¿Abandonáis esta fortuna y estos generales [13] y vais a seguir la ignominia de Corfinio, la huida de Italia, la entrega de las dos Hispanias y estos primeros resultados de la guerra de África? Ciertamente yo he querido que [14] se me llamara soldado de César, vosotros me proclamasteis *imperator*. Si os arrepentís de ello, os devuelvo vuestro beneficio; devolvedme vosotros mi nombre para que no parezca que me habéis concedido un honor por afrenta».

Conmovidos los soldados por este discurso, incluso interrumpieron [33] frecuentemente a Curión mientras hablaba, de modo que parecía que soportaban con gran dolor la sospecha de deslealtad; es más, cuando se retiró de la asamblea, todos le exhortaron a que tuviera gran confianza y no dudara en entablar combate y probar su lealtad y valor.

Cambiados [2] por este hecho los sentimientos y opiniones de todos, decide con la aprobación general entablar combate tan pronto como se presente ocasión y al día siguiente saca a los soldados del campamento y forma la línea de combate en el mismo lugar en que había acampado los días anteriores. Atio Varo tampoco [3] vacila en sacar sus tropas para no perder la oportunidad, si se presenta la ocasión de atraerse a los soldados o de luchar en posición ventajosa.

[34] Como ya se ha dicho⁷⁴ había entre los dos ejércitos un valle no muy grande, pero de pendiente escarpada y difícil. Cada uno de ellos esperaba que las tropas enemigas intentaran atravesarlo, para entablar combate en posición favorable [2] ***⁷⁵. Al mismo tiempo por el ala izquierda de Publio Atio se veía descender al valle toda la caballería y, mezcladas [3] con ella, muchas tropas ligeras. Curión envió contra ellos la caballería y dos cohortes de marrucinos; los jinetes enemigos no pudieron resistir el primer ataque, sino que huyeron a rienda suelta; abandonadas por éstos, las tropas ligeras que habían avanzado con ellos iban siendo cercadas y muertas [4] por los nuestros. Todo el ejército de Varo vuelto hacia allí veía la huida y muerte de los suyos. Entonces Rébilo, legado de César a quien Curión había traído consigo desde Sicilia, porque conocía su pericia militar, dijo: «Curión, ves aterrorizado al enemigo, ¿por qué dudas en aprovechar esta ocasión?» [5] Entonces Curión, diciendo solamente a los soldados que tuvieran presente lo que le habían prometido el día anterior, ordena que le sigan y avanza delante de todos. Era el valle tan áspero que los primeros no podían apenas subir sino [6] ayudados por los suyos. Pero, ofuscado el ánimo de los soldados de Atio por el temor, la huida y la matanza de los suyos, no pensaban en hacer frente y todos se creían ya rodeados por la caballería. Así pues, antes de que se pudiera arrojar un dardo o que los nuestros se aproximaran, toda la formación de Varo volvió la espalda y se retiró al campamento.

[35] Durante la huida, Fabio Peligno, uno de los centuriones de grado inferior⁷⁶ del ejército de Curión, alcanzando la vanguardia de los fugitivos, a grandes voces llamaba a Varo por su nombre de modo que parecía que era uno de sus soldados y que quería decirle o advertirle algo. Al oír su nombre [2] repetidas veces Varo volvió la cabeza, se detuvo y le preguntó quién era y qué quería; entonces trató de herirle con la espada en el hombro descubierto y poco faltó para que lo matara; Varo evitó este peligro levantando el escudo para parar el golpe. Fabio, rodeado por los soldados próximos, fue muerto. Las puertas del campamento quedaron [3] ocupadas por la multitud desordenada de fugitivos y el camino obstruido, y en aquel lugar murieron más sin heridas que en el combate y en la huida; faltó poco para que fueran expulsados también del campamento y algunos sin detenerse se dirigieron a la ciudad. Pero la posición natural y la fortificación [4] del campamento impedían el acceso a éste, además de que los soldados de Curión, que habían salido para combatir, carecían de los pertrechos necesarios para asaltar el campamento. Así pues, Curión retiró el ejército a su campamento [5] sin ninguna pérdida, excepto Fabio; de los enemigos murieron aproximadamente seiscientos y quedaron heridos mil; todos éstos después de la marcha de Curión y muchos además que simulaban estar heridos se retiraron, por temor, del campamento a la ciudad. Al advertir esto Varo [6] y conocer el terror del ejército, dejó en el campamento a un trompeta⁷⁷ y unas pocas tiendas para apariencia y en la tercera vigilia⁷⁸ llevó en silencio el ejército a la ciudad.

Al día siguiente Curión decide cercar a Útica y rodearla [36] con una estacada. Había en la ciudad una multitud deshabitada a la guerra por la larga duración de la paz; los habitantes de Útica tenían la mejor disposición de ánimo para César por algunos beneficios recibidos de él; la comunidad de ciudadanos romanos estaba compuesta de elementos diversos; el miedo era grande a consecuencia de los últimos combates.

[5] Así pues, todos hablaban ya abiertamente de la entrega y trataban con Publio Atio para evitar que con su obstinación [6] trastornara la suerte de todos. Cuando se llevaban a cabo estas negociaciones, llegaron unos mensajeros enviados por el rey Juba para anunciar que aquél estaba a punto de llegar con grandes tropas y para exhortarlos a que custodiaran y defendieran la ciudad. Este mensaje tranquilizó los ánimos aterrorizados.

[37] Comunicaban estas mismas noticias a Curión, pero durante algún tiempo no podía darles crédito; tan gran confianza [2] tenía en su fortuna. Ya se extendían por África, por medio de cartas y mensajeros, los triunfos de César en Hispania. Engreído con todo esto, no creía que el rey osara nada [3] contra él. Pero cuando supo de fuente segura que las tropas del rey estaban a menos de veinticinco mil pasos⁷⁹ de Útica, abandonó las fortificaciones y se retiró al campamento [4] Cornelio. Allí empezó a acopiar trigo, a fortificar el campamento, a transportar madera, y enseguida envió órdenes a Sicilia para que le fueran enviadas las dos legiones y el resto [5] de la caballería⁸⁰. El campamento era muy apropiado para hacer una guerra defensiva, por la naturaleza del lugar, las fortificaciones, la proximidad del mar y la abundancia de agua y sal, de la que había allí gran cantidad llevada de las [6] salinas próximas. No podía faltar madera por la gran cantidad de árboles, ni trigo, del que estaban llenos los campos. Así pues, con el asentimiento de todos los suyos Curión se disponía a esperar las restantes tropas y mantenerse a la defensiva.

Dispuestos estos preparativos y aprobados los planes, [38] oye decir a algunos desertores de la ciudad que Juba, requerido por una guerra fronteriza y por las disputas de los leptitanos⁸¹, se había quedado en su reino, y que Saburra, su lugarteniente, enviado con escasas tropas, se aproximaba a Útica. Dando crédito temerariamente a estos informadores, [2] cambia su proyecto y decide entablar combate. Favorecía mucho esta

decisión su juventud, su ímpetu, los éxitos anteriores y su confianza en la victoria. Impulsado por estos motivos, [3] envía al anochecer toda la caballería al campamento enemigo en el río Bagra, al frente del cual estaba Saburra, de quien antes se había oído hablar; pero el rey iba detrás con todas las tropas y había acampado a seis mil pasos⁸² de Saburra. Los jinetes enviados hacen el camino durante la [4] noche y atacan a los enemigos sin que éstos lo advirtieran ni lo sospecharan. En efecto, los nómadas por cierta costumbre propia de los bárbaros, habían acampado dispersos sin orden alguno. Los atacan en pleno sueño y diseminados; matan [5] gran número de ellos y muchos huyen aterrorizados. Después de esta acción los jinetes vuelven a reunirse con Curión y le llevan los prisioneros.

Curión había salido con todas las tropas al amanecer, dejando [39] cinco cohortes para guarnición del campamento. Cuando había avanzado seis mil pasos se reunió con los jinetes; supo lo sucedido; preguntó a los cautivos quién mandaba el campamento de Bagra; le respondieron, que Saburra. En [2] su afán de acabar la marcha, dejó de hacer otras averiguaciones, y volviéndose hacia los próximos manípulos, dijo: «¿no veis, soldados, que las palabras de los prisioneros están de acuerdo con las de los desertores? El rey no está; han sido enviadas escasas tropas que no han podido hacer frente [3] a unos pocos jinetes. Por tanto, id rápidamente al botín, a la gloria, que empecemos ya a pensar en vuestra recompensa y [4] en mostraros nuestro agradecimiento. Era grande de suyo lo que habían hecho los jinetes, sobre todo si se comparaba su pequeño número con tan gran multitud de nómadas. Sin embargo, narraban esto exageradamente, porque los hombres [5] suelen hablar con gusto de sus glorias. Además llevaban muchos despojos, conducían infantes y jinetes prisioneros, de modo que el tiempo que transcurría hasta el combate parecía retrasar la victoria. Así, el afán de los soldados no era [6] menor que la esperanza de Curión. Ordena

a los jinetes que le sigan y acelera la marcha para poder atacar al enemigo, aún aterrorizado a consecuencia de la reciente fuga. Pero los jinetes, agotados por la marcha de toda la noche, no podían seguirle y se iban deteniendo cada uno en un sitio. Ni siquiera esto aminoraba la esperanza de Curión.

[40] Informado Juba por Saburra del combate nocturno, envió a Saburra dos mil jinetes hispanos y galos que solía tener cerca de sí para su custodia personal, y la parte de infantería en la que tenía mayor confianza; él seguía más lentamente [2] con el resto de las tropas y sesenta elefantes. Sospechando Saburra que al enviar delante la caballería se presentaría Curión en persona, forma sus tropas de caballería e infantería y les ordena que, simulando temor, cedan poco a poco y se retiren; que él dará la señal de combate cuando sea necesario [3] y ordenará lo que la situación exija. Añadida la impresión de la situación presente a su esperanza anterior, Curión, creyendo que el enemigo huye, lleva sus tropas desde las alturas al campo llano⁸³.

Cuando había avanzado bastante a partir de aquellas alturas, [41] agotado el ejército por la fatiga de una marcha de dieciséis mil pasos⁸⁴, se detuvo. Saburra da la señal a los suyos, [2] forma la línea de combate y empieza a recorrer las formaciones y arengarlas; pero utiliza la infantería solamente de lejos para apariencia y envía los jinetes al combate. Curión responde a la situación y exhorta a los suyos a que [3] pongan toda la esperanza en el valor. Tampoco falta ardor y valor en el combate a los infantes, aunque cansados, ni a los jinetes, aunque pocos y agotados por la fatiga; pero éstos no eran más que doscientos; los restantes se habían ido quedando en el camino. Por donde atacaban, obligaban a los [4] enemigos a retroceder, pero ni podían perseguir a distancia a los fugitivos ni forzar demasiado a los caballos. En cambio [5] la caballería enemiga empieza a rodear nuestra formación por ambos lados y arrollar a los nuestros por la espalda. Cuando algunas cohortes se adelantaban a la formación, los [6] númidas

descansados evitaban el ataque de los nuestros con su rapidez y de nuevo los rodeaban y los separaban de la formación cuando se retiraban a sus puestos. Así, no parecía seguro ni mantenerse en su puesto y conservar la formación, ni avanzar y afrontar la suerte. Las tropas enemigas aumentaban [7] con los refuerzos enviados por el rey continuamente; a los nuestros, de puro cansados, les faltaban las fuerzas; además los heridos no podían salir de la formación ni retirarse a un lugar seguro, porque toda la línea estaba rodeada [8] por la caballería enemiga. Perdiendo la esperanza de salvarse, como suelen hacer los hombres en sus últimos momentos, o lamentaban su muerte o encomendaban sus padres a los que la fortuna pudiera salvar de aquel peligro. Todo era terror y lamentos.

[42] Curión, cuando comprendió que, por estar todos aterrorizados, no eran oídas sus exhortaciones ni sus ruegos, pensando como en caso desesperado que sólo quedaba una esperanza de salvación, ordena ocupar las próximas colinas⁸⁵ y que todos se dirijan allí. Pero la caballería enviada por Saburra [2] las ocupa antes. Entonces ya los nuestros pierden completamente la esperanza, y unos son muertos por la caballería al intentar huir y otros se tiran a tierra sin herida alguna. [3] Gneo Domicio⁸⁶, prefecto de la caballería, que rodeaba a Curión con unos pocos jinetes, le exhorta a que busque la salvación en la huida y se dirija al campamento, y le promete [4] no apartarse de su lado. Pero Curión, asegurando que jamás volverá a presencia de César habiendo perdido el ejército que aquél había confiado a su lealtad, muere peleando. [5] Muy pocos jinetes consiguen retirarse del combate; pero los que se ha dicho que se habían quedado en la retaguardia para dar descanso a los caballos, al advertir de lejos la fuga de todo el ejército, se retiran sin daño al campamento. Los soldados de infantería fueron muertos en su totalidad.

[43] Al conocer lo sucedido, el cuestor Marcio Rufo, que había sido dejado por Curión en el campamento⁸⁷, exhorta a

los suyos a que no pierdan los ánimos. Ellos le suplican encarecidamente que se les reembarque para Sicilia en las naves. Se lo promete y ordena a los capitanes de las naves que al anochecer tengan preparadas todas las lanchas junto a la costa. Pero fue tanto el terror de todos, que unos decían que [2] estaban llegando las tropas de Juba; otros, que se aproximaba Varo con las legiones y que ya veían el polvo levantado por los que caminaban (no sucedía absolutamente nada de esto); otros, sospechaban que la escuadra enemiga llegaría rápidamente. Así pues, atemorizados todos, cada uno miraba por su propia salvación. Los que estaban en la escuadra se [3] apresuraban a partir. La huida de éstos incitaba a los capitanes de las naves de carga; unos pocos barquichuelos se dirigían a cumplir su deber y ejecutar la orden dada. Pero [4] por estar completamente llena la orilla, era tanta la lucha por quiénes conseguirían embarcar entre tan gran número, que algunos de estos barcos se hundieron por el peso de la multitud; los demás, por temor de que les sucediera lo mismo, no se atrevían a aproximarse.

A consecuencia de ello, sucedió que unos pocos sórdidos [44] y padres de familia, por amistad o por compasión o porque pudieron alcanzar las naves a nado, fueron embarcados y llegaron a Sicilia incólumes. Las restantes tropas, por la noche, enviaron sus centuriones como embajadores a Varo y se entregaron a él. Al día siguiente Juba vio a los soldados [2] de estas cohortes delante de la ciudad y, diciendo públicamente que eran botín suyo, ordenó matar a gran parte de ellos y envió a su reino a unos pocos escogidos, y aunque Varo se quejaba de que éste violara su promesa, no se atrevía a oponerse. Juba entró a caballo en la ciudad acompañado [3] de muchos senadores, entre los que se encontraban Ser vio Sulpicio y Licinio Damasipo⁸⁸, y en Útica decidió y ordenó en pocas palabras lo que quería que se hiciera, y pocos días después se retiró a su reino con todas las tropas⁸⁹.

¹ Los acontecimientos que se narran en la primera parte del libro II son simultáneos con los acaecidos en Lérída. La acción retoma la situación del asedio de Marsella tal como la habíamos dejado en I 58.

² Cf. I 36, 5.

³ Unos 24 m.

⁴ Unos 3'5 m.

⁵ Unos 30 cm.

⁶ Se trata de una galería móvil y cubierta para facilitar el trabajo de los zapadores, pero de mayor tamaño que los manteletes. No debe confundirse con la formación defensiva que adoptan las unidades legionarias sobreponiendo los escudos sobre las cabezas y que recibe el mismo nombre.

⁷ Unos 18 m de longitud.

⁸ Normalmente se recubrían de arcilla, pieles y sacos mojados.

⁹ Carecemos de otras informaciones sobre este comandante pompeyano.

¹⁰ Cf. I 30-31.

¹¹ Hay que entender que se trata del senado de la ciudad.

¹² Cf. I 58.

¹³ Se ha identificado con Le Brusq y con Tarente.

¹⁴ Cf. I 36, 4.

¹⁵ Posiblemente el 31 de julio.

¹⁶ Se trataba, por tanto, de una torre cuadrada de nueve metros de lado, con paredes de metro y medio de espesor.

¹⁷ 1'2 m.

¹⁸ Unos 18 m.

¹⁹ Unos 60 cm.

²⁰ Un metro y 20 cm, aproximadamente.

²¹ 1'5 m.

²² Unos 60 cm.

²³ Unos 7 cm.

²⁴ Cintas de lana blanca o roja con las que se cubrían la cabeza y las manos los sacerdotes y los suplicantes.

[25](#) Era proverbial la cultura de los marseleses, como era de suponer en una antigua colonia griega fundada en torno al 600 a. C.

[26](#) Tal como se indica en el cap. I 1, el ataque a Marsella se realizaba desde dos puntos diferentes.

[27](#) 1'8 m, más o menos.

[28](#) Hay que entender que se trata de la continuación de la obra de minado o de la construcción de una nueva torre.

[29](#) Cf. I 38.

[30](#) Obsérvese, sin embargo, que Varrón, pese a las vacilaciones que le imputa César, había actuado en plena colaboración con Petreyo y Afranio (I 38).

[31](#) La actual Sevilla.

[32](#) Situado en la isla de Sancti Petri, a unos 20 Km al sur de Cádiz, era uno de los templos más famosos de la Antigüedad. En realidad era un templo dedicado al dios fenicio Melkart, al que se había sobrepuesto el culto de Hércules.

[33](#) Siendo la equivalencia de la libra de 327 g, el total alcanza los 6.540 Kg de plata.

[34](#) Un modio equivale a unos 8'78 litros; por tanto, algo más de 1.050.000 litros.

[35](#) Según Schulten, el primitivo emplazamiento de Cádiz se encontraba en la isla de San Sebastián, lugar donde se produjo el asentamiento fenicio. La Cádiz romana, en el emplazamiento actual, es una fundación de Lucio Cornelio Balbo y no se remonta más allá del año 20 a. C.

[36](#) No sin razón se ha resaltado frecuentemente el carácter irónico con que se refiere César a estos planes de Varrón, quien en ningún caso parece que se planteara la posibilidad real de hacerle frente.

[37](#) Llamadas así por estar formadas por habitantes de una colonia.

[38](#) Legión formada por ciudadanos nacidos en una provincia o, simplemente, por provinciales que pretendían alcanzar la ciudadanía a través del servicio militar.

[39](#) Actual Santiponce, a unos 8 Km de Sevilla.

[40](#) Sexto Julio César, sobrino segundo del dictador, tras participar en la campaña de Hispania, fue cuestor en el 48 y luego, siendo gobernador de Siria, murió asesinado en el 46.

[41](#) Todas estas medidas son la réplica a las disposiciones tomadas por Varrón y de las que se da cuenta en el cap. 18.

[42](#) Se calcula que llegó a Tarragona el día 1 de octubre.

[43](#) Existe un punto de irregularidad en este nombramiento, por cuanto un dictador debía ser nombrado por un cónsul a través de un senadoconsulto. Es posible que la ley propuesta otorgara la facultad del nombramiento a un pretor en ausencia de los cónsules. Marco Emilio Lépido es el futuro triúnviro y *magister equitum* de César. Cónsul en el 46, alcanzará un primer lugar en la política romana a partir de la muerte de César.

[44](#) Cf. I 56-58 y II 3-7.

[45](#) Cf. II 14.

[46](#) La entrega de Marsella debió de producirse el 10 de octubre, en tanto que César no llegó a la ciudad hasta el 25 de octubre.

[47](#) La partida se sitúa en el 5 de agosto y la campaña no dura más de quince días, del 10 al 25 del mismo mes; por tanto, la simultaneidad indicada por el texto no se refiere precisamente a la rendición de Marsella, sino a la campaña de Hispania y al asedio de Marsella en sentido lato.

[48](#) Cf. I 30-31. Obsérvese cómo en I 30, 2, a Curión se le asignan tres y no cuatro legiones.

[49](#) No se ha logrado identificar esta ciudad con exactitud.

[50](#) Unos 32 Km.

[51](#) Actual Kelibia. Al sudeste del cabo Bon.

[52](#) Operaciones llevadas a cabo por Pompeyo en el año 67.

[53](#) Souza, en la actualidad.

[54](#) Partidario de Pompeyo: ya había gobernado como propretor la provincia de África en el año 50.

[55](#) Este cuestor de Curión quizá sea el hijo de Quinto Marcio Rufo, legado de Craso en la guerra contra Espartaco.

[56](#) Actualmente Medjerda.

[57](#) Promontorio que debe su nombre a que Publio Cornelio Escipión el Africano colocó en él su campamento en el curso de la Segunda Guerra Púnica.

[58](#) 1'5 Km, aproximadamente.

[59](#) Unos 9 Km.

[60](#) Por el nombre del dios fenicio Bel o Baal.

[61](#) Pompeyo había favorecido el acceso al trono de Numidia al padre de Juba, Hiémpsal, en el año 81.

[62](#) Esta propuesta remontaba al año anterior, el 50, y era por tanto muy reciente.

⁶³ El título de *imperator* ‘general victorioso’ era una distinción más o menos espontánea con que los soldados distinguían a su comandante tras una gran victoria. Reservada en principio para el comandante en jefe, durante la Guerra Civil se otorgó corrientemente a los simples legados. Es evidente que el alcance de una victoria no siempre es diáfano para los soldados que bien pueden quedar impresionados por algún aspecto muy especial; así parece suceder en esta ocasión en que la magnitud de la victoria se ve sobredimensionada por la gran rapidez demostrada por Curión.

⁶⁴ Tenemos aquí un ejemplo más de la importancia de la disciplina y la formación en la guerra antigua.

⁶⁵ Cf. I 23, 2-3.

⁶⁶ Es decir, que eran tropas que pocos meses antes servían en el bando de Pompeyo.

⁶⁷ Se trata naturalmente del cerco de Corfinio (cf. I 16-23).

⁶⁸ El resto del capítulo está profundamente deturpado. En general el sentido del texto va en la línea de comentar las peculiaridades de una contienda civil, continuos cambios de bando, pueblos divididos, dobles dependencias, favores recibidos y la inquietud de los mandos por la desertión y la indisciplina.

⁶⁹ Cf. 25, 6-7.

⁷⁰ El crimen nefando sería la traición, que en este caso no existiría, pues según el derecho de guerra vigente en la antigüedad los soldados no tenían obligación de obediencia para con un general vencido.

⁷¹ Parece evidente que la cronología no cuadra puesto que la campaña de Curión tiene lugar entre el día 5 y el 20 de agosto, de manera que cuando pronunció este discurso no podía tener conocimiento de la campaña desarrollada por César en la Hispania Ulterior que no dio por acabada hasta el 25 de septiembre; es decir, más de un mes después del discurso de Curión.

⁷² Las fasces, manojos de varas que llevaban en su centro un hacha y que eran portadas por los lictores, eran el símbolo del mando (*imperium*) asociado a determinadas magistraturas.

⁷³ Cf. nota 69.

⁷⁴ Cf. cap. 27, 3.

⁷⁵ El texto presenta una pequeña laguna en este punto.

⁷⁶ Perteneciente, por tanto, a cualquier cohorte, excepto la primera (cf. libro I, nota 180).

⁷⁷ Para dar los toques reglamentarios del cambio de vigilia y dar así una sensación de normalidad.

⁷⁸ Entre la medianoche y las dos de la madrugada.

[79](#) Unos 37 Km, lo que equivale a una jornada de marcha.

[80](#) Cf. 23, 1.

[81](#) Habitantes de *Leptis Minor*; la actual Lemta (o Lamta), a 39 Km al sur de Monastir.

[82](#) Unos 9 Km; distancia suficiente para no ser detectado por los que iban a atacar el campamento de Saburra.

[83](#) El campo de batalla hay que situarlo en el valle del río Medjerda, en los alrededores de la ciudad de Djedeida.

[84](#) 23,5 Km.

[85](#) Los altos de Chaouat.

[86](#) Este Gneo Domicio no debe ser confundido con el pompeyano Lucio Domicio Enobarbo, al que ya hemos visto participar en los sitios de Corfinio (I 15-23) y de Marsella (I 34-36; 56-58; II 3 y 22).

[87](#) Cf. cap. 39, 6.

[88](#) Carecemos de más información sobre Servio Sulpicio; en cambio, a Licinio Damasipo volveremos a encontrarlo en la campaña de África (*BAf* 89 y 96).

[89](#) La victoria de Juba fue acogida con gozo por Pompeyo y por el senado reunido en Macedonia que se apresuraron a nombrarlo amigo y aliado del pueblo romano. César, en cambio, lo declaró enemigo público.

LIBRO TERCERO

SINOPSIS

AÑO 48

- [1-2](#). César toma en Roma medidas económicas y judiciales y se dirige a Brindis. Composición de sus fuerzas.
- [3-5](#). Las fuerzas de Pompeyo.
- [6-9](#). César embarca en Brindis y tras burlar la vigilancia enemiga logra desembarcar en la costa opuesta. Escaramuzas navales y terrestres.
- [10-13](#). Nuevos intentos negociadores de César. Se apodera de diversas ciudades costeras. Pompeyo marcha hacia Durazo.
- [14-19](#). Dificultades cesarianas para transportar al resto del ejército. Algunos comandantes pompeyanos promueven tácticas dilatorias con el pretexto de querer negociar. Fracasan los intentos de negociación.
- [20-22](#). El pretor Celio Rufo provoca alteraciones en Roma y en Italia.
- [23-30](#). La escuadra pompeyana intenta bloquear el puerto de Brindis. César reclama el envío de refuerzos. La escuadra cesariana logra, con dificultades y fortuna, burlar a la escuadra adversaria y desembarcar un nuevo

contingente de tropas. Pompeyo no logra impedir la conjunción de los dos cuerpos de ejército.

[31-33](#). Actividades de Escipión en Siria. Acude a la llamada de Pompeyo.

[34-38](#). Disputas por el control de Etolia y Macedonia entre los legados de César y Pompeyo. Conatos de enfrentamiento entre Domicio y Escipión.

[39-40](#). Acciones de Gneo Pompeyo, hijo, en Órico y Liso.

[41-54](#). Guerra de posiciones en torno a Durazo, centro de operaciones pompeyano. César bloquea con fortificaciones la posición de Pompeyo y lo aísla de Durazo. Contramedidas de Pompeyo. Dificultades de aprovisionamiento en ambos ejércitos. Escaramuzas diversas.

[55](#). El legado cesariano Quinto Caleno toma el control de Acaya.

[56-57](#). Los dos ejércitos siguen en sus posiciones anteriores. Vanas tentativas de entablar un combate en campo abierto. Intento de negociación de César.

[58-72](#). La información suministrada por unos desertores alóbroges le permite a Pompeyo romper el cerco y poner en grave aprieto a César, que sufre una clara derrota. Euforia pompeyana.

- [73-81](#). César arenga a sus tropas y se retira hacia Asparagio y Apolonia. Pompeyo sale en su persecución. César cambia de planes y marcha hacia el interior para reunirse con el ejército de Domicio. Unidos los dos cuerpos de ejército, entran en Tesalia y se apoderan de Golfos y Metrópolis.
- [82-83](#). Pompeyo llega a Tesalia y une su ejército con el de Escipión. Continúa la euforia entre los pompeyanos.
- [84-89](#). Prolegómenos de la batalla de Farsalia. Arengas. Composición y disposición de los dos ejércitos.
- [90-94](#). Batalla de Farsalia. Error táctico de Pompeyo, victoria de César y huida de aquél.
- [95-99](#). Aprovechamiento del éxito y claudicación de los restos del ejército pompeyano. Balance de la batalla.
- [100-101](#). Nuevo intento de bloquear Brindis. Golpe de mano pompeyano contra Sicilia. Efectos de la noticia de Farsalia.
- [102-104](#). Itinerario de Pompeyo en su ruta hacia Egipto. Asesinato de Pompeyo a manos de la camarilla real.
- [105-106](#). César en Asia. Continúa su marcha hacia Egipto. Problemas en Alejandría.

[107-108](#). César reclama el envío de refuerzos y decide intervenir en el problema dinástico egipcio. Descripción de la situación político-administrativa de Egipto.

[109-112](#). Movimientos del ejército real y fracaso de un intento de negociación. Composición del ejército egipcio. Aquilas, comandante del ejército real, inicia las hostilidades. Lucha por el control de Alejandría. César se apodera de la isla de Faro. Empieza la Guerra de Alejandría.

Presidiendo César los comicios en su calidad de dictador¹, [1] fueron elegidos cónsules Julio César y Publio Servilio². Precisamente éste era el año en que las leyes permitían que César fuera cónsul³. Terminados los comicios, puesto [2] que el crédito andaba bastante escaso en toda Italia y no se satisfacían las deudas, determinó que se nombrasen árbitros y que éstos hicieran una tasación de lo que antes de la guerra costaban las propiedades y objetos, y que esta tasación se la entregasen a los acreedores. Juzgó que esto era lo más [3] conveniente para quitar o reducir el temor de nuevas tablas de cancelación de deudas, temor que de manera general suele seguir a las guerras y a los disturbios internos; y también para proteger el crédito de los deudores. Igualmente restituyó [4] en su totalidad, bajo propuesta hecha al pueblo por los pretores y tribunos de la plebe, a algunos condenados por cohecho con arreglo a la ley Pompeya⁴, en aquellos tiempos en los que Pompeyo había tenido en Roma una guarnición de sus legiones (estos juicios eran concluidos en el mismo día, pero eran distintos los jueces que oían la causa de los que pronunciaban la sentencia). Estas personas se habían ofrecido a César al principio de la guerra civil por si quería utilizar en ésta su ayuda, y puesto que se habían ofrecido, [5] César obró como si realmente hubiera usado de ellos. Había decidido que la restitución de éstos debía ser por decisión del pueblo, y no que pareciese un beneficio suyo, temiendo que se le juzgase o ingrato en la devolución del favor o arrogante al apropiarse un beneficio del pueblo.

[2] Dedicó once días⁵ a estos asuntos, a la celebración de las Ferias Latinas⁶ así como a la de todos los comicios⁷. [2] Abdicó la dictadura, salió de Roma y llegó a Brindis⁸, pues había ordenado que se reunieran en este punto doce legiones y toda la caballería. Encontró, sin embargo, tan pocas naves que estrechamente pudieron transportarse quince mil soldados legionarios y seiscientos jinetes. Solamente la escasez de

naves impidió a César la rápida terminación de la guerra. [3] Incluso estas mismas tropas embarcan bastante incompletas, porque muchos soldados habían caído en las numerosas guerras en la Galia; el largo camino desde Hispania había producido gran número de bajas, y el duro otoño, pasado en Apulia y en las cercanías de Brindis por una tropa aclimatada a las sanísimas regiones de la Galia e Hispania, había minado la salud de todo el ejército⁹.

Pompeyo, habiendo conseguido un año para preparar sus [3] tropas, tiempo que había transcurrido sin guerra y en el que había estado libre de enemigo, había reunido una gran escuadra de Asia, de las islas Cícladas¹⁰, de Corcira¹¹, de Atenas, del Ponto, de Bitinia, de Siria, de Cilicia¹², de Fenicia y de Egipto; había procurado construir entre todos los lugares otra semejante. Cobró, a título de contribución, grandes cantidades [2] a Asia, Siria y a todos los reyes, régulos y tetrarcas, y pueblos libres de Acaya¹³, y obligó a las sociedades (de publicanos) de aquellas provincias que detentaba a que le entregaran una gran suma.

Había logrado nueve legiones de ciudadanos romanos: [4] cinco que pasó de Italia; una veterana procedente de Sicilia¹⁴, a la que, por estar compuesta de dos, llamaba gemela; una reclutada en Creta y Macedonia, compuesta de soldados veteranos, que, licenciados por sus anteriores generales, se habían establecido en estas provincias; dos de Asia que [2] había alistado el cónsul Léntulo. Además, como suplemento, distribuyó en las legiones gran número de soldados de Tesalia, de Beocia, de Acaya y de Epiro¹⁵. Entre éstos había [3] mezclado a los soldados del vencido Antonio¹⁶. Además de estas tropas, estaba esperando dos legiones de Siria con su general Escipión. Tenía tres mil arqueros de Creta, Lacedemonia, el Ponto y Siria y restantes naciones; dos cohortes de honderos de seiscientos hombres; siete mil soldados de caballería. De este número, Deyótaro¹⁷ había llevado consigo seiscientos gálatas, Ariobarzanes¹⁸, quinientos

capadocios, y un contingente similar de tracios le proporcionó Coto¹⁹, [4] quien además envió a su hijo Sádala. Tenía doscientos macedonios a quienes mandaba Rascópolis²⁰, hombre de gran valor; Pompeyo hijo²¹ había traído en la escuadra quinientos galos y germanos de Aulo Gabinio, que estaban en Alejandría, y que Gabinio había dejado al rey Tolomeo como escolta²²; había reunido de sus siervos y pastores ochocientos; Tarcundario Castor²³ y Donilao²⁴ le proporcionaron trescientos [5] de Galogrecia²⁵, uno de ellos había venido con las tropas y el otro envió a su hijo; Comageno Antíoco²⁶, a quien Pompeyo concedió grandes premios, envió desde Siria doscientos, de los que la mayor parte eran arqueros a caballo. Añadió [6] a éstos dárdanos y besos²⁷, bien mercenarios, bien reclutados por su prestigio militar o por amistad, e igualmente macedonios, tesalios y de las restantes razas y ciudades; y así completó aquel número ya indicado.

[5] Había preparado una gran cantidad de trigo procedente de Tesalia, Asia, Egipto, Creta y Cirene²⁸, y de las restantes [2] regiones; había decidido invernar en Durazo, Apolonia²⁹ y en todas las demás ciudades de la costa, para impedir a César pasar el mar; con este motivo había colocado la escuadra [3] por todo el litoral. Pompeyo hijo mandaba las naves egipcias; Décimo Lelio y Gayo Triario³⁰, las asiáticas; Gayo Casio³¹, las de Siria; Gayo Marcelo y Gayo Coponio³², las de Rodas; Escribonio Libón y Marco Octavio³³, la escuadra [4] de Liburnia³⁴ y Acaya. Sin embargo, estaba puesto al frente de toda la acción marítima Marco Bíbulo³⁵ y a éste correspondía el mando supremo.

César, cuando llegó a Brindis, exhortó a los soldados diciendo [6] que, puesto que se había llegado casi al fin de los trabajos y peligros, dejaran tranquilamente en Italia los esclavos y el bagaje; y que embarcasen en las naves ellos mismos desembarazados a fin de que pudiese embarcarse mayor número de soldados; y que esperasen todo de la victoria

y de su liberalidad; todos gritaron a un tiempo que mandase lo que quisiese; que cualquier cosa que mandase ellos lo harían con ánimo sereno; levó anclas el día anterior a las nonas de enero (4 de enero), embarcando siete legiones, [2] como ya se ha dicho³⁶. Al día siguiente tocó tierra. Encontró [3] un desembarcadero libre de tormentas entre las peñas de Ceraunio³⁷ y otros lugares peligrosos; temiendo arribar a cualquier puerto, pues juzgaba que el enemigo los ocupaba todos, desembarcó en las proximidades de un lugar que se llama Palestes³⁸, sin haber sufrido daño ninguna nave.

Estaban en Órico³⁹ Lucrecio Vespilón y Minucio Rufo⁴⁰ [7] con dieciocho naves asiáticas que mandaban por encargo de Décimo Lelio; Marco Bíbulo con ciento diez naves, en Corcira. [2] Pero ni éstos se atrevieron a salir del puerto confiados en sus fuerzas, aunque César llevaba de protección doce naves de guerra en total, entre las que cuatro eran cubiertas, ni Bíbulo acudió al debido tiempo por no estar las naves en condiciones y hallarse dispersos los remeros, porque César fue visto junto a la costa antes de que el rumor de su venida llegase en absoluto a aquellas regiones.

[8] En aquella misma noche, después de desembarcadas las tropas, César envió de nuevo las naves a Brindis para que las restantes legiones y la caballería pudiesen ser transportadas. [2] El legado Fufio Caleno estaba al frente de esta misión, quien debía poner gran rapidez en el transporte de las legiones. Pero salidas las naves de tierra demasiado tarde y no hallando viento durante la noche, al volver sufrieron daño. [3] Pues informado Bíbulo en Corcira de la llegada de César y esperando poder dar alcance a alguna parte de las naves cargadas, las encontró ya vacías y cogiendo unas treinta descargó en ellas la ira del dolor producido por su descuido y las incendió todas; marineros y patronos de las naves murieron en el incendio de éstas, esperando Bíbulo desalentar a [4] los demás por la magnitud de este castigo. Hecho esto, ocupó a lo largo y a lo ancho con sus naves todos los desembarcaderos y

la costa desde Sasona⁴¹ al puerto de Órico, y colocando las guardias más cuidadosamente, él mismo vigilaba en las naves durante un invierno durísimo, no evitando trabajo alguno, ni desdeñando ningún oficio, ni esperando ayuda si llegaba a trabar combate con César, ***⁴².

Después de la marcha de las naves libúrnicas de Iliria, [9] Marco Octavio vino a Salona⁴³ con las naves que tenía. Allí, incitando a los dálmatas y a otros bárbaros, separó la isla de Isa⁴⁴ del partido de César; pero, no pudiendo mover al consejo [2] de ciudadanos romanos de Salona ni con promesas ni con la advertencia del peligro que corrían, decidió atacar la ciudad. Está la ciudad protegida por su situación natural y por una colina. Pero los ciudadanos romanos, construyendo rápidamente [3] torres de madera, se fortificaron en ellas y, siendo demasiado débiles para resistir por la escasez de hombres, disminuidos además por las heridas, acudieron a un recurso extremo: dieron la libertad a todos los esclavos jóvenes y, cortando los cabellos de todas las mujeres, hicieron cuerdas. Cuando conoció Octavio la decisión de éstos, rodeó [4] la ciudad con cinco campamentos y empezó a estrecharlos, sitiando y atacando al mismo tiempo. Aquéllos, dispuestos a [5] sufrir todo, lo pasaban muy mal, sobre todo por la falta de trigo. Por lo cual, enviando mensajeros a César, le pedían auxilio; las restantes penalidades las aguantaban como podían. Habiendo transcurrido largo tiempo, cuando la prolongación [6] del ataque había hecho más negligentes a los soldados de Octavio, encontrando una oportunidad a la hora del mediodía por la marcha de los de Octavio, colocaron, en el muro a las mujeres y a los niños, a fin de que no se notase nada anormal, y ellos, haciendo formación con aquellos a los que habían dado la libertad recientemente, atacaron el más próximo campamento de Octavio. Conquistado éste, [7] con el mismo ímpetu atacaron otro, después el tercero y el cuarto, y, finalmente, el último; expulsaron a los enemigos de todos los campamentos y obligaron al propio Octavio y a las restantes

tropas a huir a las naves, tras causarles gran [8] número de bajas. Éste fue el resultado del ataque. El invierno iba a entrar y Octavio, después de haber sufrido tan gran derrota, habiendo perdido toda esperanza de atacar la ciudad, se retiró a Durazo junto a Pompeyo.

[10] Ya se ha dicho⁴⁵ que Lucio Vibulio Rufo, prefecto⁴⁶ de Pompeyo, había caído dos veces en poder de César y que fue puesto en libertad por éste: la primera vez en Corfinio, [2] la segunda en Hispania. César, por este beneficio, lo juzgó apropiado para enviarle con una misión cerca de Pompeyo; sabía también César que éste gozaba de gran prestigio ante [3] Pompeyo. El contenido fundamental de la misión era éste: ambos debían poner fin a su obstinación, dejar las armas y [4] no probar más la fortuna. Por ambas partes ya se habían recibido daños bastante importantes, que podían ser considerados como enseñanza y aviso para que temiesen las demás [5] eventualidades. Pompeyo había sido expulsado de Italia, había perdido Sicilia, Cerdeña, las dos Hispanias y 130 cohortes de ciudadanos romanos en Italia e Hispania. El mismo César había sido advertido por la muerte de Curión y el desastre del ejército de África⁴⁷ y también por la entrega del [6] ejército de Antonio en Curicta⁴⁸. Por consiguiente, que no se causasen más daños ni a sí mismos ni a la república. Ellos mismos ya eran bastante prueba, por sus propios desastres, [7] de cuánto poder tiene la fortuna en la guerra. Ésta era la única ocasión para tratar de la paz, mientras ambos confiaban en sus fuerzas y se consideraba igual su poder; si la fortuna ayudaba nada más un poco a uno de los dos, el que se considerase superior no admitiría condiciones de paz ni se consideraría satisfecho con una parte el que confiara en poder poseerlo todo. Puesto que antes no habían podido llegar [8] a un acuerdo, las condiciones de paz debían ser pedidas en Roma al senado y al pueblo romano. Mientras tanto, era preciso [9] que la república y ellos mismos estuviesen de acuerdo en que ambos jurasen en la asamblea que ellos licenciarían el ejército

en los tres días siguientes; depuestas las armas y [10] desechadas las otras ayudas en las que ahora confiaban, necesariamente uno y otro se contentarían con la decisión del senado y el pueblo. Para que Pompeyo pudiese aceptar más [11] fácilmente esto, él licenciaba todas sus tropas y las guarniciones de las ciudades ***⁴⁹.

Después de haber expuesto esto César, Vibulio consideró [11] no menos importante informar a Pompeyo de la repentina llegada de César, a fin de que pudiese tomar una decisión respecto a ella antes de que se empezara a tratar de su misión. Así pues, caminando día y noche y cambiando de caballos para mayor rapidez, se dirigió a Pompeyo para anunciarle que César había llegado con todas las tropas. Pompeyo se encontraba en esta época en Candavia⁵⁰ y se dirigía [2] desde Macedonia a los cuarteles de invierno de Apolonia y Durazo. Pero, alterado por esta noticia, empezó a acelerar la marcha con jornadas mayores, temiendo que César ocupase las ciudades del litoral. César, el mismo día del [3] desembarco, se dirigió a Órico. Al llegar allí encontró que Lucio Torcuato, quien por orden de Pompeyo mandaba en la ciudad y tenía allí una guarnición de partinos⁵¹, intentó cerrar [4] las puertas y defenderla. Al dar orden a los griegos de que subieran al muro y tomaran las armas, éstos se negaron a luchar contra el pueblo romano; los habitantes de la ciudad, por su parte, intentaban recibir a César. Así pues, Torcuato, perdida la esperanza de recibir auxilios, abrió las puertas y se entregó a César con la ciudad. César no le hizo daño alguno.

[12] Después de su entrada en Órico y sin pérdida de tiempo, César se dirigió a Apolonia. Cuando supo la noticia de su llegada Lucio Estaberio⁵², que estaba al frente de la ciudad, empezó a hacer provisión de agua en la fortaleza, a fortificarla [2] y a exigir rehenes a los habitantes. Éstos se negaron a darlos y a cerrar las puertas de la ciudad al cónsul, manifestando que no tomarían ninguna decisión contra lo que toda [3] Italia y el pueblo romano habían decidido. Estaberio,

al conocer el estado de ánimo de éstos, huyó ocultamente de Apolonia. Éstos envían mensajeros a César y le reciben en [4] la ciudad. La misma decisión toman los bulidenses, amancianos⁵³, las restantes ciudades limítrofes y todo el Epiro y, enviando mensajeros a César, le prometen hacer lo que mande.

[13] Al saber Pompeyo lo sucedido en Órico y Apolonia, temiendo lo mismo en Durazo, se dirigió allí caminando día y [2] noche. Al mismo tiempo se decía que César se aproximaba, y se apoderó tanto terror del ejército, pues caminaban día y noche sin interrumpir la marcha, que casi todos los del Epiro y regiones próximas abandonaron la formación, muchos arrojaron las armas y la marcha del ejército parecía una huida. [3] Cuando acampó Pompeyo cerca de Durazo y dio orden de medir el campamento, estando aún el ejército aterrorizado, Labieno se adelantó el primero y juró que él no le abandonaría y que experimentaría la misma suerte que la fortuna diese a Pompeyo. Los restantes legados hicieron el mismo [4] juramento; a éstos siguieron los tribunos militares y centuriones y todo el ejército juró lo mismo. César, al encontrar [5] ocupado el camino hacia Durazo, detuvo su marcha y puso el campamento junto al río Apso⁵⁴ en el territorio de Apolonia, a fin de que estuvieran garantizadas estas ciudades beneméritas con guarniciones y fortificaciones; decidió esperar allí la llegada de Italia de las restantes legiones e invernar en tiendas de campaña. Lo mismo hizo Pompeyo, colocó el [6] campamento al otro lado del río Apso y llevó allí todas las tropas.

Caleno embarcó en Brindis las legiones y caballería, según [14] le había ordenado César, y levó anclas con las naves que tenía, pero a poca distancia del puerto recibió una carta de César en la que le informaba que los puertos y todo el litoral estaban ocupados por la escuadra enemiga. Con esta [2] noticia se retiró al puerto e hizo volver a todas las naves. Una de éstas que continuó y no obedeció la orden de Caleno,

porque en ella no iban soldados y se regía por mando particular, puso rumbo a Órico y fue atacada por Bíbulo; éste [3] mató a todos los siervos y libres, incluso a los niños. Así pues, la salvación de todo el ejército dependió de un corto tiempo y de una gran casualidad.

Como se ha indicado⁵⁵, Bíbulo estaba con la escuadra en [15] Órico, y si por una parte cerraba a César el mar y los puertos, por otra él no podía usar la tierra de estas regiones; en [2] efecto, César colocó guardias y era dueño de todo el litoral, no permitiéndole ni hacer provisiones de agua y leña, ni llevar [3] las naves a tierra. La situación era muy difícil y carecían de las cosas más necesarias, hasta el punto de que se veían obligados a traer en naves desde Corcira, no sólo el abastecimiento [4] general, sino también la leña y el agua; sucedió incluso en una ocasión que, sufriendo fuertes tempestades, se vieron obligados a recoger el rocío de la noche de las pieles [5] que cubrían las naves. Sin embargo, sufrían estas dificultades paciente y resignadamente y no pensaban en abandonar [6] los puertos ni desguarnecer el litoral. Estando en esta situación que acabo de decir, y uniéndose Libón con Bíbulo, hablan ambos desde las naves con los legados Marco Acilio y Estado Murco⁵⁶ (aquél mandaba las tropas del muro de la ciudad y éste las tropas terrestres), y dicen que ellos quieren hablar con César de una cuestión importantísima, si se les permite. Dicen además algunas cosas para confirmarlo, de [7] manera que pareciese que iban a tratar de la paz. Piden que [8] mientras tanto haya tregua, y lo consiguen de éstos. Pues parecía muy importante lo que proponían, y sabían Acilio y Murco que César deseaba mucho esto y se creía que algo se había conseguido con la misión de Vibulio.

[16] César había ido en esta época con una legión a ocupar otras ciudades y a procurarse abastecimiento de trigo, del [2] cual escaseaba; estaba en Butroto⁵⁷, frente a Corcira. Informado allí por cartas de Acilio y Murco de las peticiones de [3] Libón y Bíbulo, dejó la legión y se volvió a Órico.

Cuando llegó allí, llamó a la entrevista a aquéllos. Acudió Libón, y excusó a Bíbulo diciendo que era un hombre muy iracundo y que mantenía, además, una enemistad particular con César, adquirida cuando fueron ediles y pretores⁵⁸; por esta razón había evitado la entrevista, temiendo que por su ira no se llevase a efecto una cuestión de gran utilidad y en la que todos tenían puestas sus esperanzas. Dijo que siempre había [4] sido y era deseo suyo llegar a un acuerdo y abandonar las armas; pero que él, personalmente, no tenía ninguna atribución sobre este asunto, puesto que por acuerdo del consejo habían dado a Pompeyo la dirección de la guerra y de todos los asuntos. Pero que, conocidas las peticiones de César, [5] ellos las remitirían a Pompeyo y que éste obraría por su cuenta con los consejos de ellos. Mientras tanto, que continuase la tregua, hasta que los emisarios pudiesen regresar de Pompeyo, y que no se dañasen unos a otros. Añadió, además, algunas palabras sobre su causa y sobre sus tropas.

César ni juzgó conveniente entonces responder a estas [17] palabras ni ahora hay motivo para escribirlo. Pedía César que [2] se le permitiera enviar sin peligro legados a Pompeyo, y que ellos tomaran a su cargo que esto fuera así, o bien que, recibiendo ellos mismos a los legados, los condujeran a Pompeyo. En lo que se refería a la tregua, era tal la situación [3] de la guerra que ellos con su escuadra le impedían navegar y traer refuerzos, y él, por su parte, no les permitía a ellos ir a tierra ni abastecerse de agua. Si querían que esto cesara, que [4] dejaran también ellos de vigilar el mar; pero si querían seguir teniéndolo, él también retendría lo suyo. Sin embargo, sin que ninguno de ellos abandonase sus posiciones, era posible tratar de la paz, pues esta situación no producía impedimento. Libón ni aceptaba los mensajeros de César ni les [5] garantizaba su seguridad, sino que lo dejaba todo en manos de Pompeyo. Sólo insistía y ponía todo su interés en una sola [6] cosa: en la tregua. Cuando comprendió César que toda esta entrevista había sido preparada para evitar el peligro presente

y la escasez de víveres, y que no llevaba ni condiciones ni esperanza alguna de paz, volvió su pensamiento a la prosecución de la guerra.

[18] Bíbulo, no pudiendo desembarcar durante muchos días y habiendo caído gravemente enfermo a consecuencia del frío y el trabajo, no pudiendo tampoco cuidarse y no queriendo abandonar la misión aceptada, no pudo resistir la violencia [2] de la enfermedad. Una vez muerto éste, no se dio a nadie el mando supremo de las naves, sino que cada uno separadamente [3] y según su juicio mandaba su escuadra. Vibulio, una vez calmada la perturbación que había producido la repentina llegada de César, en cuanto la situación le pareció adecuada, empezó a tratar de la misión confiada por César, llevando consigo a Libón, Luceyo y Teófan⁵⁹, con los que Pompeyo acostumbraba a deliberar los asuntos importantes. [4] Apenas empezó a hablar, Pompeyo le interrumpió y le prohibió seguir hablando. Dijo Pompeyo: «¿Qué me importa a mí la vida o la ciudad si se ha de creer que la tengo por beneficio de César?; esta creencia no podrá ser borrada, puesto que se creerá que por él he sido restituido a Italia, de donde [5] salí». César, después de terminada la guerra, supo esto por boca de aquellos que oyeron estas palabras. Sin embargo, intentó tratar de la paz por otros medios, por medio de entrevistas⁶⁰.

Entre los dos campamentos de Pompeyo y de César solamente [19] mediaba el río Apso; los soldados dialogaban frecuentemente entre sí, y no se arrojaban mientras tanto ningún dardo por convenio de los que hablaban. César envió al [2] legado Publio Vatinio⁶¹ a la orilla misma del río, para que tratase aquellas cosas que más pareciesen convenir a la paz; le ordenó que dijese frecuentemente y en alta voz si se les daba permiso a los ciudadanos para enviar legados a los ciudadanos para tratar de la paz, cosa que incluso a los fugitivos del Pirineo⁶² y a los piratas⁶³ se les había permitido, especialmente cuando se trataba de que los ciudadanos no

luchasen contra los ciudadanos. Vatinio dijo muchas cosas [3] en tono suplicante, como convenía a la salud suya y de todos, y fue oído en silencio por los soldados de ambos lados. De la otra parte respondieron que Aulo Varrón⁶⁴ prometía [4] acudir a conversar al día siguiente y que al mismo tiempo vería de qué modo los legados podrían venir con seguridad y exponer lo que quisieran; se fija un tiempo determinado para este coloquio. Al día siguiente se reunió allí de ambas [5] partes una gran multitud, pues había gran expectación y los [6] ánimos de todos parecían dispuestos a la paz. De entre la multitud avanzó Labieno y empezó a hablar de la paz en tono [7] soberbio y a discutir con Vatinio. En medio de la discusión son interrumpidos por una multitud de flechas arrojadas repentinamente de todas partes, que no dañaron a Vatinio por haber sido protegido con las armas de los soldados; sin embargo muchos fueron heridos; entre ellos Cornelio Balbo, Marco Plotio y Lucio Tiburcio⁶⁵, algunos centuriones y soldados. [8] Entonces Labieno dijo: «Cesad ya de hablar de la paz, pues para nosotros no puede existir ninguna paz si no se nos trae la cabeza de César».

[20] En esta época en Roma el pretor Celio Rufo⁶⁶, habiendo tomado a su cargo la defensa de los deudores, al principio de su magistratura colocó su tribunal junto a la silla del pretor urbano, Gayo Trebonio, prometiendo auxiliar a quien apelase sobre la estimación que se hacía por medio del árbitro y sobre los pagos, según César había decidido, cuando [2] estuvo en Roma. Sucedió, por la justicia del decreto y la benignidad de Trebonio, quien pensaba que en estas circunstancias se había de aplicar el derecho con clemencia y moderación, que no se encontraba nadie que formulase una [3] apelación. Pues aun excusarse por pobreza o quejarse de las calamidades propias o de las que traen los tiempos y presentar dificultades en la venta, ya es propio de un espíritu mediocre; pero retener íntegros sus bienes los que confiesen que son deudores, ¿de qué espíritu es propio o qué desvergüenza

requiere? Así pues, no se encontró nadie que pidiese [4] esto. Se consideró a Celio más radical que aquellos cuyo beneficio procuraba. Con este principio y para que no pareciese [5] que había emprendido en vano una torpe causa, promulgó una ley en virtud de la cual las deudas se pagarían sin usura en seis años.

El cónsul Servilio se opuso, e igualmente los demás magistrados; [21] consiguiendo Celio menos de lo que esperaba y, para atraerse la adhesión de las gentes, retiró la ley anterior y promulgó dos: una por la que concedió no pagar las rentas de las habitaciones durante un año, y la otra sobre nueva [2] cancelación de deudas; la multitud se arrojó sobre Trebonio y Celio lo arrojó del tribunal, resultando algunos heridos. El [3] cónsul Servilio comunicó al senado este desmán, y el senado decidió apartar de los cargos públicos a Celio. En virtud de este decreto el cónsul no le permitió asistir al senado y lo expulsó de la tribuna cuando intentaba hablar al pueblo. Celio, [4] indignado por su incapacitación y movido por el dolor, fingió en público dirigirse a César, pero ocultamente envió legados a Milón⁶⁷, quien, por haber matado a Clodio⁶⁸, estaba condenado por este delito, y llamándole a Italia lo unió a su causa, porque, al haber dado grandes espectáculos de gladiadores, tenía de su parte lo que quedaba de las bandas de gladiadores; y le envió al campo turino⁶⁹ para atraerse a los [5] pastores. Celio, habiendo llegado a Casilino⁷⁰ y habiendo sido apresadas al mismo tiempo sus enseñas militares y armas en Capua⁷¹, a la par que se hacían notar en Nápoles las bandas de gladiadores que preparaban la entrega de la ciudad, descubiertos ya sus propósitos, apartado de Capua y temiendo el peligro, porque el consejo de ciudadanos había tomado las armas y le consideraba enemigo, abandonó su propósito y desistió de dirigirse a esta ciudad.

[22] Mientras tanto, Milón envió cartas a los municipios, diciendo que lo que hacía lo hacía por indicación y orden de Pompeyo y que éste se lo había comunicado por medio de

Vibulio; procuraba atraerse a los que creía asediados por las [2] deudas. En vista de que no conseguía nada entre éstos, abrió algunas cárceles y empezó a atacar a Cosa, en el campo turino⁷². Allí, como por el pretor Quinto Pedio⁷³ con una legión [3] ***⁷⁴ herido con una piedra desde el muro, murió. Celio, dirigiéndose a César, según decía continuamente, llegó a Turios, donde, al intentar atraerse a algunas gentes de aquel municipio y prometer dinero a algunos jinetes galos e hispanos de César que habían sido enviados allí como guarnición, fue muerto por éstos. De este modo tuvieron rápido y [4] fácil fin acontecimientos graves en su principio, que tenían a Italia soliviantada a causa de la actividad de los magistrados y la dificultad de los tiempos.

Salió Libón de Órico con las cincuenta naves de la escuadra [23] que mandaba, vino a Brindis y ocupó la isla que está frente al puerto de esta ciudad, porque creía que era más conveniente dominar este solo lugar, por donde necesariamente tenían que salir los nuestros, que cerrar todos los puertos y vigilar todo el litoral. Con su repentina llegada [2] apresó e incendió algunas naves de carga y se llevó una cargada de trigo, además del gran temor que infundió a los nuestros; durante la noche desembarcó soldados y arqueros, expulsó a la guarnición de caballería, y hasta tal punto aprovechó la posición del lugar que envió una carta a Pompeyo diciendo que, si quería, podía mandar retirar y reparar todas las demás naves, pues él, con su escuadra, cerraría el paso a todos los refuerzos de César.

En esta circunstancia estaba en Brindis Antonio⁷⁵, quien, [24] confiado en el valor de los soldados, cubrió unas sesenta lanchas de las naves grandes con zarzos y corazas; embarcó en ellas soldados elegidos y las colocó en varios lugares separados de la costa; hizo salir a la boca del puerto, con el pretexto de ejercitar a los remeros, a dos naves trirremes que había mandado hacer en Brindis. Cuando las vio Libón [2] avanzar audazmente, esperando poder capturarlas, envió a su

encuentro cinco cuatrirremes. Cuando éstas se aproximaron a nuestras naves, nuestros veteranos se retiraron al puerto y aquéllas las siguieron incautamente por el deseo de [3] apoderarse de ellas. Súbitamente las lanchas de Antonio, a una señal dada, se lanzaron desde todas partes contra el enemigo; en su primer ataque apresaron una cuatrirreme con remeros y soldados y obligaron a huir vergonzosamente a [4] las restantes. Se añadió a este fracaso el que los jinetes colocados por Antonio a lo largo del litoral les impedían hacer provisión de agua. Libón, impulsado por esta necesidad y dolido por la vergüenza, se retiró de Brindis y abandonó el cerco de los nuestros.

[25] Habían pasado ya muchos meses⁷⁶ y el invierno iba a terminar, pero no venían desde Brindis las naves ni las legiones. Creía César que habían sido desaprovechadas algunas ocasiones de pasar, porque, en efecto, con frecuencia habían soplado vientos favorables y creía que hubiera sido [2] preciso aprovecharlos. Cuanto más avanzaba el tiempo más cuidadosamente vigilaban los que mandaban las escuadras e iban cobrando mayor confianza de impedir el paso. Además, eran amonestados frecuentemente por cartas de Pompeyo diciéndoles que no permitiesen pasar al restante ejército de César, ya que no habían impedido en un principio el paso al mismo César; esperaban que con vientos más suaves cada día el tiempo fuera más difícil para transportar las tropas. [3] Preocupado César por esta situación, escribió severamente a los suyos a Brindis, diciéndoles que aprovecharan un viento favorable y no perdieran la ocasión de navegar, si podían dirigir el rumbo al litoral de Apolonia y lanzar allí las naves⁷⁷. En efecto, estos lugares eran los menos vigilados por la escuadra [4] enemiga, porque no se atrevía a alejarse mucho de los puertos.

Los de Brindis, cobrando audacia y valor, bajo la dirección [26] de Marco Antonio y Fufio Caleno y a ruego de los mismos soldados, que no recusaban peligro alguno por César,

aprovechando un viento del sur, levaron anclas; al día siguiente pasaron delante de Apolonia y Durazo. Al ser vistos [2] desde tierra, Gayo Coponio, que mandaba la escuadra rodía en Durazo, sacó las naves del puerto, y, cuando ya se aproximaba a los nuestros por haber cedido el viento, de nuevo se incremento el viento del sur y fue la salvación de los nuestros⁷⁸. Sin embargo, aquél no abandonó su intento [3] por esta causa, sino que esperaba poder vencer la violencia del temporal con el esfuerzo y perseverancia de los marineros; los siguió incluso después de haber pasado Durazo, y a pesar de la gran violencia del viento. Los nuestros, aprovechando [4] el beneficio de la fortuna, temían, sin embargo, el ataque de la escuadra, si por casualidad cedía el viento. Alcanzaron un puerto que se llama Ninfeo⁷⁹, tres mil pasos más allá de Liso⁸⁰, y entraron en él (este puerto estaba protegido del viento sudoeste, pero no del viento sur); consideraron mucho más leve el peligro de la tempestad que el de la escuadra enemiga. Apenas entraron en el puerto, con increíble [5] oportunidad, el viento del sur, que había soplado durante dos días, se convirtió en viento sudoeste.

[27] Entonces fue posible ver un súbito cambio de la fortuna. Los que un momento antes temían por sí quedaban resguardados en un puerto segurísimo, y los que habían puesto en peligro a nuestras naves se veían obligados a temer por su [2] propio peligro. Así pues, cambiando el tiempo, los nuestros quedaron a cubierto, y las naves rodías en difícil situación, de modo que sin excepción todas las naves cubiertas, en número de dieciséis, se estrellaron y se perdieron en el naufragio, y de un gran número de remeros y soldados una parte murió al ser lanzados por el mar contra las rocas y la otra fue recogida por los nuestros; a todos ellos César les envió a su casa sin daño alguno.

[28] Dos naves nuestras que se retrasaron y a las que sorprendió la noche, ignorando el lugar en que habían tomado [2] tierra las demás, echaron anclas frente a Liso. Otacilio

Craso, que mandaba en Liso, envió barcas y muchas naves pequeñas y se disponía a apoderarse de ellas; al mismo tiempo trataba de su rendición y prometía no hacer daño a los que [3] se entregasen. Una de estas dos naves llevaba doscientos veinte soldados de una legión recién alistada; la otra, algo [4] menos de doscientos de una veterana. Entonces pudo conocerse cuánto ayuda a los hombres la fortaleza de ánimo. Pues los recién alistados, atemorizados por el gran número de naves y agotados por el mareo, aceptaron el juramento dado de que los enemigos no les harían daño alguno y se entregaron a Otacilio; todos ellos, llevados ante él, fueron muertos cruelmente en su presencia contra la observancia [5] del juramento dado. Los soldados de la legión veterana, igualmente agotados por la tempestad y el olor del fondo de la nave, juzgaron que no debían ceder lo más mínimo en su valor; tratando las condiciones y simulando entregarse ganaron la primera parte de la noche y obligaron al piloto a arrojar la nave a tierra⁸¹ y allí pasaron el resto de la noche, [6] habiendo ocupado un lugar conveniente; al amanecer, Otacilio envió contra ellos la caballería que guardaba aquella parte del litoral, aproximadamente cuatrocientos jinetes, a los que siguieron algunos soldados de la guarnición, pero los nuestros se defendieron y, habiendo dado muerte a algunos enemigos, se retiraron sin daño al grueso de las tropas de Antonio.

Hecho esto, el consejo de ciudadanos romanos que gobernaba [29] Liso, ciudad que habían recibido de César y que éste había cuidado de fortificar, recibió a Antonio y le ayudó con todos los medios. Otacilio, temiendo por sí mismo, huyó de la ciudad y se dirigió a Pompeyo. Desembarcadas todas las [2] tropas, cuyo total era de tres legiones veteranas, una recientemente alistada y ochocientos jinetes, Antonio envió la mayor parte de las naves a Italia para el transporte de la restante infantería y caballería; pero se reservó en Liso una [3] especie de naves galas llamadas «pontones»⁸², con el propósito de que, si Pompeyo, juzgando a Italia indefensa,

transportaba a ella su ejército, opinión ya bastante extendida, César tuviese alguna posibilidad de perseguirlo; Antonio envió rápidamente mensajeros a César diciéndole en qué lugar había desembarcado el ejército y cuántas tropas había transportado.

César y Pompeyo conocieron este desembarco casi al [30] mismo tiempo. Pues habían visto pasar las naves por Apolonia y Durazo y ambos habían emprendido la marcha por tierra siguiendo la dirección de ellas. Pero no sabían en los primeros días a qué punto de la costa habrían ido a parar. [2] Cuando lo supieron, tomaron los dos una decisión distinta: César unirse lo antes posible con Antonio, Pompeyo oponerse en el camino a los que venían, por si podía atacarlos [3] desprevenidos por medio de una emboscada⁸³. El mismo día uno y otro sacan el ejército de los campamentos permanentes, alejándose del río Apso; Pompeyo de noche y ocultamente; [4] César de día y a la vista de todo el mundo. Éste tenía que recorrer un camino más largo dando un gran rodeo curso arriba del río para vadearlo; Pompeyo se dirigió a marchas forzadas hacia Antonio, pues tenía el camino libre y no [5] necesitaba atravesar el río; cuando supo que Antonio estaba cerca, ocupando un lugar conveniente, dispuso allí sus tropas y las retuvo dentro del campamento, prohibiendo hacer [6] hogueras, a fin de que su llegada pasara inadvertida. Antonio supo enseguida la llegada de Pompeyo por medio de los griegos⁸⁴. Envió mensajeros a César y se mantuvo un día en [7] el campamento; al día siguiente César se unió a él. Al conocer la llegada de César, Pompeyo, temiendo ser rodeado por dos ejércitos, abandonó este lugar y con todas las tropas se dirigió a Asparagio⁸⁵ en el territorio de Durazo, donde puso el campamento en un lugar apropiado.

[31] En esta época Escipión se había dado el título de *imperator* a pesar de algunos desastres sufridos cerca del monte Amano⁸⁶. Después de esto impuso grandes tributos a las ciudades [2] libres y a los tiranos, igualmente exigió a los publicanos de su provincia los tributos adeudados de dos años

y a éstos mismos les cobró por adelantado, a título de préstamo, los tributos del año siguiente. Ordenó también una leva de caballería en toda la provincia. Una vez hecha ésta, dejando [3] tras de sí en la misma frontera a los enemigos partos, que recientemente habían dado muerte al general Marco Craso⁸⁷ y cercado a Marco Bíbulo⁸⁸, sacó de Siria las legiones y la caballería; la provincia se sumió en gran ansiedad y temor [4] de guerra con los partos, oyéndose algunas voces de soldados que decían que si se les llevaba contra el enemigo irían, pero que no tomarían las armas contra un ciudadano y cónsul. Escipión llevó las tropas a los cuarteles de invierno en Pérgamo⁸⁹ y otras ciudades riquísimas; hizo grandes dádivas a su ejército, y para asegurarse la adhesión de los soldados les entregó ciudades para que las saquearan.

Mientras tanto se exigían durísimamente contribuciones [32] en toda la provincia⁹⁰; además, cada día se imaginaban más medios para satisfacer la avaricia. Se imponían tributos por [2] cada persona libre o esclava; se exigían contribuciones sobre las columnas, las puertas, el grano, los soldados, los remeros, las armas, las máquinas y los transportes; si se podía encontrar el nombre de un tributo, ya esto era suficiente para imponerlo. Se nombraban jefes militares no sólo en las [3] ciudades, sino incluso en las aldeas y castillos. El que de éstos obraba más dura y cruelmente era considerado como un [4] hombre de valor y un excelente ciudadano. Toda la provincia estaba llena de lictores y de mandos militares, exuberante de prefectos y de recaudadores, quienes, además de exigir las contribuciones, procuraban también por su peculio propio. Decían continuamente que ellos, al vivir expulsados de su casa y de su patria, carecían de las cosas indispensables, para, de este modo, cubrir con una honesta apariencia una [5] acción vergonzosa. A estos males se añadían grandes usuras⁹¹, lo que generalmente suele suceder en la guerra, puesto que se imponían contribuciones a todo el mundo; en estas circunstancias la demora de un día en el pago se consideraba

ya como una dádiva. Por consiguiente, las deudas de la provincia [6] se multiplicaron en aquellos dos años sin que dejaran de imponerse por esta causa tributos a los ciudadanos romanos de aquella provincia, sino que se imponían determinadas cantidades a cada consejo y a cada ciudad. Decían que exigían estos empréstitos por decreto del senado⁹² y, como habían hecho en Siria⁹³, tomaron adelantada a los publicanos la recaudación del año siguiente.

[33] Además Escipión mandó que se quitaran del templo de Diana, en Éfeso⁹⁴, las riquezas depositadas allí desde tiempo remoto. Fijado un día determinado para esto, cuando iba a dirigirse al templo en compañía de muchos senadores que había llamado Escipión, le fue entregada una carta de Pompeyo que decía que César había pasado el mar con las legiones, que viniese a él rápidamente con el ejército y que abandonase todo lo demás. Al recibir esta carta despidió a los [2] que había llamado y empezó a preparar su marcha a Macedonia, y pocos días después se puso en camino. Este hecho fue la salvación de los tesoros de Éfeso.

César, después de incorporársele el ejército de Antonio [34] y de retirar la legión que había colocado en Órico para la defensa del litoral, creyó que era la ocasión de explorar la voluntad de las provincias y proseguir su marcha. Llegaron a [2] él mensajeros de Tesalia y Etolia⁹⁵, quienes le prometieron que, si enviaba una guarnición, todos aquellos pueblos obedecerían sus órdenes; envió con una legión recientemente alistada, que era designada con el número XXVII, a Lucio Casio Longino⁹⁶ hacia Tesalia y le dio además doscientos jinetes; envió igualmente a Etolia, con cinco cohortes y unos pocos jinetes, a Gayo Calvisio Sabino⁹⁷; exhortó especialmente a ambos a ocuparse del aprovisionamiento de trigo, puesto que eran regiones próximas. Ordenó a Gneo Domicio [3] Calvino⁹⁸ que marchara con las legiones XI y XII, y con [4] quinientos jinetes, a Macedonia; Menedemo⁹⁹, príncipe de aquellas regiones, enviado como legado por

aquella parte de esta provincia que se llamaba Libre¹⁰⁰, le prometía gran adhesión de todos los suyos.

[35] De estos, Calvisio, a su llegada, fue recibido con la mejor disposición por parte de todos los etolios y, una vez expulsadas las guarniciones adversarias de Calidón y Naupacto¹⁰¹, [2] se apoderó de toda Etolia. Casio llegó a Tesalia con la legión. La disposición de ánimo de los ciudadanos estaba dividida aquí por existir dos facciones: Hegesareto, hombre que poseía un poder tradicional, apoyaba al partido de Pompeyo; Petreo, joven de gran nobleza, se esforzaba en ayudar a César con sus recursos propios y los de los suyos¹⁰².

[36] En esta misma época llegó también Domicio a Macedonia y empezaron a llegar a él constantes embajadas de las ciudades; entonces corrió la noticia de que llegaba Escipión con las legiones, teniendo todos una gran estimación de su prestigio, pues generalmente, en las novedades, la fama excede [2] a la realidad. Escipión no se detuvo en ningún lugar de Macedonia, sino que con gran ímpetu se dirigió hacia Domicio y, cuando no distaba de él más que veinte mil pasos, repentinamente cambió de dirección y fue a Tesalia en busca [3] de Casio Longino. Hizo esto con tanta rapidez, que la noticia de su venida y la de que ya llegaba se anunciaron al mismo tiempo; para caminar sin estorbo dejó a Marco Favonio¹⁰³ junto al río Haliacmón¹⁰⁴, que sirve de frontera entre Macedonia y Tesalia, con ocho cohortes para protección del bagaje de las legiones y le ordenó que fortificase allí un fortín. Al mismo tiempo se presentó rápidamente, junto al [4] campamento de Casio, la caballería del rey Coto, que solía estar en los alrededores de Tesalia. Entonces Casio, asustado [5] al saber la llegada de Escipión y ver la caballería que creía de éste, se retiró a los montes que rodean Tesalia, y desde aquí tomó el camino hacia Ambracia¹⁰⁵. Pero llegó a [6] Escipión, cuando se esforzaba en seguirle, una carta de Marco Favonio diciéndole que Domicio se aproximaba con las legiones, y que

él, sin el auxilio de Escipión, no podría defender la posición que tenía a su cargo. Al recibir esta carta, [7] Escipión cambia de decisión y de ruta; deja de perseguir a Casio y procura llevar auxilio a Favonio. Así, pues, marchando [8] de día y de noche, llegó junto a él, con tanta oportunidad, que al mismo tiempo se distinguía el polvo que levantaba el ejército de Domicio y se veían las tropas de vanguardia de Escipión. Así, la habilidad de Domicio salvó a Casio y la rapidez de Escipión a Favonio.

Escipión se detuvo dos días en el campamento junto al [37] río Haliacmón, que corría entre su ejército y el de Domicio. Al amanecer el tercer día, pasó el ejército por un vado, acampó allí durante la noche, y, en la mañana del día siguiente, ordenó sus tropas delante del campamento. Domicio [2] juzgó que no debía dudar en entablar combate, sacando sus legiones. Había entre los dos un campo aproximadamente de tres mil pasos¹⁰⁶; Domicio colocó sus tropas en línea al lado del campamento de Escipión, pero éste perseveró en no [3] apartarse de la estacada. Sin embargo, no se entabló combate, por retener Domicio a sus soldados que querían atacar, y especialmente, porque el río, de orillas difíciles, que estaba junto al campamento de Escipión, impedía el avance de los [4] nuestros. Al saber Escipión el deseo de luchar de los nuestros y sospechando que al día siguiente se vería obligado a combatir contra su voluntad o que se mantendría en el campamento con gran desdoro, puesto que había venido con tan gran expectación, avanzando temerariamente, tuvo un final vergonzoso. Por la noche pasó el río sin dar siquiera el toque para la recogida del bagaje, y se volvió al mismo sitio de donde había venido, donde puso el campamento cerca del [5] río en un lugar elevado. Unos días después colocó una emboscada de jinetes en el lugar donde los nuestros acostumbraban a forrajear casi todos los días anteriores. Siguiendo la costumbre diaria, Quinto Varo¹⁰⁷, prefecto de la caballería de Domicio, vino a aquel lugar y súbitamente

aquéllos salieron [6] de la emboscada. Pero los nuestros resistieron con fortaleza el ataque, cada uno se incorporó rápidamente a su puesto y todos atacaron al enemigo sin recibir orden para ello. [7] Los nuestros se retiraron al campamento con la pérdida de dos soldados y aquéllos fueron puestos en fuga después de haber tenido ochenta muertos.

[38] Después de estas acciones, Domicio, esperando poder atraer a Escipión al combate, simuló que levantaba el campamento, impulsado por la escasez de trigo; dando la señal de marcha, avanzó tres mil pasos¹⁰⁸, y dispuso todo el ejército y la caballería en un lugar apropiado y oculto. Escipión, [2] dispuesto a seguirle, envió por delante gran cantidad de caballería para conocer y explorar el camino seguido por Domicio. Cuando ya habían avanzado y las primeras secciones [3] habían entrado dentro del campo de la emboscada, sospecharon por el relincho de los caballos, y empezaron a retirarse hacia los suyos; los que les seguían, advirtiendo la rápida retirada de éstos, se detuvieron. Los nuestros, viendo [4] que el enemigo ya había advertido la emboscada y temiendo esperar en vano a los demás, sorprendieron a dos secciones que tenían a su alcance (de sus componentes fueron muy pocos los que lograron huir hacia su campo; entre ellos estaba Marco Opimio, prefecto de la caballería)¹⁰⁹, y a todos los demás de estas secciones o bien los mataron o los llevaron prisioneros a la presencia de Domicio.

Como ya se ha dicho¹¹⁰, César retiró todas las guarniciones [39] del litoral, pero dejó tres cohortes en Órico para defender la ciudad, a las que encargó también la custodia de las naves de guerra que había traído de Italia. Estaba al frente de esta misión y al mando de la ciudad el legado Acilio Canino¹¹¹. Éste colocó nuestras naves en el puerto interior, detrás [2] de la ciudad, y las amarró a tierra; en la boca del puerto colocó una nave de carga sumergida, y junto a ésta, puso otra, sobre la cual construyó una torre y la colocó en la misma entrada del

puerto; la llenó de soldados y les confió la defensa contra todos los ataques repentinos.

[40] Una vez conocido esto, Gneo Pompeyo hijo, que mandaba la escuadra egipcia, vino a Órico y arrastró a remolque la nave hundida, tirando de ella con muchos cables; atacó con numerosas naves a la que había sido colocada por Acilio para la defensa del puerto; en estas naves había construido torres de la misma altura, y, luchando desde un lugar ventajoso, enviando continuamente relevos a los que ya estaban cansados y atacando las murallas de la ciudad por todas partes, desde tierra con escalas, y desde el mar con la escuadra, para dividir las tropas enemigas, venció a los nuestros por el esfuerzo de la pelea y la gran cantidad de flechas; expulsados los defensores, que huyeron todos en barcas, se apoderó [2] de aquella nave. Al mismo tiempo, por la otra parte, ocupó un saliente que casi forma una isla frente a la ciudad y pasó cuatro birremes al puerto interior, poniendo debajo cilindros [3] de madera y moviéndolas con palancas. Así, pues, atacando por ambas partes a las naves de guerra que estaban amarradas a tierra y sin soldados, se llevó cuatro de ellas e incendió [4] las demás. Habiendo llevado a cabo esta acción, dejó allí a Décimo Lelio, sacado para este fin de la escuadra asiática¹¹², quien impedía que entrara en la ciudad el abastecimiento [5] de Bílide y Amancia¹¹³. Pompeyo hijo se dirigió a Liso, y atacando dentro del puerto, incendió treinta naves de carga dejadas allí por Marco Antonio¹¹⁴; intentó también apoderarse de Liso, pero ante la defensa de los ciudadanos romanos de aquel consejo y de los soldados que había enviado César para guarnecerla, se retiró de allí sin resultado, después de haber estado tres días y haber sufrido algunas bajas.

César, cuando supo que Pompeyo estaba junto a Asparagio, [41] se dirigió también allí con el ejército, habiendo tomado en el camino una ciudad de los partinos¹¹⁵ en la que Pompeyo tenía una guarnición; al tercer día llegó cerca de Pompeyo y

allí puso su campamento; al día siguiente sacó todas sus tropas en línea de combate y presentó batalla a Pompeyo. Cuando advirtió que éste se mantenía en el campamento, [2] volvió su ejército al suyo, y decidió tomar otra resolución. Así pues, al día siguiente¹¹⁶, dando un gran rodeo [3] y por un camino difícil y estrecho se dirigió a Durazo con todas las tropas en la esperanza de que incitaría a Pompeyo a ir a Durazo o que le podría cerrar el camino de esta ciudad, en donde había almacenado todo el abastecimiento y los pertrechos de guerra; y así sucedió. Pues Pompeyo, en [4] un principio, ignoraba el propósito de César, porque le veía emprender un camino distinto del que conduce a aquella región, y creía que se marchaba obligado por la escasez de víveres¹¹⁷. Después, informado por los exploradores, al día siguiente levantó el campamento, esperando poder alcanzarle por un camino más corto. César sospechó esto y exhortó a [5] los soldados a que llevasen pacientemente aquel trabajo, y sin interrumpir la marcha más que un corto tiempo de la noche, al amanecer se presentó en Durazo, cuando la vanguardia del ejército de Pompeyo se distinguía a lo lejos, y allí puso su campamento.

Pompeyo, encontrándose cerrado el camino de Durazo y [42] no pudiendo mantener su propósito, tomó otra resolución y fortificó su campamento en un lugar elevado llamado Petra¹¹⁸, que tiene mediano acceso para las naves y las protege [2] de algunos vientos¹¹⁹. Mandó que fueran allí algunas naves de guerra y que el trigo y el abastecimiento fuese llevado de [3] Asia y de todas las regiones que dominaba. César, pensando que la guerra se alargaría más y no teniendo ninguna esperanza en la llegada de abastecimientos desde Italia porque los pompeyanos vigilaban todo el litoral con gran diligencia y viendo también que las escuadras que había mandado construir en el invierno en Sicilia, Galia e Italia se retardaban, envió al legado Lucio Canuleyo y a Quinto Tilio¹²⁰ al Epiro para que procurasen abastecimiento de trigo; y, puesto que estas regiones distaban mucho, estableció graneros en lugares

determinados y señaló a las ciudades vecinas la conducción [4] de trigo. Igualmente mandó acopiar en Liso el trigo que hubiera en el territorio partino y en todos los fuertes. [5] Había muy poca cantidad por la naturaleza de este campo, pues por tratarse de comarcas montuosas, usan generalmente trigo importado; también porque Pompeyo había previsto esto y había saqueado en los días anteriores el territorio de los partinos y requisando todo el trigo, desvalijando y excavando las casas de éstos, lo había transportado por medio de la caballería.

[43] Al darse cuenta de esta situación, César tomó la decisión que aconsejaba la naturaleza del lugar. Había alrededor del campamento de Pompeyo muchas colinas elevadas y ásperas. Primeramente las ocupó con guarniciones y construyó castillos. Después, según lo permitía la naturaleza de cada [2] sitio, iba llevando la fortificación de fortín a fortín, decidido a cercar a Pompeyo. Tenía este propósito en razón de su difícil [3] situación de abastecimiento y también porque Pompeyo poseía una gran fuerza de caballería con la que podía abastecer al ejército de trigo y víveres con escaso peligro; al mismo tiempo para impedir a Pompeyo que su caballería forrajeara y hacerla inútil para el combate; en tercer lugar, para disminuir el prestigio de Pompeyo, en el que parecía apoyarse especialmente entre las naciones extranjeras, al extenderse por toda la tierra la fama de que estaba cercado por César y que no se atrevía a entablar combate¹²¹.

Pompeyo no quería alejarse del mar ni de Durazo, puesto [44] que tenía colocado allí todo su aparato militar: flechas, armas y máquinas de guerra, y además abastecía de trigo al ejército por mar; tampoco podía impedir que César siguiera fortificando si no entablaba combate, lo que precisamente en aquella época había decidido no hacer. Le quedaba el recurso [2] de ocupar el mayor número de colinas, sujetándose a la situación estratégica del momento y conseguir la mayor extensión posible estableciendo guarniciones y dispersando las

tropas de César todo lo posible; lo que realmente sucedió¹²². Construyó veinticuatro fortines, encerrando un espacio [3] de quince mil pasos¹²³ en el que se forrajeaba; había además dentro del terreno muchos sembrados, en los cuales, entre tanto, pastaban los animales. Y así como los nuestros [4] tenían fortificaciones continuas llevadas de fortín a fortín a fin de que por ningún lugar penetrasen los pompeyanos y los atacasen por la espalda, así también aquéllos iban haciendo por líneas interiores fortificaciones continuas a fin de que los nuestros no pudiesen entrar en ningún lugar y rodearles [5] por la espalda. En la ejecución de las obras llevaban ventaja ellos porque disponían de mayor número de soldados y porque tenían que fortificar un circuito menor al obrar [6] por líneas interiores. Aunque Pompeyo había decidido no luchar con todas sus tropas, sin embargo enviaba arqueros y [7] honderos a los lugares que César iba a tomar; tenía gran número de ellos y muchos de los nuestros resultaban heridos; además se había producido un gran temor a las flechas y casi todos los soldados se habían hecho protecciones de colchados o cuero para evitar los dardos.

[45] Por ambas partes se ponía gran interés en ocupar puestos; César, con objeto de encerrar a Pompeyo en el espacio más reducido posible; Pompeyo, a fin de ocupar el mayor número de colinas y el espacio más amplio posible; por esta [2] razón los combates eran muy frecuentes. En uno de ellos, al ocupar cierto puesto la legión novena de César y cuando empezaba a fortificarla, Pompeyo ocupó una colina próxima enfrente de este lugar, y empezó a impedir la fortificación a [3] los nuestros; como la colina tenía por una parte un acceso casi llano, envió primero a los arqueros y honderos, después una gran multitud de infantería ligera, colocó máquinas de guerra y así impedía que los nuestros fortificaran, pues ciertamente [4] era difícil luchar y fortificar al mismo tiempo. César, al ver que los suyos eran heridos desde todas partes, les ordenó retirarse y abandonar el lugar.

La retirada era cuesta [5] abajo. Aquéllos atacaban más duramente y no permitían que los nuestros se retiraran, pues creían que abandonaban el lugar [6] impulsados por el miedo. Se dice que en aquella ocasión, gloriándose ante los suyos, Pompeyo dijo que no le importaba que se dijese que era un general inepto si la legión de César se retiraba sin haber sufrido un grave quebranto de aquel lugar a donde temerariamente había avanzado.

César, temiendo por la retirada de los suyos, mandó adelantar [46] unos zarzos en dirección al enemigo hasta el fin de la colina, colocarlos de frente y que, al abrigo de éstos, se abriera una fosa de mediana anchura y también que aquel lugar se llenara todo lo posible de obstáculos en todas partes. Colocó en lugares apropiados a los honderos para que [2] sirvieran de defensa a los nuestros que se retiraban. Hecho esto, ordenó que la legión retrocediera. Los pompeyanos, al [3] verlo, empezaron a atacar y estrechar a los nuestros con más insolencia y audacia, y, para atravesar los fosos, arrollaron los zarzos colocados como defensa. Cuando César lo advirtió, [4] temiendo que pareciera que no se retiraban, sino que eran expulsados y que se sufriese mayor daño, exhortó a los suyos a la mitad del camino, aproximadamente, por medio de Antonio que mandaba la legión y ordenó que se diera la señal y que se atacara al enemigo. Los soldados de la novena [5] legión, animados súbitamente, lanzaron sus dardos y, avanzando a la carrera desde la parte inferior hacia la cumbre, hicieron descender a los pompeyanos y les obligaron a volver la espalda; los zarzos derribados, las estacas opuestas y los fosos causaron gran impedimento a éstos para retirarse. Los nuestros, que consideraban suficiente retirarse sin [6] daño, se volvieron con toda tranquilidad, habiendo matado a muchos enemigos y teniendo sólo cinco bajas propias, y habiendo ocupado otras colinas un poco del lado de acá de aquel lugar, terminaron las fortificaciones.

Se trataba de un procedimiento de guerra nuevo e inusitado, [47] no sólo por el gran número de fuertes, por el amplio espacio abarcado, por tan grandes obras de fortificación, y en resumen, por el modo peculiar del cerco, sino también [2] por otras razones. Pues los que intentan cercar a otro, cercan a enemigos abatidos y débiles, que ya han sido vencidos en combate o que están desmoralizados por algún desastre, superándoles además los sitiadores en infantería y caballería; por otra parte, la causa de un cerco suele ser, generalmente, [3] impedir al enemigo el abastecimiento. Pero en aquella ocasión César, con número inferior de tropas intentaba cercar a un ejército completo y que no había sufrido derrota: teniendo además los enemigos gran abundancia de todo, pues diariamente llegaban de todas partes gran número de naves que transportaban el abastecimiento y no podía soplar viento alguno que no hiciese la navegación favorable desde alguna [4] parte. Sin embargo, César se hallaba en la mayor escasez [5] por haber consumido todo el trigo de los alrededores. No obstante, los soldados aguantaban estas dificultades con singular paciencia. Pues recordaban que el año anterior habían sufrido en Hispania la misma escasez, y sin embargo, por su trabajo y paciencia, habían ganado una guerra muy importante¹²⁴; se acordaban de que, después de haber sufrido gran falta de abastecimientos en Alesia¹²⁵, y mucho mayor aún en [6] Avárico¹²⁶, habían vencido a grandes pueblos. No rechazaban, cuando se les daba, ni la cebada ni las legumbres; incluso tenían por muy buen alimento el ganado, del que había gran abundancia en Epiro¹²⁷.

Existe también una raíz llamada alcaravea¹²⁸, descubierta [48] por los soldados que habían estado en las tropas auxiliares, la cual, mezclada con leche, aliviaba mucho la escasez. La preparaban igual que el pan. Había gran abundancia de [2] ella. Cuando en las conversaciones los pompeyanos echaban en cara a los nuestros el hambre, los

nuestros para desesperanzarlos les tiraban panes hechos de esta raíz.

Ya empezaban a madurar los trigos y la misma esperanza [49] de que ya pronto tendrían abundancia, les ayudaba a soportar la escasez; incluso se oía decir frecuentemente a los soldados en las guardias y en las conversaciones de bando a bando, que antes comerían las cortezas de los árboles que dejar escapar de sus manos a Pompeyo. Además, oían con [2] agrado a los desertores que los caballos de los enemigos apenas resistían y que las demás bestias de carga habían muerto; que incluso las personas tenían mala salud, no sólo por la naturaleza del lugar, el olor fétido de la multitud de cadáveres y los trabajos diarios a los que no estaban acostumbrados, [3] sino también por la gran escasez de agua. En efecto, César había desviado o cegado con grandes obras todos los ríos y arroyos que iban al mar. Como el lugar era montañoso y había hondonadas profundas como grutas, cerró éstas, clavando estacas y amontonando tierra para detener [4] las aguas. Así pues, aquellos se veían obligados, necesariamente, a buscar lugares profundos y pantanosos, y a cavar pozos, añadiendo este trabajo a los que ya tenían cada día; sin embargo, estos pozos estaban lejos de algunos puestos [5] y además se secaban pronto con el calor. Por el contrario, el ejército de César no sólo gozaba de excelente salud y tenía gran cantidad de agua, sino que también tenía abundancia de toda clase de abastecimientos, excepto trigo; pero veían los soldados que cada día se presentaba mejor tiempo para esta dificultad y mayor esperanza por la madurez de los trigos.

[50] En un nuevo método de guerra, unos y otros encontraban nuevas tácticas de combate. Habiendo observado los enemigos, por las hogueras, que de noche nuestras cohortes hacían guardia en las fortificaciones, atacando todos en silencio, arrojaban sus flechas sobre el grupo e inmediatamente [2] se retiraban hacia los suyos. Enseñados por la experiencia, los nuestros encontraron el remedio para

estos ataques, hacer hogueras en un lugar y la guardia en otro
***[129](#).

Mientras tanto, informado Publio Sila^{[130](#)}, a quien César [51] había dado el mando del campamento durante su ausencia, vino con dos legiones en auxilio de la cohorte, y a su llegada, los pompeyanos fueron rechazados fácilmente. No resistieron [2] el ataque, ni aun la presencia de los nuestros y, una vez rechazados los primeros, los demás volvieron la espalda y abandonaron el lugar. Temiendo que se alejaran demasiado [3] en la persecución de los enemigos, Sila hizo volver a los nuestros. Muchos creen que aquel mismo día hubiera podido terminarse la guerra si se hubiera decidido Sila a perseguirlos vigorosamente. No parece que deba censurarse su decisión. Son distintas las atribuciones de un legado y las de [4] un general: el legado debe obrar en todo con arreglo a las órdenes recibidas; el general, deliberar libremente sobre la dirección de la guerra. Dejado por César al mando del campamento, [5] Sila se limitó a salvar a los suyos y no quiso entablar combate, lo que quizá hubiera producido algún desastre, para que no se creyera que se apropiaba funciones del general. La situación presentaba gran dificultad para la retirada [6] a los pompeyanos. Pues, habiendo avanzado desde un lugar más bajo, se habían colocado en la cumbre: si se retiraban cuesta abajo, temían que los nuestros les persiguieran desde arriba; faltaba poco para la puesta del sol, pues con la esperanza de terminar el combate lo habían prolongado hasta entrada la noche. Así pues, impulsado por la necesidad y [7] tomando la decisión que aconsejaban las circunstancias, Pompeyo ocupó una altura que distaba lo suficiente de nuestro fuerte para que no pudiera llegar un dardo disparado por una máquina. Acampó en este lugar, lo fortificó y mantuvo en él todas sus tropas.

[52] Se luchó al mismo tiempo en otros dos lugares: pues para dispersar nuestras fuerzas Pompeyo había atacado a la vez varios fuertes para que no se pudiera llevar socorro desde

[2] las guarniciones próximas. En uno de estos lugares Volcado Tulo¹³¹, con tres cohortes, sostuvo el ataque de una legión y la expulsó de allí; en el otro, los germanos, haciendo una salida de nuestras fortificaciones, volvieron incólumes, habiendo dado muerte a muchos enemigos.

[53] Librados en un solo día seis combates, tres en Durazo y tres junto a las fortificaciones, al hacer un recuento de todos ellos encontramos que habían muerto unos dos mil pompeyanos, muchos centuriones y soldados notables reenganchados. Entre ellos Valerio Flaco, hijo de Lucio que, como pretor, había gobernado Asia¹³²; se recogieron seis insignias [2] militares enemigas. En todos los combates no murieron más [3] de veinte de los nuestros. Pero en el fuerte no hubo en absoluto ningún soldado que no fuera herido, y cuatro centuriones [4] de una misma cohorte perdieron los ojos¹³³. Queriendo aportar una prueba de su esfuerzo y del peligro, contaron ante César unas treinta mil saetas arrojadas al fuerte y, llevando a su presencia el escudo del centurión Esceva, se encontraron [5] en él ciento veinte agujeros. Como era acreedor del agradecimiento de César y de la república, le gratificó con doscientos mil sestercios y le ascendió de centurión de la octava cohorte a primer centurión de la primera cohorte¹³⁴, pues constaba que en buena parte por su esfuerzo se había salvado el fuerte; después gratificó espléndidamente a la cohorte con doble paga, trigo, vestido, alimento y condecoraciones militares.

Pompeyo, haciendo grandes fortificaciones durante la [54] noche, en los días siguientes levantó torres y, elevadas las obras hasta quince pies de altura¹³⁵, cubrió con manteletes aquella parte del campamento; pasados cinco días, aprovechando [2] otra noche nublada, obstruyó todas las puertas del campamento, colocó obstáculos para impedir la entrada y, después de media noche, sacó el ejército en silencio y volvió a las antiguas posiciones.

En todos¹³⁶ los días siguientes, César adelantó su ejército [55] en formación de combate a un lugar llano por si Pompeyo quería combatir, colocándolo de manera que las legiones casi tocaban el campamento de Pompeyo, distando su primera línea de la empalizada enemiga sólo lo suficiente para que no pudiera ser alcanzada por un tiro de dardo. Por su parte, [2] Pompeyo, para conservar el crédito y autoridad que disfrutaba entre las gentes, colocaba su ejército delante del campamento de manera que la tercera línea estuviese junto a la estacada, y todo el ejército formado quedase protegido por las flechas arrojadas desde la empalizada.

Recibida la sumisión de Etolia, Acarnania y Anfiloquia, [56] por medio de Casio Longino y Calvisio Sabino, como ya se ha indicado¹³⁷, creía César que debía hacer una tentativa en [2] Acaya¹³⁸ y avanzar más adelante. Así pues, envió allí a Fufio Caleno y le agregó como auxiliares a Sabino y Casio con [3] sus cohortes. Al conocer su llegada, Rutilio Lupo¹³⁹, que gobernaba Acaya en nombre de Pompeyo, decidió fortificar [4] el Istmo para cerrar a Fufio el paso hacia Acaya. Caleno se apoderó de Delfos, Tebas y Orcómeno¹⁴⁰ por voluntad de estos pueblos; tomó algunas ciudades por la fuerza y, enviando embajadas, trataba de atraer por amistad a los demás pueblos al partido de César. Poco más o menos, en estas ocupaciones se encontraba Fufio.

[57] Siendo ésta la situación en Acaya y en Durazo y sabiéndose ya que Escipión había llegado a Macedonia, César, perseverando en su antigua determinación, envió a Escipión al amigo común de ambos, Aulo Clodio¹⁴¹, quien, presentado y recomendado en un principio por Escipión, era considerado [2] por César como uno de sus íntimos amigos. Le dio una carta e instrucciones verbales, cuyo contenido fundamental era el siguiente: que él había experimentado todos los medios para llegar a una paz, y que hasta ahora no había conseguido nada, y creía que esto se debía a ineptitud de aquellos que había elegido como intermediarios, porque temían llevar sus

proposiciones a Pompeyo en circunstancias poco [3] convenientes. Pero que Escipión tenía tal prestigio, que podía no sólo exponer a Pompeyo libremente lo que le pareciera acertado, sino incluso en gran parte amonestarle y dirigirle si se equivocaba; además, mandaba con independencia de Pompeyo un ejército, de manera que, aparte de su prestigio, disponía también de fuerzas para obligarle. Que si hacía esto, [4] todos le atribuirían a él solo la obtención de la tranquilidad de Italia, la paz de las provincias y la salvación del imperio. Clodio le comunica estas instrucciones, y oído al [5] parecer con agrado los primeros días, después no fue admitido a audiencia por haber amonestado Favonio a Escipión, según se supo después de terminada la guerra; y Clodio volvió a César sin haber llevado a efecto su misión.

César, para encerrar más fácilmente la caballería pompeyana [58] en Durazo e impedirle forrajear, fortificó con grandes obras dos accesos muy angostos, según se ha dicho¹⁴², y puso en ellos fuertes. Cuando vio Pompeyo que de nada le [2] servía la caballería, dejando pasar pocos días, la embarcó y la volvió de nuevo a las fortificaciones donde él estaba. Había [3] gran escasez de forraje, hasta el punto de que daban de comer a los caballos hojas de los árboles y raíces tiernas de caña machacadas. Habían consumido el trigo que se había sembrado dentro de las fortificaciones, y se veían obligados [4] a transportar el forraje desde Corcira y Acarnania, efectuando una larga navegación, y, debido a la escasez, aumentar el pasto con cebada, y por estos medios sustentar los caballos. Pero cuando no sólo faltó la cebada, el pasto y la [5] hierba cortada, sino también las hojas de los árboles, debilitados ya los caballos por la delgadez, Pompeyo estimó que debía intentar una salida.

[59] Había entre los jinetes de César dos hermanos alóbroes¹⁴³, Roucilo y Ego, hijos de Abducilo, que había sido muchos años primer magistrado en su ciudad, hombres de extraordinario valor, de cuya excelente y valerosa ayuda César

se [2] había servido en todas las guerras gálicas. Por este motivo les había dado las más altas magistraturas en su patria, había procurado que se les nombrara senadores en su nación como concesión especial, les había asignado en la Galia campos tomados al enemigo y dado grandes premios en dinero, haciéndoles [3] de pobres, ricos. Por su valor, no sólo eran honrados por César, sino que también tenían la estimación del ejército; pero, confiados en la amistad de César y envanecidos por su necia y bárbara arrogancia, despreciaban a los suyos y defraudaban el sueldo de los jinetes, y se llevaban a su casa [4] todo el botín. Los jinetes, inducidos por tales motivos, se presentaron todos ante César y se quejaron abiertamente de estas injurias y añadieron a lo anterior que declaraban falso número de jinetes para quedarse con su sueldo.

[60] César, juzgando que aquél no era tiempo oportuno para castigarlos y teniendo en cuenta su valor, difirió la cuestión; los amonestó en secreto porque consideraban a los jinetes como un negocio y les aconsejó que esperasen todo de su amistad y tuvieran confianza en el futuro con arreglo a los [2] beneficios que ya habían recibido de él en el pasado. Sin embargo, esto les produjo gran enemistad y desprecio entre todos, y ellos mismos se daban cuenta, no sólo por echárselo en cara los demás, sino también por la opinión de sus familiares [3] y por su propia conciencia. Inducidos por esta vergüenza y creyendo que quizá no se libraban del castigo, sino que quedaba para más tarde, decidieron separarse de nosotros, probar nueva fortuna y experimentar nuevas amistades. Comunicándoselo a algunos clientes suyos a quienes se atrevían [4] a confiar tan gran delito, intentaron primeramente, como se supo después de la guerra, matar al prefecto de la caballería Gayo Voluseno para presentarse ante Pompeyo con algún mérito. Cuando les pareció que esto era demasiado difícil [5] y que no se presentaba oportunidad de llevarlo a cabo, tomaron a préstamo la mayor cantidad de

dinero que pudieron, como si quisieran devolver lo robado y pagar a los suyos, pero, habiendo comprado muchos caballos, se pasaron a Pompeyo con los partícipes de su traición.

Como habían nacido de familia ilustre, se habían presentado [61] magníficamente equipados, con gran acompañamiento y muchas caballerías, se les consideraba excelentes guerreros, habían disfrutado de la estimación de César y era un acontecimiento nuevo y desacostumbrado, Pompeyo los paseó y exhibió por todos los puestos. Pues hasta entonces [2] ningún soldado ni jinete se había pasado de César a Pompeyo, a pesar de que casi diariamente había deserciones del bando de Pompeyo al de César; incluso continuamente se pasaban en masa los soldados alistados en Epiro y Etolia y los de las regiones que estaban en poder de César. Los alóbroges, [3] que conocían toda nuestra situación: qué fortificaciones no estaban terminadas, qué imperfecciones pudieran notarse por los técnicos militares, los momentos en que se hacía cada cosa, las distancias de los puestos y el distinto celo con que se hacían las guardias según el temperamento y diligencia de los que estaban al frente, comunicaron todo esto a Pompeyo.

Al conocer todos estos pormenores Pompeyo, que según [62] se ha indicado¹⁴⁴ ya había tomado antes la decisión de hacer una salida, manda hacer a los soldados coberturas de mimbre [2] para los yelmos y acopiar material. Una vez preparado esto, embarcó durante la noche en esquifes y naves de remo gran número de soldados armados a la ligera y de arqueros y todo el material, y poco después de media noche llevó sesenta cohortes, sacadas del campamento mayor y de las guarniciones, a la parte de las fortificaciones que estaba junto al mar y que se encontraba más distante del campamento [3] mayor de César. Envío también allí las naves llenas de soldados ligeros y material que hemos indicado y las de guerra que tenía en Durazo y ordenó lo que cada uno debía hacer. [4] Al frente de estas fortificaciones César había puesto al cuestor Léntulo Marcelino con la novena legión. Como no disfrutaba

de buena salud, le había enviado como adjunto a Fulvio Póstumo¹⁴⁵.

[63] Había en aquel lugar un foso de quince pies¹⁴⁶ y, mirando al enemigo, una empalizada de diez pies de altura¹⁴⁷, cuyo terraplén tenía una anchura similar. A unos seiscientos pies detrás de nuestras líneas¹⁴⁸, había otra estacada de menor [2] altura en dirección contraria a la anterior. En efecto, en los días precedentes, César, temiendo que los nuestros fuesen rodeados por tropas desembarcadas, había hecho en aquel punto doble parapeto, a fin de poder resistir en caso de tener [3] que combatir en doble frente. Pero la magnitud de las obras y el continuo trabajo diario, puesto que había abarcado con la fortificación diecisiete mil pasos en circunferencia¹⁴⁹, no [4] daban tiempo para terminarlas. Así, pues, aún no estaba acabado el parapeto transversal que, de cara al mar, debía unir estas dos fortificaciones. Pompeyo conocía esta situación [5] por los desertores alóbroges, y ello causó gran daño a los nuestros. Pues cuando se retiraron las cohortes de la novena [6] legión que habían hecho guardia junto al mar¹⁵⁰, al amanecer se presentó súbitamente el ejército pompeyano; al mismo tiempo los soldados, llevados en naves, arrojaban dardos contra el parapeto exterior, llenaban las fosas de material y los legionarios pompeyanos, acercando escalas, aterrorizaban a los defensores de la fortificación interior con proyectiles arrojados por máquinas o dardos de todas clases; y por una y otra parte se iba extendiendo una gran multitud de arqueros. Además, las protecciones de mimbre colocadas [7] en los yelmos les protegían mucho del golpe de las piedras, única arma arrojadiza que tenían los nuestros. Así pues, [8] agobiados los nuestros por tantas circunstancias y resistiendo difícilmente, advirtieron los enemigos el defecto de la fortificación que hemos indicado y, habiendo desembarcado entre los dos parapetos en el lugar en que la fortificación no estaba terminada, atacaron a los nuestros por la espalda, y, expulsándoles de las dos fortificaciones, les obligaron a huir.

Al anunciarle esta situación, Marcelino envió desde el [64] campamento algunas cohortes a los nuestros que estaban en peligro; viendo éstas huir a los nuestros, ni pudieron asegurarlos con su llegada ni ellas mismas resistieron el ataque enemigo. Así pues, cualquier refuerzo que se enviaba, contagiado [2] por el miedo de los que huían, aumentaba el terror y el peligro, pues el gran número de hombres impedía la retirada. Siendo herido gravemente en este combate el portador [3] del águila y sintiéndose sin fuerzas, al ver a nuestros jinetes, dijo: «Durante muchos años he defendido con gran diligencia en vida esta águila, y ahora, al morir, se la devuelvo a César con la misma fidelidad. Os lo ruego: no permitáis que se sufra un deshonor militar, lo que nunca ha sucedido en el [4] ejército de César; llevádsela incólume». Por este hecho se salvó el águila, habiendo encontrado la muerte todos los centuriones de la primera cohorte, excepto el de la primera centuria de los príncipes¹⁵¹.

[65] Los pompeyanos se aproximaban ya, con gran matanza de los nuestros, al campamento de Marcelino, habiendo producido gran terror en las demás cohortes, cuando Marco Antonio, que mandaba una guarnición próxima, al serle anunciada esta situación, apareció con doce cohortes bajando de [2] una colina. Su llegada contuvo a los pompeyanos y confirmó a los nuestros de manera que se rehicieron de su gran [3] temor. Algún tiempo después, César, dada la señal de fortín a fortín con humo, según costumbre anterior, vino a aquel mismo lugar con algunas cohortes sacadas de las guarniciones. [4] Al conocer el daño sufrido y advertir que Pompeyo, fuera ya de las fortificaciones, construía su campamento en la línea del mar de tal manera que podía forrajear libremente y tener acceso para las naves, puesto que no había logrado su propósito, cambió César su estrategia y mandó que se hiciera el campamento junto a Pompeyo¹⁵².

[66] Terminada esta fortificación, los exploradores de César observaron que algunas cohortes, aproximadamente una

legión, estaban detrás del bosque y se dirigían al antiguo campamento. [2] La situación del campamento era ésta. Días pasados la novena legión de César, cuando se opuso a las tropas pompeyanas e intentaba rodearlas con obras de fortificación, como ya se ha dicho¹⁵³, colocó el campamento en este lugar. Estaba junto a un bosque y distaba del mar unos trescientos [3] pasos¹⁵⁴. Después, habiendo cambiado de propósito por algunas [4] causas, César llevó el campamento un poco más allá, y al cabo de algunos días lo ocupó Pompeyo; pero como tenía la intención de colocar allí más legiones, conservando el parapeto interior amplió la fortificación. Así pues, encerrado [5] el campamento menor dentro del mayor, venía a ser como fuerte y ciudadela. Igualmente hizo una trinchera, de aproximadamente [6] cuatrocientos pasos¹⁵⁵, desde el ángulo izquierdo del campamento hasta el río¹⁵⁶, a fin de que los soldados hiciesen provisión de agua sin ningún peligro. Pero también [7] Pompeyo, cambiando de propósito por algunas razones que no es necesario citar, había abandonado este lugar. Así pues, el campamento había estado vacío durante varios días; sin embargo todas sus fortificaciones estaban íntegras.

Los exploradores anunciaron a César que las insignias [67] de una legión habían entado en aquel campamento. Confirmaron esta noticia igualmente desde algunos fuertes elevados. Distaba este lugar del nuevo campamento de Pompeyo aproximadamente quinientos pasos¹⁵⁷. Esperando César poder [2] sorprender a esta legión y deseando resarcirse de las pérdidas de aquel día, dejó en las obras de fortificación de su propio campamento dos cohortes para que diesen la sensación de que se seguía fortificando; él mismo, por otro camino [3] y lo más ocultamente que pudo, sacó del campamento en doble línea¹⁵⁸ las treinta y tres cohortes restantes, entre las que estaba la novena legión, que había perdido muchos centuriones y había visto reducido el número de sus soldados, y las condujo contra la legión de Pompeyo y

el campamento [4] menor. No se equivocó en su primera intención. Pues llegó antes de que Pompeyo pudiera advertirlo, y, aunque eran grandes las fortificaciones del campamento, sin embargo, atacando rápidamente a los pompeyanos por el ala izquierda, donde él mismo estaba, los expulsó de la trinchera¹⁵⁹. [5] Estaba colocada en la puerta una máquina de guerra llamada erizo¹⁶⁰. Aquí se luchó algún tiempo al intentar los nuestros entrar y defender los pompeyanos el campamento, luchando valientemente en este puesto Tito Puleyón¹⁶¹, cuya intervención, se ha dicho, propició la entrega del ejército de [6] Gayo Antonio¹⁶². Sin embargo, los nuestros vencieron por su valor y, roto el erizo, irrumpieron primeramente en el campamento mayor, después incluso en el castillo que estaba dentro de este campamento mayor, y, como la legión vencida se había refugiado allí, mataron a algunos que hacían resistencia.

Pero la Fortuna, que puede mucho en todo, y especialmente [68] en la guerra, produce un gran cambio de circunstancias en breves momentos, como entonces sucedió. Las [2] cohortes del ala derecha de César, al buscar la puerta, por desconocimiento del lugar, siguieron la fortificación que, como hemos dicho antes, iba desde el campamento al río¹⁶³, creyendo que correspondía al campamento. Al advertir que [3] estaba unida al río, rompiendo la fortificación sin que nadie la defendiera, la atravesaron y toda nuestra caballería siguió a estas cohortes.

Mientras tanto, Pompeyo, después de esta larga demora [69] y conocida la situación, sacó la quinta legión de las obras de fortificación y la llevó en socorro de los suyos; al mismo tiempo su caballería se aproximaba a nuestros jinetes; nuestros soldados, que habían ocupado el campamento, veían su línea de combate formada y todas las circunstancias variaron súbitamente. La legión pompeyana, animada con la esperanza [2] de rápido socorro, intentaba resistir en la puerta decumana¹⁶⁴ e incluso atacaba a los nuestros

espontáneamente. La caballería de César, dado que ascendía por los terraplenes en un camino estrecho, temiendo por su propia retirada, empezaba a huir. El ala derecha, que estaba separada de la [3] izquierda, al advertir el terror de los jinetes y a fin de no ser arrollada dentro, se retiraba por aquella parte de la fortificación que había roto, y muchos de ellos, para no caer en aquel espacio estrecho, se precipitaban en las fosas desde el parapeto de diez pies de altura¹⁶⁵; arrollados los primeros, sobre sus cuerpos se procuraban los demás salida y salvación. [4] Los soldados del ala izquierda, viendo desde la estacada que Pompeyo se aproximaba y que los suyos huían, temiendo quedar encerrados en aquella estrechura y teniendo al enemigo dentro y fuera¹⁶⁶, se ponían a salvo aprovechando para retirarse el mismo camino por donde habían venido; todo era confusión, temor, huida, hasta el punto de que, al ordenarles César detenerse tomando por su propia mano las insignias de los fugitivos, unos, dejando los caballos, prosiguieron la carrera; otros, por miedo, incluso perdieron las insignias, y absolutamente ninguno se detuvo¹⁶⁷.

[70] En circunstancias tan graves, evitó la destrucción de todo el ejército el hecho de que Pompeyo, temiendo una emboscada —según creo—, puesto que todo esto había sucedido sin que lo esperara, y poco antes había visto a los suyos huir del campamento, no se atrevió durante algún tiempo a aproximarse a las fortificaciones, y su caballería quedaba entorpecida en la persecución por la estrechura del espacio [2] ocupado además por las tropas de César. Así, circunstancias poco importantes tuvieron gran transcendencia para ambas partes. Pues la fortificación que iba desde el campamento hasta el río impidió, cuando había tomado el campamento de Pompeyo, la victoria segura de César, y esta misma circunstancia, al retardar a los perseguidores, salvó a los nuestros.

En los dos combates de este día, César perdió novecientos [71] sesenta soldados y a los notables caballeros romanos

Tuticano Galo, hijo de un senador, Gayo Fleginate de Placentia, Aulo Granio de Puteolos, Marco Sacrativiro de Capua¹⁶⁸, a cinco tribunos militares y a treinta y dos centuriones¹⁶⁹. Pero [2] gran parte de ellos murió sin herida alguna en los fosos, fortificaciones y en las orillas del río, aplastados en el terror de la huida general; se perdieron treinta y dos enseñas militares. En este combate Pompeyo fue aclamado *imperator*¹⁷⁰. [3] Aceptó este título y permitió posteriormente que se le saludara con él, pero no lo usó en las cartas que acostumbraba a escribir ni colocó en las fasces la insignia de laurel¹⁷¹. Labieno [4] por su parte, habiendo conseguido de Pompeyo que le entregara los prisioneros, al parecer por ostentación y a fin de conseguir mejor la confianza que puede alcanzar un desertor¹⁷², llamando compañeros de armas a todos los que fueron llevados a su presencia, les preguntó en términos afrentosos si acostumbraban a huir los veteranos, y les dio muerte en presencia de todos.

[72] Con esta victoria aumentó de tal manera la confianza y ánimo de los pompeyanos que ya no pensaban en el modo [2] de hacer la guerra, sino que creían haber vencido. No pensaban que las causas de su victoria habían sido el poco número de nuestros soldados, las malas condiciones en que, después de ocupado el campamento, se encontraban las tropas de César por la estrechura del lugar y el terror producido por la amenaza del enemigo dentro y fuera de la fortificación, la división del ejército en dos partes sin que se pudieran [3] ayudar unos a otros. No añadían a estas causas que su victoria no procedía de un encuentro violento ni de un combate librado con las tropas formadas, sino de que, encerrados en un espacio estrecho en relación con su número, nuestros soldados se habían causado mayor daño a sí mismos [4] que el que habían recibido del enemigo. Finalmente, no reflexionaban en los comunes accidentes de la guerra; con cuánta frecuencia pequeñas causas, como una falsa sospecha, un terror repentino o un escrúpulo que se presenta, han producido grandes

desastres; cuántas veces se ha experimentado un grave daño en el ejército por culpa de un general o el error de un tribuno; sino que, como si hubiesen vencido por su valor y no hubiese ya lugar a un cambio de las circunstancias, celebraban por toda la tierra, de palabra y por escrito, su victoria de aquel día.

[73] Impedido César para realizar su anterior propósito, creyó [2] que debía cambiar toda la estrategia. Por consiguiente, retiró al mismo tiempo todas las guarniciones, abandonó el cerco y, reuniendo al ejército en un lugar, pronunció una arenga ante los soldados y les exhortó a que no llevasen con dolor lo sucedido ni se atemorizasen por ello, ni diesen el mismo valor a un combate adverso de poca importancia que [3] a muchos victoriosos. Que había que dar gracias a la Fortuna porque habían tomado Italia sin pérdida de importancia; porque habían pacificado las dos Hispanias, habitadas por hombres muy aguerridos que además estaban mandados por jefes muy capacitados y experimentados¹⁷³, porque habían puesto bajo su dominio las provincias cercanas, muy ricas en trigo¹⁷⁴; finalmente, debían recordar con qué facilidad habían sido transportados todos ellos incólumes entre las escuadras enemigas, que custodiaban no sólo los puertos, sino también el litoral. Si no todo era favorable, había que ayudar [4] a la Fortuna con el esfuerzo. El daño sufrido debía atribuirse a cualquier causa antes que a él mismo. Pues él había proporcionado [5] un campo adecuado para combatir, había conquistado el campamento enemigo, había expulsado y vencido a los que resistían. Pero bien la confusión de ellos mismos, bien algún error o la misma Fortuna, le habían quitado una victoria que ya era suya y segura; todos debían procurar resarcir con su valor el daño recibido. Si lo hacían así, este [6] mismo daño se convertiría en bien, como había sucedido en Gergovia¹⁷⁵, y se ofrecerían espontáneamente al combate los que antes habían temido pelear.

Pronunciada esta arenga, notó de infamia a algunos portaenseñas, [74] y los degradó. A consecuencia del desastre

fue [2] tanto el dolor de todo el ejército y tanto el deseo de resarcir el desdoro que nadie necesitaba órdenes de tribuno o centurión, y cada uno se imponía como castigo mayores trabajos; al mismo tiempo, todos ardían en deseo de combatir, juzgando algunos oficiales de alta categoría, inducidos por razones militares, que se debía permanecer allí y entablar [3] combate. Por el contrario, César no tenía suficiente confianza en los soldados atemorizados y pensaba que se les debía dar algún tiempo para reponer los ánimos; además, al abandonar las fortificaciones tenía gran temor respecto al abastecimiento de trigo.

[75] Así, pues, sin más pérdida de tiempo que la necesaria para atender a los heridos y enfermos, envió delante, en silencio, a primera hora de la noche, todo el bagaje desde el campamento a Apolonia, y ordenó que no se descansara hasta haber dado fin al camino. Envío como escolta del bagaje [2] una legión. Después de esto, retuvo en el campamento dos legiones, y por el mismo camino envió al amanecer las restantes, sacándolas por varias puertas, y al cabo de un corto tiempo, a fin de seguir las normas militares y de que se conociese su marcha lo más tarde posible, mandó dar la señal de levantar el campo, y saliendo inmediatamente y siguiendo a la retaguardia, se alejó rápidamente de la vista del [3] campamento. Pero tampoco Pompeyo, al conocer su propósito, demoró lo más mínimo la persecución, sino que sacó el ejército del campamento por si podía por el mismo camino alcanzar a aquellas tropas atemorizadas e impedidas en la marcha, y envió delante la caballería para retrasar la retaguardia, pero no pudo conseguirlo, porque César le llevaba mucha ventaja marchando por un camino libre de impedimentos. [4] Pero cuando llegó al río Genuso¹⁷⁶, cuyas orillas eran de gran altura, alcanzando la caballería pompeyana a la [5] retaguardia, retrasaba su marcha. César enfrentó a sus jinetes con la caballería enemiga y mezcló entre ellos cuatrocientos soldados escogidos de los que iban delante de las

insignias¹⁷⁷, que dieron tanto resultado que, al entablarse el combate ecuestre, rechazaron a los enemigos y mataron a muchos, retirándose ellos sin daño a la formación.

Hecho el camino que se había propuesto para aquel día y [76] habiendo atravesado el ejército el río Genuso, César se colocó en su antiguo campamento frente a Asparagio¹⁷⁸, retuvo a todos los soldados dentro del parapeto y ordenó que volviera rápidamente por la puerta decumana la caballería que había sido enviada con el pretexto de forrajear. Del mismo [2] modo Pompeyo, al dar fin a su jornada de aquel día, hizo alto en su antiguo campamento junto a Asparagio. Sus [3] soldados, como estaban libres de trabajo de fortificación por estar ya completas las obras, unos se alejaban para hacer provisión de leña y de forraje; otros, como se había dado repentinamente la orden de partir y habían dejado gran parte del bagaje, queriendo recogerlo, inducidos por la proximidad del antiguo campamento, dejaban las armas en la tienda y abandonaban la estacada. Impedidos para seguirle, lo que [4] ya César había previsto que sucedería, dando la señal de marcha hacia la hora del mediodía, sacó el ejército y, duplicando la marcha de aquel día, avanzó ocho mil pasos desde aquel lugar¹⁷⁹; Pompeyo no pudo seguirle por la marcha de sus soldados.

Al día siguiente, César, en la primera hora de la noche, [77] envió por delante igualmente el bagaje, y al amanecer se puso en marcha él mismo a fin de hacer frente a cualquier circunstancia repentina, con el ejército dispuesto si se presentaba la necesidad de combatir. Hizo lo mismo en los restantes días. Con estas medidas consiguió no sufrir ningún [2] [3] daño, aunque pasó ríos profundos y caminos difíciles. Pues Pompeyo, después del retraso del primer día, aunque se esforzó en vano los demás días y alargó sus marchas deseando alcanzar a los que le precedían, desistió de la persecución al cuarto día y pensó que debía tomar otra resolución.

[78] César tenía necesidad de ir a Apolonia para dejar a los heridos, pagar el estipendio al ejército, confirmar los ánimos [2] de sus aliados y dejar guarniciones en las ciudades. Dedicó a esto solamente el tiempo que le permitía su apresuramiento; temiendo que Domicio fuera sorprendido por la llegada [3] de Pompeyo, se dirigía hacia aquél con toda rapidez. Concebía todo su plan de manera que si Pompeyo se dirigía allí mismo, le obligara a combatir con él en iguales condiciones estratégicas, una vez separado del mar y de las tropas que tenía reunidas en Durazo y privado del trigo y del abastecimiento general; si pasaba a Italia, César, uniendo su ejército con el de Domicio, marcharía por Iliria en socorro de Italia, y si intentaba atacar Apolonia y Órico y cortarles las comunicaciones con el litoral, entonces atacaría César a Escipión y obligaría a Pompeyo necesariamente a acudir en auxilio [4] de los suyos. Así pues, envió César mensajeros a Gneo Domicio y le escribió diciéndole cuáles eran sus disposiciones, y dejando cuatro cohortes como guarnición en Apolonia, una en Liso y tres en Órico, y dejando colocados a los heridos, [5] emprendió la marcha por Epiro y Atamania¹⁸⁰. También Pompeyo, conjeturando sobre el propósito de César, pensaba dirigirse apresuradamente hacia Escipión para auxiliarle si César se dirigía allí; si no quería apartarse del litoral y de Órico, porque esperaba tropas y caballería procedentes de Italia, entonces él atacaría a Domicio con todas sus tropas.

Por estas razones, uno y otro procuraban darse prisa, ya [79] para auxiliar a los suyos, ya para no perder la ocasión de acabar con el enemigo. El haber ido a Apolonia había apartado [2] a César del camino directo, mientras Pompeyo tenía el camino libre a Macedonia por Candavia¹⁸¹. Se produjo además [3] de improviso otro inconveniente: que Domicio, que había tenido su campamento próximo al de Escipión durante muchos días, se había separado de él para buscar abastecimiento de trigo, y se había encaminado a Heraclea¹⁸²,

que está próxima a Candavia, de tal manera, que parecía como que la misma Fortuna se lo entregaba a Pompeyo. En aquel [4] tiempo César desconocía esta situación. Al mismo tiempo, Pompeyo envió cartas por todas las provincias y ciudades dando noticia del combate librado junto a Durazo, y al pasar la noticia de boca en boca, se había aumentado y exagerado mucho más de lo que el combate había sido en realidad, corriendo la voz de que César huía vencido, habiendo perdido casi todas sus tropas. Esta fama había hecho que todos los caminos fueran peligrosos para César, y había apartado de su amistad algunas ciudades. Por esto, sucedió que los mensajeros [5] enviados por diferentes caminos de César a Domicio y de Domicio a César no pudieron llegar de ningún modo. Pero unos alóbroges compañeros de Roucilo y Ego, de quienes [6] ya hemos dicho que se habían pasado a Pompeyo¹⁸³, encontraron a los exploradores de Domicio y, bien por su antigua amistad, puesto que habían hecho juntos la guerra en la Galia, bien por vanagloria, les contaron todo como había sucedido y les informaron de la marcha de César y la llegada [7] de Pompeyo. Con esta información, Domicio, que llevaba una ventaja de cuatro horas de marcha, evitó el peligro gracias al propio enemigo, y encontró a César que iba hacia él junto a Eginio¹⁸⁴, ciudad próxima a Tesalia.

[80] Unidos ambos ejércitos, César fue a Gonfos¹⁸⁵, que es la primera ciudad de Tesalia viniendo del Epiro; este pueblo había enviado espontáneamente mensajeros a César pocos meses antes diciéndole que podía usar de todos sus recursos; [2] además, había solicitado de él una guarnición. Pero ya había llegado allí la noticia del combate de Durazo, de que hemos [3] informado, exagerada en muchos aspectos. Así, pues, Andróstenes, magistrado supremo de Tesalia, prefiriendo ser partícipe de la victoria de Pompeyo a ser aliado de César en la derrota, congregó en la ciudad a todos los hombres libres y esclavos de los campos, cerró las puertas y envió mensajeros a Escipión y Pompeyo, diciendo que fueran en su ayuda, que

tenía confianza en las fortificaciones de la ciudad si se les socorría rápidamente, pero que no podría sostener un [4] largo asedio. Escipión había llevado sus legiones a Larisa¹⁸⁶ al conocer la retirada de los ejércitos de Durazo; Pompeyo [5] estaba aún lejos de Tesalia. César, una vez establecido el campamento, mandó hacer escalas y máquinas¹⁸⁷ para un rápido [6] ataque y preparar zarzos. Dispuesto esto, exhortando a los soldados los informó de cuán útil sería, para remediar la escasez, apoderarse de una ciudad repleta y opulenta, inspirar terror a las demás ciudades con el ejemplo de ésta y atacarla con rapidez antes de que pudieran acudir socorros. Así pues, gracias a la excelente disposición de los soldados y [7] aunque empezó después de las tres de la tarde el ataque a la ciudad de altísimas murallas, la tomó el mismo día de su llegada antes de la puesta del sol; la entregó a los soldados para que la saquearan, e inmediatamente levantó el campamento y se dirigió a Metrópolis¹⁸⁸, de tal manera, que llegó antes que la noticia de la toma de Gonfos.

Los metropolitas, inducidos por los mismos rumores sobre [81] la derrota de César, tomaron al principio la misma decisión, cerraron las puertas y llenaron de soldados los muros; pero después de conocer lo sucedido en la ciudad de Gonfos por los cautivos que César había procurado aproximar a la muralla, abrieron las puertas. Puso gran cuidado César de [2] que no sufrieran daño alguno, y al comparar la suerte de los metropolitas con la desgracia de los gonfeses, no hubo ciudad de Tesalia, excepto Larisa, que estaba ocupada por grandes ejércitos de Escipión, que no obedeciera a César y cumpliera sus órdenes. Ocupando un lugar conveniente en [3] campos cuyo trigo estaba casi ya maduro, decidió esperar allí la llegada de Pompeyo y desarrollar su plan de campaña.

Pocos días después¹⁸⁹ llegó Pompeyo a Tesalia, y en una [82] arenga ante todo el ejército dio gracias a los suyos y exhortó a los soldados de Escipión a que, conseguida ya la victoria, fueran partícipes del botín y los premios, y, habiendo

reunido todas las legiones en un solo campamento, comparte su honor con Escipión, manda que también ante él se dé el toque de trompeta¹⁹⁰ y dispone que se le prepare otro pretorio. [2] Aumentadas las tropas de Pompeyo por la reunión de dos grandes ejércitos, se asegura la antigua opinión de todos y aumenta de tal manera la esperanza en la victoria, que parecía que cualquier demora retrasaba la vuelta a Italia, y, si alguna vez Pompeyo procedía con reposo y reflexión, decían que era cuestión de un solo día, pero que él se deleitaba con el mando y con tener como esclavos a consulares y pretores. [3] Disputaban ya entre sí sobre premios y sacerdocios y asignaban por años sucesivos el consulado; otros reclamaban las casas y bienes de los que estaban en el campamento de César¹⁹¹, [4] y hubo en el consejo una gran controversia sobre si convenía tener presente en los próximos comicios pretorios a Lucio Hirro, ausente porque había sido enviado contra los partos por Pompeyo; implorando sus parientes que Pompeyo cumpliera lo que le había reconocido al marcharse, para que no pareciera engañado por su autoridad; rechazando los demás el hecho de que prevaleciera uno, siendo igual para todos el trabajo y el peligro¹⁹².

[83] Sobre la sucesión en el sacerdocio de César¹⁹³, llegaron abiertamente a graves afrentas verbales en sus diarias disputas, Domicio, Escipión y Léntulo Espínter; pues Léntulo hacía valer el mérito de su edad, Domicio alegaba el crédito que gozaba en la ciudad y Escipión confiaba en el parentesco con Pompeyo¹⁹⁴. También Acutio Rufo¹⁹⁵ acusó ante [2] Pompeyo a Lucio Afranio de la entrega del ejército, que era lo que en su opinión había sucedido en Hispania¹⁹⁶. Y Lucio [3] Domicio propuso en el consejo que después de terminada la guerra se entregaran tres tablillas a los senadores que habían estado en la guerra junto con ellos, para que pronunciaran sentencias sobre cada uno de los que se habían quedado en Roma y de los que habían estado dentro de las líneas de Pompeyo, pero no le habían prestado ayuda militar: por una

tablilla se absolvería, por otra se condenaría a muerte y por la tercera se impondrían multas. Finalmente, todos trataban [4] de adquirir magistraturas o ventajas económicas o de perseguir a sus enemigos, pero no pensaban cómo podrían vencer, sino cómo debían aprovecharse de la victoria.

Preparado el abastecimiento de trigo, reanimados los [84] soldados y habiendo transcurrido ya desde los combates de Durazo un tiempo bastante largo para tener suficientemente probado el ánimo de los soldados, decidió César explorar la intención de combatir que tenía Pompeyo. Así pues, sacó el [2] ejército del campamento y formó la línea de combate primeramente en su propio campo y a cierta distancia del campamento de Pompeyo; pero en los días siguientes se iba alejando de su campamento y colocando su formación junto a las colinas pompeyanas. Esta táctica iba haciendo cada día más animoso su ejército. Sin embargo, conservaba en la caballería [3] la formación establecida anteriormente¹⁹⁷; esto es, puesto que era notablemente inferior en número, mandaba luchar entre los jinetes a los más jóvenes y ágiles de los soldados escogidos que precedían a las insignias, dotándoles además de armas que les permitieran mayor rapidez; tales soldados, con la costumbre diaria, habían adquirido la práctica [4] de esta clase de combate. Por este medio se consiguió que mil jinetes, incluso en lugares despejados, fueran capaces de sostener el ataque de siete mil pompeyanos, cuando había necesidad, y que no se aterrorizaran por la multitud [5] enemiga. Incluso por aquellos días libró un combate victorioso con la caballería y mató con algunos otros a uno de los dos alóbroges que hemos indicado más arriba que se habían pasado a Pompeyo¹⁹⁸.

[85] Pompeyo, que tenía su campamento en una colina¹⁹⁹, formaba su línea de combate en la parte inferior de la ladera, esperando siempre, al parecer, que César se colocara en un [2] lugar desfavorable. Juzgando César que no había forma de inducir a Pompeyo a entablar combate, creyó que su mejor

estrategia consistía en levantar el campamento de aquel punto y estar siempre en marcha, esperando que, al mover continuamente el campamento y pasar por muchos lugares, encontraría mejor abastecimiento de trigo y al mismo tiempo hallaría en el camino alguna ocasión de combatir y fatigaría con marchas diarias al ejército pompeyano poco acostumbrado [3] al trabajo²⁰⁰. Decidido este plan, dada ya la señal de marcha y recogidas las tiendas, advirtieron poco antes de salir que la formación de Pompeyo se había alejado de la estacada contra su costumbre diaria, de manera que parecía que [4] se podía entablar combate en lugar conveniente. Entonces, cuando ya estaban las tropas a punto de salir, dijo César: «es preciso por el momento aplazar la marcha y pensar en combatir como siempre hemos deseado. Tengamos el ánimo dispuesto para la lucha; difícilmente encontraremos después otra ocasión»; y al momento, sacó las tropas dispuestas.

También Pompeyo, como se supo después, había decidido [86] combatir a petición de todos los suyos²⁰¹. Incluso había dicho en el consejo, en los días anteriores, que, antes de que se encontraran las formaciones, sería derrotado el ejército de César. Como muchos se admiraran al oírlo, dijo: «sé que [2] prometo algo casi increíble, pero escuchad mi plan para que vayáis al combate con ánimo más firme. He persuadido a [3] los jinetes —y me han asegurado que lo harán— de que cuando ambos ejércitos se aproximen, ataquen el ala derecha de César por el flanco desprotegido²⁰² y, rodeado el ejército por la espalda, le pongan en fuga antes de que nosotros lancemos un solo dardo. Así, sin peligro de las legiones [4] y casi sin daño, pondremos fin a la guerra. Ciertamente esto no es difícil dada nuestra superioridad en caballería». Al [5] mismo tiempo les previno que tuviesen el ánimo dispuesto para el futuro y, puesto que se presentaba la ocasión de pelear, como continuamente habían pedido, no defraudasen sus esperanzas ni las de los demás.

Después de Pompeyo tomó la palabra Labieno y, despreciando [87] las tropas de César y ensalzando con grandes alabanzas el plan de Pompeyo, dijo: «No creas, Pompeyo, que éste es el ejército que conquistó la Galia y Germania. Estuve [2] presente en todos los combates y no afirmo al azar una cosa desconocida. Queda una mínima parte de aquel ejército, pues la mayoría pereció, como es natural que sucediera en tantísimos combates; la insalubridad del otoño en Italia hizo perecer a muchos; muchos marcharon a sus casas; muchos [3] se han quedado en Italia²⁰³. ¿Acaso no habéis oído que se han formado unas cohortes en Brindis con los que se quedaron [4] allí por enfermedad? Estas tropas que veis están formadas de las levadas de estos años en la Galia Citerior²⁰⁴ y muchos son de las colonias del norte del Po. Sin embargo, el núcleo más fuerte de este ejército desapareció en los dos [5] combates de Durazo». Después de haber pronunciado estas palabras, juró que no volvería al campamento sino como vencedor y exhortó a los demás a que hicieran lo mismo. [6] Pompeyo, alabando esta determinación, juró igualmente; y [7] nadie hubo entre los demás que dudara jurar lo mismo. Después de tratarse esto en el consejo, se disolvieron con gran esperanza y alegría de todos; y ya disfrutaban de la victoria en su interior, porque les parecía que un general tan experimentado nada podía asegurar sin motivo sobre un asunto tan importante.

[88] Al aproximarse al campamento de Pompeyo, César advirtió [2] que su línea estaba formada de este modo. Estaban en el ala izquierda las dos legiones entregadas por César, según decreto del senado, al principio de la discordia²⁰⁵; una de ellas se llamaba primera, otra tercera²⁰⁶. En aquel lugar estaba [3] Pompeyo. Mandaba el centro de la formación Escipión con las legiones de Siria. La legión de Cilicia²⁰⁷, unida a las cohortes hispanas que, como dijimos, trajo Afranio²⁰⁸, estaba colocada en el ala derecha. Pompeyo creía que éstas eran [4] sus tropas más fuertes. Había distribuido las

restantes fuerzas entre el centro de la línea y las alas, y había completado ciento diez cohortes. Sumaban estas tropas cuarenta y cinco [5] mil hombres, y aproximadamente dos mil reenganchados, soldados distinguidos procedentes de anteriores ejércitos, que se le habían agregado y que él había repartido por toda la línea. Había colocado las restantes siete cohortes como guarnición del campamento y de los próximos fuertes. Un [6] río, de elevadas orillas, protegía su ala derecha²⁰⁹ y por este motivo había colocado en el ala izquierda toda la caballería y todos los arqueros y honderos.

César, conservando la misma formación que en combates [89] anteriores, había colocado la décima legión en el ala derecha y la novena en la izquierda; como esta última había quedado muy reducida en los combates de Durazo²¹⁰, colocó a su lado la octava, de manera que formó casi una de dos legiones y les ordenó ayudarse mutuamente. Tenía formadas [2] en su línea ochenta cohortes con un total de veintidós mil hombres. Había dejado como guarnición del campamento siete cohortes²¹¹. Había dado el mando del ala izquierda a [3] Antonio, del ala derecha a Publio Sila y del centro de la línea a Gneo Domicio. Él se colocó frente a Pompeyo. Al [4] mismo tiempo, advertidas las circunstancias que hemos detallado, temiendo que su ala derecha fuera rodeada por la caballería, sacó rápidamente una cohorte de cada una de las legiones que constituían la tercera línea, y formó con ellas una cuarta línea que enfrentó a la caballería enemiga; les dio instrucciones y les advirtió que la victoria de aquel día residía [5] en el valor de aquellas cohortes. Al mismo tiempo, ordenó a la tercera línea y a todo el ejército que no avanzaran sin su orden, pues él daría la señal de ataque con la bandera cuando lo juzgara conveniente.

[90] Exhortando al ejército al modo militar y ensalzando sus beneficios para con ellos en todo tiempo, recordó especialmente que él podía poner a los soldados como testigos de con cuánto afán había buscado la paz, de lo que había

tratado en las conversaciones de bando a bando por medio de Vatino²¹², de la misión de Aulo Clodio para Escipión²¹³; de cómo se había esforzado en Órico con Libón para que se [2] enviaran legados de uno a otro ejército²¹⁴. Que él jamás había abusado de la sangre de los soldados, ni había querido [3] privar a la república de ninguno de los dos ejércitos. Pronunciado este discurso y a petición de los soldados, que ardían en deseo de combatir, dio la señal con la trompeta.

[91] Había en el ejército de César un soldado reenganchado de extraordinario valor llamado Crastino, que el año anterior [2] había sido primopilo de la décima legión²¹⁵. Al darse la señal, éste dijo: «seguidme, vosotros que fuisteis soldados de mi manípulo y servid a vuestro general como tenéis costumbre. Sólo nos queda este combate; terminado el cual, nosotros [3] recobramos nuestra libertad y él su dignidad». Al mismo tiempo, volviendo la mirada a César, dijo: «yo haré hoy, mi general, que vivo o muerto me debas agradecimiento». Dicho esto, avanzó el primero del ala derecha y le siguieron [4] unos ciento veinte voluntarios escogidos de la misma centuria.

Quedaba sólo entre los dos ejércitos el espacio suficiente [92] para correr a su mutuo encuentro. Pero Pompeyo había advertido [2] a los suyos que resistieran el ataque de César sin moverse de su puesto y dejaran que la formación enemiga se dispersara; se decía que había ordenado esto por consejo de Gayo Triario, a fin de quebrantar el primer ataque, de que las líneas enemigas se extendieran y de que sus soldados, en perfecta formación, atacaran a los enemigos diseminados; esperaba que, si los soldados no se movían de su puesto, los [3] dardos les herirían con menos fuerza que si corrían a su encuentro; al mismo tiempo sucedería que, al correr doble camino, los soldados de César se fatigarían y llegarían agotados por el cansancio. Nos parece que Pompeyo obró así sin [4] ninguna razón, porque hay cierta agitación y viveza de ánimo naturalmente innata en todos los hombres que se excita

con el deseo de combatir. Los generales no deben reprimirla, [5] sino fomentarla; y con razón quedó establecido desde tiempos antiguos que se tocaran instrumentos por todas partes y que todos los soldados levantaran gran clamor, con lo cual creían incitar a los suyos y aterrorizar a los enemigos²¹⁶.

Dada la señal, nuestros soldados iniciaron la carrera con [93] los dardos preparados y advirtieron que los pompeyanos no corrían a su encuentro; aleccionados por la experiencia y ejercitados por anteriores combates, contuvieron por sí mismos la carrera y se detuvieron aproximadamente a mitad de camino para no llegar cansados; habiendo descansado corto tiempo, iniciaron de nuevo la carrera, arrojaron sus dardos y rápidamente empuñaron las espadas, según había ordenado [2] César. No fueron inferiores los pompeyanos en esta acción. Recibieron la descarga de los dardos, resistieron el ataque de las legiones, conservaron sus líneas y, lanzando sus dardos, [3] empuñaron las espadas²¹⁷. Al mismo tiempo avanzaron en bloque los jinetes del ala izquierda de Pompeyo, como había sido ordenado, y se desparramó toda la multitud de [4] arqueros. Nuestra caballería no pudo sostener su ataque, sino que cedió un poco y los jinetes pompeyanos empezaron a estrecharlos más violentamente, a desplegarse en escuadrones y a rodear nuestra formación por el flanco derecho. [5] Cuando César advirtió esto dio la señal a las seis cohortes [6] con las que había formado la cuarta línea²¹⁸. Éstas avanzaron rápidamente y atacaron con tanta violencia a los jinetes de Pompeyo que ninguno resistió, sino que volviendo todos la espalda, no sólo abandonaron el lugar, sino que, lanzados [7] a la fuga, llegaron hasta los montes más altos. Retirada la caballería, todos los arqueros y honderos, sin apoyo, sin armas, [8] sin defensa, fueron muertos. Con el mismo ímpetu nuestras cohortes rodearon el ala izquierda y atacaron por la espalda a los pompeyanos que aún luchaban y resistían sin perder la formación.

[94] En este momento, César ordenó avanzar a la tercera línea, que hasta entonces había estado en su puesto e inactiva. Y así, al relevar a los que ya estaban fatigados nuevas tropas [2] de refresco y atacar otro grupo a los enemigos por la espalda, los pompeyanos no pudieron resistir y todos emprendieron la huida. No se equivocó César cuando dijo, exhortando [3] a los soldados, que la victoria surgiría de aquellas cohortes que había colocado en la cuarta línea para enfrentarlas a la caballería enemiga. En efecto, ellas rechazaron la caballería, [4] acabaron con los arqueros y honderos, rodearon por el flanco izquierdo el ejército pompeyano y provocaron su huida. Pompeyo, cuando vio rechazada su caballería y advirtió que [5] estaba llena de terror la parte de su ejército en que había puesto toda su confianza, no teniendo esperanza ya en el resto, abandonó el campo de combate y se dirigió a caballo rápidamente al campamento; en voz clara, de manera que los soldados pudieran oírle, dijo a los centuriones que estaban de guardia en la puerta pretoria²¹⁹: Guardad el campamento y defendedlo con valor si llega a suceder algo grave. Yo voy a recorrer las otras puertas y a animar la guarnición del campamento». Después de pronunciar estas palabras se [6] dirigió a su tienda, desconfiando de la victoria y, sin embargo, esperando los acontecimientos.

Llevados los pompeyanos dentro de su propia estacada a [95] consecuencia de la huida, creyó César que era conveniente no darles tiempo alguno para rehacerse, ya que estaban aterrorizados, y exhortó a sus soldados a que aprovecharan el favor de la Fortuna y atacaran el campamento. Éstos, dispuestos [2] a todos los trabajos, obedecieron la orden, aunque estaban fatigados por el gran calor, pues el combate se había prolongado hasta el mediodía²²⁰. El campamento era defendido [3] afanosamente por las cohortes que habían quedado en él de guarnición, y mucho más duramente por los tracios y [4] fuerzas auxiliares bárbaras.

Pues los soldados que habían huido del combate, aterrorizados y agotados por el cansancio, abandonando muchos las armas y las enseñas militares, pensaban más en seguir huyendo que en defender el campamento. [5] Pero tampoco pudieron resistir mucho tiempo la gran cantidad de dardos los que se habían quedado en la estacada defendiendo el campamento, sino que, agotados por las heridas, abandonaron el campo e inmediatamente todos huyeron a unos montes elevados que estaban junto al campamento, guiándoles en la huida los centuriones y tribunos militares.

[96] Se encontraron en el campamento de Pompeyo recintos hechos con enramadas, gran cantidad de plata por todas partes, tiendas alfombradas con césped recién cortado, e incluso las tiendas de Lucio Léntulo y algunos otros recubiertas con yedra; además, otras muchas cosas que demostraban un excesivo lujo y confianza en la victoria, de donde fácilmente se podía deducir que no habían temido el resultado del combate de aquel día quienes buscaban placeres innecesarios. [2] Pero estos mismos acusaban de excesivo lujo al misérrimo y sufriendísimo ejército de César, al que había faltado siempre [3] incluso lo más necesario²²¹. Cuando ya los nuestros andaban dentro de la estacada, Pompeyo, tomando un caballo y quitándose las insignias de comandante en jefe²²², salió del campamento por la puerta decumana²²³, e inmediatamente, espoleando [4] al caballo, se dirigió a Larisa. Tampoco se detuvo allí, sino que con la misma rapidez, recogiendo unos pocos fugitivos de los suyos, y sin interrumpir la marcha durante la noche, llegó al mar²²⁴ con una comitiva de treinta jinetes y embarcó en una nave de transporte de trigo, quejándose continuamente, según se decía, de haberse equivocado tanto que casi parecía traicionado por haber iniciado la huida aquellos mismos hombres de los que esperaba la victoria²²⁵.

Una vez apoderado del campamento, César procuró que [97] los soldados no perdieran la ocasión de completar la

victoria por entretenerse en hacer botín. Conseguido este propósito, [2] decidió rodear el monte con una fortificación. Los pompeyanos, descontentos con esta posición porque el monte no tenía agua, lo abandonaron y empezaron a retirarse todos hacia Larisa por las cumbres. Al advertir la retirada, César [3] dividió sus tropas y ordenó que una parte de las legiones permaneciera en el campamento de Pompeyo y envió otra parte al suyo; llevó consigo cuatro legiones, y yendo por un camino más transitable, salió al encuentro de los pompeyanos y, cuando hubo avanzado seis mil pasos²²⁶, formó su línea de combate. Al advertirlo, los pompeyanos se detuvieron [4] en cierto monte. Bañaba la falda de este monte un río²²⁷. César exhortó a sus soldados y, aunque estaban agotados por el continuo trabajo de todo el día y ya anochecía, sin embargo, separó el río del monte con una fortificación, para que los pompeyanos no pudieran aprovisionarse de agua durante la noche. Una vez terminada esta obra, los pompeyanos [5] enviaron legados y empezaron a tratar de su rendición. Unos pocos senadores que estaban entre ellos huyeron durante la noche.

[98] Al amanecer, César ordenó que todos los que estaban en [2] el monte bajaran a la llanura y entregasen las armas. Obedecieron sin resistencia y, extendiendo las manos y arrojándose a tierra, le pidieron llorando que les conservara la vida; César, consolándoles, ordenó que se levantaran y, hablándoles brevemente de su clemencia para disminuir su miedo, perdonó a todos²²⁸ y recomendó a sus soldados que no les causaran el menor daño ni les despojaran de objeto [3] alguno. Tomada esta prevención, ordenó que vinieran a él desde el campamento otras legiones y, a su vez, que volvieran y descansaran las que había llevado consigo, y aquel mismo día llegó a Larisa.

[99] No perdió en este combate más de doscientos soldados, pero murieron unos treinta centuriones de extraordinario valor. [2] Murió también, luchando

valerosamente, Crastino, de quien hemos hablado antes²²⁹, al recibir en la cara una herida [3] de espada. Y no resultó falso lo que había dicho al ir al combate. En efecto, juzgaba César que el valor de Crastino en aquel combate había sido extraordinario y que le había [4] hecho un gran servicio. Del ejército pompeyano parece que murieron unos quince mil²³⁰ y se entregaron más de veinticuatro mil (pues también las cohortes que estaban de guarnición en los fuertes se rindieron a Sila), además muchos huyeron a las ciudades próximas; fueron llevadas a César del campo de batalla ciento ochenta enseñas militares y nueve águilas²³¹. Al huir al monte desde el campamento, faltándole [5] ya las fuerzas por el cansancio, Lucio Domicio fue muerto por nuestros jinetes.

Por esta misma época Décimo Lelio fue a Brindis con la [100] escuadra y por el mismo procedimiento que lo había hecho Libón, según indicamos antes, ocupó la isla que está enfrente del puerto²³². Igualmente²³³ Vatinio, que tenía el mando [2] en Brindis, cubriendo y aparejando pequeñas barcas, atrajo hacia ellas a las naves de Lelio y se apoderó, en la misma boca del puerto, de una quinquerreme que se había adelantado demasiado, y de dos naves menores; igualmente decidió impedir el aprovisionamiento de agua a la escuadra enemiga, por medio de jinetes colocados a intervalos. Pero [3] Lelio, aprovechando una estación del año más ventajosa para la navegación, transportaba para los suyos el agua en naves desde Corcira y Durazo, y ni desistía de su propósito ni pudo ser expulsado del puerto e isla, ni por la vergüenza de la pérdida de las naves, ni por la escasez de lo más indispensable, hasta que tuvo noticia del combate librado en Tesalia²³⁴.

Más o menos por la misma época, Casio²³⁵ fue a Sicilia [101] con la escuadra de Siria, Fenicia y Cilicia; la escuadra de César estaba dividida en dos partes: mandaba una el pretor Publio Sulpicio, en Vibón²³⁶, cerca del estrecho; la otra, Marco Pomponio²³⁷, en Mesina²³⁸; Casio se dirigió con sus naves a gran velocidad a Mesina, antes de que Pomponio [2]

tuviera noticia de su llegada; le cogió desprevenido, sin que tuviera establecidos puestos de guardia ni formada su escuadra, y, aprovechando un viento favorable de gran violencia, lanzó contra la escuadra de Pomponio unas naves de carga llenas de resina, pez, estopa y otras materias incendiarias, y prendió fuego a las treinta y cinco naves que componían [3] la escuadra, de las cuales veinte eran cubiertas. Con esta acción se produjo tan gran temor que, aunque había una legión de guarnición en Mesina, la ciudad se defendió con dificultad, y muchos juzgaban que se hubiera perdido si en aquel mismo tiempo no hubieran llegado ciertas noticias de la victoria de César por medio de jinetes que se relevaban a [4] intervalos. Pero al llegar las noticias con tanta oportunidad, la ciudad fue defendida y Casio se dirigió desde allí a Vibón, contra la escuadra de Sulpicio; nuestras naves estaban arrimadas a la orilla por el temor de lo sucedido en Mesina, pero aprovechando un viento favorable, del mismo modo que antes, lanzó naves de carga preparadas para incendiar las nuestras, que eran aproximadamente cuarenta, y prendiendo la llama por los dos extremos, ardieron cinco naves. [5] Como el fuego se iba extendiendo cada vez más por la violencia del viento, los soldados convalecientes de las legiones veteranas, que habían sido dejados para guarnición de [6] las naves, no soportaron la afrenta, sino que espontáneamente se embarcaron, salieron del puerto, atacaron a la escuadra de Casio y apresaron dos quinquerrems, en una de las cuales estaba Casio, que huyó en una barca; además fueron hundidas [7] dos trirremes. No mucho después llegó la noticia del combate librado en Tesalia, de modo que ya los mismos pompeyanos le dieran crédito; pues hasta entonces creían que era una invención de los legados y amigos de César. Al conocer esta noticia, Casio se retiró con la escuadra de aquellos lugares.

César consideró que debía posponerlo todo y perseguir a [102] Pompeyo a dondequiera que huyera, a fin de que no

podiera reclutar otras tropas y reanudar la guerra; y, por consiguiente, avanzaba cada día todo lo que podía caminar la caballería y ordenó que le siguiera una legión a marcha más moderada. Se había publicado en Anfípolis²³⁹ un edicto de Pompeyo [2] ordenando que todos los jóvenes de aquella provincia, griegos y ciudadanos romanos, vinieran a prestar juramento. Pero [3] no se podía averiguar si Pompeyo lo había publicado para evitar la sospecha de su huida y ocultar el mayor tiempo posible su propósito de seguir huyendo, o si intentaba ocupar Macedonia con nuevas levas, si nadie le perseguía. Pasó una [4] noche en una nave anclada, llamó a su presencia a los huéspedes de Anfípolis y pidió el dinero para los gastos indispensables, pero al conocer la llegada de César, abandonó aquel lugar, y a los pocos días llegó a Mitilene²⁴⁰. Retenido [5] dos días por una tempestad y aumentando el número de sus naves con otras ligeras, llegó a Cilicia y desde allí a Chipre. Supo que todos los antioquenses y ciudadanos romanos que [6] negociaban allí habían tomado las armas, por acuerdo común, para no permitirle la entrada, y que habían enviado mensajeros a todos los que en su huida se habían retirado a las próximas ciudades, previniéndoles que no se dirigieran a Antioquía²⁴¹, y que, si lo hacían, corrían peligro de muerte. [7] Lo mismo le había sucedido en Rodas a Lucio Léntulo, que había sido cónsul el año anterior, al consular Publio Léntulo y a algunos otros que, siguiendo en su huida a Pompeyo, habían llegado a esta isla, se les había negado la entrada en el puerto y en la ciudad, y conminado, por medio de mensajeros, a que se alejaran de aquellos lugares; por consiguiente, [8] tuvieron que hacerse a la mar contra su voluntad. Ya entonces, se iba extendiendo por las ciudades la noticia de la llegada de César.

[103] Al tener conocimiento de esta situación, Pompeyo abandonó el propósito de ir a Siria, recogió el dinero de la sociedad de públicanos, lo tomó prestado de algunos particulares, embarcó en las naves gran cantidad de cobre para

las necesidades militares y se dirigió a Pelusio²⁴² con dos mil hombres armados, algunos de los cuales había escogido entre los gladiadores de las sociedades de publicanos y otros los había reunido de entre los esclavos de los traficantes, precisamente aquéllos a los que su dueño juzgaba más aptos para [2] la milicia. Se daba la circunstancia de que se encontraba en Pelusio el rey Tolomeo, niño de poca edad, haciendo la guerra con gran número de tropas a su hermana, a la que pocos meses antes había expulsado del reino valiéndose de sus parientes y amigos; a poca distancia de su campamento estaba [3] el de Cleopatra²⁴³. Envió Pompeyo mensajeros al rey, pidiéndole que, por los lazos de hospitalidad y la amistad que le había unido con su padre²⁴⁴, le permitiera la entrada en Alejandría y le protegiera en la desgracia con sus recursos. Pero [4] los mensajeros, una vez cumplida su misión, hablaron con más libertad con los soldados del rey y les exhortaron a que prestaran ayuda a Pompeyo y no despreciaran su fortuna. Había entre ellos muchos soldados de Pompeyo que Gabinio [5] había recogido en Siria del ejército pompeyano y había llevado a Alejandría, y al terminar la guerra los había dejado con Tolomeo, padre del entonces reinante²⁴⁵.

Al conocer estas circunstancias, los amigos del rey, que [104] por la edad de éste administraban el reino²⁴⁶, ya fuera por temor, como dijeron después, de que Pompeyo, atrayéndose el ejército real, ocupara Alejandría y Egipto, ya fuera por desprecio de su infortunio (como suele suceder en la desgracia, que los amigos se convierten en enemigos), respondieron en público amablemente a los mensajeros de Pompeyo y le invitaron a que fuera junto al rey; pero ocultamente [2] tomaron otro acuerdo y enviaron, con el fin de matar a Pompeyo, al prefecto regio Aquilas, hombre de gran audacia, y al tribuno del ejército Lucio Septimio²⁴⁷. Pompeyo fue [3] saludado cortésmente por éstos y, confiado en cierto conocimiento de Septimio, porque había sido centurión de su ejército en la guerra de los piratas, embarcó en una navecilla

con unos pocos de los suyos; allí fue muerto por Aquilas y Septimio²⁴⁸. Igualmente Lucio Léntulo fue apresado por el rey y muerto en la prisión.

[105] Cuando llegó a la provincia de Asia²⁴⁹, supo César que Tito Ampio²⁵⁰ había intentado apoderarse del tesoro del templo de Diana, en Éfeso, y con este motivo había llamado a todos los senadores de la provincia para que fueran testigos del recuento de las riquezas, pero había huido estorbado [2] por la llegada de César. Así pues, en dos ocasiones, César [3] salvó el tesoro de Éfeso ***²⁵¹. Constaba que en el templo de Minerva, en Élide²⁵², la estatua de la Victoria que estaba colocada ante la estatua de Minerva y mirando hacia ella, se había vuelto hacia las puertas y umbral del templo, y, habiéndose hecho el cálculo de los días, se halló que coincidía [4] con el de la victoria de César. Y en el mismo día en Antioquía de Siria se oyó por dos veces tanto clamor de soldados y sonido de cornetas que la ciudad armada corrió a [5] colocarse en las murallas. Esto mismo sucedió en Tolemaida²⁵³. En Pérgamo, en lo más oculto y recóndito del templo, que los griegos llaman *ádyta* (inaccesible), donde no está permitido entrar sino a los sacerdotes, sonaron tambores. [6] Igualmente en Trales²⁵⁴, en el templo de la Victoria, donde habían consagrado una estatua de César, se mostraba que por aquellos días había salido una palma entre la unión de las piedras del pavimento²⁵⁵.

César se detuvo pocos días en Asia y, al oír que Pompeyo [106] había sido visto en Chipre, conjeturando que se dirigía a Egipto por sus relaciones en aquel reino y otras ventajas de aquella comarca, llegó a Alejandría²⁵⁶ con una legión, a la que había ordenado seguirle desde Tesalia, otra que había hecho venir desde Acaya donde la mandaba el legado Quinto Fufio, y con ochocientos jinetes y con diez naves de guerra de Rodas y unas pocas de la provincia de Asia. Había en [2] estas legiones tres mil doscientos hombres; los demás no pudieron seguirle por las heridas recibidas en los combates o por la fatiga de

marchas tan largas. Pero César, confiado [3] en la fama de su triunfo, no temía avanzar aun con pocas tropas, pues creía estar seguro en todas partes. En Alejandría [4] tuvo conocimiento de la muerte de Pompeyo²⁵⁷, y allí mismo, en el momento de desembarcar, oyó el griterío de los soldados que el rey había dejado en la ciudad como guarnición, y vio que se producía un tumulto junto a él porque le precedían las fascas²⁵⁸. La muchedumbre exclamaba que con ello se rebajaba la majestad real. Apaciguado este tumulto, [5] se produjeron en los días siguientes frecuentes alborotos por la agitación de la multitud y murieron muchos soldados en diferentes partes de la ciudad.

[107] Al darse cuenta de la situación, ordenó que vinieran de Asia otras legiones que había formado de los soldados pompeyanos rendidos. Pues los vientos etesios²⁵⁹, que impiden [2] navegar desde Alejandría, no le permitían salir. En este intervalo, juzgando que correspondía arreglar las disputas de los reyes al pueblo romano y a él mismo, porque era cónsul, y más aún porque en su anterior consulado se había establecido la alianza con Tolomeo padre, por medio de una ley y un decreto del senado²⁶⁰, propuso que el rey Tolomeo y su hermana Cleopatra licenciaran sus ejércitos y que defendieran ante él su causa en justicia, más bien que entre sí mismos por las armas.

[108] Regentaba el reino por la menor edad del rey, su ayo, el eunuco Potino. Comenzó éste primeramente a quejarse con indignación, entre los suyos, de que el rey fuera citado a defender [2] su causa; posteriormente, hallando entre los amigos del rey algunos partícipes de su propósito, ordenó que el ejército viniera ocultamente de Pelusio a Alejandría y dio el mando de todas las tropas al mismo Aquilas, de quien ya [3] hemos hecho mención²⁶¹. Le informó de sus intenciones por medio de cartas y mensajeros, incitándole con sus promesas [4] y halagándole con las del rey. En el testamento de Tolomeo padre, habían sido designados herederos el mayor de sus dos

[5] hijos y la mayor de sus dos hijas²⁶². En el mismo testamento, Tolomeo conjuraba al pueblo romano por todos los dioses y por los tratados que había hecho en Roma, a que se cumpliera su voluntad. Unas tablas de este testamento habían sido [6] llevadas a Roma por sus legados para que fueran depositadas en el erario²⁶³ (como los trastornos públicos impidieron que se depositaran allí, fueron entregadas a Pompeyo); otras, con el mismo contenido, quedaron selladas y expuestas en Alejandría.

Mientras César trataba este asunto y ponía su mejor voluntad [109] en arreglar las disputas de los reyes como árbitro y amigo común, se anunció repentinamente que el ejército real y toda la caballería marchaban a Alejandría. Las tropas de [2] César no eran tantas como para confiar en ellas si era necesario luchar fuera de la ciudad. Le quedaba el recurso de mantenerse en sus posiciones dentro de la ciudad y tratar de conocer el propósito de Aquilas. Sin embargo ordenó que [3] todos los soldados estuvieran sobre las armas y exhortó al rey a que enviara a Aquilas mensajeros de máxima confianza, escogidos entre sus amigos, para comunicarle cuál era su voluntad. Envío el rey a Dioscórides y Serapión, que [4] habían sido legados en Roma y habían disfrutado de la confianza de Tolomeo padre²⁶⁴; éstos se presentaron a Aquilas. Cuando estuvieron en su presencia, antes de oírlos y de informarse [5] del motivo de su misión, Aquilas ordenó que fueran apresados y muertos; uno de ellos recibió una herida, fue recogido por los suyos y retirado como muerto; el otro murió. Ante este hecho, César procuró tener al rey en su poder, [6] juzgando que la autoridad real era muy respetada entre los suyos y con el propósito de que pareciera que la guerra había sido emprendida por decisión de unos pocos malvados más bien que por resolución real.

[110] Las tropas de Aquilas no eran despreciables ni por su número, ni por su calidad, ni por su experiencia militar. [2] Pues tenía en armas veinte mil hombres. Se componían estas

tropas de soldados de Gabinio que se habían acostumbrado ya al libertinaje de la vida alejandrina, habían olvidado el nombre y disciplina del pueblo romano, se habían casado [3] con mujeres de Alejandría y muchos tenían hijos. Aumentaban este número un conjunto de piratas y ladrones de las provincias de Siria y Cilicia y regiones vecinas. Además se habían reunido allí muchos desterrados y condenados a [4] muerte. Alejandría era un refugio seguro para todos nuestros esclavos fugitivos, y les ofrecía, además, un medio seguro de vida, a condición de que se alistaran como soldados; si alguno de ellos era cogido por su dueño, era liberado violentamente por los soldados que corrían a su socorro, quienes defendían a su compañero como si se defendieran a sí mismos, [5] puesto que todos eran reos del mismo delito. Por cierta inclinación arraigada en el ejército alejandrino, acostumbraban a pedir la muerte de los amigos del rey, a saquear los bienes de los ricos para aumentar su estipendio, a sitiar el [6] palacio real y a deponer unos reyes y nombrar otros. Había, además, dos mil jinetes. Todas estas tropas se habían hecho veteranas en las numerosas guerras de Alejandría. Habían restaurado en el reino a Tolomeo padre, habían matado a los dos hijos de Bíbulo²⁶⁵ y habían hecho la guerra contra los egipcios. Ésta era su experiencia militar.

Confiado en estas tropas y despreciando el poco número [111] de soldados de que disponía César, Aquilas ocupaba Alejandría, excepto aquella parte en la que estaba César con sus soldados²⁶⁶; intentó irrumpir, en su primer ataque, en el edificio ocupado por César, pero éste resistió, habiendo distribuido por las calles sus cohortes. Al mismo tiempo se luchó [2] en el puerto y esta acción dio lugar a un gran combate. Pues [3] al mismo tiempo que, divididas nuestras tropas, se luchaba en varias calles, una gran multitud de enemigos intentaba ocupar las naves de guerra, de las cuales cincuenta habían sido enviadas a Pompeyo, pero habían vuelto a Alejandría después de librarse el combate de Tesalia; todas ellas eran trirremes o quinquerremes, aparejadas con todo lo

necesario y dispuestas para navegar; además de éstas, otras veintidós, todas cubiertas, que solían estar de guarnición en Alejandría; si los enemigos ocupaban estas naves, dominarían el [4] puerto y el mar, dejarían a César sin escuadra y le impedirían la llegada de refuerzos y abastecimiento. Así pues, se [5] luchó con el empeño que es de suponer al considerar los alejandrinos que de esta acción dependía su rápida victoria y los nuestros veían puesta en ella su salvación. Pero César [6] obtuvo la victoria e incendió todas aquellas naves y otras que estaban en los astilleros²⁶⁷, puesto que no le era posible custodiar tan larga extensión con tan pocas fuerzas, e inmediatamente desembarcó sus soldados en Faro²⁶⁸.

[112] Faro es una torre de gran altura y de magnífica construcción, [2] colocada en una isla de la que recibe el nombre. Esta isla, situada frente a Alejandría, forma un puerto; pero los anteriores reyes colocaron en el mar moles en una longitud de novecientos pasos y así está unida con la ciudad por un [3] camino estrecho y un puente²⁶⁹. Hay en esta isla casas de los egipcios formando un barrio de la extensión de una ciudad; y cuando algunas naves por desconocimiento del lugar o impulsadas por la tempestad se apartan algo de su rumbo, [4] suelen saquearlas como piratas. Por la estrechez de la boca del puerto, las naves no tienen acceso contra la voluntad de [5] los que ocupan Faro. Temiendo esto César entonces, mientras los enemigos estaban ocupados en la lucha, desembarcó sus tropas, se apoderó de Faro y puso allí una guarnición. [6] Con esta acción logró que se pudiesen transportar hasta él con seguridad por mar trigo y refuerzos. Pues envió mensajeros [7] a todas las provincias próximas y pidió refuerzos. En las otras partes de la ciudad se combatió de manera que la lucha resultó equilibrada y ni unos ni otros fueron rechazados (sucedió esto a consecuencia de la angostura del lugar), muriendo pocos de ambas partes; César incluyó en su campo los lugares más estratégicos y los fortificó durante la noche. [8] En este barrio de la ciudad

estaba una pequeña parte del palacio real, a la que habían llevado a César a su llegada para alojarlo; unido a la casa estaba el teatro que hacía oficio de ciudadela y tenía acceso al puerto y a otros estacionamientos [9] de naves. En los días siguientes aumentó las fortificaciones de estos lugares para tener una especie de muro y no verse obligado a luchar contra su voluntad. Entre tanto, la hija menor del rey Tolomeo²⁷⁰, esperando poder ocupar el trono por estar vacante, se pasó desde el palacio real al ejército de Aquilas y comenzó a dirigir la guerra juntamente con él. Pero enseguida se produjo entre ellos una disputa sobre el poder, lo cual aumentó las dádivas a los soldados, porque cada uno procuraba atraérselos con grandes dispendios. Mientras sucedía esto en el campo enemigo, Potino, [ayo del niño y gobernador del reino, que se encontraba en la parte de la ciudad que ocupaba César,]²⁷¹ envió mensajeros a Aquilas y le exhortó a que no abandonara la empresa ni se desanimara, pero denunciados y apresados los mensajeros, fue muerto por César. Así empezó la guerra alejandrina²⁷².

¹ Recordemos que en II 21 alude César a la propuesta —por lo demás irregular, por cuanto lo legal sería que la propuesta proviniera de un cónsul— del pretor Marco Lépidio para nombrarle dictador.

² Publio Servilio Isáurico, pretor en el 54, hombre de orientación política vacilante, fue partidario de Catón, luego de César; tras la muerte de éste se relacionó con Cicerón, para a continuación restablecer relaciones con Marco Antonio y con Octavio Augusto, bajo cuyo amparo repitió consulado en el año 41.

³ Estos comicios tienen lugar en el mes de noviembre del año 49, y los cónsules electos lo son para el año siguiente, el 48. De esta forma ya habían transcurrido los diez años reglamentarios desde el primer consulado de César en el año 59.

⁴ La *Lex Pompeia de ambitu* fue propuesta por Pompeyo en el año 52, cuando era cónsul único, para poner freno a la práctica de sobornos electorales. Por otra parte, el propio Pompeyo había conseguido que el senado le autorizara a disponer de una guarnición armada en Roma.

⁵ Del 13 al 24 de diciembre del 49.

⁶ Las Ferias Latinas, celebraciones instituidas por Tarquinio el Soberbio en honor de Júpiter Lacial, en cuanto patrono de la Liga Latina, tenían lugar tradicionalmente en el Monte Albano, donde, bajo la presidencia de las máximas autoridades se ofrecía un sacrificio a la divinidad, con la característica específica de que las libaciones se hacían con leche y no con vino.

⁷ Celebradas ya las elecciones al consulado, se trataba de elegir entonces a los ediles, cuestores y pretores.

⁸ Véase I 24.

⁹ Suponiendo que la cifra de 15.000 hombres sea correcta y considerando que en III 6 César señala que embarcó siete legiones, lo que representa unos 2.100 soldados por legión, hay que concluir que estas legiones tenían muy mermados sus efectivos, ya que el contingente orgánico de una legión era de unos 6.000 soldados.

¹⁰ Archipiélago del mar Egeo constituido, entre otras, por las islas de Amorgos, Andros, Ceos, Delos, Naxos, Melos, Míconos, Paros, Siros y Tera.

¹¹ La actual isla de Corfú, en el mar Jónico, enfrente del Epiro.

¹² Ponto, Bitinia, Asia, Cilicia y Siria son, de arriba a bajo, los nombres de las provincias costeras de Roma en Asia Menor, las cuales enlazan por el sur con Fenicia y Egipto.

¹³ Se trata de las ciudades que tras la conquista romana se mantuvieron como autónomas y estaban libres de pagar tributo. Acaya se corresponde con la península del Peloponeso.

¹⁴ Esta es la traducción que corresponde a la lectura unánime de los manuscritos, sin embargo, entre los editores modernos se está imponiendo la conjetura *Cilicia*. Cf. 88, 3.

¹⁵ Algunas de las regiones más importantes de Grecia.

¹⁶ Se trata de Gayo Antonio, hermano menor de Marco Antonio. Estando al frente de las operaciones en el Ilírico había caído con quince cohortes en una emboscada en la isla de Curicta (actual Veglia) en el Adriático.

¹⁷ Tetrarca de Galacia y rey de Armenia Menor, títulos concedidos por el senado de Roma, fue siempre un fiel aliado de los romanos frente a los deseos expansionistas de Mitridates. Partidario decidido de Pompeyo, quien le había hecho nombrar rey en el 59. Tras la batalla de Farsalia se reconcilió con César (cf. *BAI* 67-68). A la muerte de César se puso de parte de Bruto, pero justo antes de la batalla de Philippos se pasó al bando de los triunviros. Murió de muerte natural en el año 40.

¹⁸ Se trata de Ariobarzanes III, rey de Capadocia. Después de Farsalia acató también la autoridad de César.

¹⁹ Rey de Tracia.

²⁰ Comandante macedonio, aunque algunos lo hacen tracio.

²¹ Gneo Pompeyo, hijo mayor de Pompeyo Magno. Tiene una notable participación en el *BH*.

²² Aulo Gabinio había sido tribuno de la plebe en el año 67 y de él toma nombre la Ley Gabinia propuesta en este año por la que se concedió a Pompeyo el mando supremo en la lucha contra los piratas. Posteriormente, fue cónsul en el 58 y procónsul de Siria en el 57. En el 55 restituyó en el poder a Tolomeo XIII Auletes, dejándole como protección las tropas de las que aquí se habla.

²³ Yerno del rey Deyótaro, gobernaba el pequeño territorio de Gorbeo en Galacia. Envía al frente de sus tropas a su hijo Castor, quien posteriormente acusará a Deyótaro de deslealtad ante César, lo que finalmente redundará en perjuicio de su padre Tarcundario al que Deyótaro quitará el reino y la vida.

²⁴ Uno de los tetrarcas de Galacia.

²⁵ Galogrecia o Galacia se denomina el territorio central de Asia Menor en torno a Ancira (la actual Ankara).

²⁶ Hijo de Mitridates, fue el primer rey de la región siria de Comagena por decisión de Pompeyo.

²⁷ Los dárdanos eran los habitantes de la actual Serbia y los besos eran un pueblo tracio que poblaba las riberas del curso superior del río Hebro (actual Maritza).

²⁸ Cirene (actual Barka) es la ciudad capital de lo que luego sería la provincia Cirenaica, en Libia.

²⁹ Ciudad costera situada al sur de Durazo y que posiblemente se pueda identificar con el actual monasterio de Poiani.

³⁰ Décimo Lelio, destacado pompeyano, había sido tribuno de la plebe en el 54. Tras la batalla de Farsalia se reconcilió con César. Compartiendo el mando de la escuadra siria con Gayo Valerio Triario, consiguen apoderarse del puerto de Órico y bloquear Brindis, acontecimientos de los que se habla a continuación.

³¹ Gayo Casio Longino, tribuno de la plebe en el 49, tras la batalla de Farsalia se reconcilió con César, lo que le permitió alcanzar la pretura en el 44; enfrentado de nuevo a César, fue uno de los organizadores del complot que acabo con la vida de éste. No debe confundirse con sus hermanos, Lucio y Quinto, ambos cesarianos; especialmente destacable éste último como desencadenante del descontento de la Hispania Ulterior (cf. I 2, nota 13 y *BAl* 49 y ss.).

³² Gayo Coponio había ejercido el cargo de pretor en el 49. Sobre Gayo Marcelo véase I 6, 4, nota 33.

³³ Sobre Lucio Escribonio Libón, véase I 26, 3, n. 110. Al comandante de la escuadra Marco Octavio volveremos a encontrarlo en *BAl* 42-47.

³⁴ La escuadra libúrnica estaba formada por naves ligeras de ataque — seguramente algún tipo de falucho— que recibían este nombre por ser de uso corriente entre los liburnos del Ilírico.

³⁵ Marco Calpurnio Bíbulo, pese a haber sido colega de César —o tal vez por ello— en el ejercicio de la edilidad (año 65), de la pretura (62) y del consulado (59), se convirtió en un decidido enemigo de César y partidario de Pompeyo. No debió de ser tampoco ajeno a esta tendencia su matrimonio con Porcia, hija de Catón.

³⁶ Cf. 2, 2.

³⁷ Los editores vacilan entre las lecturas *Cerauniorum* y *Germiniorum*. En cualquier caso se trata de una zona escabrosa de la costa del Epiro.

³⁸ Se trata de una conjetura asumida de forma general por los editores en vez de la lectura *Pharsalia* que ofrecen todos los códices. La lectura *Palaeste* está basada en LUCANO, *Farsalia* V 469. *Paleste* se corresponde con la actual Paliassa.

³⁹ Actual Palaeocastro, en la bahía de Valona.

⁴⁰ De estos dos comandantes sólo tenemos noticias de Quinto Lucrecio Vespilón. Es dudosa su identificación con el Quinto Lucrecio al que CICERÓN (*Ático* VIII 4, 3) hace responsable de la entrega de Sulmona (cf. I 18, nota 86).

⁴¹ La actual isla de Sáseno, en la prolongación de la península y macizo de Acroceraunio.

⁴² Empieza aquí una laguna de extensión considerable.

⁴³ Localidad de la costa dalmata a unos 5 Km al norte de Split.

[44](#) Isla situada en frente de Salona, actualmente Lisa.

[45](#) Cf. I 15, 4; 34, 1; 38, 1.

[46](#) Era *praefectus fabrum*, es decir, comandante del cuerpo de ingenieros.

[47](#) Cf. II 36-44.

[48](#) Cf. n. 16.

[49](#) Se ubica aquí una nueva laguna.

[50](#) Región montañosa situada al este de Durazo: la cruzaba la *Via Egnatia*.

[51](#) Pueblo del Ilírico que ocupaba la región intermedia entre Durazo y Candavia. A continuación, César se refiere a ellos llamándolos «griegos».

[52](#) Personaje conocido únicamente por este episodio.

[53](#) Habitantes de la ciudad de *Byllis* y de *Amantia*, situadas tierra adentro entre Apolonia y Órico. *Byllis* se corresponde con el pueblecito de Hekalj y *Amantia* se situaría en los alrededores de la actual Pljoca.

[54](#) Llamado actualmente Semen.

[55](#) De lo dicho en 15, 6 y 34, 1 se deduce que Bíbulo patrullaba por el mar, pero en ninguna parte del texto conservado se nos habla de que estuviera apostado enfrente de Órico.

[56](#) Se trata, evidentemente, de los comandantes cesarianos. Marco Acilio Canino aparece en 39, 1 y 40, 1 intentando impedir la toma de Órico por parte de Gneo Pompeyo.

[57](#) Actual Vutsindro.

[58](#) Cf. n. 35. Del resentimiento que había provocado en Bíbulo la estrella brillante de César se hace eco SUETONIO, *César* 10 y 20, 4. Cuenta, a propósito del consulado del año 59, que en Roma circulaba el chisme de que los cónsules no eran Bíbulo y César, sino Julio y César.

[59](#) Lucio Luceyo era amigo íntimo de Cicerón y también de Pompeyo; carecemos de datos sobre su carrera política. Teófanos de Mitilene era también amigo de Pompeyo y además su historiógrafo.

[60](#) De lo que se dirá a continuación se deduce que César se está refiriendo a entrevistas tenidas en presencia de los dos ejércitos como forma de aumentar su presión sobre el adversario.

[61](#) Publio Vatinio, cuestor en el 62, tribuno de la plebe en el 59, pretor en el 55, cónsul en el 47. Volveremos a encontrarlo en 90, 1 y 100, 2 al mando de la defensa de Brindis.

[62](#) Referencia a las tropas sertorianas refugiadas en los Pirineos por la presión de Pompeyo en el año 72.

⁶³ Pompeyo había obtenido uno de sus éxitos más recordados en la campaña contra los piratas de Cilicia en el año 67.

⁶⁴ Aulo Terencio Varrón Murena es otro amigo de Cicerón, de quien recibió elogios en el *En defensa de Aulo Cecina* 25.

⁶⁵ De estos tres oficiales cesarianos solamente tenemos información cierta sobre Lucio Cornelio Balbo el Joven; de origen hispano y cesariano convencido, pese a sus pretensiones literarias, adquirió mayor fama como constructor en Roma del teatro que lleva su nombre.

⁶⁶ Marco Celio Rufo (cf. I 2, 4, nota 11), como *praetor peregrinus* se oponía, por demasiado blanda, a la política sobre cancelación de deudas desarrollada por César y aplicada por Gayo Trebonio.

⁶⁷ Tito Anio Milón, yerno de Sila, había sido tribuno de la plebe en el 57 y pretor en el 55; en el año 54 se arruinó con la organización de unos vistosísimos juegos de cara a conseguir el consulado del 52, empresa en la que fracasó. Como cabecilla de la banda de gladiadores que defendía los intereses del partido de los optimates fue condenado a muerte por el asesinato de Clodio a principios del año 52. Se libró de la condena con su exilio en Marsella, donde se encontraba entonces.

⁶⁸ Publio Clodio Pulcro, miembro de una familia patricia, se pasó al bando de los populares haciéndose adoptar por un plebeyo y vulgarizando su nombre de *Claudius* en *Clodius*. Fue cuestor en el 61 y tribuno de la plebe en el 58; notable demagogo, en el ejercicio de esta última magistratura consiguió que se condenara a Cicerón por su actuación en la represión de la conjuración de Catilina. Estaba al frente de las bandas populares y en uno de sus enfrentamientos con las bandas optimates de Milón encontró la muerte.

⁶⁹ Perteneciente a la ciudad de *Thurii*, en el golfo de Tarento; construida junto a las ruinas de la antigua *Sibaris*, fue posteriormente colonizada de nuevo por los romanos con el nombre de *Copiae*. Se encuentra junto a la actual Terranova.

⁷⁰ Ciudad de Campania, ubicada donde la Capua moderna.

⁷¹ Actualmente Santa Maria di Capua Vetere.

⁷² Esta traducción corresponde a la lectura de los manuscritos; sin embargo, VELEYO PATÉRCULO (II 68) indica que Milón murió *ad Compsam in Irpinis*, lo que ha llevado a los editores modernos a corregir el texto de César en este sentido, es decir, interpretando «en Compsa, en el territorio de los Hirpinos».

⁷³ Quinto Pedio, sobrino de César, fue su legado en las Galias en el año 58; posteriormente fue edil en el 54 y en el año de la acción, el 48, era pretor. Luego fue legado de César en Hispania en el 45, y cónsul en el 44.

⁷⁴ La transmisión textual presenta en este punto una pequeña laguna.

⁷⁵ Marco Antonio.

⁷⁶ En realidad no llegaba a tres meses, pues había desembarcado en enero y la acción se desarrolla en la segunda quincena de marzo, según el calendario no

reformado.

[77](#) De hecho, algunos autores (PLUTARCO, *César* 38; SUETONIO, *César* 58; APIANO, *Guerras civiles* II 56-58; LUCANO, V 497-702) hablan incluso de un intento de César por embarcarse en una nave ligera de reconocimiento para ir en busca de las tropas dejadas en Italia.

[78](#) En el desarrollo de estas maniobras debe tenerse en cuenta que las naves cesarianas son naves de carga y que, por tanto, se mueven propulsadas por el viento, en tanto que las naves de los pompeyanos son naves de guerra que cuentan además con la fuerza de los remos.

[79](#) Actualmente San Giovanni di Medua.

[80](#) Actual Ljesch en la desembocadura del Drin. El avance de la costa ha dejado la ciudad tierra adentro.

[81](#) Hay que entender que se trata de una nave de carga requisada y que, en consecuencia, el timonel, que incluso podría ser el capitán o propietario de la nave, no vería con buenos ojos el interés de los veteranos por embarrancarla.

[82](#) ISIDORO DE SEVILLA (*Orígenes* XIX 1, 24) define los *pontones* como barcasas impulsadas a remo que se utilizaban en la navegación fluvial.

[83](#) Pompeyo se encontraba en la orilla derecha del río y, por tanto, más cerca de las tropas recién desembarcadas.

[84](#) Se trata de los partinos citados anteriormente; cf. cap. 11, 3.

[85](#) Ciudad del Ilírico, situada unos 40 Km al sur de Durazo, en la ribera del río *Genusus* (actual Scumbi). Se la ha identificado con las actuales Subzoti, Rogozina y Bastova.

[86](#) Actual Alma-Dagh, en la cordillera del Tauro, que separa Cilicia de Siria. Escipión seguía ejerciendo como gobernador de Siria, provincia que le había correspondido en el año 49.

[87](#) Marco Licinio Craso, miembro del primer triunvirato, había muerto en el año 53 luchando contra los partos en la batalla de Carras.

[88](#) Mientras ejercía el proconsulado de Siria en los años 51-50.

[89](#) Capital de Misia, en la provincia de Asia, en la parte oriental de Asia Menor. Era famosa en la antigüedad por sus riquezas.

[90](#) Hay que entender la provincia de Asia.

[91](#) CICERÓN (*Ático* V 21, 12) habla de un interés del 48%.

[92](#) Senadoconsulto al que se alude en I 6, 3 y I 14, 1 por el cual se autorizaba a Pompeyo a realizar levas y a hacer frente a los gastos necesarios con los réditos de los impuestos.

[93](#) Seguimos la lectura del manuscrito M2 y adoptada de forma general a partir de Estienne: *ut in Syria fecerant*. P. Fabre conjetura: *ut ii sortem fecerant*, es decir, ‘puesto que habían amasado capitales con la intención de darlos en préstamo.’

[94](#) Ciudad principal de Lidia, en la provincia de Asia. El templo de Ártemis (Diana para los romanos) se consideraba una de las siete maravillas del mundo antiguo.

[95](#) Regiones de la Grecia continental situadas al norte del golfo de Corinto.

[96](#) Hermano menor de Gayo y Quinto Casio Longino (Cf. I 2, 7; II 19, 1; 21, 4; III 5, 3, y 101, 1-7).

[97](#) Este oficial cesariano seguirá posteriormente la carrera política y alcanzará el consulado en el año 39; al año siguiente, en el 38, comandará la flota dirigida contra Sexto Pompeyo.

[98](#) Había sido tribuno de la plebe en el 59, pretor en el 56 y cónsul en el 53. Volveremos a encontrarlo en *BAI* 9, 34 y 65.

[99](#) Premiado con la ciudadanía romana, tras la muerte de César se convertirá en chivo expiatorio de los enemigos del dictador.

[100](#) La parte occidental de Macedonia.

[101](#) Ciudades etolias situadas en la ribera del golfo de Corinto. Naupacto se corresponde con la actual Epaktos.

[102](#) De estos personajes sabemos poco más que lo que se dice aquí. Respecto al nombre del segundo, partimos de la conjetura *Petraeus*, propuesta por Ciacconius y seguida por Fabre y Mariner.

[103](#) Edil en el 53 y pretor en el 49. Participará en la batalla de Farsalia y su nombre figurará en la lista de proscripciones que se dictaron a la muerte de César.

[104](#) Llamado en la actualidad Vistrizza.

[105](#) Ciudad del sur del Epiro, actual Arta.

[106](#) Unos 4’5 Km. Esta traducción responde a una conjetura de Loriti, seguida por Fabre, en substitución de la lectura VI que ofrecen los manuscritos y que ya Stoffel desechó por no ajustarse a la realidad del terreno.

[107](#) Quinto Atio Varo había sido con anterioridad prefecto de la caballería de César en la campaña de las Galias del 51.

[108](#) Unos 4,5 Km.

[109](#) Seguimos la lectura propuesta por Duebner y seguida por Mariner. No poseemos más datos sobre este personaje.

[110](#) Cf. 34, 1.

[111](#) Cf. 15, 6.

[112](#) Cf. 5, 3.

[113](#) Ciudades del Epiro, situadas tierra adentro en las orillas del río Aous (actual Voïoutza). Corresponden aproximadamente a las actuales localidades de Hekalj y Pljoca, respectivamente.

[114](#) Cf. 29, 3.

[115](#) Cf. 11, 3.

[116](#) El 11 de abril, según los cálculos de Stoffel.

[117](#) César, en lugar de dirigirse hacia el norte, se dirige hacia el interior, hacia el este.

[118](#) Actual Chkam, promontorio rocoso situado 7 Km al sudeste de Durazo.

[119](#) Con esta posición Pompeyo se aseguraba la comunicación marítima con Durazo y, por tanto, la línea de aprovisionamiento. Recuérdese que César se había quedado prácticamente sin flota en este sector.

[120](#) Oficiales cesarianos conocidos básicamente por su participación en esta misión.

[121](#) Del hecho da cuenta una carta de Dolabela a CICERÓN (*Fam.* IX 9, 2) en la que se pregunta si la situación en la que se encontraba Pompeyo le había acaecido antes a algún otro general romano.

[122](#) Asistimos aquí a un interesantísimo juego de acción y reacción táctica.

[123](#) Unos 22 Km.

[124](#) Cf. 148 y 52.

[125](#) Ciudadela gala (actual Alise-Sainte Reine) donde se produjo la capitulación del caudillo galo Vercingétorix; cf. *BG* VII 68-90.

[126](#) La actual Bouges, también presencié los apuros de César en temas de aprovisionamiento; cf. *BG* VII 17, 2-8.

[127](#) También en *BG* VII 17, 3 se hace referencia a la utilización del ganado como sustituto alimentario de los cereales.

[128](#) No parece que sea la alcaravea o hinojo de prado (*Carum carvi*) la planta a la que se refiere César con el nombre de *chara*, según se desprende de las investigaciones de O. MATTIROLO («A quale pianta corresponde la ‘Chara’ ricordata da Giulio Cesare nei Commentari: ‘de Bello Civili’ (lib. III. XLVIII)», *Memorie della Classe di Scienze Fisiche della Accademia Nazionale dei Lincei* 7, serie 6.^a [1938-1939], 429-452), ni tampoco el *arum esculentum* (español: taro) propuesto por L. HEUZEY (*Les opérations militaires de Jules César étudiées sur le terrain par la mission de Macédoine*, Paris, 1886, págs. 79-82) ya que en el caso de la alcaravea no se ha podido demostrar que su raíz o sus tubérculos sean panificables, en tanto que el taro es una planta propia de ambientes tropicales o

subtropicales. Es probable que Heuzey propusiera por error el *arum esculentum* en lugar del *arum italicum* (español: aro o alcatraz, catalán: sarriassa) o de su variedad el *arum maculatum*, plantas muy comunes en la zona y cuyos tubérculos presentan una capacidad de panificación notable, puesta a prueba con éxito por el propio Mattiolo, quien considera que es este *arum italicum*, muy abundante en la zona albanesa de Durazo, el mejor candidato a ser identificado con la *chara* cesariana. Sin embargo, J. ANDRÉ (*Léxique des termes de botanique en latin*, París, 1956, s.u.) se inclina por la *crambe tatarica*, planta llamada en algunas lenguas «planta del pan tártaro», aunque su hábitat no se aviene demasiado bien con el de la zona en la que tienen lugar los acontecimientos narrados por César.

[129](#) El texto presenta en este punto una laguna de extensión indeterminada en la que se debía de narrar la maniobra de Pompeyo consistente en enviar una parte de la caballería por mar a Durazo, el movimiento de César hacia los alrededores de esta ciudad a fin de evitar la salida de las tropas pompeyanas y, finalmente, el intento de romper el bloqueo de la posición de Petra que realiza Pompeyo lanzando cuatro legiones contra la línea de fortificación en el punto defendido por una cohorte que resiste bravamente hasta la llegada de los refuerzos de los que se habla al comienzo del capítulo siguiente. De estos hechos tenemos noticia a través de los relatos de DIÓN CASIO, XLI y L 3-4; FLORO, II 13 y 40; y SÜETONIO, *César* 68.

[130](#) Publio Comelio Sila es sobrino del dictador; implicado en la conjuración de Catilina, fue defendido por Cicerón. Militaba en el bando de César, a diferencia de su primo, Sila Fausto, hijo del dictador, que lo hacía en el bando de Pompeyo (cf. I 6, nota 31).

[131](#) Oficial cesariano conocido únicamente por este episodio.

[132](#) El *Pro Flacco* de CÍCERÓN estaba dedicado a la defensa Lucio Valerio Flaco de la acusación de concusión subsiguiente al ejercicio de su propretura en Asia.

[133](#) Se trata de la cohorte que defendía el fuerte atacado por cuatro legiones pompeyanas (cf. nota 128).

[134](#) El grado jerárquico máximo entre los centuriones; cf. libro I, nota 180.

[135](#) Unos cinco metros.

[136](#) Los manuscritos presentan este capítulo y el siguiente en orden inverso.

[137](#) Cf. caps. 34-36. Sin embargo, en estos capítulos no hay referencia alguna a Acarnania ni a Anfiloquia, regiones limítrofes por el norte con Etolia.

[138](#) En la península del Peloponeso.

[139](#) Cf. I 24, 3.

[140](#) Ciudad de la Fócide la primera, y de Beocia las otras dos, se encuentran en el camino hacia el istmo de Corinto.

[141](#) Por supuesto, no debe confundirse con el demagogo Publio Clodio, del que se habla en el cap. 21.

[142](#) La referencia debía encontrarse en los pasajes perdidos que siguen al capítulo 50. Durazo se encontraba situada en una península que se cerraba hacia el sur formando una laguna interior alimentada por un estrecho brazo de mar que se superaba con un puente. Así, los dos accesos serían este puente y el istmo situado al norte de la laguna.

[143](#) Los alóbroges ocupaban la región situada entre los ríos Ródano e Isara, los Alpes y el lago Lemán.

[144](#) Cf. 58, 5.

[145](#) No tenemos otras referencias sobre estos dos oficiales cesarianos.

[146](#) Unos 5 m.

[147](#) Unos 3 m.

[148](#) Unos 200 m.

[149](#) Unos 26 Km.

[150](#) Seguimos en este punto el texto de Mariner, que se basa en una adición de Hartz.

[151](#) Es decir, el centurión que ocupaba el segundo lugar en la cadena de mando de la cohorte (cf. 1 46, nota 180).

[152](#) Reconoce César aquí que Pompeyo ha logrado salir del muro de contención y que, por tanto, ha hecho inútiles todas las obras de cerco de los cesarianos.

[153](#) Cf. caps. 45-46.

[154](#) Unos 450 m.

[155](#) Unos 600 m.

[156](#) El *Palamnus*, actual Lesnikia.

[157](#) Unos 750 m.

[158](#) La disposición de las tropas en dos líneas, en lugar de las tres habituales, responde a la necesidad de ampliar el frente de la formación de forma que pudiera rodear el campamento mayor.

[159](#) César hace notar su presencia en este sector por ser el más expuesto al contraataque de Pompeyo que partiera del campamento principal de éste.

[160](#) Consistía básicamente en una gruesa viga de madera de la que salían perpendicularmente barras de hierro puntiagudas. Era una forma corriente de defender las entradas de los campamentos que carecían propiamente de puertas de cierre.

[161](#) Este centurión ya se había labrado una fama luchando en las Galias (*BG* V 44); con todo, se pasó después al bando pompeyano.

[162](#) El pasaje de referencia se ha perdido.

[163](#) Cf. 66, 6.

[164](#) Era la puerta posterior del campamento y estaba situada en el lado opuesto de la puerta pretoria, que era la que quedaba situada frente al enemigo. Recibe este nombre porque era la que quedaba más cerca del lugar de acampada de las décimas cohortes de las legiones.

[165](#) Unos tres metros y medio, a los que habría que añadir, al menos al principio, otros tres metros correspondientes a la profundidad del foso.

[166](#) Una parte de los pompeyanos se mantenía todavía en el campamento interior y desde el exterior llegaba Pompeyo con las cinco legiones.

[167](#) De hecho, sabemos por PLUTARCO (*César* 39, 4) y APIANO (*Guerras civiles* II 62) que César estuvo a punto de morir pisoteado por la desbandada de sus tropas.

[168](#) A los cuatro sólo los conocemos por este desenlace. En el caso de Tuticano Galo, su nombre no se ajusta a las pautas habituales, lo que ha inducido a pensar que no debía de tratarse de un caballero sino de un jinete galo (el *Gallus* que sigue a su nombre no sería más que un adjetivo étnico), hijo de un miembro distinguido de esta nación.

[169](#) Se cuestionan todos los números de este capítulo. El recurso a otras fuentes tampoco añade mayor claridad; así, Plutarco cifra en una ocasión el número de bajas en 1.100 (*César* 41), y en otra lo eleva hasta las 5.200 (*Pompeyo* 65).

[170](#) Cf. II 26, n. 62.

[171](#) El general victorioso podía colocar una corona de laurel sobre las fascas que llevaban los lictores como símbolo de su poder.

[172](#) Aunque hablando con propiedad no se puede tildar a Labieno de desertor, César no puede olvidar que había servido a sus órdenes en la campaña de las Galias.

[173](#) Recordemos que las dos Hispanias estaban en principio en manos de Pompeyo quien las gobernaba en la distancia en calidad de procónsul a través de sus legados Varrón, Afranio y Petreyo, a los que César había derrotado y expulsado (cf. I 36-87 y II 17-21).

[174](#) Seguramente Sicilia y Cerdeña (cf. I 25, 1 y 30-31); sin embargo, dado el relativismo del término *finitimae* ‘cercanas’, se puede referir también a Tesalia, Etolia y Macedonia (cf. 34-35).

[175](#) Ciudadela de los arvernos, emplazada en las inmediaciones de Clermont-Ferrand, donde César sufrió un importante revés (cf. *BG* VII 36-53).

[176](#) Actual Chkumbi.

[177](#) Eran soldados de especial valor que actuaban como batidores.

[178](#) Cf. 41, 1.

[179](#) Unos 12 Km.

[180](#) Región suroriental del Epiro.

[181](#) Siguiendo la *Via Egnatia*.

[182](#) Se trata de *Heraclia Lyncestis*, emplazada sobre la *Via Egnatia* e identificada bien con la actual Monastir, bien con la actual Florina. Sin embargo, César se confunde y habla de *Heraclia Sentic*, ciudad del este de Macedonia, muy alejada de la *Via Egnatia*.

[183](#) Cf. 59-61.

[184](#) Estaba situada cerca de la actual Kalabaka.

[185](#) Actual Paleo-Episkopi.

[186](#) Ciudad de Tesalia emplazada en la ribera del río *Peneus* (actual Salamvria).

[187](#) César habla en realidad de *musculi*, galerías de madera cubiertas, construidas sobre ruedas y que, adosadas a los muros, permitían la labor de minado de los zapadores.

[188](#) Actual Paleokastro; estaba situada al sudeste de Gonfos y mucho más próxima que Larisa.

[189](#) El 1 de agosto.

[190](#) En los campamentos militares existían toques de ordenanza asociados a la presencia del oficial de mayor grado, que en este caso era Pompeyo. Así pues, constituía un honor hacer extensivo este toque a la persona de Escipión.

[191](#) La veracidad de estos hechos viene corroborada por CICERÓN, *Ático* XI 6, 2, y 6, 6.

[192](#) La ley Pompeya del año 52 establecía la presencia obligatoria de los candidatos en Roma durante la celebración de los comicios.

[193](#) César era Pontífice Máximo desde el año 63.

[194](#) Léntulo Espínter había sido cónsul en el 57, Domicio en el 54 y Escipión en el 52; Escipión, por su parte, era suegro de Pompeyo.

[195](#) Personaje conocido únicamente por este episodio.

[196](#) Cf. I 84.

[197](#) Cf. 75, 5.

[198](#) Cf. 59-60.

[199](#) Seguramente, las alturas de Karadja-Ahmet.

[200](#) Cf. 77, 3.

[201](#) Circunstancia confirmada por el testimonio de APIANO (*Guerras civiles* 11 66-67) y de PLUTARCO (*César* 42, 1-2 y *Pompeyo* 68, 1).

[202](#) El flanco derecho de todo ejército estaba siempre más desprotegido que el izquierdo dado que los soldados que integraban la última hilera no podían cubrir con el escudo su costado derecho, justo al contrario de lo que les acaecía a los soldados que ocupaban el ala izquierda.

[203](#) Sobre los problemas derivados de las enfermedades y las dificultades de embarque cf. 2, 3; 6, 1 y 14, 1.

[204](#) La Galia Citerior o Cisalpina era la que se extendía al sur de los Alpes.

[205](#) Cf. I 2, 3; especialmente nota 10.

[206](#) La numeración de las legiones podía cambiar según el ejército en el que se integraran; así, la I legión de Pompeyo había sido la VI de César y la III de Pompeyo, la XV de César.

[207](#) Cf. 4, 1.

[208](#) No se hace referencia a ellas en ningún otro pasaje, ya sea porque el texto se ha perdido, ya sea por un error memorístico de César.

[209](#) Se trata seguramente del río Enipeo. Con esta disposición Pompeyo conseguía mantener cubierto su flanco derecho, a diferencia de lo que le sucedía a César; cf. 86, 4 y nota 202.

[210](#) Cf. caps. 45, 62 y 67-69.

[211](#) El número de siete cohortes se impone frente a la lectura de los manuscritos que dan II cohortes, a fin de concordar el número de efectivos con los dos mil hombres que señala APIANO (*Guerras civiles* II 75).

[212](#) Cf. 19, 2.

[213](#) Cf. 57, 1.

[214](#) Cf. 16-17; 19, 2 y 57, 1.

[215](#) Cf. 146, nota 180.

[216](#) Pese a la crítica de César hacia la actitud de Pompeyo, el pasaje no hace sino reflejar la existencia de dos posibilidades tácticas igualmente válidas tal como pone de manifiesto APIANO (*Guerras civiles* II 79).

[217](#) Repite César, como había hecho en I 85, 2, elogios para la actitud de las tropas pompeyanas en contraposición a las críticas que dirige a sus mandos.

[218](#) Cf. 89, 4. Dando por bueno el número de seis, restituido por una conjetura de Orsini, esto implicaría que César no retiró cohorte alguna de las dos legiones situadas en el flanco derecho, debido seguramente a que se encontraban ya muy mermadas de efectivos.

[219](#) La que quedaba frente al enemigo.

[220](#) La batalla tenía lugar el 9 de agosto, correspondiente al 29 de junio del calendario juliano reformado.

[221](#) Cf. SÜETONIO, *César* 67.

[222](#) Básicamente el manto rojo llamado *paludamentum*.

[223](#) La situada en la parte opuesta a la pretoria y, por tanto, en la parte trasera del campamento, la más alejada del frente enemigo.

[224](#) A la desembocadura del río Peneo, a unos 80 Km de Farsalia en línea recta.

[225](#) PLUTARCO (*Pompeyo* 73) señala que le acompañaron en el viaje Publio y Cornelio Léntulo, Favonio y el rey Deyótaro.

[226](#) Unos 9 Km.

[227](#) Puede tratarse del mismo río Enipeo, que limitaba el campo de batalla.

[228](#) En cambio, DIÓN CASIO (XLI 62, 2) precisa que hizo pasar por las armas a los integrantes del orden senatorial y ecuestre.

[229](#) Cf. 91, 1.

[230](#) APIANO (*Guerras civiles* II 83, 345) recoge el testimonio de Asinio Polión, testigo presencial de los hechos, quien fija la cifra de muertos en 6.000.

[231](#) Las águilas eran las enseñas propias de las legiones.

[232](#) Cf. 23, 1.

[233](#) Referencia a la táctica usada por Antonio frente a Libón; cf. cap. 24.

[234](#) César no menciona nunca el nombre de Farsalia.

[235](#) Por supuesto, se trata del pompeyano Gayo Casio Longino; cf. cap. 5, nota 31.

[236](#) Actual Bivona, ciudad situada a unos 60 Km al norte del estrecho de Mesina.

[237](#) Este comandante de la flota cesariana había estado con anterioridad al mando de una escuadra de Pompeyo en la guerra contra los piratas.

[238](#) La ciudad que da nombre al estrecho que separa Sicilia de Italia.

[239](#) Ciudad de Macedonia, actual Néochori, situada en la desembocadura del río Estrimón.

[240](#) Capital de la isla de Lesbos. Al comienzo de las hostilidades había enviado allí a su mujer Cornelia y a su hijo Sexto. Según PLUTARCO (*Pompeyo* 73-74) Pompeyo no llegó a desembarcar, sino que hizo subir a bordo a su mujer.

[241](#) Capital de la Siria romana, actual Antakia.

[242](#) Ciudad de Egipto, al este del delta del Nilo; actual Tiñe.

[243](#) Se calcula que, en el año 48, Tolomeo XIV tenía unos trece años y su hermana Cleopatra unos veinte. Ambos habían heredado *pro indiviso* el reino de Egipto a la muerte de su padre, Tolomeo Auletes (Tolomeo XIII), acaecida en el año 51. La situación a la llegada de Pompeyo era la de una lucha entre los dos hermanos, después que Tolomeo y sus partidarios hubieran apartado del poder a Cleopatra.

[244](#) En el año 55 Pompeyo había ayudado a Tolomeo XIII a recuperar el reino a través de la expedición de Aulo Gabinio, gobernador de Siria.

[245](#) Cf. cap. 4, 4.

[246](#) La camarilla del rey la integraban su tutor, Potino, el comandante en jefe del ejército, Aquilas, y el rétor, Teódoto.

[247](#) Era tribuno militar de las tropas dejadas en Egipto por Aulo Gabinio para protección de Tolomeo XIII.

[248](#) El 28 de septiembre.

[249](#) La provincia de Asia comprendía la parte occidental de Asia Menor.

[250](#) Tito Ampio Balbo había sido tribuno de la plebe en el 63, seguramente pretor en el 58 y procónsul de Asia en el 57.

[251](#) Se supone la existencia de una laguna en este punto. El paso de las tropas de César de Italia al Epiro había frustrado indirectamente un intento anterior de Escipión; cf. cap. 33.

[252](#) Capital de la región homónima situada al noroeste del Peloponeso.

[253](#) Ciudad de Fenicia, al sur de Tiro. Recibió en la época de las cruzadas el nombre de San Juan de Acre y se corresponde con la actual Akka.

[254](#) Ciudad de Caria, en Asia Menor, emplazada al norte del río Meandro.

[255](#) Cf. PLUTARCO, *César* 47, 1.

[256](#) En torno al 4 de octubre.

[257](#) Cuenta Plutarco que al desembarcar César le fue ofrecida la cabeza cortada de Pompeyo y que él tuvo que apartar la vista por el asco que le daba la presencia del individuo, Teódoto, que le hacía este repugnante obsequio. Sin embargo, LUCANO, *Farsalia* X 1038-1043 acusa a César de no haber hecho más que teatro.

[258](#) Símbolo del poder consular.

[259](#) Vientos del noroeste.

[260](#) Durante el consulado de César del año 59, Tolomeo XIII Auletes había sido declarado «aliado y amigo del pueblo romano».

[261](#) Cf. 104, 2.

[262](#) Los dos hijos eran Tolomeo Dionisio (Tolomeo XIV) y Tolomeo el Joven (Tolomeo XV); las dos hijas, Cleopatra y Arsínoe. Una tercera hija, mayor que la otras dos, Berenice, había muerto en el 55.

[263](#) Emplazado en el templo de Saturno y Opis. Además de funcionar como depósito del tesoro público, hacía también las veces de archivo documental.

[264](#) Los dos habían sido ministros de Tolomeo XIII Auletes.

[265](#) En el año 50 los dos hijos de Marco Calpurnio Bíbulo fueron muertos en el curso de una embajada que rendían en Egipto en nombre de su padre a la sazón gobernador de Siria. No están claras las causas que indujeron a los egipcios a cometer este crimen, VALERIO MÁXIMO (IV 1, 15) deja entrever la posibilidad de que fuera por la hostilidad demostrada por Bíbulo a la reposición en el trono de Tolomeo Auletes.

[266](#) El sector ocupado por César era más pequeño y en él se encontraban el teatro y el palacio real; en contrapartida, contaba con la circunstancia favorable de dominar una parte del puerto.

[267](#) El *BAI* 12, 3, precisa que se quemaron 110 naves. Por otro lado, en el incendio desapareció también la célebre biblioteca con sus cuarenta mil volúmenes; cf. DIÓN CASIO, XLII 38; PLUTARCO, *César* 49.

[268](#) Isla que cerraba el puerto de Alejandría y en cuyo extremo más oriental se encontraba el famoso ingenio que servía de guía a las embarcaciones y que tomó el nombre de «faro» del lugar en que estaba ubicado.

[269](#) Esta vía de acceso se llamaba *Heplastadium* a causa de su longitud (siete estadios = 1.400 m.) y tenía, al menos en los extremos, forma de puente para facilitar el paso de los barcos de uno a otro lado del puerto. Dividía el puerto en dos mitades, a la izquierda la parte llamada *Eunostos*, y a la derecha el *Portus Magnus*, que era la parte a la que tenía acceso César desde su sector.

[270](#) Arsínoe.

[271](#) Probable interpolación.

[272](#) Esta última frase debe entenderse como un añadido posterior, puesto para enlazar con el comienzo del *Bellum Alexandrinum*.

GUERRA DE ALEJANDRÍA

SINOPSIS

AÑOS 48-47

- 1-3. Preparativos de los romanos y de los alejandrinos.
- 4-9. Muerte de Aquilas. Ganimedes toma el poder y contamina los pozos de agua que utilizaban los romanos. Temor entre los soldados. Contramedidas de César.
- 10-11. César se embarca para guiar el rumbo de las naves que le llevaban refuerzos y, atacado por una flota enemiga, logra regresar victorioso a Alejandría.
- 12-13. Ganimedes rehace la flota perdida. Fuerzas navales de los dos bandos.
- 14-16. Batalla naval y derrota de los alejandrinos.
- 17-18. César se apodera de la isla de Faro y de su población.
- 19-22. El intento cesariano de tomar el control del Heptaestadio acaba en fracaso y César salva la vida huyendo a nado. Fortaleza de ánimo de los romanos.
- 23-24. Los alejandrinos piden a César que libere al rey Tolomeo y César accede. El rey, pese a las promesas de fidelidad hechas a César, toma el mando de la lucha contra los romanos.

- [25.](#) Los alejandrinos deciden bloquear las líneas de aprovisionamiento marítimo y la flota de César se les opone.
- [26.](#) Mitridates de Pérgamo llega con refuerzos desde Siria. Se apodera de Pelusio.
- [27.](#) Configuración del delta del Nilo. Los alejandrinos intentan interceptar la marcha de Mitridates. Victoria de éste.
- [28-31.](#) El ejército de César y el de Tolomeo confluyen en las inmediaciones del campamento de Mitridates. Batalla del Nilo. Muerte del rey.
- [32-33.](#) César se hace con el control total de Alejandría y dirime la cuestión sucesoria.
- [34.](#) En Asia Menor, el rey del Bósforo Cimerio, Fárnaces, estaba invadiendo los territorios de Armenia Menor y Capadocia. Ante las protestas de Deyótaro, rey de Armenia Menor, Domicio, a quien César había puesto al frente de los asuntos de Siria, acude con un ejército mermado a causa de los refuerzos enviados a César en Alejandría.
- [35-36.](#) Astucias de Fárnaces.
- [37-41.](#) Batalla de Nicópolis y derrota de Domicio. Fárnaces devasta el Ponto.
- [42-43.](#) Situación del Ilírico. Gabinio, enviado por César para reforzar la provincia, sufre un grave revés

en su marcha hacia Salona.

- [44-47](#). Vatinio improvisa en Brindis una escuadra para acudir en ayuda de la provincia. Topa junto a Tauris con la flota del pompeyano Octavio y lo derrota. Octavio huye en dirección a África y Vatinio regresa a Brindis.
- [48-51](#). En la Hispania Ulterior, el gobernador Casio Longino reprime y esquilma la provincia amparándose en el ejército. La leva de una nueva legión y la orden de pasar a África aumenta el odio entre los provinciales.
- [52-55](#). Fracasa una conjura para asesinar a Longino. Se subleva parte del ejército. Venganza de Casio.
- [56-59](#). La inminencia de la partida hacia África y nuevas levadas aumentan el descontento. Camino del estrecho se le insubordinan dos legiones. También se subleva Córdoba. Casio marcha contra Córdoba y devasta la campiña.
- [60-61](#). Tras alguna escaramuza, Marcelo, comandante de los sublevados, traslada el campamento; esto fuerza a Longino a replegarse hacia Ulia. Marcelo cerca Ulia.
- [62](#). Llegada del rey de Mauritania Bógudo en ayuda de Casio.
- [63](#). Llega como árbitro Marco Lépido, gobernador de la Hispania Citerior. Marcelo se pone a su disposición. Casio duda y pone condiciones.

- [64](#). Huida y muerte de Casio.
- [65-66](#). César ordena los asuntos de Siria, Cilicia y Capaxdocia.
- [67-68](#). Reconciliación con el rey Deyótaro.
- [69-71](#). César llega al Ponto. Balance de sus efectivos. Dilaciones y falsas promesas de Fárnaces.
- [72-76](#). Situación de Zela. Disposición de los dos ejércitos. Maniobra temeraria de Fárnaces. Batalla de Zela y victoria de César.
- [77-78](#). César, de camino hacia Roma, pone orden en los asuntos de las diversas provincias.

Tras estallar la guerra de Alejandría¹, César hizo traer [1] toda la escuadra de Rodas, de Siria y de Cilicia; de Creta mandó llamar una fuerza de arqueros y otro tanto hizo con la caballería de Malco, rey de los nabateos²; asimismo, manda hacer acopio por todas partes de máquinas de guerra, que se le hagan envíos de trigo y aportaciones de tropas auxiliares. Entretanto, las obras de fortificación se ven potenciadas [2] por el trabajo diario y los tramos del sector que parecen menos resistentes se refuerzan con testudos y manteletes³; por otra parte, a través de los butrones que abren los arietes se entra en las casas colindantes y se hace avanzar la línea de fortificación tanto por las zonas derruidas como por los lugares [3] tomados por la fuerza⁴. Y eso era factible gracias a que Alejandría en lo que se refiere a los incendios es una ciudad casi libre de peligro, ya que en la construcción de los edificios no se usan vigas de madera, sino que su estructura es de obra y a base de arcos, y las cubiertas son de hormigón [4] y ladrillo. César se ocupaba especialmente de cómo separar su sector del resto de la ciudad, a base de obras y de construir manteletes, por la parte que resultaba más estrecha debido [5] a la interposición de una laguna en dirección sur⁵. Esta actuación, al dejar la ciudad dividida en dos partes, tenía como finalidad, en primer lugar, que todas las fuerzas se aplicaran a un único objetivo y con un mando único; en segundo lugar, que se pudiera socorrer a los que se encontraran en dificultades y llevar ayuda desde la otra parte de la ciudad; y, sobre todo, conseguir una provisión abundante de agua y forraje, pues tenía una disponibilidad limitada de agua y absolutamente nula de forraje; la laguna podía abastecer en abundancia de los dos.

Por su parte, los alejandrinos ni vacilaban ni se demoraban [2] en ejecutar su tarea, pues a todas las regiones por donde se extiende el reino de Egipto habían enviado legados y reclutadores con la misión de hacer levass, habían transportado a su sector gran cantidad de armas arrojadizas y de maquinaria

bélica, y habían reunido un contingente innumerable de tropas. Asimismo, habían hecho construir en la ciudad [2] enormes fundiciones de armas; y, además, habían armado a los esclavos adultos, y a éstos los propietarios más ricos les suministraban a diario la pitanza y les abonaban una soldada. Con el despliegue de esta multitud quedaban protegidas [3] las partes más retiradas de la ciudad; en cambio, mantenían de retén a las cohortes de veteranos en los lugares más poblados de la ciudad para que, dondequiera que estallase la lucha, pudiesen aportar el apoyo de sus fuerzas intactas. Habían bloqueado todas las calles y callejones con una triple [4] barricada (construida con sillares y que no tenía menos de cuarenta pies⁶ de altura), y las zonas más bajas de la ciudad las habían fortificado con torres de diez pisos. Además, [5] habían construido otras torres móviles del mismo número de pisos y las habían provisto de ruedas en la parte de abajo, y, sujetándolas con cuerdas, con la ayuda de bestias de carga, las trasladaban por las calles rectilíneas de la ciudad hacia cualquier parte que les pareciera oportuno⁷.

La ciudad, extremadamente rica y bien abastecida, acometía [3] todo tipo de preparativos. Sus propios habitantes, habilidosos y muy ocurrentes, imitaban con tanta habilidad lo que nos veían hacer que daba la impresión de que eran los nuestros los que imitaban su actividad; y, además, inventaban de manera natural nuevas estrategias, y, al mismo tiempo que atacaban nuestras fortificaciones, defendían también [2] las suyas. Asimismo, en consejos y asambleas los notables de la ciudad aducían que el pueblo de Roma había tomado [3] ya por norma el irse apoderando de su reino poco a poco; que pocos años antes Aulo Gabinio⁸ se había instalado en Egipto con su ejército; que Pompeyo⁹ en su huida había buscado refugio allí; que César se había presentado con sus tropas; y que ni con la muerte de Pompeyo se había logrado impedir [4] que César prolongara su estancia entre ellos; de modo que, si no lograban expulsarlo, su reino se convertiría en provincia; y

que era preciso actuar inmediatamente, pues ahora César, dada la época del año, se encontraba aislado por los temporales y sin posibilidad de recibir auxilio de ultramar¹⁰.

[4] Entretanto surge la disputa entre Aquilas¹¹, que comandaba el ejército de los veteranos, y Arsínoe, hija menor del rey Tolomeo¹², tal y como se ha explicado antes¹³. En medio del acoso mutuo y mientras los dos pretendían alcanzar el mando supremo, Arsínoe toma la delantera, sirviéndose para su propósito del eunuco Ganimedes¹⁴, su mayordomo, y hace matar a Aquilas. Una vez muerto éste, ella lograba [2] hacerse con todo el poder sin la sombra de ningún socio ni mentor. El ejército es puesto a las órdenes de Ganimedes. Éste, tras asumir su cargo, aumenta las dádivas al ejército y se ocupa con similar diligencia de lo demás.

Alejandro se encuentra minada casi en su totalidad, pues [5] dispone de unos canales subterráneos, que se extienden desde el Nilo, y a través de los cuales se hace llegar hasta las casas particulares un agua que de forma progresiva, conforme pasa el tiempo, sedimenta y se aclara. Los dueños de [2] las casas y su servidumbre tienen por costumbre servirse de esta agua, pues la que lleva el río Nilo es tan cenagosa y turbia que causa muchos y diferentes tipos de enfermedades; pero la inmensa mayoría del pueblo no tiene más remedio que conformarse con ella, puesto que en toda la ciudad no se encuentra fuente alguna. Sin embargo, el principal canal de distribución se encontraba en el sector de la ciudad que estaba en poder de los alejandrinos. Esta circunstancia hizo [3] que Ganimedes se diera cuenta de que podía cortarles el agua a los nuestros, ya que éstos, distribuidos por los barrios con la finalidad de proteger las fortificaciones, usaban agua extraída de los canales y de los pozos de las casas particulares.

Aprobado el plan, Ganimedes acomete una empresa de [6] gran calado y llena de dificultades. En efecto, una vez cegados los canales subterráneos y aislada la parte de la ciudad que

estaba en su poder, se pone a extraer por medio de ruedas y máquinas una gran cantidad de agua de mar que hacía correr ininterrumpidamente desde los lugares más elevados [2] hacia la parte de la ciudad ocupada por César. Por este motivo el agua que se extraía de las casas más cercanas era algo más salada que de costumbre y hacía que nuestros hombres se preguntaran llenos de admiración cómo podía suceder esto; y no acababan de creérselo, cuando los que estaban situados más abajo afirmaban que su agua tenía la misma calidad y sabor que antes, y hacían públicamente comparaciones entre ellos y a base de degustaciones iban tomando conciencia de cuánto difería el agua de uno y otro [3] lugar. Pero, al poco tiempo, el agua de la zona más cercana no podía beberse en absoluto y la de la parte inferior se presentaba ya más pútrida y salada.

[7] Este hecho disipó todas las dudas y dio paso a un miedo tan grande que, creyéndose todos abocados a un peligro extremo, unos decían que César se demoraba en dar la orden de embarcar y otros consideraban un riesgo mucho mayor no poderles ocultar a los alejandrinos los preparativos de la huida, dado que los separaba una distancia muy corta y que en estas circunstancias, al estar aquéllos al acecho y prestos a perseguirlos, no tendrían ninguna posibilidad de alcanzar [2] las naves. Por otra parte, en el sector controlado por César había una gran cantidad de ciudadanos a los que no había desalojado de sus domicilios, porque proclamaban públicamente su fidelidad a los nuestros y aparentaban haberse separado de los suyos. Si me tocara en suerte defender a los alejandrinos, no resultarían pérfidos ni volubles y se malgastaría [3] un amplio discurso¹⁵. Sin embargo, cuando a un tiempo se conoce a este pueblo y su manera de ser, nadie puede dudar de que son una gente muy dada a la traición.

César intentaba aplacar el miedo de los suyos consolándolos [8] y razonando. Así pues, afirmaba que si se abrían pozos podría encontrarse agua dulce, ya que todas las costas presentan de forma natural venas de agua dulce. Pero

que si [2] se daba el caso de que la costa de Egipto tuviera una configuración diferente de todas las demás, puesto que ellos tenían libre acceso al mar y los enemigos no disponían de flota¹⁶, no existiría ningún impedimento para salir a diario en busca de agua con las naves, ni hacia la parte izquierda, la del Paratonio, ni hacia la parte derecha, la de la isla¹⁷; y que, al tener opciones tan opuestas, la posibilidad de navegar nunca se vería obstaculizada por la presencia de vientos contrarios. Por otro lado, era absolutamente nula la posibilidad [3] de orquestar un plan de fuga, lo mismo para los que ponían antes que nada la dignidad que para los que no pensaban en otra cosa que no fuera su vida; pues sólo a costa de [4] grandes esfuerzos podían sostener desde las fortificaciones los ataques frontales del enemigo; de forma que si las abandonaban no podrían equipararse al enemigo ni por la posición [5] ni por el número. Y había que añadir el engorro y la dificultad que suponía embarcar, especialmente si se hacía desde botes; por el contrario, los alejandrinos contaban con su gran rapidez de movimientos y con su conocimiento del [6] lugar y de los edificios. Ellos, estimulados por lo favorable de la situación, se adelantarían y ocuparían las posiciones más elevadas y los edificios: y así impedirían que los nuestros huyeran y se embarcasen; y que, en consecuencia, se olvidaran de este plan y que sólo pensarán en vencer por todos los medios.

[9] Tras pronunciar esta arenga ante sus soldados y levantar así el ánimo de todos, encarga a los centuriones que interrumpan las demás obras y concentren todo su esfuerzo en cavar pozos, sin interrumpir ni por un instante el trabajo durante [2] la noche. Acometida esta tarea y centrado ardorosamente en el trabajo el ánimo de todos, en una sola noche se encontró agua dulce en cantidad. Así, con una obra de corta duración se contrarrestaron las laboriosas estrategias de [3] los alejandrinos y sus extraordinarios esfuerzos. A los dos días, la legión XXXVII, constituida por soldados pompeyanos que se habían rendido, embarcada por

Domicio Calvino junto con un cargamento de trigo, armas, dardos y maquinaria de guerra, arribó a la costa de África, algo más allá de [4] Alejandría¹⁸. El viento de levante, que llevaba muchos días soplando sin parar, impedía que las naves pudieran alcanzar el puerto; y pese a que toda aquella zona reúne condiciones excelentes para fondear, al verse retenidos demasiado tiempo y acuciados por la falta de agua, envían una chalupa para comunicarle a César su situación.

César, a fin de tomar personalmente la decisión de lo [10] que convenía hacer, embarcó en una nave y ordenó que le siguiera toda la escuadra, pero sin hacerse acompañar de ninguno de nuestros soldados, pues al tener que alejarse bastante, no quería desguarnecer las fortificaciones. Tras llegar [2] al lugar llamado Quersoneso y habiendo hecho desembarcar a unos remeros para hacer acopio de agua¹⁹, como quiera que algunos de éstos, entregados al pillaje, se alejaran demasiado, fueron capturados por jinetes enemigos. A través [3] de aquéllos tuvieron conocimiento de que César, en persona, había venido con la escuadra y de que no había ningún soldado a bordo de las naves. Esta información les hizo creer que la fortuna les brindaba una gran ocasión para llevar a buen fin su empresa. Así pues, llenaron de combatientes todas [4] las naves capaces de navegar que tenían²⁰ y salieron al encuentro de César que estaba ya de regreso con su escuadra. Éste tenía dos buenas razones para no querer luchar ese [5] día: una, porque en las naves no había ningún soldado; y dos, la acción iba a desarrollarse después de las cinco de la tarde, y en tales circunstancias tenía la impresión de que la noche aportaría mayor seguridad a quienes ya de por sí confiaban en su conocimiento del lugar; y, además, él se vería privado de la posibilidad de arengar a los suyos, pues no es en absoluto adecuada una arenga si con ella no se puede [6] destacar el valor y condenar la indolencia. Por estos motivos, César acercó a tierra²¹ los navíos que pudo en un lugar al que creía que los enemigos no lo seguirían.

[11] En el ala derecha de la flota cesariana había una nave rodia situada lejos de las demás. Al verla, los enemigos no pudieron contenerse y con gran empuje la acometieron cuatro naves provistas de puente y muchas otras descubiertas. [2] César se sintió forzado a prestarle ayuda para no sufrir una afrenta vergonzosa a la vista del enemigo, aunque consideraba que si algo de gravedad les sucedía a los rodios, se lo [3] tendrían bien merecido. El combate se entabló con gran energía de parte de los rodios, quienes, habiendo destacado en todas las luchas por su pericia marinera y por su valor, precisamente en aquellas circunstancias no rehuían sostener todo el peso de la lucha, para que no pareciera que se había [4] recibido un revés por su culpa. Así, el combate les resultó muy favorable. Fue capturada una cuatrirreme enemiga y una segunda fue hundida; otras dos fueron vaciadas de las tropas de marinería; y, además, en las restantes naves fue [5] muerta una gran cantidad de combatientes. Y si la noche no hubiera puesto fin al combate, César se hubiese apoderado [6] de toda la escuadra enemiga. Los enemigos quedaron aterrorizados por este desastre y César, favorecido por la menor intensidad con que soplabla el viento contrario, pudo conducir las naves de carga a Alejandría remolcándolas con sus navíos victoriosos.

A tal punto se sintieron los alejandrinos abatidos por esta [12] pérdida, puesto que eran conscientes de que no habían sido vencidos por el valor de los combatientes, sino por la pericia de la marinería que [***22](#) y eran favorecidos por su posición más elevada, de forma que podían defenderse desde los edificios y amontonaban en frente toda la madera en el temor de que un ataque de nuestra escuadra pudiese llegar también hasta tierra. Sin embargo, estos mismos alejandrinos, [2] después que Ganimedes dio garantías en la asamblea de que repondría las naves perdidas y de que incluso aumentaría su número, con gran fe y confianza se aplicaron a reparar las viejas naves poniendo gran afán y dedicación en esta labor. Y aunque habían perdido en el puerto y en los astilleros [3] más

de ciento diez naves de guerra, no renunciaron a su designio de rehacer la flota. Veían, efectivamente, que no le [4] podían llegar a César ni tropas de socorro ni provisiones, si ellos disponían de una escuadra poderosa; además, ellos, hombres de mar, de una ciudad y de una región marítimas, ejercitados desde niños por la actividad de cada día, deseaban recurrir a una práctica que les era natural y propia, y se daban cuenta de lo muy provechosas que les resultaban sus pequeñas embarcaciones²³; así pues, se consagraron con toda su alma a aprestar la flota.

En todas las bocas del Nilo había barcas para controlar [13] el pago del peaje; en los recovecos más ocultos de los astilleros reales se encontraban naves vetustas que no se usaban para navegar desde hacía muchos años: a éstas las restauraban, [2] a aquéllas las hacían regresar a Alejandría. Si faltaban remos, deshacían los pórticos, los gimnasios y los edificios públicos; las tablas hacían el papel de remos; unas cosas las proveía su habilidad natural, otras, la riqueza de la ciudad. [3] Al fin y al cabo no se preparaban para una navegación de larga duración, sino que se ajustaban a las necesidades del momento presente, pues veían que el combate se iba a dirimir [4] en el propio puerto. De esa forma, en el espacio de pocos días y contra las expectativas de todo el mundo, acondicionaron veintidós cuatrirremes, cinco quinquirremes; y a éstas añadieron muchos navíos menores y sin cubierta, y, habiendo ejercitado con los remeros en el puerto lo que podía dar de sí cada embarcación, las llenaron de soldados experimentados y se aprestaron a combatir por todos los medios. [5] César disponía de nueve naves rodias (pues de las diez que se le habían enviado, una había naufragado en las costas de Egipto), ocho del Ponto, *** de Siria, cinco de Cilicia²⁴ y doce de Asia. Entre ellas había *** quinquirremes²⁵ y diez cuatrirremes; las demás eran de tamaño inferior y muchas [6] sin cubierta. Sin embargo, fiado

en el valor de sus soldados y conocedor de las tropas del enemigo, se preparaba para la lucha.

[14] Después que se llegó al punto de que a cada uno no le quedaba más que confiar en sus propias fuerzas, César rodea con su flota la isla de Faro²⁶ y dispone sus naves en frente del enemigo: coloca en el ala derecha las naves rodias y en el ala izquierda, las del Ponto; entre ambas formaciones deja un espacio de cuatrocientos pasos²⁷, que le parecía suficiente para el despliegue de la flota. Detrás de esta primera línea [2] dispone como refuerzo al resto de las naves; decide y ordena qué nave debe seguir y auxiliar a cada una de la anteriores²⁸. Sin vacilación alguna, los alejandrinos hacen salir su escuadra [3] y la sitúan en orden de combate; colocan en primera línea veintidós naves y sitúan a las restantes en una segunda línea de apoyo. Además, ponen en acción un gran número [4] de pequeñas embarcaciones y esquifes con dardos encendidos y antorchas, por si la propia multitud, el estruendo y las llamas podían causar algún temor entre los nuestros. Había [5] entre las dos escuadras unos bajíos que sólo dejaban un estrecho paso entre ellos; forman parte del territorio de África (pues, según se dice, la mitad de Alejandría corresponde a África)²⁹; las dos escuadras estuvieron bastante tiempo a la expectativa de cuál de ellas sería la primera en acometer el paso, puesto que se consideraba que la que se aventurase en los bajíos tendría mayores dificultades para desplegarse e incluso para retirarse, si se producía un revés importante.

[15] Al frente de la agrupación rodia estaba Eufránor, más digno de ser comparado por su grandeza de ánimo y valor [2] con nuestros hombres que con los griegos. Dada su conocidísima pericia náutica y su entereza, los rodios lo habían escogido [3] para comandar su escuadra. Cuando Eufránor se dio cuenta de las dudas de César le dijo: «Da la impresión, César, de que temes que, caso de entrar el primero con tus naves en los bajíos, vayas a verte obligado a luchar antes de poder desplegar el resto de la escuadra. Confíanos

esta misión: [4] nosotros, sin defraudar tus esperanzas, mantendremos la posición a la espera de que lleguen los demás. Pues constituye un gran deshonor y sufrimiento para nosotros que éstos [5] se vanaglorien más tiempo en nuestra presencia». César, tras animarlo y elogiarlo, da la señal de combate. Una vez que el contingente rodio hubo pasado al otro lado de los bajíos, los alejandrinos rodean y atacan cuatro naves rodias. [6] Los rodios logran mantenerse y, con su pericia y destreza, consiguen desplegarse; y demostraron tanta habilidad que, a pesar de estar en inferioridad numérica, no permitieron al enemigo acometer de través contra ninguna de sus naves ni se vieron obligados en ningún caso a levantar los remos³⁰, sino que siempre recibieron de frente a los que les atacaban. [7] Entretanto, las restantes naves les habían seguido. Entonces, la estrechez del lugar impuso la necesidad de abandonar cualquier tipo de táctica y todo el combate se fió en el valor. [8] Y ciertamente no hubo nadie en Alejandría, ni entre los nuestros ni entre los nativos, que, ocupado en trabajar o en combatir, no subiera a las azoteas más altas y que no cogiera sitio para ver el espectáculo en todo su conjunto, y que no pidiera con súplicas y votos a los dioses inmortales la victoria para los suyos.

Ahora bien, no era exactamente lo mismo lo que estaba [16] en juego en este combate, pues, de resultar batidos, los nuestros no encontrarían amparo ni en tierra ni en el mar y, caso de resultar vencedores, el futuro se les presentaba incierto; en cambio, si los alejandrinos sacaban ventaja en el enfrentamiento naval, lo tendrían todo en sus manos y, si se mostraban inferiores, todavía podrían probar fortuna otra vez. Al [2] mismo tiempo, resultaba duro y penoso que del esfuerzo de unos pocos dependiera el resultado final del conflicto y la salvación de todos; ya que, si alguno de aquéllos cedía en su ímpetu o valor, a los restantes no les quedaría más que ocuparse de su salvación sin haber tenido la ocasión de luchar por sí mismos. En los días anteriores, César había expuesto [3]

con frecuencia estas reflexiones a los suyos para que lucharan con más ardor al ver que la salvación de todos quedaba depositada en sus manos. Las mismas reflexiones había hecho [4] cada soldado al acompañar a sus camaradas, amigos o conocidos, instándoles a que no defraudaran su confianza ni la de aquéllos por cuya opinión habían sido elegidos para afrontar el combate. Así pues, se luchó con tanto ardor que a [5] los marinos y marineros enemigos su habilidad y experiencia les sirvió de poca ayuda, como tampoco les dio ventaja la superioridad en el número de naves; ni tampoco los hombres escogidos por su valor entre tan gran multitud pudieron igualar el valor de los nuestros. Fueron capturadas en este [6] combate una quinquerre y una birreme, con todos sus defensores y remeros, y resultaron hundidas otras tres, en tanto que todos nuestros efectivos quedaron intactos. Las restantes [7] naves enemigas emprenden de inmediato la huida hacia la ciudad³¹, desde cuyos malecones y edificios dominantes se les prestó protección al tiempo que se les impedía a los nuestros acercarse más.

[17] Para que esto no pudiera sucederle más a menudo³², César consideró que tenía que esforzarse por todos los medios en lograr que la isla y el malecón que se extendía hasta ella [2] pasaran a sus manos³³. Pues una vez realizadas en su inmensa mayoría las fortificaciones en su sector, confiaba en que se podría acometer a un tiempo lo mismo la isla y el malecón [3] que la ciudad. Una vez tomada esta decisión, embarca en los navíos de menor porte y en los esquifes a diez cohortes y, como tropa ligera, a los jinetes galos que le parecían idóneos³⁴ y, como maniobra de distracción, ataca la otra parte de la isla con naves cubiertas, no sin proponer grandes premios al primero que se apodera de la isla. Sin embargo, [4] en un primer momento los alejandrinos lograron contener el ataque de los nuestros por los dos lados a la vez, ya que simultáneamente combatían desde las azoteas de los edificios y los soldados defendían la costa, con lo que, dado lo abrupto

del lugar, los nuestros no tenían un acceso fácil; además, con los esquifes y con cinco naves de guerra a las que hacían maniobrar con gran pericia controlaban las angosturas del lugar. Pero tan pronto como, una vez reconocido el terreno [5] y tanteados los bajíos, unos pocos de los nuestros tomaron posiciones en la costa y, seguidos inmediatamente de otros, lanzaron un ataque sostenido contra los enemigos situados en la parte llana del litoral, todos los de Faro emprendieron la huida. Expulsados éstos ³⁵, abandonada la [6] vigilancia del puerto, aproximaron las naves a la costa y al villorrio, y desembarcaron a fin de montar la defensa de los edificios.

Mas tampoco pudieron mantenerse demasiado tiempo en [18] este emplazamiento, aunque el tipo de edificación no era diferente del de Alejandría —si se nos permite comparar las cosas grandes con las pequeñas— y las torres altas y seguidas hacían el papel de muralla, y, además, los nuestros no habían llegado al asalto pertrechados de escalas, fajinas ni otros elementos precisos. Pero el pánico quita a los hombres [2] el buen juicio y la razón, y les hace perder la fuerza, como sucedió entonces. Así, quienes en una situación equilibrada [3] y en terreno llano creían ser iguales a nosotros, esos mismos, aterrorizados por la huida de los suyos y por la muerte de unos pocos, no se atrevieron a mantenerse en los edificios, a una altura de treinta pies, sino que se lanzaron al mar desde el malecón y cubrieron a nado los ochocientos pasos³⁶ [4] que los separaban de su sector. Sin embargo, muchos de ellos fueron capturados y muertos; el número de prisioneros fue en total de seis mil.

[19] César, tras conceder el botín a sus soldados, ordenó arrasar los edificios³⁷, construyó un fortín junto al puente [2] más cercano a Faro³⁸ y colocó allí un destacamento. Los de Faro, en su huida, habían abandonado este puente; los alejandrinos mantenían el otro, que estaba mejor defendido y se encontraba más cercano a su sector. Pero, al día siguiente, César lo ataca fundándose en una motivación similar, ya que,

si controlaba los dos, veía que se acabarían las incursiones [3] navales y los actos de bandidaje imprevistos. Y ya había apartado a los que tenían la custodia del lugar arrojándoles proyectiles y flechas desde las naves, los había hecho retroceder al interior de la fortaleza y había puesto en tierra una fuerza equivalente a tres cohortes (pues la estrechez del lugar no permitía más); el resto de las tropas se encontraban [4] apostadas en las naves. Hecho esto, ordena proteger el puente con una empalizada por la parte del enemigo y llenar de piedras y obstruir el punto de salida de las naves, es decir, el [5] arco que sostenía el puente. Acabada la segunda de estas obras, de manera que ningún esquife en absoluto pudiera salir, e iniciada la otra, todas las tropas de los alejandrinos se lanzaron fuera de la ciudad y tomaron posiciones en un lugar más amplio enfrente de las fortificaciones del puente y, al mismo tiempo, apostaron junto al malecón los navíos que acostumbraban a enviar a través de los puentes para incendiar nuestras naves de carga. Los nuestros luchaban desde el [6] puente y desde el malecón, ellos desde la explanada que estaba frente al puente y desde los navíos adosados al malecón.

En tanto que César se ocupaba de estos menesteres y de [20] exhortar a los soldados, un gran número de remeros y marineros saltó a la escollera desde nuestras naves de guerra. Una parte de ellos lo hacían inducidos por el afán de ver el [2] espectáculo, otra, también por el deseo de luchar. Éstos en un primer momento conseguían repeler las naves enemigas desde el malecón a golpes de piedra y de honda, y parecía que progresaban gracias a la lluvia de dardos. Pero después [3] que unos pocos alejandrinos se atrevieron a desembarcar algo más allá, por el lado descubierto de los nuestros, éstos, que se habían precipitado sin estandartes, sin formación y sin ningún objetivo, empezaron a replegarse también desordenadamente hacia las naves. Espoleados por esta fuga, muchos [4] de los alejandrinos saltaban de sus naves y perseguían a los nuestros azuzándolos duramente. Al mismo tiempo, los que se habían

quedado en las naves de guerra se esforzaban por recoger las escalas y alejar las naves de tierra para que el enemigo no se apoderara de éstas. Los soldados de las [5] tres cohortes, que se habían apostado en el puente y en la primera parte del malecón, desconcertados por todos estos acontecimientos, después de oír detrás de ellos el clamor y de ver la huida de los suyos, y, puestos en la tesitura de tener que aguantar en situación desventajosa la gran presión que hacía el enemigo con sus tiros, temiendo ser rodeados por la espalda y verse privados así de toda posibilidad de retirada, dado que las naves se habían alejado, abandonaron la fortificación que habían emprendido en el puente y a toda [6] carrera se dirigieron hacia las naves. Una parte de ellos alcanzó las naves más cercanas, pero se hundió con ellas debido al peso excesivo de la multitud embarcada; otra parte, resistiendo y dudando sobre qué decisión tomar, fue abatida por los alejandrinos; algunos, tras alcanzar en una retirada afortunada unos navíos anclados y prestos para maniobrar, salieron indemnes de la acción; unos pocos, con los escudos levantados y dispuestos a afrontar cualquier riesgo, alcanzaron a nado las naves más cercanas³⁹.

[21] César, mientras pudo con sus exhortaciones retener a los suyos junto al puente y a las fortificaciones, afrontó los mismos peligros; pero, al darse cuenta de que todos cedían, se [2] refugió en su nave. Mas, al seguirle en tropel una multitud de hombres y no tener la posibilidad de maniobrar ni alejarse de tierra, y, sospechando que iba a suceder lo que finalmente sucedió, se arrojó del navío y alcanzó a nado las naves [3] que se habían apostado algo más lejos⁴⁰. Enviando desde allí algunos esquifes en ayuda de los suyos, que estaban en apuros, logró salvar a unos cuantos; su navío, en cambio, sobrecargado por la multitud de soldados, se perdió junto [4] con los hombres que transportaba. Las bajas de este combate se cifraron en unos cuatrocientos legionarios y un número [5] algo mayor de marineros y remeros. Los alejandrinos reforzaron en este lugar el baluarte con grandes fortificaciones

y muchas máquinas de guerra, y, tras sacar del mar los bloques de piedra, tuvieron total libertad para expedir sus navíos.

Este revés no trastocó ni por asomo el ánimo de nuestros [22] soldados, sino que, enardecidos y espoleados, dieron grandes golpes de mano contra las obras del enemigo. En las escaramuzas [2] diarias, siempre que se presentaba la ocasión y los alejandrinos hacían violentas salidas fuera de sus posiciones, su ímpetu era detenido por las fortificaciones y por el ardoroso empeño de nuestros soldados; y las proclamas públicas de César no podían igualar ni el esfuerzo ni el deseo de lucha de las legiones, de manera que más bien se las tenía que retener y disuadir de entablar combates que podían resultar muy peligrosos, antes que incitarlas a la lucha.

Los alejandrinos, viendo que los romanos se fortalecían [23] con los éxitos y se enardecían con la adversidad, y, sabiendo que en la guerra no existía una tercera vía que les fuera más favorable, o bien, por lo que podemos conjeturar, instigados por los amigos del rey que se encontraban en las posiciones de César, o bien por ser éste su primer propósito, cuya aprobación por el rey conocían a través de emisarios secretos, enviaron legados a César para que dejara en libertad al rey⁴¹ y le permitiera volver con los suyos; pues, le confiaban que [2] toda la multitud, hastiada por el reinado transitorio de una muchacha⁴² y por el gobierno crudelísimo de Ganimedes⁴³, estaba presta a hacer lo que el rey le mandase; y, si por instigación de éste, alcanzaban la confianza y amistad de César, la multitud no tendría ningún miedo de entregarse.

César, aunque conocía perfectamente la falsedad de esta [24] gente, que piensa unas cosas y finge otras, con todo, decidió que sería útil acceder a sus peticiones, porque, cualquiera que fuese la finalidad que perseguían con sus pretensiones, creía que el rey una vez puesto en libertad se le mantendría leal; pero que si, en cambio, cosa que se adecuaba

más a la manera de ser de aquella gente, lo que querían era tener al rey como comandante en la guerra, él podría afrontar una guerra de forma más gloriosa y honorable luchando contra [2] un rey que contra un hatajo de aventureros y fugitivos⁴⁴. Así pues, exhortó al rey a que cuidara del reino de su padre, a que respetara a su esclarecidísima patria, vergonzosamente desfigurada por incendios y destrucciones, y a que a sus súbditos los hiciera entrar primero en razón y después perseverar en ella, y a que mantuviera su fidelidad al pueblo romano y a sí mismo, puesto que el propio César confiaba tanto en él que lo enviaba a sus enemigos puestos en armas; y, estrechándole la diestra, despidió a aquel muchacho, ya [3] casi un hombre. Pero el rey, criado en todas las artes del engaño, para no mostrarse indigno de las costumbres de su gente, se puso a pedir llorando ante César que no le dejara marchar, pues para él ni siquiera el propio reino le resultaba [4] más agradable que la compañía de César. Tras contener las lágrimas del muchacho, César, conmovido incluso él mismo, y asegurándole que pronto estaría de nuevo con él, si [5] así lo quería, lo dejó marchar con los suyos. El muchacho, lo mismo que un caballo al que dejan suelto en los cajones de salida, se puso a guerrear contra César con tanto ardor que daba la impresión de que las lágrimas que había dejado correr en la entrevista con César eran lágrimas de alegría. [6] Sucedió además que muchos legados, amigos, centuriones y soldados de César se alegraban de que la excesiva bondad de éste hubiese sido puesta en evidencia por los engaños del muchacho; como si verdaderamente César se hubiese dejado llevar por la bondad y no hubiese obrado así impulsado por un cálculo muy previsor⁴⁵.

Al darse cuenta los alejandrinos de que, aun después de [25] haberse hecho con un jefe, ni ellos se habían vuelto en absoluto más poderosos ni los romanos más débiles, sintiendo un gran dolor por las burlas que sus propios soldados hacían de la edad y de la debilidad del rey, viendo que no avanzaban

en ningún sentido y existiendo rumores de que le venían en camino a César importantes refuerzos siguiendo la ruta terrestre que procedía de Siria y Cilicia, circunstancia que César todavía no conocía, decidieron cortar el aprovisionamiento que les llegaba a los nuestros por mar⁴⁶. Así pues, [2] pusieron al acecho en los lugares adecuados por la parte de Canopo⁴⁷ los navíos que tenían disponibles y con ellos interceptaban nuestras naves de carga. Cuando se le comunicó [3] esto a César, ordenó poner a punto y desplegar toda la escuadra. Puso al frente de la misma a Tiberio Nerón⁴⁸. Figuraban en esta formación las naves rodias y con ellas iba Eufránor, sin cuyo concurso no se había entablado nunca ninguna batalla marítima, al menos ninguna que hubiese acabado con un resultado poco favorable. Pero la fortuna, [4] que a menudo reserva una caída más dura a los que ha colmado de grandes favores, perseguía a Eufránor con una disposición [5] diferente a la del pasado. Pues como quiera que al llegar a Canopo las dos escuadras hubiesen entrado en combate y Eufránor, siguiendo su costumbre, hubiese acometido la batalla en primer lugar, tras embestir y hundir una cuatrirreme enemiga, persiguió a otra demasiado lejos, en tanto que las demás embarcaciones lo seguían con excesiva lentitud, [6] así que se vio rodeado por los alejandrinos. Nadie acudió en su ayuda, ya fuera porque pensaran que tenía ya bastante defensa en su valor y en su fortuna, ya fuera porque temían por su propia seguridad. Así, el único que en este combate llevó a buen término una acción fue también el único en perecer junto con su cuatrirreme victoriosa⁴⁹.

[26] En aquellos días, Mitridates de Pérgamo, personaje de la alta nobleza en su patria⁵⁰ y de gran pericia y valor desde el punto de vista militar, y que por su lealtad, digna de encomio, hacia su amigo César había sido enviado, al empezar la guerra de Alejandría, a Siria y a Cilicia con la misión de traer refuerzos, se presenta, siguiendo por tierra el camino que une Egipto con Siria, en Pelusio, trayendo consigo las numerosas

tropas que había podido reunir con gran rapidez gracias a la excelente disposición de las ciudades y a su [2] propio esfuerzo. Esta fortaleza, debido a su estratégica posición, la controlaba Aquilas⁵¹ con el concurso de una poderosa guarnición (pues se considera que Egipto se encuentra protegido completamente como por dos cerrojos: en la parte de mar por Faro y en la parte de tierra por Pelusio)⁵²; Mitridates la rodeó inopinadamente con gran número de tropas y, gracias a la insistencia de los asaltantes y a su superioridad numérica, lo que les permitía reemplazar con efectivos de refresco a las tropas heridas y cansadas, en el mismo día que la acometió se apoderó de la plaza e instaló en ella un destacamento⁵³. Desde allí, una vez completada con éxito esta [3] acción, se dirigió a Alejandría al encuentro de César y todas las regiones que recorría, con la autoridad que a menudo asiste al vencedor, las sometía y las atraía a la amistad de César⁵⁴.

Existe un paraje, seguramente el más conocido de aquellas [27] regiones, situado no muy lejos de Alejandría, que lleva el nombre de Delta; toma esta denominación de su semejanza con la letra del mismo nombre, ya que el cauce del río Nilo se bifurca en dos brazos, que dejan en medio un espacio que aumenta de forma progresiva y que desembocan en el mar por el punto en que la distancia entre ellos es mayor. Cuando el rey se apercibió de que Mitridates se acercaba a [2] este lugar, y sabiendo que le sería preciso atravesar el río, envió a su encuentro un numeroso contingente de tropas, con las cuales creía poder vencer y destruir o, en todo caso, [3] retener a Mitridates; pues, lo mismo deseaba derrotarlo que [4] se conformaba con mantenerlo apartado de César. Las primeras tropas que, procedentes del Delta, pudieron cruzar el río y enfrentarse a Mitridates, entablaron combate con el apresuramiento de querer privar a las que venían detrás del [5] honor de compartir la victoria. Con gran prudencia, Mitridates sostuvo su ataque amparado, según es práctica habitual entre nosotros, en la protección que le ofrecía un campamento

vallado. Pero, nada más ver que los enemigos se acercaban a las fortificaciones de forma desmedidamente imprudente, dio orden de realizar salidas por todos lados y [6] logró matar a gran número de ellos. Y de no ser porque los restantes se ampararon en su conocimiento del lugar y, en parte, pudieron refugiarse en las naves con las que habían [7] cruzado el río, hubiesen sido totalmente aniquilados. Con todo, después de que se recuperaron del miedo pasado, tras incorporárseles los que venían detrás, empezaron a atacar de nuevo a Mitridates⁵⁵.

[28] Mitridates envía un mensajero a César para darle cuenta de la acción llevada a cabo. Por su parte, el rey conoce lo sucedido a través de sus propios hombres. De esta forma y casi al mismo tiempo se ponen en marcha, el rey con la intención de aplastar a Mitridates y César con la idea de apoyarle. El rey se benefició de una navegación más rápida por [2] el Nilo, en el que tenía aparejada una gran escuadra. César no quiso utilizar el mismo camino para no entablar un combate naval en el río, sino que tras costear por el lado del mar que se dice que forma parte de África, tal como señalamos antes⁵⁶, se enfrentó a las tropas reales antes de que Mitridates pudiera ser atacado, y así pudo recibir a éste como vencedor, con su ejército intacto⁵⁷. El rey se había instalado con [3] sus tropas en un lugar fortificado de forma natural, ya que dominaba la llanura que se extendía a sus pies por todas partes; asimismo, estaba protegido con defensas de índole diversa por tres de sus lados: un costado se encontraba pegado al río Nilo, otro lado se extendía por la parte más elevada, de manera que dominaba un sector del campamento, y un tercer lado se encontraba rodeado por una zona pantanosa⁵⁸.

[29] Entre el campamento del rey y el camino que seguía César se interponía un río angosto y de altísimas riberas que desembocaba en el Nilo; se encontraba a unos siete mil pasos⁵⁹ [2] del campamento del rey. El rey, habiéndose enterado de que César llegaba por este camino, envió hacia este río a toda la caballería y a un contingente escogido de

infantería armado a la ligera para que le impidieran el paso a César e iniciaran a distancia, desde la ribera, un combate necesariamente desigual: pues ni el valor representaba una ventaja ni [3] la cobardía se exponía a ningún peligro. Esta coyuntura colmó de dolor a nuestros soldados y a nuestros jinetes, dado que durante todo ese largo período de tiempo se estaba luchando [4] con los alejandrinos en igualdad de condiciones. Así pues, a un tiempo, un grupo de jinetes germanos dispersados en busca de vados logró atravesar a nado el río por un lugar donde las riberas eran más bajas y los legionarios, después de cortar árboles altos que alcanzaran en longitud de una ribera a otra, los atravesaron y, cubriéndolos inmediatamente [5] de tierra y cascotes, cruzaron el río. La arremetida de los nuestros asustó tanto a los enemigos que cifraron la esperanza de salvarse únicamente en la huida; pero fue en vano, ya que en esta desbandada fueron pocos los que lograron reunirse con el rey y casi toda la tropa restante fue exterminada.

[30] César, una vez concluida de forma tan brillante la acción anterior, considerando que su llegada, si se producía de improviso, causaría un inmenso terror a los alejandrinos, se dirige inmediatamente y con la actitud propia del vencedor [2] hacia el campamento del rey. Pero al apercibirse de que el campamento se encontraba fortificado merced a una importante obra de vallado y que estaba, además, protegido por la naturaleza del terreno en el que se alzaba, y viendo que un numeroso contingente de gente armada se apostaba detrás del vallado, no quiso lanzar a sus hombres, cansados del camino y del combate, al asalto del campamento. Así pues, sin dejar una gran distancia con respecto al del enemigo, montó el suyo. Al día siguiente⁶⁰ César, acometiéndolo con [3] todas sus tropas, se apoderó del fortín que el rey había construido en una aldea cercana, no lejos de su campamento; se encontraba unido a éste por medio de unos pasos fortificados con la idea de poder disponer de la aldea; César usó todo su potencial no

porque pensara que era difícil conseguir lo mismo con un número menor de hombres, sino porque, una vez aterrorizados los alejandrinos tras su victoria, quería atacar inmediatamente el campamento del rey. Así pues, [4] nuestros soldados, extendiendo la acometida contra los alejandrinos que huyendo del fortín trataban de guarecerse en el campamento real, se plantaron bajo las fortificaciones y entablaron de lejos un violento combate. Los nuestros tenían [5] la posibilidad de realizar el asalto por dos lados: en primer lugar, por el que indiqué antes que tenía un acceso franco⁶¹; en segundo lugar, por el que dejaba un pequeño intervalo entre el campamento y el río Nilo. El contingente mayor y [6] más selecto de alejandrinos protegía la parte de más fácil acceso; pero disponían de mayores ventajas para rechazar y herir a los nuestros los que combatían por el costado del río Nilo, pues los nuestros se hallaban atrapados entre dos fuegos: de frente, por el que tenía su origen en la empalizada del campamento; a sus espaldas, por el procedente del río, en el que muchas naves con dotaciones de honderos y arqueros arremetían contra los nuestros.

[31] Viendo César que era imposible que los soldados combatieran con mayor ardor y que, pese a ello, la adversidad del terreno les impedía obtener ventaja, al darse cuenta de que los alejandrinos habían abandonado la parte más elevada del campamento y de que, en parte fiados en la natural protección que les brindaba el terreno y en parte llevados por el afán, ya fuera de combatir, ya fuera de ver lo que sucedía, habían acudido al escenario de la lucha, ordenó a tres cohortes que dieran la vuelta al campamento y atacaran la posición más elevada; puso al frente de ellas a Carfuleno, persona eminente por su grandeza de espíritu y por su pericia [2] en el arte de la milicia⁶². Al llegar allá, dado que eran pocas las tropas que defendían la posición, en tanto que nuestros soldados combatían con todo el ímpetu del mundo, los alejandrinos, asustados por el fragor del combate que tenía lugar en el lado

opuesto al que se encontraban, empezaron [3] a correr apresuradamente hacia todos lados. Su confusión enardeció a nuestras tropas hasta el extremo de que el asalto se produjo casi simultáneamente desde todos los puntos⁶³, si bien la primacía correspondió a las tropas que tomaron la parte más elevada del campamento. Lanzándose desde allí a la carrera lograron matar a un gran número de [4] enemigos dentro del propio campamento. Muchos alejandrinos, tratando de escapar de este peligro, se precipitaron en desorden desde la empalizada hacia la parte contigua al río. Los primeros en salir quedaron aplastados en el mismo [5] foso al desplomarse un gran trecho de la fortificación, los demás tuvieron más fácil la huida. Se tiene la certeza de que [6] el propio rey huyó del campamento y se refugió en una nave, pero que al zozobrar ésta, debido a la enorme multitud de hombres que nadaban hacia los navíos cercanos, encontró así la muerte⁶⁴.

Concluida favorable y rápidamente esta acción, César, [32] con la gran confianza que le daba la victoria, se dirigió por tierra a Alejandría con su caballería utilizando el camino más corto y entró como triunfador en la ciudad por la parte que estaba en manos de la guarnición enemiga. Y no erró en [2] su convicción de que los enemigos, una vez enterados del resultado de este combate, ya no pensarían para nada en la guerra. A su llegada, cosechó el fruto merecido de su valor [3] y grandeza de ánimo, pues toda la ciudadanía, arrojadas las armas y abandonadas las fortificaciones, con el vestido que tenían la costumbre de usar en sus súplicas ante los señores, y presentando los objetos sagrados que les servían de amparo protector a la hora de implorar ante los espíritus ofendidos y airados de sus reyes, corrieron al encuentro de César y se le entregaron. César, tras confortarlos una vez aceptada [4] su sumisión, se dirigió por entre las fortificaciones enemigas a la parte de la ciudad que ya estaba en su poder, en medio de grandes manifestaciones de alegría de sus hombres, que no

sólo se complacían con el resultado de la guerra y del combate sino también con su feliz regreso⁶⁵.

[33] César, dueño de Egipto y de Alejandría, impuso como reyes a los que Tolomeo había designado en su testamento, en el que, además, suplicaba al pueblo romano que no los [2] cambiara⁶⁶. Así pues, desaparecido el rey⁶⁷, que era el mayor de los dos muchachos, entregó el reino al más pequeño⁶⁸ y, con él, a Cleopatra, la mayor de las dos hijas⁶⁹, que se había mantenido fiel y se había quedado en el sector dominado por César; a la hija menor, Arsínoe, en cuyo nombre, ya lo hemos señalado, Ganimedes había gobernado despóticamente durante mucho tiempo⁷⁰, decidió desterrarla del reino para evitar que surgiera nuevamente otra disensión por parte de personajes sediciosos, antes de que el poder de los dos reyes estuviera consolidado gracias a un largo mandato⁷¹. [3] Tomando consigo la experimentada sexta legión⁷², dejó allí las restantes⁷³ para afirmar el poder de estos reyes, que ni podían tener el amor de su pueblo, al haber permanecido fieles a la amistad de César, ni gozar del prestigio de la vejez, pues hacía pocos días que habían llegado al trono. Al [4] mismo tiempo consideraba conveniente para la dignidad de nuestro imperio y para el bien común proteger a los reyes con nuestras tropas, si mantenían su fidelidad; pero también que, a su vez, en caso de mostrarse desleales, estas mismas tropas pudiesen reprimirlos. Así pues, concluido y resuelto [5] el problema, él mismo partió hacia Siria⁷⁴.

Mientras en Egipto tienen lugar estos acontecimientos⁷⁵, [34] el rey Deyótaro⁷⁶ se presentó ante Domicio Calvino⁷⁷, a quien César había encomendado la administración de Asia y de las provincias vecinas, para pedirle que no consintiera que Fárnaces⁷⁸ ocupara y devastara la Armenia Menor, su propio reino, ni tampoco Capadocia, el reino de Ariobarzanes⁷⁹; y que si estos territorios no se veían libres de semejante azote, él no podría cumplir las obligaciones contraídas [2] ni satisfacer a César la suma prometida. Domicio, considerando no sólo

que este dinero era indispensable para hacer frente a los gastos que imponía la actividad bélica, sino que además era vergonzoso para el pueblo romano y para el vencedor César, e infamante para él mismo que los reinos de unos aliados y amigos del pueblo romano fueran ocupados por un rey extranjero, envió inmediatamente a Fárnaces unos embajadores instándole a que abandonara Armenia y Capadocia, previniéndole de que, confiado en los esfuerzos que exige una guerra civil, no tentara la autoridad ni la majestad [3] del pueblo romano. Asimismo, creyendo que esta reclamación tendría más fuerza si se aproximaba a estas regiones con su ejército, se reunió con sus legiones y, de las tres que tenía, tomó consigo la XXXVI y envió las otras dos a Egipto en ayuda de César, que se las había solicitado por carta; una de éstas no llegó a participar en la guerra de Alejandría, porque había sido enviada por tierra a través de Siria⁸⁰. [4] Gneo Domicio incrementó el potencial de la legión XXXVI con otras dos pertenecientes al ejército de Deyótaro, quien las había formado desde hacía muchos años conforme a nuestra disciplina y armamento, y con cien jinetes y [5] con otros cien más que le pidió a Ariobarzanes. Por otro lado, envió a Publio Sestio ante el cuestor Gayo Pletorio con la misión de traerse la legión que se había formado en el Ponto con soldados reclutados precipitadamente, y a Quinto Patisio, a Cilicia para reunir tropas auxiliares⁸¹. Todas estas tropas, siguiendo las órdenes de Domicio, se concentraron rápidamente en Comana⁸².

Entretanto, los mensajeros traen la respuesta de Fárnaces: [35] se había retirado ya de Capadocia, pero se había reservado la Armenia Menor, que le correspondía por ley a título de herencia paterna. Que a partir de aquí toda la capacidad de decisión sobre la suerte de este reino quedaba en manos de César, pues él estaba dispuesto a cumplir lo que César dispusiese. Domicio, dándose cuenta, primero, de que Fárnaces [2] se había retirado de Capadocia movido por la

necesidad y no por su propia voluntad, puesto que, al ser colindante con su reino, podía defender más fácilmente Armenia que Capadocia, que estaba más alejada, partiendo de su creencia de que Domicio llevaría consigo las tres legiones; y segundo, de que se había establecido con mayor arrogancia en Armenia, tras enterarse de que dos de las tres legiones habían sido enviadas a César, empezó a obstinarse en que se retirara también de este reino; porque, consideraba Domicio, no era diferente el derecho que pudiera tener sobre Capadocia que el que tenía sobre Armenia, y tampoco era justa su petición de dejar intacta la cuestión hasta la llegada de César, pues sólo puede dejarse intacto lo que está tal como había estado antes. Dada esta respuesta, se dirigió con las [3] tropas anteriormente especificadas⁸³ hacia Armenia y decidió marchar por la ruta de las montañas⁸⁴: pues desde el Ponto, a partir de Comana, se extiende una sierra agreste que llega hasta Armenia y que sirve de frontera entre Capadocia y Armenia. Se había enterado de que este itinerario ofrecía unas ventajas seguras, puesto que en los lugares elevados no podía producirse ningún ataque por sorpresa del enemigo y porque Capadocia, situada al pie de estas montañas, le suministraría provisiones en gran abundancia.

[36] Mientras tanto, Fárnaces envía muchas delegaciones a [2] Domicio para tratar de la paz y ofrecerle obsequios regios. Domicio los rechazaba todos de forma invariable y respondía a los legados que nada habría más importante para él que recuperar la dignidad del pueblo romano y los reinos de sus [3] aliados. Al acercarse, a base de etapas largas y seguidas, a Nicópolis⁸⁵, ciudad de Armenia Menor que, situada en terreno llano, tiene dos de sus costados flanqueados por altas montañas, que, con todo, se hallan bastante separadas de la ciudad, estableció su campamento a unos siete mil pasos⁸⁶ [4] de Nicópolis. Dado que desde el emplazamiento del campamento era inevitable cruzar un pasaje angosto y difícil, Fárnaces situó al acecho a un contingente escogido de

infantería y a casi toda su caballería, y ordenó soltar una gran cantidad de ganado entre estos desfiladeros e hizo que los campesinos y los ciudadanos se dejaran ver por estos lugares [5] para que, si Domicio cruzaba estas angosturas como amigo, no sospechara nada de la emboscada al ver ganado y gente rondando por el campo como cuando se está a la espera de amigos; pero con la idea de que, si se presentaba como si estuviese en territorio enemigo, los soldados se dispersaran en busca de botín para, así, una vez desperdigados, aniquilarlos.

En tanto que se ocupaba de estos preparativos, no dejaba [37] de enviar a Domicio mensajeros con palabras de paz y amistad, creyendo que con ello podría engañarlo más fácilmente. Pero, muy al contrario, la esperanza de un arreglo le dio a [2] Domicio un motivo para permanecer en el campamento. De esta forma, Fárnaces, perdida la ocasión de una intervención inmediata y temiendo que se descubrieran sus insidias, hizo volver a sus hombres al campamento. Domicio al día siguiente [3] se acercó más a Nicópolis y montó el campamento al lado de la ciudad; y, mientras los nuestros lo fortificaban, Fárnaces desplegó sus tropas según su costumbre y su táctica: así, en un frente simple constituido por una sola fila colocada [4] en línea recta, cada ala se encontraba reforzada por tres destacamentos de apoyo; y, siguiendo el mismo esquema, idénticos refuerzos se encontraban instalados en la parte central del despliegue, en tanto que los intervalos a derecha e izquierda se encontraban cubiertos por una sola fila. Domicio [5] acabó las obras del campamento, no sin haber apostado una parte de sus tropas delante del vallado.

La noche siguiente⁸⁷ Fárnaces, gracias a la intercepción [38] de unos correos que le llevaban a Domicio noticias acerca de la situación en Alejandría, tuvo conocimiento de que César se encontraba en una situación muy peligrosa y de que le pedía a Domicio que enviara refuerzos lo más rápidamente posible y que él mismo se acercara a Alejandría a través de Siria. Una vez sabido esto, Fárnaces estaba convencido de [2] que si

conseguía ganar tiempo, sería como una victoria, ya que consideraba que Domicio se vería obligado a retirarse enseguida. Así pues, partiendo de la ciudad, y por el lugar [3] por donde veía que los nuestros tenían el acceso más fácil y el escenario más favorable para el combate, hizo cavar en línea recta dos trincheras de cuatro pies⁸⁸ de profundidad, sin dejar entre ellas un gran espacio de terreno; las prolongó hasta el punto más allá del cual no pensaba desplegar sus [4] tropas. Entre estas dos trincheras ejercitaba siempre su formación de combate, si bien colocaba toda su caballería en los flancos, al otro lado de las trincheras, pues de otra forma no le podía ser de utilidad, pese a superar ampliamente en número a la nuestra.

[39] Domicio, por su parte, más inquietado por el peligro que corría César que por el que le afectaba a él, pero considerando que no podía retirarse con seguridad si aceptaba ahora las condiciones que antes había rechazado o si se retiraba sin motivo, sacó a su ejército del campamento y lo puso en [2] línea de combate; emplazó la legión XXXVI en el ala derecha, la legión Póntica en el ala izquierda y situó las legiones de Deyótaro en medio de la formación, si bien dejándoles sólo un espacio de frente muy estrecho; las restantes cohortes quedaron en la reserva; así, una vez puestos los dos ejércitos en posición, empezó el combate.

[40] Dada la señal de ataque casi al mismo tiempo en los dos bandos, se produce el choque⁸⁹. Se combate ardorosamente y con suerte dispar; en efecto, la legión XXXVI, habiendo acometido contra la caballería del rey por la parte de fuera de la trinchera, se impuso con tanta claridad en la lucha que llegó a alcanzar las murallas de la ciudad y, tras cruzar la [2] trinchera, pudo acometer a los enemigos por la espalda. En cambio, la legión Póntica, que se encontraba en el lado opuesto, habiéndose replegado tras resistir un poco al enemigo, por más que su segunda línea hubiese intentado bordear la trinchera para así poder atacar al enemigo por el

flanco descubierto⁹⁰, en el mismo momento de cruzar la trinchera se vio sorprendida por una lluvia de dardos y fue masacrada. Por su parte, las legiones de Deyótaro apenas pudieron resistir el ataque. De esta forma las tropas reales, [3] vencedoras en su ala derecha y en el centro, se volvieron contra la legión XXXVI. Sin embargo, ésta sostuvo bravamente el ataque de los vencedores y, pese a verse rodeada por las tropas enemigas que la superaban en número, combatiendo con gran presencia de ánimo, logró replegarse, formada en círculo, hasta los pies de la montaña, adonde Fárnaces no quiso seguirla a causa de lo desfavorable del terreno. Así, perdida casi del todo la legión Póntica, muertos [4] la mayor parte de los soldados de Deyótaro, la legión XXXVI se retiró a una posición más elevada, con unas pérdidas que no superaron los doscientos cincuenta hombres. En este combate perecieron algunos personajes distinguidos [5] e ilustres, caballeros romanos. Tras sufrir este revés, Domicio reunió los restos dispersos de su ejército y, por rutas seguras, a través de Capadocia, se retiró a Asia.

Fárnaces, envanecido por su triunfo y esperando obtener [41] de César aquello que deseaba, ocupó el Ponto con todas sus tropas y allí, actuando en plan de vencedor y comportándose como un rey crudelísimo, como si le estuviera reservada la fortuna de su padre, aunque con un final mejor, asaltó muchas plazas fuertes y se apoderó de los bienes de los ciudadanos romanos y de los del Ponto; impuso suplicios peores [2] que la muerte⁹¹ a los que tenían algún tipo de ascendiente en virtud de su apariencia o edad y, así, sin que nadie se le opusiera, iba ocupando el Ponto, vanagloriándose de haber recuperado el reino de su padre.

[42] Aproximadamente en la misma época, sufrimos un revés en el Ilírico, provincia que en los meses anteriores había sido mantenida no sólo sin ignominia sino incluso con honor⁹². [2] En efecto, allí había sido enviado el verano anterior con dos legiones Quinto Cornificio⁹³, cuestor de

César, haciendo las veces de pretor; y, aunque la provincia no era en absoluto lo suficientemente rica para sostener un ejército y, además, se había agotado y había sido devastada a raíz de disputas fronterizas y de disensiones internas, con todo, gracias a su prudencia y actividad, ya que ponía gran cuidado en no hacer salidas azarosas, no sólo la pudo recuperar sino [3] también defender. Así pues, se apoderó de muchas fortalezas, que se levantaban en lugares sobresalientes del terreno y cuya posición estratégica impelía a sus ocupantes a realizar incursiones y a lanzarse a la guerra, y repartió entre sus soldados el botín obtenido (el cual, aun siendo escaso, era, sin embargo, de agradecer en una provincia tan desesperada por la pobreza y, muy especialmente, si el botín se había conseguido gracias al valor); y, además, como quiera que Octavio⁹⁴ en su huida de la batalla de Farsalia se había refugiado en aquel golfo⁹⁵ con una gran escuadra, Cornificio con la ayuda de unas pocas naves de los jadesinos⁹⁶, cuyo fervor por la república siempre se había manifestado de forma singular, se apoderó de las naves dispersas de Octavio, de forma que, unidas las naves capturadas a las de sus aliados, estaba en condiciones de combatir con una auténtica flota. Mientras, César, que se encontraba en el otro confín del [4] mundo persiguiendo, tras la victoria, a Gneo Pompeyo, al enterarse de que muchos de sus adversarios, con los despojos recogidos en la huida, se refugiaban en el Ilírico a causa de su proximidad a Macedonia, envió un mensaje a Gabinio⁹⁷ para que con las legiones de reclutas recientemente formadas se dirigiera allí y que, juntadas sus tropas con las de Quinto Cornificio, librara a la provincia de cualquier peligro que pudiera amenazarla; y que si, por el contrario, la provincia podía mantenerse segura sin el concurso de un [5] gran contingente, que llevara las legiones a Macedonia. Creía, en efecto, que todo este sector y esta región, mientras estuviera vivo Gneo Pompeyo⁹⁸, estaban abocados a reemprender la guerra.

[43] Desde que Gabinio llegó al Ilírico en medio de las inclemencias de un duro invierno⁹⁹, bien fuera porque consideraba la provincia más rica de lo que era en realidad, bien fuera porque otorgaba mucho crédito a la fortuna que asistía a César en sus victorias, o bien porque confiaba plenamente en su propio valor y pericia, amparado en los cuales se había expuesto al peligro en diversas guerras y en su calidad de comandante en jefe había realizado grandes y afortunadas hazañas, la realidad es que ni la provincia le proveía de recursos, en parte por estar exhausta y en parte por no serle leal, ni tampoco podía obtener él provisiones por mar, al estar la navegación bloqueada por culpa del mal tiempo; así, agobiado por estas grandes carencias, conducía la guerra, no [2] como quería, sino como podía. Así, puesto que la escasez le forzaba en los momentos más difíciles a asaltar fortalezas y plazas fuertes, con frecuencia recibía reveses y resultaba tan despreciable para los bárbaros que, en su retirada hacia Salona¹⁰⁰, ciudad marítima poblada por ciudadanos romanos valerosísimos y muy leales, fue obligado a luchar en formación [3] de marcha. En este combate se perdieron más de dos mil hombres, treinta y ocho centuriones y cuatro tribunos¹⁰¹; Gabinio se retiró con el resto de sus tropas a Salona y allí, agobiado por dificultades de todo orden, murió de enfermedad a los pocos meses. Su infortunio mientras vivió y su repentina [4] muerte hicieron concebir a Octavio grandes esperanzas de poder apoderarse de la provincia. Sin embargo, ni la fortuna, que tiene una gran influencia en las guerras, ni la actividad de Cornificio ni el valor de Vatinio¹⁰² le permitieron mantenerse largo tiempo en la bonanza.

Estando Vatinio en Brindis, se enteró de los acontecimientos [44] que habían tenido lugar en el Ilírico y, dado que frecuentemente recibía mensajes de Cornificio que le instaban a acudir en socorro de la provincia y que oía decir que Marco Octavio había sellado un pacto con los bárbaros y que atacaba en muchos lugares a nuestros destacamentos, a

veces personalmente con la escuadra, a veces con tropas bárbaras de infantería, pese a que, afectado de una grave enfermedad, su cuerpo apenas tenía fuerzas para secundar su coraje, con todo, superó con su energía los inconvenientes de la enfermedad y las dificultades que representaban el invierno y la improvisación. Así pues, no teniendo él más que [2] unas pocas naves de guerra en el puerto, envió un mensaje a Quinto Caleño¹⁰³, que se encontraba en Acaya, para que le [3] enviara la escuadra. Pero como este asunto se dilataba más de lo que permitía el peligro que corrían nuestras tropas, que ya no podían sostener el ataque de Octavio, procedió a armar con espolones las naves ligeras de las que disponía en gran número, aunque su tamaño no era el adecuado para [4] combatir. Una vez añadidas éstas a las naves de guerra y aumentado así el potencial de la escuadra, y tras embarcar un contingente de soldados veteranos sacados de todas las legiones —tenía a su disposición a muchos que, enfermos, habían sido dejados en Brindis cuando el ejército se trasladó a Grecia¹⁰⁴—, partió hacia el Ilírico¹⁰⁵. Las ciudades marítimas que habían hecho defección y se habían pasado a Octavio, unas las recuperaba y otras, si persistían en su decisión, las dejaba de lado y no se permitía ninguna demora ni atendía a ninguna obligación que le impidiese alcanzar lo más [5] rápidamente posible a Octavio. A éste, que se encontraba asediando por tierra y por mar Epidauro¹⁰⁶, donde nosotros teníamos una guarnición, lo obligó con su llegada a desistir del asedio y recuperó la guarnición.

[45] Octavio, sabedor de que Vatinio tenía una escuadra constituida en su mayor parte por naves ligeras, fondeó, confiado en el potencial de su flota, junto a la isla de Tauris¹⁰⁷. Vatinio navegaba en su persecución por aquella zona, no porque supiera que Octavio se había detenido allí, sino porque había [2] decidido perseguirle por mucho que se alejara. Habiéndose aproximado bastante a Táuride con las naves desperdigadas debido al tiempo borrascoso y a que no había

ninguna sospecha de la presencia del enemigo, de repente vio a una nave enemiga dirigiéndose hacia él con las vergas a medio mástil¹⁰⁸ y repleta de tropas de combate. Al darse cuenta de [3] la situación, rápidamente dio orden de recoger velas y arriar vergas, y de que los soldados se armasen e, izando la enseña de combate, les indicó a las naves que le seguían inmediatamente que hiciesen lo mismo. Las tripulaciones de Vatinio [4] se aprestaban al combate, sorprendidas de improviso; las de Octavio salían aparejadas del puerto de forma escalonada. Se forma por ambas partes la línea de combate: la de Octavio mejor ordenada, la de Vatinio más predispuesta por el coraje de sus integrantes.

Vatinio, dándose cuenta de que ni por el tamaño de las [46] naves ni por su número podía equipararse con el enemigo, prefirió dirimir la cuestión en el azar del combate. Así pues, él fue el primero en acometer con su quinquerreme contra la cuatrirreme del propio Octavio. Puesto que éste navegaba en [2] sentido opuesto y a toda la velocidad que podían imprimir los remos, las naves chocaron con sus espolones con tanta fuerza que la nave de Octavio quedó inmovilizada por la brecha que causó el espolón en su estructura. En los restantes [3] escenarios el combate se traba también con fiereza y se ataca especialmente a los jefes, y al querer todo el mundo auxiliar al suyo, en un estrecho brazo de mar se produce un combate a corta distancia de considerables proporciones. Y [4] cuanto más existía, al juntarse las naves, la posibilidad de luchar cuerpo a cuerpo, tanto más se mostraban superiores los hombres de Vatinio. Éstos, con un valor admirable, no vacilaban en saltar desde sus naves sobre las del enemigo y así, en una situación de equilibrio de fuerzas, su manifiesta superioridad de ánimo les empujaba a la victoria. La cuatrirreme [5] del propio Octavio es hundida, otras muchas naves son capturadas o, atravesadas por los espolones, desaparecen bajo el mar. Los miembros de la guardia personal de Octavio en parte son degollados en las naves y en parte son

[6] lanzados al agua. El propio Octavio salta a un esquife; pero como eran muchos los que trataban de refugiarse en la misma barquichuela, ésta zozobró, mas Octavio, aun estando [7] herido, logró llegar a nado hasta su nave de escolta. Una vez embarcado, puesto que la noche interrumpió el combate, escapa a toda vela en medio de una gran tempestad. Lo siguen algunas de sus naves que habían escapado casualmente de aquel peligro.

[47] En cuanto a Vatinio, una vez culminada con éxito esta operación¹⁰⁹, tocó retirada, y con todas sus tropas indemnes, se retiró vencedor al mismo puerto de donde había partido [2] para el combate la escuadra de Octavio. En este combate capturó una quinquerreme, dos trirremes, ocho birremes y a muchos remeros de Octavio; y tras dedicar el siguiente día a reparar allí sus naves y las que había capturado al enemigo, al tercer día se dirigió a la isla de Isa¹¹⁰, por creer que Octavio [3] se había refugiado allí en su huida. Se encontraba en esta isla la ciudad más notable de estas regiones y, además, [4] estrechamente ligada a Octavio¹¹¹. Al llegar allá, sus habitantes se le entregaron en actitud suplicante y se enteró de que Octavio con unos pocos navíos pequeños, aprovechando el viento favorable, había zarpado hacia Grecia, para desde [5] allí ganar Sicilia y después África. Así, culminada brillantemente la operación en un corto espacio de tiempo, recuperada la provincia y devuelta a Cornificio, expulsada la escuadra enemiga de todo aquel golfo, Vatinio se retiró como vencedor a Brindis, con su ejército y su escuadra intactos.

Por otro lado, en la época en que César se encontraba [48] asediando a Pompeyo en Durazo¹¹², obtenía la victoria de Farsalia¹¹³ y combatía en Alejandría en medio de grandes peligros, que eran mayores todavía si se atendía a los rumores, Quinto Casio Longino¹¹⁴, dejado en Hispania en calidad de pretor con el fin de gobernar la provincia ulterior, ya fuera por la naturaleza habitual de su carácter, ya fuera por el odio que había contraído contra aquella provincia al haber resultado

herido allá en una emboscada cuando desempeñaba el cargo de cuestor, se había hecho muy odioso, cosa que podía captar fácilmente, bien fuera a partir de sus propios sentimientos, pensando que la provincia le correspondía, o bien por los numerosos indicios y testimonios de los que difícilmente podían disimular su animadversión, e intentaba compensar la animosidad de la provincia con el afecto de su ejército. Así pues, a la primera ocasión que tuvo de reunir a [2] todo su ejército en un mismo lugar prometió cien sestercios a cada soldado y, no mucho después, a raíz de la toma de Medóbriga¹¹⁵, ciudad de Lusitania, y del monte Herminio¹¹⁶, donde se habían refugiado los habitantes de Medóbriga, tras ser proclamado *imperator*, entregó los cien sestercios a los [3] soldados¹¹⁷. Además, concedía muchas y grandes recompensas a cada uno; éstas le granjeaban de momento la afección aparente del ejército, pero, paulatinamente y de forma solapada, rebajaban la severa disciplina.

[49] Casio, una vez instaladas las legiones en los campamentos de invierno, se retiró a Córdoba para administrar justicia y, dispuesto a pagar las deudas contraídas anteriormente, impuso pesadísimos gravámenes a la provincia; y, como lo pide la práctica de la prodigalidad, bajo el vistoso manto de [2] la esplendidez, se le exigía más al que daba. A los ricos se les exigían cantidades que Longino no sólo consentía que se le ingresaran en su cuenta, sino que incluso lo exigía; además, con motivo de cualquier disputa con él, incluso los pobres pasaban a contarse en la clase de los ricos y no había ningún tipo de riqueza, ya fuera grande y evidente, ya fuera pequeña y miserable, que no tuviera su sitio en la casa y en [3] el tribunal del *imperator*. No había persona alguna que tuviese algo que perder por poco que fuera, que no fuese citada a juicio o incluida en la lista de los acusados. Así, a las pérdidas y quebrantos en el patrimonio familiar, había que añadir también la angustia por los peligros asociados a los procesos.

Por este motivo acaeció que, puesto que Longino hacía [50] como *imperator* lo mismo que había hecho como cuestor, de forma similar los provinciales comenzaron a urdir de nuevo planes para matarle¹¹⁸. El odio de éstos lo alentaban algunos [2] de sus propios allegados, quienes, aun cuando participaban en aquella sociedad de latrocinio, sin embargo odiaban a éste en cuyo nombre delinquían y consignaban a sus propias cuentas todo lo que habían robado, en tanto que le adjudicaban a Casio las deudas extinguidas o protestadas. Reclutó [3] una nueva legión, la quinta¹¹⁹. Se incrementa así el odio, por el propio hecho de la recluta y por el gasto que supone una nueva legión. Se completa, encima, una fuerza de tres mil jinetes cuyo equipamiento supone un grave dispendio; y no se le da tregua alguna a la provincia.

Entretanto¹²⁰, recibió de César la orden de trasladar a [51] África su ejército y de dirigirse a través de Mauritania hasta los confines de Numidia, ya que Juba¹²¹ había enviado numerosas tropas en auxilio de Gneo Pompeyo y consideraba que todavía iba a enviar muchas más. Tras recibir esta carta, [2] se vio embargado por una inusitada alegría al pensar que se ponían a su alcance nuevas provincias y un reino tan fértil. Así pues, él en persona se dirige a Lusitania en busca de las [3] legiones y con la idea de traer tropas auxiliares; encarga a sus hombres de confianza que se ocupen del aprovisionamiento de trigo y que aparejen cien naves, y que fijen y recauden los impuestos, para evitar las demoras a su regreso; sin embargo, su vuelta fue más rápida de lo que todos esperaban, [4] pues Casio no ahorraba esfuerzos ni desvelos, especialmente cuando apetecía alguna cosa.

[52] Concentrado el ejército en un solo lugar y establecido su campamento junto a Córdoba, expone a los soldados reunidos en asamblea la misión que debía llevar a cabo por orden de César y les promete que una vez pasados a Mauritania entregará cien sestercios a cada soldado; la quinta legión se [2] quedará en Hispania. Tras la asamblea vuelve a

Córdoba y ese mismo día, por la tarde, mientras se dirigía a la basílica, un tal Minucio Silón, cliente de Lucio Racilio, le entrega un escrito, como haciéndole llegar en cuanto que soldado alguna petición e, inmediatamente, so pretexto de esperar la respuesta, se escurrió raudo por detrás de Racilio con el consentimiento de éste (pues Racilio le cubría el costado a Casio) y, sujetando al pretor por detrás con la mano izquierda, [3] con la derecha le asestó dos puñaladas. En medio del griterío que se levantó, se produjo la acometida de todos los conjurados. Munacio Flaco atraviesa con su espada al lictor más cercano; muerto éste, hiere al legado Quinto Casio¹²². [4] Entonces Tito Vasio y Lucio Mercelón secundan con parecida audacia a su conciudadano Flaco: pues todos eran de Itálica¹²³. Lucio Licinio Esquilo acude raudo hacia el propio Longino, que ya se encontraba tendido en el suelo, y lo hiere levemente.

[53] Acude gente en socorro de Casio, pues desde siempre se había acostumbrado a llevar consigo una guardia de berones¹²⁴ y un importante contingente de veteranos reenganchados con el armamento correspondiente. Éstos cierran el [2] paso a los que venían detrás para participar en la masacre; se encontraban entre ellos Calpurnio Salviano y Manilio Túsculo. Minucio, al huir, es abatido en medio de unas rocas [3] que se encontraban en su camino y conducido a presencia de Casio, quien ya había sido llevado a su propia casa. Racilio se refugia en el domicilio cercano de un familiar suyo a la espera de conocer con seguridad si Casio había muerto. Lucio Laterense, que no dudaba en absoluto de que [4] así había sido, acude alegre al campamento y felicita a los soldados indígenas y a los de la segunda legión, pues sabía que tenían una especial animadversión contra Casio; la multitud lo hace subir al tribunal y lo aclama como pretor. Pues [5] no había nadie, ni entre los nacidos en la provincia, caso de los soldados de la legión indígena, ni entre los que se habían convertido en provincianos por su larga permanencia en ella,

caso de los integrantes de la segunda legión, que no estuviese de acuerdo con toda la provincia en su odio contra Casio; puesto que César le había asignado a Longino las legiones XXX y XXI, reclutadas hacía pocos meses en Italia; y la quinta legión se había formado allí hacía poco¹²⁵.

Entretanto se le hace saber a Laterense que Casio vive; [54] más enrabietado que turbado por esta noticia, se rehace rápidamente y se va a ver a Casio. Enterada de los acontecimientos, [2] la XXX legión se pone en marcha en dirección a Córdoba para auxiliar a su general. Lo mismo hace la XXI. [3] A éstas las sigue la quinta. Al quedar solamente dos legiones en el campamento, los de la segunda, temerosos de quedarse solos y de exteriorizar así sus sentimientos, siguieron los pasos de las otras. Solamente la legión indígena permaneció firme en su decisión y ningún temor pudo apartarla de esta resolución.

[55] Casio hace arrestar a los señalados como cómplices del atentado; envía de regreso las legiones al campamento, no [2] sin retener consigo a cinco cohortes de la XXX legión. Por la delación de Minucio se entera de que habían participado en la conjura Lucio Racilio, Lucio Laterense y Anio Escápula; éste era un personaje de la provincia que pertenecía a su círculo de confianza, lo mismo que Laterense y Racilio, y que, además, gozaba de la máxima consideración y prestigio; mas no le duró mucho su aversión a hacerlos ejecutar. [3] Entrega a Minucio a sus libertos para que lo torturen y lo mismo hace con Calpurnio Salviano, quien denuncia a otros y aumenta el número de los conjurados; confesión sincera, según piensan algunos, o extraída por la fuerza, según deploran [4] otros. Iguales torturas sufre Lucio Mercelón. Esquilo delata a muchos; a éstos Casio ordena darles muerte, excepción [5] hecha de los que se redimieron con dinero. En efecto, se llega públicamente a un acuerdo con Calpurnio por sesenta mil sestercios y con Esquilo, por cincuenta mil¹²⁶. El hecho de que éstos, aun siendo los máximos culpables, sólo fueran

castigados con una multa, y el de supeditar al dinero el peligro en que había estado su vida y el dolor de las heridas ponían de manifiesto que su crueldad y su avaricia chocaban entre sí¹²⁷.

Algunos días después recibe una misiva de César, a través [56] de la cual se entera de que Pompeyo, vencido en la batalla y perdido su ejército, había huido. Esta noticia le causó [2] un sentimiento encontrado de satisfacción y de tristeza. El anuncio de la victoria le causaba alegría, el final de la guerra le limitaba la permisividad de épocas anteriores. Así, se debatía en la duda de si era preferible no temer nada o permitírsele todo. Una vez curado de sus heridas, hizo llamar a [3] todos los que le habían adelantado dinero y les ordena anotar que las cantidades han sido reembolsadas; y a los que le parece que les ha impuesto una cantidad poco gravosa les ordena ampliar la aportación. Por otro lado, realiza una leva [4] de caballeros romanos; a éstos, alistados en todas las poblaciones y colonias, temerosos de servir en ultramar, los incitaba a redimirse de sus obligaciones a cambio de dinero. La recaudación fue grande, pero, con todo, era aún mayor el odio que suscitó. Liquidados estos asuntos, pasa revista a [5] todo su ejército; envía al lugar de embarque¹²⁸ a las legiones que iba a llevarse consigo¹²⁹ y a las tropas auxiliares. Él, por [6] su parte, se acerca a Híspalis¹³⁰ para inspeccionar la flota que estaba preparando y allí se demora con motivo de haber publicado un edicto extensible a toda la provincia instando a que se presentaran ante él todos aquéllos a los que había impuesto una asignación pecuniaria y no la habían hecho efectiva. Esta convocatoria perturbó vivamente a todo el mundo.

[57] Entretanto, Lucio Ticio¹³¹, quien a la sazón era tribuno militar en la legión indígena, anuncia que esta legión, mientras se encontraba acampada junto a la ciudadela de Ilipa¹³², tras amotinarse y matar a algunos centuriones que se negaban a dar la orden de marcha, se ha separado de la legión XXX, que también comandaba el legado Quinto Casio¹³³, y se ha dirigido al encuentro de la II, que era conducida por [2] otro

itinerario hacia el estrecho. Enterado del incidente, Casio sale de noche con cinco cohortes de la XXI legión y por la mañana llega a Neva¹³⁴. Tras quedarse allí todo el día para [3] ver lo que pasaba, se dirige a Carmona. Habiéndose reunido allí la legión XXX, la XXI, cuatro cohortes de la V y toda la caballería, se entera de que cuatro cohortes¹³⁵ sorprendidas por los soldados indígenas junto a Obúcula¹³⁶ se han dirigido con éstos al encuentro de la II legión, y que allí se habían unido todos y habían elegido a Tito Torio¹³⁷, ciudadano de Itálica, como comandante. Tras celebrar un rápido [4] consejo, envía al cuestor Marco Marcelo¹³⁸ a Córdoba para retenerla bajo su jurisdicción y al legado Quinto Casio a Híspalis. A los pocos días, le dan parte de que la comunidad [5] de Córdoba se había sublevado y de que Marcelo, ya fuera por propia voluntad o movido por la necesidad (pues recibía noticias de índole diversa a este respecto), se había puesto de acuerdo con los cordobeses; las dos cohortes de la V legión, que estaban de guarnición en Córdoba, habían hecho lo mismo. Casio, incitado por estos acontecimientos, levanta [6] el campamento y al día siguiente se presenta ante Segovia¹³⁹, plaza situada a la vera del río Sínigilis¹⁴⁰. Allí arenga a las tropas y tantea el ánimo de los soldados; se apercibe de que la tropa le es muy fiel, pero no por él mismo, sino por César, que estaba ausente, y de que no rehuirá ningún peligro con tal de restituirle la provincia a César.

[58] Mientras tanto, Torio conduce las legiones de veteranos¹⁴¹ a Córdoba y, para que no pareciera que la revuelta se había iniciado por la naturaleza sediciosa de sus soldados y de él mismo, y para oponerle, a la vez, una dignidad de idéntica categoría a Quinto Casio, quien, gracias al nombre de César parecía disponer de mayor fuerza, andaba diciendo en público que quería recuperar la provincia para la causa de [2] Gneo Pompeyo. Y quizá también hiciera esto por odio a César y por apego a Pompeyo, cuyo nombre gozaba de gran predicamento entre estas legiones que había comandado

Marco Varrón. Pero todo el mundo hacía conjeturas sobre su verdadera intención. Lo único cierto era lo que el propio [3] Torio pretextaba; y los soldados lo difundían hasta tal punto que llevaban escrito en sus escudos el nombre de Gneo [4] Pompeyo. Una numerosa representación ciudadana, constituida no sólo por hombres, sino también por madres de familia y niños vestidos con la toga pretexta¹⁴², sale al encuentro de las legiones y les ruega que no arrasen Córdoba presentándose como enemigos, pues ellos tenían los mismos sentimientos que todo el mundo contra Casio, pero, en cambio, pedían que no se les forzara a tomar partido en contra de César.

[59] El ejército, conmovido por las súplicas y las lágrimas de tan gran muchedumbre, viendo que para perseguir a Casio no había ninguna necesidad de apelar al nombre de Pompeyo ni a su recuerdo, que todos, tanto cesarianos como pompeyanos, odiaban a Longino, y que ellos no podían arrastrar a la comunidad de Córdoba ni a Marco Marcelo contra la causa de César, quitaron el nombre de Pompeyo de sus escudos, tomaron como comandante a Marcelo, que se declaraba dispuesto a defender la causa de César, lo nombraron pretor, se unieron a la comunidad de Córdoba e instalaron su campamento junto a la ciudad¹⁴³. Dos días después, Casio [2] instala su campamento a unos cuatro mil pasos¹⁴⁴ de Córdoba en el lado de acá del río Betis¹⁴⁵, en un emplazamiento elevado que estaba a la vista de la ciudad; le envía un mensaje al rey Bógudo de Mauritania¹⁴⁶ y otro al procónsul de la Hispania Citerior, Marco Lépido¹⁴⁷, para que, en interés de César, acudan lo más rápidamente posible en ayuda de él y de la provincia. Él, por su parte, comportándose como un enemigo, se dedica a devastar los campos de los cordobeses y a incendiar sus edificios.

Visto lo infame e indigno de tal actitud, las legiones que [60] habían tomado como comandante a Marcelo se presentaron ante éste; le ruegan que los forme en línea de

combate y que les dé la ocasión de luchar antes de que, de una forma tan ultrajante y en su presencia, las magníficas y valiosísimas posesiones de los cordobeses perezcan por la rapiña, el hierro [2] y las llamas. Marcelo, aun considerando que sería una gran desgracia entablar combate, puesto que las pérdidas tanto del vencedor como del vencido redundarían por igual en perjuicio de César, y que no estaba bajo su potestad ***¹⁴⁸, hace cruzar las legiones al otro lado del Betis y las [3] coloca en orden de combate. Pero al ver que Casio, por su parte, había establecido su formación delante del campamento en un lugar más elevado, alegando que éste no descendería hasta la llanura, Marcelo convence a sus soldados para que se retiren al campamento. Así pues, empieza a replegar [4] las tropas. Casio, sabedor de que su punto fuerte se correspondía con el punto débil de Marcelo, atacó con su caballería¹⁴⁹ el repliegue de los legionarios y logró dar muerte a [5] muchos de la retaguardia en la ribera del río. Habiendo comprendido Marcelo, de resultas de este revés, los inconvenientes y las dificultades que comportaba el cruce del río, traslada el campamento al otro lado del Betis¹⁵⁰; con cierta frecuencia uno y otro disponen sus legiones en línea de combate. Sin embargo, no se entabla la batalla debido a las dificultades que presenta el terreno.

[61] Marcelo tenía una infantería mucho más fiable, pues contaba con legiones veteranas, experimentadas en muchos combates. Casio confiaba más en la lealtad que en el valor [2] de sus legiones. Así pues, una vez que estuvieron montados los dos campamentos frente a frente y habiendo tomado Marcelo un lugar adecuado para establecer un fortín que le permitiese impedir el aprovisionamiento de agua a los hombres de Casio Longino, éste, temeroso de verse encerrado en una especie de asedio en una región enemiga y hostil, sale de noche y en silencio del campamento, y en una rápida marcha se dirige a Ullia¹⁵¹, porque creía que esta plaza le era fiel. Allí sitúa el campamento tan pegado a las murallas que

[3] la naturaleza del terreno (pues Ulia está situada en lo alto de un monte) y la propia fortificación de la ciudad lo ponían a salvo de un ataque por todos los lados. Marcelo lo persigue [4] e instala su campamento frente al otro, lo más cerca posible de Ulia; y, una vez examinada la naturaleza del terreno, la necesidad le obligó a hacer aquello que más firmemente quería: no entablar combate (de haber existido la posibilidad, no hubiese podido hacer frente al ardor de sus soldados) ni permitir que Casio deambulara de aquí para allá por una amplia zona de terreno, de forma que no hubiera más ciudades que tuvieran que soportar lo que habían soportado los cordobeses. Establecidos, pues, fortines en los emplazamientos [5] apropiados y trazada una línea continua de fortificación en todo el perímetro de la ciudad, encerró la ciudad de Ulia y a Casio dentro de esta línea de asedio. Pero, antes [6] de que la obra estuviera acabada, Longino hizo salir a toda su caballería, pues creía que le prestaría un gran servicio si impedía a Marcelo forrajear y aprovisionarse de trigo, y que, en cambio, constituiría un gran estorbo si se quedaba asediada e inutilizada, pues consumiría el trigo que él necesitaba.

A los pocos días, el rey Bógudo, en respuesta al mensaje [62] recibido de Quinto Casio, llega con sus tropas: había engrosado la legión que traía consigo con muchas cohortes de auxiliares hispanos. Pues como suele suceder en las contiendas [2] civiles, así también en los avatares por los que pasaba Hispania, algunas ciudades apoyaban a Casio y otras muchas favorecían a Marcelo. Bógudo se aproxima con sus [3] tropas a la línea de fortificación exterior de Marcelo. Los dos bandos pelean con ferocidad y la acción se repite en numerosas ocasiones, en tanto que la victoria, por las alternativas de la fortuna, cambiaba a menudo de bando; y sin embargo, en ningún momento Marcelo fue obligado a abandonar la línea de defensa.

[63] Mientras tanto, Lépido llega desde la provincia citerior a Ulia con treinta y cinco cohortes legionarias y un gran

contingente de caballería y de tropas auxiliares con la intención de, sin tomar partido, hacer de mediador en las disputas entre [2] Casio y Marcelo. A su llegada, Marcelo, sin dudarle un instante, se le confía y se pone a su disposición; en cambio, Casio se mantiene dentro de sus posiciones, ya fuera porque consideraba que tenía mayor rango que Marcelo, ya fuera porque temía que Marcelo con su obsequiosidad se hubiese [3] ganado por adelantado la voluntad de Lépido. Éste instala su campamento junto a Ulia y pegado al de Marcelo; prohíbe que se entable batalla; invita a Casio a salir y le ofrece garantías [4] en todos los aspectos. Casio, tras dudar largo tiempo sobre lo que tenía que hacer o hasta qué punto podía confiar en Lépido, y no encontrando salida alguna si se mantenía en su postura, pide la destrucción de las fortificaciones y que se [5] le permita salir libremente. Y cuando no sólo se había pactado una tregua, sino que, además, se estaban demoliendo las obras de fortificación que estaban a punto de acabarse y se había retirado la vigilancia de las fortificaciones, las tropas auxiliares del rey, para sorpresa de todos (si es que Casio puede incluirse, pues se duda de su connivencia), lanzaron un ataque contra el fortín de Marcelo, que era el más próximo al campamento del rey, y abatieron allí a un gran [6] número de soldados. Y si la indignada intervención de Lépido no hubiese puesto fin rápidamente al combate, se hubiese producido una catástrofe mayor.

Al tener Casio vía libre, Marcelo une su campamento [64] con el de Lépido. Al mismo tiempo que Lépido y Marcelo se dirigen con sus tropas a Córdoba, Casio se dirige a Carmona. Aproximadamente por los mismos días llega Trebonio [2] para hacerse cargo de la provincia en calidad de procónsul¹⁵². Cuando Casio enteró de su llegada, distribuyó las legiones que había tenido consigo y la caballería por los campamentos de invierno; él mismo, tomadas a toda prisa todas sus pertenencias, se dirige a Málaga y allí, pese a la adversidad del tiempo¹⁵³, embarca en una nave, según decía él, para no tener

que entregarse a Lépido, a Trebonio o a Marcelo, o bien, según decían sus amigos, para no tener que atravesar de forma menos digna la provincia que en su mayor parte se le había vuelto en contra, o bien, como pensaba el resto, para que las riquezas acumuladas en tantos actos de rapiña no cayeran en poder de nadie más. Habiendo, pues, [3] partido con tiempo favorable, aunque era invierno, se refugió en el río Ebro para evitar los peligros de la noche; pensando que desde allí podría navegar sin mayor peligro, pese a que el tiempo había empeorado un poco, reemprendió la navegación; pero se encontró con que en el propio cauce del río las olas le atacaban de proa y, en la misma desembocadura, al no poder virar la nave a causa de la corriente del río ni mantener el rumbo recto en medio de tanto oleaje, la nave zozobró y él encontró la muerte.

[65] César, habiendo llegado a Siria desde Egipto y sabedor por los que habían acudido desde Roma a su encuentro¹⁵⁴ y por las cartas que le llegaban de la ciudad de que en Roma la administración funcionaba mal y de forma gravosa y de que no había sector alguno del estado que funcionara de manera adecuada, puesto que de las disputas de los tribunos surgían sediciones perniciosas y de la codicia e inactividad de los tribunos militares y de los comandantes de las legiones se originaban muchos comportamientos contrarios a los hábitos y costumbres del ejército, lo cual era causa del relajamiento de la disciplina y de la severidad, y viendo, pues, que estos hechos exigían su regreso, con todo, consideró preferible dejar organizadas las regiones y provincias a las que había acudido de forma que quedasen a salvo de las disputas internas, se dotasen de tribunales y leyes, y perdieran [2] el miedo a los enemigos exteriores. Esperaba poder solucionar rápidamente estos asuntos en Siria, Cilicia y Asia, por ser provincias que no estaban presionadas por ninguna guerra; en Bitinia y el Ponto veía que le costaría un esfuerzo [3] algo mayor¹⁵⁵, puesto que oía decir que Fárnaces no se había retirado del Ponto y pensaba que no lo haría, al estar lleno de arrogancia por el

resultado favorable del combate que [4] había librado contra Domicio Calvino. Deteniéndose en casi todas las ciudades más importantes, distribuye recompensas personales y colectivas a los que se las han merecido, se interesa por las viejas disputas y las resuelve; acoge bajo su protección a los reyes, tiranos y dinastas vecinos de la provincia que habían acudido a su encuentro y, tras imponerles la condición de vigilar y proteger la provincia, los despide, habiéndose ganado su amistad para él y para el pueblo romano.

Tras dedicarle unos pocos días a esta provincia, pone al [66] frente de las legiones y de Siria a su amigo y pariente Sexto César¹⁵⁶; él, con la misma escuadra con la que había llegado, se dirige a Cilicia. Convoca en Tarso a los representantes de [2] todas las ciudades de esta provincia, por ser Tarso seguramente la ciudad más distinguida y más fuerte de toda Cilicia. Una vez resueltos allí todos los contenciosos de la provincia [3] y de las ciudades vecinas, movido por su deseo de entrar en acción, no se demora más tiempo y, tras atravesar Capadocia a marchas forzadas, se queda dos días en Mázaca y de allí se dirige a Comana¹⁵⁷ para visitar el templo de Belona, el más antiguo y sagrado de Capadocia; el templo es objeto de tanta veneración que el sacerdote de esta diosa, dada su dignidad, autoridad y poder, es considerado de común acuerdo por el pueblo como el segundo en la jerarquía [4] después del rey. Este cargo lo concedió a un personaje muy noble, Licomedes de Bitinia, quien, nacido de la familia real de Capadocia, a causa de los reveses de fortuna de sus antepasados y de un cambio de dinastía, reclamaba este sacerdocio, amparado en unos derechos nada dudosos, aunque interrumpidos [5] por la antigüedad¹⁵⁸. En lo que se refiere a Ariarates¹⁵⁹, hermano de Ariobarzanes, teniendo los dos hermanos méritos suficientes para contar con el favor de la república, para que la herencia del reino no lo soliviantara o para que, nombrado heredero, no aterrorizara a Ariobarzanes

***[160](#), lo puso bajo la autoridad y a las órdenes de éste. El, por su parte, continúa el viaje con la misma rapidez.

[67] Cuando César se hubo acercado al Ponto y a las fronteras de Galogrecia, Deyótaro —por entonces tetrarca de casi toda Galogrecia[161](#), distinción que los demás tetrarcas afirmaban que no le había sido concedida conforme a las leyes ni a la tradición, mientras que, por el contrario, el senado lo había reconocido sin vacilación como rey de Armenia Menor — se desprende de las insignias reales y, vestido, no ya como un particular, sino como un acusado, se presenta como suplicante ante César para rogarle que le perdone; ya que, situado él en esta parte del mundo que no había participado en la composición de los ejércitos de César, había militado en el campo de Gneo Pompeyo, presionado por las órdenes del enemigo: que no era su obligación la de erigirse [2] en juez de las disputas entre romanos, sino obedecer simplemente a las autoridades presentes.

César, por su parte, tras recordarle los muchísimos beneficios [68] que durante su consulado le había otorgado a Deyótaro mediante decretos oficiales y demostrarle que el alegato de imprevisión en ningún caso podría justificar su defección, puesto que un hombre tan prudente y activo hubiera podido saber quién controlaba Roma e Italia, de qué parte estaban el senado y el pueblo romano, de qué parte estaba el estado, quién, en fin, era el cónsul que había sucedido a Lucio Léntulo y Gayo Marcelo; pero que, con todo, le perdonaba su actuación en atención a los favores anteriores, a la vieja hospitalidad y amistad, a su dignidad y edad, y a la intercesión de los que, huéspedes y amigos de Deyótaro, habían acudido en gran número a suplicarle; en lo referente a la disputa con los tetrarcas, dijo que la consideraría más adelante, y le devolvió los atributos de la realeza. En otro [2] orden de cosas, le ordenó a Deyótaro que aportara a la guerra la legión que había reclutado entre sus súbditos y que había armado y

adiestrado según el modelo romano, junto con toda la caballería.

Tras llegar al Ponto y después de reunir en un mismo [69] lugar todas las tropas, que eran escasas en número y estaban faltas de preparación militar (pues, dejando a parte la legión sexta —que había traído consigo desde Alejandría y que era una legión veterana puesta a prueba en muchas misiones peligrosas, pero al mismo tiempo tan mermada de efectivos, en parte por la dificultad de las marchas y de las travesías marítimas, y en parte por la abundancia de guerras, que apenas contaba con mil hombres—, las tres legiones restantes eran, una la de Deyótaro¹⁶², las otras dos, las que habían participado en el combate que ya contamos que había librado [2] Gneo Domicio contra Fárnaces)¹⁶³, se presentan ante César unos legados enviados por Fárnaces que le piden ante todo que no se presente como enemigo, pues Fárnaces estaba [3] dispuesto a hacer todo lo que se le ordenase. Y ponían especial empeño en recordar que Fárnaces se había negado a prestar ayuda a Pompeyo para luchar contra César, mientras que Deyótaro, que sí lo había hecho, había obtenido su favor.

[70] César respondió que se mostraría muy benévolo con Fárnaces [2] si éste cumplía sus promesas. Pero advirtió con afabilidad a los legados, según era su costumbre, que no sacaran a colación a Deyótaro ni alardearan del favor de no haberle [3] enviado ayuda a Pompeyo. Ciertamente él no hacía nada más a gusto que perdonar a los que le suplicaban, pero no podía perdonar las afrentas públicas a las provincias por consideración hacia quienes habían cumplido sus obligaciones [4] para con él. Es más, este mismo favor que sacaban a relucir le había sido más útil a Fárnaces, que había procurado así evitar una derrota, que a él mismo, a quien los dioses [5] inmortales le habían otorgado la victoria. En consecuencia, que le perdonaba a Fárnaces las grandes y graves afrentas infligidas a los ciudadanos romanos que comerciaban en el Ponto, puesto que no estaba en sus manos restituir la situación

a su estado anterior; pues ni podía devolverles la vida a [6] los muertos ni la virilidad a los mutilados; y este suplicio peor que la muerte lo habían sufrido los ciudadanos romanos. Ahora bien, que abandonara el Ponto inmediatamente, [7] pusiera en libertad a los esclavos de los publicanos y devolviera a los aliados y a los ciudadanos romanos los bienes que tuviera en su poder. Y que, sólo una vez hecho todo esto, [8] le enviara los obsequios y regalos que los generales acostumbran a recibir de sus amigos después de la victoria. Fárnaces, efectivamente, le había enviado una corona de oro. Tras darles esta respuesta, despide a los emisarios.

Pero Fárnaces, después de asentir ampliamente a todo, [71] esperando que César, agobiado por las urgencias y las prisas, confiaría de buen grado en sus promesas más de lo que la situación le permitía, a fin de poder dedicarse más rápidamente y más honrosamente a asuntos más urgentes (pues nadie desconocía que eran muchos los asuntos que reclamaban a César en Roma), empieza a actuar con parsimonia, a diferir el plazo de su retirada, a proponer pactos, en suma, a engañar. César, al darse cuenta de la astucia del personaje, [2] hizo, movido por la necesidad, lo que en otras ocasiones había acostumbrado a hacer por temperamento natural, entablar combate antes de lo que todos esperaban.

Zela es una fortaleza emplazada en el Ponto, bastante [72] bien defendida por sí misma, dada su situación en medio de una llanura: pues un cerro natural que parece construido a mano y que en todo su perímetro se eleva a una altura considerable sirve de apoyo a la muralla. Rodeando esta fortaleza, [2] hay altas y numerosas colinas separadas por valles; la más elevada de ellas, a causa de la victoria de Mitridates, el infortunio de Triario y la debacle de nuestro ejército¹⁶⁴ (de hecho se encuentra casi unida a la fortaleza a través de un camino que sigue la línea de las cumbres)¹⁶⁵, goza de gran fama en aquellos lugares y no dista de Zela mucho más de [3] tres mil pasos¹⁶⁶. Éste es el lugar que

Fárnaces, una vez rehechas las antiguas fortificaciones del venturoso campamento de su padre, ocupó con todas sus tropas.

[73] César, habiendo emplazado su campamento a cinco mil pasos¹⁶⁷ del enemigo y viendo que los valles que servían de protección al campamento del rey podrían servirle de protección al suyo si lo situaba a la misma distancia, siempre que los enemigos no hubiesen ocupado antes estos lugares, que eran mucho más cercanos al campamento real, ordena hacer acopio de materiales de fortificación dentro de su línea [2] de defensa. Juntado rápidamente este material, a la noche siguiente, en el curso de la cuarta vigilia¹⁶⁸, con todas sus legiones armadas a la ligera y dejando los bagajes en el campamento, al clarear el día y sin que el enemigo se lo esperara, se apoderó del mismo lugar en el que Mitridates [3] había librado con éxito su batalla contra Triario. Ordenó que los esclavos reuniesen fuera del campamento todo el material de fortificación acopiado de manera que ningún soldado tuviese que alejarse de la obra, puesto que sólo un valle escarpado que no alcanzaba más allá de mil pasos¹⁶⁹ separaba el campamento enemigo de los trabajos de castrametación iniciados por César.

Fárnaces, habiéndose percatado de la operación con las [74] primeras luces del día, desplegó todas sus tropas delante del campamento. César creía que este despliegue de tropas, dada la desfavorable naturaleza del terreno que mediaba entre ellos, respondía a una difundida práctica militar tendente a retrasar su trabajo, ya que obligaba a tener más hombres sobre las armas o a hacer ostentación de la confianza del rey, mostrando que Fárnaces no confiaba más en las fortificaciones que en la tropa para defender la posición. Así que César [2] no desistió de su plan de mantener la primera línea apostada delante del campamento, mientras que el resto de las tropas trabajaba en la obra. Pero Fárnaces, bien fuera movido por [3] la buena suerte que estaba ligada a este lugar, bien fuera

inducido por los auspicios y presagios, a los que oímos decir después que se había sometido, bien fuera por entender que eran muy escasas las tropas que teníamos sobre las armas, al haber creído que aquella enorme multitud de esclavos que acarreaban los materiales de fortificación, por su dedicación diaria a los trabajos militares, eran parte integrante del ejército, bien fuera por su confianza en un ejército experimentado, del que los emisarios se jactaban al decir que había participado y vencido en veintidós combates, junto con el desprecio que sentía por nuestro ejército, consciente de haberlo derrotado cuando lo comandaba Domicio, tomada la decisión de luchar, empieza a descender por el escarpado valle. Durante cierto tiempo César se burlaba de aquella vana [4] demostración y del amontonamiento de tropas en un lugar en el que ningún enemigo en su sano juicio se atrevería a aventurarse; pero, entretanto, Fárnaces, al mismo paso que había llevado para descender al escarpado valle, empieza a subir la empinada colina de enfrente, manteniendo las tropas en formación de combate.

[75] César, alarmado por la increíble temeridad o confianza de Fárnaces, viéndose inopinadamente no sólo sorprendido, sino también acosado, retira al mismo tiempo a los soldados de los trabajos, les ordena tomar las armas, interpone las legiones y forma la línea de combate. La inesperada sucesión [2] de órdenes produjo en los nuestros un gran temor. Todavía no estaban formadas nuestras filas cuando las cuadrigas del rey, armadas con hoces, incrementan el desorden entre nuestros soldados; sin embargo, pronto son reducidas por una [3] lluvia de proyectiles. A las cuadrigas les sigue la línea de frente enemiga, de forma que, al grito de guerra, se traba el combate, contando mucho con la ayuda de la configuración natural del terreno y muchísimo con la benignidad de los dioses inmortales, quienes, si bien intervienen en todos los avatares de la guerra, lo hacen especialmente en éstos en los que no se ha podido establecer ningún plan.

[76] En medio de un tremendo y violento combate cuerpo a cuerpo, la victoria empezó a fraguarse en el ala derecha, en la que estaba situada la experimentada sexta legión. Mientras que por este lado los enemigos eran precipitados pendiente abajo, mucho más lentamente, pero contando siempre con la ayuda de los mismos dioses, en el ala izquierda y en el centro de la formación la totalidad de las tropas reales son [2] desbaratadas. Con la misma facilidad con la que habían subido a este escabroso lugar, así con igual rapidez fueron rechazadas gracias a lo escabroso¹⁷⁰ del terreno. Así pues, fueron muchos los soldados que encontraron la muerte, también muchos los aplastados por la caída de sus compañeros; los que podían huir por piernas, lo hacían después de arrojar las armas, de manera que después de cruzar la cañada, al estar desarmados, no podían sacar ningún provecho de su posición más elevada. Por su parte, los nuestros, crecidos con la victoria, no dudaron en subir por un terreno desfavorable y atacar las fortificaciones. Pese a la defensa que hicieron [3] del campamento las cohortes que Fárnaces había dejado para protegerlo, los nuestros se apoderaron rápidamente del campamento enemigo. Muertos o hechos prisioneros la totalidad de sus hombres, Fárnaces emprendió la huida con la compañía de unos pocos jinetes. Y si el asalto del campamento [4] no le hubiera dado en su huida mayor libertad de movimiento, hubiese caído vivo en manos de César¹⁷¹.

César, vencedor en tantas batallas, sintió una increíble [77] alegría por esta victoria, al haber resuelto con tanta rapidez una confrontación tan importante; y la alegría fue todavía mayor al recordar el inesperado peligro por el que había pasado, puesto que en difícilísimas circunstancias se había obtenido una fácil victoria. Recuperado el Ponto y distribuido [2] entre sus soldados todo el botín tomado al rey, al día siguiente emprende la marcha con su caballería armada a la ligera; ordena que la legión sexta se encamine a Italia para recibir las recompensas y honores debidos¹⁷², repatría las

tropas auxiliares de Deyótaro y en el Ponto deja dos legiones con Celio Viniciano¹⁷³.

[78] Así pues, sigue su camino hacia Asia¹⁷⁴ a través de Galogrecia y Bitinia, y toma conocimiento y resuelve las disputas de estas provincias; reparte prerrogativas entre los tetrarcas, [2] los reyes y las ciudades. A Mitridates de Pérgamo, cuya afortunada y rápida actuación en Egipto hemos narrado anteriormente¹⁷⁵, personaje nacido de linaje real y que también había recibido una formación regia (pues a éste, Mitridates, rey de toda Asia, se lo había llevado de pequeño consigo a su residencia de Pérgamo a causa de su nobleza y lo había retenido allí muchos años), lo nombró rey del Bósforo, reino que había estado sometido al poder de Fárnaces, y de esta manera, con la interposición de un rey de inquebrantable amistad, protegió las provincias romanas contra reyes [3] bárbaros y enemigos¹⁷⁶. Le atribuyó también por derecho de gentes y de nacimiento una tetrarquía de Galogrecia que pocos [4] años antes había ocupado Deyótaro¹⁷⁷. Pero no se demoró en ningún lugar más tiempo del que parecía permitirle la [5] situación sediciosa de Roma. Solucionados los problemas de forma muy favorable y rápida, llegó a Italia antes de lo que todos esperaban¹⁷⁸.

¹ Con estas palabras el autor pretende dar paso a la continuación del *Bellum Ciuile*, que precisamente acaba con la frase *Haec initia belli Alexandrini fuerunt*. Con todo, esta frase tiene la apariencia de ser un añadido destinado, precisamente, a poner de manifiesto el engarce y la estrecha relación entre las dos obras.

² Como justificación de la ayuda prestada por este pueblo de la Arabia Pétreá, instalado en el suroeste de la península del Sinaí, se tiene que hacer referencia a la tradicional enemistad que mantenían los nabateos con los egipcios, a la que habría que añadir el hecho de que pocos años antes, en el 63 y 60 a. C., Pompeyo el Grande y su lugarteniente Emilio Escauro habían forzado la sumisión del rey Aretas, predecesor de Malco.

³ Los testudos y los manteletes son dos ingenios bélicos de características similares. Consistían básicamente en una galería cubierta que iba montada sobre ruedas, a fin de facilitar su aproximación a las murallas enemigas, donde servía de protección a los soldados encargados de las labores de zapa. Se diferenciaban por el tamaño —los manteletes eran más pequeños— y porque el testudo llevaba incorporado un ariete. Sin embargo, en el contexto en que el *Bellum Alexandrinum* se refiere a estos ingenios, habría que pensar más bien en una función defensiva de los mismos, en substitución de las murallas. Tampoco debe confundirse, por supuesto, este testudo con la formación defensiva que adoptaban los soldados levantando y juntando los escudos sobre sus cabezas, a modo de caparazón.

⁴ Hay que considerar que César, dadas las escasas fuerzas con que contaba —sólo dos legiones (cf. *BC* III 106)—, únicamente pudo ocupar al principio una parte limitada de la ciudad de Alejandría, no más de una cuarta parte del perímetro total, si bien en este sector estaba incluido el palacio real.

⁵ Se trata de la laguna Mareotis. Parece, sin embargo, que en esta ocasión no logró César su objetivo, según se desprende de lo que se dirá en el cap. 8, donde César se ve abocado a buscar el aprovisionamiento de agua en otro lugar.

⁶ Unos 13 m.

⁷ Hay que recordar que el plan urbanístico de Alejandría, obra del arquitecto Dinócrates de Rodas, presentaba un trazado regular en cuadrícula, circunstancia que favorecía la maniobrabilidad de los ingenios bélicos.

⁸ Aulo Gabinio fue cónsul en el 58 y procónsul de Siria en el 57. En el año 55 recibió del senado el encargo de restablecer en el trono de Egipto a Tolomeo XIII Auletes. Cumplido su objetivo, dejó en Egipto una legión con la misión de proteger al rey. Cf. caps. 42 y 43, y *BC* III 4 y 103.

⁹ Tras la batalla de Farsalia. Acerca de su asesinato, véase *BC* III 104.

¹⁰ César llega a Alejandría a principios del mes de octubre (es decir, en torno al 19 de agosto) del año 48 y la situación meteorológica a la que se alude corresponde a los temporales que por el cambio de estación sacuden habitualmente el Mediterráneo en esa época.

¹¹ Aquilas era el mayordomo de Arsínoe, comandante en jefe del ejército de Tolomeo XIV y asesino de Pompeyo (cf. *BC* 111 104).

¹² Tolomeo XIII Auletes tuvo tres hijas: Berenice, Cleopatra y Arsínoe, y dos hijos: Tolomeo XIV y Tolomeo XV. En su testamento dejó el reino de Egipto a Cleopatra y a Tolomeo XIV.

¹³ Cf. *BC* III 112. Tenemos aquí una nueva muestra de la voluntad de continuación del *Bellum Ciuile*.

¹⁴ El escoliasta de Lucano en el comentario a X 521 precisa que posteriormente Ganimedes fue hecho prisionero y que, como tal, figuró junto a Arsínoe en el desfile triunfal de César en agosto del 46.

¹⁵ El texto latino de esta frase está muy corrompido y no parece que se haya logrado sanar satisfactoriamente, si bien el sentido no cambia de una edición a otra. La actitud desconfiada del narrador ante los alejandrinos se ve corroborada en 24, 1.

¹⁶ CÉSAR en *BC* I 111, 6 da cuenta del incendio de la flota y de la destrucción de los astilleros alejandrinos. Sin embargo, a partir del testimonio de DIÓN CASIO (XLII 38 y 40) y del propio autor del *BAI* (10 y 12) parece desprenderse que los alejandrinos siguieron contando con algunas unidades navales.

¹⁷ Es una desmesura creer que como punto de referencia se pueda considerar la ciudad de *Paraetonium* situada en la costa de Libia a más de 200 Km de Alejandría. Más verosímil es creer que se trata de un barrio de la propia Alejandría, correspondiente a la *Paraetonia urbs*, denominación con la que LUCANO (X 9) se refiere a la ciudad. Tal denominación podría derivar del nombre de uno de los dos brazos del río, según testimonio de FLORO (II 21, 9): *utraque Aegypti cornua, Paraetonium atque Pelusium*. La necesaria corrección de *Paratonio*, lectura de los manuscritos, en *Paraetonio* no supone un obstáculo insalvable.

En cuanto a la isla, no puede tratarse de la isla de Faro, ya que propiamente se encontraba tanto a un lado como a otro, con respecto al elemento divisor que era el Heptaestadio; quizás habría que pensar más bien en la isla de *Antirrhodos*, que al estar en frente de palacio, debía estar muy presente en la consideración de todos.

¹⁸ La flota se encontraba junto al cabo de Quersoneso, situado a unos doce Km al oeste de Alejandría.

¹⁹ Esta maniobra carece de sentido, pues César podía haber cargado agua en el puerto. Por ello los editores suelen considerar la posibilidad de que exista una contaminación entre dos episodios diferentes.

²⁰ Se plantea aquí una contradicción con lo señalado en *BC* III 11, 6 y en *BAI* 8, donde se habla de la destrucción de la flota alejandrina. Sin embargo, la contradicción es sólo aparente, ya que en el capítulo 8 se reproduce un discurso de César con el que intenta animar a sus hombres y para ello insiste en que al enemigo ya no le quedan barcos. En cambio, en el presente capítulo se adopta el punto de vista de los alejandrinos que, en una situación propicia para dar un golpe de mano

definitivo, reúnen lo que había quedado de su flota de guerra y, seguramente, algunos navíos de menor porte y de uso comercial.

²¹ El texto latino (*naues ad terram... detrahit*) sugiere más bien la idea de sacar las naves a tierra; sin embargo, la secuencia de los acontecimientos que se producen a continuación abona la interpretación que ofrecemos.

²² El texto presenta aquí una laguna de notable extensión, en la que se conjetura que se describía la situación del puerto de Eunostos, situado a la izquierda del Heptaestadio y que se hallaba en poder de los alejandrinos.

²³ Por el testimonio de DIÓN CASIO (XLII 38) sabemos que los alejandrinos se servían de dos canales abiertos debajo del Heptaestadio para hostigar continuamente a los romanos. Para evitar el problema César los cegó.

²⁴ Se considera que el texto transmitido por los manuscritos (*Lycias V*) recoge un salto de ojos del copista, basándose en que la aportación náutica de Licia es inusitada, ya que no se convirtió en provincia romana hasta el año 43 d. C., durante el gobierno de Claudio. En cambio, Siria y Cilicia, regiones geográficamente limítrofes, suelen aparecer juntas como en el cap. 1, 1. La corrección de Schneider (*(Syrias***, Ci)licias V*), aceptada generalmente, no alcanza a rellenar el hueco del número de naves aportadas por Siria.

²⁵ Falta el número de quinquerremes. Se ha conjeturado que su número fuera de 5, 10 u 11.

²⁶ La rodea de este a oeste, partiendo del *Portus Magnus*, que estaba en su poder, para atacar de fuera a dentro a la escuadra egipcia que se formaba en el *Portus Eunostos*.

²⁷ Unos seiscientos metros.

²⁸ Interesante precisión táctica que pone de relieve la existencia de movimientos coordinados entre los barcos de la flota y que introduce la idea de apoyo táctico entre sus integrantes.

²⁹ Era corriente entre los geógrafos antiguos incluir Egipto en el continente asiático, que para ellos se extendería precisamente hasta el Nilo; de resultados de ello, la ciudad de Alejandría quedaría dividida entre Asia y África.

³⁰ Uno de los peligros más graves a los que se exponía una nave de guerra era el ataque lateral, no tanto porque la nave atacante podía hundirla con su espolón, sino, particularmente, porque podía destrozarle los remos y dejarla inoperativa. Ante una acometida de este tipo la única defensa posible consistía en levantar los remos para evitar su rotura.

³¹ Téngase en cuenta que al desarrollarse la batalla en el *Portus Eunostos*, situado en la parte de la ciudad ocupada por los alejandrinos, éstos tenían a sus espaldas el sector amigo, circunstancia que les concedía una fácil línea de escape.

³² Se refiere César al continuo hostigamiento del que era objeto por parte de las pequeñas naves egipcias que cruzaban bajo los puentes que tenía el Heptaestadio.

³³ La isla que quedaba unida a la ciudad mediante una escollera es, evidentemente, la isla de Faro. Sin embargo, puede sorprender que César intente tomar de nuevo una isla, de la que se había apoderado antes, según se indica en *BC* III 112, 5, pues habría que suponer una pérdida intermedia de la que no se habla en ningún lado. En cambio, el relato resulta lógico si se considera que en *BC* III 112, 5 de lo que se apoderó César fue del islote adyacente a la isla de Faro, en el que se encontraba precisamente el célebre monumento.

³⁴ Extraña, por lo inusual, este recurso a la caballería ligera del que no se tiene otra noticia más que en capítulo 77, 2 de esta misma obra. Sin embargo, se podría aducir como justificante la apurada situación de César, obligado a explotar todos los recursos disponibles. Esta opción es mas lógica que la adoptada por algunos editores (Justo Lipsio, Schneider, Klotz, Du Pontet) quienes, para evitar la molesta referencia, corrigen el texto: *cohortes X et levis armaturae electos quos idoneos ex equitibus Gallis arbitrabatur*, añadiéndole la enclítica *que* al relativo *quos* y disociando, de esta forma, «una infantería ligera» y «una caballería gala».

³⁵ No parece que esté fuera de lugar la laguna supuesta por Schneider en este punto, ya que se produce un cambio brusco en los referentes de la narración: los expulsados son los alejandrinos y los que llegan son los romanos.

³⁶ Unos 1.200 m. La altura de los edificios sería de unos 10 m.

³⁷ Se trata de una decisión táctica al carecer de fuerzas suficientes para mantener allá una guarnición. El episodio lo confirma *ESTRAB.*, XVII 1, 6.

³⁸ Se trata de uno de los puentes que formaban el Heptaestadio.

³⁹ No aparece suficientemente definida la diferencia entre los dos últimos grupos de combatientes puestos en fuga.

⁴⁰ Episodio histórico recogido por otras fuentes que lo han teñido de detalles anecdóticos (*SUETONIO*, *César* 64; *DIÓN CASIO*, XLII 40, 4; *PLUTARCO*, *César* 49).

⁴¹ Tolomeo XIV.

⁴² Arsínoe, la hija menor de Tolomeo XIII, hermana menor de Cleopatra y hermana mayor de Tolomeo XIV.

⁴³ Véase cap. 4.

⁴⁴ Cf. *BC* III 109, 6, donde César valora en sentido contrario el hecho de tener al rey en su poder.

⁴⁵ Resulta absolutamente imposible pronunciarse sobre el grado de sinceridad de Tolomeo y sobre la veracidad de los sentimientos de César. En cambio, es patente la voluntad del autor de justificar de forma absoluta las decisiones de César.

⁴⁶ Se trata de la expedición de Mitridates de Pérgamo, que acudía en ayuda de César respondiendo a la llamada de éste y de la que se da cuenta en el cap. 1. Simultáneamente, bordeando la costa también le llegaba a César un convoy de aprovisionamiento.

⁴⁷ Pequeña isla situada enfrente de la boca occidental del Nilo, al este de Alejandría.

⁴⁸ Tiberio Claudio Nerón es el padre de Tiberio, sucesor de Augusto en el principado.

⁴⁹ Del testimonio de SÜETONIO (*Tiberio* 4) se deduce que la batalla fue favorable a los cesarianos, que pudieron de esta forma mantener expeditas las vías de comunicación.

⁵⁰ Era hijo de Menódoto y de la princesa Adobogiona. Había formado parte de la corte de Mitridates VI Eupátor. Murió asesinado por Asandro, yerno de Fárnaces II (rey del Ponto e hijo de Mitridates VI). Acerca de su biografía, véase el cap. 78.

⁵¹ Aparece una vez más aquí una muestra del escaso cuidado del redactor a la hora de unificar o contrastar informaciones procedentes de fuentes diversas: Aquilas, a cuyo cargo había estado la organización de la defensa de Pelusio, había sido ya asesinado por Ganimedes (cf. 4, 1), pero este hecho seguramente era desconocido para Mitridates.

⁵² Esta comparación aparecerá de nuevo en LUCANO, X 509 y TÁCITO, *Historias* II 82 y *Anales* II 59.

⁵³ El episodio aparece confirmado por DIÓN CASIO, XLII 41 y FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades de los judíos* XIV 130.

⁵⁴ Mitridates rodeó el delta por el sur y atravesó el Nilo a la altura de Menfis, ciudad de la que se apoderó sin combatir. El desarrollo positivo de este episodio parece que se vio favorecido por la favorable actitud de la numerosa colonia judía del lugar, según el testimonio de FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades de los judíos* XIV 131.

⁵⁵ De lo relatado en este capítulo se deduce que el enfrentamiento tuvo que tener lugar a la derecha del delta y antes de que las tropas de Mitridates atravesaran el Nilo en las cercanías de Menfis. Con todo, la comprensión del capítulo es complicada, ya que parece solaparse con el final del capítulo anterior (26, 3), donde se narraba sumariamente lo que se contará con más detalle en este capítulo 27. Por otra parte, los testimonios paralelos no aclaran la situación como sería de desear; así, FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades de los judíos* XIV 133 habla de este combate e incluso lo sitúa geográficamente en el lugar llamado «Campo de los Judíos» (Tell el Iahoudieh), si bien yerra al emplazarlo al oeste del Nilo, donde no hay ninguna localidad con ese nombre. La interpretación generalmente admitida es la de STOFFEL (II, p. 266), que da por bueno el nombre del lugar de la batalla aportado por Josefo y que corrige, en cambio, su ubicación y la sitúa correctamente al este del Nilo.

⁵⁶ Cf. 14, 5. La maniobra de César consiste en alejarse siguiendo la costa hacia el oeste hasta sobrepasar las zonas húmedas del delta y girar luego hacia el sureste, más allá del ramal canópico del Nilo (cf. nota 47); de esta forma, pese a que la distancia a recorrer era mayor, podía imprimir mayor rapidez a sus movimientos al realizarse la marcha por terreno seco.

⁵⁷ Son dos, básicamente, las propuestas que se han hecho para situar el lugar del encuentro entre César y Mitridates, y que viene a corresponderse con el sitio de la batalla del Nilo: Ilkam, localidad situada a 130 Km del cabo de Quersoneso; y Chaerea, a tan solo 35 Km de Alejandría. Hay que considerar como más probable este último emplazamiento a partir de la información transmitida por los *Fasti Caretani* (CIL I², págs. 212-213) y los *Fasti Maffeiiani* (CIL I², pág. 223) en el sentido de que la victoria de César y la toma de Alejandría tuvieron lugar en el mismo día. Una distancia superior a los 40 Km imposibilitaría la coincidencia de los dos acontecimientos en una misma jornada.

⁵⁸ Pese a lo preciso de la descripción, no ha sido posible encontrar ningún emplazamiento que responda a estas características.

⁵⁹ Unos 10,5 Km.

⁶⁰ El 24 de marzo (= 6 de febrero) según P. GRAINDOR, «La date de la bataille du Nil», *Mélanges P. Thomas*, Bruges 1930, págs. 364-368, o bien el 27 de marzo (= 9 de febrero) según Stoffel. Las diferencias entre estos dos autores se deben a que cada uno de ellos sitúa la batalla del Nilo en un lugar diferente.

⁶¹ Cf. cap. 28, 3.

⁶² Décimo Carfuleno tras la muerte de César se pasó al bando de Octavio y murió en abril del año 43 en la batalla de Módena luchando contra Marco Antonio (cf. CICERÓN, *Fam.* X 33, 4).

⁶³ El pasaje está deturpado. Incorporamos la conjetura interpretativa de J. Andrieu.

⁶⁴ El cadáver del rey pudo ser identificado gracias a su coraza de oro (cf. FLORO, II 13, 60, y OROSIO, *Historias* VI 16, 2).

⁶⁵ Las *Historias* de OROSIO (VI, 16, 1) ofrecen un balance de las pérdidas habidas en la batalla del Nilo por parte de los alejandrinos: 20.500 muertos, 12.000 prisioneros y entre 60 y 70 naves hundidas. Por el contrario, sólo se contaron quinientos muertos en el bando de César.

⁶⁶ Parte del testamento de Tolomeo XIII se encuentra reproducida en BC III 108, 3.

⁶⁷ Tolomeo XIV.

⁶⁸ Tolomeo XV.

⁶⁹ Realmente Tolomeo XIII, tuvo tres hijas (cf. nota 12), pero la mayor de ellas, Berenice, había muerto en el año 55 y, por tanto, ya no podía figurar en el testamento de Tolomeo XIII, muerto en el 51.

⁷⁰ Cf. 4, 1.

⁷¹ Arsínoe desfiló en Roma en el triunfo de César del año 46; posteriormente, se la relegó al templo de Éfeso, donde murió asesinada en el año 41 por instigación de Cleopatra (cf. DIÓN CASIO, XLIII 3).

⁷² La que, procedente de Acaya, llevaba consigo al arribar a Alejandría. Con toda seguridad, en la expedición a Siria y Armenia contó César también con las tropas de Mitridates de Pérgamo.

⁷³ Se trata de la legión XXVII, procedente de Acaya y que había llegado con César (cf. *BC* III 106, 1), y de la legión XXXVII, enviada por vía marítima por Domicio Calvino (cf. 9, 3). Junto a éstas quedaría una tercera legión, enviada también por Domicio Calvino, pero que al haber seguido una ruta terrestre llegó a Alejandría con posterioridad a la batalla del Nilo. Ignoramos el número que llevaba esta última legión.

⁷⁴ Los editores excluyen de forma general la expresión *itinere terrestri*, transmitida por los manuscritos en atención al hecho de que el capítulo 66, 1, corroborado por FLAVIO JOSEFO (*Antigüedades Judaicas* XIV 8, 3), deja claro que el viaje a Siria se hizo por mar.

⁷⁵ Entre septiembre-octubre del 48 y febrero del 47 a.C.

⁷⁶ Tetrarca de Galacia y rey de Armenia Menor, títulos concedidos por el senado de Roma, fue siempre un fiel aliado de los romanos frente a los deseos expansionistas de Mitridates. En la guerra civil fue aliado de Pompeyo, a quien le suministró un contingente de seiscientos jinetes (véase *BC* III 4, 3); posteriormente, tras la batalla de Farsalia, se reconcilió con César (véanse caps. 67-68). Tras la muerte de César se puso de parte de Bruto, pero justo antes de la batalla de *Philippos* se pasó al bando de los triunviros. Murió de muerte natural en el año 40.

⁷⁷ Cónsul en el 53 y en el 42, partidario de César, en la batalla de Farsalia comandó el centro de las líneas cesarianas. Tras su segundo consulado fue gobernador de Hispania y alcanzó el triunfo en el año 36.

⁷⁸ Hijo de Mitridates VI Eupátor (Mitridates el Grande) se rebeló contra su padre y recibió del senado romano como recompensa por esta acción el Bósforo Cimerio (Crimea). Durante la guerra civil intentó reconstruir el imperio de su padre apoderándose de la Cólquide, Armenia Menor, Capadocia y, finalmente, el Ponto, tras derrotar a Domicio Calvino. César lo derrotó, finalmente, en la batalla de Zela (año 48).

⁷⁹ Ariobarzanes III, rey de Capadocia desde el año 51, partidario de Pompeyo y confirmado luego por César en su reino, murió en el año 43 a manos de Casio, al negarse a prestar su apoyo a los asesinos de César.

⁸⁰ Se trata de la legión XXXVII, enviada por mar, y otra, cuyo número se desconoce, enviada por tierra. Véase nota 73.

⁸¹ De los tres personajes citados en esta frase no tenemos ninguna otra constancia.

⁸² Se trata de la principal ciudad del Ponto (cf. 35, 3).

⁸³ Cf. 34, 4-5.

⁸⁴ La fecha de la partida suele situarse en el 19 de diciembre (= 4 de noviembre).

⁸⁵ Dada su importancia estratégica en el sistema viario, Nicópolis creció en importancia hasta convertirse en la capital de Armenia Menor. En sus alrededores había tenido lugar la batalla que le dio la victoria a Pompeyo sobre Mitridates en el año 66 a. C.

⁸⁶ Unos 10,5 Km.

⁸⁷ El 26 de diciembre (= 11 de noviembre) del año 48.

⁸⁸ Un metro y 20 cm, aproximadamente.

⁸⁹ La batalla tuvo lugar el 28 de diciembre (= 13 de noviembre) del 48. Esta datación concuerda con la información suministrada por DIÓN CASIO (XLII 46) en el sentido de que la batalla de Nicópolis tuvo lugar en los albores del invierno.

⁹⁰ Es decir, por el derecho, que es el flanco que no queda protegido por el escudo.

⁹¹ Cf. 70, 6.

⁹² La provincia de Ilírico, que se extendía aproximadamente por el territorio de la antigua Yugoslavia, al margen de ocupaciones parciales y costeras había sido sometida con cierta profundidad en los años 76-75 a. C. por parte del procónsul Gayo Cosconio. En los años siguientes se dieron con frecuencia revueltas, en algún caso graves como la que en el año 50 vio la derrota de Julio César. Al año siguiente fue ocupada por un lugarteniente de Pompeyo y, todavía en el 48, el propio Pompeyo asedió Salona (actual Split). Por tanto, la tranquilidad de la provincia no iba mucho más allá de unos pocos meses.

⁹³ Quinto Cornificio, cuestor en el año 48, actuando como propretor en este mismo año ganó para César la provincia del Ilírico; fue pretor en el 47 y gobernador de la provincia de África Vieja desde el 44. En el año 43 fue proscrito por los triunviros y su provincia entregada al gobernador del África Nueva, Tito Sextio, quien lo derrotó y lo mató en el enfrentamiento que tuvieron cerca de Útica en el año 42.

⁹⁴ Marco Octavio, oficial de Pompeyo, tras la derrota de Farsalia pasó al Adriático, donde fue derrotado por Vatinio. Pasado de nuevo a África, allí estuvo al mando de la flota pompeyana entre el 47 y el 46. No parece que fuera el mismo Marco Octavio que comandaba el centro de la flota de Marco Antonio en la batalla de Accio (cf. PLUTARCO, *Antonio* LXV).

⁹⁵ No parece que el autor se refiera a un lugar concreto, sino al conjunto de las costas del Ilírico.

⁹⁶ Los naturales de Iader (actual Zadar). Recogemos en la traducción la corrección, *Iadestinorum*, del texto que dan los manuscritos, *Iadertinorum*. Esta corrección está basada en la inscripción contenida en el *CIL* III. 2919.

[97](#) Es el mismo Aulo Gabinio que aparece citado en 3, 3, y al que ya hemos hecho referencia en la nota 8. Tras dejar Egipto, a su regreso a Roma en el 54 debió afrontar diversos juicios que le condenaron al exilio. Amnistiado en el 49, en el 48 se convirtió en legado de César.

[98](#) Obviamente se trata del hijo de Pompeyo el Grande; de la muerte del padre se da cuenta en *BC* III 106.

[99](#) La llegada de Gabinio se sitúa en el 29 de diciembre (= 14 de noviembre) del 48.

[100](#) Actual Split, en la costa croata.

[101](#) Esta batalla tuvo lugar el 20 de enero del año 47 (= 4 de diciembre del 48).

[102](#) Publio Vatinio fue tribuno de la plebe en el 59 y en el desempeño de este cargo apoyó la ley por la que se le otorgaba a César el gobierno de las Galias. Posteriormente fue legado de César en las mismas Galias y defendió Brindis contra el ataque de Lelio (*BC* III 100, 2); en el 47, tal como se narra en el siguiente capítulo, con su victoria sobre Octavio recuperó el Ilírico para César. Como recompensa por esta acción obtuvo el consulado para la parte final del año.

[103](#) Quinto Fufio Caleno había sido también legado de César durante la guerra de las Galias y su lugarteniente durante la guerra civil y en este momento, desde la batalla de Farsalia, tenía el mando de Grecia. Desde allí, a requerimiento de César, había enviado a Alejandría la legión XXVII (*BC* III 106, 1). Compartió con Vatinio el consulado del año 47.

[104](#) Cf. *BC* III, 6 y ss.

[105](#) La partida hay que situarla el 23 de febrero del 47 (= 5 de enero).

[106](#) La actual Dubrovnik, en Croacia.

[107](#) La actual isla de Korcula.

[108](#) Pese a la voluntad de sorprender con la rapidez, el mal tiempo haría desaconsejable navegar a toda vela.

[109](#) La batalla tuvo lugar el 16 de marzo (= 12 de enero) del 47.

[110](#) La actual Vis, al oeste de Korcula.

[111](#) Desconocemos su nombre; seguramente se correspondería con el de la isla.

[112](#) Cf. *BC* I, nota 106.

[113](#) El autor del *Bellum Alexandrinum*, según el testimonio de todos los manuscritos, dice *Palepharsali*, en contraste con el capítulo 42, 4, donde leemos *Pharsalici proelii*. Esta lectura, *Palepharsali*, que es la que encontramos en ESTRABÓN (XVII 1, 11), FRONTINO (*Estratagemas* II 3, 22) y OROSIO (*Historias* VI 15), hace pensar en un diferente redactor o en la utilización por parte de éste de una primera redacción no revisada ni uniformada. Añadamos que para

referirse a esta batalla César no usa otra expresión que *proelium in Thessalia factum*.

[114](#) Quinto Casio Longino fue en el año 52 cuestor de Pompeyo en la Hispania Ulterior, donde dio muestras de gran rapacidad; luego, en el 49 se pasó al bando de César y fue uno de los dos tribunos de la plebe que apoyaron a éste vetando la propuesta de Escipión para que César licenciara su ejército. Participó en la campaña de Hispania contra Afranio y Petreyo; como recompensa, al partir César de Hispania el 17 de septiembre (= 15 de agosto) del 49, lo dejó como gobernador de la Hispania Citerior (cf. *BC* II 22, 4).

[115](#) La actual Marvão.

[116](#) En la Serra da Estela, al norte del Tajo, en Portugal.

[117](#) Considerando que tras doblar César las soldadas al comienzo de la guerra civil éstas alcanzaban los diez ases diarios, el montante del donativo de Longino suponía aproximadamente el sueldo de un mes.

[118](#) Cf. 48, 1.

[119](#) Además de ésta, Longino contaba con otras cuatro legiones: la XXI y la XXX, que el propio Longino había llevado a Hispania desde Italia en agosto (= julio) del 49, más una legión indígena que junto con la II se habían constituido a partir de las tropas que habían estado al mando de Varrón, el legado pompeyano en la Hispania Ulterior.

[120](#) Nos encontramos en la primavera del año 48.

[121](#) Este rey de Numidia (cf. *BC* I, nota 32) ya había colaborado con Pompeyo en la batalla de Bagrada (agosto del 49); cf. *BC* II 39-42.

[122](#) El legado Quinto Casio no debe confundirse con el gobernador Quinto Casio Longino.

[123](#) Cf. *BC* II, nota 39.

[124](#) Pueblo céltico procedente del norte de Numancia, en la actual provincia de Soria.

[125](#) Parece que en las dos últimas frases el autor pierde el hilo del relato, pues se olvida de que está explicando el porqué del diferente grado de adhesión de las legiones a Longino, de manera que al llegar a las dos legiones itálicas omite señalar que su procedencia itálica justifica su mayor grado de adhesión; así el relato en este punto se convierte en una relación sobre el lugar y el tiempo de recluta de las legiones XXX, XXI y V.

[126](#) Estas cantidades son puramente conjeturales, pues los manuscritos dan como lectura *HS X* o *sestertiis X*. La base de la conjetura es el texto de VALERIO MÁXIMO, IX 4, 2: [*Q. Casius*] *qui in Hispania Silium et Calpurnium, occidendi sui gratia cum pugnibus deprehensos, quinquagies sestertium ab illo, ab hoc sexagies pactus dimisit*. Es decir, se toman de Valerio Máximo los multiplicadores (60 y 50) y se reduce el multiplicando de 100.000 a 1.000, cantidad esta última que

puede representarse por un trazo horizontal superpuesto. Con todo, la cifra resultante (60.000 / 50.000) la podemos considerar baja, mientras la transmitida por Valerio Máximo (6.000.000 / 5.000.000) se adecuaría mejor a la avidez de Longino, por más que requiera intervenciones más drásticas en el texto.

[127](#) De los participantes en la conjura no se tienen más datos que lo que se especifica en estos dos últimos capítulos.

[128](#) Málaga.

[129](#) Las tropas expedicionarias estaban integradas por la segunda legión más la legión indígena.

[130](#) Cf. *BC* II, nota 31.

[131](#) Es el padre de los dos jóvenes tribunos detenidos y ejecutados por los pompeyanos en Tapso en el curso de la guerra civil (cf. *Baf* 28, 2). En recompensa por los méritos adquiridos, César lo nombró senador en el año 47.

[132](#) Es la actual Alcalá del Río, a 14 Km de Itálica remontando el curso del Guadalquivir. *Ilipa* es una conjetura debida a Glandorp, ya que los manuscritos dan la lectura *Leptim*, que es el nombre de dos ciudades del norte de África: *Leptis Magna* y *Leptis Minor*.

[133](#) Aparece nuevamente el legado Quinto Casio, subordinado de Quinto Casio Longino, con quien no debe confundirse. En la obra siempre se le cita como «el legado Quinto Casio», para distinguirlo de su superior.

[134](#) La actual Villaverde, en la orilla derecha del Guadalquivir, a unos 27 Km de Híspalis. También se ha indentificado con la cercana población de Cantillana.

[135](#) No se especifica a qué legión pertenecen estas cuatro cohortes. Sin embargo, dado que en la frase anterior se habla de cuatro cohortes de la V legión y considerando que ésta debía quedar de guarnición en Hispania (cf. 52, 2), no es demasiado aventurado pensar que pertenecerían precisamente a esta V legión.

[136](#) La actual Monclova, entre Carmona y Écija.

[137](#) Personaje que con anterioridad, en el año 48, había estado a las órdenes de Varrón, legado de Pompeyo en la Hispania Ulterior y que, por tanto, procedía del campo pompeyano, antes de quedar a las órdenes del cuestor Marco Marcelo.

[138](#) De este personaje no sabemos más que lo que aquí se indica.

[139](#) Localidad no identificada, situada a la vera del Genil, entre Écija y Palma del Río.

[140](#) El Genil.

[141](#) La II legión, la legión indígena, las cuatro cohortes de la V legión procedentes de Obúcula (véase nota 136) y las dos cohortes, también de la V legión que estaban de guarnición en Córdoba.

[142](#) Eran, por tanto, niños no llegados a la mayoría de edad (la mayoría de edad se alcanzaba en torno a los 17 años), momento en que dejaban de usar esta prenda. La toga pretexta llevaba una banda de color púrpura y era símbolo de los senadores y de los adolescentes.

[143](#) En este cambio de actitud de los soldados con respecto a César pudo influir la noticia de la derrota de Pompeyo en Farsalia.

[144](#) Unos seis Km.

[145](#) Considerando que Córdoba se encontraba a la derecha del río Guadalquivir y que Longino procedía de Segovia, localidad situada a la izquierda de dicho río, el punto de anclaje de esta referencia tiene que ser la posición del propio Longino.

[146](#) El reino de Mauritania, formado por la parte norte de Marruecos y Argelia, no pasará a ser provincia romana hasta el año 40 d. C.

[147](#) Marco Emilio Lépido, el gobernador de la Hispania Citerior, compartió con César el consulado del año 46 y constituyó junto con Octavio y Marco Antonio el segundo triunvirato.

[148](#) El texto presenta aquí una breve laguna.

[149](#) Longino disponía de un contingente de 3.000 jinetes, en tanto que Marcelo carecía de fuerzas de caballería.

[150](#) Es decir, lo sitúa en la misma orilla en la que lo tenía Longino.

[151](#) La actual Montemayor

[152](#) Gayo Trebonio fue tribuno de la plebe en el 55, legado en la Galia del 55 al 50 y en el 49 dirigió el asedio de Marsella. Tras ejercer como pretor en el 48, en el 47 fue enviado a Hispania como procónsul. Fue *consul suffectus* (sustituto) en el 45 y al año siguiente tomó parte en el asesinato de César.

[153](#) El tiempo propio de los meses de diciembre y enero.

[154](#) CICERÓN (*Ático* XI 20) dice que entre estos mensajeros se encontraba Hircio. De ser Hircio el autor del *Bellum Alexandrinum* resultaría extraño que no hiciera mención de ello tal como hace en algunos episodios semejantes del libro VIII del *BG*.

[155](#) Todas estas provincias eran de constitución relativamente reciente: Siria se constituyó en provincia en el año 64 a. C.; Asia, la más antigua, lo fue en el 133; Cilicia, en 102; y Bitinia lo había sido en el 74; ésta se amplió en el 64 con una parte del Ponto, antes de que esta región se convirtiera ella misma en provincia en el 62.

[156](#) Sexto Julio César era nieto de un tío de Julio César que llevaba el mismo nombre. Anteriormente había servido a las órdenes de César en Hispania. Murió asesinado en el año 46 por instigación del pompeyano Quinto Cecilio Baso.

[157](#) El texto presenta aquí una laguna que hemos suplido siguiendo, en parte, a J. Andrieu. En este caso, Comana tiene que ser la ciudad de Capadocia, a diferencia de la Comana que se cita en 34, 5 y 35, 3. Con todo, aparece una cierta incoherencia en el relato, pues la Comana de Capadocia se encuentra a unos 100 Km al sudeste de Mázaca, de forma que César tendría que haber retrocedido para ir allá. Por otro lado, la identificación no deja lugar a dudas, si consideramos que ESTRABÓN (XII 2, 3) hace referencia al prestigio de que gozaba el sacerdote de este templo de Capadocia.

[158](#) Arquelao, el padre de Licomedes, se había fingido hijo de Mitridates el Grande con la finalidad de conseguir el reino de Egipto de manos de Berenice, la hija de Tolomeo XIII Auletes; pero su aventura egipcia duró pocos meses, ya que murió a manos del ejército de Gabinio en el año 55.

[159](#) Ariarates sucedió como rey de Capadocia a su hermano Ariobarzanes en el año 43. Fue destronado por Marco Antonio en el 34.

[160](#) La laguna que se encuentra en este punto parece tener una extensión considerable.

[161](#) Los galogriegos o gálatas eran un pueblo celta originario de los Balcanes que a fines del siglo III a. C. se habían instalado en la parte central de Asia Menor. Estaban divididos en tres tribus: los trocmos al este, los tectósagos en el centro y los tolistóboges al oeste. Cada una de estas tribus estaba dividida en cuatro tetrarquías, comandada cada una por un tetrarca, lo que daba un número de doce tetrarcas. Con el tiempo este número se fue reduciendo hasta llegar a un tetrarca por tribu, si bien se conservó la denominación de tetrarca para los que ejercían el poder. Deyótaro era el tetrarca de los tolistóboges, pero también se había convertido de forma ilegal en tetrarca de los trocmos.

[162](#) Esta legión es la que César acababa de exigir a Deyótaro como contribución (Cf. 68, 2); cabe suponer que en parte sería el fruto de la reorganización de los restos de las dos legiones que Deyótaro había cedido a Domicio (cf. 34, 4) y que fueron prácticamente destruidas en el combate contra Fárnaces (cf. 40).

[163](#) Se trata de la legión XXXVI (la que mejor parada salió del envite) y de la legión Póntica, que mientras tanto debía de haber sido rehecha.

[164](#) Gayo Valerio Triario, lugarteniente de Lucio Licinio Luculo, fue derrotado por Mitridates en Zela en el año 67.

[165](#) El texto se encuentra deturpado, pero el significado no parece dudoso.

[166](#) Unos 4,5 Km.

[167](#) Unos 7,5 Km.

[168](#) Entre las dos y las cinco de la madrugada.

[169](#) 1,5 Km, aproximadamente.

[170](#) La repetición se encuentra en el original (*iniquum...iniquitate*) en una clara manifestación de las limitaciones estilísticas del autor.

[171](#) Cuenta SUETONIO (*César* 37, 4) que en la comitiva triunfal de César que resultó de esta campaña figuraba la célebre expresión *ueni, uidi, uici*.

[172](#) La legión VI había participado antes en la batalla de Alejandría, de forma que era para con la que estaba más obligado (cf. nota 72).

[173](#) Marco Celio Viniciano, antiguo pompeyano, había sido tribuno de la plebe en el año 53. Las dos legiones destacadas en el Ponto fueron la XXXVI y la Póntica.

[174](#) La provincia de Asia ocupaba la parte más occidental de Asia Menor.

[175](#) Cf. caps. 26-28.

[176](#) La realidad de los hechos fue por otro camino: Mitridates de Pérgamo tuvo que pelear por el Bósforo contra Asandro, yerno y asesino de Fárnaces, y en esta lucha encontró la muerte. De esta forma, Asandro pudo continuar reinando hasta el año 16 a. C. (cf. nota 50).

[177](#) Se trata de la tetrarquía de los trocmos, usurpada recientemente por Deyótaro (cf. cap. 67 y nota 161).

[178](#) César había partido hacia Asia desde Alejandría el 3 de agosto (= 13 de junio) y parte hacia Grecia, tras resolver los problemas, el 5 de septiembre (= 14 de julio). Sería de aplicación aquí la denominación de campaña relámpago.

GUERRA DE ÁFRICA

SINOPSIS

AÑO 46

- 1-2. César reúne sus tropas en Sicilia y embarca hacia África.
- 3-5. Desembarco en Hadrumeto de una parte de la flota. Intentos de negociación.
- 6-9. Hostigado por la caballería nómada, marcha hacia Rúspina. Se apodera de Rúspina y Leptis. Llega otra parte de la flota. Pide refuerzos y provisiones a Sicilia. Operaciones de aprovisionamiento.
- 10-11. Embarca en Rúspina para salir al encuentro del resto de su expedición. Llegada y desembarco de ésta.
- 12-19. Batalla de Rúspina. Novedosa forma de combatir del enemigo. César logra superar con éxito una situación apurada. Discurso de Labieno.
- 20-21. César fortifica su posición junto a Rúspina.
- 22-23. Catón insta a Gneo Pompeyo, hijo, a emular las gestas de su padre. El muchacho, tras fracasar en la toma de Ascuro, recalca en las Baleares.
- 24-25. El ejército de Escipión, Labieno y Petreyo bloquea las posiciones de César. El rey Juba acude en apoyo de aquéllos, pero, al ser invadido su

reino por las tropas de Publio Sitio y del rey Boco, tiene que regresar.

- [26.](#) César pide el inmediato envío del resto de las tropas desde Sicilia.
- [27.](#) Escipión adiestra a los elefantes para el combate.
- [28.](#) El gobernador de Tapso, Gayo Vergilio, consigue capturar una nave cesariana.
- [29-32.](#) Escaramuzas junto a Rúspina y a Leptis. Desafíos continuados de Escipión. Prudencia de César. Deserciones en el campo de Escipión.
- [33.](#) La ciudad de Acila se pasa al bando de César.
- [34.](#) La llegada de refuerzos y provisiones mejora la situación de César.
- [35.](#) Escipión envía a unos getulos como espías al campo de César.
- [36.](#) Catón realiza levass en Útica. La ciudad de Tisdra se pone a disposición de César. Actuaciones de Publio Sitio en Numidia.
- [37-40.](#) César cambia el emplazamiento de su campamento y traza una nueva línea de fortificación. Los pompeyanos forman su línea de combate para dificultar la labor. Combate de caballería favorable a César.

[41-42.](#)

César amenaza la plaza de Uzita y Escipión acude en su defensa.

[43.](#) Considio levanta el cerco de Acila.

[44-46.](#) Algunas naves cesarianas caen en poder de los pompeyanos. Crueldad de Escipión.

[47.](#) Una inusual tormenta causa estragos en el campamento de César.

[48.](#) Juba acude a la llamada de Escipión.

[49-50.](#) César intenta mejorar sus posiciones. Fracasa una emboscada de Labieno.

[51-52.](#) César traza líneas de trincheras entre su campamento y la plaza de Uzita. Fracasa una carga de la caballería y de la infantería ligera pompeyana.

[53-54.](#) Arribada de un nuevo convoy de tropas. César impone medidas disciplinarias.

[55.](#) El rey Juba tiene que retirar parte de su ejército para hacer frente a la revuelta de los getulos.

[56-57.](#) César continúa la fortificación en torno a Uzita. Deserción de los getulos. Confraternización de los dos ejércitos: Escipión y Juba la prohíben.

[58-61.](#) Los dos ejércitos se alinean para el combate. Disposición de los efectivos. Combates de

caballería con resultado dispar. Prosiguen las labores de fortificación en los dos bandos.

[62-64.](#) Varo, comandante de la flota pompeyana de Útica, realiza una incursión contra Leptis. Reacción de César.

[65-66.](#) César desbarata un intento de emboscada de Labieno.

[67-68.](#) Impelido por la falta de provisiones, César traslada su campamento junto a Agar. Toma de Zeta.

[69-73.](#) La caballería y la infantería ligera pompeyanas hostigan la marcha de César hacia el campamento. Contramedidas tomadas por éste. César instruye a sus tropas para hacer frente a este tipo de lucha y para enfrentarse a los elefantes.

[74.](#) El rey Juba se apodera de Vaga.

[75-76.](#) César presenta batalla. El enemigo no responde. César marcha hacia Sarsura hostigado inútilmente por la caballería de Labieno. Toma de Sarsura. Regreso al campamento de Agar.

[77.](#) Toma de Tabena. Arriba un nuevo convoy de tropas.

[78.](#) Batalla de Tegea.

[79-86.](#) César traslada su campamento junto a Tapso. Escipión acude en auxilio de la ciudad.

Configuración del terreno. Disposición de las tropas. Batalla de Tapso. Balance de la misma. César marcha hacia Útica.

[87-88](#). Los restos de la caballería pompeyana causan problemas en Útica. Proceder y muerte de Catón.

[89](#). Camino de Útica, César toma Uzita y Hadrumeto.

[90](#). En Útica, impone sanciones a la ciudad.

[91-92](#). Zama le cierra las puertas a Juba y se pasa al bando de César.

[93-94](#). Muerte de Considio. Vergilio entrega la ciudad de Tapso. Muerte de Juba y Petreyo.

[95-96](#). Sitio derrota a Saburra. Captura y muerte de Fausto y Afranio. Muerte de Escipión.

[97-98](#). César concede recompensas e impone sanciones. Regreso a Roma.

César, siguiendo un ritmo normal de marcha, aunque sin [1] descansar ningún día, llega catorce días antes de las calendas de enero¹ a Lilibeo² e, inmediatamente, se muestra dispuesto a embarcar, aunque no disponía más que de una legión de reclutas y de apenas seiscientos jinetes³. Plantó su tienda junto a la misma línea de la costa, de forma que casi la batía el flujo de las olas. Hizo esto con la intención de que [2] nadie contara con la posibilidad de algún retraso y para que todo el mundo estuviera preparado día a día, hora a hora. Y [3] si bien en aquel momento no se daban las circunstancias adecuadas para navegar, no por ello mantenía en las naves dotaciones inferiores de remeros y soldados para no desaprovechar ninguna ocasión que se le presentase para zarpar. Y aunque recibía noticias, especialmente de parte de los [4] habitantes de la provincia, en el sentido de que las tropas de las que disponían sus enemigos estaban integradas por innumerables jinetes, cuatro legiones reales⁴, un gran contingente de infantería ligera, las diez legiones de Escipión⁵, ciento veinte elefantes y muchas flotillas⁶, con todo, esto no lo apartaba de su resolución y se mantenía firme y confiado. [5] Entretanto, día a día aumentaba el número de naves de guerra y, también, se le unían muchas naves de carga; se le sumaron asimismo cuatro legiones de reclutas, la quinta legión, formada por veteranos⁷, y alrededor de dos mil jinetes.

[2] Reunidas seis legiones y dos mil jinetes, a medida que iban llegando, las legiones eran embarcadas en naves de guerra, mientras que los jinetes lo eran en las naves de carga. [2] Entonces ordenó que la mayor parte de las naves zarpara antes que él y pusiera rumbo a la isla de Aponiana⁸, que dista [3] diez millas de Lilibeo; él, por su parte, se quedó allí unos pocos días más a fin de poner en venta a beneficio del tesoro público los bienes de unos pocos ciudadanos⁹; luego impartió instrucciones de todo tipo al pretor Alieno¹⁰, a cuyo cargo estaba el gobierno de Sicilia, y, especialmente, acerca del

pronto embarque del resto de las tropas. Tras dar estas órdenes, [4] embarcó el sexto día antes de las calendas de enero¹¹ y, enseguida, dio alcance al resto de la flota. Así, al impulso de [5] un viento constante y gracias a la rapidez de su navio, al cabo de cuatro días llegó a la vista de Africa, acompañado de unas pocas naves de guerra, puesto que las de carga, excepto unas pocas, habían sido dispersadas por el viento y en su errático rumbo cada una llegó a puntos diferentes de la costa. Con su flota pasa por delante de Clúpea¹² y luego de [6] Neápolis¹³, dejando tras de sí muchos fortines y plazas fortificadas que no estaban demasiado alejados del mar.

Al llegar a Hadrumeto¹⁴, donde había una guarnición [3] enemiga al mando de Gayo Considio¹⁵, se presentó acompañado de unos tres mil moros Gneo Pisón¹⁶, quien siguiendo la costa había realizado con la caballería el trayecto desde Clúpea hasta Hadrumeto; César, que se había detenido un tiempo allí, ante el puerto, a la espera de la llegada del resto de las naves, desembarca el ejército, integrado en aquellos momentos por tres mil soldados de infantería y ciento cincuenta jinetes, y, tras situar el campamento delante de la ciudad, se instala allí sin violencia de ningún tipo y prohibiendo [2] a todos sus hombres el pillaje. Los ocupantes de la plaza, entretanto, llenan las murallas de hombres armados y se agrupan en gran cantidad delante de la puerta para defenderse; [3] su número era equiparable al de dos legiones. César, a caballo, da la vuelta a la plaza y, una vez observada la naturaleza [4] del terreno, regresa al campamento. No faltaban quienes le acusaban de imprudencia por no haber indicado a los pilotos y capitanes de las naves el sitio aproximado al que debían dirigirse y por no haberles dado, según había sido su práctica tradicional en épocas anteriores, tablillas selladas que, leídas en el momento oportuno, les facilitarían a [5] todos la llegada al lugar prefijado. César en absoluto se había olvidado de esto, pero

sospechaba que no habría ningún puerto de África a donde pudieran llegar las naves con la seguridad de encontrarlo libre de una guarnición enemiga; por eso, fiaba en el azar que se le presentara la ocasión de desembarcar.

[4] Entretanto el legado Lucio Planeo¹⁷ le pidió a César que le autorizara a tratar con Considio, para ver si se le podía [2] hacer entrar en razón de alguna forma. Así pues, obtenido el permiso, escribe una carta y se la da a un prisionero para [3] que la lleve a la plaza, a manos de Considio. Tan pronto como el prisionero llegó a su destino e hizo ademán de entregarle la carta a Considio, tal como se le había encargado, antes de tomarla le preguntó Considio: «¿De quién es esta carta?». A lo que el prisionero contestó: «Del *imperator* César». Considio replicó entonces: «En estos momentos el [4] único *imperator* del pueblo romano es Escipión». A continuación, ordena ejecutar, inmediatamente y en su propia presencia, al prisionero y, sin leer la carta, tal como estaba sellada, se la entrega a un hombre de confianza para que la lleve a Escipión.

Después de pasar César una noche y parte del día junto a [5] la fortaleza sin que Considio diera ninguna respuesta y sin que llegaran en su ayuda el resto de las tropas, puesto que no andaba sobrado de caballería ni tenía efectivos suficientes para asaltar la ciudad y, encima, éstos estaban formados por soldados bisoños, no queriendo tampoco a la primera de cambio causar una grave merma a su ejército y viendo, además, que la fortificación de la plaza era excepcional, y que sus accesos hacían difícil el asalto, en tanto que se le anunciaba que un importante contingente de caballería llegaba en auxilio de los sitiados, no le pareció razonable insistir en el asedio de la fortaleza, no fuera que, estando César empeñado en dicha operación, la caballería enemiga le causara problemas rodeándole por la espalda.

Así pues, mientras César se planteaba levantar el campamento, [6] de repente se produjo una salida en masa

desde la fortaleza, en el mismo instante en que por casualidad llega en ayuda de ésta la caballería enviada por Juba¹⁸ a cobrar el estipendio; de esta manera ocupan el campamento que César había abandonado al emprender la marcha y empiezan a hostilizar su retaguardia. Advertida esta maniobra, los legionarios [2] se pararon de golpe y la caballería, aunque escasa de efectivos, arremetió muy audazmente contra aquel inmenso [3] tropel. Y sucedió algo increíble: menos de trescientos jinetes galos lograron rechazar a dos mil jinetes moros y [4] los obligaron a guarecerse en la fortaleza. Una vez que fueron rechazados y obligados a entrar en las fortificaciones, [5] César reemprendió la marcha según lo planeado. Y, puesto que la maniobra se repetía continuamente, de manera que los enemigos ora nos hostigaban, ora eran perseguidos por nuestra caballería hasta la fortaleza, decidió colocar las pocas cohortes de veteranos que llevaba consigo en la retaguardia con el apoyo de una parte de la caballería y reanudar la marcha pausadamente con el resto de los efectivos. [6] Así, cuanto más se alejaba de la fortaleza, más remisos se [7] mostraban los númidas en hostilizarlo. Entretanto, durante su marcha, desde las plazas y desde los fortines venían delegaciones a prometerle trigo y a decirle que estaban dispuestos cumplir sus órdenes. Así pues, ese día acampó junto a la ciudad de Rúspina¹⁹.

[7] En las calendas de enero²⁰ levantó de allí el campamento y llegó a la plaza fuerte de Leptis²¹, ciudad libre y franca. Vienen legados de la ciudad a su encuentro y le prometen [2] hacer de corazón todo lo que él quiera. Así pues, colocados centuriones y guardias junto a las puertas de la plaza, para que ningún soldado entrara en ella ni cometiera ningún abuso contra sus habitantes, emplazó su campamento no lejos [3] de la ciudad, siguiendo la línea de la costa. Allí mismo arribaron por casualidad algunas naves de carga y otras de guerra; a las restantes, según le fue comunicado, se las vio dirigirse a Útica²², seguramente a causa de su

desconocimiento de la costa. Entretanto, César no se apartaba del mar ni se [4] dirigía tierra adentro por culpa de las naves extraviadas y mantenía a toda la caballería embarcada para impedir, en mi opinión²³, que se devastaran los campos; ordena transportar agua a las naves. En éstas, repentinamente, unos jinetes moros [5] lanzaron un ataque contra los remeros que habían desembarcado para hacer la aguada, sin que los cesarianos se lo esperaran, e hirieron a muchos con sus venablos y mataron a algunos. Pues se ponen al acecho escondidos con sus cabalíos [6] entre los barrancos y realizan acometidas de forma inopinada, pero sin luchar cuerpo a cuerpo en campo abierto.

César, entretanto, despachó emisarios a Cerdeña y a las [8] restantes provincias vecinas con cartas en las que pedía que tan pronto como las hubiesen leído le enviaran refuerzos, avituallamiento y trigo; y, después de haber hecho descargar una parte de las naves de guerra, envía a Rabirio Postumo²⁴ a Sicilia para que trajera consigo el segundo convoy de tropas. Mientras tanto, ordena a ***²⁵ que con diez naves de [2] guerra salga en busca del resto de los navios de carga extraviados y que al mismo tiempo se ocupe de mantener el mar libre [3] de enemigos. Asimismo, ordena al pretor Gayo Salustio Crispo²⁶ que se dirija con una parte de la flota a la isla de Cercina²⁷, que estaba en poder del enemigo, porque oía decir [4] que allí había una gran cantidad de trigo. Estas órdenes se las daba a todo el mundo de forma tan tajante e imperativa que, tanto si podían cumplirse como si no, no había lugar [5] para la disculpa ni excusa para el retraso. Él mismo, entretanto, conocidos a través de los desertores y de los habitantes del lugar los acuerdos entre Escipión y quienes con éste peleaban contra él, se compadecía de que la locura de los hombres fuera tan grande —pues Escipión mantenía a la caballería del rey a expensas de la provincia de África—, que prefirieran ser tributarios del rey a tener el pleno disfrute de

sus derechos entre sus conciudadanos, en su patria y disponiendo de todos sus bienes.

[9] César, cuatro días antes de las nonas de enero²⁸, levanta el campamento; dejando en Leptis una guarnición de seis cohortes a las órdenes de Sasema²⁹; se dirige con el resto de las tropas al mismo sitio de donde había llegado el día anterior, a Rúspina, y, tras dejar allí los bagajes del ejército, marcha con una tropa ligera en busca de trigo por las casas de campo de los alrededores y ordena a los habitantes de la ciudad que le sigan con todos los carros y bestias de carga [2] que haya en la ciudad. Y así, tras hallar una gran cantidad de trigo, regresa a Rúspina. Considero³⁰ que hizo este acopio para no dejar vacíos detrás de sí los pueblos de la costa y para consolidarlos con guarniciones de manera que pudieran ser refugios seguros para la flota.

Así pues, tras dejar aquí con una legión a Publio Saserna³¹, [10] hermano del Saserna que había dejado en la cercana ciudadela de Leptis, ordena transportar a la ciudad toda la leña posible. Él en persona, con siete cohortes segregadas de las legiones veteranas que habían prestado servicio en la flota³² con Sulpicio³³ y Vatinio³⁴, sale de Rúspina y se dirige al puerto que está a dos millas de la ciudad³⁵, y allí, al atardecer, se embarca con estas tropas. Nadie en el ejército conocía [2] los planes del *imperator* y nadie dejaba de interesarse por ellos, movidos por el miedo y la preocupación. Pues, [3] con unas fuerzas limitadas³⁶, y aún éstas formadas de reclutas y no desembarcadas al completo, se veían en África enfrentados a grandes tropas y a la incalculable caballería de una nación, encima, traidora; y no encontraban ningún consuelo inmediato ni ayuda en el consejo de los suyos, a no ser en el rostro del *imperator*, en su energía y en su admirable buen humor, dado que César aparentaba una confianza profunda y autosuficiente. Ante él, los hombres se sosegaban y [4] confiaban todos en que su pericia y buen juicio propiciarían un desenlace favorable de los acontecimientos.

[11] Cuando César, tras pasar la noche a bordo, se disponía a partir con las primeras luces del día, sucedió que, inesperadamente, la parte de la flota por la que temía se estaba concentrando de vuelta de su periplo en el mismo lugar en que [2] él se encontraba. Conocida esta circunstancia, César ordena a todos sus hombres que desembarquen rápidamente y, armados, aguarden en la costa la llegada del resto de las tropas. [3] Así pues, puestas a resguardo sin dilación las naves en el puerto y desembarcadas la caballería y la infantería, regresa de nuevo a la ciudad de Rúspina, y, establecido allí el campamento³⁷, él mismo salió con treinta cohortes armadas [4] a la ligera en busca de trigo. De esta manera se supo cuál era el plan de César: salir, a escondidas del enemigo, con su flota en ayuda de las naves de carga que se habían extraviado, para evitar que la casualidad hiciera que sus naves, sin saberlo, fueran a toparse con la escuadra del enemigo; y no había querido que eso lo supieran los soldados que se habían quedado de guarnición, para que el miedo no los desmoralizara dada la escasez de sus efectivos y el gran número de tropas enemigas.

[12] Entretanto, cuando César se había alejado ya unas tres millas del campamento, los exploradores y las avanzadillas de caballería le comunican que han avistado al enemigo no lejos de su posición. Y, ¡maldición!³⁸, al tiempo que se le daba este parte, empezó a divisarse una inmensa polvareda. [2] Enterado de ello, César ordena rápidamente que toda la caballería, cuyos efectivos no eran importantes en aquel momento, y los arqueros, que eran escasos en número, salgan del campamento y que las tropas encuadradas en sus unidades le sigan a corta distancia; él se adelanta con un pequeño escuadrón. Y cuando ya podía divisarse a lo lejos el enemigo, [3] ordena que los soldados se pongan el casco y se apresten para el combate; el número total de sus efectivos era de treinta cohortes, dos mil jinetes y ciento cincuenta arqueros.

Entretanto, el enemigo, a cuyo frente estaban Labieno³⁹ [13] y los dos Pacideyos⁴⁰, se despliega en una línea de batalla compacta y de sorprendente extensión, constituida no por infantería, sino por tropas a caballo, y entre éstas habían intercalado tropas númeridas armadas a la ligera y arqueros a pie, y apretaron las líneas de tal forma que de lejos los cesarianos pensaban que eran tropas de infantería; habían reforzado el ala derecha y la izquierda con grandes contingentes de caballería. Entretanto, César despliega sus tropas en una [2] sola línea, hasta donde se lo permitía la escasez de efectivos; sitúa a los arqueros delante de la línea, coloca la caballería en las dos alas, con órdenes precisas de que no se dejen rodear por la numerosa caballería enemiga; consideraba, sin duda, que al entablarse la batalla se las tendría que ver con tropas de infantería.

Y en tanto que crecía la expectación por ambos bandos [14] sin que César hiciera movimiento alguno, puesto que era consciente de que para enfrentarse con tan escaso número de efectivos a un enemigo de tan gran potencial tenía que fiar más en la táctica que en la fuerza, de repente la caballería enemiga empezó a desplegarse, a extender la línea de su frente, a rebasar las colinas, intentando de esta forma cuartear [2] la caballería de César y al mismo tiempo envolverla. La caballería cesariana resistía con dificultades ante la inmensa superioridad numérica del enemigo. Entretanto, cuando los núcleos centrales de las dos líneas estaban a punto de entrar en liza, súbitamente se disgrega de la apretada formación la infantería ligera númerida junto con la caballería y dirigen sus [3] venablos contra la infantería legionaria. En este punto, después que los cesarianos lanzaban su ataque, los jinetes enemigos se retiraban, mientras su infantería resistía a la espera de que los jinetes en una nueva carga vinieran en su ayuda.

[15] ís César, advirtiéndole que con la nueva táctica de combate adoptada por el enemigo se descomponía su

formación, al distanciarse las filas —pues, mientras los jinetes se alejaban demasiado de sus enseñas en sus labores de persecución, la infantería, al tener desguarnecido su flanco, era alcanzada por los disparos cercanos de los númidas, en tanto que los jinetes enemigos esquivaban fácilmente por su rapidez los venablos de nuestros soldados—, hizo correr entre sus filas la orden de que ningún soldado se apartara más de cuatro [2] pasos de su unidad. Entretanto, la caballería de Labieno, confiada en su superioridad numérica, intenta rodear los escasos efectivos de César; las escasas tropas montadas de César, fatigadas por su enfrentamiento con un enemigo tan numeroso, y con sus caballos heridos, iban cediendo progresivamente, [3] y los enemigos empujaban más y más. Así, en un determinado momento, rodeados todos los legionarios por la caballería enemiga, las tropas de César se vieron impelidas a adoptar la formación de defensa en círculo⁴¹, de manera que todos estaban obligados a luchar dentro de unos estrechos límites.

Labieno, a caballo, con la cabeza descubierta, iba y venía [16] en primera línea, al tiempo que animaba a los suyos y de vez en cuando increpaba a los legionarios de César de esta forma: «Eh, tú, recluta, ¿por qué te muestras tan valentón? ¿También a vosotros os ha trastornado éste con sus palabras? ¡Por Hércules, que os ha metido en un buen fregado! ¡Me dais pena!». A lo que respondió el soldado: «No soy un [2] recluta, Labieno, sino un veterano de la décima legión». A esto añadió Labieno: «No distingo las enseñas de la décima legión»⁴². Entonces el soldado replicó: «Pues vas a saber [3] quién soy yo». Al instante se quitó el casco de la cabeza para que lo pudiera reconocer y blandiendo el venablo con todas sus fuerzas, dispuesto a lanzarlo contra Labieno, lo clavó profundamente en el pecho del caballo y añadió: «Que sepas que es un soldado de la décima legión quien te desmonta». Sin embargo, estaban todos tan atemorizados, y especialmente [4]

los reclutas, que no hacían más que buscar con la mirada a César y tratar de esquivar los disparos del enemigo.

César, entretanto, sabedor del plan enemigo, ordena extender [17] al máximo la línea del frente y, obligando a realizar un cambio de frente a la mitad de las cohortes, de manera que unas lucharan detrás de las enseñas y otras delante de ellas, logró dividir de esta forma la corona envolvente de los enemigos por su ala derecha y por su ala izquierda y, atacando con la infantería el centro de uno de los frentes que la caballería mantenía separado del otro, lo puso en fuga en medio de una lluvia de proyectiles y no avanzó más por miedo a las emboscadas, así que se retiró a su posición. Lo mismo hizo la otra mitad de la caballería y de la infantería [2] de César⁴³. Concluida esta acción y rechazado bastante lejos el enemigo y con importantes pérdidas, empieza a retirarse a sus acuartelamientos manteniendo la formación de combate.

[18] Entretanto, Marco Petreio⁴⁴ y Gneo Pisón, con mil seiscientos jinetes numidas escogidos y con un contingente bastante importante de infantería de la misma procedencia, [2] acuden enfilados en ayuda de los suyos. Y los enemigos, rehechos del miedo y con el ánimo recuperado de nuevo, hacen volver grupas a la caballería y empiezan a acometer contra la retaguardia de nuestras tropas en retirada, impidiéndoles [3] refugiarse en el campamento. Advertido esto, César ordena dar inedia vuelta y reemprender el combate en medio de la llanura. Pero, puesto que los enemigos se servían [4] de la misma táctica y no se llegaba al combate cuerpo a cuerpo, y la caballería cesariana, exhaustas sus monturas a causa del mareo todavía reciente, de la sed, de la fatiga, de la inferioridad numérica y de las heridas, se mostraba demasiado lenta para perseguir al enemigo y para seguir cabalgando, y siendo ya poco lo que quedaba del día, César, revistadas su caballería y sus legiones, las insta a atacar de golpe y a no ceder en su ataque hasta haber rechazado a los enemigos más allá de las colinas y haberse apoderado de ellas.

Así pues, dada la señal, en un momento en que el [5] enemigo ya disparaba sus proyectiles sin fuerza y sin demasiado encono, lanza repentinamente al ataque a las cohortes y a los escuadrones de caballería, y en un instante los enemigos fueron arrojados de la llanura sin ningún esfuerzo y después desalojados de la colina⁴⁵; tomaron la posición los cesarianos y, tras permanecer un tiempo allá, se retiran a sus fortificaciones paso a paso, no sin mantener la formación. Asimismo, los adversarios, tras este revés, se refugiaron finalmente en sus acuartelamientos⁴⁶.

Concluida esta maniobra e interrumpido el combate, [19] fueron muchos y de condición muy diversa los adversarios que se pasaron de bando, y, además, fueron capturados muchos soldados de la caballería y de la infantería enemigas. A 2 través de ellos se tuvo conocimiento del plan del enemigo: ellos habían venido con la firme determinación de confundir a los bisoños y escasos legionarios de César con una táctica de combate inusitadamente novedosa: consistía en rodearlos con la caballería y masacrarlos, siguiendo el ejemplo de lo [3] acaecido con Curión⁴⁷. Y, en este sentido, Labieno⁴⁸ había dicho ante la asamblea de sus tropas que proporcionaría tal cantidad de efectivos auxiliares a los adversarios de César, que los cesarianos sucumbirían exhaustos por su propia victoria y de tanto matar, y que así serían vencidos por los suyos. ¿Quién de aquéllos no iba a confiar en él? En primer lugar, porque había oído decir que en Roma las legiones veteranas se habían insubordinado y no querían pasar a África⁴⁹; luego, porque después de tres años en África se había ganado la lealtad de sus soldados a base de mantener con ellos un trato continuado; por otra parte, contaba con contingentes importantísimos de tropas númeras, tanto de caballería como de infantería ligera, a los que había que añadir los jinetes germánicos y galos que, después de la fuga que siguió al combate pompeyano, se había llevado de Butroto⁵⁰ y que después en África había incrementado con levadas de mestizos, libertos y esclavos, a los

que había armado y enseñado a montar caballos embridados. Asimismo, tenía a su disposición los refuerzos reales: ciento veinte elefantes y un sinnúmero de jinetes; luego estaban las legiones regulares y más de doce mil hombres de todas las armas y cuerpos. Labieno, [4] esperanzado y enardecido por su audacia, con mil seiscientos jinetes galos y germanos, ocho mil númidas que montaban sin brida, contando además con los refuerzos de Petreyo: mil seiscientos jinetes y cuatro veces más de infantería ligera, junto con arqueros, honderos y muchos arqueros montados; con estas tropas, la víspera de las nonas de enero⁵¹, a los cinco días de la llegada de César a África, libró la batalla en una llanura absolutamente plana y despejada desde la hora quinta del día hasta la puesta del sol. En este combate Petreyo fue herido de gravedad y tuvo que abandonar el campo de batalla.

Mientras tanto, César se afanaba por fortificar más cuidadosamente [20] el campamento, reforzaba sus posiciones con más tropas, hacía cavar una trinchera desde la fortaleza de Rúspina hasta el mar, y otra desde el campamento también hasta el mar para que de esa forma la circulación en uno y otro sentido fuera más segura y los refuerzos pudieran acudir en su ayuda sin peligro; hacía transportar armas y maquinaria de guerra desde las naves hasta el campamento; armaba a una parte de los remeros galos y rodios y también de la marinería, y los hacía acudir al campamento con la idea de intercalar la infantería ligera entre su caballería, si se presentaba la ocasión, siguiendo la misma táctica que el adversario; y de todas las naves sacaba arqueros itireos, sirios y de cualquier procedencia para llevarlos al campamento y aumentar así grandemente el número de sus tropas. Pues, a [2] los dos días de haberse librado el combate, ya oía decir que Escipión se acercaba y que unía sus tropas a las de Labieno y Petreyo; y las noticias eran de que estas tropas estaban formadas por ocho legiones y una fuerza de tres mil jinetes; [3] en consecuencia, establecía talleres de forja, se preocupaba de que se fabricaran

muchas flechas y proyectiles, hacía fundir balas, preparar estacas; enviaba cartas y mensajeros a Sicilia para que se le proveyese de cañizos y de madera para los arietes, pues había escasez de este material en África, [4] y se le suministrase además hierro y plomo. Asimismo, se apercibía de que en África no podía disponer de trigo si no era importándolo, pues el año anterior, a causa de las levas de sus adversarios, no había habido cosecha⁵², ya que los labradores sujetos a estipendio habían sido convertidos en soldados; además, sus adversarios habían almacenado todo el trigo de África en unos pocos poblados muy bien defendidos, de manera que toda África se había quedado vacía; todas las plazas, excepto las que podían controlar con sus guarniciones, habían sido destruidas y abandonadas, y sus pobladores obligados a establecerse en el interior de las guarniciones enemigas⁵³; los campos estaban abandonados y devastados.

[21] César, forzado por la necesidad, presionando y halagando a los particulares, había conseguido almacenar en su guarnición cierta cantidad de trigo y lo administraba cuidadosamente. Entretanto, él recorría a diario los trabajos y mantenía de guardia el doble de cohortes a causa del gran [2] número de enemigos. Labieno, después de curarlos, hace transportar en carros a sus heridos, que eran muchos, a [3] Hadrumeto. Mientras tanto, las naves de carga de César vagaban con rumbo errático al desconocer su posición y la situación del campamento. De una en una eran abordadas por nutridas flotillas de esquifes enemigos que las incendiaban y las asaltaban. Una vez que se le comunicó a César este problema, [4] dispuso flotas de vigilancia alrededor de las islas y de los puertos para que el aprovisionamiento le pudiera llegar con mayor seguridad.

Entretanto, Marco Catón, que gobernaba la ciudad de [22] Útica⁵⁴, no dejaba de reprender a Gneo Pompeyo, hijo, intensa y asiduamente. «Tu padre», le decía, «a tu edad, habiéndose [2] percatado de que la República se encontraba sometida a la

opresión de ciudadanos impíos y criminales, y de que los ciudadanos honrados habían sido muertos o, castigados con el exilio, se veían privados de su patria y de sus derechos civiles, impulsado por el ansia de gloria y también por su grandeza de ánimo, aunque era un particular y un jovenzuelo, tras reunir los restos del ejército de su padre, ganó la libertad de Italia y de la propia ciudad de Roma, que se encontraban sojuzgadas y destruidas casi del todo, y con admirable rapidez recuperó por las armas Sicilia, África, Numidia y Mauritania⁵⁵. Con estas hazañas se procuró un [3] prestigio muy brillante y amplio entre las naciones del mundo; y, siendo un jovenzuelo y un simple caballero romano, alcanzó el triunfo⁵⁶. Y eso que él no contaba, como tú, con [4] las abundantes hazañas de su padre, ni con un prestigio tan magnífico de parte de sus antepasados, ni con tantos clientes, ni con un nombre tan ilustre, cuando entró en política. [5] Tú, en cambio, que cuentas con la nobleza y el prestigio de tu padre, y tienes además por ti mismo suficiente grandeza de ánimo y responsabilidad, ¿no vas a esforzarte por acudir ante la clientela de tu padre en demanda de ayuda para ti, para la República y para los hombres de bien?».

[23] El muchacho, picado por las palabras de un hombre tan respetable, con treinta pequeñas embarcaciones de todo tipo y sólo unas pocas provistas de espolones, se dirigió desde Útica a Mauritania, se adentró en los dominios del rey Bógudo⁵⁷ y, con un ejército de tropas ligeras formado por dos mil esclavos y hombres libres, en parte armados y en parte desarmados, inicia la aproximación a la ciudad de Ascuro⁵⁸, [2] fortaleza en la que había una guarnición real. Ante la llegada de Pompeyo, los habitantes de la plaza le dejaron que se acercara hasta casi la muralla y las mismas puertas de la ciudad, y realizando entonces una repentina salida arrollaron y llenaron de pánico a los pompeyanos, empujándolos en [3] desorden hasta el mar y sus naves. Fracasada esta empresa, Gneo Pompeyo, hijo, retiró sus naves de aquel lugar y, sin

tocar ningún otro punto de la costa, puso con su escuadra rumbo a las Baleares⁵⁹.

Escipión, entretanto, con las tropas que antes señalamos⁶⁰, [24] después de dejar una fuerte guarnición en Útica, emprendió la marcha; en primer lugar, emplaza su campamento en Hadrumeto y, tras demorarse allí unos pocos días, realiza una marcha nocturna y se une con las tropas de Labieno y Petreyo, y, una vez unificados los campamentos, se establecen a seis millas⁶¹ del de César. Mientras tanto, su caballería [2] patrullaba en torno a las fortificaciones de César sorprendiendo a los que salían de la zona atrincherada para forrajear o hacer la aguada; de esta forma obligaba a todos los adversarios a mantenerse dentro de la fortificación. Esta [3] táctica causaba graves problemas de abastecimiento a las tropas de César, puesto que todavía no había llegado el aprovisionamiento procedente de Sicilia ni de Cerdeña, ni tampoco, dada la época del año, podían las flotas moverse sin peligro por el mar. Por otra parte, no disponían más que de tres millas⁶² de tierra africana en cualquier sentido que se midiera y se veían agobiados por la escasez de pasto. Forzados [4] por esta penuria, los soldados veteranos, tanto de infantería como de caballería, que habían acometido muchas guerras, por tierra y por mar, y que a menudo habían sufrido peligros y carencias similares, recogían algas de la costa y, tras lavarlas con agua dulce, se las suministraban a los animales para alargarles así la vida.

Mientras acaecían estos hechos, el rey Juba, conociendo [25] las dificultades de César y la escasez de sus tropas, consideró que no se le tenía que dar la oportunidad de reponerse ni de aumentar sus efectivos. Así pues, tras reunir un importante número de tropas de infantería y de caballería, salió de [2] su reino decidido a ir en ayuda de sus aliados. Entretanto, Publio Sítio⁶³ y el rey Boco⁶⁴, que habían unido sus fuerzas, una vez conocida la partida del rey Juba, acercaron sus tropas al reino de éste y acometiendo contra

Cirta⁶⁵, la ciudad más rica del reino, tras unos pocos días de lucha, lograron capturarla y lo mismo hicieron con dos fortalezas de los gétulos⁶⁶. [3] Éstos, habiendo rechazado la oferta que les hizo Publio Sítio de que evacuaran la plaza y se la entregaran vacía, fueron a continuación todos ellos capturados y muertos. Y desde allí siguió su avance Publio Sítio, sin dejar de devastar [4] campos y ciudades. Conocidos estos hechos, Juba, que ya no se encontraba lejos de Escipión y de sus comandantes, consideró que era preferible socorrerse a sí mismo y a su reino antes que marchar en ayuda de otros, no fuera que expulsado de su reino se viera abocado a una doble derrota. [5] Así pues, se retiró y se llevó consigo las tropas auxiliares que le había mandado a Escipión y, temiendo por su futuro y el de sus posesiones, no sin dejarle treinta elefantes a Escipión, acudió en ayuda de su territorio y de sus ciudades.

[26] Entretanto, César, puesto que existían dudas en la provincia acerca de su llegada y nadie creía que él en persona hubiese llegado a África con un ejército, sino que se trataba de alguno de sus legados, escribe cartas para hacer saber a todas las ciudades, a lo largo y ancho de la provincia, que era verdaderamente él quien había llegado. Al mismo tiempo. [2] personajes distinguidos empezaron a huir de sus ciudades y a presentarse en el campamento de César, dándole cuenta de la terrible crueldad de sus adversarios. César, [3] conmovido por sus lágrimas y sus quejas, aunque desde antes tenía decidido que sólo a comienzos del verano sacaría de los campamentos todas sus tropas y elementos auxiliares para combatir a sus adversarios, decidió entonces cambiar de planes iniciando una campaña de invierno y escribió inmediatamente una misiva a Alieno y a Rabirio Postumo, que se encontraban en Sicilia, y se la mandó con una nave de exploración; en la carta les ordenaba que sin demora y sin excusarse en el invierno ni en los vientos se le hiciera llegar lo más rápidamente posible su ejército, señalando que la provincia de África estaba a punto

de sucumbir y de ser arrasada hasta los cimientos por sus enemigos; y que, si no se acudía prestamente en ayuda de sus aliados, los criminales ardides de los enemigos no dejarían nada, ni siquiera un techo donde guarecerse, excepto la propia tierra de África. El mismo se veía preso de tanta impaciencia y expectación [4] que ya al día siguiente de enviar al mensajero con la carta a Sicilia se quejaba del retraso de la escuadra y del ejército, y se pasaba los días y las noches con los ojos y la mente fijos en el mar. Y no es de extrañar, pues veía quemar las fincas, [5] devastar los campos, robar y matar el ganado, destruir y abandonar las ciudades y los fortines, asesinar o encarcelar a los personajes principales de las ciudades, reducir a la esclavitud a sus hijos, so pretexto de tomarlos como rehenes; a los desgraciados que imploraban su protección no podía ayudarles por la falta de tropas. A pesar de todo, César seguía [6] ejercitando, mientras tanto, a sus tropas en los trabajos, fortificaba el campamento y no dejaba de levantar torres y fortines, y de construir espigones en el mar.

[27] Entretanto, Escipión decidió adiestrar a los elefantes de la siguiente manera: formó dos líneas de combate; una de honderos, puesta enfrente de la de los elefantes, que actuando a la manera de los enemigos debía lanzar pequeñas piedras contra la cabeza de los animales; luego alineó a los elefantes y detrás de ellos formó su propia línea de combate, de manera que cuando los enemigos empezasen a lanzar piedras y los elefantes asustados se hubiesen vuelto hacia los suyos, se les lanzasen también piedras desde las propias líneas [2] y se los dirigiera de nuevo contra el enemigo. Pero este trabajo de instrucción resultaba difícil y lento; pues los elefantes, animales toscos, a los que apenas se consigue adiestrar con muchos años de entrenamiento y una larga práctica, cuando se utilizan en un combate son tan peligrosos para el enemigo como para las propias líneas.

[28] Mientras en Rúspina los dos comandantes se ocupan de estos preparativos, el antiguo pretor Gayo Vergilio⁶⁷, que

estaba al frente de la ciudadela marítima de Tapso⁶⁸, habiéndose apercebido de que naves aisladas cargadas con el ejército de César andaban errantes por su desconocimiento de la costa y de la ubicación de su campamento, aprovechó la ocasión para llenar de soldados y arqueros una nave ligera que tenía allí, la protegió con una flotilla de esquifes y empezó [2] a perseguir de una en una las naves de César. Pero cuando, rechazado y puesto en fuga tras intentar el abordaje de muchas naves, se retiraba de aquel escenario, aunque sin desistir de nuevos intentos, se topó por casualidad con una nave en la que iban los dos Ticios, jóvenes hispanos, tribunos de la quinta legión, a cuyo padre César había designado senador⁶⁹, y con ellos estaba Tito Salieno, centurión de la misma legión, quien en Mesina había asediado la residencia del legado Marco Mésala y había mantenido ante él propuestas muy sediciosas⁷⁰, y se había ocupado de retener y vigilar el dinero y los ornamentos destinados al triunfo de César; este comportamiento hacía que temiera por su destino. Consciente de su culpabilidad, convenció a los dos jóvenes [3] de que no opusieran resistencia y se entregaran a Vergilio; y así, fueron llevados por Vergilio ante Escipión, puestos bajo custodia y a los tres días ejecutados. Se dice [4] que, cuando iban camino de la ejecución, el mayor de los Ticios pidió a los centuriones que lo mataran a él antes que a su hermano, cosa que le concedieron sin dificultad, y en este orden fueron ajusticiados.

Entretanto, los escuadrones de caballería que solían permanecer [29] de guardia delante de las empalizadas no dejan pasar un solo día sin enzarzarse entre ellos en pequeñas escaramuzas. A veces, también los germanos y los galos del ejército de Labieno, tras obtener garantías de parte de los jinetes de César, conversaban con ellos. Entretanto, Labieno [2] intentaba insistentemente penetrar por la fuerza en la fortaleza de Leptis, al frente de la cual estaba Saserna, con un contingente de seis cohortes; la defensa de la posición era fácil y no entrañaba peligro para los defensores a causa de la

excelente fortificación de la plaza y de la abundancia de [3] maquinaria bélica. La caballería de Labieno no cesaba de intentarlo con mucha insistencia, cuando al apelo-tonarse por casualidad ante una puerta uno de los escuadrones, el disparo asombrosamente certero de un escorpión alcanzó al decurión y lo dejó clavado a su caballo, ante lo cual los demás, aterrados, se dieron a la fuga y se refugiaron en el campamento. Este hecho les disuadió de intentar tomar la ciudad.

[30] Entretanto, casi a diario, Escipión disponía a su ejército en formación de combate a una distancia de su campamento que no superaba los trescientos pasos⁷¹ y, tras consumir en estas exhibiciones la mayor parte del día, se retiraba de nuevo [2] al campamento. Y como lo hiciera bastante a menudo sin que saliera nadie del campamento de César y sin que nadie se le acercara, despreciando la pasividad de César y de su ejército, sacó a todas sus tropas, formó delante una línea con los treinta elefantes armados con torretas y, al tiempo que avanzaba, montó con sus innumerables tropas de infantería y de caballería una formación de combate a la que dio el mayor frente posible, y de esta forma se situó en medio de la llanura, no lejos del campamento de César.

[31] Enterado de esta maniobra, César ordena que los soldados que habían salido fuera de las fortificaciones para forrajear, recoger leña o trabajar en las obras de defensa y los que habían ido en busca de estacas y de otras cosas necesarias para las obras se replieguen todos al interior de las fortificaciones de forma pausada y ordenada, sin desorden ni pánico, [2] y que tomen posiciones en la empalizada. Por otra parte, a los jinetes que estaban de guardia les ordena permanecer en la posición en la que se habían situado poco antes hasta que estuvieran a tiro del enemigo; caso de que se acercara más, debían refugiarse dentro de la fortificación lo más ordenadamente posible. Respecto al resto de la caballería, [3] ordena también que cada uno permanezca en su posición, armado y a punto. Y todas estas órdenes no las daba

personalmente [4] mientras observaba los movimientos desde la empalizada, sino que, dotado de un admirable conocimiento del arte de la guerra, ordenaba, sentado en el pretorio, a través de exploradores y mensajeros lo que quería que se hiciese. Efectivamente, tenía plena conciencia de que los adversarios, [5] aunque confiados en el gran número de sus tropas, eran, con todo, los mismos a los que, tras ponerlos en fuga, derrotarlos y llenarlos de pánico, les había permitido vivir perdonándoles sus faltas. Por ello, dada su incapacidad y su estado de ánimo, nunca tendrían tanta confianza en la victoria como para atreverse a asaltar su campamento. Además, [6] su propio nombre y su prestigio reducían en gran manera la audacia del ejército enemigo. Encima, las magníficas fortificaciones [7] del campamento, la altura de la empalizada y la profundidad del foso, y, fuera del recinto, los pozos de lobo, admirablemente disimulados, impedían el acceso a los adversarios incluso sin la presencia de defensores; tenía asimismo una gran abundancia de escorpiones, catapultas y demás máquinas de artillería que suelen usarse en la defensa. Y estos preparativos los había realizado a causa de la [8] parquedad y bisonñez del ejército de que disponía en aquel momento, y no porque lo inquietaran o asustaran las fuerzas enemigas, cosa que, sin embargo, era en opinión de éstas lo que le hacía mostrarse pasivo y temeroso. Y la razón por la [9] que no sacaba sus tropas y las ponía en formación de combate no era la desconfianza en su victoria, pese a que sus efectivos eran escasos y bisonños, sino la consideración de que había que tener en cuenta la forma en que se lograba la victoria; pues estimaba que sería una torpeza por su parte, después de realizar tantas gestas, de derrotar a tantos ejércitos, de alcanzar tantas y tan destacadas victorias, que se considerase que había logrado una victoria sangrienta sobre las migajas de las tropas enemigas reunidas después de la [10] huida. En consecuencia, había determinado soportar la jactancia y el optimismo de

éstos hasta que le llegara una parte de las legiones de veteranos en una segunda expedición.

[32] Entretanto, Escipión, después de permanecer un tiempo en esta posición, tal como he dicho antes⁷², como para demostrar su desprecio por César, retira poco a poco sus tropas al campamento y, convocada una asamblea, habla sobre el miedo y la desesperación del ejército de César, y arenga a sus tropas prometiéndoles que en poco tiempo les va a brindar [2] una victoria definitiva. César, por su parte, ordena a sus soldados volver de nuevo al trabajo y, so pretexto de seguir con la fortificación, no concede a los reclutas un instante de [3] respiro en su trabajo. Entretanto, los númidas y los gétulos no dejan, día a día, de escaparse del campamento de Escipión y de volver, unos, a su país, y otros, dado que ellos mismos y sus antepasados habían disfrutado del favor de Gayo Mario y oían decir que César era pariente suyo⁷³, de [4] refugiarse en masa en el campamento de éste. Elige entre éstos a los personajes más ilustres y los despide tras darles misivas para sus conciudadanos en las que les exhortaba a reclutar tropas y a defenderse, ellos y los suyos, y a no someterse a sus enemigos y adversarios.

Mientras en Rúspina se desarrollan estos acontecimientos, [33] se presentan ante César unos embajadores de Acila⁷⁴, ciudad libre y franca, y le prometen que están dispuestos a acometer de buen grado cualquier empresa que les encargue; solamente le piden encarecidamente que les provea de una guarnición, para que puedan hacerlo con más seguridad y sin peligro; que ellos, en aras de la común salvación, les proveerían de trigo y de cualquier cosa que estuviera a su alcance. Obtenidas fácilmente de César estas concesiones, [2] después de asignarles una guarnición, ordena que Gayo Mesio⁷⁵, que había desempeñado el cargo de edil, se dirija a Acila. Conocidos estos hechos, Considio Longo, que con el [3] apoyo de dos legiones y setecientos jinetes tenía a su cargo el gobierno de Hadrumeto, dejando allí una parte de la

guarnición, se pone rápidamente en camino hacia Acila con ocho cohortes. Mesio, cubierto el trayecto con mayor rapidez, [4] consigue llegar primero a Acila con sus cohortes. Entretanto, [5] Considio, tras acercarse a la ciudad con sus tropas y apercibirse de que la guarnición de César estaba allí, no atreviéndose a exponer a sus hombres al peligro y sin realizar ninguna acción en consonancia con el gran número de tropas que llevaba consigo, se retiró de nuevo a Hadrumeto; luego, una vez que pocos días después Labieno aportó un contingente de caballería, empieza a asediar de nuevo a los acilitanos e instala allá su campamento.

[34] A la sazón, Gayo Salustio Crispo, de quien dijimos⁷⁶ que pocos días antes César lo había enviado con una flota a [2] Cercina, alcanza su destino. A su llegada, Gayo Decimio, excuestor, que con la ayuda de una importante guarnición formada por sus propios esclavos tenía a su cargo el avituallamiento, apoderándose de un pequeño navio se embarca y [3] se da a la fuga. El pretor Salustio, entretanto, acogido por los habitantes de Cercina, encuentra una gran cantidad de trigo con el que llena la notable flota de naves de carga que [4] allí se encontraba y lo expide al campamento de César. Entretanto, el procónsul Alieno, en Lilibeo, embarca en naves de carga las legiones XIII y XIV junto con ochocientos jinetes galos y un contingente de mil honderos y arqueros; y con estos componentes despacha la segunda expedición al encuentro [5] de César en África. Estas naves, maniobrando con el viento a favor, llegaron indemnes tres días después al [6] puerto de Rúspina, donde César había acampado⁷⁷. Así, César, animado al mismo tiempo por una doble y agradable satisfacción, el trigo y los refuerzos⁷⁸, lo que se traducía en el contento de sus hombres y en la desaparición de la preocupación por el aprovisionamiento, disipa toda inquietud, hace desembarcar a las legiones y a la caballería, y toma disposiciones para que se repongan del cansancio y del mareo, y los distribuye por los fortines y los bastiones.

[35] Escipión y los que con él se encontraban estaban admirados y buscaban explicaciones a estos hechos; sospechaban que Gayo César, que tenía la costumbre de tomar la delantera a la hora de empezar la ofensiva o de incitar al combate, no podía haber cambiado súbitamente de actitud sin un sólido motivo. Así pues, enormemente atemorizados por su pasividad, [2] envían al campamento de César a dos gétulos que tenían por muy afectos a su causa, tras ofrecerles grandes recompensas y buenas perspectivas, con la misión de espiar bajo la apariencia de prófugos. Éstos, tan pronto como fueron [3] llevados a su presencia, solicitaron que se les permitiera decir la verdad sin temor. Una vez que se les da permiso dicen; [4] «A menudo, *Imperator*, muchos gétulos que somos clientes de Gayo Mario⁷⁹ y casi todos los ciudadanos romanos, encuadrados en las legiones cuarta y sexta, hemos querido pasamos a tu causa y a tus líneas. Sin embargo, la vigilancia de la caballería nómada nos impedía hacerlo sin riesgo. Llegada ahora la ocasión, al haber sido enviados como espías por Escipión para ver si se han construido fosos o trampas para los elefantes delante del campamento y de las puertas de la empalizada, y al mismo tiempo para enterarnos de vuestra táctica contra estos mismos animales y conocer vuestros planes de batalla y comunicárselos después a ellos, estamos encantados de presentarnos ante ti». César los [5] felicita, les concede una soldada y los encuadra junto a los demás desertores. Rápidamente se pudo comprobar la veracidad [6] de sus palabras, pues al día siguiente muchos legionarios procedentes de las legiones que habían indicado los gétulos se pasaron del bando de Escipión al campamento de César.

Mientras en Rúspina tienen lugar estos acontecimientos, [36] Marco Catón, que era el gobernador de Útica, no deja pasar un día sin hacer levas entre los libertos, los africanos y, en fin, los esclavos y los hombres de cualquier clase, con tal de que por su edad estén en condiciones de poder llevar un arma, y los envía al campamento poniéndolos a las órdenes de

[2] Escipión. Entretanto, se presentan ante César unos emisarios de la ciudad de Tisdra⁸⁰, en donde los mercaderes itálicos y los campesinos habían almacenado trescientos mil modios de trigo⁸¹, y le hacen saber que disponen de este trigo y, al mismo tiempo, le ruegan que les mande una guarnición que les permita conservar más fácilmente el trigo y sus pertenencias. [3] César les dio las gracias personalmente, les dijo que en breve les enviaría la guarnición y, tras animarles, les [4] ordena regresar con los suyos⁸². Entretanto Publio Sitio, entrando con sus tropas en el territorio de Numidia, se apoderó, asaltándolo por la fuerza, de un fortín situado en un paraje montañoso bien protegido, donde Juba, pensando en la campaña, había almacenado trigo y demás materiales que suelen usarse en una guerra.

[37] César, después que hubo incrementado su potencial con dos legiones de veteranos, con la caballería y con la infantería ligera llegadas en la segunda expedición, ordena al punto que las naves vacías pongan rumbo a Lilibeo para transportar al resto del ejército; seis días antes de las calendas de febrero⁸³, más o menos durante la primera vigilia⁸⁴, ordena que los exploradores y todos los mandos se encuentren prevenidos y a su disposición. Así pues, sin que nadie lo supiera [2] ni lo sospechara, durante la tercera vigilia⁸⁵ hace salir del campamento a todas las legiones y da órdenes de que le sigan hasta la ciudad de Rúspina, donde tenía una guarnición, y que fue la primera ciudad en acogerse a su amistad. Descendiendo [3] desde allí por una ligera pendiente por el lado izquierdo de la llanura conduce a sus legiones junto al mar. En este sitio se extiende una llanura admirablemente despejada [4] con una extensión de quince mil pasos⁸⁶; la rodea una cadena montañosa que nace en el mar y no demasiado alta, lo que le confiere un aspecto parecido al de un teatro⁸⁷. En [5] esta cadena se encuentran unos pocos puntos prominentes en los que habían sido colocadas desde muy antiguo torres y atalayas; en la última de ellas estaban

emplazados un puesto de vigilancia y un destacamento de caballería de Escipión.

César, después de subir a la cadena de la que acabo de [38] hablar⁸⁸ y de dar órdenes para iniciar en cada promontorio la refacción de la torre y de los fortines, lo que no le supuso ni media hora, y puesto que no se encontraba lejos del último [2] collado y de la torre más cercana al campamento de los adversarios, en la que ya dije⁸⁹ que había un puesto de vigilancia y un destacamento de caballería de los númidas, deteniéndose allá un instante para inspeccionar la naturaleza del terreno, dejó a la caballería de guardia y dio a las legiones el encargo de construir una línea fortificada que enlazara la mitad de la cadena, desde el punto al que había llegado hasta el lugar del que había partido. Después que Escipión y [3] Labieno se dieron cuenta de esto, sacan a toda la caballería del campamento, formándola en línea de batalla, y avanzan unos mil pasos⁹⁰ más allá de su fortificación y sitúan a la infantería en una segunda línea a menos de cuatrocientos pasos⁹¹ del campamento.

[39] César animaba a sus soldados en su trabajo y no se inmutaba por la cercanía de las tropas adversarias. Al advertir que ya no mediaba más que una milla y media⁹² entre la línea de los enemigos y sus propias fortificaciones, y comprendiendo que el enemigo continuaba el avance con la finalidad [2] de estorbar a sus soldados y apartarlos de su tarea, y que ello le obligaría a retirar a las legiones de las obras de fortificación, ordena a los escuadrones de hispanos que se dirijan con presteza a la colina cercana y que expulsen de allí a la guarnición y se apoderen del lugar; y manda que un pequeño contingente de infantería ligera los siga para prestarles [3] ayuda. Los encargados de la misión arremeten con rapidez contra los númidas, capturan con vida a una parte de ellos, hieren a algunos jinetes que huían y toman la posición. [4] Cuando Labieno se da cuenta de lo que ocurre, a fin de socorrer a los suyos lo más rápidamente posible, aparta

de la formación de combate a casi toda el ala derecha de su caballería [5] y acude en auxilio de las tropas puestas en fuga. Pero cuando César advirtió que Labieno se había separado demasiado de sus tropas, envió el ala izquierda de su caballería para interceptar al enemigo.

[40] En el terreno donde se desarrollaba la acción había una gran quinta fortificada con cuatro torres, que limitaba la visión de Labieno y le impedía darse cuenta de que la caballería [2] de César lo estaba rodeando. Así pues, no vio los escuadrones julianos hasta que se apercibió de que estaban matando a sus jinetes por la espalda. Este ataque provocó de inmediato el terror en la caballería nómada, que emprendió en línea recta la huida hacia su campamento. Los galos y los [3] germanos, que se habían mantenido en su posición, copados entre dos frentes por el enemigo que bajaba de las colinas y por los que les atacaban por la espalda, pese a resistir arduamente, acabaron sucumbiendo todos. Cuando las legiones [4] de Escipión, que estaban formadas delante del campamento, vieron lo que sucedía, presas de pánico, se refugian en su campamento utilizando todas las puertas⁹³. Después [5] de que Escipión y sus tropas se vieron forzados a abandonar el campo y las colinas, y a refugiarse en su campamento, César, tras ordenar el toque de retirada y recoger a toda la caballería dentro de las fortificaciones, pudo distinguir, una vez despejado el campo, los magníficos cuerpos de los galos y los germanos; unos habían seguido a Labieno desde la Ga-lia ganados por su autoridad, otros se le habían agregado movidos por las recompensas y las promesas; finalmente, algunos, capturados en la batalla que supuso la derrota de Curión y puestos en libertad, habían querido pagar el favor recibido con la prenda de su lealtad⁹⁴. Sus cuerpos, de extraordinario [6] porte y talla, yacían muertos por todo el campo, tendidos en mil posturas diferentes.

Concluidas estas operaciones, al día siguiente César sacó [41] las cohortes de todos sus emplazamientos y formó a todas

sus tropas en la llanura. Escipión, incapaz de encajar las muertes y las bajas sufridas por su ejército, se mantiene a partir de entonces encerrado dentro de sus fortificaciones. [2] César, lentamente, con sus tropas en orden de batalla, se aproxima todo lo que puede a las fortificaciones, siguiendo la falda de la cadena. Y ya las legiones julianas se encontraban a menos de una milla⁹⁵ de la ciudadela de Uzita⁹⁶, que estaba en poder de Escipión, cuando éste, temiendo perder la posición que le suministraba habitualmente el agua y todo lo necesario para su ejército, hace salir a todas sus tropas, monta una línea de combate en cuatro escalones, desplegando en primera línea, según era su costumbre, a la caballería distribuida por escuadrones en los que se intercalaban elefantes acorazados y provistos de torres, y sale en socorro de [3] la plaza. Cuando César lo advirtió, creyendo que Escipión venía a su encuentro con la firme decisión de combatir, se detuvo ante la ciudadela en el mismo lugar que hace poco indiqué⁹⁷ y enmascaró con ella la ubicación del centro de su formación, a la par que desplegó enfrente de los elefantes sus alas derecha e izquierda, en un terreno despejado a la vista del adversario.

[42] Habiendo aguardado ya César casi hasta la puesta de sol, y advirtiendo que Escipión no avanzaba más desde el lugar en el que se había detenido, y que preferiría defenderse en esta posición, si se veía obligado a combatir, antes que emplazarse más cerca en campo abierto, no consideró oportuno acercarse más a la fortaleza este día, puesto que se había enterado de que dentro se encontraba una importante guarnición de númidas y que los enemigos habían ocultado la parte central de su formación con la ciudadela⁹⁸; al mismo tiempo, entendió que le sería difícil asaltar la fortaleza y simultáneamente combatir en el ala derecha y en el ala izquierda desde una posición desfavorable, especialmente cuando sus soldados, puestos en alerta desde primera hora de la mañana, se encontraban en ayunas y muertos de fatiga. En [2] consecuencia, retiradas las tropas al interior del

campamento, decidió emplazar al día siguiente las fortificaciones más cerca de la línea enemiga.

Entretanto, Considio, que con ocho cohortes y con mercenarios [43] números y gétulos estaba asediando Acila — ciudad a cuyo frente estaba Gayo Mesio con tres cohortes—, habiéndolo intentado insistentemente durante bastante tiempo y viendo que no obtenía ningún progreso, puesto que las máquinas que acercaba a la fortaleza eran incendiadas por sus defensores, sorprendido por la inesperada noticia del combate ecuestre, tras quemar el trigo, del que disponía en abundancia en el campamento, y estropear el vino, el aceite y demás provisiones, abandonó el sitio de Acila y, marchando a través del reino de Juba, se repartió las tropas con Escipión y se refugió en Hadrumeto.

Mientras tanto, una de las naves de la segunda expedición [44] enviada por Alieno desde Sicilia, a bordo de la cual iban los caballeros romanos Quinto Cominio y Lucio Tícida⁹⁹, apartada por el viento del resto de la flota y empujada hacia Tapso, fue capturada por Vergilio con sus esquifes y naves ligeras, y llevada a Escipión. Asimismo, una segunda [2] nave, una trirreme, de la misma flota, empujada por la tempestad con rumbo errático hasta Egímuro¹⁰⁰, fue capturada por la flota de Varo¹⁰¹ y Marco Octavio¹⁰²; en esta embarcación iban unos soldados veteranos con un centurión y algunos reclutas; Varo los retuvo sin maltratarlos y se ocupó [3] de llevarlos a presencia de Escipión. Éste, una vez que llegaron ante él y se situaron delante del estrado, les dice: «Tengo por cierto que no es vuestro talante, sino la instigación y las órdenes de vuestro malvado general lo que os impulsa a perseguir de forma abominable a los ciudadanos romanos [4] y a todos los hombres de bien. Puesto que la fortuna os ha puesto en nuestras manos, si hacéis lo que es vuestra obligación, defender la república junto a las personas de bien, estoy decidido a perdonaros la vida y a recompensaros. Así pues, decidme, cuál es vuestra decisión».

[45] Pronunciada esta arenga, Escipión, considerando que, por el beneficio que recibían, los prisioneros iban sin duda a darle [2] las gracias, les dio permiso para hablar. De entre ellos toma la palabra el centurión de la decimocuarta legión y le dice: «Te doy las gracias, Escipión, por el favor tan inmenso que me dispensas —como ves, no te doy el tratamiento de *imperator*—, puesto que me prometes la vida y la integridad física, pese a ser un prisionero de guerra; y quizá aceptaría este favor, si no llevara aparejada una terrible maldad. ¿Puedo yo levantarme en armas contra César, mi *imperator*, a cuyas órdenes he obtenido mi grado actual, y contra su ejército, por cuya dignidad y victoria he luchado más de treinta y seis años? No estoy dispuesto a hacerlo; y te ruego encarecidamente [4] que desistas de tu propósito. Pues ahora tienes la ocasión de experimentar contra qué tropas vas a combatir, si nunca lo has hecho antes. Elige entre tus cohortes la que consideres [5] más potente y fórmala enfrente de mí; por mi parte, yo no tomaré más que a diez de los camaradas que ahora tienes en tus manos. Así, teniendo como punto de referencia nuestro valor, te darás cuenta de lo que puedes esperar de tu ejército».

Después que el centurión, con gran presencia de ánimo, [46] sorprendió a Escipión con estas palabras, éste, alterado por la ira y herido en su orgullo, indicó con una señal a sus centuriones lo que quería: hizo matar a sus pies al centurión y ordenó separar al resto de veteranos de los reclutas. «Apartad, [2] dijo, a éstos que están contaminados por un crimen abominable y ahitos de la sangre de ciudadanos romanos». De este modo fueron sacados fuera de la empalizada y muertos en medio de crueles tormentos. Por otra parte, ordena [3] que los reclutas sean dispersados entre las legiones y da órdenes de que no se les permita ni a Cominio ni a Tícida presentarse ante él. Conmovido por estos acontecimientos, [4] César expulsó del ejército, con una anotación de ignominia a causa de su negligencia, a los que tenían la misión de controlar con naves de guerra el sector marítimo situado enfrente de Tapso para

proteger a las demás naves de carga y de guerra, y dictó un gravísimo edicto contra ellos.

Aproximadamente por la misma época tuvo lugar un suceso [47] increíble en el ejército de César. Pues, aunque ya se había puesto la constelación de las Pléyades¹⁰³, se desencadenó súbitamente en torno a la segunda vigilia de la noche¹⁰⁴ una impresionante tormenta de granizo con granos [2] como piedras. Por otra parte, a este inconveniente se añadía el que César, a diferencia de lo que solía en épocas pasadas, no tenía instalado su ejército en campamentos de invierno, sino que al avanzar cada dos o tres días y acercarse más al enemigo iba construyendo campamentos de forma sucesiva, y los soldados, ocupados en las labores de fortificación, no [3] tenían la posibilidad de ocuparse de sí mismos. Además, transportaba el ejército desde Sicilia con tal precariedad de condiciones que, con excepción de los soldados y de sus armas, no se permitía el embarque de utensilios, esclavos¹⁰⁵, ni de ningún otro de los enseres que suelen usar los solda [4] dos. Encima, en África no sólo no habían podido comprar o conseguir nada, sino que a causa de la carestía de las provisiones [5] habían consumido lo acaparado con anterioridad. Maltrechos por estas circunstancias, eran poquísimos los soldados que podían reposar en tiendas hechas de piel; el resto se cobijaba en sucedáneos contruidos con harapos, cañas y [6] juncos entretejidos. Así pues, sobrecargadas las tiendas por el peso de la repentina lluvia y del granizo subsiguiente, se vinieron abajo y se deshicieron por la fuerza de las aguas, y en lo más negro de la noche, con las hogueras apagadas y estropeados todos los víveres, los soldados vagaban por el campamento y se protegían las cabezas con los escudos. Esta misma noche, las puntas de las jabalinas de la quinta legión ardieron de forma espontánea¹⁰⁶.

Entretanto, el rey Juba, enterado del combate ecuestre [48] librado por Escipión y requerido por éste por medio de una carta, tras dejar a su prefecto Saburra¹⁰⁷ con una parte del

ejército para enfrentarse a Sitio, y con el fin de prestigiar con su presencia al ejército de Escipión y de intimidar al de César, sale de su reino con tres legiones, con ochocientos jinetes montando caballos embridados, con la caballería núpida desembrida¹⁰⁸, con una gran fuerza de infantería ligera y con treinta elefantes, y se encamina hacia donde se encontraba Escipión. Cuando llegó junto a él, el rey se situó [2] con las tropas que he reseñado¹⁰⁹ anteriormente en un campamento separado, no lejos de la posición de Escipión¹¹⁰. En [3] los días anteriores corría un gran temor por el campamento de César, y su ejército estaba preso de la ansiedad a la espera de las tropas del rey y estaba con el corazón en un puño antes de la llegada de Juba¹¹¹. Pero después de que el rey estableció su campamento enfrente del suyo, el desprecio que les inspiraron tales tropas les quitó todo atisbo de temor. Así, todo el prestigio del que Juba había disfrutado antes, mientras estaba ausente, se disipó con su presencia. Con todo, [4] cualquiera pudo entender fácilmente que la llegada del rey incrementó el ánimo y la confianza de Escipión. Así [5] pues, al día siguiente Escipión hizo salir a todas sus tropas y a las del rey, junto con sesenta elefantes, y las formó con la máxima parafernalia posible, y, tras alejarse de sus fortificaciones un poco más de lo que acostumbraba, no persistió mucho tiempo en esta posición, sino que se retiró a su campamento.

[49] César, después de darse cuenta de que Escipión había logrado reunir a casi todos los refuerzos que aguardaba y de que el combate no podría retrasarse más, empieza a marchar con sus tropas por las cimas de la cadena montañosa, a adelantar los atrincheramientos y a reforzar los fortines, y con la captura sucesiva de posiciones elevadas se va acercando a Escipión. Los adversarios, confiados en la superioridad de sus tropas, se apoderaron de la colina inmediata¹¹² y de esta [2] forma le quitaron a César la posibilidad de avanzar más. Fue Labieno quien tomó la decisión de ocupar esta colina, pues al estar más cerca, lo pudo hacer con mayor rapidez¹¹³.

[50] Había un barranco bastante ancho, profundo y escarpado, en el que se abrían frecuentes socavones a manera de cuevas y que César tenía la necesidad de atravesar antes de llegar a la colina de la que quería apoderarse. Más allá del barranco se extendía un viejo olivar, muy tupido por la [2] abundancia de árboles. Habiéndose dado cuenta Labieno de que si César quería ocupar este lugar tenía necesariamente que atravesar el barranco y el olivar, mostrando su conocimiento de estos parajes, se emboscó con una parte de la caballería y con la infantería ligera; también había apostado, ocultándolo detrás del monte y de las colinas, un destacamento de caballería, a fin de que después de arremeter él de improviso contra los legionarios, la caballería apareciera inopinadamente por detrás de la colina, y así, ofuscados César y su ejército por esta acción coordinada, y sin posibilidad de retirarse ni de avanzar, fueran rodeados y hechos pedazos. Cuando César, habiendo enviado por delante la caballería [3] y sin saber que se le tendía una emboscada, llegó a este lugar, sus adversarios, bien olvidándose de las órdenes de Labieno, bien temiendo ser aplastados por la caballería en aquel agujero, salieron en pequeños grupos y de uno en uno de entre las rocas, y se dirigieron a la cumbre de la colina. [4] Los jinetes de César salieron en su persecución y mataron a unos y tomaron prisioneros a otros; luego, sin detenerse, se encaminan hacia la colina y, tras expulsar el destacamento de Labieno, tomaron rápidamente el lugar. Labieno apenas tuvo tiempo de huir con una parte de su caballería y de salvar la vida.

Una vez completada esta maniobra por medio de la caballería, [51] César distribuyó el trabajo entre las legiones y en la colina de la que se había apoderado estableció un campamento. Luego, partiendo de su cuartel general y en dirección [2] a la ciudad de Uzita, ciudad que se extendía en la llanura entre su campamento y el de Escipión, y que estaba en poder de éste, hizo construir campo a través dos atrincheramientos y los trazó de manera que confluyeran uno

en el lado derecho y otro en el lado izquierdo de la ciudad. El motivo por [3] el que construía esta obra era tener, una vez se hubiese acercado a la ciudad y empezado su asedio, cubiertos los costados con estas fortificaciones para que la numerosa caballería enemiga no pudiera rodearlo ni hacerle desistir del asedio; otro objetivo era el de facilitar el establecimiento de contactos entre sus tropas y las del enemigo, y que si alguien quería pasarse a sus líneas, lo que antes conllevaba a menudo un gran peligro, entonces se pudiese hacer fácilmente y sin riesgo. Quiso también experimentar si, habiéndose acercado [4] más al enemigo, éste tenía espíritu de lucha. Se añadía, además, [5] a las anteriores consideraciones el que este lugar se encontraba en una depresión del terreno y que allí podían excavar-se muchos pozos, siendo así que el agua escaseaba y [6] había que ir lejos a buscarla. Mientras unas legiones se encargaban de las fortificaciones que antes señalé¹¹⁴, otra parte de ellas permanecía formada delante de las obras y casi en contacto con el enemigo; la caballería bárbara y la infantería ligera se acercaban más para librar pequeñas escaramuzas¹¹⁵.

[52] Cuando, ya al atardecer, César retiraba las tropas del lugar de trabajo y las conducía al campamento, Juba, Escipión y Labieno lanzaron una violenta acometida contra los legionarios [2] con toda la caballería y con la infantería ligera. La caballería de César, acosada por el repentino empuje de todas [3] las fuerzas enemigas, cedió un poco. Pero el desarrollo de la acción fue totalmente diferente a lo que esperaba el enemigo, puesto que César, interrumpiendo la marcha, acudió en ayuda de su caballería; por su parte, los jinetes, animados por la llegada de las legiones, volviendo grupas acometieron a los númidas que los perseguían con saña y en desorden, y, aparte de infligirles graves heridas, lograron rechazarlos hasta el campamento del rey, no sin matar a muchos. [4] Y si el combate no se hubiese prolongado hasta la noche y el polvo que levantaba el viento no hubiese impedido

totalmente la visión, Juba y Labieno hubiesen caído en poder de César, y la caballería y la infantería ligera de éstos [5] hubiesen sido totalmente aniquiladas. Entretanto, un número increíble de soldados de las legiones IV y VI de Escipión desertaron, unos refugiándose en el campamento de César, otros llegando hasta donde podían. Del mismo modo, los jinetes del ejército de Curión¹¹⁶, desconfiando de Escipión y de sus tropas, seguían en gran número los pasos de aquéllos.

Mientras uno y otro comandante realizaban junto a Uzita [53] esas operaciones, dos legiones, la X y la IX, transportadas desde Sicilia en naves de carga, cuando ya se encontraban no lejos del puerto de Rúspina, avistaron las naves de César que montaban guardia junto a Tapso y, temiendo topar de improviso con una flota enemiga puesta allí como para tenderles una trampa, viraron el rumbo hacia alta mar y sólo después de una larga y penosa travesía, pasados ya muchos días, logran alcanzar, agobiados por la sed y la falta de víveres, el campamento de César¹¹⁷.

Desembarcadas estas legiones, César, que recordaba los [54] pasados casos de indisciplina habidos en Italia y las rapiñas efectuadas por determinadas personas, agarrándose al insignificante pretexto de que Gayo Avieno, tribuno militar de la décima legión, había llenado por completo una nave de la expedición con personal a su servicio y con sus animales de carga, sin traer de Sicilia, por tanto, ni a un solo soldado, convocó al día siguiente de su llegada a los tribunos de las legiones y a los centuriones y les dijo: «Mucho me habría [2] complacido que alguna vez los hombres hubiesen acabado con su petulancia y su excesiva independencia, y hubiesen tomado en consideración mi condescendencia, mi moderación y mi paciencia. Pero puesto que ellos no se imponen a [3] sí mismos límite ni medida, a fin de que los demás adopten un comportamiento diferente, yo mismo daré un escarmiento ajustado a la práctica militar. Gayo Avieno, puesto que en [4] Italia instigaste a los soldados del pueblo romano contra la

república y te entregaste al saqueo por diferentes municipios, y puesto que has demostrado tu inutilidad para conmigo y para con la república al embarcar a tu servidumbre y a tus animales en vez de embarcar a los soldados, por lo cual, debido a tu actuación, la república está falta de soldados ahora que los necesita, por todos estos motivos te expulso de mi ejército con una anotación de ignominia y te ordeno que hoy mismo te vayas de África y partas lo antes posible. Igualmente a ti, Aulo Fonteyo, puesto que te has mostrado como un tribuno militar sedicioso y mal ciudadano, te aparto [5] de mi ejército. Tito Salieno, Marco Tiro y Gayo Clusinas, puesto que conseguisteis los grados de mando en mi ejército por concesión especial y no por vuestro valor, y luego habéis actuado sin poner de manifiesto vuestra valentía en la guerra ni vuestra bondad ni vuestra utilidad en la paz, y sí en cambio os habéis mostrado más activos en promover sediciones y en levantar a los soldados contra vuestro *imperator* que en preocuparos del honor y de la disciplina, por todo eso os considero indignos de ejercer cualquier tipo de mando en mi ejército, os licencio y os ordeno salir lo más rápidamente posible de África». En consecuencia, tras entregarlos a los centuriones y concederles a cada uno un único esclavo, los hizo embarcar por separado¹¹⁸.

[55] Entretanto, los desertores gétulos, que, como antes dijimos¹¹⁹, César había comisionado dándoles cartas y encargos, llegan ante sus conciudadanos. Éstos, dejándose llevar fácilmente por el prestigio de aquéllos y persuadidos por la fama de César, abandonan al rey Juba y toman todos rápidamente las armas y no dudan en volverse contra el rey.

Una vez conocidos estos acontecimientos, Juba, forzado por [2] la necesidad, al ver que tenía que atender tres frentes diferentes, toma seis cohortes de entre las tropas que había aportado para luchar contra César y las envía a su reino para defenderlo de los gétulos.

Completados los atrincheramientos hasta llevarlos a donde [56] no alcanzaban los disparos hechos desde la ciudad, César construye un nuevo campamento situando una apretada línea de ballestas y escorpiones en el lado que mira a la ciudad; y con ellos no cesa de hostigar a los defensores de la muralla; luego hace bajar hasta este recinto a cinco legiones procedentes del campamento superior. Puesto que se les [2] ofrecía la oportunidad, los personajes más distinguidos y bien relacionados pedían la presencia de sus amigos y allegados y conversaban con ellos. Y no se equivocaba César en [3] lo útil que era este comportamiento. Pues los gétulos mas distinguidos de la caballería real y con ellos los prefectos de la caballería, cuyos padres habían servido anteriormente a las órdenes de Mario y habían sido recompensados por éste con tierras y terrenos, y que tras la victoria de Sila¹²⁰ habían sido puestos bajo la autoridad del rey Hiémpsal¹²¹, aprovechando la ocasión, ya bien cerrada la noche, huyen, en número cercano a los mil, con sus caballos y con sus criados hacia el campamento de César, que estaba situado en la llanura cercana a la ciudad de Uzita.

Después que Escipión y los que con él estaban se enteraron [57] de lo sucedido, mientras se hallaban todavía aturridos por este contratiempo, casi al mismo tiempo vieron a Marco [2] Aquinio¹²² conversando con Gayo Saserna¹²³. Escipión manda que se le diga a Aquinio que no tiene ningún sentido conversar con el enemigo. Sin embargo, dado que al comunicarle el mensajero las palabras de Escipión, Aquinio insistía en su actitud para acabar lo que quería hacer¹²⁴, fue entonces Juba el que le envió un propio para decirle en presencia de Saserna: «El rey te prohíbe seguir con la conversación». [3] Asustado por este mensaje, Aquinio se retiró haciendo caso a la orden real. ¡Que un ciudadano romano llegue a esto! ¡Y que, uno, a quien el pueblo romano había confiado sus magistraturas, teniendo todavía una patria segura y todos sus bienes a salvo, hubiera preferido antes obedecer al bárbaro Juba que

mostrarse respetuoso con la orden de Escipión, u optara por regresar sano y salvo pese a la [4] muerte de sus partidarios! Y todavía el comportamiento de Juba fue más soberbio, no ya hacia Marco Aquinio, un hombre nuevo y simple senador, sino hacia Escipión, hombre destacado por su familia, por su prestigio y por sus títulos. [5] Pues, como fuera que Escipión, antes de la llegada del rey, tenía la costumbre de vestir el manto púrpura¹²⁵, se dice que Juba trató con Escipión acerca de la inconveniencia [6] de que éste usara la misma vestimenta que él. Y de esta manera, Escipión se pasó al vestido blanco, mostrando su deferencia para con Juba, el más soberbio y estúpido de los hombres.

Al día siguiente, hacen salir a la totalidad de sus tropas [58] de todos sus campamentos¹²⁶ y, habiendo alcanzado una elevación del terreno, no lejos del campamento de César, montan la línea de combate y allí se quedan. Igualmente, [2] César hace salir a sus tropas y, tras ponerlas rápidamente en formación de combate, las sitúa delante de las fortificaciones que había realizado en la llanura, con el total convencimiento de que los adversarios, al contar con tan gran número de tropas y con los refuerzos del rey, y al haber salido con tanta predisposición, se acercarían más y trabarían combate con él. Tras recorrer la línea de frente a caballo, arengar [3] a las legiones y dar la contraseña, se puso a otear el avance del enemigo. Pues él mismo, y con razón, no quería alejarse [4] mucho de sus propias fortificaciones, dado que en la ciudad de Uzita, que estaba en poder de Escipión, el enemigo tenía unas cohortes armadas y el ala derecha de su formación se encontraba alineada enfrente de esta ciudad, y temía que, si la sobrepasaba, los enemigos pudieran hacer una salida y, atacándolo de flanco, masacrarlo. Además, también lo retuvo [5] el hecho de que delante de la línea de Escipión había un terreno absolutamente impracticable que consideraba que era un gran inconveniente para que sus tropas tomaran la iniciativa.

[59] Considero¹²⁷ que no hay que pasar por alto la formación de combate adoptada por uno y otro ejército¹²⁸. Escipión [2] dispuso sus tropas de la siguiente forma: había colocado por delante a sus legiones y a las de Juba; y detrás de éstas, en una línea de reserva, a los númidas, pero tan dispersos y en una formación tan extensa en longitud que, a lo lejos, la parte central de su frente daba la impresión de estar formada por una sola línea de tropas legionarias; [en cambio, en las [3] alas, parecía que había una doble línea]. Había situado a los elefantes en las dos alas, derecha e izquierda, dejando intervalos iguales entre ellos; luego, detrás de los elefantes había colocado a la infantería ligera y a los auxiliares númidas. [4] Había apostado toda la caballería embridada en su ala derecha, pues a su ala izquierda la protegía la ciudad de Uzita y [5] no había sitio para desplegar allí la caballería. Además, había colocado un contingente de númidas y una gran cantidad de infantería ligera en el lado derecho de su línea, pero separados por un trecho no inferior a una milla¹²⁹, y, además, había hecho que se apoyaran en la base de la cadena de colinas, alejándolos a la vez de los adversarios y de sus tropas. Hacía esto con la intención de que, una vez los dos ejércitos se hubiesen acometido, su caballería alargara su frente longitudinalmente al comienzo del combate y rodeara de improviso con su superioridad numérica al ejército de César, y lo desbaratara acribillándolo a tiros. Éste fue el plan de batalla ideado por Escipión para la ocasión.

Por su parte, el frente de César estaba organizado, siguiendo [60] una ordenación de izquierda a derecha, de la siguiente forma: puso en el ala izquierda a las legiones X y IX; en el centro de la línea a las legiones XXV, XXVIII, XIII, XIV, XXIX y XXVI¹³⁰. Asimismo, había colocado en el ala derecha [2] una parte de las cohortes de las legiones de veteranos, añadiéndoles unas pocas cohortes de reclutas. Por otro lado, [3] había trasladado la tercera línea hacia el ala izquierda y la había extendido hasta el centro de su formación, colocándola

de manera que el ala izquierda tuviera tres escalones. La [4] explicación de este proceder residía en el hecho de que su flanco derecho se encontraba protegido por los atrincheramientos, en tanto que le preocupaba la capacidad de su flanco izquierdo para resistir la tremenda superioridad de la caballería enemiga; por ello, había situado en esta misma posición a toda su caballería y, dado que confiaba poco en ella, la había reforzado con la quinta legión y había intercalado entre los jinetes a la infantería ligera. A los arqueros los [5] había distribuido desigualmente por todas partes, en lugares determinados y especialmente en las alas.

Así dispuestos los dos ejércitos, dejando entre ellos un [61] espacio no superior a trescientos pasos¹³¹, se mantuvieron firmes en su terreno desde la mañana hasta la hora décima¹³², sin entablar combate, cosa que con anterioridad quizá no había sucedido nunca. Y mientras César empezaba ya a [2] retirar su ejército al interior de sus fortificaciones, de repente toda la caballería desembrizada de los númidas y de los gétulos, que era la que se hallaba más alejada, empieza a moverse hacia la derecha y a acercarse al campamento cesariano que se encontraba en la colina¹³³; por su parte, la caballería embrizada de Labieno se mantenía en su posición reteniendo [3] a las legiones; entonces, de improviso, un sector de la caballería de César junto con la infantería ligera, temerariamente y sin que nadie se lo ordenara, avanza demasiado lejos al encuentro de los gétulos a través de una zona pantanosa y, como que eran pocos en número, no pudieron resistir el inmenso tropel enemigo y, abandonada la infantería ligera, se retiraron hacia sus posiciones desbaratados y castigados; en la operación perdieron un jinete, muchos caballos [4] resultaron heridos y veintisiete infantes murieron. Una vez concluido favorablemente este enfrentamiento ecuestre, Escipión, lleno de satisfacción, retiró, ya de noche, las tropas [5] a su campamento. Sin embargo, la fortuna decidió no conceder un gozo duradero a los combatientes,

pues al día siguiente, habiendo enviado César a una parte de su caballería a Leptis en busca de trigo, arremetieron de improviso contra un escuadrón de jinetes númidas y gétulos que encontraron a su paso mientras se dedicaba al pillaje, y matafe ron o capturaron a un centenar de sus componentes. César, entretanto, sacaba a diario a sus legiones al campo y las hacía trabajar construyendo un vallado y un foso a través de la llanura, y no dejaba de interceptar las incursiones de los adversarios. [7] Del mismo modo, Escipión trazaba contrafortificaciones y aceleraba su construcción a fin de que César no [8] le pudiera impedir el acceso a la cadena montañosa¹³⁴; y aunque los dos comandantes se encontraban ocupados en estos trabajos, sin embargo no dejaban ningún día de enzarzarse en combates ecuestres.

Entretanto, Varo, sabedor de la llegada, procedentes de [62] Sicilia, de las legiones séptima y octava, bota rápidamente la escuadra que con anterioridad había varado en Útica a fin de pasar el invierno, y allí mismo la provee de una dotación de remeros y soldados de marina gétulos y, saliendo de Útica con la idea de tender una trampa, llega a Hadrumeto con cincuenta y cinco naves. Sin saber de la llegada de éste, César [2] envía a Lucio Cispio¹³⁵ con una escuadra de veintisiete naves a Tapso con la misión de apostarse allá y proteger la expedición; de forma similar, envía a Quinto Áquila¹³⁶ con trece naves de guerra a Hadrumeto por el mismo motivo¹³⁷. Cispio llegó rápidamente a donde se le había enviado; en [3] cambio Áquila, empujado por una tempestad, no pudo doblar el promontorio y, alcanzando con su escuadra una ensenada que se encontraba al abrigo del mal tiempo, consiguió evitar que se le localizara desde lejos. El resto de la escuadra, [4] fondeada junto a Leptis, se encontraba falta de defensores, ya que, habiendo desembarcado los remeros, merodeaban unos por la costa y otros se dirigían a la ciudad para [5] comprar subsistencias. Varo, sabedor de estas circunstancias por la delación de un desertor, viendo que se le presentaba la

ocasión, sale en el transcurso de la segunda vigilia¹³⁸ del puerto interior de Hadrumeto, llega con toda su escuadra a Leptis al despuntar el día, prende fuego a las naves de carga que se encontraban fondeadas demasiado lejos del puerto y faltas de defensores, y se apodera de dos quinquerrems sin ninguna oposición.

[63] Entretanto, César, informado rápidamente por unos mensajeros mientras recorría los trabajos en su campamento, distante seis millas¹³⁹ del puerto, a galope tendido y dejando de lado todo lo demás, llega rápidamente a Leptis y allí arenga a que le sigan todas las naves. Tras embarcar en un pequeño navio, alcanza en su derrota a Áquila, que se encontraba tremendamente asustado por la gran cantidad de naves enemigas, e inicia la persecución de la escuadra adversaria. [2] Entretanto, Varo, impresionado por la rapidez y audacia de César, cambia totalmente el rumbo y con toda su [3] escuadra pone proa a Hadrumeto. César, después de perseguirlo durante cuatro millas¹⁴⁰, tras lograr recuperar una quinquerreme con toda su dotación de soldados de marina¹⁴¹ y capturar también a los ciento treinta soldados que la custodiaban, se apoderó de una trirreme enemiga que, cargada de remeros y de soldados de marina, se encontraba en las proximidades, ya que se había retrasado para hacerle frente.

El resto de las naves enemigas consiguió doblar el promontorio [4] y se retiraron todas al puerto interior de Hadrumeto. César, en cambio, por culpa del mismo viento no pudo doblar [5] el promontorio y se quedó toda la noche fondeado en alta mar; al rayar el alba, se acerca a Hadrumeto y, tras incendiar las naves de carga que se encontraban fuera del puerto interior, en tanto que todas las demás eran varadas o conducidas a la dársena interior, se quedó allí un corto espacio de tiempo a la expectativa de si el enemigo quería entablar un combate naval, y se retiró de nuevo a su campamento.

En la trirreme fueron capturados Publio Vestrio, caballero [64] romano, y Publio Ligario, antiguo oficial de Afranio, a quien en compañía de otros César había licenciado en Hispania¹⁴²; después se había pasado a Pompeyo y, escapando de la derrota de Farsalia, se había unido a Varo en África. A éste César lo hizo ejecutar por perjurio y traidor. En cambio, [2] perdonó a Publio Vestrio, porque en Roma su hermano se había hecho cargo de su rescate y porque él mismo había defendido su causa ante César, señalando que, después de ser capturado por la flota de Nasidio¹⁴³, se había beneficiado del favor de Varo, cuando iba camino de la ejecución, y que después no tuvo la posibilidad de cambiarse de bando.

Existe entre la gente de África la costumbre de tener en [65] el campo y en casi todas las quintas, escondido bajo tierra, un silo donde guardar el trigo; suelen hacer uso de él con motivo de las guerras y especialmente ante la llegada repentina [2] del enemigo. Enterado César de esta práctica por medio de un delator, en el curso de la tercera vigilia¹⁴⁴ envía dos legiones junto con la caballería a diez millas del campamento y los recibe de vuelta cargados con gran cantidad de trigo. [3] Conocida esta incursión, Labieno se aleja hasta siete millas¹⁴⁵ de su campamento a través de la cadena de colinas por la que César había transitado el día anterior, sitúa allí un campamento para dos legiones y, pensando que César haría a menudo el mismo recorrido para conseguir trigo, él mismo se apostaba cada día en un lugar propicio para tenderle una emboscada con un gran contingente de caballería y con la infantería ligera.

[66] Entretanto, César, enterado a través de unos desertores de la emboscada que quería tenderle Labieno, se mantuvo quieto unos pocos días allí, a la espera de que los enemigos, a fuerza de repetir a diario la misma operación, se descuidaran y, repentinamente, una mañana, ordena que tres legiones de veteranos junto con una parte de la caballería le sigan por la puerta decumana¹⁴⁶ y, enviando por delante a la caballería y

sin que se lo esperaran los que estaban emboscados, cayó de improviso sobre ellos, mató a unos quinientos soldados de infantería ligera que se encontraban ocultos en los barrancos [2] y puso en vergonzosa fuga al resto. Entretanto, Labieno acude con toda su caballería en ayuda de los fugitivos. [3] Cuando los menguados efectivos montados de César ya no podían resistir más el empuje de tal multitud, César despliega sus legiones en formación de combate a la vista del enemigo. Esta maniobra atemorizó y detuvo a Labieno, quien optó por retirar intacta su caballería. Al día siguiente, Juba [4] hizo crucificar a todos los númidas que tras perder la posición habían huido para refugiarse en el campamento.

César, entretanto, atosigado por la falta de trigo, concentra [67] todas sus tropas en el campamento y, tras dejar guarniciones en Leptis, Rúspina y Acila, y de confiar el mando de la escuadra a Cispio y Áquila a fin de que asediaran por mar, uno, la ciudad de Hadrumeto y el otro, la de Tapso, prende fuego al campamento y en el transcurso de la cuarta vigilia¹⁴⁷, una vez formadas sus tropas en orden de combate y colocados los bagajes a la izquierda de la formación¹⁴⁸, marcha de aquel lugar y llega a Agar¹⁴⁹, ciudad que con anterioridad había sido objeto de repetidos ataques por parte de los gétulos y a la que sus propios habitantes habían defendido ardientemente. Allí César construyó un único campamento [2] en medio de la llanura y salió él en persona con una parte del ejército en busca de trigo por las quintas de los alrededores; habiendo encontrado una gran cantidad de cebada, de aceite, de vino y de higos, aunque poco trigo, y rehechas así las tropas, regresa al campamento. Entretanto, [3] Escipión, conocida la marcha de César, empieza a seguirle con todo su ejército a través de la cadena de colinas y se instala a una distancia de seis millas¹⁵⁰ del emplazamiento de César, repartiendo sus tropas en tres campamentos.

[68] Había una ciudadela llamada Zeta¹⁵¹, situada a cinco millas¹⁵² de la posición de Escipión y, por tanto, sometida a la

zona de influencia de éste y de su campamento; se encontraba, en cambio, apartada y alejada del emplazamiento de [2] César, pues se hallaba a trece millas¹⁵³ de distancia. Hacia allí envió Escipión dos legiones en busca de trigo. Tras enterarse de esto por un desertor, César traslada el campamento de la llanura a una colina, por ser lugar más seguro, y, dejando allí una guarnición, sale él en persona con sus tropas en el transcurso de la cuarta vigilia¹⁵⁴, deja de lado el campamento [3] enemigo y se apodera de la ciudad. Divisa a lo lejos las legiones de Escipión, que andan en busca de trigo, y, cuando intentaba acometerlas, advierte que tropas enemigas acuden en ayuda de esas legiones. Esta maniobra le disuadió [4] de atacar. Así pues, apresado Gayo *** Regino¹⁵⁵, caballero romano, amigo íntimo de Escipión y comandante de esta ciudadela, y Publio Atrio¹⁵⁶, caballero romano, miembro de la comunidad romana de Útica, y capturados veintidós camellos¹⁵⁷ del rey, tras dejar allí una guarnición a las órdenes de su legado Opio¹⁵⁸, César emprende el regreso al campamento.

Estando César no lejos del campamento de Escipión, por [69] el lado del cual tenía que pasar, Labieno y Afranio¹⁵⁹ con toda la caballería y con la infantería ligera bajan desde las colinas cercanas, donde se encontraban emboscados, y atacan su retaguardia. Al darse cuenta César del ataque, enfrenta [2] a su caballería con las fuerzas enemigas, ordena a los legionarios amontonar los bagajes y acometer rápidamente al enemigo. Tan pronto como empezaron a atacar, a la primera [3] embestida de las legiones, la caballería y la infantería ligera enemigas fueron rechazadas y desalojadas de la colina sin dificultad. Y cuando ya César, pensando que los enemigos, [4] rechazados y atemorizados, iban a poner fin al hostigamiento, empezaba a reemprender la marcha, de nuevo irrumpen con rapidez desde las colinas y, sirviéndose de la misma táctica que he indicado anteriormente, atacan a las fuerzas legionarias de César los númidas y lo mismo la

infantería ligera que, dotada de una admirable rapidez, estaba acostumbrada a pelear entre las filas de la caballería y a atacar y a retirarse a la par que ella. Puesto que hacían esto con reiteración, [5] acosando a los soldados julianos cuando éstos marchaban y retirándose cuando se plantaban, y, sin acercarse demasiado, se servían de este tipo de combate, como si tuviesen suficiente con herir con sus tiros desde lejos, César comprendió que no intentaban otra cosa que forzarle a establecer el campamento en aquel sitio, donde no había en absoluto nada de agua, para que de esta manera el ejército, que se encontraba en ayunas —pues los hombres no habían tomado nada desde la cuarta vigilia hasta la hora décima del día¹⁶⁰—, y sus caballos perecieran de sed.

[70] Estando ya a punto de ponerse el sol sin haber avanzado en total más que cien pasos¹⁶¹ en tres horas, César, para evitar la pérdida de caballos, quitó a la caballería de la retaguardia [2] y puso en su lugar a tropas legionarias. De esta forma, al avanzar sosegada y lentamente, y gracias a la protección brindada por los legionarios, podía resistir en mejores [3] condiciones la presión enemiga. Entretanto, la caballería nómada, adelantándose por su flanco derecho y por el izquierdo a lo largo de las colinas, conseguía rodear, aprovechándose de su superioridad numérica, a las tropas de César en una especie de círculo, al tiempo que otra parte le seguía, [4] acosando la retaguardia. Entretanto, sólo con que tres o cuatro soldados veteranos de César se volviesen y lanzasen con energía sus venablos contra los amenazantes nómadas, eran más de dos mil los que a una volvían grupas, para a continuación dar la vuelta de nuevo a sus caballos y volver al combate, siguiendo de cerca a la retaguardia y lanzando sus [5] dardos contra los legionarios. Así, César, ora avanzando, ora resistiendo, pudo completar con bastante retraso su trayecto y a primera hora de la noche puso a resguardo en el campamento a todos sus hombres sanos y salvos, excepción hecha [6] de diez heridos. Labieno, a su vez,

se retiró a su posición, contabilizando la pérdida de unos trescientos hombres, con muchos heridos y con todas sus tropas exhaustas por el constante acoso. Escipión, entretanto, hizo entrar de nuevo en el campamento a las legiones que había sacado junto con los elefantes, a los que había dispuesto en formación delante del campamento, a la vista de César, para infundirle miedo.

César, para hacer frente a esta forma de luchar del enemigo, [71] instruía a sus tropas no como un general instruye a un ejército veterano y que ha realizado grandes gestas, sino como un maestro de gladiadores lo hace con sus pupilos novatos: cuántos pies hay que retroceder ante el enemigo, de qué forma hay que volverse contra el adversario, qué espacio se necesita para resistir, atacar, retroceder o simular un ataque, y casi casi desde dónde y cómo lanzar los dardos: este era el adiestramiento que daba César a sus tropas. Pues [2] de forma admirable la infantería ligera enemiga conseguía mantener a nuestro ejército presa de la ansiedad y de la inquietud, ya que no sólo disuadía a los jinetes de entrar en combate, por la mortandad de caballos que causaba con sus venablos, sino que también agotaba a los legionarios con su rapidez; pues tan pronto como la infantería pesada, acosada por ellos, se detenía y les lanzaba un ataque, ellos con su gran velocidad lograban evitar fácilmente el peligro.

Esta situación inquietaba vivamente a César, puesto que [72] cuantas veces se entablaba combate, él con su caballería y sin la infantería legionaria no podía de ningún modo equipararse a la caballería y a la infantería ligera del enemigo. Por [2] otro lado, le inquietaba también el hecho de que todavía no había podido calibrar el comportamiento de las legiones enemigas, ni sabía muy bien de qué manera podría hacer frente a la caballería y a la infantería ligera adversarias, tropas verdaderamente admirables, si se les juntaban también las legiones. Añadíase también el que el tamaño y la cantidad [3] de elefantes paralizaba de terror a los soldados. Sin

embargo, [4] era éste el único inconveniente para el que había encontrado solución. Pues había hecho traer elefantes de Italia, para que los soldados se familiarizasen con ellos y conociesen su aspecto y características, y así supieran a qué parte del cuerpo era mejor dirigir los dardos y, aunque el elefante estuviera enjaezado y acorazado, qué parte de su cuerpo era la que quedaba desnuda y sin protección, para lanzar hacia allí los tiros; y lo hizo, además, para que los caballos no se asustaran por causa del olor, del barritar o del aspecto de los [5] elefantes, una vez acostumbrados a ellos. Gran parte de estos objetivos los había logrado; pues los soldados acariciaban a los animales con las manos, tomaban conciencia de su lentitud, y los jinetes se adiestraban en lanzar venablos embolados contra ellos, y la docilidad de estas bestias había facilitado que los caballos se acostumbraran a ellos.

[73] Por los motivos que he mencionado antes, César se encontraba inquieto y se había vuelto más lento y cauteloso, y había abandonado su tradicional táctica de acometer las operaciones [2] bélicas con rapidez. Y no es sorprendente este cambio de actitud, pues disponía de tropas acostumbradas a pelear en la Galia, en terreno llano y contra los galos, hombres francos y nada insidiosos, que tenían costumbre de combatir fiados en su valor y no en el engaño¹⁶²; ahora, en cambio, tenía que esforzarse en acostumbrar a sus soldados a conocer los engaños, traiciones y artimañas del enemigo, y qué era lo que convenía hacer y qué lo que convenía evitar. [3] Así pues, para que adquirieran más rápidamente estos conocimientos, procuraba no retener a sus legiones en un solo lugar, sino que con la excusa de ir en busca de trigo, las movía de aquí para allá, con el convencimiento de que las tropas enemigas les seguirían los pasos a él y a los suyos. [4] Así que, a los dos días, saca sus tropas perfectamente dispuestas tal como les había enseñado y, bordeando de cerca el campamento enemigo, en un terreno llano muestra al enemigo su voluntad

de combatir. Cuando ve que éste se muestra remiso, al atardecer retira sus legiones al campamento.

Entretanto, se presentan unos delegados procedentes de [74] Vaga¹⁶³, ciudad vecina a Zeta, de la que César se había apoderado, como ya hemos indicado¹⁶⁴. Le piden encarecidamente que les envíe una guarnición, «que ellos le suministrarán los pertrechos necesarios para la guerra». Casi al [2] mismo tiempo, como prueba de la buena disposición de los dioses hacia César, un desertor informa a sus conciudadanos de que el rey Juba había marchado con sus tropas a toda prisa contra Vaga, antes de que la guarnición de César pudiera alcanzarla, y de que al llegar la había rodeado con sus numerosas tropas y la había tomado; había aniquilado, sin dejar uno, a todos sus habitantes y había entregado la ciudad a sus hombres para que la saquearan y la destruyesen.

César, entretanto, purificado el ejército el día doce antes [75] de las calendas de abril¹⁶⁵, saca al día siguiente todas sus tropas y, alejándose cinco millas¹⁶⁶ de su campamento, las sitúa en formación de combate a unas dos millas¹⁶⁷ de la posición de Escipión. Cuando se da cuenta de que los adversarios, [2] pese a haberles brindado durante mucho tiempo la ocasión de luchar, rechazan el combate, retira sus tropas y, al día siguiente, levanta el campamento e inicia la marcha hacia la ciudad de Sarsura¹⁶⁸, donde Escipión había colocado una guarnición de númidas y había almacenado trigo. [3] Cuando Labieno se da cuenta de esto, empieza a hostigar la retaguardia de César con la caballería y con la infantería ligera y, así, una vez que pudo apoderarse de los bagajes de los cantineros y mercaderes que transportaban en carros sus mercancías, se sintió más animado y tuvo la audacia de acercarse más a las legiones, pensando que los soldados, exhaustos por el peso de sus equipajes, no estaban en condiciones [4] de luchar. Pero esta eventualidad no le había pasado desapercibida a César, quien ya había ordenado previamente que trescientos soldados de cada legión

marcharan libres de bagajes y dispuestos para el combate¹⁶⁹. Y es a éstos a los que envía para enfrentarse a la caballería de Labieno y en [5] apoyo de sus escuadrones de caballería. Entonces Labieno, vuelta la grupa de sus caballos y aterrorizado sólo con ver [6] las enseñas, emprende una vergonzosa huida. Tras matar a muchos y herir a muchos más, los legionarios se reintegran a sus unidades y reemprenden la marcha. Labieno no dejó de seguirlos de lejos por la cresta de la cadena de colinas situada a la derecha.

[76] Tras llegar César a la plaza de Sarsura, la guarnición de Escipión fue aniquilada ante la mirada de los adversarios, que no se atrevieron a socorrerlos, y pese a la dura resistencia que opuso Publio Cornelio¹⁷⁰, un reenganchado de Escipión, que se encontraba al mando del lugar; una vez cercado y muerto éste gracias a la superioridad de los asaltantes, César se apodera de la plaza y, tras hacer allí mismo un reparto de trigo entre el ejército, llega al día siguiente a la ciudadela de Tisdra¹⁷¹, en la que por aquel entonces se había instalado Considio con una fuerte guarnición y con su cohorte de gladiadores. César, una vez examinadas las características [2] de la ciudadela y disuadido de asaltarla por la falta de agua, se desplaza inmediatamente a unas cuatro millas¹⁷² de distancia y acampa junto a un lugar de aguada¹⁷³; de allí sale durante la cuarta vigilia¹⁷⁴ y regresa al campamento que había establecido junto a Agar. Hace lo mismo Escipión, y lleva sus tropas a su antiguo campamento.

Entretanto, los tabenenses, que se habían habituado a estar [77] bajo el dominio y la autoridad de Juba, pese a encontrarse situados en los confines marítimos de su reino, tras dar muerte a la guarnición real, envían una delegación a César; ponen en su conocimiento la acción que han llevado a cabo y le piden encarecidamente que les mande ayuda para proteger sus bienes en atención al buen comportamiento que habían tenido para con el pueblo romano. César, tras aprobar [2] su actuación, envía a Marcio Crispo¹⁷⁵ con tres cohortes y muchos arqueros

e ingenios de guerra para que se ocupe de la defensa de Tabena¹⁷⁶. Al mismo tiempo, los legionarios [3] que, bien por estar aquejados de alguna enfermedad, bien por disfrutar de permiso, no habían podido pasar antes a África con sus unidades, llegaron junto a César en una sola expedición; este contingente lo constituían unos cuatro mil infantes, cuatrocientos jinetes y mil honderos y arqueros. [4] Entonces, hace salir a todas sus legiones, reforzadas con estas tropas, y, adoptando la formación en la que había ejercitado a sus tropas, toma posiciones en la llanura a cinco millas de su campamento y a dos millas¹⁷⁷ del campamento de Escipión.

[78] Más abajo del campamento de Escipión había una ciudadela llamada Tegea¹⁷⁸, donde éste solía tener un destacamento de caballería integrado por unas dos mil unidades. [2] Desplegó esta caballería a derecha e izquierda de la fortaleza y él en persona dispuso en línea de batalla a sus legiones, sacándolas del campamento y formándolas en la parte inferior de la cadena montañosa, pero sin alejarse más de mil [3] pasos¹⁷⁹ de sus propias fortificaciones. Dado que Escipión se demoraba demasiado tiempo en el mismo lugar y el día iba pasando sin ninguna actividad, César ordena a sus escuadrones de caballería que realicen una carga contra la caballería enemiga que se encontraba de guardia junto a la ciudadela, y envía, en apoyo de esta acción, infantería ligera, [4] arqueros y honderos. Cuando empezó la maniobra y los jinetes julianos habían lanzado su carga a galope tendido, Pacideyo¹⁸⁰ empieza a extender en longitud la línea formada por su caballería, para que de esta forma tuvieran la posibilidad de rodear los escuadrones julianos, pero sin dejar de [5] combatir dura y encarnizadamente. Cuando César se apercebe de esto, ordena que acudan en ayuda de la caballería los trescientos hombres pertenecientes a la legión más cercana al combate y que constituían el contingente que César acostumbraba a mantener expedito en cada legión. Labieno, entretanto, [6] enviaba refuerzos de caballería en ayuda de sus

jinetes y de esta forma substituía a los heridos o a los agotados por tropas de refresco con toda su capacidad intacta. Cuando los cuatrocientos jinetes julianos ya no podían resistir [7] el empuje de los enemigos, que serían unos cuatro mil, y, alcanzados por los disparos de la infantería nómada, iban cediendo poco a poco, César envió la segunda ala para que socorriera de inmediato a los que se encontraban en dificultades. Con esta acción, todos los suyos recuperaron el coraje [8] y, cargando contra el enemigo, lo pusieron en fuga; muchos adversarios murieron, muchos más fueron heridos y, después de perseguirlos por espacio de tres millas¹⁸¹ haciéndolos retroceder hasta la colina, los nuestros se replegaron hacia sus líneas. César, tras mantener la formación de combate [9] hasta la hora décima¹⁸², se retiró a su campamento con todas las fuerzas intactas. En este combate Pacideyo fue [10] herido gravemente en la cabeza por un dardo que le atravesó el casco, y muchos de sus oficiales y los más aguerridos de sus soldados resultaron muertos o heridos.

Como no podía de ninguna manera obligar a los adversarios [79] a bajar a la llanura y a poner a prueba sus legiones, y era consciente de que tampoco podía situar su campamento más cerca del enemigo por la escasez de agua, al comprender que el adversario no confiaba en el valor de sus propias tropas, sino que si lo menospreciaban, era precisamente por la falta de lugares donde proveerse de agua, dos días antes de las nonas de abril¹⁸³, en el transcurso de la tercera vigilia¹⁸⁴, emprende la marcha alejándose de Agar dieciséis milias¹⁸⁵ durante la noche e instala su campamento junto a Tapso¹⁸⁶, plaza a cuyo frente se encontraba Vergilio secundado por una importante guarnición; este mismo día comienza el asedio de la ciudad y a ocupar varios emplazamientos especialmente adecuados para instalar destacamentos, a fin de que los enemigos no pudiesen entrar en su perímetro de influencia ni tomar ningún objetivo que se encontrara dentro [2] de él. Escipión, entretanto, conocidos los

planes de César y viéndose en la necesidad de presentar batalla a fin de no incurrir en el supremo deshonor de abandonar a su suerte a Vergilio y a los habitantes de Tapso, que habían mostrado una extrema lealtad a su causa, salió enseguida en persecución de César amparándose en las alturas, y acabó por instalarse en dos campamentos a ocho millas¹⁸⁷ de Tapso.

[80] Había una laguna de agua salada separada del mar por una estrecha faja de tierra de no más de milla y media¹⁸⁸, en la que Escipión intentaba penetrar para llevar ayuda a los [2] tapsitanos, acción que César había previsto que se produciría. Así pues, tras construir un fortín en aquel lugar el día anterior y dejar allí una guarnición de tres cohortes, él mismo con el resto de sus tropas se dedicó a bloquear Tapso con un campamento en forma de media luna y con diversas [3] obras de fortificación. Escipión, entretanto, apartado de su primer objetivo, bordeó al día siguiente, de noche, el estanque por la parte de arriba y, al rayar el alba, se estableció no lejos del campamento y del fortín arriba citados, a milla y media del mar, y empezó a fortificar su campamento¹⁸⁹. Una vez que se le comunicó esto, César retiró inmediatamente [4] a los soldados de las obras y, dejando al procónsul Asprenate¹⁹⁰ con dos legiones para proteger el campamento, se dirigió él mismo a toda prisa hacia este lugar; asimismo, [5] dejando una parte de la escuadra junto a Tapso, ordena que las demás naves se acerquen lo más posible a la costa por la espalda del enemigo y estén atentas a su señal; y una vez dada ésta, prorrumpen de improviso en un gran griterío para aterrorizar así a los enemigos sorprendidos por detrás, de forma que, confundidos y espantados, se vean obligados a mirar a sus espaldas.

Cuando César llegó allí y observó que Escipión tenía [81] a sí sus tropas dispuestas en formación de combate delante del campamento y que había distribuido los elefantes entre el ala derecha y la izquierda, y que, con todo, una parte de sus efectivos no dejaba de fortificar eficazmente el campamento, se apresuró a montar un dispositivo táctico a base de un triple

escalón, con las legiones X y VII en el ala derecha, y la VIII y la IX en el ala izquierda; situó, además, cinco cohortes de la V legión en un cuarto escalón en las dos alas, como refuerzo para combatir contra los elefantes; distribuyó a los arqueros y honderos por las dos alas, e intercaló a la infantería ligera por entre la caballería; él, a su vez, recorría la unidades a pie y, recordándoles a los veteranos su valor y los combates librados anteriormente, se esforzaba por animarles [2] con estos halagos. En cambio a los reclutas, puesto que todavía no habían participado en ninguna batalla, les animaba a emular el valor de los veteranos y a alcanzar la fama, la posición y el buen nombre de aquéllos logrando la victoria.

[82] Así, mientras pasaba revista a su ejército, se dio cuenta de que los enemigos que se encontraban en torno a la empalizada andaban asustados y que corrían amedrentados de un lado para otro, y que una vez se replegaban puertas adentro y otras salían faltos de decisión y en completo desorden. [2] Como quiera que fuesen muchos los que empezaron a advertir el mismo hecho, los legados y los soldados reenganchados le pidieron de improviso a César que no dudara en dar la señal de ataque, pues los dioses inmortales le estaban [3] haciendo saber que la victoria decisiva sería suya. Pero mientras César dudaba y se resistía a atender el afán y las ansias de sus hombres, proclamando que no le gustaba nada en absoluto exponerse a las embestidas tumultuosas, al tiempo que trataba de retener una y otra vez a sus tropas, de repente, en el ala derecha y sin que César lo ordenara, un corneta, [4] obligado por los soldados, inició el toque de carga. Al oír la señal, todas las cohortes empezaron a marchar contra el enemigo y, aunque los centuriones se oponían plantándoles cara y trataban de impedir por la fuerza que lanzaran el ataque sin la orden de su general, todo fue en vano.

[83] Cuando César se dio cuenta de que no había forma de contener los ánimos enardecidos de sus soldados, dando como

contraseña el nombre de «victoria», se dirige por entre las primeras filas a galope tendido al encuentro del enemigo. Entretanto, en el ala derecha los honderos y los arqueros [2] disparan rápida e insistentemente contra los elefantes. Ante esto, los animales, asustados por el silbido de las hondas y por las piedras y las balas de plomo que les lanzaban, se dan la vuelta y no sólo aplastan a los suyos que los seguían en nutrida y apretada formación, sino que también embisten contra las puertas de la empalizada que estaban a medio acabar y las derriban. Asimismo, los jinetes moros que se [3] encontraban en misión de apoyo en la misma ala que los elefantes, al verse desprotegidos, abandonan precipitadamente el campo. Así pues, rodeando rápidamente a los elefantes, [4] las legiones se apoderaron del atrincheramiento y, mientras unos pocos soldados resistían vigorosamente hasta morir, los demás se apresuran a escapar hacia el campamento del que habían salido el día anterior.

No parece oportuno silenciar el valor demostrado por un [84] veterano de la V legión. En efecto, como quiera que en el ala izquierda un elefante herido y enfurecido por el dolor hubiese embestido contra un cantinero desarmado, y, tras echarlo bajo sus patas, con la rodilla doblada, lo estuviera aplastando con todo su peso hasta matarlo, mientras agitaba su trompa extendida en medio de enormes barritos, nuestro soldado no pudo resistir el impulso de arremeter con sus armas contra el animal. Pero cuando el elefante lo vio llegar [2] con el arma en ristre, dejando el cadáver, rodea al soldado con la trompa y lo levanta en todo lo alto. El soldado, al [3] ver que en una situación tan peligrosa tenía que obrar con firmeza, no dejó de golpear lo más fuertemente que pudo con su espada la trompa que le aprisionaba. El elefante, estremecido [4] de dolor, soltó al soldado y dando la vuelta, en medio de terribles bramidos, regresó a la carrera junto a los demás animales.

[85] Entretanto, los que formaban la guarnición de Tapso realizan una salida de la ciudad por la puerta del mar y, bien

fuera porque querían acudir en ayuda de los suyos, bien fuera porque abandonando la ciudad buscaban la salvación en la huida, la realidad es que salieron y, metiéndose en el mar de forma que el agua les llegaba hasta la cintura, trataban de [2] alcanzar tierra firme. Pero una vez que los esclavos y los criados que había en el campamento se lo impidieron tirándoles piedras y venablos, se refugiaron de nuevo en la ciudad. [3] Entretanto, arrolladas las tropas de Escipión, y mientras tratan de huir en desbandada por todo el campo de batalla, las legiones de César al punto las persiguen sin darles la [4] ocasión de reagruparse. Después que los fugitivos llegaron al campamento que querían con la idea de recuperarse y de emprender la resistencia, de encontrar un jefe que les sirviera de guía y en cuyo prestigio y autoridad pudieran confiar para la acción, al advertir ellos mismos que allí no había nadie de guardia, inmediatamente arrojan cascos y escudos, y [5] emprenden la huida hacia el campamento del rey¹⁹¹. Cuando llegan allá, ven que este campamento también está en poder de los julianos. Perdida la esperanza de salvación, se instalan en una colina y, rindiendo armas, saludan al estilo militar. Pero les sirvió esto de poca ayuda a los pobres desgraciados. [6] Pues no sólo era imposible conseguir que los soldados veteranos, presos de la ira y del rencor, perdonaran al enemigo, sino que además hirieron o mataron a muchos personajes conocidos de su propio ejército a los que atribuían la responsabilidad de ***¹⁹². Entre ellos estaba el excuestor [7] Tulio Rufo¹⁹³ que murió atravesado por un venablo que le lanzó expresamente un soldado. Igualmente Pompeyo Rufo¹⁹⁴, herido de un golpe de espada en un brazo, hubiese perecido, de no haber buscado rápidamente refugio junto a César. Ante estos hechos, muchos caballeros y senadores [8] romanos se retiraron del combate por miedo de que también a ellos los mataran los soldados; pues éstos, de resultas de tan gran victoria, se habían atribuido el derecho de actuar al margen de toda disciplina, confiando en que la gran

gesta realizada les valdría la impunidad. Así pues, los soldados de [9] Escipión, pese a implorar la protección de César y a estar en presencia de éste, que suplicaba a sus soldados que los perdonaran, fueron todos ejecutados sin excepción.

César, dueño de tres campamentos, dejando diez mil [86] enemigos muertos y puestos en fuga muchos más, se retiró a su campamento sin registrar más que la pérdida de cincuenta soldados y unos pocos heridos, y nada más llegar se instaló delante de la ciudad de Tapso; toma sesenta y cuatro elefantes equipados y armados con torres y ameses, y los coloca en formación de combate delante de la ciudad; su intención era ver si con la evidencia de la derrota de los suyos podía vencer la obstinación de Vergilio y de los que con él sufrían el asedio. Luego, él mismo convocó a Vergilio y lo [2] invitó a rendirse, recordándole su benignidad y clemencia. Pero al ver que éste no le respondía, se alejó de la ciudad. [3] Al día siguiente¹⁹⁵, tras sacrificar a los dioses, convoca una asamblea y a la vista de los habitantes de Tapso y ante la tribuna del campamento felicita a los soldados, concede recompensas a todos los veteranos, otorga premios a los que se lo han merecido por su valor y sus acciones, y, dejando al procónsul Rébilo¹⁹⁶ con tres legiones junto a Tapso y a Gneo Domicio¹⁹⁷ con otras dos en Tisdra —ciudad a cuyo frente estaba Considio— con la misión de continuar el asedio, él parte enseguida de allí y emprende el camino hacia Útica, a donde había enviado por delante a Marco Mésala con la caballería.

[87] Entretanto, los jinetes de Escipión que habían logrado escapar del combate, en su camino hacia Útica, arriban a la [2] ciudad de Parada¹⁹⁸. Allí, al negarse sus habitantes a acogerlos, ya que la noticia de la victoria de César había llegado antes, se apoderan de la ciudad por la fuerza, amontonan madera en medio del foro y, reuniéndolas allá, prenden fuego a las pertenencias de todos los ciudadanos; luego, vivos y atados, echan a las llamas a los habitantes de la ciudad, sin importarles su sexo ni su edad, infligiéndoles así

un terrible castigo; a continuación, sin más dilaciones, llegan a Útica. [3] Con anterioridad, Marco Catón, considerando que en los uticensis, dados los beneficios que habían obtenido de la ley Julia¹⁹⁹, encontraría poca ayuda para su causa, había expulsado de la ciudad a la plebe desarmada y, concentrando a la muchedumbre en un campamento delante de la puerta Bélica, les había dotado por toda protección de un pequeño foso y les había obligado a residir allí rodeados de guardias; por otra parte, mantenía bajo vigilancia al senado de la ciudad²⁰⁰. Los jinetes acometen y tratan de tomar este campamento, [4] puesto que sabían que sus moradores se habían mostrado favorables al partido de César, de forma que pensaban que con la muerte de éstos vengarían el dolor de su derrota. Los uticensis, recobrado el ánimo con la victoria de César, [5] los rechazaron a pedradas y a palos. Así, puesto que no pudieron [6] apoderarse del campamento, se precipitaron hacia Útica y allí dieron muerte a muchos de sus habitantes, se apoderaron de sus casas y las saquearon. Catón, al ver que [7] no podía convencerlos de ninguna forma para que colaboraran con él en la defensa de la ciudad y renunciaran a las carnicerías y a los pillajes, y, sabiendo perfectamente qué era lo que querían, les entregó a cada uno de ellos cien sestercios a fin de calmar su furor. Lo mismo hizo Sila Fausto²⁰¹, tomándolo [8] de su fortuna particular, y en compañía de ellos salió de Útica y emprendió la marcha hacia el reino del Juba.

[88] Entretanto, son muchos los fugitivos que llegan a Útica; a todos ellos los convoca Catón junto con los trescientos²⁰² que habían aportado su dinero a Escipión para la guerra y los exhorta a manumitir a su servidumbre y a defender la [2] ciudad. Pero habiéndose dado cuenta de que sólo una parte estaba de acuerdo con su propuesta, mientras que los otros estaban asustados y con la mente puesta en la huida, dejó de ocuparse de esta cuestión y les facilitó unas naves para que [3] cada uno pudiera dirigirse a donde quisiera. Él, por su parte, después de poner cuidadosamente en orden

todos sus asuntos y de confiarle sus hijos a Lucio César²⁰³, quien por entonces ejercía junto a él el cargo de procuestor, sin levantar ningún tipo de sospecha, con la misma apariencia y sirviéndose de las mismas palabras que había acostumbrado a emplear en los días anteriores al retirarse a dormir, se llevó escondida una espada a su habitación y se la clavó en el [4] vientre. Había caído, pero estaba todavía con vida, cuando acudieron precipitadamente a su habitación, sospechando algo, el médico y sus allegados, y, cuando intentaban cerrar la herida y vendársela, él mismo con gran presencia de ánimo [5] se la abrió de nuevo y se dejó morir²⁰⁴. Aunque los ciudadanos de Útica lo odiaban en razón del partido que había tomado, sin embargo, a causa de su singular integridad, por haber sido muy diferente de los demás comandantes, por haber fortificado Útica con admirables obras y por haber aumentado el número de las torres de defensa, le otorgan el reconocimiento de unas exequias públicas. Una vez muerto, [6] Lucio César, a fin de recabar algún provecho de lo sucedido, convoca al pueblo y celebra una asamblea en la que exhorta a todos a abrir las puertas de la ciudad, confesando que él tiene una gran esperanza en la clemencia de Gayo César. Y [7] así, abiertas las puertas, sale de Útica y marcha al encuentro de César *imperator*. Mésala, tal como se le había ordenado, llega a Útica y coloca guardias en todas las puertas.

César, entretanto, sale de Tapso y llega a Uzita, donde [89] Escipión tenía bajo una escasa protección gran cantidad de trigo, armas, proyectiles y demás pertrechos bélicos. Nada [2] más llegar, se apodera de todo y a continuación marcha a Hadrumeto. Habiendo entrado allí sin ningún impedimento, tras hacer inventario de las armas, del trigo y del dinero, les perdonó la vida a Quinto Ligario²⁰⁵ y a Gayo Considio, hijo²⁰⁶, que por entonces se encontraban allí. Luego, en el [3] mismo día, sale de Hadrumeto, dejando allí a Livineyo Régulo²⁰⁷ con una legión, y se encamina a Útica. En el trayecto [4] le sale al encuentro Lucio César y se abalanza a

sus pies sin pedirle más que la vida. César, de acuerdo con su carácter y [5] su costumbre, le concedió fácilmente lo que pedía; del mismo modo trató, siguiendo su tradicional actitud, a Cecina, a Gayo Ateyo, a Publio Atrio, a Lucio Ocela, padre e hijo, a Marco Epio, a Marco Aquinio, al hijo de Catón y a los hijos de Damasipo²⁰⁸; ya casi noche cerrada llega a Útica, si bien esta noche la pasó fuera de la ciudad.

[90] Al día siguiente entró en la ciudad por la mañana y, tras convocar una asamblea, arengó a los uticenses y les dio las gracias por la fidelidad que habían mostrado hacia él; por otro lado, a los ciudadanos romanos, tanto a los negociantes como a los que formaban parte del consejo de los trescientos, que habían aportado dinero a Varo y a Escipión, tras acusarlos extensamente y dirigirles un largo alegato sobre sus crímenes, al final, les comunicó que podían mostrarse sin temor: que él les concedería por lo menos la vida; y que, en cambio, pondría en venta sus bienes; pero que si alguno los adquiría de nuevo, él registraría la venta y consignaría el dinero a título de sanción, de forma que cada uno podría [2] mantener su integridad. Éstos, que se encontraban muertos de miedo y sin esperanzas de salvar la vida, dada su culpabilidad, al ver que súbitamente se les ofrecía la salvación, aceptaron de buen grado y con alegría las condiciones que se les imponían y pidieron a César que fijara para los trescientos una contribución pagadera en forma solidaria. Así [3] pues, una vez que se les impuso la obligación de pagar al erario romano doscientos millones de sestercios en seis plazos durante tres años, nadie se opuso a ello, sino que, confesando todos que en este día habían vuelto a nacer, le dieron las gracias a César en medio de una gran alegría.

Entretanto, el rey Juba, que había huido del combate, escondiéndose [91] de día en los predios en compañía de Petreyo, logra por fin, a base de marchas nocturnas, llegar a su reino y acercarse a la ciudad de Zama²⁰⁹, donde tenía su residencia, a sus mujeres y a sus hijos; hacia esta ciudad había

acarreado todo el dinero y todas las cosas de valor que había en el reino, y la había fortificado de forma impresionante al comienzo de la guerra. Pero los habitantes de la ciudad, [2] habiendo recibido con anterioridad la noticia, tan esperada, de la victoria de César, le impidieron la entrada en la ciudad, porque, al declarar la guerra al pueblo romano, con la madera acopiada había montado una enorme pira en medio del foro, con la finalidad de, si el azar le deparaba la derrota en la guerra, acumular allí todos sus bienes, arrojar a ella a todos los ciudadanos tras ejecutarlos, prenderle fuego, y luego, finalmente, quitarse él la vida encima de la hoguera y de esta forma quemarse con sus hijos, sus esposas, sus súbditos y todos los tesoros reales. Después que Juba trató [3] de conseguir que los habitantes de Zama le permitieran el acceso, en un largo e intenso debate habido a las puertas de la ciudad, primero, con amenazas en consonancia con su poder; luego, al ver que no avanzaba nada, suplicando que le dejaran acceder hasta sus dioses penates; cuando ve que persisten en su decisión y que no los conmueven ni sus amenazas ni sus súplicas, pide, en tercer lugar, que le devuelvan a las mujeres y a los hijos, a fin de que pueda llevárselos consigo. [4] Al ver que tampoco recibía respuesta alguna de los habitantes de la ciudad, sin conseguir nada de ellos, se retira de Zama y se dirige en compañía de Petreyo y de unos pocos jinetes a uno de sus predios.

[92] Entretanto, los de Zama le envían legados a César, que se encontraba en Útica, para informarle de estos acontecimientos y le piden que les envíe ayuda antes de que el rey pudiera reunir tropas y atacarlos: que ellos, por su parte, estaban dispuestos a poner en sus manos sus personas y su [2] ciudad, mientras les quedara vida. César, tras felicitarlos, ordena a los legados que le precedan y anticipen a la ciudad el anuncio de su llegada. Él, al día siguiente, sale de Útica [3] con la caballería y se encamina hacia el reino de Juba. En el trayecto muchos comandantes de las tropas reales llegan al [4]

encuentro de César y le imploran su perdón. Una vez que les concede la gracia que le suplicaban, llegan a Zama. Entretanto, extendida la fama de su benignidad y clemencia, casi todos los jinetes del reino llegan a Zama al encuentro de César, quien los descarga de miedo y de peligro.

[93] Mientras en uno y otro sitio tienen lugar estos hechos, Considio, que ejercía el mando en Tisdra con la ayuda de su tropa de esclavos, de sus gladiadores y de los gétulos, al enterarse de la derrota de los suyos, asustado por la llegada de Domicio y de las legiones²¹⁰, y, perdida la esperanza de salvarse, abandona la ciudad y, cargado de dinero, huye a escondidas en compañía de unos pocos bárbaros y emprende la marcha hacia el reino de Juba. Los gétulos, sus acompañantes, [2] ávidos de botín, le dan muerte a mitad de trayecto y luego se dispersan hacia donde pueden. Entretanto, Gayo [3] Vergilio²¹¹, bloqueado por tierra y por mar, viendo que no tenía salida, que los suyos habían sido muertos o puestos en fuga, que en Útica Marco Catón se había suicidado con sus propias manos, que el rey andaba de aquí para allá, abandonado por los suyos y odiado por todos, que Saburra y sus tropas habían sido destruidas por Sitio, que César había sido acogido en Útica sin oposición y que no quedaba ningún resto de un ejército tan importante, tras recibir del procónsul Gayo Caninio, que lo estaba asediando, la promesa de respetarlo a él y a sus hijos, se entregó al procónsul junto con la ciudad y todos sus bienes.

Entretanto, el rey Juba, puesto que todas las ciudades le [94] cerraban las puertas, perdida la esperanza de salvación, tras intentarlo todo, concierta con Petreyo un duelo a espada entre ellos para dar la impresión de que habían muerto valerosamente, y Petreyo, hombre de mayor fortaleza, acabó fácilmente con el débil Juba a golpes de espada. Luego, tras intentar él mismo atravesarse el pecho con la espada sin conseguirlo, le suplicó a un esclavo suyo que lo matara y logró así su objetivo²¹².

[95] Entretanto, Publio Sitio, tras batir al ejército del lugarteniente de Juba, Saburra, y dar muerte a éste, mientras en compañía de unos pocos efectivos marchaba por la costa al encuentro de César, se topó casualmente con Fausto y Afranio, que comandaban la cuadrilla que había saqueado Útica y que trataban de llegar hasta Hispania; su contingente era [2] de unos mil hombres. Así pues, tras montar rápidamente durante la noche una emboscada, los atacó al rayar el alba y, con excepción de unos pocos jinetes de la vanguardia que habían logrado huir, a los demás o los mató o los hizo prisioneros; capturó vivos a Afranio y a Fausto, junto con la [3] mujer y los hijos de éste. Pocos días después, se produjo entre los soldados un altercado en el que resultaron muertos Fausto y Afranio²¹³; César le perdonó la vida a Pompeya y a los hijos de Fausto, y les permitió conservar todas sus pertenencias.

[96] Entretanto, Escipión junto con Damasipo, Torcuato²¹⁴ y Pletorio Rustiano²¹⁵, tras ser larga y violentamente sacudidas por el temporal las naves de guerra en las que intentaban llegar a Hispania, son arrojados junto a Hipona la Real²¹⁶, [2] donde a la sazón estaba la escuadra de Publio Sitio. Rodeados por una escuadra superior en número, los escasos navios de Escipión fueron hundidos y allí perdió la vida Escipión junto a éstos que he mencionado poco antes²¹⁷.

Mientras tanto, en Zama César subasta las posesiones [97] reales, pone en venta los bienes de quienes, siendo ciudadanos romanos, habían levantado sus armas contra el pueblo romano, concede recompensas a los habitantes de Zama por haber tomado la decisión de cerrarle las puertas al rey, da en arriendo el derecho de cobro de los impuestos reales y, tras convertir el reino en provincia y dejar allí a Gayo Salustio como procónsul con poder militar, abandona la ciudad y vuelve a Útica. Allí, tras poner en venta los bienes de los [2] que habían servido como oficiales a las órdenes de Juba y Petreyo, impone a los naturales de Tapso una multa de dos millones de sestercios y a la comunidad romana que allí residía otra multa de tres

millones; asimismo, tres millones a los de Hadrumeto y cinco millones a la comunidad romana residente; por otro lado, protege contra toda violencia o pillaje las ciudades y los bienes de sus habitantes. A los de [3] Leptis²¹⁸, a quienes en los años anteriores Juba les había arrebatado los bienes y que, quejándose a través de legados ante el senado, habían conseguido por medio del arbitraje dictado por éste recuperarlos, los multa con tres millones de libras de aceite anuales, dado que en un principio, a causa de una disputa entre sus principales ciudadanos, se habían aliado con Juba y lo habían socorrido con armas, soldados y dinero. A los de Tisdra, en atención a la pobreza de su ciudad, [4] los multa únicamente con una cierta cantidad de trigo.

[98] Arreglados estos asuntos, en las idus de junio²¹⁹ embarca en Útica y a los dos días llega a Cerdeña, a la ciudad de Cáralis²²⁰. [2] Allí impone una multa de cien mil sestericios a los habitantes de Sulcis²²¹ por haber dado acogida a Nasidio y a su escuadra, y haberlo socorrido con tropas²²²; y en lugar de contribuir con el diez por ciento de las cosechas les ordena hacerlo con el doce y medio por ciento, y pone en venta los bienes de unos pocos particulares; y así, cuatro días antes de las calendas de julio²²³ embarca y, bordeando la costa desde Cáralis, a los veintisiete días²²⁴, puesto que el mal tiempo lo retuvo en puerto, llega a Roma.

¹ El 17 de diciembre (= 23 de octubre) del año 47.

² Actual Marsala, en el extremo occidental de Sicilia.

³ Como puede verse, el autor del *Bellum Africum* empieza el relato *in medias res*, siguiendo una práctica común en la historiografía; pero se diferencia de otras obras del *corpus* al no incluir referencias a acontecimientos anteriores, como es el caso del *BH* 1, 1: *Pharnace superato, Africa recepta*.

⁴ Pertenecientes al ejército de Juba, rey de Numidia, tradicional enemigo de César. Este rey contaba con tropas regulares de infantería y caballería, aparte de otros contingentes irregulares de tropas indígenas.

⁵ Quinto Cecilio Metelo Pío (Escipión), hijo de Publico Cornelio Escipión Nasica (pretor en el 93), fue adoptado por Quinto Cecilio Metelo Pío. Era suegro de Pompeyo y fue con éste cónsul en el 52; en enero del 49 defendió ante el senado la proposición de que César licenciara su ejército; en la batalla de Farsalia había comandado el centro de la formación pompeyana.

⁶ La flota de los pompeyanos no era numerosa y, en cualquier caso, incapaz de dificultar seriamente el aprovisionamiento de César. Sabemos de la existencia de tres destacamentos navales ubicados en Útica, el más importante, en Tapso y en Hadrumeto. Todas estas localidades y las que se citarán a continuación se encuentran en la costa de Túnez.

⁷ Parece que se trata de la legión V Alauda, formada en el año 51 con galos transalpinos que habían recibido la ciudadanía romana (cf. SUETONIO, *César* 24, 2).

⁸ Actualmente Favignana, una de las islas Egates.

⁹ Puede tratarse de ciudadanos que, en las incursiones realizadas en Sicilia por Catón y Escipión, comandantes de la flota pompeyana de África, en busca de naves y de hierro (cf. DIÓN CASIO, XLII 3), hubieran mostrado una clara predisposición a favor de éstos. Esta muestra de disensión podría provenir también de la revuelta de las legiones que había tenido lugar en Mesina en el mes de agosto del 47 (cf. cap. 28).

¹⁰ Aulo Alieno había sido legado de Quinto Cicerón en Asia en el año 60, tribuno de la plebe en el 55 y pretor en el 49. Gobernó como procónsul Sicilia desde el 48 al 46.

¹¹ El 25 de diciembre (= 31 de octubre) del 47.

¹² Actual Qulaybiah (o Kelibia).

¹³ Actual Nabul (o Nabeul).

¹⁴ El 28 de diciembre (= 3 de noviembre) del 47. Hadrumeto es la actual Souza (o Sousse).

¹⁵ Gayo Considio Longo había llegado como representante de Pompeyo en África en el 49 y allí ejercía el cargo de legado propretor.

¹⁶ Gneo Calpurnio Pisón, había sido procuestor de Pompeyo en la Hispania Ulterior en el año 49 y desde allí llegó a África en compañía de Petreyo y Afranio.

¹⁷ Lucio Munacio Planeo había sido legado de César en las Galias en el 54 (cf. *BG II*, 3-7) y también había participado en la campaña de Hispania (cf. *BCI*, 40).

¹⁸ Su adhesión al partido de Pompeyo es lógica si consideramos que, como se dijo en la nota 32 a *BC I* 6, 4, su padre Hiempsal había obtenido el reino gracias a Pompeyo.

¹⁹ Este emplazamiento ha sido identificado con el actual Al Munastir (o Monastir), pero también con Henchir Tenir.

²⁰ El 1 de enero del 46 (= 5 de noviembre del 47).

²¹ Se trata de *Leptis Minor*; cf. *BCII*, nota 81.

²² Situada unos 50 Km al noroeste de Cartago, fue la capital de la provincia de África y la principal base marítima de Pompeyo. En la actualidad, debido al avance de la costa, ocupa un promontorio en medio de una amplia llanura pantanosa.

²³ Sorprendente aparición en el curso del relato de la persona del narrador, circunstancia totalmente inusitada en el resto de las obras del corpus. El fenómeno se repite en formas diferentes en 9, 2; 12, 1; 24, 1; 32, 1; 34, 1; 38, 1-2; 41, 3; 48, 2; 51, 6; 55, 1; 59, 1; 74, 1; 80, 3 (dos ejemplos). Véase a este propósito P. MILITERNI DELLA MORTE, *Struttura e stile del Bellum Africum*, Napoli, Loffredo, 1996, págs. 31-32.

²⁴ Gayo Rabirio Postumo, hijo postumo de Gayo Curcio, fue adoptado por su tío Gayo Rabirio. Se dedicó al igual que su tío a la banca: fue banquero de Tolomeo XIII Auletes. Cicerón lo defendió de la acusación de concusión en el *Pro G. Rabirio*.

²⁵ El texto presenta una laguna.

²⁶ Se trata del famoso historiador. En el año 46 ejercía el cargo de pretor.

²⁷ Actual Qarqannah (o Kerkenna).

²⁸ El 2 de enero del 46 (= 6 de noviembre del 47).

²⁹ No se conoce ninguna otra referencia sobre este personaje, al margen de lo que se dice en el capítulo 57.

³⁰ Cf. nota 23.

³¹ Tampoco disponemos de más información sobre Publio Sasema.

³² Se trata de los soldados que por causa de alguna enfermedad o dolencia no habían podido seguir a César a África en el 49 (cf. *BAI* 44, 4) y con los que Vatinius equipó su flota para operar en el Ilírico.

³³ Publio Sulpicio Rufo había sido legado de César en las Galias a partir del 45; en el 48 había comandado la flota cesariana que operaba en el estrecho de Mesina.

³⁴ Sobre Vatinio, véase *BAI*, nota 102.

³⁵ El puerto de Al Munastir.

³⁶ César disponía en este momento (principios de enero = mediados de noviembre) de un total de 8.000 hombres distribuidos en 23 cohortes, de las cuales sólo siete estaban integradas por soldados veteranos.

³⁷ El emplazamiento habría que situarlo al norte de Rúspina, en una meseta que domina la Sebkha Sahlina.

³⁸ Cf. nota 23.

³⁹ Tito Labieno, tribuno de la plebe en el 63, colaborador de César y eficaz lugarteniente suyo en las Galias (cf. especialmente *BG* VII 59, 6), a comienzos del 49 (= fines del 50) se pasó a Pompeyo y se constituyó en el rival más temible de César en África, donde ejercía como jefe de estado mayor de Escipión. Muere en la batalla de Munda (*BH* 31, 9).

⁴⁰ No tenemos ninguna otra noticia sobre la vida de estos dos hermanos, al margen de lo que se indica aquí y en el capítulo 78, 10.

⁴¹ idéntica formación de defensa es la que se vio obligada a adoptar la legión XXXVI para defenderse del ataque de las tropas de Fámaces (cf. *BAI* 40, 3).

⁴² Labieno no las podía ver, porque la legión como tal no había llegado todavía al teatro de operaciones de Africa y no lo haría hasta finales de febrero o principios de marzo del 46 (= diciembre del 47 - enero del 46). El soldado en cuestión debía de pertenecer, por tanto, al grupo de los legionarios que habían permanecido en Brindis al principio de la campaña y a los que se hace referencia en el cap. 10.

⁴³ No es fácil dar con la correcta explicación de la maniobra de César, si partimos del dato que al final del cap. 15 sus cohortes ya se encontraban situadas en posición de defensa en círculo, circunstancia que no cuadra de ninguna forma con la maniobra que aquí se describe. En nuestra opinión lo que se describe aquí es una maniobra alternativa a la posición de defensa en círculo. En un primer movimiento, César ordena a sus cohortes que ensanchen los intervalos entre ellas y así logra partir por la derecha y por la izquierda la corona enemiga que lo envuelve, y de esta forma las tropas del enemigo quedan divididas en dos mitades. En esta situación, la mitad de las cohortes de César, de forma alternada, dan media vuelta y con ello la mitad de sus fuerzas se encuentra enfrentada a un sector del enemigo y la otra, al otro. En dos acometidas sucesivas, una en cada sector, consigue alejar al enemigo y aprovecha la circunstancia para retirarse a su campamento.

⁴⁴ Marco Petreyo, anticesariano declarado, tenía en su haber la victoria sobre Catilina en Pistoya; en el año 59 apoyó a Catón en su oposición a la ley agraria propuesta por César. Entre el 55 y el 52 actuó, junto con Afranio, en calidad de legado de Pompeyo en Hispania (cf. *BCII* 37-82).

⁴⁵ Se trata de las colinas de Mesjed Aïssa, al suroeste de la Sebkha Shalina.

⁴⁶ Según DIÓN CASIO (XLIII 1-2), el desarrollo y el resultado del combate fueron muy diferentes, pues los cesarianos habrían sufrido un importante revés, que no llegó a más debido a las heridas sufridas por Labieno y Petreyo. También APIANO (*Guerras civiles* II 95) habla de una derrota sin paliativos de César.

⁴⁷ Cf. BC II 39-42. La situación a la que se enfrentó Curión era similar a la que se daba en el despliegue descrito en el capítulo anterior: una vasta llanura, tropas inferiores en número y escasa caballería, circunstancias todas ellas que favorecían la táctica nómada de acosar y retirarse.

⁴⁸ El nombre de Labieno es una restitución, pues todos los manuscritos presentan la lectura *Iubam*.

⁴⁹ Mientras César se encontraba en Alejandría y en Asia (cf. *BAI* 77-78), las legiones veteranas, que tras la batalla de Farsalia habían sido llevadas a Roma por Marco Antonio, se rebelaron y se negaron a partir hacia África (cf. DIÓN CASIO, XLII 30. 52-54, y APIANO, *Guerras civiles* II 92, 94).

⁵⁰ Actualmente Butrinto, en Albania, frente a la isla de Corfú.

⁵¹ El 4 de enero del 46 (= 8 de noviembre del 47).

⁵² Se refiere a la cosecha del verano del 47.

⁵³ La exageración es evidente, pues en los capítulos anteriores hemos visto que Ruspina y Leptis seguían en pie.

⁵⁴ Catón de Útica (cf. BC I, nota 20) había luchado en Farsalia al lado de Pompeyo. De allí pasó a África. Acabó suicidándose en la ciudad que gobernaba (cf. 88, 3).

⁵⁵ La relación no es exacta, dado que el rey Bógudo de Mauritania era un fiel aliado de Roma, de forma que no se podía reconquistar lo que todavía no había sido conquistado.

⁵⁶ Pompeyo el Magno se hizo acreedor al triunfo el 12 de marzo del año 79 por su victoria sobre Jarbas, el usurpador del poder en Numidia. En este instante Pompeyo tenía 27 años de edad y todavía no había desempeñado ninguna magistratura.

⁵⁷ Rey de la Mauritania occidental. Tanto Bógudo como Boco, rey de la Mauritania oriental, eran leales a César. El límite entre los dos reinos lo marcaba el río Moulouya, en Marruecos.

⁵⁸ No es segura la identificación de esta localidad. Se apunta como la más probable Rusuccuru, la actual Dellys, al este de Argel; con todo, esta identificación conlleva una contradicción con el texto transmitido, pues esta ciudad estaba en el reino de Boco y no en el de Bógudo.

⁵⁹ Esta expedición debió de tener lugar en los últimos meses del 47. Entre las razones que se podrían apuntar para justificarla está la creencia del joven Pompeyo

de encontrar un terreno propicio en Hispania, que, como se recordará (cf. *BAl* 48-54), había vivido momentos de turbación por el levantamiento contra Casio Longino. De hecho las legiones de Hispania habían mantenido negociaciones secretas con Escipión (cf. *DIÓN CASIO*, XLII 56, 4; XLIII 29, 8).

[60](#) Cf. nota 23.

[61](#) Unos 9 Km.

[62](#) Unos 4'5 Km.

[63](#) Publio Sitio era un caballero romano muy influyente por su riqueza que en el año 64 se refugió en la Hispania Citerior huyendo del peligro que le suponía el haber sido partidario de Catilina. De Hispania paso a Mauritania, constituido en una especie de *condottiero* que puso sus fuerzas al servicio de los reyes mauritanos. Batió a los restos del ejército pompeyano tras la batalla de Tapso, y César le recompensó con un principado que tenía su centro en la ciudad de Cirta.

[64](#) Rey de la Mauritania oriental.

[65](#) Hoy Constantina, en Argelia.

[66](#) Tribus bereberes que no parece que llegaran a constituir nunca un reino unificado.

[67](#) Había sido pretor en el año 62 y había gobernado Sicilia como propretor del 61 al 58.

[68](#) Actualmente Ras Dimass, entre Souza y el cabo Kabûdiyah.

[69](#) En el año 47 César hizo entrar en el senado a un notable grupo de caballeros y oficiales de su ejército.

[70](#) La revuelta de Mesina tuvo lugar a finales de agosto (= mediados de julio) del 47. Las legiones concentradas en Sicilia por Marco Antonio se insubordinaron ante la llegada de Salustio y de Valerio Mesala, encargados por César de conducirlos a África. Más en concreto, la legión XII recibió a pedradas a Mesala y a Publio Sila (cf. *CICERÓN*, *Ático* XI 21, 2 y XI 22, 2).

[71](#) Unos 450 m.

[72](#) Cf. nota 23.

[73](#) El célebre general Gayo Mario, líder del partido popular, se había casado con una tía paterna de César. Anteriormente, se había servido de los gétulos como tropas auxiliares y, como recompensa a sus servicios, les había otorgado la ciudadanía romana y la propiedad de algunas tierras en Numidia. Pompeyo, tras la victoria de Sila en la guerra civil (año 82), participó en la represión de los elementos antisilanos en África y, de resultas de estas actividades desposeyó a los gétulos del derecho de ciudadanía y los puso bajo la autoridad de Hiémpsal, rey de Numidia.

[74](#) Ciudad marítima de difícil identificación. Normalmente se la identifica con la actual Chebba, a unos sesenta Km al sur de Rúspina.

⁷⁵ Gayo Mesio, amigo de Cicerón y de Pompeyo, tribuno de la plebe en el 57, en el 55 fue elegido edil curul y tuvo a su cargo la organización de los juegos *Floralia*. En el 54 actuó como legado de César en las Galias y en este momento acababa de ser nombrado legado de César en África.

⁷⁶ Cf. cap. 8, 3 y nota 23.

⁷⁷ En realidad, la expedición no fue tan plácida, como se pone de manifiesto en el capítulo 44; mas, la redacción día a día de los acontecimientos hace que no se pueda dar cuenta de un incidente del que todavía no se tienen noticias.

⁷⁸ César dispondrá a partir de este momento de ocho legiones y 2.800 jinetes.

⁷⁹ Véase nota 73.

⁸⁰ En la actualidad El Djem, unos 50 Km al sur de Rúspina.

⁸¹ La equivalencia en sistema métrico es de 26.620 Hl de trigo.

⁸² El comportamiento que tiene César con los enviados de esta ciudad, a diferencia del que había tenido con los enviados de Acila a los que concedió una guarnición de inmediato, se explica por dos motivos: la conveniencia de no dispersar tropas y la situación tierra a dentro de Tisdra, factor que dificultaba sobremanera el mantenimiento de las comunicaciones.

⁸³ 26 de enero del 46 = 30 de noviembre del 47.

⁸⁴ Entre las cuatro o las cinco de la tarde y las ocho o las nueve de la noche, según el horario que se aplique; en cualquier caso, después de oscurecer.

⁸⁵ Entre la medianoche y las tres de la madrugada.

⁸⁶ Unos 22,5 Km.

⁸⁷ Visto desde el norte, éste es el aspecto que ofrece la Sebkhah Sahlina.

⁸⁸ Cf. nota 23.

⁸⁹ Cf. nota 23.

⁹⁰ 1,5 Km.

⁹¹ Unos 600 m.

⁹² Unos 2,5 Km.

⁹³ La utilización de varias puertas en una operación de repliegue conlleva un peligro cierto, pues supone la rotura y el desorden de la formación.

⁹⁴ Véase BCII 23-44.

⁹⁵ 1,5 Km.

⁹⁶ Actualmente Henchir el Makrebea.

⁹⁷ Cf. nota 23.

[98](#) Vemos, por tanto, que Escipión recurre a la misma táctica de César, tal y como se describe en el capítulo anterior. En la guerra antigua constituía un elemento esencial el poder sustraerle al enemigo la composición de la parte central de la formación, tanto para poder sorprenderle en las acciones ofensivas como para no dejarse sorprender en las acciones defensivas.

[99](#) Sólo son conocidos por este episodio.

[100](#) La isla de Zembra, que cierra el golfo de Túnez.

[101](#) Publio Atio Varo había sido propretor de África con anterioridad a la guerra civil; seguramente por ello Pompeyo lo envió como legado propretor a África donde tomó el poder de una forma irregular en ausencia del propretor Considio. En el momento presente, una vez cedido el mando de la provincia a Escipión y el gobierno de Úrica a Catón, estaba al mando de la flota estacionada en esta ciudad.

[102](#) Había sido comandante de la flota que operaba en el mar Adriático y en el Jónico. Después de la batalla de Farsalia se refugió en el Ilirico, donde consiguió alcanzar una importante cota de poder y dominio, que perdió al resultar derrotado por Vatinio en la batalla de la isla de Tauris, de la que escapó a nado, pese a estar herido; desde allí, con unas pocas naves, buscó refugio en África (cf. *BAI* 42-43 y 45-47).

[103](#) La desaparición de esta constelación marca propiamente el comienzo del invierno con la llegada del frío y de la lluvia.

[104](#) Aproximadamente entre las ocho y media de la tarde y la medianoche.

[105](#) No era inusual que los soldados se hicieran acompañar de algún esclavo particular que les ayudaba en la provisión de las necesidades básicas.

[106](#) Se trata del meteoro ígneo conocido como fuego de Santelmo; suele manifestarse de noche después de las tormentas.

[107](#) Lugarteniente de Juba, rey de Numidia. Cf. *BCII* 38-42.

[108](#) Recuérdese que lo característico de la caballería nómada era montar sin bridas y dirigir a los caballos por medio de una varita, tal y como se conduce todavía en la actualidad a los camellos.

[109](#) Cf. nota 23.

[110](#) Cuenta DIÓN CASIO (XLIII 4, 6) que Escipión le ofreció a Juba toda la provincia de África, si éste se decidía definitivamente a unírsele.

[111](#) SUETONIO (*César* 66) cuenta que César para calmar a sus tropas les lanzó una arenga en la que exageraba hasta lo increíble la composición de las fuerzas de Juba, contando, sin duda, con el efecto contrapuesto que produciría el observar que su número era sensiblemente inferior.

[112](#) Se trata probablemente de la colina de Sidi Jeha.

[113](#) El texto da a entender que el campamento de Labieno se encontraba distanciado del de Escipión y cercano a la colina de Sidi Jeha.

[114](#) Cf. nota 23.

[115](#) El relato da a entender que el campamento principal de César se hallaba instalado en las cercanías de Uzita, al noroeste de Sidi Jeha.

[116](#) Se habían quedado al lado de Juba al perdonarles éste la vida tras derrotar a Curión en la batalla de Bagrada. Cf. cap. 40, 5.

[117](#) Con la llegada de estos refuerzos César reúne bajo su mando un contingente de diez legiones: cinco de veteranos y cinco de reclutas.

[118](#) Los personajes citados en este capítulo sólo son conocidos por este episodio, excepto Tito Salieno, centurión que aparece citado también en 28, 2.

[119](#) Cf. nota 23 y cap. 31, 4.

[120](#) Cf. nota 73.

[121](#) El padre de Juba, rey de Numidia.

[122](#) Senador del que no poseemos otras referencias.

[123](#) Se trata con mucha probabilidad del gobernador de *Leptis Minor*. Cf. cap. 9.

[124](#) El pasaje está corrompido. La traducción que damos es interpretativa.

[125](#) El manto púrpura llamado *paludamentum* constituía el signo distintivo del general en jefe. Se llevaba sujeto con una hebilla sobre el hombro derecho.

[126](#) El relato lleva a suponer que en algún momento Labieno se separa de Escipión y monta un campamento en los alrededores de la colina de Sidi Jeha con la finalidad de cortar a César la línea de avituallamiento hacia el interior de la región; sin embargo, al tomar César Sidi Jeha habría sido inviable mantenerlo en su primer emplazamiento y Labieno se habría visto obligado a trasladarlo más hacia el Sur, a los alrededores de Djemmal.

[127](#) Cf. nota 23.

[128](#) Se trata en este capítulo y en el siguiente de poner de manifiesto la desproporción de efectivos que había entre los dos ejércitos. Escipión contaba con once legiones y dos cohortes, no menos de 20.000 jinetes, una cantidad similar de infantería ligera y 60 elefantes. Por su parte, César sólo contaba con nueve legiones, con unos 3.500 jinetes y una cantidad todavía menor de infantería ligera.

[129](#) 1'5 Km.

[130](#) La numeración de las legiones presenta graves problemas de transmisión. El texto de Bouvet sigue literalmente las conjeturas de Nipperdey.

[131](#) Unos 450 m.

[132](#) Alrededor de las tres de la tarde.

[133](#) Se trata de la fortificación de Sidi Jaha.

[134](#) No nos parece verosímil pensar, como hacen algunos comentaristas, que César traspasara la línea de la ciudad de Uzita, de forma que la altura mencionada fuera la colina de Mesdur, emplazada a espaldas de Uzita, debido al tremendo riesgo que supondría tener una posición aislada entre el campamento de Escipión y la ciudad. En consecuencia, se tiene que referir a la misma cadena montañosa a la que se ha hecho referencia repetidas veces con anterioridad.

[135](#) No está claramente establecida la filiación de Lucio Cispio; por una parte, se le relaciona con el tribuno Marco Cispio que en el año 57 participó en la campaña a favor del retorno de Cicerón del exilio (cf. CIC., *Sen.* 21); por otra, quizás sea el mismo Cispio Sevo que en el año 43 actúa como legado de Lucio Munacio Planco en la Galia (cf. CIC., *Fam.* X 18, 1; 21, 3).

[136](#) No se le conoce por ningún otro episodio.

[137](#) Del relato se infiere que la flota pompeyana estaba repartida en tres bases: Útica, Hadrumeto y Tapso, de las cuales la principal era la de Útica.

[138](#) Entre las ocho y las doce de la noche.

[139](#) Unos 9 Km.

[140](#) Unos 6 Km.

[141](#) Este hecho parece contradecir lo expresado al final del capítulo anterior donde se señala que los barcos se encontraban faltos de defensores. Es posible que la falta de dotaciones afectara sólo a las naves de carga, pero no a las de guerra.

[142](#) Tras la capitulación de Afranio en la batalla de Lérida (cf. *BC I* 87).

[143](#) Lucio Nasidio comandaba la flota que en el año 49 Pompeyo envió en auxilio de Marsella. Tras una decepcionante participación en la batalla contra la flota cesariana que asediaba Marsella, se retiró con todas sus naves intactas a Hispania y de allí, enseguida, a África (*BC II* 3-7). No disponemos de más datos sobre la personalidad de Publio Vestrio que los que aquí se indican.

[144](#) Entre las doce de la noche y las cuatro de la madrugada.

[145](#) Unos 10,5 Km.

[146](#) La puerta trasera del campamento y que, por tanto, quedaba fuera de la vista del enemigo.

[147](#) De madrugada, entre las cuatro y las ocho.

[148](#) Esta disposición del orden de marcha da a entender que César marcha hacia el sur y que protege sus pertrechos colocándolos en el lado opuesto a la posición del enemigo.

[149](#) En la actualidad El Maklouba, al norte de Ksur Essaf.

[150](#) Unos 9 Km.

[151](#) De localización incierta, puede identificarse con Sidi Neja o con Beni Hassan.

[152](#) Unos 7,5 Km.

[153](#) Unos 20 Km.

[154](#) A partir de las cuatro de la madrugada.

[155](#) El gentilicio de este caballero romano, por lo demás desconocido, aparece deturpado en los manuscritos.

[156](#) Tampoco tenemos más datos sobre este personaje, aparte de lo que se indica aquí y en el capítulo 89, 5.

[157](#) Es la primera vez que aparece mencionado este animal en la historia de África.

[158](#) No se trata de Gayo Opio, amigo de César; quizá se trate del Espurio Opio al que César promovió a la pretura del año 44.

[159](#) Fiel seguidor de Pompeyo, de quien fue legado en diferentes ocasiones; particularmente significativa fue su participación en la batalla de Ilerda, donde sus tropas unidas a las de Petreyo capitularon ante César. Había accedido al consulado en el 66. Por el testimonio de PLUTARCO (*César* 58), se sabe que en estos momentos tenía a su mando uno de los dos campamentos situados junto a Tapso.

[160](#) Es decir, entre las seis de la mañana y la dos de la tarde.

[161](#) 150 m.

[162](#) Al noble carácter de los galos en la lucha se refiere reiteradamente César en el correspondiente comentario; también ESTRABÓN, IV 4. 2.

[163](#) La identificación de esta localidad ha sido objeto de controversia al depender de la identificación de Zeta. Los que con S. Gsell sitúan Zeta en Sidi Neja, tienen que emplazar Vaga en Beni Hassan; en cambio, quienes con Veith sitúan Zeta en Beni Hassan, se ven obligados a emplazar Vaga en Zeramedine. Últimamente parece imponerse la opinión de H. H. Abdulwahab de identificar Vaga con Bâja, en la demarcación de Ued Bâja, departamento de Mahdia.

[164](#) Cf. 68, 1.

[165](#) 21 de marzo (=21 de enero) del año 46. Precisamente esta fecha coincide con la de purificación del ejército, ritual que en Roma precedía tradicionalmente al inicio de las campañas militares.

[166](#) Unos 7,5 Km.

[167](#) Unos 3 Km.

[168](#) l.a actual Henchir el Ksur, al sudeste de Bu Merdas.

[169](#) Es bastante habitual en César el recurso a cohortes de intervención rápida como las presentes: cf. *BC* I 43, 3; 44, 5; 57, 1; III 75, 5.

[170](#) No conocido por otros episodios, sino por la valentía demostrada aquí.

[171](#) Actual El Djem.

[172](#) Unos 6 Km.

[173](#) Bir el Aiun, a 6 Km al norte de Tisdra (El Djem).

[174](#) Entre las dos y media y las siete y media de la madrugada.

[175](#) Lugarteniente de César; tres años después, CICERÓN (*Fil.* 11, 12, 30) lo sitúa como procónsul en Oriente.

[176](#) Se trata seguramente del puerto de *Thaenae*, actual Thyna.

[177](#) 7,5 Km y 3 Km, respectivamente.

[178](#) Se duda entre identificarla con Sidi Dekril o con Henchir Merbesse.

[179](#) 1,5 Km.

[180](#) Cf. 13, 1.

[181](#) 4,5 Km.

[182](#) Entre las dos y las tres de la tarde.

[183](#) Es decir, el cuatro de abril (= 4 de febrero) del 46.

[184](#) Entre medianoche y las tres de la madrugada.

[185](#) Unos 24 Km.

[186](#) Ciudad marítima, cuyas ruinas se encuentran junto a la localidad de Ras Dimasse.

[187](#) Unos 12 Km.

[188](#) La anchura del istmo sería de unos 2.300 m.

[189](#) Del testimonio de DIÓN CASIO (XLII1) se puede deducir que el plan de Escipión consistía en cerrarle la salida a César por el istmo norte, en tanto que la salida por el istmo oriental quedaba bloqueada por la línea de fortificación de su campamento unido al de Juba. Esta peligrosa situación explicaría la rápida reacción de César y también su indecisión en el momento de afrontar un combate que tendría consecuencias gravísimas, caso de resultarle desfavorable. Tapso ocupa el extremo de una península ocupada en su parte central por la Sebkha Moknin, de forma que el acceso a la ciudad tiene que hacerse necesariamente por los pasos que quedan entre la Sebkha y el mar, al norte y al este.

[190](#) Nonio Asprenate es seguramente el mismo personaje que aparece mencionado en *BH* 10, 2; por otro lado, se considera que es el padre del

lugarteniente de Varo, que defendió Maguncia tras la afrentosa derrota de Teutoburgo.

[191](#) La situación en que se encuentran los soldados confirma el hecho, transmitido por otras fuentes (PLUTARCO, *Catón Men.* 58, 60; APIANO, *Guerras civiles* II 97; DIÓN CASIO, XLIII 9, 5), de que Escipión había huido abandonando sus tropas. Por otra parte, es lógico que los cesarianos hubieran ocupado ya el campamento, pues las tropas de Escipión en su huida habían tenido que bordear la Sebkha por la parte exterior, la más larga, en tanto que a las tropas de César les había bastado con recorrer a lo largo el istmo del este; a esta explicación geográfica hay que añadir que las tropas de Juba habían emprendido la huida al apercibirse del descalabro sufrido por Escipión.

[192](#) El texto presenta una pequeña laguna.

[193](#) Carecemos de otros datos acerca de este personaje.

[194](#) No tenemos más información sobre este personaje.

[195](#) El 7 de abril (= 7 de febrero) del 46.

[196](#) Caninio Rébilo había sido lugarteniente de César en la Galia y luego en África; como lugarteniente de Curión, fue de los pocos que lograron salvarse de la derrota sufrida ante Juba. Cf. *BC* II 24 y 34.

[197](#) Cónsul en el 53 y en el 40, partidario de César, en la batalla de Farsalia comandó el centro de las líneas cesarianas. Tras su segundo consulado, fue gobernador de Hispania y alcanzó el triunfo en el año 36 a. C. Cf. *BC* III 34, 3 y 89, 3; y *BAI* 34 y 36-40.

[198](#) Conocida por otro nombre como *Pheradi Maius*; se corresponde con la actual Henxir Sidi Khalifa.

[199](#) No sabemos con exactitud qué beneficios podía procurar a los uticenses esta ley que, como mínimo, debía remontarse al consulado de César del año 59.

[200](#) Se considera que Útica, como ciudad libre, había mantenido la organización municipal anterior a la caída de Cartago.

[201](#) Lucio Cornelio Sila Fausto era hijo de Sila y yerno de Pompeyo; sabemos que participó como tribuno militar de Pompeyo en la toma de Jerusalén en el 63; consiguió la cuestura en el año 54 y en el 48 lo encontramos en calidad de procuestor en el ejército de Pompeyo que operaba en Macedonia.

[202](#) Pese a que en ocasiones se habla también de la asamblea (*conuentus*) de los trescientos, éstos no constituían una entidad orgánica en el gobierno de la ciudad, sino que eran un grupo de influencia formado por las fuerzas vivas de la ciudad, especialmente mercaderes y comerciantes.

[203](#) Lucio Julio César era pariente lejano de Julio César. Tras intentar lograr en vano, en el año 49, un acercamiento entre César y Pompeyo, optó por el bando de éste, de quien recibió el encargo de pasar a África para impedir el desembarco de Curión, empresa en la que no destacó demasiado (cf. *BC* II 23, 3).

[204](#) El relato de la muerte de Catón adquiere tintes más dramáticos en las versiones que dan otros autores como PLUTARCO (*Catón Men.* 72; *César* 54), DIÓN CASIO (XLIII 11), APIANO (*Guerras civiles* II 99), VALERIO MÁXIMO (III 2, 14) y FLORO (II 13, 71-72).

[205](#) Quinto Ligario, como legado del propretor Gayo Considio, asumió en ausencia de éste el gobierno de la provincia de África en el 50. Cuando estalló la guerra civil, se puso a las órdenes del legado propretor de Pompeyo, Atio Varo, y en colaboración con éste impidió en la primavera del 49 el desembarco del gobernador legal de la provincia, Tuberón.

[206](#) Acerca del padre, véase nota 15.

[207](#) Este personaje debía ser a la sazón muy joven, pues no empezó su carrera política hasta el año 43, en que ejerció el cargo de cuadrúnviro; en el año siguiente, el 42, fue *praefectus urbi*.

[208](#) Carecemos de cualquier otra referencia respecto a Ateyo, Atrio y Aquinio: y lo mismo cabría decir del hijo de Catón, aunque a él se refieren a propósito del mismo episodio PLUTARCO (*Catón Men.* 65-73), APIANO (*Guerras civiles* II 98-100) y DIÓN CASIO (XLIII 11-12). Acerca de los Ocela, plantea dificultades la transmisión textual de sus nombres; con todo, parece clara su amistad con CICERÓN (*Ático* X 10, 4; 13, 3; 17, 3; y XVI 12), y su implicación en los acontecimientos que siguieron a la muerte de César, lo que, tras la batalla de Filipos, forzó su exilio en Samotracia. De Cecina conocemos su amistad con CICERÓN (*Fam.* VI 5-9; XIII 66), su decidido apoyo a Pompeyo y su animadversión hacia César, contra quien escribió un duro panfleto (SUETONIO, *César* 75, 5; CICERÓN, *Fam.* VI 7, 1). Marco Epio era un senador que desde el principio tomó partido por Pompeyo (CICERÓN, *Fam.* VIII 11 B, 1). Finalmente, Licinio Damasipo era uno de los senadores que acompañaban a Juba cuando éste hizo su entrada triunfal en Útica tras derrotar a Curión (*BC* II. 44. 3).

[209](#) Se trata de *Zama Regia*, actualmente Seba-Bihar, una de las capitales de Juba; situada en una llanura en la que se había producido la trascendental derrota de Aníbal en la segunda guerra púnica. Existen otros emplazamientos que llevan el mismo nombre, pero, a diferencia de ésta, se encuentran situados en terreno montañoso.

[210](#) Cf. cap. 86, 3.

[211](#) Cf. cap. 86, 3.

[212](#) La tradición manuscrita del *Bellum Africum* ofrece de forma unánime la lectura inversa, *Iuba Petreium*, es decir, que fue Juba quien mató a Petreyo. Sin embargo, los editores recogen indefectiblemente la conjetura que da pie a nuestra traducción, a partir de la antigua propuesta de Rubenius basada en las *Periocas* de Livio (114) y en los *Eptomes* de FLORO (II 13, 69).

[213](#) Las fuentes difieren sobre la responsabilidad de César en estas muertes; por un lado, lo disculpan el autor del *Bellum Africum* y SUETONIO (*César* 75, 6);

por otro, lo hacen directamente responsable DIÓN CASIO (XLIII 12, 2) y FLORO (II 13, 90). Cf. nota 201.

[214](#) Lucio Manlio Torcuato era amigo de Cicerón; en el año 49 ejerció la pretura y en el 48 se vio obligado a entregarle a César la plaza de Órico en el Epiro, acción con la que consiguió que César le perdonara la vida.

[215](#) Personaje del que no se tienen otras referencias.

[216](#) *Hippo Regius* se corresponde con la actual localidad de Annaba (o Bona) en la costa occidental de Túnez.

[217](#) Según se desprende del testimonio de LIVIO (*Períocas* 114) y FLORO (II 13, 68), Escipión se suicidó clavándose la espada y tirándose al mar.

[218](#) Se trata de Leptis Magna, actualmente Lbqy, entre las dos Sirtes. A los problemas internos de la ciudad alude CÉSAR en *BC* II 38.

[219](#) El 13 de junio (= 14 de abril) del 46.

[220](#) La actual Cagliari.

[221](#) Actualmente Sol.

[222](#) No está claro si el episodio aquí referido tuvo lugar en el año 49, cuando Nasidio hizo escala en la ciudad mientras se dirigía a socorrer Marsella, asediada por César, o con motivo de alguna de las incursiones que la flota pompeyana de África realizó por las costas de Cerdeña en los años 48 y 47.

[223](#) El 27 de junio (= 28 de abril) del 46.

[224](#) El 25 de julio (= 25 de mayo) del 46.

GUERRA DE HISPANIA

SINOPSIS

AÑO 45

1. Actuación de Gneo Pompeyo, hijo, en la Hispania Ulterior.
2. César llega de improviso a la Hispania Ulterior.
3. Situación de la provincia. César envía ayuda a Ulia, asediada por Gneo Pompeyo.
- 4-5. César pone cerco a Córdoba, gobernada por Sexto Pompeyo. Su hermano Gneo levanta el asedio de Ulia. Lucha por el control del puente de Córdoba.
- 6-10. César deja Córdoba y pone cerco a Ategua. Gneo Pompeyo lo sigue. Su caballería se impone a la de César. Gneo Pompeyo instala su campamento entre Ategua y Ucubis. Cómputo de sus fuerzas. Orografía de la región. Lucha por el bastión de *Castra Postumiana*. Le llegan refuerzos a César. Pompeyo se retira hacia Córdoba.
- 11-19. Continúa el asedio de Ategua. Deserciones en la ciudad. Detenciones diversas. Intercepción de mensajeros. Ofertas de rendición. Pompeyo fortifica el entorno de su campamento y ocupa un reducto cesariano. Salidas diversas de los asediados. Crueldad de la guarnición. Los ategüenses envían una embajada a César. Otros incidentes menores. Rendición de Ategua.

- [20-21.](#) Gneo Pompeyo instala su campamento junto a Ucubis. Parte de incidentes y deserciones pompeyanas.
- [22.](#) Fracasa una embajada enviada a Bursavo. Incidentes en la ciudad.
- [23.](#) César acerca su campamento al de Pompeyo. César fortifica los alrededores del campamento y es hostigado por el enemigo.
- [24-25.](#) Los dos ejércitos se instalan junto a Soricaria. Lucha por el fortín de Aspavia. Los pompeyanos siguen dificultando las obras de fortificación de César. Combate singular.
- [26.](#) César otorga recompensas. Nuevas deserciones entre los pompeyanos. Interceptada una carta de Pompeyo a los habitantes de Ursao.
- [27.](#) Pompeyo da orden de incendiar Ucubis y tralada su campamento junto a Éspalis. César toma Véntipo, marcha hacia Carraca y luego hacia Munda, donde estaba instalado Pompeyo.
- [28-31.](#) Pompeyo presenta batalla confiado en la ventaja de su posición. Configuración del terreno. Batalla de Munda. Balance de la batalla.
- [32.](#) Consecuencias de la batalla. Sexto Pompeyo huye de Córdoba. Gneo Pompeyo escapa hacia Carteya.
- [33-34.](#)

César, dejando asediada Munda, marcha sobre Córdoba. Suicidio de Escápula. Asalto e incendio de Córdoba.

[35-36](#). La confusa situación de Híspalis, plaza controlada por los lusitanos. Ardid de César para tomar la ciudad. Los habitantes de Carteya se ofrecen a entregarle a Gneo Pompeyo. Rendición de Hasta y de parte de la guarnición de Munda.

[37-39](#). Estallan disensiones en Carteya. Gneo Pompeyo huye. Perseguido por Gayo Didio, comandante de la flota cesariana, es capturado, ejecutado y su cabeza enviada a Híspalis.

[40](#). Gayo Didio cae en una emboscada de los lusitanos y muere.

[41](#). Los cesarianos toman Munda y ponen cerco a Ursao.

[42](#). César llega a Híspalis y pronuncia un discurso ante la asamblea de ciudadanos.

Vencido Fárnaces y recuperada África¹, Gneo Pompeyo [1] el Joven, contando con la ayuda de quienes en su compañía habían logrado escapar de los anteriores combates², alcanza la Hispania Ulterior³ y, mientras César se entretiene ofreciendo espectáculos públicos en Italia, empieza a recurrir a los vínculos de clientela que tenía con cada ciudad⁴, a fin de conseguir más fácilmente apoyos para enfrentarse a aquél⁵. [2] Así, tras conseguir, en parte gracias a las súplicas, en parte por la fuerza, un importante contingente armado, se dedicaba [3] a devastar la provincia. En tales circunstancias, algunas ciudades le enviaban refuerzos por propia voluntad, mientras [4] que otras, en cambio, le cerraban las puertas. Caso de conseguir capturar alguna de éstas por la fuerza, aun cuando alguno de sus habitantes hubiera prestado relevantes servicios a su padre, Gneo Pompeyo, se levantaba contra él alguna causa judicial, acorde con la magnitud de su fortuna, a fin de quitarlo de en medio y repartir luego sus bienes con prodigalidad entre sus bandoleros. Así, el enemigo, amparándose en tales demostraciones de amistad, conseguía incrementar [5] el número de sus efectivos. Por ello, las ciudades opuestas a Pompeyo enviaban continuamente embajadas a Italia en demanda de ayuda.

[2] Gayo César, dictador por tercera vez y designado para un cuarto mandato⁶, tras resolver previamente muchos asuntos⁷, se dirigió a toda prisa a Hispania para acabar con la guerra⁸. A su llegada, le salieron al encuentro unos emisarios cordobeses que se habían apartado del bando de Gneo Pompeyo, anunciándole que la ciudad de Córdoba podía ser tomada de noche, puesto que había logrado hacerse con la provincia sin que se enteraran sus enemigos y ni tan siquiera los informadores que Gneo Pompeyo había dispuesto por todas partes para que le informaran de su llegada; asimismo, le proponían otras muchas acciones de verosímil ejecución. inducido por estos acontecimientos, informa de su llegada a

[2] los legados Quinto Pedio⁹ y Quinto Fabio Máximo¹⁰, a quienes con anterioridad había puesto al frente del ejército, a fin de que la caballería que hubiesen reclutado en la provincia le pudiera servir de escolta. Pero, como llegó hasta [3] ellos mucho antes de lo que creían, no pudo, como hubiese querido, disponer de la ayuda de la caballería.

[3] En estos momentos era su hermano¹¹, Sexto Pompeyo, quien con la ayuda de la guarnición tenía en sus manos la ciudad de Córdoba, pues se la consideraba la capital de esta provincia¹²; por su parte, el propio Gneo Pompeyo, el Joven asediaba la ciudad de Uilía¹³, y ya hacía algunos meses que [2] se demoraba en estas operaciones. Enterados sus habitantes de la llegada de César, unos emisarios de la ciudad se presentan ante él, a escondidas de las tropas de Gneo Pompeyo, [3] y le piden que a la primera ocasión acuda en su ayuda. César, que recordaba que esta ciudad había prestado en toda ocasión excelentes servicios al pueblo romano, ordena que durante la segunda vigilia¹⁴ partan seis cohortes y un número [4] equivalente de soldados a caballo. A su frente puso a un hombre natural de esta provincia, Lucio Vibio Pacieco, personaje destacado y con no poca experiencia¹⁵. Éste, en el [5] instante mismo de llegar a las líneas de Gneo Pompeyo, se vio azotado por el viento contrario de una violenta tempestad; su fuerza cegaba la vista de los soldados hasta tal punto que apenas podían distinguir a quién tenían a su lado. Sin [6] embargo, esta contrariedad les ofrecía una tremenda ventaja. Así, al llegar al lugar adecuado, ordena que monten dos en cada caballo¹⁶ y, en línea recta, se dirigen a través de las posiciones adversarias hacia la ciudad. Encontrándose en medio [7] de las líneas enemigas, uno de nuestros soldados respondió a uno de los centinelas, que le pedía explicaciones, que guardara silencio, pues en este instante estaban intentando acercarse a la muralla para apoderarse de la ciudad; así, los centinelas no podían cumplir con su obligación, en parte dificultados por la tempestad, y en parte disuadidos por

aquella respuesta. Una vez cerca de la puerta, hicieron la [8] señal convenida y los habitantes de la ciudad los dejaron entrar; los soldados de infantería se quedaron apostados allí en estado de alerta, mientras la caballería, levantando un inmenso griterío, hizo una salida contra el campamento enemigo. En esta acción, desarrollada tan de improviso, una [9] gran parte de los hombres que había en el campamento creyeron que iban a caer prisioneros.

Tras enviar este destacamento a Ulia, César, a fin de [4] obligar a Pompeyo a levantar el asedio de esta ciudad, se dirige hacia Córdoba y, durante el trayecto, hizo que se adelantara junto con la caballería un contingente de infantería [2] pesada formado por hombres valerosos. Éstos, tan pronto como llegaron a la vista de la ciudad, montaron en los caballos, sin que ello pudiera ser advertido de ninguna manera por los cordobeses. Como quiera que, al acercarse más, una inmensa multitud salió de la ciudad dispuesta a destrozar la caballería, los soldados de infantería desmontaron y libraron un magnífico combate, de forma que de aquella innumerable multitud de enemigos fueron pocos los que lograron [3] retirarse a la ciudad. Atemorizado por esta acción, Sexto Pompeyo envió una carta a su hermano para que acudiera rápidamente en su ayuda, a fin de que César no tomara Córdoba [4] antes de que él llegara allí. Así pues, Gneo Pompeyo, atendiendo a la carta de su hermano, levanta el sitio de Ulia, ciudad que casi tenía tomada, y se pone en marcha con sus tropas en dirección a Córdoba.

[5] César, tras llegar al río Betis¹⁷ y encontrarse con que no podía cruzarlo por la gran profundidad de su cauce, hizo lanzar cestos llenos de piedras y colocar encima de ellos tablones. Una vez construido de esta manera un puente, hizo cruzar a sus tropas, dividiéndolas en tres columnas, con la [2] idea de montar el campamento al otro lado del río¹⁸. Tenía César encarada la ciudad desde el puente con tres columnas diferentes, como hemos dicho antes. A este mismo lugar llegó

Pompeyo con sus tropas y situó su campamento enfrente con una disposición semejante¹⁹. César, a fin de apartarlo [3] de la fortaleza y de la posibilidad de aprovisionarse, empieza a trazar una trinchera hacia el puente²⁰; y lo mismo hace Pompeyo con la misma intención²¹. Empiezan a porfiar [4] los dos comandantes por ver cuál de ellos ocuparía primero el puente; consecuencia de esta pugna fue que a diario se producían pequeñas escaramuzas, de las que salían vencedores unas veces unos y otras veces otros. Pero al llegar la cosa [5] a mayores y entablarse la lucha cuerpo a cuerpo, cuanto más arduosamente porfiaban unos y otros por mantener su posición, más apretujados se veían a causa del puente y, arrojándose apiñados a la orilla del río, se caían al agua. Así, no sólo iban amontonando de forma alternada cadáveres [6] sobre cadáveres, sino que igualaban unos terraplenes con otros. Por ello, hacía muchos días que César deseaba atraer, [7] de la forma que fuese, al enemigo a un lugar llano y, a la primera ocasión, decidir la guerra.

[6] Mas, al darse cuenta de que los adversarios no querían esto de ninguna manera, siendo así que él los había apartado de Ullia para llevarlos a un terreno abierto, hace que las tropas crucen el río de noche²² y ordena encender grandes hogueras²³; y se ponen en marcha en dirección a Ategua²⁴, el [2] reducto más firme del enemigo²⁵. Enterado Pompeyo de esta maniobra por unos desertores, en el mismo instante en que tuvo ocasión, hizo volver a un buen número de carros y a muchos mercenarios a través de puentes y desfiladeros y se [3] retiró a Córdoba. César empieza el asedio de Ategua construyendo fortificaciones y cavando trincheras. Al llegarle a Pompeyo la noticia de esta operación, en el mismo día se pone en marcha. Aunque César había ocupado muchos bastiones para instalar en ellos, de una parte, destacamentos de infantería, de otra parte, escuadrones de caballería, de forma que, por su ubicación, sirviesen de protección al campamento, sucedió que a la llegada de Pompeyo, que tuvo lugar de [4]

madrugada, había una niebla espesísima. Así, en medio de aquella oscuridad, con algunas cohortes y con los escuadrones de caballería rodean a la caballería de César y la destrozan, de manera que apenas unos pocos lograron escapar de la masacre.

La noche siguiente Pompeyo quema su campamento y, [7] cruzando el río Salso²⁶ al amparo de unas depresiones del terreno, instala uno nuevo en un monte situado entre las plazas de Ategua y Ucubis²⁷. César, entre las fortificaciones y [2] demás obras necesarias para la toma de la ciudad, hizo construir un terraplén y diversos manteletes. Estos parajes son [3] montañosos y, por su peculiar configuración, poco aptos para el desarrollo de operaciones militares²⁸; además, los parte por la mitad la llanura del río Salso, si bien el río se encuentra más cerca de Ategua. Pompeyo había emplazado su campamento en los montes, a unas dos millas²⁹ del contorno de la ciudad de Ategua, a la vista de las dos plazas, pero no se atrevió a acudir en ayuda de los suyos. Tenía a su disposición [4] las águilas y enseñas de trece legiones³⁰; pero de entre éstas, las que consideraba que tenían cierta consistencia eran en principio dos, la indígena y la segunda, que habían desertado de Trebonio³¹, y, luego, la constituida por colonos que habitaban en esta zona, y una cuarta, la Afraniana, que se había traído consigo de África; las demás estaban formadas [5] por fugitivos y tropas auxiliares. En lo que respecta a la infantería ligera y a la caballería, nuestros efectivos eran ampliamente superiores en valor y en número.

[8] Reafirmaba el interés de Pompeyo por diferir ampliamente la resolución de la guerra, la naturaleza elevada de unos parajes que resultaban bastante idóneos para la fortificación [2] de un campamento. Y es que casi toda la Hispania Ulterior, a causa de la feracidad de la tierra, presenta restricciones y dificultades para un asedio, y una abundancia no [3] excesiva de agua³². Asimismo, a causa de las frecuentes incursiones de los bárbaros³³, todos los asentamientos que están apartados de las ciudades se encuentran protegidos con

torres y fortificaciones, tal como sucede en África³⁴: estas construcciones se encuentran cubiertas con hormigón y no con tejas. Al mismo tiempo, hay instaladas en ellas atalayas que, dada la altura a la que se encuentran, permiten ver en [4] derredor hasta muy lejos. Además, una gran parte de las ciudades de esta provincia se encuentran protegidas por montañas, al estar ubicadas en elevaciones naturales del terreno, de manera que resulta difícil lo mismo entrar que subir [5] hasta ellas. Así, gracias a la configuración del terreno, se ven protegidas de los asedios, de manera que no lo tiene fácil un enemigo para apoderarse de las ciudades de Hispania; [6] y esto fue lo que acaeció en esta guerra. Pues, una vez que Pompeyo tuvo instalado su campamento entre Ategua y Ucubis, las dos ciudades antes indicadas, y, estando éstas al alcance de la vista, resultó que a unas cuatro millas³⁵ de su campamento sobresalía del terreno una tachuela llamada Castra Postumiana³⁶, emplazada en una magnífica posición; allí tenía César establecido un fortín de defensa.

En cuanto a Pompeyo, como estaba protegido, gracias a [9] la misma elevación, por la propia configuración del terreno y, además, se hallaba bastante apartado del campamento de César, era consciente de lo difícil que le sería a éste mantener aquella posición y, dado que el río Salso se interponía por en medio, creía que César no estaría dispuesto a arriesgarse para socorrer a los suyos en un terreno tan complicado. Así pues, confiando en sus previsiones, en el transcurso de la tercera vigilia³⁷ sale de su campamento y empieza a atacar el fortín. Una vez que estuvieron cerca, en medio de [2] un gran griterío, empiezan a lanzar una lluvia de dardos y consiguen herir a gran parte de los defensores. Pero, después [3] de esto, en tanto que los ocupantes del fortín iniciaban la resistencia y llegaba su aviso al campamento principal de César, éste partió con tres legiones en auxilio de los nuestros, que se encontraban en situación apurada. Y habiéndose acercado a los enemigos, éstos emprendieron, atemorizados, la huida: fueron

muchos los que murieron y muchos más los capturados, entre ellos dos centuriones. Además, en su huida muchos abandonaron las armas, llegándose a contabilizar ochenta escudos.

[10] Al día siguiente llega Arguecio³⁸ con la caballería desde Italia. Trajo cinco enseñas que les había tomado a los saguntinos³⁹ [2]. En su momento hemos pasado por alto que se le había unido a César una fuerza de caballería procedente de África al mando de Asprenate⁴⁰. Esta noche Pompeyo quema [3] su campamento e inicia la marcha hacia Córdoba⁴¹. Un rey llamado Indo⁴², que junto con la caballería había aportado sus propias tropas, mientras perseguía con excesivo ardor la columna enemiga, fue capturado y muerto por los legionarios de la indígena.

[11] Al día siguiente nuestra caballería persiguió hasta bien lejos, en dirección a Córdoba, a los encargados de llevar provisiones desde la ciudad al campamento de Pompeyo. Capturaron a cincuenta de ellos junto con sus bestias de carga [2] y los llevaron a nuestro campamento. En este día Quinto Marcio⁴³, que, al parecer, había sido tribuno militar en el bando de Pompeyo, se pasó a nuestras líneas; y por la noche, en el curso de la tercera vigilia⁴⁴, se peleó con ardor en torno a la ciudad y se lanzaron proyectiles incendiarios en abundancia, hasta el punto de que se acabaron los dardos que se suelen usar para lanzar fuego. A continuación, Gayo Fundanio⁴⁵, caballero romano, se pasó del campamento enemigo al nuestro.

Al día siguiente fueron capturados por nuestra caballería [12] dos soldados de la legión indígena que dijeron que eran esclavos. Pero al llegar fueron reconocidos por algunos soldados [2] que habían estado antes con Fabio y Pedio⁴⁶ *** y que habían desertado del ejército de Trebonio⁴⁷. No hubo lugar para el perdón y nuestros soldados les dieron muerte. Al [3] mismo tiempo fueron capturados unos correos que habían sido enviados desde Córdoba a Pompeyo y que, por error,

habían llegado a nuestro campamento; tras cortarles las manos se les dejó marchar. Siguiendo la práctica del día anterior, [4] durante la segunda vigilia⁴⁸, dedicaron mucho tiempo a lanzar mucho fuego y un sinnúmero de dardos desde la ciudad e hirieron a muchos de los nuestros. Pasada la noche, [5] hicieron una salida contra la legión VI, aprovechando que los nuestros se encontraban ocupados en las labores de fortificación, y acometieron valerosamente el combate; pero su empuje fue contenido por los nuestros, a pesar de que los sitiados se defendían desde una posición más elevada. Al iniciar [6] éstos la salida, fueron rechazados gracias al valor de nuestros soldados que, sin embargo, peleaban desde una posición más baja y, no sin cargarse con muchos heridos, se retiraron a la ciudad.

[13] Al día siguiente⁴⁹, Pompeyo comienza a trazar una línea atrincherada desde su campamento hasta el río Salso; y al no haber más que unos pocos jinetes nuestros de guardia, fueron sorprendidos por una fuerza superior en número y expulsados de su posición; tres de ellos encontraron la muerte. [2] Ese mismo día, Aulo Valgio, hijo de un senador y cuyo hermano había estado en el campamento de Pompeyo, abandonando todas sus pertenencias, montó en su caballo y emprendió [3] la huida⁵⁰. Un explorador de la segunda legión pompeyana fue capturado por nuestros soldados y pasado por las armas; fue por entonces cuando nos lanzaron una bala de plomo con una inscripción que decía que el día en el que nos acercáramos para tomar la ciudad, ellos bajarían sus [4] escudos. Confiados en esta promesa y con la esperanza de poder escalar el muro sin peligro y de apoderarse de la ciudad, algunos empiezan al día siguiente a minar la muralla y, una vez derruido un buen paño del muro exterior de la muralla [5] ***⁵¹. Hecho esto, nuestros soldados, que habían sido respetados por los ocupantes de la ciudad, como si fuesen de su mismo bando, *** pedían a César que dejara marchar a la infantería pesada que Pompeyo había puesto como guarnición

en la ciudad⁵². César les respondió que él estaba acostumbrado a imponer y no a acatar condiciones. Una vez que [6] aquéllos regresaron a la ciudad y dieron cuenta de la respuesta, se levantó un inmenso griterío y, lanzando todo género de proyectiles, empezaron a pelear a lo largo de toda la muralla; por ello, una gran parte de los hombres que se encontraban en el campamento no dudaron que en este día iban a realizar una salida. Así pues, rodeada la ciudad por [7] un cordón de tropas, se luchó con intensidad durante algún tiempo, a la par que un tiro de ballesta lanzado por los nuestros derribó una torre y, con ella, fueron abatidos cinco soldados enemigos que se encontraban en la torre y el muchacho que solía controlar la ballesta⁵³.

A continuación, Pompeyo levantó un fortín en la otra ribera [14] del río Salso⁵⁴ y, aunque lo hizo sin oposición por nuestra parte, se vanaglorió de ello creyendo, falsamente, que tenía una posición casi dentro de nuestras líneas. Asimismo, [2] al día siguiente, continuando con su práctica habitual de avanzar en profundidad, al llegar al lugar donde estaba instalado un destacamento nuestro de caballería, lanzaron un ataque y desalojaron del sitio a algunos escuadrones de caballería y a la dotación de infantería ligera que estaba con ellos; y, debido a su escasa entidad, tanto nuestracaballería como nuestra infantería ligera quedaron aplastadas [3] en medio de los escuadrones enemigos. Esto sucedía a la vista de los dos campamentos y la vanagloria de los pompeyanos aumentaba en la misma medida en que lo hacía la distancia hasta la que se aventuraban a perseguir a los nuestros [4] en su retirada. Pero al aguardarlos los nuestros en un lugar propicio, lanzando gritos y con el mismo valor de costumbre, los enemigos renunciaron a entablar el combate.

[15] Ésta es, en líneas generales, la forma que tienen los ejércitos de librar combates ecuestres: llegado el momento de luchar, los jinetes desmontan y se enfrentan con la infantería en una lucha absolutamente desigual; esto es lo que sucedió

[2] en esta ocasión. Al verse atacada de improviso nuestra caballería por un contingente escogido de infantería ligera, circunstancia de la que se dieron cuenta ya en plena batalla, [3] muchos descabalgaron de sus monturas. Así, en un instante, la caballería se pone a librar un combate más propio de la infantería y la infantería a librar un combate más propio de la caballería, hasta el punto de que la carnicería llegó casi [4] hasta la empalizada⁵⁵. En este combate perecieron ciento veintitrés enemigos, otros muchos se vieron obligados a desprenderse de sus armas y también fueron muchos los que [5] se retiraron heridos a su campamento. Murieron tres soldados de los nuestros; resultaron heridos doce soldados de infantería [6] y cinco de caballería. El resto del día, siguiendo una vieja práctica, se entabló la lucha delante del muro. Cuando los enemigos habían lanzado ya una gran cantidad de dardos y de fuego sobre los nuestros, que estaban a la defensiva, cometieron un crimen impío y muy cruel: empezaron a degollar ante nuestros ojos a los huéspedes que había en la ciudad y a echarlos desde lo alto de la muralla, tal como se hace entre los bárbaros; esta fechoría, que se recuerde, no se había producido nunca con anterioridad.

A última hora de ese día los pompeyanos enviaron a escondidas [16] de los nuestros un mensajero a la ciudad con instrucciones de que durante la noche sus habitantes incendiaran las torres y la empalizada, y en el curso de la tercera vigilia⁵⁶ hicieran una salida. Así, tras lanzar fuego y un sinnúmero [2] de dardos, una vez que ya habían destruido una buena parte de nuestros parapetos defensivos, abrieron la puerta que estaba enfrente y a la vista del campamento de Pompeyo, e hicieron una salida con la totalidad de sus tropas, llevando consigo colchones para rellenar los fosos, y garfios para derruir e incendiar las chozas con cubierta de paja que los nuestros habían construido para pasar el invierno; llevaban, además, plata y vestidos con la idea de que, mientras los nuestros se entretenían en recoger el botín, ellos, tras realizar

una carnicería, podrían retirarse a las líneas de Pompeyo; éste, efectivamente, creyendo que podían llevar a buen término la empresa, pasó toda la noche al otro lado del río Salso⁵⁷ con las tropas en formación de combate. Y aunque [3] la acción tuvo lugar sin que los nuestros lo esperaran, sin embargo, confiados en su propio coraje, los rechazaron, les causaron muchos heridos y los obligaron a volver a la ciudad, se apoderaron del botín y de sus armas, y lograron capturar a algunos vivos; éstos, al día siguiente, fueron pasados por las armas. Más o menos de forma simultánea, un [4] desertor de la ciudad comunicó que Junio, que se encontraba en una contramina, había proclamado a gritos, tras la degollina, que habían cometido una acción impía y criminal; pues los ciudadanos no se habían hecho merecedores de semejante castigo, puesto que los habían acogido en sus casas y hogares, mientras que ellos habían manchado su hospitalidad con un crimen; y les había dicho muchas cosas más. Asustados por este discurso, no habían degollado a más gente⁵⁸.

[17] Así, al día siguiente, llegó Tulio, en calidad de embajador⁵⁹, junto con un lusitano de nombre Catón, y pronunció ante César el siguiente discurso: «¡Ojalá los dioses inmortales hubiesen hecho que yo fuese soldado tuyo y no de Gneo Pompeyo, y que ahora dedicara la perseverancia de mi valor [2] a tu victoria y no a la derrota de aquél! Pues su gloria ha llegado a tal punto de fatalidad que unos ciudadanos romanos, sin protección de ninguna clase y a causa de la luctuosa ruina de la patria, somos contados entre los enemigos sin que hayamos conseguido un primer atisbo de fortuna, cuando la guerra le era favorable, ni ahora una segunda ocasión, cuando las cosas le van mal; mientras, apenas podemos sostener las numerosas acometidas de tus legiones, trabajando de día y de noche para intentar evitar los golpes de tus espadas y el impacto de tus proyectiles; por ello, totalmente abandonados por Pompeyo, superados por tu valor, te pedimos la salvación, fiados en tu clemencia, y te rogamos

que nos concedas [3] la vida». A lo que César respondió: «Tal cual me he portado con los extranjeros, así me comportaré ante la rendición de unos conciudadanos».

Despedida la embajada, al llegar a la puerta de la ciudad, [18] Tiberio Tulio se detuvo sin seguir a Catón, que ya estaba entrando; éste vuelve a la puerta y agarra a su compañero. Cuando Tiberio se dio cuenta de lo que sucedía, sacó de inmediato [2] su puñal y le hirió en la mano. De esta forma, los dos escaparon hacia el campamento de César⁶⁰. Al mismo [3] tiempo, un portaestandarte de la primera legión se pasó a nuestras líneas y reveló que en el día en que había tenido lugar el combate ecuestre murieron treinta y cinco hombres de su unidad, pero que en el campamento de Pompeyo estaba prohibido divulgar estas noticias o anunciar la existencia de baja alguna. Un esclavo, cuyo dueño se encontraba en el [4] campamento de César (a su mujer y a su hijo los había dejado en la ciudad), degolló a su dueño y luego, a escondidas, se pasó de las líneas de César al campamento de Pompeyo⁶¹ *** y envió⁶² un mensaje grabado en una bala de plomo para que por medio de él César se enterara de los preparativos de defensa que se hacían en la ciudad. Así, una vez recibidas [5] las cartas, como hubiese vuelto a la ciudad el que solía lanzar las balas de plomo grabadas***⁶³. A continuación, [6] dos desertores lusitanos, que eran hermanos, revelaron que Pompeyo había celebrado una asamblea en la que, tras poner de manifiesto que no se podía acudir en ayuda de la ciudad, instaba a sustraerse de noche a la vista de los adversarios y a alejarse en dirección al mar; y que uno le había respondido que haría mejor en bajar a combatir que en dar señales de huida; y que el que habló así fue degollado. Al mismo tiempo fueron capturados unos mensajeros de Pompeyo que iban camino de la ciudad; las cartas que llevaban, César hizo que las lanzaran a la ciudad⁶⁴ y al mensajero, que le pedía que le perdonara la vida, le ordenó que incendiara la torre de madera de la ciudad; y que si lo hacía, se le concedería todo. Era difícil conseguir

que alguien incendiara la [8] torre sin peligro. Así pues, habiéndose acercado demasiado, con una pierna atada a una cuerda, fue muerto por los sitiais dos⁶⁵. [9] La misma noche un desertor anunció que Pompeyo y Labieno⁶⁶ se habían indignado por la degollina de ciudadanos.

[19] Durante la segunda vigilia⁶⁷, debido al lanzamiento de una enorme cantidad de dardos, sufrió graves desperfectos una de nuestras torres de madera desde la base hasta el segundo [2] o tercer piso. Al mismo tiempo, los asediados pelearon ardorosamente delante del muro e incendiaron una torre como [3] la anterior con la ayuda de un viento favorable. Al día siguiente una madre de familia se descolgó por la muralla y se pasó a nuestras líneas, y dijo que de común acuerdo con su familia habían decidido pasarse todos a una a César, pero que el resto de los componentes de su familia habían sido capturados y degollados. Poco después, fueron lanzadas desde [4] la muralla unas tablillas en las que se encontró esta inscripción: «Lucio Munacio⁶⁸ a César. Si me concedes la vida, puesto que he sido abandonado por Gneo Pompeyo, estoy dispuesto a servirte con el mismo valor y constancia con la que le serví a él». Al mismo tiempo, se presentaron ante César [5] unos emisarios de la ciudad que habían salido con anterioridad de la misma y le dicen que si él les concede la vida, al día siguiente le entregarán la ciudad. Les responde que él [6] es César y que mantendrá la palabra dada. Así, once días antes de las calendas de marzo⁶⁹ se apoderó de la ciudad y fue proclamado *imperator*.

Tras enterarse Pompeyo por unos desertores de que se [20] había producido la entrega de la ciudad, desplazó su campamento en dirección a Ucubis y alrededor de este emplazamiento instaló fortines y se dispuso a mantenerse firme dentro de sus fortificaciones⁷⁰. César movió también el suyo [2] y lo situó bastante cerca del de su rival⁷¹. El mismo día, por la mañana, un soldado de la legión indígena se pasó a nuestro campo y reveló que Pompeyo había convocado a los

habitantes de Ucubis y les había ordenado que, poniendo extremo cuidado, indagasen quiénes estaban de su parte y [3] quiénes eran partidarios de la victoria del enemigo. Al poco tiempo, en la ciudad tomada por César⁷² fue sorprendido en una contramina el esclavo que antes indicamos que había [4] dado muerte a su amo⁷³; se le quemó vivo. En aquellos mismos días, ocho centuriones de la legión indígena, de los pertrechados con armamento pesado⁷⁴, se pasaron a César y nuestra caballería libró un combate con la caballería adversaria en el que resultaron heridos algunos soldados de infantería [5] ligera. Por la noche fueron capturados unos exploradores enemigos: tres esclavos y un soldado de la legión indígena. Los esclavos fueron crucificados y al soldado se le cortó el cuello.

[21] Al día siguiente, unos soldados de infantería con equipo [2] ligero se pasaron del campo de Pompeyo al nuestro. Y el mismo día, unos cuarenta jinetes hicieron una incursión contra nuestros aguadores, matando a algunos y capturando vivos a los demás; entre los capturados había ocho jinetes. [3] Al día siguiente, Pompeyo hizo decapitar a setenta y cuatro hombres que se decía que eran partidarios de la victoria de César, y al resto los hizo trasladar de vuelta a la ciudad; ciento veinte de ellos se escaparon y se vinieron al campo de César.

Al cabo de unos días, los bursavonenses que habían sido [22] capturados en Ategua partieron en compañía de nuestros legados para contar lo sucedido a sus compatriotas de Bursavo⁷⁵: ¿Qué podían esperar de Gneo Pompeyo, al ver que sus huéspedes eran degollados? Eso sin contar los muchos crímenes cometidos por aquéllos a los que acogían para que les dieran protección. Habiendo llegado a la ciudad, el grupo de [2] nuestros embajadores, constituido por caballeros y senadores romanos, no se atrevió a entrar en la ciudad, cosa que sí hicieron los que eran naturales de ella. Una vez que se intercambiaron [3] mensajes y respuestas, cuando ya los emisarios se encaminaban al encuentro de los que se habían

quedado fuera, los soldados que estaban de guarnición en Bursavo los siguieron y, a traición, los degollaron. Dos de ellos escaparon y le contaron a César lo sucedido; mientras tanto, los bursavonenses enviaron observadores a la ciudad de Ategua. Cuando se cercioraron de la veracidad del relato de los embajadores, [4] en el sentido de que los hechos se habían desarrollado tal y como aquéllos les dijeron, se produjo un amotinamiento entre los habitantes de la ciudad, que intentaron apedrear y apalear al responsable del degüello de los legados: sin duda él tenía la culpa de su perdición. Así pues, [5] apenas logró superar el difícil trance, pidió a los ciudadanos que se le permitiera marchar como embajador ante César: él [6] en persona le daría satisfacción. Obtenida la autorización, después de salir de la ciudad se puso a reunir una partida y, una vez que logró juntar un buen número de seguidores, consiguió introducirse de noche en la ciudad mediante engaños y realizó una gran matanza; y, una vez eliminados los dirigentes que se habían mostrado contrarios a su postura, [7] retomó de nuevo el control de la ciudad. Pasado un tiempo, unos esclavos fugitivos nos enteraron de la puesta en venta de las posesiones de los ciudadanos y de la promulgación de un edicto en el sentido de que no se le permitía a nadie abandonar el campamento, excepto si iba desarmado, como consecuencia de que, a partir de la caída de Ategua, eran muchos los que, aterrorizados de miedo, huían hacia Beturia⁷⁶; y que no tenían a la vista ninguna esperanza de victoria y que si alguno de los nuestros se pasaba a su bando, era enrolado entre la infantería ligera y no recibía más que siete denarios al mes.

[23] En los días que siguieron, César acercó su campamento al del enemigo y empezó a cavar un atrincheramiento hasta [2] el río Salso⁷⁷. Entonces, mientras los nuestros se encontraban ocupados en esta labor, muchos enemigos se lanzaron a la carrera desde su posición, situada a un nivel superior, y, pese a que hirieron a muchos de los

nuestros con la lluvia de proyectiles que lanzaron, no lograron apartarlos de su trabajo [3]. En este momento, como dice Ennio: «los nuestros cedieron un poco»⁷⁸. Así, al advertir los nuestros que estaban cediendo terreno, en contra de lo que era habitual, dos centuriones de la quinta legión atravesaron el río y pusieron en orden nuevamente las líneas; pero, puesto que ya eran muchos los adversarios contra los que peleaban ardorosamente y con extraordinario valor, uno de ellos cayó abatido a consecuencia de la lluvia de dardos que se le vino encima. Y [4] cuando su compañero, que continuaba la lucha, se dio cuenta de que lo iban a rodear por todas partes, al retroceder, tropezó. Y dado que, ante la caída del compañero, una multitud [5] de enemigos se lanzaba en pos de las insignias de este valiente soldado, nuestra caballería, habiendo atravesado el río un poco más abajo, empieza a empujar a los enemigos contra su empalizada. Así, mientras se afanan con excesiva [6] avidez en realizar una matanza dentro de las líneas enemigas, son rodeados por los escuadrones de caballería y por la infantería ligera. De no haber sido por su extremo valor, [7] hubiesen sido capturados vivos, dado que los jinetes se encontraban tan apretujados contra las fortificaciones que apenas disponían de espacio para defenderse. Muchos resultaron [8] heridos a consecuencia de esta doble forma de combatir⁷⁹; entre ellos figuraba también Clodio Arquicio⁸⁰. Lucharon tan cerca unos de otros que los nuestros no tuvieron ninguna baja excepto los dos centuriones que se llevaron la gloria.

[24] Al día siguiente los dos ejércitos confluyeron junto a Soricaria⁸¹. [2] Los nuestros empezaron a cavar trincheras. Pompeyo, al ver que se le cerraba la comunicación con el fortín de Aspavia⁸², que está a cinco millas de Ucubis, comprendió que esta situación le obligaba a presentar batalla; sin embargo, no se atrevía a hacerlo en terreno llano, sino que partiendo de un pequeño montículo trataban de tomar una posición más elevada, de forma que César se viera constreñido

a [3] afrontar un terreno desfavorable. Como consecuencia de ello, al intentar uno y otro ejército tomar el collado que sobresalía⁸³, los nuestros se lo impidieron y los hicieron retroceder hasta la llanura. Esta maniobra volvía el combate favorable [4] a nuestros intereses. Los enemigos retrocedían por todas partes y se veían inmersos en una tremenda carnicería; fue una colina y no el valor lo que los salvó. Pese a disfrutar [5] de esta ayuda, si no hubiese anochecido, los nuestros con muy pocos efectivos hubiesen podido cortarles toda posibilidad de ayuda. Así pues, perecieron trescientos veinticuatro [6] soldados de infantería ligera, ciento treinta y ocho legionarios, aparte de los que perdieron armas y bagajes. Así, la muerte de los dos centuriones del día anterior quedó vengada con este castigo infligido al enemigo.

Al día siguiente, continuando con su práctica habitual, [25] se presentó en el mismo lugar un destacamento de Pompeyo, utilizando la misma táctica de siempre, pues, excepción hecha de los jinetes, no se atrevían a aventurarse por ningún terreno llano. Así, mientras los nuestros se encontraban [2] ocupados en los trabajos de fortificación, la caballería empezó a realizar incursiones, al tiempo que los legionarios daban grandes voces pidiendo ubicarse, como de costumbre, detrás de la caballería; uno podría pensar que estaban perfectamente dispuestos para luchar. Los nuestros se alejaron suficientemente de la pequeña hondonada y se colocaron en un lugar bastante llano. Sin embargo, aquéllos no se atrevieron [3] de ninguna manera a bajar a la llanura para luchar, excepto uno solo, Antistio Turpión⁸⁴, quien, confiado en sus fuerzas, comenzó a proclamar que no había nadie entre los adversarios que estuviera a su altura. Entonces, como se [4] cuenta del combate entre Aquiles y Memnón⁸⁵, Quinto Pompeyo Níger, ciudadano romano de Itálica⁸⁶, se avanzó a nuestras líneas, dispuesto a combatir. Puesto que la bravura [5] de Antistio había desviado la atención de todos del trabajo hacia el espectáculo, los dos ejércitos se aprestaron a contemplarlo; y

puesto que era incierto el resultado de la pelea entre los dos luchadores y campeones, casi parecía que la [6] lucha entre ellos dos decidiría la contienda. Así, todo el mundo se mostraba muy ansioso de la victoria de su bando y a todos los tenía ganados la disposición de aquellos dos [7] hombres y de sus partidarios. Animados por el valor de éstos, al presentarse en la llanura para luchar, mientras centelleaba la parte cincelada de sus escudos, insignias de gloria,*** la lucha entre ellos estaba a punto de decidirse definitivamente⁸⁷, de no ser por la intromisión de la caballería, como antes hemos puesto de manifiesto,*** situó como protección [8] a la infantería ligera, no lejos de las obras⁸⁸. De esta forma, mientras nuestros jinetes se repliegan hacia el campamento, los adversarios los persiguieron con gran furia y, prorrumpiendo en un gran griterío, se lanzaron todos al ataque. [9] Así, aterrorizados de miedo, tras sufrir muchas bajas en la huida, se refugian en el campamento.

[26] César premió el valor demostrado por el escuadrón de Casio⁸⁹ con una recompensa de tres mil denarios; a su prefecto, con cinco collares de oro y a la infantería ligera, con [2] dos mil denarios. Este día, Aulo Bebio, Gayo Flavio y Aulo Trebelio⁹⁰, caballeros romanos de Hasta Regia⁹¹, cubiertos casi totalmente de plata, se pasaron a César; desvelaron que todos los caballeros romanos que se encontraban en el campo de Pompeyo se habían conjurado para pasarse; que, descubiertos por la delación de un esclavo, habían sido todos puestos bajo vigilancia; y que ellos, una vez que se les presentó la oportunidad, habían logrado escapar. Asimismo, este [3] día fue interceptada una misiva que Gneo Pompeyo enviaba a Ursao⁹²: «Si os encontráis bien, me alegro; yo me encuentro bien. En lo que se refiere a nuestra fortuna, aunque hasta el momento han sido rechazados los adversarios conforme a lo esperado *** si se atreviesen a presentarse en un lugar llano, yo ya hubiese puesto fin a la guerra más rápidamente de lo que creéis; pero no se atreven a

llevar a [4] campo abierto a un ejército de reclutas y alargan la guerra, confiados hasta ahora en el provecho que sacan de nuestras posiciones; así, han asediado las plazas, una por una, y de ellas obtienen sus provisiones. Por ello, conservaré las plazas [5] que están de nuestra parte y a la primera ocasión acabaré la guerra. Tengo la intención de enviaros *** cohortes⁹³. [6] Ciertamente, una vez que se encuentren privados de nuestras provisiones, se verán obligados a presentar batalla»⁹⁴.

Poco después, encontrándose los nuestros ocupados en [27] las labores de fortificación, unos jinetes resultaron muertos mientras hacían acopio de leña en un olivar. Unos esclavos [2] desertores informaron de que desde tres días antes de las nonas de marzo⁹⁵, que fue cuando tuvo lugar el enfrentamiento junto a Soricaria, existía un gran temor y que Atio Varo⁹⁶ estaba al mando de los fortines de los alrededores.[3] Aquel día, Pompeyo trasladó su campamento y lo instaló en un olivar frente a Espalis⁹⁷. Antes de que César llegara a este mismo lugar, alrededor de la hora sexta⁹⁸ apareció la luna. [4] Así, una vez movido el campamento, Pompeyo ordenó a la guarnición que había dejado en Ucubis que incendiara la ciudad y que, una vez quemada la plaza, se replegaran al campamento [5] principal. A continuación César emprende el asedio de Ventipo⁹⁹ y, una vez obtenida su entrega, marchó hacia Carruca¹⁰⁰ y situó su campamento enfrente del de [6] Pompeyo. Pompeyo incendió la plaza aduciendo que ésta le había cerrado las puertas a sus tropas. Un soldado que había degollado a un hermano suyo en el campamento fue capturado por los nuestros y muerto a bastonazos. Tras marchar de aquí, después que llegó al llano de Munda¹⁰¹, instaló su campamento frente al de Pompeyo¹⁰².

Al día siguiente, cuando César se disponía a emprender [28] la marcha con sus tropas, unos exploradores le informaron de que el ejército de Pompeyo se encontraba en formación de combate desde la tercera vigilia¹⁰³. Una vez que

le llegó este aviso, César dio la orden de izar su estandarte¹⁰⁴. La realidad [2] era que Pompeyo había sacado sus tropas debido a que, con anterioridad, había enviado a los ursaonenses, que eran partidarios suyos, una carta en que decía que César no quería bajar al valle, por contar con un ejército formado en su mayor parte por reclutas¹⁰⁵. La carta pretendía reforzar grandemente [3] el ánimo de los ciudadanos. Confiado, pues, en esta suposición, consideraba que podía maniobrar con plena seguridad; y, ciertamente, no le faltaba razón para pensar así, pues sus tropas contaban con la protección de la naturaleza del terreno y con las fortificaciones de la propia plaza donde tenía ubicado el campamento. Y es que, como hemos indicado [4] más arriba¹⁰⁶, este terreno elevado se encuentra rodeado por colinas, separadas de vez en cuando por una llanura; y éstas eran las circunstancias que se daban en este caso.

[29] Entre los dos campamentos se extendía una llanura de unas cinco millas¹⁰⁷, de forma que las tropas auxiliares de Pompeyo contaban con dos defensas: la ciudad y la configuración [2] elevada del terreno. A partir de aquí el terreno se igualaba inmediatamente formando una llanura, cuyo contorno superior estaba recorrido por un riachuelo¹⁰⁸ que aumentaba inmensamente las dificultades del terreno para los atacantes; pues por la parte derecha corría por un suelo pantanoso [3] y lleno de hoyas. Ante esto, al ver César al ejército desplegado en línea de batalla, no tuvo ninguna duda de que los adversarios bajarían hasta la mitad de la llanura para luchar en terreno llano; esto le resultaba evidente a todo el [4] mundo. Se añadía que el paisaje aparecía resaltado por la uniformidad de aquella llanura y que hacía un tiempo magnífico, un día sereno y transparente, el tiempo deseable para combatir; casi parecía un regalo de los dioses inmortales. [5] Los nuestros se alegraban, también algunos estaban temerosos, ya que en este punto confluían el destino y la suerte de todos, de forma que surgía la duda sobre lo que les

depararía la [6] fortuna al cabo de una hora. Así pues, los nuestros avanzan dispuestos a luchar, que es lo que pensábamos que harían los adversarios; sin embargo, éstos no se atrevían a avanzar demasiado lejos de las fortificaciones de la ciudad, pues en esta cercanía veían una especie de muro de protección [7]. Así pues, los nuestros prosiguen su avance. De tanto en tanto, la disposición favorable del terreno inducía a los enemigos a pelear por la victoria; sin embargo, no llegaban a apartarse de lo que era su costumbre y, por tanto, a abandonar el emplazamiento dominante y la ciudad. Y aunque [8] los nuestros, con paso precavido, se habían acercado bastante al riachuelo, no por ello los adversarios dejan de ampararse en las ventajas que les ofrece el terreno.

La formación de Pompeyo estaba integrada por trece legiones [30] y sus extremos estaban protegidos por la caballería junto con seis mil soldados de infantería ligera; se añadían, además, las tropas auxiliares, con un contingente similar; nuestros efectivos consistían en ochenta cohortes y ocho mil jinetes. Así, habiéndose acercado los nuestros casi hasta el [2] final de la llanura, pisando un terreno tremendamente adverso, se encontraron con un enemigo apostado en una situación de clara superioridad, de manera que era sumamente peligroso proseguir la marcha hacia arriba. Apercibido César [3] de esta circunstancia, para que no pudieran achacar nada a la temeridad, empieza a poner límites al avance. Al llegar [4] esto a oídos de los soldados, acogían molestos y enojados la noticia de que se les hurtaba la posibilidad de concluir el combate. Esta dilación envalentonaba más a los adversarios, [5] al creer que era el miedo lo que impedía a las tropas de César librar batalla. Así, llenos de jactancia, brindaban la posibilidad [6] de luchar en un terreno desfavorable, cuando incluso llegar hasta ellos ya representaba un tremendo peligro. En [7] este momento, los soldados de la décima legión ocupaban su posición natural, el

ala derecha¹⁰⁹; el ala izquierda la ocupaban las legiones tercera y quinta, y, también, otras tropas.

Se inicia el combate en medio de un gran griterío. Entonces [31], aunque los nuestros los superaban en valor, los enemigos se defendían ardorosamente desde la posición más elevada que ocupaban, y de ambas partes se levantaba un fuerte griterío y se producían arremetidas con lanzamiento de proyectiles, de manera que los nuestros casi desesperaban [2] de la victoria. Las cargas y el griterío, las dos cosas que más aterrorizan al enemigo, eran parejas en aquella batalla. [3] Así, habiendo demostrado uno y otro bando igual valor en la lucha, un gran número de adversarios cae, atravesado por [4] los dardos, y se va amontonando. Como ya hemos indicado, los soldados de la décima legión ocupaban el ala derecha; éstos, pese a ser inferiores en número, sin embargo, gracias a su valor, imprimían con su comportamiento un gran temor en las huestes enemigas, ya que desde su posición empezaron a presionar con tal fuerza al enemigo que éste empezó a desplazar una legión para reforzar el ala derecha¹¹⁰ [5], a fin de que los nuestros no los desbordasen por el flanco. Tan pronto como esta legión se puso en movimiento, la caballería de César empezó a presionar el ala izquierda¹¹¹ y a combatir con extraordinario valor para conseguir que aquella legión no tuviera oportunidad de acudir en ayuda del [6] otro extremo del frente¹¹². Así, habiéndose mezclado el griterío con los gemidos y llenado los oídos con el estrépito que produce el entrechocar de las espadas, las mentes de los que estaban faltos de experiencia se paralizaban de miedo. [7] Entonces, como dice Ennio: «un pie con otro se traba, las armas se afilan unas a otras»¹¹³, y los nuestros, combatiendo con gran ímpetu, empezaron a hacer retroceder a los adversarios, que encontraron refugio en la ciudad. Así, en el mismo [8] día de las fiestas consagradas a Liber¹¹⁴, desbaratadas y puestas en fuga, las fuerzas enemigas no habrían logrado sobrevivir si no se hubiesen refugiado en el lugar del que habían salido. En

este combate murieron alrededor de treinta [9] mil hombres, o incluso algunos más, aparte de Labieno y Atio Varo, a los que, una vez muertos, se les rindieron exequias fúnebres; asimismo, murieron unos tres mil caballeros romanos, unos de la propia Roma y otros provinciales. Nuestras [10] bajas fueron de unos mil hombres, contando caballería e infantería; los heridos fueron unos quinientos. Se le tomaron [11] al enemigo trece águilas, además de las enseñas *** y las fasces ***; a éstos se los contó entre los enemigos¹¹⁵.

Consiguieron librarse de esta desbandada los que se refugiaron [32] en Munda, y los nuestros se vieron en la necesidad de tener que rodearlos. De las armas enemigas ***, en lugar [2] de un terraplén se colocaban cadáveres, los escudos y los dardos hacían las veces de empalizada, además se alineaban las cabezas de los muertos clavadas en la punta de las espadas y vueltas hacia la ciudad. Todo esto para incrementar el temor de los enemigos ***, para que vieran los trofeos al valor y quedaran encerrados dentro del vallado. [3] Así, con trágulas¹¹⁶ y jabalinas [los galos]¹¹⁷ empezaron el asalto de la plaza, a la que tenían rodeada con los cadáveres [4] de los propios enemigos. Huyendo de este combate consiguió llegar a Córdoba el joven Valerio¹¹⁸ con unos pocos jinetes y le cuenta lo acaecido a Sexto Pompeyo, que se encontraba [5] en la ciudad. Conocido el desenlace de la batalla, Sexto Pompeyo repartió el dinero que llevaba consigo entre los jinetes que estaban con él y les dijo a los cordobeses que se iba al encuentro de César para hacer un tratado de paz, y en el curso de la segunda vigilia¹¹⁹ salió de la ciudad¹²⁰. [6] Gneo Pompeyo con unos pocos jinetes y algunos soldados de infantería se dirige al destacamento naval de Carteya¹²¹, que se encuentra a unas ciento setenta millas¹²² de Córdoba. [7] Al llegar al octavo miliario¹²³, Publio Caucilio¹²⁴, antiguo comandante del campamento de Pompeyo, envía un mensaje en nombre de éste diciendo que Pompeyo no se encontraba demasiado bien y que le enviaran una litera en la que se le

podiese trasladar a la ciudad. Recibido el encargo, Pompeyo [8] es trasladado a Carteya. Sus partidarios se reúnen en la casa a la que le habían llevado; pensaban que había venido a escondidas para responder a sus requerimientos sobre la guerra. Habiéndose reunido un gran gentío, Pompeyo, acostado en la litera, se confió a su protección.

César, después de la batalla, tras dejar Munda rodeada [33] por una fortificación, llega a Córdoba. El puente estaba ocupado por los pompeyanos que habían huido de la masacre. A nuestra llegada, empezaron a injuriarnos diciendo que [2] éramos pocos los que habíamos sobrevivido al combate: que ¿a dónde huíamos?¹²⁵. Y en ésas, empezaron a pelear desde el puente. César atravesó el río e instaló el campamento. Tras llegar a Córdoba, Escápula¹²⁶, cabecilla de toda la sedición [3], convocó a sus allegados y a sus libertos, hizo levantar una pira, ordenó que se le sirviera una espléndida cena y, asimismo, hizo engalanar el lecho con magníficos cobertores; repartió personalmente el dinero y la plata entre sus allegados. Cenó temprano, se untó repetidamente con aromas [4] de resina y nardo, y, en el instante final, dio órdenes a un esclavo y a un liberto que había sido su concubino, al primero de que le matara y al otro de que encendiera la pira.

[34] Tan pronto como César instaló su campamento enfrente de la ciudad, empezaron en ésta las disensiones entre cesarianos y pompeyanos, hasta el punto de que el griterío llegaba [2] casi hasta nuestro campamento. Se encontraban allí las legiones formadas con la recluta de desertores de nuestro ejército y, en parte también, con la de los esclavos urbanos que habían sido manumitidos por Sexto Pompeyo; éstos, [3] con la llegada de César, se avinieron a combatir. La legión XIII asume la defensa de la ciudad; los nuestros, entablado el combate decisivo, se apoderaron de parte de las torres y [4] de la muralla. Los partidarios de César le enviaron de nuevo emisarios¹²⁷, para que hiciera entrar las legiones en su ayuda. Cuando los desertores se dieron cuenta de esto, empezaron a

[5] quemar la ciudad. Derrotados por los nuestros, murieron unos veintidós mil hombres, aparte de los que sucumbieron [6] fuera de la muralla. Así, César se apoderó de la ciudad. Mientras permanecía allí¹²⁸, los que, después de la batalla, habían quedado asediados en Munda¹²⁹, como indicamos anteriormente, realizaron una salida, pero, tras sufrir un buen número de bajas, fueron obligados a volver a la ciudad.

[35] Una vez que César emprendió la marcha hacia Híspalis¹³⁰, llegaron unos embajadores de esta ciudad a pedirle clemencia. En consecuencia, al llegar a la ciudad hizo entrar al legado Caninio¹³¹ con un destacamento y él mismo emplazó su campamento en las cercanías. Había dentro un muy [2] importante contingente de partidarios de Pompeyo, que mostraban su indignación, porque se había admitido la presencia de la guarnición cesariana sin contar con el parecer de cierto individuo de nombre Filón¹³², que había sido el más encendido defensor del partido pompeyano; éste era muy conocido en toda Lusitania. Este individuo, a escondidas de la [3] guarnición, marcha en dirección a Lusitania y tiene un encuentro en Lenio¹³³ con Cecilio Níger, un bárbaro¹³⁴ que contaba con una muy importante fuerza de lusitanos. Regresa [4] de nuevo a Híspalis de noche, escalando la muralla; dan muerte a la guarnición y a los centinelas, cierran las puertas y reemprenden las hostilidades.

Mientras tienen lugar estos hechos, unos emisarios de [36] Carteya le notificaron a César que tenían a Pompeyo en su poder. Como con anterioridad le habían cerrado las puertas, pensaban que con este favor compensaban su mala conducta anterior. En Híspalis, los lusitanos no dejaban de luchar en ningún momento. Dándose cuenta César de esta situación, [2] temió que si se aplicaba a tomar la ciudad, aquéllos en su desesperación la incendiarían y destruirían las murallas. Así, tras convocar un consejo, facilitó que los lusitanos realizaran de noche una salida; posibilidad que ellos no pensaban que se les ofrecía expresamente. Así pues, se abren paso y [3]

queman las naves que se encontraban en el río Betis. Mientras los nuestros se ocupan del incendio, ellos huyen y en su huida [4] son masacrados por la caballería. Recuperada la ciudad gracias a esta acción, emprende César la marcha hacia Hasta, ciudad desde la que llegaron unos emisarios a ofrecerle la rendición. Los de Munda que, tras la batalla, se habían refugiado en la ciudad, al ver que el asedio se prolongaba demasiado, deciden rendirse en gran número y, como fueron repartidos entre las legiones, se conjuran entre sí para que, dada la señal, los que quedaban en la ciudad hicieran una salida de noche, mientras ellos se ocupaban de realizar [5] una matanza en el campamento. Descubierta el plan, a la noche siguiente, durante la tercera vigilia¹³⁵, una vez que se repartió la consigna, se les dio muerte a todos fuera de la empalizada.

[37] Los de Carteya, mientras César se ocupa de asaltar las plazas que encuentra en el camino, empiezan a disenter respecto a Pompeyo. Una facción estaba constituida por los que habían enviado los emisarios a César, la otra la constituían [2] los partidarios de Pompeyo. Una vez que estalló la revuelta, los partidarios de César toman el control de las puertas; se produce una gran matanza; Pompeyo, herido¹³⁶, se apodera de veinte naves de guerra y huye. Didio¹³⁷, que se encontraba en Cádiz al frente de la escuadra, ***¹³⁸ tan pronto como le llegó la noticia, empezó inmediatamente a perseguirle; una parte de la infantería y la caballería marcharon rápidamente tras él y lo alcanzan enseguida¹³⁹. Al [3] tercer día de navegación, puesto que, en su improvisación, habían partido de Carteya sin agua, se acercan a tierra. Mientras están aguando, se presenta Didio con su escuadra, se apodera de algunas naves y quema las otras.

Pompeyo escapa con una pequeña escolta y se instala en [38] una fortificación natural del terreno. Los jinetes y las cohortes que habían sido enviados en su persecución reciben noticia de ello por medio de los exploradores enviados por delante; marchan de día y de noche. Pompeyo tenía una grave

[2] herida en la espalda y otra en la pierna izquierda. A esto se añadía una torcedura de tobillo, circunstancia que le dificultaba especialmente los movimientos. Por ello, los lusitanos [3] lo condujeron en una litera, de acuerdo con la práctica militar¹⁴⁰, hasta un torreón. Descubierto por las tropas cesarianas, es rodeado rápidamente por la caballería y las cohortes. El lugar era de difícil acceso. En efecto, Pompeyo había buscado [4] un lugar fortificado por la propia naturaleza del terreno, de forma que, aun cuando se presentara un gran número de tropas, unos pocos hombres podían defenderlo desde su posición dominante. Nada más llegar, los nuestros intentan la subida y son rechazados a tiros. En su retirada eran perseguidos [5] con empeño por los adversarios y veían cortado inmediatamente su avance. Repetida la operación muchas veces, resultaba evidente que la maniobra implicaba un gran peligro para los nuestros. Pompeyo decidió trazar una línea [6] de fortificación en torno a su posición; sin embargo, de forma similar y con parecida rapidez, los nuestros acometen una obra de contrafortificación orientada hacia la cima, para poder combatir en igualdad de condiciones con los adversarios. Éstos, al darse cuenta, buscan la salvación en la huida.

[39] Pompeyo, tal como indicamos antes, herido y con la torcedura de tobillo, veía retardada de esta forma su huida y además topaba con la dificultad del terreno y con el hecho de no poder disponer ni de un caballo ni de un vehículo como remedio salvador. Los nuestros sembraban la muerte por [2] todas partes. Falto de un refugio fortificado y perdida su escolta, Pompeyo trata de ocultarse en una depresión, en un lugar en que el terreno socavado formaba una cueva, de forma que no lo hubieran encontrado fácilmente los nuestros de no ser por la delación de unos prisioneros. Lo matan allí [3] mismo. Y mientras César se encontraba en Cádiz, el día antes de los idus de abril¹⁴¹, llega a Híspalis la cabeza de Pompeyo y se expone a la vista del pueblo.

[40] Muerto Gneo Pompeyo el Joven, Didio, a quien hemos mencionado antes¹⁴², se retiró lleno de alegría al fortín cercano y varó algunas naves para proceder a su reparación y todo lo que fuesen ***, y empieza a tender a lado y lado una [2] trinchera hacia el mar¹⁴³. Los lusitanos que habían sobrevivido a la refriega se concentraron junto a su enseña y, tras conseguir reunir un importante contingente, se dirigieron [3] contra Didio. Éste, aunque ponía cuidado en vigilar las naves, de vez en cuando era atraído fuera del fortín a causa de las frecuentes incursiones de aquéllos y casi salía a escaramuza diaria ***¹⁴⁴. Los lusitanos dividen sus fuerzas en tres [4] grupos con la intención de tenderle una emboscada. Unos estaban preparados para quemar las naves y otros para, una vez quemadas, rechazar los refuerzos que pudieran llegar; todos éstos se habían apostado de forma que nadie pudiera verlos. Los demás, a la vista de todo el mundo, se disponen a pelear. Así, habiendo salido Didio del fortín con sus tropas [5] para repeler el ataque, los lusitanos dan la señal convenida y las naves son incendiadas; los que habían salido del fortín para combatir, mientras persiguen a aquellos bandoleros que, respondiendo a la misma señal, habían emprendido la huida, se ven rodeados por la espalda en medio de un tremendo griterío. Didio encuentra la muerte junto con otros [6] muchos, entre grandes muestras de valor; algunos en medio de la contienda se apoderan de los esquifes que estaban junto a la costa, y son también muchos los que nadando se refugian en las naves que se encontraban ancladas en el mar; y, recogidas las anclas, pusieron rumbo a alta mar a fuerza de remos; esta acción les permitió salvar la vida. Los lusitanos se apoderan del botín. César desde Cádiz vuelve de nuevo [7] a Híspalis.

Fabio Máximo, a quien César había encomendado el [41] asedio del reducto de Munda, rodeó la plaza con una contrafortificación levantada a base de trabajar ininterrumpidamente de noche y de día. Los asediados se peleaban entre sí; tras producirse una gran mortandad ***

hacen¹⁴⁵. Los nuestros [2] no dejan pasar la ocasión de tomar la ciudad y capturan vivos a los demás, que eran catorce mil. Se dirigen a Ursao, [3] ciudad que se encontraba protegida por unas poderosas defensas, de forma que su posición, no sólo reforzada por las fortificaciones sino también por su configuración natural, impedía el asalto enemigo. A esto se añadía que, excepto en [4] la misma ciudad, no se podía encontrar en los alrededores un solo lugar de aguada a menos de ocho millas¹⁴⁶; esta circunstancia [5] daba una gran ventaja a sus habitantes. Se añadía, además, que para la empalizada ***¹⁴⁷ y la madera, con la que solían construirse las torres, no podía encontrarse a menos de seis millas¹⁴⁸. Con el fin de aumentar la seguridad de la plaza ante un asedio, Gneo Pompeyo hizo cortar toda la madera de los alrededores y la almacenó dentro de la ciudad. [6] De esta forma, los nuestros se veían forzados a transportar hasta allí la madera desde Munda, plaza que acababan de tomar.

[42] Mientras se desarrollaban estas operaciones en Munda y Ursao, César había llegado a Híspalis procedente de Cádiz y al día siguiente convocó una asamblea¹⁴⁹ en la que señaló: que nada más comenzar su cuestura¹⁵⁰ ya había considerado esta provincia como especial entre todas las demás y que entonces le había otorgado todas las prebendas que había podido; [2] que durante la pretura¹⁵¹ que desempeñó a continuación, acrecentado su prestigio, había pedido y conseguido del senado librar a la provincia del pago de los tributos que le había impuesto Metelo¹⁵² y que, al mismo tiempo, tomándola bajo su patronazgo, había introducido en el senado muchas embajadas suyas y que, con la defensa de las numerosas causas, públicas y privadas, que presentaban, se había ganado muchas enemistades; que, igualmente bajo su consulado¹⁵³ [3], había concedido a la provincia, aun estando ausente, cuantos beneficios había podido; y que por esta guerra y por lo sucedido en el pasado se había dado cuenta de que ni se acordaban de todos estos favores, ni tampoco se los agradecían

a él ni al pueblo romano. «Vosotros, conocedores del derecho de gentes y de las leyes del pueblo romano, cual si fuerais bárbaros, una y más veces levantasteis las manos contra los sacrosantos magistrados del pueblo romano y, a plena luz del día, quisisteis matar de forma impía a Casio en medio del foro¹⁵⁴. Vosotros habéis sentido siempre [5] tal odio por la paz que en ningún momento ha podido dejar de haber en esa provincia legiones del pueblo romano. Entre vosotros los favores se toman como agravios y los agravios, como favores. Así, no habéis podido nunca mantener la concordia en tiempo de paz ni el valor en tiempo de guerra. Gneo Pompeyo el Joven, un particular, acogido por vosotros [6] en su huida, tomó las fasces y el poder, y, después de dar muerte a muchos ciudadanos, juntó tropas contra el pueblo romano y, a instancias vuestras, devastó el campo y la provincia. ¿Qué pensabais que os iba a reportar la victoria? [7] ¿Acaso no os dabais cuenta de que, desaparecido yo, el pueblo romano disponía todavía de diez legiones que no sólo podían enfrentarse a vosotros sino que, incluso, eran capaces de derribar el cielo? Con su gloria y su valor ***»¹⁵⁵.

¹ Con esta frase, el autor del *Bellum Hispaniense* se esfuerza por lograr una continuidad con respecto a las campañas narradas en el *Bellum Alexandrinum* y en el *Bellum Africum*. Véase, a este propósito, *BAI* nota 1. Por otro lado, la recuperación de África debe entenderse desde la perspectiva del bando cesariano, lo que establece un marcado contraste con la continuación del relato en el que el punto de referencia es Gneo Pompeyo.

² El texto da a entender, erróneamente, que el joven Gneo Pompeyo había participado en la batalla de Tapso, cuando es evidente que no fue así. Cf. *BAf* 23. De hecho, antes de la batalla de Tapso y siguiendo los consejos de Catón, partió de Útica y tras un fracasado intento de tomar una ciudad nómada, puso rumbo a las Baleares, en donde tuvo que quedarse una temporada para reponerse de una enfermedad; por tanto, su presencia en la Hispania Ulterior hay que situarla a finales del año 46.

³ Los límites entre las dos Hispanias estuvieron marcados en un primer momento por el río Ebro, pero en torno al año 180 a. C. el límite se trasladó a Sierra Morena. Esta nueva compartimentación explica que pudieran establecerse disputas entre *Tarraco* y *Carthago Nova* por la capitalidad de la Citerior. En cuanto a la Ulterior, la capitalidad de Córdoba, pese a carecer de base jurídica, no se cuestiona.

⁴ En efecto, su padre, Pompeyo Magno, había establecido pactos de amistad y patronazgo con numerosas ciudades a raíz de su paso por Hispania con motivo de las campañas contra Sertorio (77-72 a. C.).

⁵ El texto del inicio de este primer capítulo está claramente corrompido, de modo que la traducción debe entenderse como una aproximación a lo que podría haber sido el sentido que quería darle el narrador.

⁶ Magistratura suprema que en principio sólo se concedía en casos de extrema necesidad y por un período limitado de tiempo, normalmente hasta seis meses. La reiteración de mandatos dictatoriales concedidos a una misma persona supuso la desvirtuación de la magistratura y su utilización como medio de perpetuación en el poder. En este sentido, César no hizo sino continuar el camino iniciado por Cornelio Sila.

⁷ Entre los asuntos de los que se ocupa César en estos meses está la reforma del calendario, la celebración de juegos públicos a los que se hace referencia en 1, 1, y la organización del gobierno de Roma, para lo cual nombró a ocho prefectos que puso a las órdenes de Lépido, el *magister equitum*, es decir, el cargo más importante tras el de dictador.

⁸ La rapidez de acción de César no es retórica, ya que empleó menos de un mes (27 o 24 días, según las fuentes) para trasladarse de Roma a *Obulco* (Porcuna). La cifra parece algo exagerada para un viaje hecho íntegramente por tierra, por lo que no cabe descartar que hasta Sagunto hiciera alguna parte del trayecto por mar. Cf. ESTRABÓN, III 4, 9; APIANO, *Guerras civiles* II 103; OROSIO, *Historias* VI 16, 6; y Suetonio, *César* 56, 5. En cualquier caso, César debió de partir de Roma a

principios de noviembre del año 46 y estaba ya en *Obulco* a comienzos de diciembre.

⁹ Quinto Pedio era hijo de Julia, la hermana mayor de César y, por tanto, sobrino de éste. Participó, a las órdenes de César, en la campaña de la Galias, fue pretor en el 48 y murió en el 43. Algunos autores lo consideran uno de los posibles autores del *BH* (Véase A. J. L. VAN HOOFF, «The Caesar of the *Bellum Hispaniense*», *Mnemosyne* 27 (1974), pág 136).

¹⁰ Perteneciente a una familia patricia venida a menos, siguiendo la estela de César, consiguió recobrar el lustre familiar al alcanzar el consulado (*consul suffectus*) en el año 45; murió el último día de este año. En el 46 era gobernador de la Hispania Citerior.

¹¹ Hay que insistir en que, con excepción del comienzo del *BH*, el punto de vista adoptado es el de Gneo Pompeyo, el Joven. Cf. nota 1. Por su parte, Sexto Pompeyo era el hermano menor de Gneo Pompeyo, e hijos los dos de Pompeyo Magno y de su tercera mujer Mucia. No se conoce exactamente la fecha de su nacimiento, lo que deja en el aire la posibilidad de establecer su participación en diversas campañas. Sabemos que, tras la batalla de Farsalia, acompañó a su padre en su huida hacia Egipto y fue testigo de su asesinato; tras participar en la batalla de Tapso, pasó de África a Hispania, donde se puso a las órdenes de su hermano mayor Gneo, quien le encargó la defensa de Córdoba. A la muerte de su hermano siguió defendiendo la causa pompeyana durante diez años más.

¹² El autor recoge exactamente el estatus de Córdoba, que era el de la ciudad más importante de la provincia, pero sin que esta superioridad estuviera amparada por ninguna base jurídica. Quizá su mayor relevancia se debía a su importancia estratégica. En realidad, Córdoba no era más que la capital de uno de los cuatro distritos administrativos en que estaba dividida la provincia.

¹³ Actualmente Montemayor (Córdoba). La localidad, ubicada sobre un promontorio, constituía el único núcleo de resistencia contra Gneo Pompeyo.

¹⁴ Entre las diez de la noche y la una de la madrugada.

¹⁵ La distinción de este personaje se debe en parte a su padre, quien en el año 85 acogió a Craso en Hispania, cuando huía de los partidarios de Mario y Cinna (cf. PLUTARCO, *Craso* 4, 2), y que posteriormente pereció luchando contra Sertorio (cf. PLUTARCO, *Sertorio* 9, 2-3). Por otra parte, nuestro personaje no era desconocido en los círculos de Roma, como se deduce de la familiaridad con que lo cita CICERÓN (*Ático* XII 2, 1, y *Fam.* VI 18, 2).

¹⁶ Hay que entender que se trata del propio jinete y de uno de los soldados de infantería.

¹⁷ El Guadalquivir.

¹⁸ Evidentemente el texto peca de un exceso de concisión. La finalidad de los cestos llenos de piedras era fijar los pontones (barcas de fondo plano), que, unidos entre sí mediante vigas de madera, constituían el soporte sobre el que apoyar los tablones que iban a formar la vía de paso.

¹⁹ César llega procedente de *Obulco* (actual Porcuna) y se encuentra, por tanto, emplazado en la orilla izquierda del río; una vez cruzado éste, establece el campamento en la orilla derecha, es decir, amenazando directamente Córdoba. No obstante, véase la nota siguiente.

²⁰ Se refiere aquí al puente fijo de piedra, que por todos los indicios estaba bajo control de los pompeyanos, ya que, en caso contrario, César no tendría que haberse molestado en construir otro provisional.

²¹ A partir de 5, 3, el autor parece dar un salto hacia atrás y situar los acontecimientos antes de que César cruzara el río; es decir, se remonta al momento en que César se encontraba todavía en la margen izquierda. De otra forma no podría explicarse que, impidiéndole a Pompeyo el acceso al puente de piedra, le dificultara el acceso a la ciudad y el aprovisionamiento, pues de estar ambos ejércitos en la margen derecha, Pompeyo podría contornear fácilmente la ciudad por detrás. Cuestión diferente es que Pompeyo se dejara desposeer sin más ni más del control del puente, pues esta circunstancia, sin ningún trasfondo especial, sí que sería independiente de la orilla del río en la que se encontrara. En cuanto a las intenciones de Pompeyo al trazar otra trinchera, está claro que lo que pretendía era contrarrestar la trinchera de César y asegurarse el acceso al puente de piedra.

²² Para dirigirse a Ategua, César pasa de la orilla derecha a la orilla izquierda. Por tanto, enlazamos con el comienzo del capítulo anterior.

²³ Se trata de una maniobra de diversión, ya sea para ocultar el paso del río, ya sea para enmascarar la dirección de su marcha.

²⁴ Las ruinas de Ategua se encuentran junto al cortijo de Castillejo de Teba, en Teba la Vieja, a unos 25 Km al sudeste de Córdoba.

²⁵ César, al ver frustrado su intento de tomar Córdoba, trata de nuevo de atraerse a su terreno a Pompeyo, al tiempo que busca hacerse con las reservas de avituallamiento que se encontraban en Ategua.

²⁶ El actual Guadajoz, afluente del Guadalquivir.

²⁷ Ucubis se corresponde con la localidad de Espejo. La ubicación del campamento de Pompeyo hay que situarla con toda probabilidad en el cerro de la Ventosilla, a 3 Km de Ategua y a 5 de Ucubis, lo que le permitía controlar visualmente las dos plazas.

²⁸ Las colinas, de cumbres redondeadas, se suceden indefinidamente sin ofrecer ninguna llanura adecuada para el despliegue de las tropas.

²⁹ A unos 3 Km, como se ha señalado en la nota 27.

³⁰ En la época del *BH* las águilas eran los estandartes representativos de las legiones; a ellas se añadían las enseñas particulares de cada legión, cuya simbología hacía referencia a los éxitos obtenidos por la unidad.

³¹ Cayo Trebonio era el legado que había sucedido a Quinto Casio Longino en el gobierno de la Hispania Ulterior, después que esas mismas legiones se

amotinaron contra éste (cf. *BAl* 64, 2).

[32](#) A la obvia necesidad de proveerse de agua, se añade la falta de madera con que construir los ingenios bélicos de asedio, debido a la inexistencia de bosques, dado que la mayor parte de las tierras están en cultivo.

[33](#) Estos bárbaros no pueden ser otros que los lusitanos.

[34](#) El autor descubre con estas palabras su conocimiento de la campaña de África.

[35](#) Unos 6 Km.

[36](#) Los *Castra Postumiana* se corresponden con el Cerro Harinillas, situado al sudoeste de Ategua, en la orilla izquierda del Guadajoz. Su nombre se relaciona con la figura de Lucio Postumio Albino, que fue propretor de la Hispania Ulterior los años 180-179.

[37](#) Entre las doce de la noche y las tres de la madrugada.

[38](#) Personaje desconocido, que no debe confundirse con el Clodio Arquicio mencionado en 23, 8.

[39](#) Verosíblemente estos saguntinos no pueden ser los habitantes de *Saguntum* (en la costa del levante peninsular), sino que debe tratarse más bien de los naturales de *Saguntia* (actualmente Baños de Gizonza, Cádiz). De ser así, hay que suponer que Arguecio habría desembarcado en algún punto del Sur peninsular, quizá en la propia Cádiz.

[40](#) Cf. *BAf* 80, 4.

[41](#) Pompeyo, al no poder someter los *Castra Postumiana*, decide trasladarse más allá de esta posición, a fin de no ver dificultada su línea de aprovisionamiento. La ubicación de su nuevo campamento se sitúa en el Cerro de la Torrecilla, al oeste de los *Castra Postumiana*.

[42](#) No disponemos de otros datos sobre la figura de este reyezuelo.

[43](#) Personaje de identificación dudosa.

[44](#) Entre las doce de la noche y las tres de la madrugada.

[45](#) Se desconoce la exacta filiación de este personaje.

[46](#) Estos dos legados estaban al mando de las tropas cesarianas de la Hispania Ulterior antes de la llegada de César; cf. cap. 2.

[47](#) Trebonio es el procónsul que sucedió a Casio Longino en el gobierno de la Hispania Ulterior, tras el amotinamiento de las tropas (cf. *BAl* 64, 2). El sentido, oscurecido por la laguna, es el siguiente: los antiguos soldados de Fabio y Pedio reconocen y denuncian a los supuestos esclavos como desertores del ejército de Trebonio y, por tanto, como pompeyanos.

[48](#) Entre las nueve y las doce de la noche.

⁴⁹ Al leer este capítulo y otros parecidos, el lector tiene la impresión de que el autor no hace otra cosa que reproducir los partes que los diversos comandantes pasaban al estado mayor dando cuenta de las incidencias de cada unidad, aunque no sean realmente trascendentes para el desarrollo de la guerra.

⁵⁰ Hay que entender que se pasó de César a Pompeyo por razones sentimentales.

⁵¹ Del texto se deduce la existencia de una doble línea de fortificación en torno a Ategua, de la que todavía se pueden ver vestigios en la actualidad. Cf. A. BLANCO FREIJEIRO, «Ategua», *Noticiario Arqueológico Hispánico* 15 (1983), 95-135.

⁵² Las dos lagunas enturbian el significado exacto del relato. Cabe conjeturar que algunos cesarianos logran penetrar en Ategua y que, o bien entran en contacto amigable con los habitantes de la ciudad, o bien son hechos prisioneros. A continuación, con una representación de la ciudad, bajan a entrevistarse con César para proponerle unas condiciones de capitulación.

⁵³ Seguramente se trataba del muchacho que vigilaba la orientación del tiro de la ballesta para advertir a los defensores y minimizar de esta forma el daño.

⁵⁴ Es decir, en la orilla derecha; lo que le facilitaba las comunicaciones con Córdoba y le franqueaba un posible acercamiento a Ategua.

⁵⁵ Dado el desenlace del enfrentamiento, esta empalizada no puede ser otra que la del fortín avanzado de Pompeyo en la orilla derecha del Guadajoz.

⁵⁶ Entre las doce de la noche y las tres de la madrugada.

⁵⁷ En la orilla izquierda del Guadajoz. Recordemos que César se encontraba en la derecha.

⁵⁸ No sabemos más sobre el personaje citado aquí. Por lo que se deduce del texto, sería uno de los oficiales principales de las tropas pompeyanas acantonadas en la ciudad. Por otro lado, es extraño que no se diga nada sobre su condición. A la vista de ello, no creemos descabellado conjeturar que se trata de una falsa lectura de los manuscritos: *Iunium* en lugar de *Tullium*, personaje que aparece en los dos capítulos siguientes.

⁵⁹ Supuesta la bondad de la conjetura avanzada en la nota anterior, se explicaría por sí misma la elección de Tulio para encabezar esta embajada. Por otra parte, Tulio es el único que, como integrante de la guarnición romana, puede tomar la palabra ante César.

⁶⁰ Es difícil la comprensión exacta del suceso dadas las corrupciones que presenta el texto. Entre las alternativas propuestas destaquemos la de A. G. WAY (en el apéndice, págs. 401-402, de su edición), quien propone que fueran tres los legados que se presentaron ante César.

⁶¹ Por lo que se dirá luego en 20, 3, el esclavo no se fugó al campamento de Pompeyo sino a la ciudad de Ategua.

[62](#) Por razones obvias, el remitente no puede ser el esclavo fugitivo.

[63](#) Las dos lagunas tienen suficiente entidad como para impedir una comprensión cabal del episodio.

[64](#) Proceder incomprensible de parte de César, salvo en el caso de que las cartas revelaran la renuncia de Pompeyo a socorrer la ciudad.

[65](#) El pasaje está corrompido y resulta de difícil interpretación. La traducción que proponemos no deja de ser conjetural y difiere del texto y del sentido que le da N. DIOURON (*fune turri religato* ‘à cause des cordages attachés à la tour’).

[66](#) Tito Atio Labieno, miembro de una esclarecida familia ecuestre, fue tribuno de la plebe en el año 63; desde este cargo favoreció la elección de César como sumo pontífice. Entre los años 58 y 50 fue legado de César en las Galias y tuvo un importante papel en el desarrollo de las operaciones contra los galos. De forma sorprendente, en enero del 49, se pasó al bando de Pompeyo, del que no se separó hasta el final de su vida. Siguen siendo inciertos los motivos que le indujeron a cambiar de campo.

[67](#) Entre las doce de la noche y las tres de la madrugada.

[68](#) Lucio Munacio Flaco había sido uno de los principales participantes en la conjura contra Casio Longino, de la que se da cuenta en *BAI* 52, 3-4. Había sido puesto por Pompeyo al frente de la guarnición de Ategua, donde logró introducirse atravesando las líneas cesarianas de noche y simulando ser uno de los sitiadores (cf. *DIÓN CASIO XLIII* 34, 1-2). La estratagema es la misma que la que le sirvió a César para llevar refuerzos a Ulia (cf. cap. 3).

[69](#) El 19 de febrero del año 45.

[70](#) Es dudosa la ubicación de este campamento; suele situarse entre el arroyo del Aljibe y el arroyo del Malperdido. En cualquier caso, su pretensión era salvaguardar Ucubis (Espejo), sin cerrarse la línea de retirada hacia Córdoba.

[71](#) El campamento de César debió de situarse en el Cerro del Peñasco, en la margen derecha del Guadajoz.

[72](#) Ategua.

[73](#) Cf. cap. 18, 4.

[74](#) Esta precisión puede querer indicar que no todos los efectivos de la legión indígena iban dotados del armamento convencional de las legiones, sino de otro más ligero, que podría corresponderse con la dotación de las tropas nativas.

[75](#) Se ha identificado esta ciudad con *Vrso* (Osuna) (apelando a un error en la transmisión manuscrita); pero, entre otros factores, el alejamiento de esta ciudad del teatro de operaciones no la hace candidata idónea para respaldar la conjetura. El problema que presenta la lectura transmitida, Bursavo, estriba en que no existe en la Bética ninguna localidad conocida con ese nombre. Pero, a la vista de los elementos que tenemos a nuestra disposición, habrá que creer en su existencia, aunque desconozcamos su exacta ubicación.

⁷⁶ Región montañosa de límites poco precisos, situada entre el Guadiana y el Guadalquivir, al norte de la provincia de Huelva. Era un proverbial centro de acogida de refugiados. Véase sobre el particular L. GARCÍA IGLESIAS, «La Beturia, un problema geográfico de la Hispania Antigua», *Archivo Español de Arqueología* 44 (1971). 86-97.

⁷⁷ El nuevo campamento se encontraría situado en los altos de la Casa de Lerma, todavía en la orilla derecha del Guadajoz.

⁷⁸ ENNIO, *Anales* 587 (ed. VAHLEN, 1903²). No deben extrañar las citas de Enio, si se tiene en cuenta que sus *Anales* era el texto escolar por excelencia.

⁷⁹ Combates de infantería y de caballería.

⁸⁰ Personaje desconocido. No parece que deba identificarse con el Arguecio citado en 10, 1.

⁸¹ Es muy dudosa la identificación de este emplazamiento. Se han propuesto cinco hipótesis: Castro del Río, Plaza de Armas (Nueva Carteya), Cortijo de dos Hermanas (junto a Espejo), Cuevas de Carchena y Cerros de las Cuevas de Sequeira. Véase al respecto E. MELCHOR GIL, «Entre *Corduba* y *Munda*: la campaña militar del 45 a.C. y su desarrollo en las campiñas de Jaén, Córdoba y Sevilla», *Julio César y Corduba: tiempo y espacio en la Campaña de Munda (49-45 a.C.)*, Córdoba, 2005.

⁸² También resulta dificultosa la identificación de Aspavia, que podría resolver la de Soricaria, y viceversa. Lo único claro es que se encuentra a unos 7'5 Km de Espejo (*Vcubis*), pero tanto podría ser hacia el Oeste como hacia el Sur. Últimamente, se refuerza la postura de situar el fortín de Aspavia en el Cortijo de Calderón, al sur de Castro del Río (Ferreiro, Diouron, Melchor Gil), e identificar Soricaria con Plaza de Armas (Ferreiro, Diouron); pero, en tal caso, no se entiende muy bien cómo unas operaciones que tienen lugar en torno a Soricaria pueden cortar el acceso de Pompeyo a Aspavia, que se encontraría más cerca de Ucubis. En nuestra opinión, la identificación de Aspavia con el Cortijo de Calderón combina mejor con la identificación de Soricaria con las Cuevas de Carchena o con el Cerro de las Cuevas de Sequeira (cf. MELCHOR GIL, citado en la nota anterior).

⁸³ Quizá el Cerro de las Vegas.

⁸⁴ Los dos protagonistas de este enfrentamiento singular se ganaron un lugar en la historia únicamente por este episodio.

⁸⁵ El enfrentamiento entre Aquiles y Memnón era el tema de un poema épico griego, la *Aethiopida*, del que el autor del *Bellum Hispaniense* debía de tener conocimiento seguramente a través de adaptaciones latinas.

⁸⁶ Cf. *BC* II, nota 39.

⁸⁷ N. Diouron, cuyo texto seguimos básicamente, conjetura la presencia de una negación (*non*), que consideramos absolutamente prescindible.

[88](#) Las dos lagunas hacen imposible el seguimiento exacto de los acontecimientos.

[89](#) Única mención de este personaje.

[90](#) De la vida de estos tres caballeros sólo tenemos constancia por su intervención en este episodio.

[91](#) Actual Mesas de Asta, junto a Jerez de la Frontera.

[92](#) Actual Osuna.

[93](#) Una vez más el texto presenta algunas lagunas que, si bien no dificultan la comprensión global del episodio, sí que nos hurtan pequeños detalles.

[94](#) Es interesante observar la gran divergencia de puntos de vista que encontramos entre el anónimo autor del *BH* y Pompeyo. Según el anónimo, César toma las plazas para cortar a Pompeyo las líneas de suministro. Según Pompeyo, César toma las plazas, como único medio que tiene de proveerse.

[95](#) El cinco de marzo.

[96](#) Publio Atio Varo fue un ilustre defensor de la causa pompeyana. Había sido propritor en África en el 54 (*BC* I 31, 2). Tuvo un primer enfrentamiento con las tropas de Julio César en el Piceno, a principios del año 49 (*BC* I 12, 13). Poco después se hizo con el gobierno de África, donde se enfrentó con el legado de César, Curión, en una serie de batallas que culminaron con la derrota definitiva de este último (*BC* II 23-26, 33-36, 41-44). Desposeído del mando en favor de Escipión y de Catón, fue puesto al frente de una parte de la flota pompeyana con la que participó en un pequeño enfrentamiento con un convoy de naves cesarianas (*BAf* 62-64). Después de la batalla de Tapso, pasó a Hispania siguiendo los pasos de Gneo Pompeyo. Sobre su muerte, véase cap. 31, 8.

[97](#) Probablemente la actual Monturque.

[98](#) Sobre las doce del mediodía.

[99](#) Probablemente la Atalaya de Casariche.

[100](#) Aunque son muchas las propuestas que se han hecho para ubicar esta localidad, quizá la más verosímil sea la que la sitúa en el Cortijo de los Cosmes, entre Estepa y Écija.

[101](#) El emplazamiento de Munda se ha identificado tradicionalmente con Montilla; sin embargo, a partir de FERREIRO (1986) (seguido por Diouron) parece indudable que hay que situarla en el Alto de la Camorra, a unos 17 Km de Osuna. Siguiendo la línea de esta hipótesis, los llanos de Munda se corresponderían con los Llanos del Águila.

[102](#) La situación de las posiciones sería la siguiente: Pompeyo se encontraría acampado bajo la protección de las murallas de Munda (Alto de la Camorra) y César tendría instalado su campamento en el Cerro del Águila.

[103](#) Desde antes de las tres de la madrugada y, por tanto, noche oscura todavía.

[104](#) Izar el estandarte equivale a dar el toque de generala.

[105](#) Cf. cap. 26, 3-6. Por tanto, la maniobra consistía en poner en evidencia a César a los ojos de sus aliados.

[106](#) Cf. 7, 3 y 8, 3-5.

[107](#) Unos 7'5 Km.

[108](#) De acuerdo con la línea de identificación de emplazamientos que venimos siguiendo, tiene que tratarse del Arroyo de Calderón.

[109](#) Era la posición que habían ocupado en las batallas de Farsalia (*BC* III 89, 1) y Tapso (*BAf* 60, 1).

[110](#) La descripción está hecha desde el punto de vista cesariano; se trata, pues, del ala izquierda del frente pompeyano, que era el que se oponía al ala derecha cesariana ocupada por la legión X.

[111](#) La caballería cesariana, colocada en el ala izquierda de su frente, presiona el ala derecha del frente pompeyano. Una vez más, la perspectiva es la que se tiene desde el bando cesariano.

[112](#) En contra de la opinión de la mayoría de comentaristas y traductores, consideramos que toda la acción se refiere a la caballería cesariana y no a la legión X. Nuestra interpretación es más coherente con la estricta lógica militar: el empeño de la caballería impide que la legión que trasladan los pompeyanos pueda acudir en ayuda del ala izquierda pompeyana, al tiempo que, al estar en movimiento, no puede reforzar el ala derecha, que era su misión inicial.

[113](#) ENNIO, *Anales*, 572 (ed. VAHLEN, 1903²).

[114](#) Las *Liberalia*, fiestas en honor de Baco, se celebraban el 17 de marzo.

[115](#) La deturpación del texto impide conocer la cantidad de enseñas y fascas tomadas al enemigo.

[116](#) La trágula es un arma consistente en una jabalina anudada a una correa, que permite su lanzamiento mediante un movimiento de rotación.

[117](#) Parece desproporcionado el papel otorgado a los galos en este episodio, lo que ha llevado a los editores a considerar una interpolación su presencia en el texto transmitido por los manuscritos. Por otra parte, el capítulo presenta pequeñas lagunas.

[118](#) Personaje sobre el que carecemos de más información.

[119](#) Antes de la medianoche.

[120](#) No conocemos con exactitud el destino de Sexto Pompeyo. Seguramente sería algún punto del nordeste de la península Ibérica.

[121](#) Esta base naval, que se encontraba en poder de los pompeyanos, se corresponde con el actual Cortijo del Rocalillo, situado entre Gibraltar y Algeciras. Puerto magnífico y de excelente posición estratégica, era uno de los principales puntos de conexión con Roma.

[122](#) Unos 255 Km.

[123](#) Los miliarios eran los hitos kilométricos de los romanos. Tenían forma prismática o cilíndrica y junto con la indicación de la distancia solían recoger el nombre de la autoridad que los había instalado. Al instalarse a intervalos de una milla, hemos de entender que Gneo Pompeyo se encontraba a ocho millas (12 Km) de Carteya.

[124](#) Personaje pompeyano; por lo demás, desconocido.

[125](#) El escarnio de los pompeyanos no carece de sentido si tenemos en cuenta que César debía de haber dejado la mitad de sus efectivos asediando Munda.

[126](#) Tito Quincio Escápula, caballero romano afincado en Córdoba, se había hecho cargo en el año 46 de las legiones amotinadas contra los legados de César, Casio Longino y Trebonio. Es dudoso que se le pueda identificar con el Anio Escápula que participó en la conjura para asesinar a Casio Longino en el 48 (cf. *BAl* LV 2).

[127](#) Los habían enviado ya con anterioridad, nada más llegar César a Hispania (cf. cap. 2, 1).

[128](#) César se encuentra en Córdoba, donde se halla también el narrador, quien pasa a ocuparse muy sucintamente de lo acontecido simultáneamente en Munda.

[129](#) Cf. cap. 33, 1.

[130](#) Cf. *BC* II, nota 31.

[131](#) Gayo Caninio Rebelio, legado y hombre de confianza de César, le había servido en la Galia (*BG* VII 83, 3), participó después en la desgraciada campaña de Curión en África (*BC* II 24, 2; 34, 3) y, posteriormente, participó en la campaña africana de César, quien lo puso al frente del asedio de Tapso (*BAf* 86, 3 y 93, 3).

[132](#) De la importancia de este personaje sólo podemos hacernos una idea a través de lo que se dice aquí.

[133](#) Localidad cuyo emplazamiento se desconoce.

[134](#) No existe contradicción en que un bárbaro lleve un nombre romano, puesto que la romanización popularizó el uso del sistema de los *tria nomina*.

[135](#) Entre las doce de la noche y las tres de la madrugada.

[136](#) Ignoramos si Pompeyo fue herido en este episodio o si la herida la había recibido en Munda.

[137](#) Gayo Didio, comandante de la escuadra cesariana, había tenido a su cargo el traslado de tropas de Cerdeña a Hispania y, posteriormente, derrotó a Atio Varo

en un encuentro naval que tuvo lugar cerca de Carteia (cf. DIÓN CASIO, XLIII 14, 2 y 31, 3).

[138](#) El texto presenta una pequeña laguna.

[139](#) Se trata de tropas cesarianas estacionadas en Cádiz, cuya misión consiste en suministrar apoyo terrestre a las operaciones de Didio.

[140](#) Lo que quiere decir una litera llevada a hombros, por tratarse de un oficial.

[141](#) El 12 de abril del año 45.

[142](#) Cf. 37, 2.

[143](#) La finalidad de esta obra era asegurarse el control sobre la playa en que estaban varadas las naves.

[144](#) Una vez más, el texto presenta pequeñas lagunas.

[145](#) La laguna del texto nos impide saber cuál fue la actitud de los habitantes de Munda: entregarse, forzar una salida, emprender la huida, etc.

[146](#) Unos 14 Km.

[147](#) El texto presenta una breve laguna.

[148](#) Unos 9 Km.

[149](#) La llegada de César a Hispalis y la subsiguiente asamblea tuvieron lugar en la última semana de abril del año 45.

[150](#) La cuestura de César se desarrolló entre los años 69 y 68.

[151](#) César fue pretor en el 62 y al año siguiente, el 61, ejerció la propretura en Hispania.

[152](#) Estos impuestos debió de fijarlos Quinto Cecilio Metelo en el año 72, tras derrotar a Setorio con la ayuda de Pompeyo.

[153](#) Se refiere al primer consulado de César, en el 59.

[154](#) Casio Longino había sido objeto de dos intentos de asesinato, que eran reflejo de sus excesos en el gobierno de la Hispania Ulterior (cf. *BAl* 48, 1 y 52, 2-4).

[155](#) El texto se interrumpe bruscamente, pero el tono del discurso y su estratégica posición hacen pensar que la obra no debía extenderse mucho más allá.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

1. El *Bellum Ciuile* y los *Tria Bella*

1.1. *Bellum Ciuile*—1.2. *Bellum Alexandrinum*—1.3. *Bellum Africum*—1.4. *Bellum Hispaniense*

2. El problema de la autoría

3. El problema de la identificación de topónimos

3.1. El caso de Otogesa—Los topónimos de la Hispania Ulterior. El caso de Munda

4. Manuscritos e historia del texto

5. Bibliografía

6. La traducción y la anotación

JULIO CÉSAR

GUERRA CIVIL

Libro I

Libro II

Libro III

AUTORES DEL CORPUS CESARIANO

GUERRA DE ALEJANDRÍA

Guerra de Alejandría

GUERRA DE ÁFRICA

Guerra de África

GUERRA DE HISPANIA

Guerra de Hispania